

DE DÍA EN DÍA
Verdades por las cuales vivir.

William MacDonald

DE DÍA EN DÍA
Verdades por las cuales vivir.



Editorial CLIE

C/ Galvani, 113-115
08224 Terrassa (ESPAÑA)

Editorial Discípulo

Apartado 202
22080 Huesca (ESPAÑA)

De Día En Día

Título original en inglés: **One Day At A Time**

Copyright © 1985, William MacDonald

Traducción al castellano: José Antonio Septién, Neria Díez Sánchez.
Editor: Carlos Tomás Knott

Depósito Legal:**ISBN**

Copyright © 1998 William MacDonald
Todos Los Derechos Reservados

Referencia:

C.T.C:

Clasifíquese:

NOTA: Todas las citas bíblicas en este libro, a menos que se indique lo contrario, están tomadas de la Versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. "BAS" indica que la cita es de la versión Biblia de las Américas, © 1986 The Lockman Foundation. "TEV" indica Today's English Version. "LB" indica Living Bible. "NEB" indica New English Bible.

Impreso en los talleres gráficos de la M.C.E., Horeb
2910 S.E. Polígono industrial Can Trias
C/ Ramón Llull, s/n
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

1 de ENERO

“Este mes os será principio de los meses; para vosotros será éste el primero en los meses del año” (Éxodo 12:2).

Los propósitos del nuevo año son buenos pero frágiles, esto es, se rompen fácilmente. Las oraciones de Año Nuevo son mejores; ascienden al trono de Dios y ponen en movimiento las ruedas de la respuesta. Cuando llegamos al comienzo de otro año, haremos bien en apropiarnos de las siguientes peticiones:

Señor Jesús, este día me consagro a Ti una vez más. Deseo que tomes mi vida este año que empieza y que la emplees para Tu Gloria. “Que mi vida entera esté consagrada a Ti, Señor”.

Te pido que me guardes del pecado, de cualquier cosa que deshonre Tu Nombre.

Hazme dócil por el Espíritu Santo. Quiero avanzar hacia Ti. No permitas que quede atrapado en un bache a la mitad del camino.

Sea mi lema este año: “Es necesario que él crezca, y que yo mengüe”. Toda la gloria sea para Ti, y ayúdame a no tocarla.

Enseñame a hacer de cada decisión un asunto de oración. Me aterroriza la idea de apoyarme en mi propia prudencia. “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jer. 10:23).

Muera yo al mundo y aun a la aprobación o censura de los que amo o de mis amigos. Dame el deseo único y puro de hacer las cosas que agradan a Tu corazón. Guárdame de murmurar y criticar a los demás. Más bien ayúdame a hablar lo que es edificante y provechoso.

Guíame a las almas necesitadas. Sea yo amigo de los pecadores, así como Tú eres. Dame lágrimas de compasión por los que perecen. “Miraré a la multitud como mi Salvador la vio, hasta que mis ojos de lágrimas se llenen. Contemplaré a las ovejas errantes con dolor, y por amor a Él, las amaré”.

Señor Jesús no permitas que me vuelva frío, amargado o cínico a pesar de todo lo que pueda pasarme en la vida cristiana.

Guíame en la administración de mi dinero. Ayúdame a ser buen administrador de todo aquello que me has confiado.

Ayúdame a recordar momento a momento que mi cuerpo es templo del Espíritu Santo, y que esta tremenda verdad influya toda mi conducta.

Y, Señor Jesús, pido que éste sea el año de Tu retorno. Ansío ver Tu rostro y caer a Tus pies en adoración. Durante el año que empieza, que la esperanza bendita se mantenga fresca en mi corazón, librándome de todo lo que pudiera detenerme aquí, y guárdame en la cúspide de la esperanza.

“¡Ven, Señor Jesús!”

2 de ENERO

“Antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3b).

Estimar a los demás más que a uno mismo no es natural; la naturaleza humana caída se rebela ante un golpe tan duro a su ego. Es humanamente imposible; no tenemos el poder en nosotros mismos para vivir una vida tan despegada del mundo. Pero es divinamente posible; el Espíritu Santo que habita en nosotros nos capacita para negarnos al yo a fin de que otros puedan ser honrados.

Gedeón ilustra el texto que estamos considerando. Después de que sus trescientos hombres habían derrotado a los madianitas, llamó a los hombres de Efraín para dar el golpe final. Cortaron la ruta de escape y capturaron a dos príncipes madianitas. Pero se quejaron de que no les hubiesen llamado al comienzo de la batalla. Gedeón respondió que el rebusco de las uvas de Efraín era mejor que la vendimia de Abiezer (Jue. 8:2), esto es, la operación de limpieza conducida por los hombres de Efraín, resultó ser más notable que toda la campaña dirigida por Gedeón. Este espíritu de desprendimiento apaciguó a los de Efraín.

Joab mostró una gran generosidad cuando capturó Rabá y luego llamó a David para que viniera y administrara la copa de gracia (2 S. 12:26-28). Joab quedó muy satisfecho con que David se llevara el renombre de la victoria. Éste fue uno de los momentos más nobles en la vida de Joab.

El apóstol Pablo estimaba a los filipenses como superiores a él mismo. Manifestó que lo que estaban haciendo era un sacrificio significativo a Dios, mientras que él no era nada más que una libación derramada sobre el sacrificio y servicio de su fe (Fil. 2:17).

En tiempos más recientes, un amado siervo de Cristo estaba esperando en una antesala su turno con otros distinguidos predicadores, a punto de subir a la plataforma. Cuando finalmente apareció, una estruendosa ovación tuvo lugar, pero rápidamente se hizo a un lado para que aquellos que le seguían recibieran el aplauso.

El ejemplo supremo de auto-negación es el Señor Jesús, quien se humilló a sí mismo para que nosotros pudiéramos ser exaltados. Se hizo pobre para que fuésemos enriquecidos. Murió para que pudiéramos vivir.

“Haya, pues, en vosotros el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús”.

3 de ENERO

“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”
(Juan 7:24).

Una de las debilidades más profundamente arraigadas de la humanidad caída es la tendencia persistente a juzgar según la apariencia. Juzgamos a una persona por lo que vemos. Juzgamos a un automóvil usado por la chapa. Juzgamos a un libro por su portada. Nos decepcionamos y a pesar de tantas veces que quedamos desilusionados, tercamente rehusamos aprender que “no todo lo que reluce es oro”.

En su libro *Hide or Seek*, James Dobson dice que la belleza física es el atributo personal que más valoramos en nuestra cultura. Hemos hecho de ella lo que llama: “la moneda de oro del valor humano”. Así resulta que un niño hermoso se vea más favorecido por los adultos que uno común y corriente. Los maestros tienden a dar mejores notas a los niños atractivos. Se disciplina menos a los niños bonitos que a los demás. Los niños de aspecto más sencillo están más sujetos a ser culpados por su mala conducta.

Samuel habría escogido al alto y guapo Eliab para ser rey (1 S. 16:7), pero el Señor lo corrigió: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”.

En la historia, el caso más grave de un juicio equivocado ocurrió cuando el Señor Jesús visitó nuestro planeta. Aparentemente no era atractivo en cuanto a su apariencia física. No tenía atractivo, y cuando los hombres le vieron, no encontraron parecer en Él, ni hermosura para que le desearan (Is. 53:2). ¡No pudieron ver belleza en la única Persona verdaderamente hermosa que jamás haya vivido!

Con todo, Él mismo nunca cayó en la trampa terrible de juzgar según la apariencia, porque antes de Su venida se había profetizado de Él: “No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos” (Is. 11:3). En Su opinión, no es el rostro lo que cuenta, sino el carácter. No es la portada, sino el contenido. No es lo físico, sino lo espiritual.

4 de ENERO

“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Este versículo contiene la importante verdad de que la obra del Señor no se lleva a cabo por medio de la fuerza y el ingenio humano sino por el Espíritu Santo.

Lo vemos en la caída de Jericó. No fue el ejército de Israel el que hizo que las murallas cayeran. Fue el Señor quien entregó la ciudad en sus manos cuando los sacerdotes tocaron las trompetas siete veces.

Si hubiera dependido de un enorme ejército, Gedeón nunca habría derrotado a los madianitas, ya que su ejército había sido reducido a tan sólo trescientos hombres. Y su armamento poco convencional consistía en cántaros de barro con antorchas en su interior. Sólo el Señor pudo haberles dado la victoria.

Elías eliminó deliberadamente cualquier posibilidad de que la fuerza o el poder humano pudieran prender fuego al altar, derramando sobre él doce cántaros de agua. Cuando el fuego descendió, no hubo lugar a duda en cuanto a su origen divino.

Abandonados a su propio ingenio, los discípulos no pudieron pescar nada durante toda la noche. Esto dio oportunidad para que el Señor les mostrara que debían buscarle si querían ser verdaderamente eficaces en el servicio.

Es fácil que pensemos que el dinero es la necesidad más grande en el servicio cristiano. En realidad, esto no es así, y nunca lo será. Hudson Taylor tenía razón cuando decía que no debemos temer a la falta de dinero, sino a la abundancia no consagrada del mismo.

O recurrimos a politiquería clandestina, a programas promocionales muy dinámicos, a la manipulación psicológica de la gente o a una astuta oratoria. Nos entregamos a vastos programas de construcción y a edificar un imperio de organización, pensando vanamente que éstas son las claves del éxito.

Pero la obra de Dios no avanza con el poder, ni con la fuerza, ni con cualquiera de estas cosas. Es con el Espíritu del Señor.

Mucha de la llamada “obra cristiana” en nuestros días podría continuar sin el Espíritu Santo. Pero la verdadera obra cristiana es la que hace que Él sea lo indispensable cuando se libra la batalla espiritual, no con armas carnales sino con oración, fe y la Palabra de Dios.

5 de ENERO

“El pueblo que está contigo es mucho...” (Jueces 7:2).

Cada uno de nosotros tiene un deseo sutil por los números y una tendencia a juzgar el éxito por las estadísticas. Hay un cierto desprecio en torno a los grupos pequeños mientras que los grupos grandes demandan atención y respeto. ¿Cuál debe ser nuestra actitud en esta área?

Los grupos numerosos no deben menospreciarse si son el fruto de la obra del Espíritu Santo. Éste fue el caso en Pentecostés cuando casi tres mil almas entraron en el reino de Dios.

Debemos regocijarnos en los grupos numerosos si es que significan gloria para Dios y bendición para la humanidad. Debemos desear ver grandes multitudes que eleven sus corazones y voces en alabanza a Dios, alcanzando al mundo con el mensaje de la redención.

Por otra parte, los grupos numerosos son malos si conducen a la altivez o la soberbia. Dios tuvo que reducir el ejército de Gedeón para que Israel no dijera: “Mi mano me ha salvado” (Jue. 7:2). E. Stanley Jones dijo una vez que se sentía reacio a nuestra “pugna contemporánea por las muchedumbres que conduce, como sucede, a un egotismo colectivo”.

Los grupos grandes son malos si nos hacen depender del poder humano y no del poder del Señor. Probablemente éste fue el problema con el censo que levantó David (2 S. 24:2-4). Joab percibía que los motivos del rey no eran puros y protestó, pero en vano.

Las congregaciones grandes son indeseables si, para conseguirlos, bajamos el listón, comprometemos principios Escriturales, suavizamos el mensaje o fallamos en ejercitar santa disciplina. Siempre existe la tentación de hacer esto si ponemos la mira en las multitudes en vez de ponerla en el Señor.

Los grupos grandes son menos que ideales si de ellos se deriva una pérdida de comunión íntima entre unos y otros. Cuando los individuos se esfuman entre las multitudes, cuando están ausentes y no se les echa en falta, cuando nadie comparte sus gozos y penas, entonces abandonamos el concepto total de vida corporativa.

Los grupos numerosos son malos si ahogan el desarrollo de los dones en el cuerpo. Es muy significativo que Jesús escogiera a 12 discípulos. Una enorme multitud hubiera sido difícil de manejar.

La regla general de Dios ha sido trabajar por medio del testimonio de un remanente. No le atraen las grandes multitudes ni rechaza a las pequeñas. No debemos jactarnos de las grandes membresías, pero tampoco debemos contentarnos con minorías si éstas son resultado de nuestra pereza

e indiferencia.
6 de ENERO

“Y yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien...”
(Romanos 7:18).

Si un joven creyente aprende esta lección al comienzo de su vida cristiana, se ahorrará después un mundo de problemas. La Biblia nos enseña que NO HAY NADA BUENO en nuestra naturaleza vieja, mala y no regenerada. Ésta no mejora un ápice cuando nos convertimos. Tampoco cambia tras muchos años de vida cristiana consistente. De hecho, Dios no está tratando de mejorarla. La ha condenado a muerte en la Cruz y desea que la mantengamos en esa condición.

Si en verdad creo esto, me libraré de una búsqueda inútil. No buscaré algo bueno donde Dios ya ha dicho que no existe. Me libraré de la decepción de no encontrar nada bueno en mi interior, sabiendo, en primer lugar, que no lo hay.

Me liberará de la introspección. Debo comenzar con la premisa de que en el yo no hay victoria. De hecho, ocuparme de mí mismo es un presagio de derrota.

Me guardará del error de consejos psicológicos y psiquiátricos que enfocan todo en el yo. Semejantes “terapias” solamente agravan el problema en vez de resolverlo.

Me enseñará a ocuparme en el Señor Jesús. Robert Murray McCheyne decía, “Por cada vez que miras al yo, mira diez veces a Cristo”. ¡Éste es un buen equilibrio! Alguien dijo que aun un yo santificado es un pobre sustituto para un Cristo glorificado. Y un himno dice: “Cuán dulce es huir del yo y refugiarse en el Salvador”.

Es muy común en la predicación moderna y en los nuevos libros cristianos, el llevar a la gente a una borrachera introspectiva, ocupándoles en su temperamento, su imagen propia, sus temores e inhibiciones. El movimiento en su totalidad es una tragedia de pérdida de equilibrio y deja tras sí una estela de escombros humanos.

“Soy demasiado malo para ser digno de pensar en mí mismo; lo que deseo es olvidarme de mí y mirar a Dios, quien sí que es digno de todos mis pensamientos”.

7 de ENERO

“Porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7).

¿Alguna vez te has detenido a preguntarte por qué un partido de fútbol es más excitante para la mayoría de la gente que una reunión de oración? Sin embargo, si comparamos los registros de asistencia, veremos que es así.

Podríamos preguntar: “¿Por qué es la Presidencia del gobierno más atractiva que el pastoreo de ovejas en una asamblea?” Los padres no dicen a sus hijos: “Come lo del plato y algún día serás pastor”. No, más bien les dicen: “Limpia el plato y algún día serás presidente”.

¿Por qué es más atractiva una exitosa carrera de negocios que la vida de un misionero? A menudo los cristianos desalientan a sus hijos para que no vayan al campo misionero, y se contentan viendo como crecen para ser “funcionarios titulados de empresas seculares”.

¿Por qué es más absorbente un documental de la televisión que el estudio de la Palabra de Dios? ¡Piensa en las horas que pasas frente al televisor y los pocos momentos apresurados ante tu Biblia abierta!

¿Por qué la gente está dispuesta a hacer por dinero lo que no haría por amor a Jesús? Muchos que trabajan incansablemente para una corporación son letárgicos e insensibles cuando les llama el Salvador.

Finalmente ¿por qué nuestra nación llama mucho más nuestra atención que la Iglesia? La política nacional es multicolor y absorbente. En cambio, la Iglesia parece andar pesadamente y sin dinámica.

La causa de todas estas cosas está en que andamos por vista y no por fe. Nuestra visión está distorsionada. No vemos las cosas como realmente son. Valoramos más lo temporal que lo eterno. Valoramos lo terrenal más que lo espiritual. Valoramos la opinión de los hombres por encima de la de Dios.

Cuando caminamos por fe, todo es distinto. Alcanzamos visión de total agudeza espiritual. Vemos las cosas como Dios las ve. Apreciamos la oración como el privilegio indecible de tener audiencia directa con el Soberano del universo. Vemos que un pastor en una asamblea significa más para Dios que el gobernante de una nación. Vemos, con Spurgeon, que si Dios llama a un hombre para ser misionero: “sería una tragedia verlo descender para ser rey”. Vemos la televisión como el mundo falso de irrealidad, mientras que la Biblia tiene la llave que abre la puerta a una vida llena de realización. Estamos dispuestos a gastar y ser gastados por Jesús de una manera que jamás estaríamos por una indigna corporación impersonal. Y reconocemos que la iglesia local es más importante para Dios y para Su Pueblo que el imperio más grande del mundo.

¡Andar por fe marca la diferencia!
8 de ENERO

“Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová...”
(Jeremías 48:10).

La obra del Señor es tan sublime y asombrosa, apremiante e importante, que hay una maldición sobre todo aquel que la hace indolentemente. El Dios que desea y merece lo mejor no puede tolerar la pereza, tardanzas, falta de entusiasmo o métodos descuidados. Si pensamos en todo lo que está en juego, no nos sorprenderá.

A finales de 1968 un joven cristiano en Praga, Checoslovaquia, testificó a otro joven checo llamado Jan Palach. Parecía haber un genuino interés de parte de Jan y por esto el cristiano prometió entregarle un Nuevo Testamento. Estaba lleno de buenas intenciones, pero dejó que las semanas pasaran sin que Jan obtuviera el Nuevo Testamento.

El 16 de enero de 1969, Jan Palach, en la Plaza de San Wenceslao bañó su cuerpo con gasolina y se prendió fuego. Nunca llegó a ver el Nuevo Testamento que le había sido prometido.

No son suficientes las buenas intenciones. Se ha dicho que las calles del infierno están empedradas con buenas intenciones. Las buenas intenciones no hacen la obra; deben traducirse en acción. Propongo algunas maneras en las que se puede llevar a cabo:

Primero, cuando el Señor te dirija a hacer alguna clase de servicio para Él, nunca rehuses hacerlo. Si Él es Señor, entonces a nosotros nos corresponde obedecerle sin cuestionar.

Segundo, no andes con dilaciones. Las demoras son fatales. Roban a otros la ayuda necesaria y la bendición, y nos invaden de culpa y remordimientos.

Tercero, sé diligente. “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (Ec. 9:10). Si es digno de hacerlo, hay que hacerlo bien.

Finalmente, hazlo para la gloria de Dios. “Así pues, ya sea que comáis, que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31).

Debemos tener el espíritu de Amy Carmichael, que escribió: “Los votos de Dios están sobre mí. No me detendré a jugar con las sombras ni a arrancar las flores terrenales hasta que haya terminado mi obra y rendido cuentas”.

9 de ENERO

”...Piadosos para con su propia familia...” (1 Timoteo 5:4).

Sin duda has escuchado algo como esta expresión: “es un demonio en su casa y un santo en la calle”. Describe la horrible tendencia a ser bondadosos y sociables con aquellos del mundo exterior y sin embargo, duros y crueles en casa.

Es un defecto que no está limitado a ninguna clase de gente en particular. Los jóvenes tienen que guardarse de él. Es tan fácil ser una personalidad de la televisión con los propios amigos, y pese a todo ser un terror a los propios padres. Los maridos pueden guardar una apariencia encantadora con sus socios de negocios, no obstante, al regresar a casa desaparece aquel encanto y vuelven a la normalidad como seres egoístas e irritables. Los predicadores pueden tener un estilo centelleante en el púlpito y una pésima disposición en el espacio familiar.

Una perversa propensión común de nuestro estado caído consiste en dañar a aquellos que están más cerca de nosotros, que se esfuerzan extremadamente por nosotros, y que en nuestros mejores momentos los amamos en verdad. Ella Wheeler Wilcox escribió:

Una gran verdad en la vida he encontrado,
En muchos lugares por los que he andado;
Que la única gente que realmente herimos
Son aquellos a quienes más amamos.
Adulamos a los que apenas conocemos,
Y complacemos a invitados pasajeros,
Desconsiderados, muchos golpes damos
A aquellos a quienes más amamos.

Otro poeta haciendo eco de estos sentimientos, escribió así: “Al invitado sonreímos y al extraño saludamos, mas a los nuestros, aunque les amamos, nos mostramos amargados”.

“Es muy fácil tener una religión de iglesia, de reunión de oración o de obra cristiana; pero es totalmente distinto tener una religión diaria. ‘Mostrar piedad a nuestra propia familia’ es una de las partes más vitales del cristianismo, pero también es muy escasa; y no es cosa rara encontrar cristianos que ‘hacen su justicia’ delante de los hombres ‘para ser vistos de ellos’, pero fallan lamentablemente cuando se trata de mostrar su piedad en la casa. Conocí a un padre de familia que era tan poderoso en oración en la

reunión semanal de oración y tan impresionante al exhortar, que toda la iglesia era edificada con su piedad. No obstante, al volver a su hogar después de las reuniones era tan tosco y detestable, que su esposa y su familia temían pronunciar una palabra en su presencia” (H. W. Smith).

Samuel Johnson decía: “todo animal venga sus dolores sobre aquellos que están cerca”. El hombre debe evitar esta tendencia natural.

El verdadero indicador de nuestro carácter cristiano no es lo que somos en público, sino lo que somos en casa.

10 de ENERO

“Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”
(Hebreos 12:1b).

Son muchos los que tienen una idea excesivamente idealista de la vida cristiana. Suponen que ésta debe ser una serie ininterrumpida de experiencias sublimes. Leen libros y revistas cristianas, escuchan testimonios de sucesos dramáticos y sacan en conclusión que éste es el todo en la vida. En el mundo de sus sueños, no hay problemas, angustias, pruebas y perplejidades. No hay que trabajar duro, no hay rutina diaria ni monotonía. Se trata del “séptimo cielo”. Cuando se dan cuenta de que su vida no encaja en este modelo, se sienten desanimados, desilusionados y en desventaja.

Sin embargo, estos son los factores verdaderos. La mayor parte de la vida cristiana es lo que G. Campbell Morgan llama: “el camino de la perseverancia laboriosa haciendo cosas aparentemente pequeñas”. Así es como lo veo: Después de entregarse a muchas tareas insignificantes, a largas horas de estudio disciplinado y al servicio diligente sin resultados aparentes, nos preguntamos desconcertados, “¿Realmente se está logrando algo?” Es entonces cuando el Señor nos hace llegar alguna señal de estímulo, alguna respuesta maravillosa a la oración, alguna palabra clara que nos indica el camino. Nos sentimos fortalecidos y reanudamos la marcha para llegar un poco más allá.

La vida cristiana es una carrera de larga distancia, no de 100 metros lisos, y necesitamos resistencia para correrla. Es importante comenzar bien, pero lo que realmente cuenta es la resistencia que nos capacita para terminarla cubiertos de gloria.

Enoc siempre tendrá un lugar de honor en los anales de la paciencia. Caminó con Dios —pensemos en esto— por 300 años (Gn. 5:22). Pero no pensemos que aquellos fueron años de puro brillo o de emoción ininterrumpida. En un mundo como el nuestro, resultó inevitable tener su porción de padecimientos, perplejidades y hasta persecuciones. Pero Enoc no se cansó de hacer el bien. Resistió hasta el fin.

Si alguna vez te sientes tentado a retroceder, recuerda las palabras de Hebreos 10:36, que dice: “porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa”.

Una vida noble no es un resplandor
De gloria repentina ya ganada,
Sino el sumar de día en día

En los que la voluntad de Dios es efectuada.
11 de ENERO

“Por boca de dos o tres testigos conste toda palabra” (Mateo 18:16).

Como nos dice la Biblia, si queremos hacer un juicio justo debemos contar con el testimonio de dos o tres testigos. Si hiciéramos caso a este principio, nos ahorraríamos muchísimos problemas.

Tendemos de manera natural a escuchar la versión de una persona y de inmediato decidir a su favor, nos parece convincente y se gana nuestra simpatía. Pero más tarde nos damos cuenta de que éste solamente es un lado de la historia. Cuando escuchamos a la otra parte, caemos en la cuenta de que la primera persona había torcido los hechos o al menos los había dispuesto a su favor. Así: “parece tener razón el primero que aboga por su causa; pero viene su adversario, y le descubre” (Pr. 18:17). Si tomamos una decisión antes de conocer los hechos en su totalidad, procedemos con menos justicia que el sistema judicial del mundo y nos colocamos bajo la censura de Pr. 18:13, “Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio”.

Cuando Siba informó a David que Mefiboset pretendía arrebatarle el trono, David aceptó esta calumnia sin investigar y le dio a Siba la propiedad de Mefiboset (2 S. 16:1-4). Más tarde Mefiboset tuvo la oportunidad de contarle al rey cómo ocurrieron en realidad los hechos. Entonces David comprendió que había tomado una decisión sin haber tenido la evidencia suficiente.

El Señor Jesús actuó sobre la base de este principio. Manifestó que no era suficiente que diera testimonio de Sí mismo (Jn. 5:31). Por esta razón añadió otros cuatro testimonios: Juan el Bautista (vv. 32-35); Sus obras (v. 36); Dios el Padre (vv. 37-38); y las Escrituras (vv. 39-40).

Si no logramos reunir el testimonio competente de dos o tres testigos, podemos quebrantar corazones, arruinar reputaciones, dividir iglesias y separar amistades. Si nos apegamos a la Palabra de Dios, no haremos injusticias ni lastimaremos a nadie.

12 de ENERO

“¿Qué tienes que no hayas recibido?...” (1 Corintios 4:7).

Esta es una buena pregunta, pues nos reduce a todos a la misma medida. No tenemos nada que no hayamos recibido. Cuando nacemos se nos dota física e intelectualmente. No podemos jactarnos de nuestra apariencia e inteligencia porque es algo que está más allá de nuestro control. Es un accidente de nacimiento.

Todo lo que sabemos es resultado de nuestra educación; son otros los que han llenado nuestra mente de información. Con frecuencia, cuando creíamos tener alguna idea original, nos enteramos de que ya había sido expresada en algún libro escrito años atrás. Emerson decía: “mis mejores pensamientos me los robaron los antepasados”.

¿Qué decimos de nuestros talentos? No cabe duda de que algunos de ellos son herencia de familia y se han desarrollado por el entrenamiento y la práctica, pero no se originaron con nosotros. Nos fueron dados.

Pilato estaba infatuado por la autoridad que tenía, pero el Señor Jesús le recordó: “no tendrías ninguna autoridad contra mí, si no se te hubiera dado de arriba” (Jn. 19:11).

En resumen, cada latido de nuestro corazón es un don de Dios. Por esta razón Pablo en 1 Co. 4:7 continúa preguntando: “y si lo recibiste, ¿Por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”

Y ésta es la razón por la que Harriet Beecher Stowe no quisiera llevarse los aplausos por haber escrito *La Cabaña del Tío Tom*. Decía: “¿Yo el autor de *La Cabaña del Tío Tom*? Por supuesto que no, no tuve el control de la historia; se escribió sola. El Señor la escribió, y yo fui nada más que un instrumento humilde en Sus manos. Todo me llegó en visiones, una tras otra, y las escribí. ¡A Él solamente sea la alabanza!”

El tener en cuenta constantemente que no tenemos nada que no hayamos recibido, nos libra de jactarnos y de felicitarnos, y nos lleva a darle gloria a Dios por todo lo bueno que seamos o hagamos.

“...No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jer. 9:23-24).

13 de ENERO

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Es fácil interpretar mal un versículo como éste. Cuando lo leemos, nos vienen a la mente cientos de cosas que no podemos hacer. En el ámbito de lo físico, por ejemplo, pensamos en algunas hazañas extravagantes que, para llevarse a cabo, requieren de un poder sobrehumano, o pensamos en grandes logros intelectuales que están más allá de nuestra capacidad. Viéndolo así, las palabras del apóstol, lejos de ser un consuelo, se convierten en una tortura.

Lo que realmente nos enseña este versículo, es que el Señor nos dará el poder suficiente para hacer cualquier cosa que quiera que hagamos. Dentro de la esfera de Su voluntad no hay imposibilidades.

Pedro conocía este secreto. Comprendía que por sus propias fuerzas, no podría caminar sobre el agua. Pero estaba persuadido de que si el Señor le ordenaba hacerlo, entonces podía hacerlo. Tan pronto como Jesús le dijo: “Ven,” Pedro saltó de la barca al agua, y caminó hacia Él.

Normalmente, una montaña no se deslizaría al mar simplemente porque yo se lo mandara. Pero si esa montaña se interpone entre mí y el cumplimiento de la voluntad de Dios, entonces puedo decirle: “Quítate”, y será hecho.

En resumidas cuentas: “Sus mandamientos son capacitaciones”, por lo tanto, Dios siempre dará fuerza suficiente para soportar cualquier prueba. Nos capacitará para resistir toda tentación y conquistar cualquier hábito. Nos fortalecerá para que pueda llevar una vida de pensamientos limpios, motivos puros y hacer siempre las cosas que le agradan.

Cuando me falta fuerza suficiente para realizar alguna cosa o me derrumbo física, mental o emocionalmente, debo preguntarme si se debe a que he descuidado Su voluntad y estoy buscando mis propios deseos. Es posible trabajar para Dios sin estar haciendo la obra de Dios. Una labor así no trae consigo la promesa de Su poder.

Por eso, es importante saber que estamos avanzando de acuerdo a Sus planes. Sólo así podemos tener la confianza gozosa de que Su gracia nos sostendrá y capacitará.

14 de ENERO

“Porque todo es vuestro” (1 Corintios 3:21).

Los santos de Corinto discutían acerca de cuál de los líderes de la iglesia era el mejor. Para unos, Pablo era el ideal. Otros hacían de Apolos su favorito. Y algunos creían que Cefas era superior. Pablo les decía que era absurdo limitar su elección a uno sólo, cuando todos estos hombres les pertenecían. En vez de decir: “Apolos es mío”, debían decir: “Pablo, Apolos y Cefas son míos”.

Éste es un mensaje muy oportuno para nosotros en estos días. Erramos cuando nos convertimos en seguidores exclusivos de Lutero, Wesley, Booth, Darby, Billy Graham o cualquier otro grande don de Dios para la Iglesia. Todos estos hombres son nuestros y podemos regocijarnos en la medida de luz que cada uno de ellos nos brinda. No debemos ser seguidores de un hombre solamente.

Y no sólo los siervos del Señor son nuestros. También lo es el mundo entero. Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Un día volveremos y gobernaremos al mundo con el Señor Jesús. Mientras tanto, los inconversos gobiernan al mundo como si les perteneciera. Pero no les pertenece. Son únicamente dirigentes que lo administran temporalmente hasta que llegue el día en que tomemos posesión.

La vida es nuestra. Esto no sólo significa que tenemos vida; todos los hombres la tienen. Quiere decir que tenemos vida abundante, vida eterna, la vida misma de Cristo. Nuestra vida no es vanidad y aflicción de espíritu. Está llena de sentido y propósito.

Aun la muerte es nuestra. Ya no pasaremos el resto de nuestra vida sujetos a esclavitud por temor a la muerte. La muerte es ahora el mensajero de Dios que arrebatara nuestras almas para llevarlas al cielo. Por lo tanto, morir es ganancia. Además de todo esto, pertenecemos a Cristo, y Cristo pertenece a Dios. Cuando medito en esto me acuerdo del comentario ingenioso de Guy King: “¡Qué pordioseros tan afortunados somos!”

15 de ENERO

“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13).

La libertad de los hijos de Dios es una de sus posesiones más preciadas. Los libertados por el Hijo, son verdaderamente libres. Pero son llamados a una libertad responsable, y no al libertinaje.

Los hijos quieren emanciparse de las restricciones del hogar. Los jóvenes desean liberarse de la disciplina del estudio. Los adultos quieren verse libres de sus votos matrimoniales. Muchos se quejan de sentirse encadenados a sus empleos cotidianos. Pero éstas no son las libertades a las que somos llamados.

Las estrellas no son libres para dejar sus órbitas y vagar por el espacio. Un tren no tiene libertad para dejar la vía y andar por el campo sin rumbo fijo. Un avión no es libre para dejar la ruta previamente asignada; su seguridad depende de que el piloto obedezca las regulaciones.

Jowett comentó: “No hay reino donde haya espacio para los anarquistas. Si deseamos descubrir la libertad a dondequiera que vayamos debemos aprender a sujetarnos. Un músico debe conocer y respetar las leyes de la armonía si desea regocijarse en su mundo fascinante. Un constructor debe estar al servicio de la ley de la gravedad, o de otro modo su casa se convertirá en un montón de ruinas. ¿Qué clase de libertad puede disfrutar un hombre que desafía constantemente las leyes de la salud? En todos estos ámbitos, traspasar sus límites es convertirse en un lisiado, mientras que respetarlos es llegar a ser un hombre libre”.

Es verdad que el creyente está libre de la Ley (Ro. 7:3), pero esto no quiere decir que esté sin ley. Ahora es un siervo de Cristo, ligado por las cuerdas del amor, y comprometido a obedecer los numerosos mandamientos Suyos que se encuentran en el Nuevo Testamento.

El creyente está libre de la esclavitud del pecado (Ro. 6:7, 18, 22), pero es siervo de Dios y de la justicia.

El creyente es libre de todos los hombres (1 Co. 9:19), para llegar a ser siervo de todos, para ganar a un mayor número.

Pero no es libre para usar su libertad como pretexto para hacer el mal (1 P. 2:16). No es libre para dar rienda suelta a la carne (Gá. 5:13) o hacer tropezar u ofender a nadie (1 Co. 8:9). Tampoco es libre para deshonorar el Nombre del Señor Jesús (Ro. 2:23-24). No es libre para amar al mundo (1 Jn. 2:15-17), o entristecer al Espíritu Santo que habita en él (1 Co. 6:19).

El hombre no encuentra realización y descanso haciendo su propia

voluntad. Tan sólo lo encuentra al tomar el yugo de Cristo y aprender de Él. “Servirle es perfecta libertad”.

16 de ENERO

“Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás” (Jonás 3:1).

Aquí tenemos un mensaje que resplandece con esperanza y promesa: Dios no desecha al hombre que fracasa.

La Biblia describe los fracasos de David con crudo realismo. Cuando los leemos, nos sentamos en el polvo junto a él y ardemos de vergüenza. Pero David sabía cómo entrar a la presencia del Señor y arrepentirse de todo corazón. Dios tenía todavía planes para David. Le perdonó, y restauró a una vida fructífera.

Jonás fracasó cuando debió responder al llamado misionero de Dios y acabó en el vientre de un enorme pez. Dentro de aquel animado submarino aprendió a obedecer. Cuando Dios lo llamó por segunda vez, de inmediato se puso en camino a Nínive, predicó el juicio inminente, y vio a toda la ciudad sumergida en el más profundo arrepentimiento.

Juan Marcos tuvo un brillante comienzo con Pablo y Bernabé, pero después se escabulló y volvió a su casa. Sin embargo, Dios no lo abandonó. Más tarde Marcos volvió a la batalla, recuperó la confianza de Pablo, y fue encomendado para escribir el Evangelio del Siervo Infalible.

Pedro le falló al Señor, a pesar de que prometió ser fiel hasta la muerte. Cualquiera lo daría por perdido argumentando que un pájaro con el ala rota nunca más podría volar tan alto. Pero Dios no lo descartó y Pedro voló a alturas inesperadas. En Pentecostés abrió las puertas del reino a más de tres mil personas. Trabajó incansablemente y sufrió una y otra vez a manos de sus perseguidores. Escribió las dos epístolas que llevan su nombre y finalmente coronó con el martirio una vida gloriosa de servicio.

Así que cuando se trata del servicio, Dios es el Dios de la segunda oportunidad. No nos desecha cuando ve que fracasamos. Siempre que encuentra un corazón contrito y humillado, se inclina para levantar la cabeza de Su soldado caído.

Sin embargo, esto no debe tomarse como pretexto para aprobar el pecado o el fracaso. La amargura y el remordimiento que resultan de fallarle al Señor son un freno suficiente.

Tampoco quiere decir que Dios da al pecador no arrepentido una segunda oportunidad después de esta vida. Con la muerte sobreviene un fin terrible y definitivo. Para el hombre que muere en sus pecados la espantosa sentencia es: “En el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Ec. 11:3).

17 de ENERO

“Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres”
(Efesios 6:7).

Las instrucciones que Pablo da a los esclavos (Ef. 6:5-8) están llenas de significado para todos aquellos que profesan ser siervos de Jesucristo.

En primer lugar, muestran que cualquier trabajo honorable, a pesar de su insignificancia, puede hacerse para la gloria de Dios. Los esclavos a quienes Pablo escribía se dedicaban a fregar suelos, cocinar, lavar platos, cuidar animales o cultivar la tierra. Y el apóstol dijo que estos quehaceres podían ser hechos “para Cristo” (v. 5); que al ejecutarlos, los esclavos tomaban su lugar como “siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios” (v. 6); que estaban sirviendo al Señor (v. 7); y que serían recompensados por ÉL, “por hacer un buen trabajo” (v. 8).

Es fácil trazar una dicotomía entre lo secular y lo sagrado. Consideramos que nuestro trabajo cotidiano es secular, mientras que nuestra predicación, testimonio y enseñanza bíblica son sagradas. Pero este pasaje enseña que el cristiano no debe hacer esta distinción. Percatándose de esto, la esposa de un conocido predicador colocó un letrero sobre el fregadero de su cocina que decía: “Aquí se celebran servicios divinos tres veces al día”.

Un siervo así estipulado,
Torna en divino el trabajo pesado;
Quien para Ti barre un suelo,
Hace la obra como algo ligero.
George Herbert

De aquí aprendemos otra lección: a pesar de la posición de una persona en la escala social, no está excluida de las grandes bendiciones y recompensas que ofrece el cristianismo. Quizás nunca cambiará su humilde uniforme de trabajo por un traje de lana inglesa, pero si su trabajo es de tal buena calidad que Cristo es con él glorificado, recibirá una grande recompensa. “Sabido que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (v. 8).

Si creemos esto, debiéramos orar, en las palabras de George Herbert:

Enséñame, mi Dios y Rey,
A verte siempre en todo a Ti,

Haciendo toda mi labor así,
Como si fuese para Ti.

18 de ENERO

“Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían...” (Juan 18:36).

El hecho de que el Reino de Cristo no es de este mundo debe bastarme para mantenerme alejado de la política del mundo. Si participo en la política, doy un voto de confianza a favor de la capacidad del sistema para resolver los problemas que aquejan al mundo. Pero francamente no abrigo esta confianza, porque sé que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Jn. 5:19).

La política ha dado muestras de ser singularmente ineficaz al tratar de resolver los problemas de la sociedad. Los remedios de los políticos son como una tirita sobre una llaga supurante; no llegan a la fuente de la infección. Sabemos que el pecado es el problema básico de nuestra sociedad enferma. Cualquier cosa que no trate con el pecado no puede ser tomado en serio como remedio.

Se trata de un asunto de prioridades. ¿Debo emplear mi tiempo participando en la política o dedicarlo a extender el evangelio? El Señor Jesús contesta la pregunta con estas palabras: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve y anuncia el reino de Dios” (Lc. 9:60). Nuestra prioridad máxima debe ser dar a conocer a Cristo porque Él es la respuesta a los problemas de este mundo.

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas” (2 Co. 10:4). Si esto es así, nos encontramos ante la tremenda realidad de que es posible darle forma a la historia nacional e internacional con la oración, el ayuno y la Palabra de Dios mucho más de lo que podríamos por medio de la votación.

Una figura pública dijo una vez que la política es corrupta por naturaleza y añadió esta palabra de advertencia: “La iglesia no debe olvidar su verdadera función tratando de figurar en una área de los asuntos humanos donde todo lo que conseguiría es ser un pobre competidor... si participa, perderá la pureza de su propósito”.

El programa de Dios para esta Era es llamar de entre las naciones a un pueblo para Su Nombre (ver Hch. 15:14). El Señor está resuelto a salvar a muchos de este mundo corrupto en vez de hacer que se sientan a sus anchas en él. Debemos comprometernos a trabajar con Dios en esta gloriosa emancipación.

Cuando la gente le preguntaba a Jesús qué debía hacer para poner en práctica las obras de Dios, la respuesta fue que la obra de Dios consistía

en hacer que creyeran en Aquél que Él ha enviado (ver Jn. 6:28-29). Ésta, pues, debe ser nuestra misión: llevar a los hombres a la fe, no a las urnas.
19 de ENERO

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Sería prácticamente imposible continuar en la vida cristiana sin la seguridad que nos brinda este versículo. A medida que crecemos en la gracia, tenemos una conciencia cada vez más profunda de nuestro pecado y miseria. Necesitamos tener provisión para la limpieza instantánea de nuestros pecados, de otro modo, quedaríamos condenados a culpa y derrota perpetua.

Juan nos dice que a los creyentes se les ha hecho provisión por medio de la confesión. Por la fe en el Señor Jesús el inconverso recibe perdón judicial por la paga de sus pecados. El creyente, por su parte, recibe el perdón paternal y limpieza de la mancha de sus pecados cuando los confiesa.

El pecado rompe la comunión en la vida del hijo de Dios, y la comunión queda rota hasta que el pecado es confesado y abandonado. Cuando confesamos nuestros pecados, Dios es fiel a Su Palabra; Él ha prometido perdonarnos. Es justo cuando perdona porque la obra de Cristo en la Cruz ha provisto de la base de justicia necesaria.

Lo que significa este versículo, entonces, es que cuando confesamos nuestros pecados, podemos saber que el expediente queda limpio, que somos purificados por completo y que el bendito espíritu familiar ha sido restaurado. Tan pronto como somos conscientes de que hay pecado en nuestra vida, podemos entrar en la presencia de Dios, llamar a ese pecado por su nombre, repudiarlo, y saber con certeza que éste ha sido borrado.

¿Pero cómo lo sabemos con certeza? ¿Nos sentimos perdonados? No es cuestión de sentimientos. Sabemos que hemos sido perdonados porque Dios así lo dice en Su Palabra. Nuestros sentimientos no son dignos de confianza, en cambio, la Palabra de Dios es sólida y segura.

Pero supongamos que alguien dice: “Yo sé que Dios me ha perdonado pero no puedo perdonarme a mí mismo”. Eso suena muy piadoso pero en realidad deshonra a Dios. Si Dios me ha perdonado, desea que me apropie ese perdón por la fe, que me regocije en Él, y que vaya y le sirva como un vaso limpio.

20 de ENERO

“Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones”
(Hebreos 10:17).

Una de las verdades contenidas en la Escritura que más satisfacen al alma es la disposición de Dios para olvidar todos los pecados que han sido cubiertos por la sangre de Cristo.

Nos llenamos de asombro cuando leemos: “Cuanto está lejos el Oriente del Occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Sal. 103:12). Es una maravilla que podamos decir con Ezequías: “Echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Is. 38:17). Todo nuestro ser se sobrecoge cuando escuchamos al Señor que nos dice: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados” (Is. 44:22). Pero es aún más maravilloso leer: “perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34).

Cuando confesamos nuestros pecados, Dios no solamente nos perdona, sino que también los olvida instantáneamente. No es exagerado decir que el Salvador sepulta inmediatamente nuestros pecados en el mar de Su olvido. Esto se ilustra bien con la experiencia de un creyente que tenía un reñido combate contra un pecado que lo dominaba. En un momento de debilidad, se rindió a la tentación. Apresurándose a entrar en la presencia del Señor, dejó escapar estas palabras: “Señor, lo he hecho una vez más”. Enseguida imaginó que el Señor le decía, “¿Qué es lo que has hecho una vez más?” El asunto es que en una fracción de segundo, después de la confesión, Dios ya lo había olvidado.

Es toda una paradoja cautivadora que el Dios omnisciente pueda olvidar. Por una parte, nada escapa a Su conocimiento. Cuenta las estrellas y las nombra, enumera nuestras caídas y lágrimas. Determina cuándo un gorrion cae a tierra, y sabe cuántos son los cabellos de nuestra cabeza. Y a pesar de todo, olvida aquellos pecados que se confiesan y abandonan. David Seamands decía: “yo no sé cómo la omnisciencia divina puede olvidar, pero sé que lo hace”.

¡Un detalle más! Se ha dicho bien que cuando Dios perdona y olvida, coloca un letrero que dice: “Coto de Pesca”. Me está prohibido pescar mis propios pecados pasados o los pecados de otros que Dios ya ha olvidado. En este respecto debemos tener una pobre memoria y una buena capacidad para olvidar.

21 de ENERO

“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1 Samuel 16:14).

Hay versículos en la Biblia que parecen decir que Dios hace cosas malas. Por ejemplo, en el tercer año del reinado de Abimelec, rey de Israel: “Envió Dios un espíritu de discordia entre Abimelec y los hombres de Siquem” (Jue. 9:23). En otra ocasión el profeta Micaías le dijo al impío rey Acab: “He aquí Jehová a puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas” (1 R. 22:23). Job atribuía sus pérdidas al Señor cuando dijo: “¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:10). Y una vez más en Isaías 45:7 el Señor mismo dice: “...que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad”.

Sin embargo, sabemos que ya que Dios es Santo, no puede originar el mal ni disculparlo. El Señor no es el causante del pecado, la enfermedad, el sufrimiento o la muerte. Dios es luz, y no hay tinieblas en Él (1 Jn. 1:5). Es inconcebible que Él sea el origen de algo que se contrapone a su propia perfección moral.

Las Escrituras afirman que Satanás es el autor de la enfermedad, el sufrimiento, la tragedia y la destrucción. Las pérdidas que Job sufrió y su intenso dolor fueron la obra **del Maligno**. Jesús dijo que la mujer encorvada había estado **atada por Satanás** por dieciocho años (Lc. 13:16). Pablo se quejaba de un aguijón en su carne y se refería a ella como: “**un mensajero de Satanás**” (2 Co. 12:7). Satanás es el culpable de todos los problemas que padece la humanidad.

Pero ¿cómo podemos reconciliar todo esto con aquellos versículos que describen a Dios dando origen al mal? La explicación es simplemente ésta: En la **Biblia a menudo se dice que Dios hace algo cuando Él permite que suceda**. Ésta es la diferencia entre Su voluntad directiva y Su voluntad permisiva. Con frecuencia permite que Su pueblo atravesara experiencias que nunca habría deseado para ellos. Permitió que Israel vagara por el desierto cuarenta años mientras que Su voluntad directiva, si ésta hubiera sido aceptada, les habría llevado a la Tierra Prometida por una ruta más corta.

Pero aun permitiendo que los demonios o el hombre hagan el mal, Dios siempre tiene la última palabra. Invalida el mal para Su propia gloria y para bendecir a aquellos que por medio de él son ejercitados.

22 de ENERO

“No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel” (Números 23:21).

Balaam, el profeta mercenario pronunció una notable verdad cuando dijo que el Dios que todo lo ve no podía ver el pecado en Su pueblo Israel. Lo que resultó cierto para Israel es maravillosamente cierto para el creyente en nuestros días: cuando Dios le mira, no puede encontrar un sólo pecado por el cual castigarle con la muerte eterna. El creyente está “en Cristo”. Esto significa que está ante Dios con toda la perfección y la dignidad de Cristo. Dios le recibe del mismo modo que acoge a Su propio Hijo Amado. Esta es una posición de privilegio inmejorable y que jamás terminará. Por mucho que buscase, no podría encontrar acusación alguna contra aquel que está en Cristo.

Esto se ilustra con un incidente ocurrido a un inglés y su Rolls Royce. Viajaba por Francia durante sus vacaciones cuando repentinamente el eje trasero se rompió. El mecánico local no tuvo recambio para el eje, de modo que llamó por teléfono a Inglaterra. La compañía envió no solamente el eje trasero sino a dos mecánicos para asegurarse que éste se instalara correctamente. El inglés pudo continuar su viaje y más tarde regresó a Inglaterra, esperando que le enviaran la cuenta. Pasaron los meses, y al ver que ésta no llegaba, escribió a la compañía describiendo el incidente y pidió la cuenta. Un poco más adelante recibió una carta de la compañía que decía: “Hemos investigado cuidadosamente en nuestros registros y no encontramos que a un Rolls Royce se le haya roto jamás un eje trasero”.

Dios puede buscar cuidadosamente en Sus registros y no encontrará jamás en la cuenta del creyente ningún pecado que le condene al infierno. El creyente es acepto en el Amado, y está completo en Cristo. Está revestido de toda la justicia de Dios y goza de una posición perfecta ante Él. Puede decir con triunfo y confianza:

Si primero a mi bendito Salvador alcanzas;
Y de la estima de Dios arrojarle logras,
Si rastro del pecado en Jesús demuestras,
Entonces puedes decirme que no soy limpio.

23 de ENERO

“¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques...” (Jeremías 45:5).

Existe una tentación sutil aun en el servicio cristiano, de querer ser grande, de ver nuestro nombre en las revistas o escucharlo por la radio. Pero ésta es una trampa atroz porque despoja a Cristo de Su gloria, nos roba el gozo y la paz y nos coloca como blanco para los dardos de Satanás.

Despoja a Cristo de Su gloria. Como decía C. H. Mackintosh: “Cuando un hombre o su obra vienen a ser notables, se oculta un gran peligro. Cuando la atención se dirige a alguien o algo que no sea el Señor Jesús, podemos estar seguros de que Satanás está logrando su objetivo. Una obra puede comenzar de una manera muy sencilla, pero por falta de santa vigilancia y espiritualidad de parte del obrero, él mismo o los resultados de su obra pueden atraer la atención general y caer en la trampa del maligno. La meta grande e incesante de Satanás es deshonorar al Señor Jesús, y si puede hacerlo con lo que parece ser el servicio cristiano, ha logrado una importante victoria”. Bien decía Denney: “Ningún hombre puede demostrar al mismo tiempo que es grande y que Cristo es maravilloso”.

En el modo de obrar nos robamos a nosotros mismos. Alguien dijo: “nunca conocí la verdadera paz y el gozo en el servicio hasta que cesé de esforzarme en ser grande”. El deseo de ser grandes nos hace blanco fácil del ataque de Satanás. La caída de una personalidad bien conocida deshonra indeciblemente la causa de Cristo. Juan el Bautista renunció con energía a cualquier reclamo de grandeza. Su lema era: “Es necesario que Él crezca; y que yo mengüe”.

Nosotros también debemos sentarnos en el lugar más bajo hasta el momento en que el Señor nos mande que subamos más arriba. Una buena petición que podemos hacer cuando oremos es: “Guárdame pequeño y desconocido, y sólo por Cristo amado y valorado”.

Nazaret era un pequeño lugar,
Y así fue Galilea.

24 de ENERO

“Por nada estéis afanosos” (Filipenses 4:6).

Hay muchas cosas por las que una persona puede inquietarse: la posibilidad de contraer un cáncer, problemas de corazón o un sinnúmero de otras enfermedades; los alimentos supuestamente contaminados, una muerte accidental, un golpe de estado, la guerra nuclear, la creciente inflación, un futuro incierto o el sombrío porvenir que aguarda a todos aquellos niños que crecen en un mundo como el nuestro. Las posibilidades son innumerables.

A pesar de esto, la Palabra de Dios nos dice: “por nada estéis afanosos”. El Señor desea que nuestra vida se vea libre de ansiedades. ¡Y por buenas razones!

El afán y la ansiedad son innecesarias. El Señor tiene cuidado de nosotros. Nos sostiene en las palmas de Sus manos. Nada puede sucedernos fuera de Su voluntad. No somos víctimas del azar ciego, los accidentes o el destino porque nuestras vidas están planeadas, ordenadas y dirigidas.

La ansiedad es infructuosa. No resuelve los problemas o impide que las crisis sobrevengan. Como alguien ha dicho: “La ansiedad nunca le quita al mañana sus penas, solamente nos despoja de la fuerza que necesitamos para vivir el presente”.

La ansiedad es dañina. Los médicos están de acuerdo en que muchas de las enfermedades de sus pacientes se deben a la inquietud, la tensión y los nervios. Las úlceras están a la cabeza de la lista de los males relacionados con la inquietud.

La ansiedad es pecado. “Pone en duda la sabiduría de Dios y nos incita a pensar que no sabe lo que hace. Nos hace desconfiar de Su amor, haciéndonos suponer que no le importamos. Nos hace recelar del poder de Dios, creando la sospecha de que no es capaz de superar y vencer las circunstancias que nos causan la ansiedad”.

Muy a menudo nos enorgullecemos de nuestras preocupaciones. En una ocasión, cuando un marido reprochaba a su esposa por su incesante preocupación, ella replicó: “Si no me preocupara como lo hago, tendríamos menos de lo que ahora ves que tenemos”. Nunca alcanzaremos a librarnos de la preocupación hasta que la confesemos como pecado y renunciemos a ella por completo. Entonces podremos decir con confianza:

Nada tengo que ver con el mañana,
Mi Salvador tendrá eso a su cuidado;
Si lo llena con apuros y tristeza,
Me ayudará a sufrirlo Él a mi lado.
Nada tengo que ver con el mañana;
Sus cargas ¿por qué compartiré?
No puedo tomar prestadas su fuerza y su gracia;

¿Por qué prestadas sus preocupaciones tomaré?

25 de ENERO

“*Dios es amor*” (1 Juan 4:8).

Con Su venida al mundo, Jesucristo añadió una nueva palabra al lenguaje griego: *ágape*, “amor”. Éste ya contaba con un vocablo para amistad (*philia*) y otro para el amor apasionado (*eros*), pero faltaba una palabra que expresara la clase de amor que Dios mostró cuando nos dio a Su Único Hijo. Éste es el amor que desea que nos mostremos los unos a los otros.

Ágape es otra clase de amor que nadie en el mundo conocía, un amor con nuevas dimensiones. El amor de Dios no tuvo principio y nunca tendrá fin. Es un amor sin límite que jamás podrá medirse. Es absolutamente puro y libre de toda mancha de sensualidad. Es sacrificado, nunca cuenta el costo y se manifiesta dando, pues leemos: “De tal manera amó Dios al mundo que dio...” y “Cristo de tal manera nos amó, que se ha dado a sí mismo por nosotros...” El amor busca incesantemente el bienestar de los demás. Busca a los desagradables y antipáticos como a los agradables y atractivos. Se dirige a amigos y enemigos. No se da porque encuentra a sus objetos dignos o virtuosos, sino sólo porque Aquél que lo concede es bondadoso. El amor es desinteresado, nunca espera nada a cambio y jamás explota a los demás en beneficio propio. No repara en los errores, las ofensas o improperios, mas los cubre con un velo bondadoso. El amor devuelve con benevolencia la descortesía, y ora por aquellos que serían sus asesinos. El amor siempre piensa en los demás, considerándoles mejores.

Pero el amor también es firme. Dios castiga a los que ama. El amor no puede soportar ni consentir el pecado, porque es dañino y destructivo, y el amor desea proteger a sus objetos de daño y destrucción.

La manifestación más grande del amor de Dios fue habernos dado a Su Hijo Amado para que muriera por nosotros en la Cruz del Calvario.

¿Quién Tu amor, oh Dios, puede medir,
Que aplastó por nosotros su Tesoro,
A Él en quien tú te complacías,
A Cristo, el hijo de tu amor?

Allaben

26 de ENERO

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

No debemos pensar que el amor es una emoción, algo sentimental, incontrolable e impredecible. Dios nos manda amar, lo cual no sería posible si el amor fuera algo eludible, una emoción o sensación esporádica, que apareciera inesperadamente como un frío repentino. El amor puede afectar las emociones, pero es más un asunto de la voluntad que de las emociones.

El amor no está confinado a un mundo de castillos en el aire con escasa relación a la esencia de la vida cotidiana. Por cada hora de claro de luna y rosas, hay semanas de fregona y platos sucios.

En otras palabras, el amor es intensamente práctico. Por ejemplo, cuando se pasa un plato de fruta, el amor escoge la tocada o mala. El amor limpia el lavabo y la bañera después de usarlos. El amor repone el papel higiénico para que el próximo que lo necesite no sufra incomodidad. El amor apaga las luces cuando no se necesitan. Recoge el papel en el suelo en vez de pisarlo y pasar de largo. Cuando le prestan un automóvil, repone el gasóleo y el aceite. El amor vacía la basura sin que se lo pidan. No hace esperar a los demás. Sirve a otros antes que a sí mismo. Saca al niño ruidoso para no molestar en la reunión. El amor habla fuerte para que el sordo pueda oír. Y el amor trabaja para tener qué compartir con los demás.

El amor con la largura su vestido
Alcanza del suelo al polvo mismo -
Puede alcanzar lo sucio de la calle y del camino,
Y es porque puede, que debe.

No osa descansar en las montañas
Es su deber descender hasta el valle;
Pues satisfecho no queda hasta que enciende

Las vidas que allí se apagan.

27 de ENERO

“Aprovechando bien el tiempo” (Efesios 5:16).

En una época cuando la sociedad es cada vez más alérgica al trabajo, los cristianos deben esforzarse al máximo cada momento que transcurre. Es pecado malgastar y perder el tiempo.

No hay época de la historia en la que no oigamos alzarse las voces de los que testifican de la importancia del trabajo diligente. El Salvador mismo decía, “Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura: la noche viene, cuando nadie puede trabajar” (Jn. 9:4).

Tomás de Kempis escribió: “Nunca sean holgazanes o estén desocupados; lean, escriban, oren o mediten constantemente y ocúpense en alguna labor útil para el bien común”.

Cuando se le preguntó a G. Campbell Morgan acerca del secreto de su éxito como intérprete de la Palabra, contestó: “¡Trabajar, trabajar duro, y de nuevo trabajar!”

Nunca debemos olvidar que cuando el Señor Jesús vino al mundo, trabajó como carpintero. La mayor parte de Su vida la pasó en el taller de Nazaret.

Pablo fabricaba tiendas, y lo consideraba como una parte importante de su ministerio.

Es un error pensar que el trabajo es un resultado de la entrada del pecado. Antes de que éste penetrara, Adán fue colocado en el jardín para que lo cultivara y guardara (Gn. 2:15). La maldición implicó trabajo duro y el sudor que lo acompaña (Gn. 3:19). Aun en el cielo estaremos trabajando, porque “sus siervos le servirán” (Ap. 22:3).

El trabajo es una bendición. Por medio de él encontramos satisfecha nuestra necesidad de creatividad. La mente y el cuerpo funcionan mejor cuando trabajamos diligentemente. Cuando nos ocupamos en algo útil, disfrutamos de una mayor protección del pecado, porque: “Satanás encuentra alguna maldad que hacer para las manos inútiles” (Isaac Watts). Thomas Watson dijo: “La holgazanería tienta al Maligno a tentar”. El trabajo honesto, diligente y fiel es una parte vital de nuestro testimonio cristiano. Los resultados de nuestro trabajo pueden sobrevivir cuando nosotros muramos. Como alguien ha dicho: “cada uno deberá proveerse a sí mismo de alguna ocupación útil cuando su cuerpo yazca en la tumba”. Y William James apuntaba: “La mejor manera en que podemos emplear nuestra vida es utilizarla en algo que la sobreviva o que

dure más que ella”.

28 de ENERO

“El que creyere, no se apresure” (Isaías 28:16).

Nuestra era, caracterizada por los viajes supersónicos y las comunicaciones de alta velocidad, tiene como contrasena la prisa. Sin embargo, cuando leemos la Biblia descubrimos que Dios rara vez se apresura. Rara vez, digo, porque hay un ejemplo donde el padre corre para encontrarse con su hijo pródigo que regresa, sugiriendo que Dios se apresura a perdonar. Pero de manera general, Dios nunca tiene prisa.

Cuando David dijo: “la orden del rey era apremiante” (1 S. 21:8), usó de un subterfugio, y no debemos valernos de estas palabras para justificar nuestro frenético correr de aquí para allá.

Nuestro texto nos enseña una verdad muy sencilla: si confiamos en verdad en el Señor, no debemos tener prisa. La urgencia de nuestra tarea puede llevarse a cabo mejor si caminamos tranquilamente en el Espíritu que por el frenesí de la actividad carnal.

Un joven tiene prisa por casarse. Supone que si no actúa rápidamente, alguien más podría quedarse con la chica. La verdad es que si Dios quiere que esa chica sea para él, nadie más **podrá** tenerla. Si ella no es la elección de Dios, entonces él tendrá que aprenderlo por el camino más difícil: “Cásate de prisa; arrepíentete poco a poco”.

Otro se apresura para dejar su trabajo e ir a servir al Señor, como se suele decir, “a tiempo completo”. Argumenta que el mundo está pereciendo y que no puede esperar. Pero Jesús no arguyó así durante los treinta años que pasó en Nazaret. Esperó hasta que Dios le llamó al ministerio público.

Muy a menudo tenemos prisa en nuestra evangelización personal. Estamos tan ansiosos por acumular profesiones que arrancamos el fruto antes de que madure. Fallamos al no permitir que el Espíritu Santo convenga cabalmente de pecado a la persona. El resultado de este método es un rastro de falsas profesiones y de escombros humanos. Debemos dejar que: “la paciencia tenga su obra completa”, para que seamos perfectos (Stg. 1:4).

La verdadera eficacia de nuestra vida está no en correr locamente en proyectos y misiones que nosotros mismos nos hemos designado, sino en tener parte en aquella actividad que el Espíritu dirige, y esperar pacientemente a que el Señor la determine.

29 de ENERO

“Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26).

En la vida de casi todos nosotros hay cosas que nunca habríamos escogido y de las que nos gustaría deshacernos, pero que jamás podrán cambiar. Por ejemplo, los impedimentos físicos o anormalidades. Puede tratarse de una enfermedad crónica o terminal que no nos dejará jamás. Bien puede ser un desorden nervioso o emocional que persiste como invitado inoportuno.

Muchos viven vidas derrotadas, soñando solamente en lo que pudo haber sido y nunca fue. Si nada más hubieran sido más altos. Si tan sólo tuvieran una mejor apariencia. Si solamente hubieran nacido en una familia diferente o fueran de otra raza o sexo. Si sólo tuvieran un cuerpo hecho para sobresalir en atletismo. Si únicamente pudieran tener buena salud.

La lección que tales personas deben aprender es que pueden encontrar la paz si aceptan lo que no puede cambiar. Somos lo que somos por la gracia de Dios. Él ha planeado nuestra vidas con amor infinito e infinita sabiduría. Si pudiéramos ver las cosas como Él las ve, las habríamos arreglado exactamente como lo hizo. Por lo tanto, debemos decir: “Sí, Padre, porque así te agradó”.

Pero debemos avanzar un paso más. No tenemos que aceptar estas cosas con un espíritu de humilde resignación. Si sabemos que fueron permitidas por un Dios de amor, podemos hacer de ellas causa de alabanza y regocijo. Pablo oró tres veces para que el aguijón en su carne le fuera quitado. Cuando el Señor le prometió gracia para soportarlo, el apóstol exclamó: “De muy buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Co. 12:9).

Es un signo de madurez espiritual que podamos regocijarnos en las circunstancias aparentemente adversas de la vida, y que las usemos como un medio para glorificar a Dios. Fanny Crosby aprendió la lección temprano en su vida. Cuando tenía tan sólo ocho años, la poetisa ciega escribió:

¡Oh, que niña tan feliz soy
Aunque no puedo ver!
He resuelto que en el mundo
Contenta viviré.
¡Cuántas bendiciones tengo yo,
Que otros no pueden disfrutar!

Así que, por ser ciega, llorar o suspirar
¡No puedo, ni lo haré!

30 de ENERO

“De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8).

Fritz Kreisler, uno de los violinistas más grandes del mundo dijo: “Nací con la música en mi interior, conocí las partituras musicales instintivamente antes de que aprendiera el ABC. Fue un don de la Providencia y no algo que adquirí por mi propia cuenta. Así que ni aun siquiera merezco que se me agradezca por la música... La música es demasiado sagrada para venderla. Los precios ultrajantes que las celebridades musicales cobran hoy son verdaderamente un crimen contra la sociedad”.

Estas son palabras que debería tomar muy a pecho cualquiera que trabaja en la obra cristiana. El ministerio cristiano consiste en dar, no en recibir. La cuestión no es: “¿Qué hay aquí para mí?”, sino más bien: “¿Cómo puedo dar a conocer mejor el mensaje del Señor Jesús a un mayor número?” En el servicio de Cristo, es mucho mejor que las cosas cuesten en vez de que deban ser pagadas.

Es verdad que: “El obrero es digno de su salario” (Lc. 10:7), y que: “los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Co. 9:14). Pero esto no justifica que un hombre le ponga precio a su don o que cobre honorarios excesivos por hablar o cantar en diversas ceremonias. Con nada se justifica cobrar derechos exorbitantes por utilización de himnos.

Simón el mago quería comprar el poder de dar el Espíritu Santo a los demás (Hch. 8:19). No cabe duda que vio esto como un modo de ganar dinero para sí mismo. De su nombre y por su acción se deriva nuestra palabra “simonía”, que significa comprar o vender privilegios religiosos. No es exagerado decir que el mundo religioso de hoy en día está plagado de simonía.

Si el dinero pudiera de alguna manera eliminarse de la así llamada obra cristiana, mucho de esto se detendría de inmediato. Pero aún quedarían siervos fieles del Señor que proseguirían hasta agotar la última pizca de su fuerza.

Hemos recibido de gracia; debemos dar de gracia. Cuánto más demos, mayor será la bendición, y más grande la recompensa, buena medida, apretada, remecida y rebosante.

31 de ENERO

“No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1).

Aquellos que conocen poco más de la Biblia, conocen este versículo y lo usan de un modo muy caprichoso. Aun cuando se critica a una persona por su enorme maldad, estas gentes piadosamente gorgotean: “No juzguéis, para que no seáis juzgados”. En otras palabras, utilizan este versículo para evitar que se condene el mal.

Sin embargo, aun cuando hay áreas en las que no debemos juzgar, hay otras en las que se nos manda expresamente hacerlo.

Hay algunos ámbitos en donde no se debe juzgar. Por ejemplo, no debemos juzgar los motivos de la gente; no somos omniscientes, y no siempre podemos saber porqué hacen lo que hacen. No debemos juzgar el servicio de otro creyente; para su propio Maestro está en pie o cae. No debemos condenar a aquellos que son escrupulosos o meticulosos acerca de cosas que son neutrales moralmente; para ellos sería malo violar sus conciencias. No debemos juzgar por las apariencias o hacer acepción de personas; lo que hay en el corazón es lo que cuenta. Y ciertamente debemos evitar un espíritu crítico y severo; una persona que habitualmente busca defectos en los demás representa una pobre publicidad para la fe cristiana.

Pero hay otras áreas donde se nos manda juzgar. Debemos juzgar toda enseñanza para ver si está de acuerdo con las Escrituras. Tenemos que juzgar si otros son creyentes verdaderos, para no unirnos en yugo desigual. Los cristianos deben juzgar disputas entre creyentes en vez de permitir que vayan a los tribunales civiles. La iglesia local debe juzgar en casos de formas extremas de pecado y cortar de la comunión al ofensor culpable. Los de la iglesia deben juzgar qué hombres reúnen los requisitos bíblicos para ser ancianos o diáconos.

Dios no espera que desechemos nuestra facultad crítica o abandonemos los valores morales y espirituales. Todo lo que pide es que nos abstengamos de juzgar donde no debemos y que juzguemos justamente donde se nos manda.

1 de FEBRERO

“Del evangelio de la gloria de Cristo...” (2 Corintios 4:4).

Nunca debemos olvidar que el evangelio es las buenas nuevas de la **gloria** de Cristo; concierne a Aquél que fue crucificado y sepultado. Pero ya no está más en la Cruz como tampoco yace en la Tumba. Ha resucitado, ha ascendido al cielo, y ahora es el Hombre glorificado que está a la diestra de Dios.

No le mostramos como el humilde Carpintero de Nazaret, el Siervo sufriente o el Extraño de Galilea. Tampoco lo representamos como el afeminado hacedor de buenas obras del arte religioso moderno.

Predicamos al Señor de la vida y la gloria. Aquél a quien Dios exaltó hasta lo sumo y le dio un Nombre que es sobre todo nombre. A Su Nombre toda rodilla se doblará y toda lengua le confesará como Señor para gloria de Dios el Padre. Él está coronado de gloria y honor, como Príncipe y Salvador.

Con mucha frecuencia lo deshonramos con el mensaje que predicamos. Exaltamos al hombre con sus talentos y creamos la impresión de que Dios es muy afortunado al tenerlo a Su servicio, y que le hace un gran favor al confiar en Él. Ése no es el evangelio que los apóstoles predicaron. Ellos dijeron, en efecto: “Vosotros sois los culpables asesinos del Señor Jesucristo. Vosotros lo apresasteis y con manos perversas lo clavasteis al madero. Pero Dios lo resucitó de los muertos y lo glorificó sentándolo a Su propia diestra en los cielos. El Señor vive hoy, en un cuerpo glorificado de carne y hueso. Su mano atravesada por el clavo empuña el cetro del dominio universal y regresará una vez más para juzgar al mundo con justicia. Y mientras hay tiempo, es mejor que os ARREPINTÁIS y os volváis a Él con FE. No hay otro camino de salvación. No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”.

¡Oh, que tengamos una fresca visión del Hombre de Gloria! ¡Y una lengua que confiese las muchas glorias que coronan sus sienes! Ciertamente entonces, como en Pentecostés, los pecadores temblarán ante Él y clamarán: “¿Varones hermanos, qué haremos?”

2 de FEBRERO

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).

“Dios resplandeció...para iluminación”. De aquí aprendemos que no debemos creer que somos las terminales de las bendiciones de Dios sino solamente los canales. La expresión: “Dios resplandeció”, se refiere a nuestra conversión. Mientras que en la creación original mandó que la luz resplandeciera, en la nueva creación Él mismo ha resplandecido en nuestros corazones.

Pero hizo esto no para que acaparáramos egoístamente la marea de sus bendiciones, sino para que el conocimiento de su gloria en la faz de Jesucristo pudiera darse a conocer a los demás por medio de nosotros.

De modo similar, Pablo hablaba de cómo Dios había revelado: “su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles...” (Gá. 1:16). Dios revela a Su Hijo en nosotros para que podamos darlo a conocer a los demás. Cuando entendí la verdad de esto hace algunos años, escribí en mi Biblia:

Si de Jesús lo único que ven,
Fuese lo que ven en ti,
MacDonald, ¿qué es lo que ven?

No es de sorprenderse que MacPherson dijera: “La predicación es algo augusto, sublime y sobrecogedor, una acción sobrenatural, la transmisión de una Persona a través de una persona a una compañía de personas, la Persona así transmitida es el Jesús eterno”. MacPherson lo ilustra por medio de un incidente ocurrido cuando el rey Jorge V estaba hablando por la radio y sus palabras estaban siendo retransmitidas a América. Un cable muy importante se rompió en la estación de New York, llenando de pánico al personal. “Entonces Harold Vivien, un joven mecánico vio en aquel momento qué hacer. Asiendo con sus manos los extremos del cable roto, los sostuvo con valentía, mientras la corriente transmitía el mensaje real. La carga eléctrica, que era de doscientos cincuenta voltios, sacudían su cuerpo, convulsionándole de pies a cabeza y causándole dolores considerables. Pero él no aflojó la mano. Resuelta y desesperadamente se aferró al cable hasta que la gente terminó de escuchar al rey”.

Sólo canales, bendito Maestro,

Pero con Tu poder extraordinario
Fluyendo a través nuestro
Puedes usarnos siempre a diario.

3 de FEBRERO

“Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono” (Apocalipsis 8:3).

Creemos que el ángel a que se refiere el pasaje es el mismo Señor Jesús. Y Su ministerio aquí nos llena de consuelo y aliento.

¿Qué es lo que está haciendo? Toma las oraciones de todos los santos, les añade Su precioso incienso y las presenta a Dios el Padre.

Sabemos bastante bien que nuestras oraciones y alabanzas son muy deficientes. No sabemos orar como debiéramos. Todo lo que hacemos está manchado con pecado, con falsos motivos y con egoísmo.

“Las horas más puras que de rodillas pasamos en oración,
Las veces que pensamos que te agradaría nuestra alabanza y canción,
Oh, Escudriñador de corazones, sobre ellas derrama Tu perdón”.

Pero antes de que nuestra adoración e intercesión lleguen a Dios el Padre, pasan a través del Señor Jesús quien, después de perfeccionarlas, las presenta al Padre, sin defecto. Entonces sucede algo maravilloso: Mezcla incienso con las oraciones de los santos. El incienso habla de la fragante perfección de Su persona y obra. Esto es lo que hace que nuestras oraciones sean eficaces.

Cuán estimulante debe sernos esto. Todos nosotros somos conscientes de cuánto estropeamos la oración. Hacemos trizas las reglas de la gramática, nos expresamos de manera poco elegante y decimos cosas que son absurdas doctrinalmente. Pero esto no tiene por qué desanimarnos a seguir orando. Tenemos un Gran Sumo Sacerdote que dirige y purifica todas nuestras comunicaciones con el Padre.

Mary Bowley captó esta verdad en forma poética así:

Mucho incienso se eleva
Hasta Tu eterno trono;
El Dios bondadoso se inclina
A oír cada débil gemido;
A toda oración y alabanza

Cristo añade Su dulce perfume,
Y el amor como incienso sube
Y estos aromas consume.

4 de FEBRERO

“Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría” (Salmo 73:15).

El salmista estaba atravesando un tiempo muy difícil. Veía que el malo prosperaba en el mundo, mientras que su propia vida era una pesadilla de problemas y sufrimiento. Comenzó a dudar de la justicia, el amor y la sabiduría de Dios. Parecía como si el Señor recompensara la maldad y castigara la rectitud.

Pero Asaf tomó una noble resolución. Determinó no divulgar sus dudas para no hacer tropezar a los hijos de Dios.

Probablemente la mayoría de nosotros, en ocasiones, tenemos dudas y preguntas. Especialmente cuando nuestra paciencia llega a su fin y todo parece derrumbarse a nuestro alrededor, es fácil poner en duda la providencia de Dios. ¿Qué debemos hacer?

Sin duda alguna, es sabio poder compartir nuestras dudas con alguien que está espiritualmente cualificado para aconsejarnos. Algunas veces estamos tan aturridos que no podemos ver la luz al otro lado del túnel, mientras que hay otros que sí la ven y pueden guiarnos a ella.

Como regla general: “no dudemos en la oscuridad lo que nos ha sido revelado en la luz”. No debemos interpretar la Palabra de Dios a la luz de las circunstancias, no importa qué tan desolados estemos. Por el contrario, debemos dejar que las Escrituras interpreten las circunstancias y estar seguros de que nada ni nadie puede frustrar los propósitos de Dios o anular Sus promesas.

Pero sobre todo, no debemos ir de aquí para allá mostrando nuestras dudas. Existe el terrible peligro de hacer tropezar a los pequeños de Cristo, acerca de los cuales dijo: “Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mt. 18:6).

Nuestras certidumbres son innumerables y nuestras dudas, si hay alguna, son más bien pocas. Compartamos nuestras certidumbres. Goethe decía: “Dame el beneficio de tus convicciones, si las tienes, pero guárdate tus dudas para ti, porque yo tengo bastante con las mías”.

5 de FEBRERO

“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2).

Ningún propósito de Dios puede frustrarse. El hombre puede ser perverso, pero Dios tiene Sus caminos. El hombre siempre tiene mucho que decir, pero Dios tiene la última palabra. Salomón nos recuerda que: “No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (Pr. 21:30). Jeremías añade su testimonio, diciendo así: “Es confirmado...todo pensamiento de Jehová...” (Jer. 51:29).

Los hermanos de José decidieron deshacerse de él vendiéndolo a una banda de madianitas. Pero todo lo que lograron con eso fue llevar a cabo la voluntad de Dios. Los madianitas lo llevaron gratis a Egipto donde más tarde fue constituido como Primer Ministro y salvador de su pueblo.

Cuando aquel hombre que había nacido ciego recibió la vista y confió en el Salvador, los judíos lo expulsaron de la sinagoga. ¿Fue ésta una gran victoria para ellos? No, porque Jesús había venido precisamente a sacarlo de allí porque es el Buen Pastor que: “a sus ovejas llama por nombre, y las saca” (Jn. 10:3). Así que todo lo que hicieron fue ahorrarle el esfuerzo.

La maldad de los hombres llegó a su máxima expresión cuando apresaron al Señor Jesús y lo mataron en una cruz. Más tarde, Pedro les recordó que Él fue entregado por “el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch. 2:23). Dios anuló el gigantesco crimen resucitando a Cristo y haciéndole Señor y Salvador.

Donald Gray Barnhouse contaba la historia de un rico terrateniente que tenía hermosos árboles en su finca. “Pero tenía un cruel enemigo que cierto día dijo para sí, ‘cortaré uno de sus árboles y eso le lastimará.’ En la oscuridad de la noche el enemigo se deslizó sobre la cerca y fue al más hermoso de los árboles, y sierra y hacha en mano, comenzó a trabajar. Cuando apareció la primera luz de la mañana vio a la distancia a dos hombres que venían a caballo por la colina, y reconoció que uno de ellos era el propietario de la finca. Apresuradamente empujó la cuña y dejó caer al árbol; pero una de las ramas le aprisionó y le clavó en tierra, hiriéndolo tan gravemente que murió. Antes de exhalar su último suspiro, decía a gritos: ‘Qué bien que corté tu hermoso árbol’, mas el propietario de la hacienda viéndolo con lástima le dijo: ‘Este hombre que viene conmigo es un

arquitecto. Habíamos planeado construir una casa, y era necesario cortar uno de estos árboles para hacerle espacio; y es éste precisamente, en el que has estado trabajando toda la noche.”

6 de FEBRERO

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

Algunos tienen la engañosa idea de que si asisten a reuniones, conferencias y seminarios están haciendo la obra de Dios. Desde el púlpito y en todas partes se habla de lo que debemos hacer y, a pesar de esto, nos engañamos frecuentemente pensando que hacemos Su voluntad. Lo que en realidad sucede es que aumentamos nuestra responsabilidad y nos engañamos a nosotros mismos, pensando que somos espirituales cuando en realidad somos muy carnales. Nos engañamos al suponer que estamos creciendo espiritualmente cuando la verdad es que estamos estancados y nos engañamos imaginando que somos sabios cuando somos patéticamente necios.

Jesús dijo que el hombre sabio es aquel que escucha Sus palabras y las hace. El hombre necio también las escucha, pero no las hace.

No basta con escuchar un sermón y luego marcharse diciendo: “Qué mensaje tan maravilloso”. Lo apropiado es decir: “Haré algo con lo que he oído”. Un buen sermón no sólo ilumina la mente, calienta el corazón y nos conmueve, sino que también provoca la voluntad a la acción.

Un domingo cierto predicador interrumpió su sermón para preguntar a su congregación cuál era el nombre del primer himno que habían cantado esa mañana, y nadie lo supo. Luego preguntó qué pasaje de la Biblia se había leído, pero nadie pudo recordarlo. Preguntó qué anuncios se habían dado, y un gran silencio se hizo en el lugar. La gente estaba jugando a iglesia.

Antes de cada reunión, haríamos bien en hacernos estas preguntas: ¿A qué vine? ¿Estoy dispuesto a que Dios me hable? Y si me habla, ¿le obedeceré?

El Mar Muerto se ha ganado justamente su nombre por la entrada constante de aguas sin tener una salida correspondiente. En nuestra vida, la información sin aplicación nos conduce al estancamiento. La pregunta persistente del Salvador nos apremia: “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”

7 de FEBRERO

“Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gálatas 2:20).

Cuando el Señor Jesucristo murió en la Cruz, no murió tan sólo como mi Sustituto, sino también murió como mi Representante; no sólo murió **por** mí sino **como si fuese yo**. Cuando murió, yo también morí en un sentido muy real. Todo lo que yo era como hijo de Adán, mi viejo yo, malo y no regenerado, fue clavado en la Cruz. A los ojos de Dios mi historia como hombre en la carne llegó a su final.

¡Mas eso no fue todo! Cuando el Salvador fue sepultado, yo también fui sepultado con Él. Estoy identificado con Cristo en Su sepultura. Esto describe la eliminación del viejo “Yo” de la vista de Dios para siempre.

Además, cuando el Señor Jesús se levantó de los muertos, me levanté también con Él. Pero la descripción aquí cambia. No es el viejo yo que fue sepultado el que se levantó, sino el nuevo hombre: Cristo viviendo en mí. Resucité con Cristo para caminar en una vida nueva.

Desde el punto de vista de Dios todo esto ocurrió **posicionalmente**, pero Él quiere que se haga realidad en mi vida de una manera **práctica**. Quiere que me considere a mí mismo muerto a través de este ciclo de muerte, sepultura y resurrección. Pero, ¿cómo se logra esto?

Cuando soy tentado, mi respuesta a la tentación debe ser igual a la de un cadáver cuando es incitado al mal: ¡Sin respuesta! Debo decir: “He muerto al pecado, ya no eres tú mi amo. En lo que respecta a ti, estoy muerto”.

Día tras día debo considerar a mi viejo y corrupto yo como sepultado en la tumba de Jesús. Esto significa que no me ocuparé introspectivamente de él. Nada buscaré en él que sea digno de consideración ni me decepcionaré por su total corrupción.

Finalmente, viviré cada momento como uno que ha resucitado con Cristo a una nueva vida: nuevas ambiciones, nuevos deseos y motivos, nueva libertad y nuevo poder.

George Müller habla de cómo esta verdad de la identificación con Cristo le convenció:

“Hubo un día que morí. Murió George Müller a sus opiniones, preferencias, gustos y voluntad; morí al mundo,

a su aceptación o censura, a la aprobación o reproche aun de mis hermanos o amigos. Desde entonces, he vivido solamente para presentarme aprobado para Dios”.

8 de FEBRERO

“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30).

El Señor Jesús pronunció estas palabras refiriéndose a los fariseos. Acababan de cometer un pecado imperdonable: atribuyeron Sus milagros a Beelzebú, el príncipe de los demonios, en vez de reconocer en ellos el poder del Espíritu Santo. Desde aquel momento se hizo evidente que no le aceptarían como el Mesías de Israel y el Salvador del mundo. Al no decidirse a Su favor, estuvieron contra Él; en vez de servir a Su lado, actuaron contra Él.

Cuando se trata de la Persona y la obra de Cristo, no hay neutralidad; estamos por Cristo o estamos contra Él. Todo el que dice que no puede decidir, ha tomado ya su decisión.

Cuando se trata de la verdad respecto a Cristo, no se puede transigir. En el cristianismo bíblico hay algunas áreas en las que puede haber diferencias de opinión, pero ésta no es una de ellas. Como nos recuerda A. W. Tozer: “Algunas cosas no son negociables”. Debemos adherirnos inquebrantablemente a la deidad absoluta del Señor Jesús, Su nacimiento virginal, Su humanidad verdadera, Su naturaleza sin pecado, Su muerte sustitutiva a favor de los pecadores, Su resurrección corporal, Su ascensión a la diestra de Dios y Su próximo retorno. Cuando los hombres comienzan a poner trabas a estas doctrinas fundamentales, todo lo que les queda es un salvador a medias que a nadie puede salvar.

Como bien ha dicho un poeta:

¿Qué pensáis del Cristo? Es la prueba
Que evidencia tu estado y condición;
No podrás estar bien en lo que resta
A no ser que tengas de El buena opinión:
¿Cómo es Jesús a tu vista estimado?
¿es amado o despreciado?
Así Dios hacia ti se sentirá movido,
Y misericordia o ira Tu parte será.

9 de FEBRERO

“El que no es contra vosotros, por nosotros es” (Lucas 9:49-50).

Este pasaje parece contradecir rotundamente al versículo del día de ayer, pero no es así. En aquél, el Salvador se dirige a los fariseos incrédulos y les dice: “si no estáis conmigo, estáis contra mí”. Pero en éste, el asunto es distinto. Los discípulos acababan de impedir que un hombre expulsara a los demonios en el Nombre de Jesús. Su argumento era el siguiente: “no sigue con nosotros”, pero Jesús les dijo: “No se lo prohibáis; porque el que no es contra vosotros, por nosotros es”.

En lo tocante a la salvación, aquellos que no están a favor de Cristo están contra Él. Pero cuando hablamos del servicio cristiano, los que no están contra Él están con Él.

No hemos sido llamados a oponernos a otros que sirven al Señor. Nuestro mundo es grande y amplio y hay espacio en abundancia para trabajar sin pisotearnos unos a otros. Debemos tomar muy en serio las palabras del Salvador: “no se lo prohibáis”.

Por otra parte, notemos que Jesús no mandó a Juan y a los demás discípulos que se unieran a este hombre. Hay quienes emplean métodos que otros no pueden aceptar o enfatizan aspectos diversos en el mensaje que predicán. Algunos han recibido más luz que otros, y tienen libertad para hacer algunas cosas que a otros les remordería la conciencia. No podemos meter a todos los creyentes en el mismo molde. Más bien, debemos regocijarnos por cada triunfo del evangelio, como Pablo hizo. Éstas son sus palabras: “Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros, de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Fil. 1:15-18).

Sam Shoemaker hizo la siguiente pregunta: “¿Cuándo aprendemos que en la gran batalla de la luz contra las tinieblas que se desarrolla en nuestro tiempo, necesitaremos del apoyo de aliados que quizás no son de nuestro gusto personal, y nos pecataremos de que es necesario que todos los cristianos trabajemos juntos y nos esforcemos para avanzar contra la tormenta del Anticristo?”

10 de FEBRERO

“Digo, pues: Andad en el Espíritu...” (Gálatas 5:16).

¿Qué significa andar en el Espíritu? Algunos piensan que esto es complicado e impracticable, pero en realidad no es así. ¡Imaginemos cómo sería un día caminando en el Espíritu!

Primero, comienza el día con oración. Es necesario que confieses todo pecado conocido ya que así te dispones para que Dios te use como vaso limpio. Pasa un tiempo de alabanza y adoración; esto afinará tu alma. Entrégale las riendas de tu vida, y así estarás preparado para que el Señor viva Su vida a través de ti. En este acto de compromiso y entrega: “renuncias a hacer planes y le cedes el gobierno de tu vida”.

En seguida, abres tu Biblia y te alimentas de la Palabra de Dios. Aquí recibes un bosquejo general de la voluntad de Dios para tu vida. Y también puede que recibas de Dios alguna instrucción específica para hacer frente a tus circunstancias presentes.

Después de pasar este tiempo en quietud, te levantas para hacer todas las cosas que están al alcance de tu mano. Por lo general éstas son las obligaciones comunes, rutinarias y mundanas de la vida. Aquí es donde mucha gente tiene ideas equivocadas. Suponen que caminar en el Espíritu no tiene nada que ver con el mundo de los delantales y guardapolvos. Es precisamente en este terreno donde debemos ser fieles y diligentes, llevando a cabo nuestro trabajo diario.

En el transcurso del día, cuando te acuerdas de algún pecado cometido, lo confiesas y abandonas. Al hacer memoria de Sus bendiciones lo alabas, dispuesto a obedecer a todo impulso para hacer el bien y rechazar toda tentación al mal.

Es importante que sepas y aceptes que todo lo que sucede durante el día es Su voluntad para ti. Las interrupciones vienen a ser oportunidades para ministrar. Las decepciones forman una parte importante de Su plan así como lo son las llamadas telefónicas, cartas, visitantes, etc.

Harold Wildish citaba el siguiente sumario en uno de sus libros:

“De la misma manera que dejas toda la carga de tus pecados y descansas en la obra consumada de Cristo, así también deja toda la carga de tu vida y servicio, y descansa en la obra interior presente del Espíritu Santo”.

“Entrégate mañana a mañana a la dirección del Espíritu Santo y

continúa alabándole en reposo, rogándole que te dirija a ti y a tu día. Cultiva el hábito de depender gozosamente de Él momento a momento y de obedecerle, esperando que te guíe, ilumine, censure, enseñe, use y haga en ti y contigo lo que desea. Cuenta como un hecho que Él obrará en ti, aparte de la vista o los sentimientos. Solamente creamos y obedecemos al Espíritu Santo como quien gobierna nuestra vida, y renunciemos a tratar de manejarnos a nosotros mismos; entonces el fruto del Espíritu aparecerá en

nosotros, como Él quiera, para la gloria de Dios”.

11 de FEBRERO

“...*La división del alma y del espíritu*” (Hebreos 4:12 BAS).

Cuando la Biblia habla del hombre en su constitución tripartita, el orden siempre es espíritu, alma y cuerpo. Pero cuando los hombres emplean estos términos, ponen en primer lugar el cuerpo, luego al alma y como último de todos el espíritu. El pecado ha invertido el orden divino.

Las dos partes no materiales del ser del hombre son el espíritu y el alma. El espíritu habilita al hombre para que pueda comunicarse con Dios; el alma tiene que ver con sus pasiones y emociones. Aunque no nos es posible distinguir detalladamente entre el espíritu y el alma, sí podemos y debemos aprender a distinguir entre lo espiritual y lo terrenal.

¿En qué consiste lo espiritual? Es la predicación que exalta a Cristo, la oración que elevamos a Dios por medio de Cristo Jesús en el poder del Espíritu Santo. El servicio motivado por el amor a Dios y potenciado por el Espíritu, la adoración en espíritu y en verdad.

¿Qué es lo del alma? La predicación que dirige la atención al hombre, a su oratoria, a su ingenio y a su presencia dominante. Las oraciones mecánicas que no involucran al corazón sino que están calculadas para crear una impresión en los demás. El servicio por nombramiento propio, realizado por recompensa monetaria o que emplea métodos carnales. La adoración que gira en torno a ayudas materiales y visibles y no depende de las realidades espirituales invisibles.

¿Qué tiene que ver la Iglesia de Dios con grandes edificios, vidrieras de colores, vestiduras eclesiásticas, títulos honoríficos, velas, incienso y toda esa ostentación? O viéndolo más de cerca: ¿qué tiene que ver la verdadera Iglesia con los esfuerzos publicitarios que se hacen por todas partes para levantar fondos, el uso de recursos efectistas, payasos y otros trucos de captura, con el culto a la personalidad y espectáculos musicales, como si así se debiera evangelizar?

Basta con ojear los anuncios de los campamentos y campañas de verano de los evangélicos para ver qué mundanos hemos llegado a ser.

Pablo distingue entre el servicio que es oro, plata y piedras preciosas y aquel que es madera, heno y hojarasca (1 Co. 3:12). Todo lo que es espiritual resistirá el fuego del juicio penetrante de Dios, pero todo lo que es carnal y mundano será consumido en llamas.

12 de FEBRERO

“Ni en este monte ni en Jerusalén...” (Juan 4:21).

Para los samaritanos, el centro de adoración era el monte Gerizim. Para los judíos, Jerusalén era el lugar en la tierra donde Dios había establecido Su Nombre. Pero Jesús anunció un nuevo orden a la mujer samaritana: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn. 4:23).

Ya no hay en la tierra un sólo lugar establecido expresamente para adorar. En nuestra dispensación, en lugar de señalarnos un sitio sagrado, se nos ha dado una Persona Sagrada: El Señor Jesucristo, centro de reunión de Su pueblo. Se han cumplido las palabras de Jacob: “...a él se congregarán los pueblos” (Gn. 49:10).

Nos reunimos en Él, no en un edificio sagrado adornado con vidrieras de colores y saturado con música de órgano. No nos reunimos en torno a un hombre, a pesar de sus cualidades o lo elocuente que sea. El Señor Jesús es el imán divino.

El lugar de reunión tampoco es importante; puede ser una capilla, una casa, el campo o una cueva. En la adoración verdadera, entramos por la fe al santuario celestial. Dios el Padre está allí; el Señor Jesús está allí; los ángeles están allí en jubilosa asamblea. Los santos de la época del Antiguo Testamento están allí lo mismo que los santos de la Era de la Iglesia que durmieron en Él. Y en tan augusta compañía se nos concede el privilegio de derramar nuestros corazones en adoración a Dios por medio del Señor Jesús en el poder del Espíritu Santo. De manera que mientras nuestros cuerpos están todavía sobre la tierra, en espíritu estamos “muy por encima del mundo inquieto que abajo se despedaza”.

Lo que acabamos de afirmar, ¿contradice las palabras del Salvador, “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos?” (Mt. 18:20). No, éstas también son verdad. Cuando Su pueblo se reúne en Su Nombre, Jesucristo está presente de una manera especial. Toma nuestras oraciones y alabanzas y las presenta a Su Padre. Qué privilegio es tener al Señor Jesús entre nosotros.

13 de FEBRERO

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros” (Romanos 13:8).

No tomemos este versículo como una prohibición general contra cualquier clase de deuda. En nuestra sociedad no podemos escapar de los recibos del teléfono, el gas, la electricidad y el agua. Bajo ciertas circunstancias, es aconsejable que los discípulos compren su casa utilizando un crédito hipotecario, en vez de pagar la misma cantidad de renta mensual. Además, hoy en día es imposible hacer que un negocio prospere sin contraer algunas deudas.

Pero este versículo, sin duda, prohíbe otras prácticas. Por ejemplo, contraer deudas cuando hay escasa posibilidad de pagarlas o pedir dinero prestado para comprar un producto que se deprecia en su valor. Retrasarse en los pagos o inundarse de deudas para comprar artículos que no son esenciales. También prohíbe que nos rindamos a la tentación de gastar excesiva o impulsivamente simplemente porque tenemos una tarjeta de crédito. Prohíbe malgastar el dinero del Señor pagando intereses exorbitantes por facturas sin pagar.

Este versículo está en las Escrituras para que no caigamos en las manos de acreedores apremiantes, para librarnos de problemas matrimoniales que a menudo se presentan por gastar excesivamente, y de los tribunales por quiebra o insolvencia, todos éstos son devastadores del testimonio cristiano.

Por lo general, debemos ser responsables de la manera en que manejamos nuestras finanzas y aprender a vivir modestamente dentro de nuestras posibilidades, recordando siempre que el que toma prestado es esclavo del que presta (ver Pr. 22:7).

La única deuda que siempre sigue vigente para el cristiano es la obligación de amarnos unos a otros. Estamos obligados a amar al inconverso y dar a conocer el evangelio (Ro. 1:14), así como amar a los hermanos, y a poner nuestras vidas por ellos (1 Jn. 3:16). Esta clase de deuda nunca nos meterá en problemas con la ley. Por el contrario, como

Pablo dice, éste es el cumplimiento de la ley.

14 de FEBRERO

“Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra” (Hechos 4:29).

Cuando los primeros cristianos padecían persecución, no esperaron a que cambiaran sus circunstancias. Más bien glorificaban a Dios por las circunstancias.

Es muy triste comprobar que a menudo no seguimos su ejemplo. Damos largas a la acción hasta que las condiciones se muestran más favorables. Vemos las barricadas como obstáculos en vez de verlas como trampolines. Disculpamos nuestras tardanzas argumentando que nuestras circunstancias no son ideales.

Los estudiantes no se comprometen activamente en el servicio cristiano hasta que se gradúan. Pero apenas esto ocurre, casi de inmediato se ocupan del romance y el matrimonio. Más tarde, las presiones del empleo y la vida familiar les mantienen entregados a sus labores y deciden esperar hasta la jubilación. Para entonces, dicen, se verán libres por el resto de su vida para servir al Señor. Pero cuando llega ese momento su energía y visión se han esfumado y sucumben a una vida de ocio.

O puede ser que nos encontremos trabajando en la iglesia local con gente que tiene posiciones de liderazgo pero que no nos caen bien. Aunque son fieles y esforzados, los encontramos desagradables y molestos. ¿Qué hacemos entonces? Nos incomodamos e irritamos con el trabajo, esperando a que llegue algún funeral de primera clase. Pero tampoco esto funciona, pues algunas de estas personas tienen una longevidad sorprendente. Esperar funerales no es productivo.

José en Egipto no esperó hasta salir de la prisión para hacer que su vida fuera útil; tenía un ministerio de Dios en la prisión. Daniel llegó a ser un hombre poderoso en Dios durante la cautividad babilónica. Si hubiera esperado hasta que el exilio terminase habría sido demasiado tarde. Fue durante los días en que Pablo estuvo en prisión que escribió las epístolas a los Efesios, Filipenses, Colosenses y a Filemón. No esperó a que las circunstancias mejoraran.

La realidad es que las circunstancias nunca son ideales en esta vida. Y para el cristiano, no hay promesa de que vayan a mejorar. Así que, en el servicio como en la salvación, hoy es el tiempo aceptable.

Lutero decía: “El que espera hasta que la ocasión parezca favorable

por completo para empezar a hacer su obra, nunca la encontrará”. Y Salomón nos advierte que: “El que al viento observa, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará” (Ec. 11:4).

15 de FEBRERO

“Echa tu pan sobre las aguas, porque después de muchos días lo hallarás” (Eclesiastés 11:1).

Aquí probablemente el pan se refiere, de forma figurada, al grano del que está hecho. En Egipto, la semilla se sembraba en áreas inundadas. Cuando las aguas retrocedían, la cosecha aparecía, si bien esto no sucedía de un día para otro. La cosecha venía: “después de muchos días”.

En la actualidad vivimos en una sociedad “instantánea” que busca resultados instantáneos. Tenemos puré de patata instantáneo, té y café instantáneos, cacao, sopa y avena instantáneas. También tenemos crédito instantáneo en el banco, y repeticiones instantáneas en la televisión.

Pero no ocurre así en la vida y el servicio cristiano. Nuestras bondades no se recompensan de inmediato. Asimismo, nuestras oraciones no siempre son contestadas con premura y el servicio no produce resultados instantáneos.

La Biblia utiliza repetidamente el ciclo agrícola para ilustrar el servicio espiritual. “El sembrador salió a sembrar...”, “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”. “Primero el tallo, luego la espiga, después grano abundante en la espiga”. Es un proceso gradual que se extiende por un período de tiempo. La calabaza crece más rápidamente que una encina y sin embargo, ésta también lleva su tiempo.

Por lo tanto, esperar resultados instantáneos de nuestras obras de bondad es engañoso. Esperar siempre tener respuestas inmediatas a la oración es señal de inmadurez. Es una imprudencia presionar a una persona que por primera vez escucha el evangelio para que tome una decisión. El orden en la experiencia normal es dar, orar y servir incansablemente por un prolongado período de tiempo, con la confianza de que nuestro trabajo en el Señor nunca es en vano. Posteriormente vemos resultados, no para hincharnos de orgullo, sino para animarnos a seguir adelante. El resultado

completo no será conocido hasta que lleguemos al cielo, que es, después de todo, el sitio mejor y el más seguro para ver el fruto de nuestras labores.

16 de FEBRERO

“Aun en la risa tendrá dolor el corazón” (Proverbios 14:13).

Nada es perfecto en esta vida. La risa está mezclada con pesar y hasta los diamantes más hermosos tienen defectos. Cada persona tiene en su carácter algo defectuoso. En todas las cosas de la vida, siempre encontraremos un gusano en la manzana.

Es bueno ser idealistas; Dios nos ha hecho con un fuerte anhelo de perfección. Pero también es bueno ser realistas; jamás encontraremos la perfección absoluta bajo el sol.

Son muchos los jóvenes que piensan que su familia es la única en la que surgen altercados, o que sus padres son los únicos que no tienen personalidades centelleantes como las estrellas de la televisión.

Podemos desanimarnos de nuestra iglesia local, suponiendo siempre que en la iglesia que está al otro lado de la calle todo es color de rosa.

Es fácil ir por la vida buscando amigos sin tacha ni defecto. Esperamos perfección en los demás cuando nosotros mismos no podemos producirla.

Debemos afrontar el hecho que todos tenemos personalidades defectuosas, unos más que otros. Con frecuencia, cuanto más sobresaliente es una persona, más notables se hacen sus defectos. En lugar de desilusionarnos por los defectos que vemos en los demás, haríamos bien en enfatizar sus cualidades, en especial cuando se trata de creyentes. Todo ser humano tiene virtudes. Pero sólo hay una Persona que posee la combinación de todas ellas: el Señor Jesucristo.

Con frecuencia pienso que el Señor nos ha dejado deliberadamente con un deseo de perfección insatisfecho para que pongamos nuestra mirada en Aquél en quien no hay mancha ni tacha. Jesucristo representa la suma de toda belleza moral. Jamás nos decepcionará.

17 de FEBRERO

“Cuando estaba en angustia, tú me hiciste ensanchar” (Salmo 4:1).

Es verdad que “los mares tranquilos nunca hacen a un marino”. La tribulación es el medio adecuado en el que se desarrolla la paciencia; las presiones de la vida ensanchan el corazón.

Hasta los hombres del mundo saben que las dificultades tienen valores formativos que amplían nuestros horizontes. Charles Kettering dijo una vez: “Los problemas son el precio del progreso. No me traigan otra cosa sino problemas. Las buenas noticias me debilitan”.

Nadie hay como los cristianos para testificar de los enormes beneficios que provienen de las tribulaciones.

Leemos por ejemplo: “Los sufrimientos pasan, pero haber sufrido permanece por la eternidad”.

El poeta confirma lo dicho con sus palabras:

Y un trovador embelesado, de entre los hijos de la luz
Dirá de su música exquisita: “Por la noche la aprendí”;
Y el cántico ondulante que satura del Padre la mansión
Ensaya entre sollozos en la sombra de una oscura habitación.

Spurgeon escribió en su estilo inimitable:

“Me temo que toda la gracia que he obtenido de mis tiempos fáciles y cómodos y de las horas felices pudiera valer casi un comino. Pero el bien que he obtenido de mis penas, dolores y pesares es por completo incalculable. ¿Qué no le debo al martillo y la lima? La aflicción es la mejor pieza del mobiliario de mi casa”.

Y sin embargo ¿por qué nos sorprendemos? ¿Acaso no nos dice el escritor anónimo de la carta a los Hebreos: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (He. 12:11).

18 de FEBRERO

“El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”
(Génesis 18:25).

Hay misterios tan profundos en la vida que no los podemos penetrar, pero podemos descansar confiando en que el Juez de toda la tierra es el Dios de la justicia absoluta e infinita.

Por ejemplo, persiste la cuestión de qué pasa con los niños que mueren antes de poder confesar al Señor. Pero debe bastarnos con saber que: “de los tales es el reino de Dios”. Queremos creer que están seguros por medio de la sangre de Jesús. Sin embargo, hay otros a quienes esta respuesta no les deja satisfechos, pero todos debemos descansar sabiendo que todo lo que Dios hace está bien hecho.

Han pasado ya muchos siglos desde que se comenzó a discutir por vez primera el problema de la elección y la predestinación. ¿Escoge Dios a algunos para la salvación sin que al mismo tiempo escoja a otros para ser condenados? Después de todo lo que han dicho calvinistas y arminianos, podemos y debemos confiar por completo en que en Dios no hay injusticia.

Y de nuevo nos topamos con la aparente injusticia de cómo a menudo prospera el malvado mientras que los justos pasan a través de grandes tribulaciones. Se sigue debatiendo acerca de la suerte de los paganos que nunca han escuchado el evangelio. Los hombres se rompen la cabeza preguntándose por qué Dios permitió la entrada del pecado. Una y otra vez nos quedamos mudos ante las tragedias causadas por la pobreza y el hambre y los horribles daños físicos y mentales que la gente padece. La duda murmura continuamente en nuestros oídos: “Si Dios controla todas las cosas, ¿por qué permite todo esto?”

Mas la fe contesta: “Espera hasta que se escriba el último capítulo. Dios no ha cometido todavía Su primer error. Cuando seamos capaces de ver las cosas desde una perspectiva más clara, nos daremos cuenta de que el Juez de toda la tierra ha hecho lo que es justo”.

Dios escribe con muy grandes caracteres
Para que nuestra pobre y corta vista entienda;
No captamos mas que rotas pinceladas
y tratamos de sondear todo el misterio
De la vida y de la muerte, de marchitas esperanzas,

De la guerra interminable, de inútiles contiendas,
Pero allá, con alcance más claro y más preciso,
Descubriremos esto: Su proceder era el correcto.
John Oxenham

19 de FEBRERO

“La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón” (Proverbios 19:3).

No hay un libro de psicología como la Biblia. Nos permite penetrar en la conducta humana como no lo podríamos conseguir con ningún otro instrumento. En el versículo de hoy, por ejemplo, se describe a un hombre que hace naufragar su vida a causa de un capricho. Sin embargo, en vez de aceptar su culpa, se vuelve contra Dios y descarga sobre Él su rencor.

¡Cuán cierto resulta esto cuando lo referimos a la vida! Hemos conocido a muchos que profesan ser cristianos pero que llegaron a caer en formas viles de inmoralidad sexual. Esto les llevó a la vergüenza, la desgracia y la ruina financiera. Pero, ¿se arrepintieron? No, sino que se volvieron contra Cristo, renunciaron a la fe, y se convirtieron en ateos militantes.

Más frecuentemente de lo que nos damos cuenta, la apostasía tiene sus raíces en el fracaso moral. A. J. Pollock relata su encuentro con un joven que comenzó a vomitar toda clase de dudas y a negar las Escrituras. Cuando Pollock le preguntó: “¿Con qué pecado está usted condescendiendo?” El joven, destrozado, relató una escandalosa historia de pecado y libertinaje.

Lo grave de este asunto está en el modo perverso en que el hombre se enfurece contra Dios cuando sufre las consecuencias de sus propios pecados. W. F. Adeney decía: “Es monstruoso acusar a la providencia de Dios por padecer las consecuencias de acciones que explícitamente ha prohibido”.

¡Qué cierto es que: “todo aquél que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas”! (Jn. 3:20). El apóstol Pedro nos recuerda que los escarnecedores que “caminan según sus propios malos deseos”, son “voluntariamente ignorantes”. Pollock comentó: “Esto pone de manifiesto la importante verdad que la incapacidad y oposición para aceptar la voluntad de Dios es en gran parte de carácter moral. Los hombres desean continuar en sus pecados. La carne tiene una aversión natural hacia Dios. Lo que ofende a los hombres es el carácter penetrante de la luz, y la influencia restrictiva de la Biblia. No es tanto la cabeza la que tiene la culpa sino el corazón”.

20 de FEBRERO

“No comeré hasta que haya dicho mi mensaje” (Génesis 24:33).

Debemos ser como el siervo de Abraham, que tenía un agudo sentido de urgencia con relación a su misión. Esto no significa que tenemos que correr en todas direcciones a la vez, movidos por una prisa nerviosa. La idea aquí es que tenemos que cumplir la tarea que el Señor nos ha asignado como un asunto de máxima prioridad, haciendo nuestra la actitud expresada por Robert Frost:

Los bosques son deliciosos, para salir a caminar,
Pero tengo promesas que cumplir
Y gran trecho que ir antes de acostarme a descansar.

Amy Carmichael captó el espíritu de estas palabras y escribió: “Los votos de Dios están sobre mí. No me detendré a jugar con las sombras o arrancar las flores terrenales hasta que haya terminado mi obra y rendido cuentas”.

En otro lugar escribió:

Tan sólo doce cortas horas;
Oh, Buen pastor, Haz que en nosotros
Este sentido de urgencia nunca muera,
Qué junto a Ti busquemos a ovejas en cada collado.

Se ha dicho que Charles Simeon guardaba un cuadro de Henry Martyn en su estudio y que a todos lados en que caminaba por la habitación, parecía que Martyn le miraba y le decía: “Sé ardiente, sé ardiente; no pierdas el tiempo, no pierdas el tiempo”. Y Simeon le replicaba: “Sí, seré ardiente; seré ardiente; no perderé el tiempo, porque las almas perecen y Jesús debe ser glorificado”.

Escuchen la urgencia en las palabras del intrépido apóstol Pablo: “Pero una cosa hago... Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13-14).

Nuestro bendito Salvador vivió también con un sentido de

urgencia, oigámosle decir: “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lc. 12:50).

No hay disculpa para que los cristianos se duerman con los remos en las manos.

21 de FEBRERO

“Yo habito en medio de mi pueblo” (2 Reyes 4:13).

Una prominente mujer de Sunem brindaba hospitalidad a Eliseo cada vez que pasaba por allí. Cierta día sugirió a su marido que construyeran una habitación adicional para que el profeta pudiera tener un aposento propio. Deseando recompensar su bondadosa hospitalidad, Eliseo le preguntó qué podía hacer por ella, quizás presentarla al rey o al comandante del ejército. Su respuesta sencilla fue: “Yo habito en medio de mi pueblo”. En otras palabras: “soy feliz con lo que tengo en la vida. Amo a la gente común entre la que vivo. No deseo moverme entre los personajes encumbrados de la sociedad, ni me atrae codearme con gente famosa”.

¡No cabe duda que era una mujer sabia! Aquellos que nunca están contentos si no se rozan socialmente con los famosos, los acaudalados y los aristócratas a menudo tienen que aprender que la mayoría de la gente más escogida de la tierra nunca aparece en primera plana, o en este caso, en la sección social del periódico.

He tenido roce con los de renombre en el mundo evangélico, pero debo confesar que, en su mayor parte, la experiencia ha sido desengañadora. Cuanto más veo lo que es el bombo publicitario en la prensa evangélica, más decepcionado me siento. Si tengo que elegir, denme a aquellos ciudadanos humildes, honestos y sólidos a quienes este mundo no conoce pero que son bien conocidos en el cielo.

A. W. Tozer describe bien mis sentimientos cuando escribe: “Creo en los santos. Conozco a los comediantes, a los promotores, a los fundadores de diversos movimientos religiosos que ponen su nombre al frente de los edificios para que la gente sepa que ellos los erigieron; conozco a estrellas del deporte que se dicen convertidos. Conozco a toda clase de cristianos raros por todos los Estados Unidos y Canadá, pero mi corazón busca a los santos. Quiero conocer a los que son como el Señor Jesucristo... En realidad, lo que debemos desear y tener es la belleza del Señor nuestro Dios resplandeciendo en corazones humanos. Un santo verdadero es una persona magnética y atractiva que vale más que quinientos promotores e ingenieros religiosos”.

Charles Simeon se hace eco de sentimientos semejantes: “Desde el primer día hasta la hora presente he puesto de manifiesto... que mi trato social

ha sido con lo excelente de la tierra y que cada uno de ellos, a causa del Señor, se esfuerza hasta el límite de su fuerza para mostrarme su bondad”.

Así que, ¡flores para la mujer de Sunem! por la percepción espiritual de sus palabras: “Yo habito en medio de mi pueblo”.

22 de FEBRERO

“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”
(Efesios 4:12).

¡Aquí tenemos toda una revolución llena de visión hacia el futuro! Los dones que se mencionan en Efesios 4 son dados para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio. Tan pronto como los santos puedan ejercerlo, el don podía avanzar.

Esto quiere decir que el éxito en la obra cristiana consiste en realizar el trabajo en el tiempo más corto posible. Después hay que buscar nuevos mundos por conquistar.

Así lo hizo Pablo. Por ejemplo, fue a Tesalónica, predicó a los judíos por tres sábados y dejó tras sí una congregación funcionando. Pablo rompió el récord en lo que respecta a la velocidad con la que estableció esta obra y no cabe duda de que se trató de una excepción. El tiempo más largo que Pablo pasó predicando en un lugar, al parecer, fue de dos años; esto sucedió en Éfeso.

Dios no ha dispuesto que Sus santos dependan perpetuamente de cualquiera de los dones mencionados. Los dones son prescindibles. Si los santos pasaran el tiempo escuchando sermones solamente, nunca se comprometerían en la obra del servicio ni se desarrollarían espiritualmente lo suficiente y el mundo no podría ser evangelizado de la manera en que Dios se lo ha propuesto.

William Dillon decía que un misionero extranjero de éxito jamás tiene un sucesor extranjero. Esto es verdad también en lo que respecta a los obreros en su tierra natal, cuando la tarea de un obrero llega a su fin, los santos deben tomar su lugar y no comenzar a buscar a otro predicador.

Con mucha frecuencia los predicadores vemos nuestro cargo y función como algo para toda la vida. Pensamos que nadie podría hacer la obra tan bien como nosotros. Justificamos nuestra permanencia porque imaginamos que si nos marcháramos la comunidad se desalentaría y vendría a menos. Nos quejamos de que otros no pueden hacer las cosas como se debe y que no son de fiar. Pero el hecho es que deben aprender y para eso hay que darles la oportunidad. Tenemos que entrenarles, delegar responsabilidades y después evaluar el progreso.

Cuando los santos llegan al punto donde creen que pueden

continuar sin la ayuda de un predicador especial o maestro, no hay razón para estar malhumorados o guardar resentimiento. Más bien debe ser motivo de celebración. El obrero queda en libertad para ir a donde más se le necesita.

No está bien que la obra de Dios se construya y dependa permanentemente de un hombre, no importa cuán dotado esté para el ministerio. Su meta principal debe ser multiplicar su eficacia edificando a los santos hasta donde ya no necesitan de él. En un mundo

como el nuestro donde hay tantos lugares en los que su presencia es importante, es imperativo que continúe trabajando en la obra del Señor y para Su gloria.

23 de FEBRERO

“Oír el sabio, y aumentará el saber” (Proverbios 1:5).

De acuerdo al libro de los Proverbios, la diferencia esencial entre el sabio y el necio es que el sabio escucha y el necio no.

No se trata de la capacidad mental del necio ya que puede tener una habilidad intelectual extraordinaria. El problema consiste en que no se le puede decir nada. Trabaja bajo la ilusión fatal de que su conocimiento es infinito y sus juicios, infalibles. Si sus amigos tratan de aconsejarle, reciben a cambio su desdén. Observan cómo intentan escapar de los resultados inevitables de sus acciones pecaminosas y estúpidas, pero ven con pesimismo que no pueden alejarle del fracaso. El necio va de una crisis a otra: Sus finanzas son un desastre. Su vida personal se bambolea. Sus negocios están al borde de la ruina. Pero él argumenta que es la víctima de una mala jugada de la vida. Nunca se le ha ocurrido pensar que él es su propio enemigo. Es generoso cuando aconseja a los demás pero es incapaz de manejar su propia vida. Además, es un parlanchín compulsivo que discurre sin parar con el aplomo de un oráculo.

El sabio está hecho de mejor material. Se da cuenta de que los cables mentales de cada uno han sido cruzados de alguna manera por la Caída. Sabe que los demás pueden ver aspectos de un problema que él ha pasado por alto. Está dispuesto a reconocer que su memoria a veces puede fallar. El sabio es alguien que se deja enseñar y da la bienvenida a cualquier consejo que le ayude a tomar decisiones correctas. Más de una vez solicita el consejo de los demás porque sabe que: “en la multitud de consejeros hay seguridad” (Pr. 11:14). Como cualquier otro, algunas veces se equivoca. Pero tiene la virtud de aprender de sus errores y hacer de cada fracaso un trampolín que le lleve al triunfo. Se muestra agradecido cuando merece reprensión y está dispuesto a decir: “Me equivoqué. Lo siento. Perdóname por favor”. Los hijos sabios se someten a la disciplina de los padres; los necios se rebelan. Los jóvenes sabios obedecen los preceptos escriturales referidos a la pureza moral; los necios hacen lo que quieren. Los adultos sabios juzgan todas las cosas pensando si éstas agradan al Señor; los necios actúan de acuerdo a sus caprichos.

Es así que el sabio llega a ser más sabio y los necios se estrellan en

la roca de su propia locura.

24 de FEBRERO

“Adán... engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen”
(Génesis 5:3).

Es un hecho primordial de la vida física engendrar hijos a nuestra semejanza, conforme a nuestra imagen. Adán engendró un hijo a su semejanza, y le puso por nombre Set. Es probable que cuando las gentes veían a Set comentaran entre ellas lo que han estado diciendo desde entonces: “De tal palo, tal astilla”.

También es un hecho aleccionador de la vida espiritual que engendramos hijos conforme a nuestra imagen. Cuando Dios se vale de nosotros para llevar a otros al Señor Jesús, éstos van adquiriendo poco a poco características similares a las nuestras. No se trata aquí de un asunto de herencia sino de imitación. Nos miran como el ideal de lo que los cristianos deben ser e inconscientemente modelan su conducta según la nuestra. Muy pronto manifiestan la semejanza familiar.

Esto significa que el lugar que le doy a la Biblia en mi vida establecerá la norma para mis hijos en la fe. El énfasis que le doy a la oración vendrá a ser el suyo. Si adoro a Dios, esta característica probablemente se les transmitirá también.

Si me adhiero a las firmes demandas del discipulado, ellos supondrán que ésta es la norma para todos los creyentes. Por otra parte, si suavizo las palabras del Salvador y vivo para la riqueza, la fama y el placer, puedo esperar que ellos seguirán mi dirección.

Los celosos ganadores de almas engendran valientes predicadores de fuego. Aquellos que encuentran placer y beneficio en memorizar las Escrituras transmiten esa visión a sus hijos espirituales.

Si no asistes con regularidad a las reuniones de la asamblea, difícilmente podrás esperar que tus protegidos no hagan lo mismo. Si acostumbras a llegar tarde, probablemente ellos llegarán tarde también. Si te sientas en el banco de atrás, no es de sorprender que esto les induzca a hacer lo mismo.

Por otra parte, si eres disciplinado, confiable, puntual y comprometido vitalmente, tus “Timoteos” seguirán tu fe.

De aquí surge una pregunta que es para todos nosotros: “¿Estoy

contento de engendrar hijos a mi propia imagen?” El apóstol Pablo podía decir: “Por tanto os ruego que me imitéis” (1 Co. 4:16). ¿Podemos decir lo mismo?

25 de FEBRERO

“Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29).

Cuando Jesús preguntó a los dos ciegos si creían que Él era capaz de darles la vista, contestaron que sí. Cuando les tocó los ojos dijo: “conforme a vuestra fe os sea hecho”, y sus ojos se abrieron.

Sería fácil deducir de esto que si tan sólo tuviéramos suficiente fe podríamos conseguir lo que quisiéramos, riqueza, salud o lo que fuera. Pero éste no es el caso. La fe debe basarse sobre la Palabra del Señor, en una de Sus promesas o en algún mandamiento de la Escritura. De otro modo esa “fe” no es más que vanas ilusiones.

Nuestro texto nos enseña que el grado en que nos apropiamos de las promesas de Dios depende de la medida de nuestra fe. Después de prometer al rey Joás que obtendría la victoria sobre los Sirios, Eliseo le dijo que golpease la tierra con sus flechas. Joás la golpeó tres veces, y se detuvo. Entonces Eliseo se enojó con él y le anunció que el rey tendría solamente tres victorias sobre Siria mientras que podría haber tenido cinco o seis (2 R. 13:14-19). La medida de su victoria dependió de su fe.

Así es la vida del discipulado. Se nos llama a caminar por fe, abandonándolo todo. Se nos prohíbe amontonar tesoros en la tierra. ¿Hasta dónde hemos llegado obedeciendo estos mandamientos? ¿Nos hemos despojado del seguro de vida, del seguro de salud, de las cuentas de ahorros, bonos y acciones? La respuesta es: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Si tienes fe para decir: “Trabajaré duro para suplir mis necesidades y las de mi familia, pero pondré la obra del Señor por encima de todas estas cosas y confiaré en Dios para el futuro”, entonces puedes estar absolutamente seguro de que el Señor cuidará de tu futuro. Ha dicho que lo hará y Su Palabra no puede fallar. Si, por otra parte, estimamos que debemos ejercer “prudencia humana” y proveer toda cosa necesaria, de cualquier modo Dios aún nos amará y nos usará según la medida de nuestra fe.

La vida de la fe es como las aguas que fluyen del Templo en Ezequiel 47. Puedes entrar hasta los tobillos, hasta las rodillas, hasta el pecho, o mejor aún, sumergir todo el cuerpo en ellas.

Las bendiciones más grandes de Dios son para aquellos que confían totalmente en Él. Una vez que hemos comprobado Su fidelidad y

suficiencia, desearemos deshacernos de muletas, de ayudas y de las almohadas del “sentido común”, o como alguien a dicho: “Una vez que caminas sobre el agua nunca querrás subirte de nuevo a la barca”.

26 de FEBRERO

“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:44).

Se vale el Señor de estas palabras para señalar que no podemos buscar al mismo tiempo la aprobación de Dios y de los hombres. Afirma también que una vez que nos embarcamos en búsqueda de credenciales humanas, le damos un duro golpe a la vida de la fe.

Por el mismo tenor, el apóstol Pablo expresa la inconsistencia moral de desear la alabanza del hombre y la de Dios: “...pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gá. 1:10b).

Había una vez un joven creyente que deseaba obtener un grado académico avanzado en la teología, pero quería que fuera de una universidad prestigiosa. Debía ser de un instituto bíblico famoso. Desafortunadamente, las únicas instituciones de renombre que ofrecían ese grado negaban las grandes verdades de la fe. Llegar a tener ese grado como parte de su currículum significaba mucho para él, así que estuvo dispuesto a lograrlo por medio de hombres que, aunque eruditos afamados, eran enemigos de la Cruz de Cristo. El joven se corrompió inevitablemente en el proceso. Nunca volvió a hablar con la misma convicción.

El deseo de ser reconocidos por el mundo como eruditos o científicos entraña grandes riesgos. Cuando se asume una postura liberal existe el peligro sutil de comprometer y sacrificar nuestros principios bíblicos, y de llegar a ser un crítico más severo de los fundamentalistas que de los modernistas.

Los institutos cristianos están frente a una decisión agonizante: si deben buscar credenciales como escuelas de reputación en el mundo académico. La ambición por ser “acreditado” a menudo les conduce a atenuar los énfasis bíblicos y adoptar principios carnales establecidos por hombres que no tienen el Espíritu.

Lo que debemos anhelar con todo el corazón es ser “aprobados por Dios”. La alternativa es muy costosa, porque: “en la moneda con la que vendemos la verdad aparece siempre perceptible la imagen del Anticristo”

(F. W. Grant).

27 de FEBRERO

“Escogió Dios... lo débil del mundo... para avergonzar a lo fuerte”
(1 Corintios 1:27).

Si un carpintero tomara simples trozos y desperdicios de madera y con ellos hiciera un mueble espléndido, ganaría mucha más fama que si empleara grandes trozos de material muy fino. De la misma manera, cuando Dios utiliza cosas que son estimadas como necias, indignas y débiles y con ellas consigue resultados formidables, esto no hace sino magnificar Su habilidad y poder. La gente no puede atribuir la maravilla a la materia prima, y se ve obligada a reconocer que solamente el Señor es digno de alabanza.

El libro de los Jueces provee muchas ilustraciones donde Dios utiliza las cosas débiles del mundo para avergonzar a las que son fuertes. Aod, por ejemplo, era un benjamita zurdo. La mano izquierda en la Escritura significa debilidad y sin embargo, con ella Aod derribó a Eglón, rey de Moab y el país quedó tranquilo por ochenta años (Jue. 3:12-30).

Samgar salió a la batalla blandiendo una aguijada de bueyes, y a pesar de usar un arma tan extraña hirió a 600 Filisteos y así libró a Israel (3:31). Débora formaba parte del “sexo débil”, sin embargo, con el poder de Dios obtuvo una victoria aplastante sobre los cananeos (4:1; 5:31). Los 10.000 soldados de a pie de Barac fueron un pobre rival, humanamente hablando, contra los 900 carruajes de Sísara y no obstante, Barac barrió el campo enemigo (4:10, 13). Jael, otro miembro del “sexo débil”, mató a Sísara con un arma tan poco convencional como una estaca (4:21). De acuerdo a la Septuaginta, sostuvo la estaca con su mano izquierda. Gedeón marchó contra los madianitas con un ejército que el Señor había reducido de 32.000 a 300 hombres (7:1-7). Su ejército se describe bajo la figura de un pastel o pan de cebada. Ya que el pan de cebada era la comida del pobre, la descripción es de pobreza y debilidad (7:13). Las armas inauditas del ejército de Gedeón eran cántaros de barro, antorchas y trompetas (7:10). Y como si eso no fuera suficiente, para asegurar la derrota, los cántaros debían romperse (7:19). Abimelec fue derribado por mano de una mujer que dejó caer sobre su cabeza un pedazo de piedra de molino (9:53). Uno de los jueces de Israel se llamaba Tola, que significa gusano, un título poco

favorable para un libertador militar (10:1). Cuando nos encontramos por primera vez con la madre de Sansón, era una mujer estéril y desconocida (13:2). Finalmente, Sansón mató a 1.000 filisteos con tan sólo una quijada de asno (15:15).

28 de FEBRERO

“Jehová los destruirá... y tú los echarás, y los destruirás enseguida” (Deuteronomio 9:3).

En todos los tratos de Dios con la humanidad hay una interesante fusión de lo divino y lo humano. Tomemos la Biblia como ejemplo. En ella se destacan el autor Divino y los autores humanos que escribieron movidos por el Espíritu Santo.

En lo tocante a la salvación, ésta pertenece al Señor de principio a fin. No hay nada que un hombre pueda hacer para ganarla o merecerla; pero debe recibirla por la fe. Dios elige individuos para la salvación, no obstante, éstos tienen que entrar por la puerta angosta. Por esta razón Pablo escribe a Tito acerca de: “la fe de los escogidos de Dios” (Tit. 1:1).

Desde el punto de vista divino somos “guardados por el poder de Dios”. Sin embargo, también existe la parte humana: “mediante la fe” (1 P. 1:5). “Guardados por el poder de Dios mediante la fe”.

Solamente Dios puede hacerme santo. Sin embargo, no me hará santo sin mi cooperación. Debo añadir a mi fe virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor (2 P. 1:5-7) y vestirme de toda la armadura de Dios (Ef. 6:13-18). Debo despojarme del viejo hombre, vestirme del nuevo hombre (Ef 4:22-24) y caminar en el espíritu (Gá. 5:16).

Encontramos la mezcla de lo divino y lo humano en toda el área del ministerio cristiano. Pablo planta, Apolos riega, mas Dios da el crecimiento (1 Co. 3:6).

En lo que respecta al liderazgo en la iglesia local, aprendemos que sólo Dios puede hacer de un hombre un anciano. Pablo recordó a los ancianos de Éfeso que era el Espíritu Santo quien les había hecho sobrevedores (Hch. 20:28). Sin embargo, la voluntad del hombre está implicada: Debe anhelar el obispado (1 Ti. 3:1).

Por último, en el texto de este día vemos que es Dios quien destruye a nuestros enemigos, pero somos *nosotros* quienes debemos echarlos y destruirlos. (Dt. 9:3).

Para poder llegar a ser cristianos equilibrados, debemos reconocer esta fusión de lo divino y lo humano. Debemos orar como si todo dependiese de Dios pero trabajar como si todo dependiera de nosotros.

Algunos soldados solían decir en tiempo de guerra: “Alabado sea Dios, y pasa las municiones”, o como alguien sugirió: debemos orar por una buena cosecha y mantener el azadón en la mano. Decimos de forma más castiza: “a Dios rogando y con el mazo dando”.

29 de FEBRERO

“Jesucristo... éste es Señor de todos” (Hechos 10:36).

Uno de los grandes temas del Nuevo Testamento es el señorío de Jesucristo. Una y otra vez se nos recuerda que Él es Señor y que debemos cederle ese lugar en nuestra vida.

Con “coronar a Jesús como Señor”, queremos decir reconocerle personalmente como tal, rendirle nuestra vida, renunciar a nuestra voluntad y desear supremamente Su voluntad. Significa estar dispuesto a ir a adonde sea, hacer cualquier cosa y decir todo lo que desea. Cuando Josué preguntó al capitán del ejército del Señor: “¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?”, respondió: “No: mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora” (ver Jos. 5:14). De este modo el Señor no viene como una clase de ayudante glorificado sino a tomar el mando supremo de nuestra vida.

La importancia del señorío en el Nuevo Testamento se puede ver en el siguiente hecho: mientras que la palabra “Salvador” aparece solamente 24 veces, la palabra “Señor” aparece 522 veces. Entonces es significativo que los hombres sin variar dicen “Salvador y Señor”, así en ese orden, pero las Escrituras siempre lo llaman “Señor y Salvador”.

Reconocer a Jesús como nuestro Señor es la cosa más razonable y lógica que podemos hacer. Ya que murió por nosotros, lo menos que podemos hacer es vivir para Él. Nos ha comprado con Su sangre y por esto ya no nos pertenecemos más. “Amor tan maravilloso, tan divino, demanda nuestras almas, nuestras vidas, nuestro todo”.

Si hemos confiado en Él para la salvación eterna, ¿no confiaremos en Él para que dirija nuestra vida? R. A. Laidlaw dijo: “No seríamos sinceros si encomendáramos a Dios nuestra alma eterna y mantuviéramos en nuestras manos el control de nuestra vida mortal, confesando que le damos lo mas grande, reteniendo lo mas pequeño”.

¿Cómo coronamos a Jesús como Señor? Haciendo con Él un compromiso total, sin reserva, sin retirada y sin pesar. Todo comienza con una experiencia de crisis en virtud de la que ponemos en Sus manos y bajo Su dominio soberano cada área de la vida.

A partir de ese momento todo es cuestión de acceder a Su dirección

momento a momento, de presentar nuestros cuerpos para que viva Su vida en nosotros. La crisis se convierte en un proceso.

¡Esto tiene sentido! Con Su sabiduría, amor y poder, dirigirá nuestra vida mejor de lo que nosotros lo podríamos hacer.

1 de MARZO

“¿No tiene el día doce horas?” (Juan 11:9).

Cuando Jesús decidió volver a Judea, los discípulos se aterrorizaron. Los judíos habían tratado de apedrearle allí hacía apenas pocos días, y ahora hablaba de volver de nuevo. En respuesta al temor de los discípulos, el Señor dijo: “¿No son doce las horas del día?” A primera vista, la pregunta parece estar desconectada de la conversación. ¿A qué se refería con esto el Salvador? El día de trabajo normal consta de doce horas. Cuando una persona se rinde a Dios, cada día tiene su programa señalado. Nada puede impedir que se cumpla ese programa. Si Jesús regresaba a Jerusalén, o si los judíos trataban nuevamente de matarle, no podrían tener éxito. Su obra aún no había terminada. Su hora no había llegado todavía.

De cada hijo de Dios podemos decir que: “es inmortal hasta que haya terminado su obra”. Esta verdad debe darnos una gran paz y aplomo cuando enfrentamos los riesgos de la vida. Si estamos viviendo de acuerdo la voluntad de Dios, y seguimos reglas razonables de salud y seguridad, no podemos morir ni siquiera un segundo antes de tiempo. Nada puede sucedernos aparte de Su voluntad y consentimiento.

Muchos cristianos se ponen enfermos preocupándose por la comida que comen, el agua que beben y el aire que respiran. En nuestra sociedad que conscientemente permite la contaminación siempre hay algo que sugiere que la muerte está llamando a la puerta. Pero esta ansiedad es vana. “¿No tiene el día doce horas?” ¿No ha rodeado Dios al creyente de una valla (Job 1:10) que hace que el diablo sea impotente para penetrar?

Si creemos esto, no andaremos con adivinanzas. No diremos: “si la ambulancia hubiera llegado unos minutos antes”, o “si el doctor hubiera detectado esta enfermedad hace cuatro semanas”, o “si mi esposo hubiera tomado una línea aérea diferente”. Nuestras vidas están planeadas con

infinita sabiduría y poder. Dios tiene un horario perfecto para cada uno de nosotros, y Sus trenes siempre llegan a tiempo.

2 de MARZO

“El fruto del Espíritu es amor...” (Gálatas 5:22).

La frase: “el fruto del Espíritu” nos enseña que las virtudes que en seguida se enumeran solamente el Espíritu Santo las puede producir. Un inconverso es incapaz de manifestar cualquiera de estas gracias y hasta los creyentes verdaderos son incapaces de generarlas por su propia fuerza. Cuando hablemos de estas gracias debemos recordar siempre que son de origen sobrenatural y que pertenecen a otro mundo.

El amor del que se habla aquí no es el **eros** de la pasión, o el **filia** de la amistad y del afecto, sino el amor **ágape**, que es la clase de amor que Dios nos ha mostrado y que desea que manifestemos a los demás.

¡Permítanme ilustrarlo! El Dr. T. E. McCully fue el padre de Ed McCully, uno de los cinco jóvenes misioneros martirizados por los indios aucas en el Ecuador. Una noche, cuando el Dr. McCully y yo estábamos de rodillas en Oak Park, Illinois, vino a su pensamiento el Ecuador y el río Curaray que guardaba el secreto del paradero del cuerpo de Ed y oró así: “Señor, permíteme vivir para ver salvos a aquellos que mataron a nuestros hijos y poder abrazarles y decirles que les amo porque ellos aman a mi Cristo”. Al terminar y ponernos de pie, vi las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Dios contestó esa oración de amor. Más tarde, algunos de aquellos indígenas aucas recibieron a Jesucristo como su Señor y Salvador. El Dr. McCully fue al Ecuador, conoció a los hombres que asesinaron a su hijo, les abrazó y les dijo que les amaba porque ellos amaban a su Cristo.

Éste es el amor **ágape**. Lo reconocemos porque es imparcial y busca el bien supremo de los demás, atiende al sencillo y al importante, a los enemigos así como a los amigos. Es incondicional, nunca pide nada a cambio, es sacrificado, sin reparar nunca en el costo. Es desinteresado, se preocupa más de las necesidades de los demás que de las suyas propias. Es puro y está libre de todo rastro de impaciencia, envidia, orgullo, revancha o rencor.

El amor es la virtud más grande de la vida cristiana. Sin ella

nuestros esfuerzos más nobles son infructuosos.

3 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... gozo” (Gálatas 5:22).

El hombre no encuentra gozo verdadero hasta que encuentra al Señor. Sólo entonces conoce lo que Pedro llama el: “gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8).

Cuando las circunstancias son favorables cualquiera puede regocijarse, pero el gozo que es fruto del Espíritu no depende de las circunstancias terrenales. Brota de nuestra relación con el Señor y de las promesas preciosas que nos ha dado. Habría que destronar a Cristo para poder despojar a la iglesia de su gozo.

El gozo cristiano puede coexistir con el sufrimiento. Pablo lo une cuando habla de: “toda paciencia y longanimidad con gozo” (Col. 1:11-12). Los santos de Tesalónica habían recibido la palabra “en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1 Ts. 1:6). A través de los siglos los santos sufrientes han testificado de cómo el Señor les ha dado cánticos en la noche.

El gozo puede convivir con la tristeza. Un creyente puede estar ante el sepulcro de un ser querido, dejar escapar algunas lágrimas de pesar por la pérdida, y sin embargo regocijarse al saber que está en la presencia del Señor. Pero el gozo no puede coexistir con el pecado. Cada vez que un cristiano peca pierde su cántico. Y no es hasta que confiesa y abandona ese pecado, que le es restaurado el gozo de la salvación.

El Señor Jesús decía a Sus discípulos que se regocijaran cuando fueran injuriados, perseguidos y acusados falsamente (Mt. 5:11-12). ¡Y así lo hicieron! No muchos años más tarde, leemos que salieron de la presencia del Sanedrín: “gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41).

Nuestro gozo aumenta a medida que crecemos en el conocimiento del Señor. Al principio, quizás, podemos regocijarnos en medio de incomodidades pequeñas, enfermedades crónicas y molestias triviales. Pero el Espíritu de Dios desea llevarnos al punto donde podemos ver a Dios aun cuando las circunstancias sean peor que nunca y regocijarnos al saber que Su camino es perfecto. Sabemos que hemos llegado a la madurez espiritual cuando podemos decir con Habacuc: “Aunque la higuera no

florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (Hab. 3:17-18).

4 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... paz” (Gálatas 5:22).

Tan pronto como somos justificados por la fe, tenemos paz **para con Dios** por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ro. 5:1). Esto significa que la enemistad entre nosotros y Dios llega a su fin gracias a la manera eficaz con que Cristo ha tratado con la causa de esa hostilidad: nuestros pecados.

Tenemos también **paz en la conciencia** sabiendo que Cristo, habiendo consumado Su obra ha pagado la pena de nuestros pecados, y Dios los ha olvidado.

Pero el Espíritu Santo también desea que disfrutemos la **paz de Dios** en nuestro corazón. Esta paz es la serenidad y tranquilidad que vienen al saber que nuestros tiempos están en Sus manos y que nada puede sucedernos aparte de Su voluntad y consentimiento.

Es por eso que podemos permanecer tranquilos en toda circunstancia, por ejemplo, cuando se nos revienta un neumático en una autopista muy concurrida. No nos desesperamos ni perdemos la calma cuando el tráfico pesado nos hace perder el avión, sufrimos un accidente automovilístico o el aceite se quema en la cocina.

Esta paz maravillosa, fruto del Espíritu Santo, le permitió a Pedro dormir a pierna suelta cuando estaba en la cárcel, Esteban pudo orar por sus agresores asesinos, y Pablo confortó a los marineros en medio de un naufragio.

Cuando un avión vuela en zona de turbulencia sacudiéndose como pluma en un vendaval. Cuando el extremo de las alas se ladea hacia un lado y otro y los pasajeros comienzan a gritar y el avión se tambalea, cae súbitamente como en un vacío, y luego se eleva para después precipitarse en picado. En estas difíciles circunstancias, la paz de Dios en un creyente le permite inclinar la cabeza, encomendar su alma a Dios y alabarle sin importar cual sea el desenlace.

O para cambiar la ilustración, el Espíritu de Dios puede darnos paz cuando en el consultorio el médico nos dice: “Siento mucho tener que comunicarle que su tumor es maligno”. El Señor nos permite responder: “Doctor, estoy listo para partir, Dios me ha salvado por Su gracia y para mí esto será estar ausente del cuerpo pero presente con el Señor”.

En las palabras del hermoso himno de Bickerstith podemos tener

“Paz, perfecta paz en este mundo oscuro de pecado... al apiñarse obligaciones apremiantes... con pesares surgiendo alrededor... con los amados lejos... sin conocer nuestro futuro” porque: “A Jesús conocemos, y en el trono Él está sentado”.

5 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... paciencia” (Gálatas 5:22).

La paciencia es la virtud que nos permite sobrellevar nuestras aflicciones triunfalmente cuando se agravan las situaciones de la vida. Si bien la paciencia se refiere a la respuesta complaciente y dócil frente a estas adversas circunstancias, por lo general alude a una resistencia a las provocaciones de la gente, resistencia en la que la misericordia no está ausente.

Dios es paciente con el hombre. Pensemos por un momento en la gravísima pecaminosidad de la raza humana en nuestro tiempo: la legalización de la prostitución, la popularización de la homosexualidad, las leyes que permiten el aborto, la descomposición del matrimonio y el hogar, el rechazo general de los valores morales y, por supuesto, el pecado supremo del hombre: el rechazo total del Hijo de Dios como único Señor y Salvador. Si Dios decidiera acabar con la humanidad de un solo golpe no podríamos acusarlo de injusticia. Pero no lo hace. Su benignidad tiene el propósito de guiar al hombre al arrepentimiento, pues Él no quiere que ninguno perezca.

La voluntad de Dios es que esta paciencia se reproduzca en la vida de los que forman Su pueblo a medida que se rinden al Espíritu Santo. Esto significa que no debemos ser violentos ni perder los estribos con facilidad o enojarnos con los que nos hacen mal. En contraste, debemos mostrar siempre lo que alguien ha llamado “una clase de paciencia victoriosa”.

Cuando Corrie y Betsie ten Boom soportaban sufrimientos indescriptibles en un campo de concentración, Betsie a menudo decía que habría que ayudar a esa gente una vez que se vieran en libertad. Corrie pensaba que su hermana estaba pensando en algún programa para rehabilitar a las víctimas de los Nazis. No fue sino hasta más tarde que Corrie se dio cuenta de que Betsie se refería a sus perseguidores. Deseaba encontrar algún modo de enseñarles a amar. Corrie comentaba: “Y me pregunté, no por primera vez, qué clase de persona era Betsie, esta hermana mía... ¿Por qué clase de senda transitaba ella mientras yo marchaba penosamente en aquel mundo de sólidas realidades?” (El Refugio Secreto, pág. 205).

El camino que Betsie seguía era el camino de la paciencia, y Corrie también lo transitaba, a pesar de que humildemente lo negara.

6 de MARZO

“El fruto del Espíritu es...benignidad” (Gálatas 5:22).

Las versiones Dios Habla Hoy y Nueva Versión Internacional utilizan aquí la palabra “amabilidad”, pero en casi todas las versiones más precisas leemos “benignidad”. “El fruto del Espíritu es... benignidad”.

El vocablo benignidad describe la disposición gentil, amable y bondadosa que resulta en hacer favores, mostrar misericordia y dispensar beneficios a los demás. La persona bondadosa es suave, no áspera; comprensiva, no indiferente; útil y comprometida, compasiva y caritativa.

Hay una bondad natural que aun la gente del mundo posee y que se muestran unos a otros. Pero la benignidad que produce el Espíritu es sobrenatural. Es superior a cualquier cosa que el hombre es capaz de hacer por sí mismo. La benignidad capacita a un creyente para prestar sin esperar nada a cambio y ser hospitalario con aquellos que no pueden corresponderle. Le da poder interior para devolver todo insulto con una cortesía. Un estudiante de cierta universidad cristiana demostró esta benignidad sobrenatural con otro estudiante que era alcohólico. Este último había llegado a ser tan repugnante que sus compañeros de clase lo rechazaban hasta que finalmente la institución lo desahució. El cristiano tenía en su habitación una cama adicional así que invitó al borracho a que fuera a vivir con él. Durante muchas noches el creyente limpiaba el vómito de su compañero, lo desvestía, bañaba y le ponía en la cama. Esta fue una magnífica demostración de benignidad cristiana.

Y —para completar la historia— valió la pena. En una ocasión, durante un tiempo de sobriedad aquel disoluto compañero le preguntó irritado: “¿Dime, por qué haces todo esto por mí? ¿Qué buscas?” El cristiano contestó: “Quiero tu alma”, y lo consiguió.

Un día, cuando el Dr. Ironside limpiaba el sótano de su casa llamó a un judío, comerciante de chatarra, para que acarreará papeles, revistas, trapos viejos y desechos de metal. El Dr. Ironside deseaba obtener un buen precio por la chatarra, así que se dispuso a negociar con el comerciante, mas éste, como era de esperar, ganó. Cuando la última carga de cacharros estaba en su camioneta, el Dr. Ironside le llamó y bondadosamente le dijo: “Oh, olvidé algo. Quiero darle esto en el nombre del Señor Jesús”. Y le pasó una

cantidad adicional. El comerciante de chatarra se fue, diciendo: “Nunca antes nadie me había dado algo en el nombre de Jesús”.

“El fruto del Espíritu es... benignidad”.

7 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... bondad” (Gálatas 5:22).

La bondad significa excelencia de carácter. Alguien la ha definido como una “Virtud que equipa en todos los aspectos”, lo que simplemente significa que la persona que la posee es amable, virtuosa y justa en todas las áreas de la vida.

La bondad es lo opuesto a la maldad. Un hombre malo puede ser engañoso, inmoral, alevoso, injusto, cruel, egoísta, odioso, codicioso y violento. En contraste, el hombre bondadoso, aunque no es perfecto, ejemplifica la verdad, justicia, pureza y otras cualidades igualmente deseables.

En Romanos 5:7, el apóstol Pablo distingue entre el hombre justo y el hombre de bien. El justo practica la justicia, es honrado y sincero en sus tratos, aunque puede ser fríamente indiferente con respecto a los demás. El hombre de bien, por otra parte, es afectuoso y amable. Difícilmente moriría alguno por un justo, con todo, pudiera ser que alguno se atreviera a morir por un hombre de bien.

Y sin embargo, debemos recordar que la bondad es firme. No sería bondad si pasara por alto el pecado. Por eso reprende, corrige y disciplina. Lo vemos cuando el Señor Jesús, que es la bondad encarnada, limpió el templo.

Una característica sobresaliente de la bondad es que puede vencer al mal. Pablo escribió a los creyentes romanos: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Ro. 12:21). Cuando permitimos que el odio de alguien arruine nuestra disposición, el mal nos ha vencido. Pero cuando nos levantamos por encima del odio y mostramos gracia, misericordia y amor, hemos vencido al mal con el bien.

Murdoch Campbell contaba de un ministro piadoso de las montañas de Escocia cuya esposa trataba de hacerle la vida imposible. Un día mientras leía su Biblia, ¡ella se la arrebató de las manos y la arrojó al fuego! Le miró a la cara y calmadamente le dijo: “Creo que nunca me he sentado junto a un fuego tan cálido”. Su bondad venció el mal de ella. A

partir de ahí se convirtió en una esposa adorable y bondadosa. Como el mismo Campbell comenta: “Su Jezabel se convirtió en una Lidia. Su espina vino a ser un lirio”. ¡La bondad había triunfado!

8 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... fe” (Gálatas 5:22).

Por lo general, este fruto del Espíritu se entiende como fidelidad. No se refiere a la fe que salva o a la confianza que ejercemos en Dios día tras día (aunque puede estar incluida). Más bien alude a la fidelidad y seriedad en nuestros tratos con el Señor y con los demás. Alguien la ha definido como: “ser fiel a sí mismo, a la propia naturaleza, a cualquier promesa dada y a cualquier confianza que se nos dispensa”.

Cuando decimos que la palabra de un hombre es su garantía, queremos decir que tiene palabra, que al tratar con él, no es necesario un contrato escrito. Una vez que se ha comprometido a realizar algo, se puede depender y confiar en que él ciertamente lo llevará a cabo.

El hombre fiel acude puntual a sus citas, paga a tiempo sus cuentas, asiste regularmente a las reuniones de la comunidad local y lleva a cabo las tareas que le asignan sin tener que recordárselo constantemente. Es inquebrantablemente fiel a sus votos matrimoniales y constante en el cumplimiento de sus responsabilidades familiares. Separa conscientemente dinero para la obra del Señor y es cuidadoso con la mayordomía de su tiempo y talentos.

Fidelidad significa lealtad a la propia palabra, aun a costa de sí mismo. El hombre fiel es el que: “aun jurando en daño suyo, no por eso cambia” (Sal. 15:4c). En otras palabras, no cancela una cita para cenar cuando recibe otra invitación que promete un mejor menú o una compañía más agradable. No renuncia al trabajo para ir en un viaje de recreo (a menos que arregle primero un sustituto satisfactorio), vende su casa al precio convenido aunque después alguien le ofrezca 100.000 pesetas más.

Lo esencial de la fidelidad es estar dispuesto a morir antes que renunciar a la propia lealtad a Cristo. Cuando cierto rey mandó a un cristiano fiel que se retractara de su confesión de Cristo, el hombre replicó: “El corazón lo pensó; la boca lo habló; la mano lo suscribió y si fuera necesario, por la gracia de Dios, la sangre lo sellará”. Cuando a Policarpo le fue ofrecida la vida a cambio de negar al Señor, escogió que lo quemaran en la hoguera y dijo: “Estos ochenta y seis años he servido a mi Señor y nunca me hizo mal alguno. No puedo negar ahora a mi Señor y Amo”.

Los mártires fueron fieles hasta la muerte y recibirán una corona de vida (Ap. 2:10).

9 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... mansedumbre” (Gálatas 5:23).

Cuando pensamos en la mansedumbre quizás nos viene a la mente alguien como Caspar Milquetoast, el personaje de una tira cómica americana que era la encarnación de la timidez y la debilidad. Pero este fruto del Espíritu es algo muy diferente. No procede de la debilidad sino del poder sobrenatural.

La mansedumbre se refiere en primer lugar a la sumisión amorosa que un creyente muestra ante todos los tratos de Dios en su vida. El hombre manso se inclina ante la voluntad de Dios sin cuestionarlo, quejarse o rebelarse. Tiene siempre presente esto: “Dios es demasiado sabio para errar y demasiado amoroso para ser cruel”. Sabe bien que la casualidad no existe y cree que el Señor hace que todas las cosas le ayuden a bien.

La mansedumbre también incluye las relaciones del creyente con los demás. El manso es modesto, no es autoritario ni presumido, es humilde y no altanero. El hombre manso es aquel que vive con el corazón quebrantado. Cuando se equivoca en algo que dice o hace, vence al orgullo diciendo: “Lo siento. ¡Por favor, perdóneme!” Preferiría quedar mal antes que perder el respeto propio. Cuando sufre por hacer lo que es justo, lo soporta con paciencia sin pensar en resistirse. Cuando lo acusan falsamente, no se defiende a sí mismo. Como dice Trench: “el hombre manso acepta las injurias y los insultos de los demás como algo que Dios permite para disciplinarle y purificarle”.

Alguien ha definido al hombre manso como “aquel que acepta la voluntad de Dios sin resentimiento, que puede ser suave y gentil debido a su fuerza interior, y que está bajo el perfecto control de Dios”. Cuando alguien relataba al Dr. Alexander Whyte que un consiervo en el ministerio había sido tachado de inconverso, el Dr. Whyte ardió de indignación. Mas cuando el otro añadió que el crítico decía que el Dr. Whyte mismo no era un creyente verdadero, dijo: “por favor salga de mi oficina y déjeme solo para que pueda examinar mi corazón ante el Señor”. ESO es mansedumbre.

Dios nos ha llamado para que llevemos el yugo de Aquél que es “manso y humilde de corazón”. Cuando lo hacemos, encontramos descanso para nuestras almas y al final heredaremos la tierra.

10 de MARZO

“El fruto del Espíritu es... templanza” (Gálatas 5:23).

La mejor traducción para este último fruto del Espíritu es dominio propio. La gente asocia la templanza más específicamente con la moderación en el consumo del alcohol. El dominio propio comunica la idea de moderación o abstinencia en todas las áreas de la vida.

El Espíritu Santo habilita al creyente para que practique el dominio propio en todas las áreas de su vida: los pensamientos, el apetito por la comida y la bebida, el lenguaje, la vida sexual, el temperamento y cualquier otra capacidad que Dios le haya dado. Le hace libre de la esclavitud de las pasiones y los malos deseos.

Pablo les recordaba a los corintios que los atletas practican el dominio propio en todas las cosas (1 Co. 9:25). Pablo mismo estaba determinado a no dejarse esclavizar por ninguna cosa (1 Co. 6:12), y por esto mismo trataba severamente su cuerpo y lo ponía en servidumbre, para que no sucediera que habiendo proclamado a otros, él mismo fuera descalificado (ver 1 Co. 9:27).

El cristiano disciplinado no come en exceso. Si el café, el té o los refrescos de cola tratan de dominarlo, toma medidas para liberarse de este hábito. Se opone rotundamente a que el tabaco, en cualquiera de sus formas, lo controle. Evita persistentemente el uso de tranquilizantes, pastillas para dormir u otros productos farmacéuticos, excepto cuando su médico se los receta. Controla el tiempo que dedica al sueño. Si se ve atormentado por el problema de la lujuria, aprende a desechar los pensamientos impuros, concentrándose en una vida de pensamientos limpios, y manteniéndose ocupado en alguna actividad constructiva. Para él toda adicción o pecado dominante es un Goliat que hay que conquistar.

Repetidamente escuchamos que los cristianos se quejan de que no pueden romper con cierto hábito. Tal derrotismo es una garantía de fracaso. Dan a entender que el Espíritu Santo no es capaz de darles la victoria necesaria. Es un hecho que los inconversos que no tienen al Espíritu son capaces de dejar de fumar, beber, apostar o jurar. ¡Cuánto más fácilmente los cristianos deberían hacerlo con la ayuda del Espíritu que está en ellos!

El dominio propio, como cualquiera de los otros ocho frutos del

Espíritu, es sobrenatural. Capacita a los creyentes para ejercitar disciplina en maneras que los demás no podrán igualar jamás.

11 de MARZO

“Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel” (Mateo 5:25).

Una de las lecciones que salen a la superficie en este pasaje y que debemos aprender es que los cristianos no deben entrar en pleitos. Es una reacción natural el correr a los tribunales exigiendo desagravio por daños y perjuicios. Pero el creyente se guía por principios más altos que las reacciones naturales. Es la voluntad de Dios que arranquemos de raíz esa tendencia de nuestra naturaleza.

Nuestros tribunales de justicia hoy en día están inundados con demandas por accidentes, procedimientos ilegales, casos de divorcio y reclamos de herencias. En muchos casos, la gente se apresura a ir con el abogado con la esperanza de hacerse ricos rápidamente. Pero el cristiano debe arreglar sus problemas con el poder del amor sin recurrir a un proceso legal. Como alguien ha dicho: “Si entras en un proceso legal, entonces éste te atraparará, y tendrás que pagar hasta el último céntimo”.

El único que tiene la seguridad de ganar es el abogado; su paga está asegurada. Una caricatura describía un proceso de este modo: Un querellante tiraba de la cabeza de una vaca, otro de la cola, mientras tanto, el abogado la ordeñaba.

1 Corintios 6 prohíbe expresamente que los cristianos vayan a los tribunales unos contra otros. En primer lugar, deben llevar sus disputas a alguien sabio de la iglesia. Pero aún más allá de eso deben estar dispuestos a sufrir el agravio y ser defraudados en vez de ir a los tribunales, ante los jueces del sistema de este mundo. Esto, de paso, excluye todos los casos de divorcio entre parejas de creyentes.

Pero, ¿qué ocurre en esos casos donde hay un creyente y un incrédulo? ¿No debe defender el cristiano sus derechos? La respuesta es que sería mucho mejor renunciar a sus derechos para demostrar así que Cristo hace la diferencia en la vida de una persona. No hace falta vida divina para entablar un juicio contra alguien que le ha agraviado. Pero sí hace falta para encomendar su causa a Dios y usarlo como oportunidad para testificar del poder de Cristo para salvar y

transformar. “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Ro. 12:18).

“Un hombre comenzó a construir una valla entre él y su vecino. El vecino vino y le dijo: ‘Cuando compraste esta parcela, compraste un juicio con ella. Esta valla está metida más de un metro en mi finca. El hombre contestó: ‘Sabía que iba a tener un vecino agradable. Te sugiero lo siguiente: Pon la valla donde creas que deba ir, envíame la factura y te la pagaré’. ¡Nunca se levantó la valla. ¡No había

necesidad!” (E. Stanley Jones).

12 de MARZO

“En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Aquí tenemos una recompensa estimulante y una advertencia que debe ponernos sobre aviso. Cualquier cosa que hagamos a los hermanos de Cristo se contará como si la hubiéramos hecho a Cristo mismo.

Cada vez que nos mostramos bondadosos con algún compañero creyente es como si lo fuéramos con el Señor Jesús. Si somos hospitalarios con el pueblo de Dios, es como si le diéramos cobijo en nuestras casas. Si les damos la habitación principal, se la estamos dando a Él.

Si el Salvador viniera como Rey de reyes y Señor de señores, cualquiera estaría dispuesto a hacer lo que fuera para Él. Pero cuando llama a nuestra puerta se presenta con apariencia muy humilde, para ponernos a prueba. El modo con que tratamos **al más pequeño** de Sus hermanos es el modo con que le tratamos a Él.

Un anciano y piadoso predicador visitó cierto día una asamblea con la esperanza de poder predicar la Palabra de Dios con los santos. Este hombre carecía de carisma personal y como predicador no tenía un estilo muy dinámico. Pero era siervo de Dios y llevaba un mensaje del Señor. Los ancianos le dijeron que no podían pedirle que estuviese en las reuniones, y le sugirieron que fuera a una reunión en el barrio de los negros. Hizo como le dijeron, y aquellos hermanos le recibieron cálidamente. Mientras transcurría la semana de reuniones, el predicador murió víctima de un ataque al corazón. Aquello fue como si el Señor les dijera a los hermanos de la asamblea elegante: “Vosotros no lo quisisteis pero Yo sí. Al rechazarle, me habéis rechazado a Mí”.

En su poema: “Cómo vino el Gran Invitado”, Edwin Markham relata la historia de un viejo zapatero remendón que hizo preparativos cuidadosos para una supuesta visita del Señor. El Señor no vino. Pero cuando llegó a sus puertas un pordiosero, el zapatero puso zapatos en sus pies. Cuando una mujer anciana llamó, el zapatero le ayudó con su carga y la alimentó. Cuando un niño perdido se acercó, el zapatero lo llevó de regreso a su madre. Súbitamente, una suave voz se dejó oír en el silencio:

Levanta tu corazón, porque Yo guardo mi palabra.
Tres veces vine a tu amable puerta;

Tres veces mi sombra cubrió tu suelo.
Yo era el mendigo de los pies heridos,
Yo era la mujer a quien diste de comer,
Yo era el niño sin casa y sin abrigo.

13 de MARZO

“Mirad lo que oís” (Marcos 4:24).

El Señor Jesús nos amonesta a que seamos cuidadosos con lo que oímos. Somos responsables de controlar lo que entra a través de la puerta del oído, así como de emplear lo que escuchamos como es debido.

No debemos dar oído a lo que es manifiestamente falso. Las sectas están vomitando su propaganda en volumen sin precedente. Siempre están buscando a alguien que esté dispuesto a escuchar. Juan dice que no debemos recibir en nuestra casa a los sectarios, ni siquiera saludarles, porque están contra Cristo.

No debemos escuchar lo que es engañosamente subversivo. Los jóvenes en colegios, universidades y seminarios están expuestos cada día a una andanada de comentarios que ponen en duda y niegan la Palabra de Dios. Escuchan explicaciones poco convincentes de los milagros y deforman el sentido simple de la Escritura. Se esfuerzan en minimizar la persona del Señor con alabanzas descoloridas. Aun si no logran destruir la fe del estudiante, sí desfiguran su pensamiento. Es imposible escuchar enseñanza subversiva y no ser afectado por ella. “¿Tomará el hombre fuego en su seno, sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemem?” (Pr. 6:27-28). La respuesta es obvia: “No”.

No debemos escuchar lo que es impuro o indecente. En la sociedad de hoy, la peor forma de contaminación es la de la mente. La palabra “inmundicia” es la que describe mejor a la mayoría de los periódicos, revistas, libros, programas de radio, televisión, películas de cine y conversaciones. Al estar constantemente expuesto a esto, el cristiano corre el riesgo de perder el sentido de la enorme maldad del pecado. ¡Y éste no es el único peligro! Cuando escuchamos historias viles y provocativas, éstas regresan una y otra vez para atormentarnos en nuestros momentos más santos.

No debemos llenar nuestras mentes con baratijas y cosas indignas o frívolas. La vida es demasiado breve y la tarea demasiado urgente como para entregarnos a estas cosas. “En un mundo como el nuestro, todos debemos ser celosos”.

Viéndolo de manera positiva, debemos ser cuidadosos para oír la

Palabra de Dios. Cuanto más nos saturemos de ella y obedezcamos sus sagrados preceptos, más pensaremos según los pensamientos de Dios, más seremos transformados a la imagen de Cristo, y estaremos más alejados de la contaminación moral de nuestro medio ambiente.

14 de MARZO

“Mirad, pues, cómo oís” (Lucas 8:18).

En la vida cristiana debemos cuidar no sólo **qué** oímos sino también **cómo** oímos.

Es posible oír la Palabra de Dios con una actitud de indiferencia. Podemos leer la Biblia como si leyéramos cualquier otro libro, aparentemente despreocupados de que sea el Dios Todopoderoso quien nos habla por medio de ella.

Podemos oír con una actitud crítica. Colocamos al intelecto humano por encima de las Escrituras. Juzgamos a la Biblia en lugar de permitir que ella sea la que nos juzgue.

Podemos oír con una actitud rebelde. Cuando leemos aquellas porciones que tratan de las sobrias demandas del discipulado o de la sujeción de la mujer y la necesidad de que se cubra la cabeza, nos enfurecemos y nos negamos por completo a obedecer.

Podemos ser oidores olvidadizos, como el hombre a quien se refiere el libro de Santiago: “que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era” (1:23-24).

Quizá la clase más común es la de los oyentes apáticos. Éstos oyen tanto la Palabra de Dios que se vuelven insensibles. Escuchan los sermones de una manera tan mecánica y rutinaria que no pueden dejar de bostezar. Están hastiados de escuchar. Su actitud es: “¿Qué puedes decirme que no haya oído ya?”

Cuanto más escuchamos la Palabra de Dios sin obedecer lo que oímos, nos ensordecemos más y más. Si nos negamos a escuchar, terminaremos perdiendo la capacidad de oír.

La mejor manera de oír es hacerlo con toda seriedad y reverencia, determinados a obedecer de todo corazón, aun si nadie más lo hace. El hombre sabio es aquel que no sólo escucha sino que practica lo que oye. Dios está buscando hombres que tiemblen a Su Palabra (Is. 66:2).

Pablo elogia a los tesalonicenses porque cuando oyeron la Palabra de Dios, no la recibieron: “como palabra de hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios” (1 Ts. 2:13). Seamos, pues, cuidadosos de **cómo**

oímos.

15 de MARZO

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lucas 9:24).

Hay básicamente dos actitudes que los creyentes podemos tomar hacia nuestra vida: Tratar de salvarla o perderla resueltamente por causa de Cristo.

Lo natural es tratar de salvarla. Podemos vivir centrados en nosotros mismos, intentando protegernos de inconveniencias y esfuerzos, procurando evitar o amortiguar todos los golpes que la vida nos pueda dar. Podemos forrarnos con seguros para guardarnos de pérdidas y evitar toda clase de incomodidad. Nuestra casa se convierte en una propiedad privada con carteles que dicen: “Prohibida la entrada”. Es sólo para la familia, con una muestra mínima de hospitalidad hacia los demás. Tomamos las decisiones según vayan a afectarnos. Si interrumpen nuestros planes, o requieren bastante trabajo o gastos para otros, mostramos desaprobación. Tendemos a dedicar excesiva atención a nuestra salud personal, rechazando cualquier servicio que requiera pasar una noche en vela, contacto con enfermedad o muerte, para evitar cualquier riesgo físico. También le damos más prioridad a la apariencia personal que a las necesidades de los que nos rodean. Resumiendo, vivimos como los del mundo alrededor nuestro, proveyendo para el cuerpo que, en pocos años, será comido por gusanos si el Señor no viene antes.

Al intentar salvar nuestra vida, la perdemos. Sufrimos todas las miserias de una existencia egoísta y perdemos las bendiciones de vivir para los demás.

La alternativa es perder nuestra vida por causa de Cristo y convertirla en una vida de servicio y sacrificio. Aunque no nos arriesgamos innecesariamente, ni buscamos el martirio, no debemos apartarnos del deber con el pretexto de que se vive solamente una vez y hay que aprovecharlo. Hay un sentido en el que podemos arrojar nuestra alma y cuerpo por la causa de Dios y enterrarlos. Consideremos como nuestro mayor gozo es gastar y ser gastados para Él. Abramos nuestra casa y pongamos nuestro tiempo y posesiones al servicio de aquellos que pasan necesidad.

Al derramar de este modo nuestra vida para Cristo y los demás, encontraremos vida verdadera. Al perder nuestras vidas, lo que hacemos es salvarlas.

16 de MARZO

“Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará” (Lucas 19:26).

La palabra “tiene” en este texto significa más que mera posesión. Incluye la idea de obedecer lo que hemos aprendido y de usar lo que nos ha sido dado. En otras palabras, no se refiere solamente a lo que tenemos sino a lo que hacemos con lo que tenemos.

Aquí hay un gran principio para nosotros. En la medida en que caminamos a la luz que hemos recibido, Dios nos da más luz. El hombre que progresa más en la vida cristiana es aquel que está determinado a hacer lo que la Biblia dice, aun si ve que nadie a su alrededor la obedece. En otras palabras, no es un asunto del cociente de inteligencia lo que realmente sirve, es el cociente de obediencia. Las Escrituras abren sus tesoros al corazón obediente. Bien dice Oseas: “Conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová” (6:3). Cuanto más practicamos lo que nos ha sido enseñado, mucho más el Señor se nos revelará. La información más aplicación lleva a la multiplicación. Pero la información sin aplicación conduce al estancamiento.

Este principio se aplica también al empleo de nuestros dones y talentos. El hombre que con su talento ganó otros diez talentos fue alabado por el Señor: “Bien, buen siervo y fiel... sobre mucho te pondré”. Y al hombre que con su talento ganó otros cinco también el Señor le dijo: “sobre mucho te pondré” (Mt. 25:16-19).

Esto nos muestra que cuando cumplimos cabalmente con nuestras responsabilidades el Señor nos recompensa con privilegios y responsabilidades aún mayores. El hombre que con su talento no hizo nada, lo perdió. De acuerdo con esto, aquellos que no quieren utilizar lo que poseen para el Señor, lo perderán inevitablemente. “Si no lo usas, lo pierdes”.

Cuando dejamos de utilizar alguna parte del cuerpo, ésta se atrofia y se estropea; el uso constante es esencial para que podamos desarrollarnos normalmente. Lo mismo sucede con la vida espiritual. Si enterramos nuestro don, ya sea por timidez o por pereza, pronto encontraremos que Dios nos pone a un lado y utilizará a otros en nuestro lugar.

Por lo tanto, es de la mayor importancia que obedezcamos los preceptos de la Escritura, reclamemos las promesas y echemos mano de toda la capacidad que Dios nos ha dado.

17 de MARZO

“No seáis como el caballo, o como el mulo” (Salmo 32:9).

Me parece que el caballo y el mulo describen dos malas actitudes en las que podemos caer cuando buscamos la dirección del Señor. El caballo empuja hacia adelante; el mulo se rezaga. El caballo tiende a ser impaciente, fogoso e impetuoso. El mulo, por su parte, es obstinado, indisciplinado y perezoso. El salmista dice que ninguno de los dos tiene entendimiento. A ambos hay que sujetarlos con freno y brida, porque si no, no se les puede dirigir.

Dios desea que seamos sensibles a Su dirección, no lanzándonos hacia adelante en nuestra propia sabiduría ni vacilando cuando nos muestra Su voluntad.

Aquí hay algunas reglas generales tomadas de la experiencia que podrían sernos útiles al respecto:

Pide al Señor que confirme Su dirección por boca de dos o tres testigos. Jesucristo dijo: “Por boca de dos o tres testigos conste toda palabra” (Mt. 18:16b). Podemos incluir entre estos testigos algún texto de la Escritura, el consejo de otros cristianos y la manera maravillosa en que Dios hace que las circunstancias coincidan. Si puedes tener la dirección de Su voluntad por dos o tres indicaciones distintas, no tendrás ninguna duda o recelo.

Si buscas la dirección de Dios y no aparece, esto significa que la voluntad de Dios para ti es que permanezcas donde estás.

Espera hasta que la dirección sea tan clara que rechazarla sería una clara desobediencia. A los hijos de Israel se les prohibió que se movieran hasta que la columna de nube y fuego se moviera. Si hubieran actuado por su cuenta, no tendrían excusa. La responsabilidad de ellos era moverse cuando la nube se alzara, ni antes ni después.

Por último, pide a Dios que la paz de Cristo sea el árbitro en tu corazón. Esta es una traducción libre de Colosenses 3:15. Significa que cuando Dios está guiándonos realmente, Él influye de tal manera nuestro intelecto y emociones que nos llena de paz cuando estamos en el camino correcto y de inquietud cuando andamos en cualquier otro camino.

Si estamos ansiosos por conocer la voluntad divina y prestos para

obedecerla, no tendremos necesidad del freno y de la brida de la disciplina de Dios.

18 de MARZO

“No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Filipenses 2:4).

La expresión clave en Filipenses 2 es “otros”. El Señor Jesús vivió para los otros. Pablo vivió para los otros. Timoteo vivió para los otros. Epafrodito vivió para los otros. Nosotros también debemos vivir para los otros.

La Escritura nos manda que lo hagamos así, no sólo porque es correcto sino porque es para nuestro propio bien. Si en algunas ocasiones cuesta vivir para los demás, lo contrario es aún más costoso.

Nuestra sociedad está llena de gente que vive solamente para satisfacer sus intereses personales. En vez de mantenerse ocupados sirviendo a los demás, se sientan cómodamente en casa a darle vueltas a sus problemas. Pasan revista a cada achaque y dolor insignificante y pronto se convierten en hipocondriacos declarados. En su soledad se quejan de que nadie se interesa por ellos y pronto se suman en la auto-compasión. Cuanto más tiempo pasan pensando en ellos mismos, más se deprimen. La vida se convierte en un gran horror introspectivo de oscuridad. Muy pronto visitan al doctor y tragan enormes cantidades de pastillas, que jamás curarán su egocentrismo. Poco después frecuentan el diván del psiquiatra buscando alivio a su aburrimiento y hastío de la vida.

La mejor terapia para personas como éstas, es una vida de servicio a los demás. Hay muchos reclusos e inválidos que desean que les visiten. Abundan los ancianos que necesitan de un amigo. Estamos rodeados de individuos solitarios que podríamos alegrar si tan sólo recibieran una carta o tarjeta postal. Proliferan los hospitales que agradecen la ayuda voluntaria, y hay muchos misioneros que reciben con gusto noticias de su país (también un poco de color de billetes de dinero les vendría bien para alegrar su escenario). Todavía hay almas que salvar y cristianos que enseñar. En resumen, no hay excusa para que nadie se aburra, y suficiente quehacer para llenar nuestra vida de actividades productivas. En el mismo proceso de vivir para los demás, ampliamos nuestro círculo de amigos, hacemos nuestra vida más interesante, y encontramos realización y satisfacción. P.M. Derham dijo: “Es muy difícil que un corazón que está lleno de compasión por los demás sea absorbido por sus propias penas y envenenado por su propia auto-compasión”.

Otros, sí Señor, otros,
Sea ésta mi consigna.
Ayúdame a darme a los demás
Que vivir como Tú sea mi divisa.

19 de MARZO

“Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes” (Jueces 5:23).

El Cántico de Débora da cuenta de una maldición pronunciada contra Meroz por no acudir en ayuda del ejército de Israel cuando combatía contra los cananeos. La gente de Rubén también tiene parte en esta palabra fulminante; tenían buenas intenciones pero nunca dejaron sus apriscos. Galaad, Aser y Dan comparten esta deshonra por no haber intervenido.

Dante dijo: “Los lugares más calientes del infierno están reservados para aquellos que permanecen neutrales en épocas de gran crisis moral”.

Los mismos sentimientos encuentran eco en el libro de Proverbios donde leemos: “Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están en peligro de muerte. Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos, ¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, y dará al hombre según sus obras” (Pr. 24:11-12). Kidner comenta: “Es el asalariado, no el verdadero pastor, el que pone como pretexto las malas condiciones (v. 10), lo imposible de la tarea (v. 11) y la excusable ignorancia (v. 12); pero el amor no se apacigua fácilmente, como tampoco el Dios de amor”.

¿Qué haríamos si una gran ola de antisemitismo barriera nuestro país, y el pueblo judío fuera apiñado como manadas en campos de concentración, introducido en cámaras de gas y luego echado a los hornos? ¿Arriesgaríamos nuestras propias vidas para otorgarles asilo?

O si algunos de nuestros compañeros cristianos fueran perseguidos y fuera un delito capital darles cobijo, ¿les daríamos la bienvenida en nuestras casas? ¿Qué haríamos?

Tomemos un caso menos dramático pero más contemporáneo. Supongamos que eres el director de una organización cristiana donde un fiel empleado está siendo acusado injustamente para satisfacer el capricho de otro director que es rico e influyente. Cuando se toma el voto final, ¿te quedarías con las manos cruzadas y permanecerías callado?

Supongamos que hubiéramos formado parte del Sanedrín cuando

Jesús fue juzgado o en la Cruz cuando fue crucificado. ¿Habríamos permanecido neutrales o nos habríamos identificado con Él?

“El silencio no siempre vale oro; algunas veces es tan solo simple cobardía”.

20 de MARZO

“Padre, he pecado...” (Lucas 15:21).

No fue sino hasta que el hijo pródigo volvió arrepentido que el padre corrió a su encuentro, se asió de su cuello y le besó. No habría sido justo perdonarle si no hubiera mostrado primero arrepentimiento. El principio bíblico es: “...si se arrepiente, perdónale” (Lc. 17:3).

Nada dice el pasaje de que el padre envió ayuda a su hijo pródigo mientras andaba en aquel país lejano. De haber hecho así, habría obstruido la obra de Dios en la vida de aquel rebelde. La meta del Señor era que el descarriado descendiera hasta abajo del todo. Sabía que el hijo tendría que llegar al fin de sí mismo, y que nunca levantaría los ojos a menos que hubiera tocado fondo. Cuanto antes se le rompiera la costra a la oveja descarriada, tanto mejor para él. El padre simplemente encomendó a su hijo al Señor, y esperó a que la crisis llegara al extremo.

Ésta es una de las cosas más duras que los padres deben hacer, especialmente para las madres. La tendencia natural es sacar del apuro al hijo o a la hija rebeldes de cada situación difícil en que el Señor los coloca. Pero todo lo que estos padres consiguen es estorbar Su propósito y prolongar la agonía del ser amado.

Spurgeon dijo una vez: “El verdadero amor para aquellos que yerran consiste en no fraternizar con ellos en su error sino ser fieles a Jesús en todas las cosas”. Amar a una persona es no consentirla en su iniquidad. Por el contrario, el amor pone a la persona en las manos del Señor y ora: “Señor, restáurale, no importa cuál pueda ser el costo”.

Uno de los errores más grandes que David cometió fue traer de regreso a Absalón antes de que éste mostrara arrepentimiento. Un poco después Absalón ganaba los corazones del pueblo y tramaba una revuelta contra su padre. Finalmente hizo huir de Jerusalén a su padre y fue ungido como rey en su lugar. Pese a que Absalón se puso en camino con su ejército para destruir a David, este último instruyó a sus hombres a que le perdonaran la vida en el caso de una confrontación. Pero Joab lo pensó mejor e hirió de muerte a Absalón.

Los padres que están dispuestos a soportar el dolor de ver como el Señor humilla a su hijo o hija obligándolos a vivir en una pocilga, a menudo

les ahorran un pesar más grande.

21 de MARZO

“Ciertamente la ira del hombre te alabará; Tú reprimirás el resto de las iras” (Salmo 76:10).

Una de las características más fascinantes de la historia humana es la manera en que Dios hace que la ira del hombre le alabe. Desde los días de la caída, el hombre ha amenazado con el puño a Dios, a Su pueblo y Su causa. En vez de juzgar esa ira en aquel momento, el Señor la utiliza y la aprovecha para Su gloria y la bendición de Su pueblo.

Un grupo de hombres hicieron planes perversos contra su hermano, vendiéndole a una banda de nómadas que le llevaron a Egipto. Al pasar el tiempo Dios lo levantó para llegar a ser el segundo en importancia después del Faraón e hizo de él el salvador de su pueblo. Más tarde José les recordó a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20).

La rabia de Amán contra los judíos resultó en su propia destrucción y en la exaltación de aquellos a quienes buscaba destruir.

Tres jóvenes hebreos fueron arrojados en un horno de fuego tan caliente que consumió a aquellos que los arrojaron. Pero los hebreos salieron de él intactos sin siquiera oler a humo. El rey pagano decretó enseguida que cualquiera que dijera una palabra contra el Dios de los judíos sufriera la pena de muerte.

Daniel fue arrojado al foso de los leones porque oraba al Dios del cielo. Pero de su milagrosa liberación resultó otro decreto emitido por el gobernante pagano en el que demandaba reverencia y respeto por el Dios de Daniel.

Cuando llegamos a la era del Nuevo Testamento, la persecución de la iglesia se transformó en una difusión aún más veloz del evangelio. El martirio de Esteban llevaba consigo la semilla de la conversión de Saulo. El encarcelamiento de Pablo produjo cuatro cartas que vinieron a ser parte de la Santa Biblia.

Más tarde, las cenizas de Juan Hus fueron lanzadas a un río, y por dondequiera que éste pasaba, el evangelio le siguió un poco más adelante.

Los hombres despedazan la Biblia y la arrojan al viento, pero alguien levanta al azar una página, la lee y se salva gloriosamente. Los hombres se burlan de la doctrina de la segunda venida de Cristo, y con ello

cumplen la profecía de que en los últimos días aparecerían burladores (2 P. 3:3-4).

Así Dios hace que la ira del hombre le alabe, pero al final reprimirá el resto de las iras.

22 de MARZO

“Bien has hecho en tener tal deseo” (1 Reyes 8:18).

Uno de los grandes deseos del corazón de David fue edificar un Templo para Jehová en Jerusalén. El Señor le envió palabra indicándole que no sería él quien lo construiría porque era hombre de guerra, pero añadió estas palabras significativas: “Bien has hecho en tener tal deseo”. De esto aprendemos que Dios toma en cuenta nuestro deseo de hacer algo para Él aun cuando no podamos llevarlo a cabo.

Esto no se aplica a aquellas situaciones en las que el fracaso para realizar algo para Dios se debe a nuestra negligencia. En este caso no basta con el deseo. Como dice un refrán popular en inglés: “el camino al infierno está hecho con buenas intenciones”.

Pero hay muchas ocasiones en la vida cristiana cuando el deseo de hacer algo para agradar al Señor está presente pero circunstancias más allá de nuestro control nos lo impiden. Por ejemplo, un joven convertido desea bautizarse pero sus padres no creyentes se lo prohíben. En tal caso Dios lo considera como bautizado hasta que deja su casa y está en condiciones de obedecer al Señor sin insubordinarse a sus padres.

Una esposa cristiana desea asistir a todas las reuniones de la asamblea local pero su marido alcohólico insiste en que debe permanecer en casa. El Señor recompensa tanto la sujeción a su marido como el deseo de reunirse con los creyentes en Su Nombre.

Una hermana ya entrada en años lloraba mientras observaba a los demás que servían los alimentos en una conferencia bíblica. Por muchos años hacer esto había sido su gran motivo de gozo, pero ahora estaba físicamente incapacitada. En lo que a Dios se refiere, ella recibirá una rica recompensa por sus lágrimas así como los otros la tendrán por sus labores.

¿Quién sabe cuántos hay que voluntariamente se ofrecen para servir en los campos de misión, y sin embargo nunca pueden ir más allá de su propia ciudad? Dios lo sabe, y todas esas aspiraciones piadosas serán recompensadas en el Tribunal de Cristo.

Este principio se aplica también en la cuestión de dar. Hay quienes invierten con mucho sacrificio en la obra del Señor y que desearían dar aún más. En aquel día, el libro divino mostrará que dieron más.

A los enfermos y minusválidos, a los reclusos y a los ancianos no

les será quitado este primer lugar de honor, porque: “en Su misericordia Dios nos juzgará no sólo por nuestros logros, sino también por nuestros sueños”.

23 de MARZO

“Porque no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada” (2 Samuel 24:24).

Cuando a David se le indicó que ofreciera holocaustos donde el Señor había detenido la peste, Arana presentó de inmediato un regalo que consistía en terreno, bueyes y leña para el fuego. Pero David insistió en comprar estas cosas. No ofrecería al Señor algo que no le costara.

Sabemos que llegar a ser cristiano no cuesta nada, pero también debiéramos saber que una vida de discipulado genuino cuesta mucho. La religión que no cuesta nada no vale nada.

Muy a menudo el grado de nuestro compromiso está determinado por consideraciones de conveniencia, costo y comodidad. Sí, iremos a la reunión de oración sino estamos cansados o no tenemos dolor de cabeza. Sí, enseñaremos en la clase bíblica siempre y cuando ésta no interrumpa un fin de semana en la montaña.

Nos pone nerviosos orar en público, dar un testimonio o predicar el evangelio, por lo tanto, permanecemos en silencio. No tenemos deseos de trabajar predicando entre los marginados y los de clase baja, por temor a los piojos o las moscas. Desechamos cualquier deseo de ir al campo de misión por el horror a las víboras o las arañas.

A menudo ofrendamos solamente propinas en lugar de sacrificios. Ofrendamos lo que nos sobra, a diferencia de aquella viuda que lo dio todo. Nuestra hospitalidad depende del importe de los gastos, las incomodidades y el desorden en nuestras casas, a diferencia del ganador de almas que decía que cada alfombra de su casa estaba manchada por el vómito de los borrachos que recibía. La disponibilidad hacia la gente necesitada llega a su fin cuando nos metemos en nuestra cama de agua, a diferencia del pastor que estaba dispuesto a levantarse en cualquier momento para dar asistencia espiritual o material.

Con mucha frecuencia cuando Cristo nos llama, nos preguntamos: “¿Cómo me beneficia esto?” o “¿Valdrá la pena?” La pregunta debería ser: “¿Es ésta una ofrenda que realmente cuesta?” Bien se ha dicho: “En la vida espiritual es mejor dar que recibir”.

Cuando pensamos en lo que le costó nuestra redención al

Salvador, es bien pobre el retroceder ante el coste y sacrificio por Él.

24 de MARZO

“Pero a cada uno de nosotros, fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo” (Efesios 4:7).

Debemos recordar siempre que cada vez que el Señor nos manda hacer algo, nos da el poder necesario para llevarlo a cabo. Todos Sus mandamientos incluyen la capacidad para hacerlos, aun cuando estén dentro de lo imposible.

Jetro dijo a Moisés: “Si esto hicieras, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte” (Ex. 18:23). J. O. Senderos observó: “El principio es el siguiente: Dios asume toda la responsabilidad de capacitar a Su hombre para que cumpla con la tarea que le ha asignado”.

En los días de Su ministerio el Señor Jesús se encontró con dos hombres paráliticos (Mt. 9:6; Jn. 5:9). En ambas ocasiones les dijo que se levantaran y se llevaran su camilla. Cuando ejercitaron la voluntad para obedecer, el poder fluyó en sus miembros inútiles.

Pedro comprendió que si el Señor lo llamaba sobre las aguas, sin duda podría caminar sobre ellas. Tan pronto como Jesús le dijo: “Ven”, Pedro bajó de la barca, caminó sobre el agua y fue hacia Él.

Es dudoso que el hombre con la mano seca pudiera extenderla; sin embargo, cuando nuestro Señor le dijo que lo hiciera, lo hizo y la mano le fue restaurada.

La idea de alimentar cinco mil con unos cuantos panes y peces es una perfecta imposibilidad. Sin embargo, cuando Jesús dijo a los discípulos: “Dadles de comer”, la imposibilidad se desvaneció.

Lázaro había estado en la tumba ya cuatro días cuando Jesús le llamó diciendo: “Lázaro, ven fuera”. El mandamiento fue acompañado del poder necesario y Lázaro salió.

Debemos apropiarnos de esta verdad. Cuando Dios nos dirige, no debemos evadirnos con el pretexto de que no podemos hacerlo. Si el Señor nos ordena que hagamos algo, nos dará también el poder. Dios da lo que manda. Es una solemne verdad que: “La voluntad de Dios no te guiará adonde Su gracia no te sostenga”.

También es verdad que cuando Dios encarga algo, lo paga. Si estamos seguros de Su dirección, no debemos preocuparnos por las finanzas. Él proveerá sin que tengamos que pedir a los demás. Si

estamos seguros de Su dirección, las finanzas nunca serán un obstáculo.

El Dios que abrió el Mar Rojo y el Jordán para que el pueblo pudiera pasar, es el mismo hoy en día. Cuando los Suyos le obedecen, Él quita toda imposibilidad. Él sigue quitando toda imposibilidad cuando los Suyos obedecen Su voluntad. Él sigue supliendo la gracia

necesaria para hacer todo lo que manda. Él sigue produciendo en nosotros tanto el querer como el hacer, por Su buena voluntad.

25 de MARZO

“En el principio Dios...” (Génesis 1:1).

Si separamos las primeras cuatro palabras de Génesis 1:1 del resto del versículo, se forma una especie de lema para todo aspecto de la vida: “Dios primero”. El primer mandamiento nos sugiere también este lema: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Nadie ni nada debe tomar el lugar del Dios vivo y verdadero.

Esto se ilustra con la historia de Elías y la viuda a quien sólo quedaba un poco de harina y aceite suficiente para hacer una última pieza de pan para ella y su hijo (1 R. 17:12). Sorprendentemente Elías dijo: “hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida”. Aunque esto pudiera sonar como egoísmo imperdonable, en realidad no lo era. Elías era un representante de Dios. Lo que estaba diciendo era: “Pon a Dios en primer lugar y las cosas necesarias para la vida nunca te faltarán”.

Siglos más tarde el Señor Jesús enseñaba lo mismo sobre el Monte: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33). La prioridad central de la vida es el reino de Dios y Su justicia.

De nuevo, el Salvador afirmó Su declaración en Lucas 14:26, “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”. Cristo debe tener el primer lugar.

Pero ¿cómo ponemos a Dios primero? Tenemos una familia a la que cuidar. Tenemos un empleo en el cual pensar. Tenemos un sinfín de tareas que claman pidiendo nuestro tiempo y recursos. Ponemos a Dios primero amándole con un amor tal que en comparación, todos los demás amores parecen aborrecimiento. Usando todas las cosas materiales como algo que Él ha dejado a nuestro cargo, reteniendo sólo las cosas útiles en relación a Su reino. Dando la máxima prioridad a los asuntos de consecuencia eterna, recordando que a veces lo bueno puede convertirse en enemigo de lo mejor.

Los mejores intereses del hombre se encuentran en una buena relación con Dios. Hay buena relación cuando se le da a Dios el primer lugar. Pero poner a Dios primero no significa no tener problemas, de hecho los tendremos, pero encontraremos realización en la vida. Pero el poner a

Dios en segundo lugar significa no tener más que problemas, y una existencia miserable.

26 de MARZO

“¿Qué a ti? Sígueme tú” (Juan 21:22).

El Señor Jesús acababa de decirle a Pedro que viviría hasta llegar a ser anciano y que sufriría la muerte del martirio. Inmediatamente Pedro miró a Juan que les seguía, y preguntó en alta voz si éste recibiría un trato de preferencia. La respuesta del Señor fue: “¿Qué a ti? Sígueme tú”.

La actitud de Pedro nos recuerda las palabras de Dag Hammarskjöld: “A pesar de todo, tu amargura siempre sale a relucir porque otros disfrutan lo que a ti se te niega. A veces se mantiene oculta tan sólo un par de días. Sin embargo, aún así sigue siendo una expresión de la amargura verdadera de la muerte, el hecho de que a otros se les permita seguir viviendo”.

Si tomáramos en serio las palabras del Señor, el pueblo cristiano resolvería muchos de los problemas que ahora lo oprimen.

Es fácil resentirse cuando vemos que algunos prosperan más que nosotros. El Señor les permite tener casa nueva, automóvil nuevo y hasta una casita de campo cerca del lago.

Otros a quienes podríamos considerar menos devotos tienen buena salud, mientras que nosotros batallamos con dos o tres enfermedades crónicas.

Aquella otra familia tiene hijos de bella presencia que además sobresalen intelectualmente y en los deportes. Nuestros hijos son de la variedad común que crece en el jardín.

Vemos que otros creyentes hacen cosas que nosotros no tenemos la libertad de hacer. Aun si éstas no son pecaminosas, nos sentimos agraviados por su libertad.

Lástima, pero hay un cierto celo profesional entre algunos obreros cristianos. Un predicador se molesta porque otro es más popular, tiene más amigos, es invitado más, o está más a la vista del público. Otro está herido porque sus colegas utilizan métodos que él no aprueba.

A todas estas actitudes indignas, las palabras del Señor nos llegan con fuerza contundente: “¿Qué a ti? Sígueme tú”. No nos incumbe la

manera en la que el Señor trata con otros cristianos. Nuestra responsabilidad es seguirle en cualquier camino que nos haya señalado.

27 de MARZO

“El viento sopla de donde quiere” (Juan 3:8).

El espíritu de Dios es soberano y se mueve como le agrada. Tratamos de hacerlo encajar en algún molde en particular, pero nuestros intentos se frustran invariablemente.

La mayoría de los tipos del Espíritu Santo son fluidos: viento, fuego, aceite y agua. Intentemos sujetarlos en nuestras manos y veremos que siempre tendrán una manera de decirnos: “No me puedes limitar”.

El Espíritu Santo jamás hará algo que esté moralmente mal, pero en otras áreas se reserva el derecho de actuar de manera excepcional y poco convencional. Por ejemplo, aunque es verdad que Dios ha dado al varón el lugar de liderazgo, no podemos decir que el Espíritu Santo no puede levantar a una Débora para guiar al pueblo de Dios si no hay varones espirituales, si Él así lo desea.

En días de decadencia, el Espíritu permite conductas que de ordinario se considerarían prohibidas. Así fue que a David y a sus hombres se les concedió comer del pan de la proposición, que estaba reservado exclusivamente para los sacerdotes. Los discípulos fueron justificados al arrancar trigo en un día de reposo.

Algunos afirman que en el Libro de los Hechos hay un modelo definido y predecible de evangelización, pero el único modelo que puedo ver es la soberanía del Espíritu Santo.

Los apóstoles no siguieron un libro de texto sino la dirección de Dios, que con frecuencia era diferente a lo que el sentido común les pudo haber dictado.

A modo de ilustración, vemos como el Espíritu hizo que Felipe dejara un exitoso avivamiento en Samaria para ir a testificar a un eunuco solitario de Etiopía que iba de camino a Gaza.

En nuestros días, debemos guardarnos de dictarle al Espíritu Santo lo que puede y no puede hacer. Sabemos que nunca hará nada que sea pecaminoso, pero en otras áreas podemos contar con que obrará de manera extraordinaria. No está limitado a ciertos métodos ni atado a nuestras maneras tradicionales de hacer las cosas. Sabe cómo protestar contra el formalismo, ritualismo y falta de vida, haciendo surgir nuevos

movimientos con santidad y poder vivificante. Por lo tanto, debemos abrirnos a esta dinámica soberana del Espíritu Santo y no quedarnos sentados al lado del camino con una actitud de crítica.

28 de MARZO

“Luego la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado” (2 Samuel 13:15).

Amnón ardía con pasión por su media hermana Tamar. Ella era hermosa, su belleza había despertado la codicia, y “se enamoró”, esto es, estaba carnalmente determinado a poseerla. Se sentía frustrado porque sabía que lo que deseaba hacer estaba claramente prohibido por la ley de Dios. Pero el deseo le consumía y ninguna otra consideración parecía importante. Así que un día se fingió enfermo, la convenció de que entrara a su habitación y la violó. Estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por aquel momento de pasión carnal.

Pero en seguida el deseo se tornó en odio. Después que egoístamente se hubo aprovechado de ella, la despreció y probablemente deseó nunca haberla visto. Ordenó que fuera expulsada de su alcoba y cerró la puerta tras ella.

A través de los años esta historia se ha repetido casi cada día. Hablan de “enamorarse”, pero es pasión carnal y egoísta. En nuestra alocada sociedad, las normas morales en su mayor parte han sido abandonadas. El sexo prematrimonial se acepta como lo normal. Las parejas viven juntas sin la formalidad del matrimonio. La prostitución se legaliza y la homosexualidad a llegado a ser un estilo de vida aceptable.

Jóvenes y viejos igualmente ven a alguien que les gusta y ¡no hay más que hablar! No reconocen otra ley. No están atados a ningún tipo de cohibición. Determinados a conseguir lo que desean, albergan cualquier pensamiento bueno o malo, y concluyen que no podrían vivir una vida normal de alguna otra manera. Así que dan el paso decisivo, como hizo Amnón, pensando ilusamente que sólo así se realizan en la vida.

Pero lo que parece tan hermoso prospectivamente, cuando se ve retrospectivamente luce casi siempre horripilante. El sentimiento de culpa siempre está presente, aunque se niegue con vehemencia. La pérdida mutua de respeto propio es inevitable, conduce al resentimiento, después a las disputas y más tarde al odio. La persona que antes parecía tan indispensable ahora resulta positivamente repulsiva. De allí sólo hay un corto paso para llegar a los golpes, los litigios y hasta el asesinato.

La concupiscencia es un pésimo fundamento sobre el que jamás

podrá construirse una relación duradera. Los hombres ignoran voluntariamente lo que la ley de Dios afirma de la pureza a su propio riesgo y destrucción. Sólo la gracia de Dios puede traer perdón, sanidad y restauración.

29 de MARZO

“Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Timoteo 2:4).

Ya que el cristiano ha sido alistado por el Señor, y está en servicio activo para Él, no debe enredarse en los asuntos de la vida diaria. El énfasis está en la palabra **enredarse**. No puede separarse por completo del negocio en el mundo, pues tiene que trabajar para proveer lo necesario para su familia. Es inevitable que exista una cierta participación en los asuntos de cada día, de otra manera tendría que salir del mundo, como Pablo nos lo recuerda en 1 Corintios 5:10.

Pero no debe dejarse enredar. Tiene que guardar sus prioridades en el lugar adecuado. En ocasiones, aun las cosas que son buenas en sí mismas pueden llegar a ser enemigas de lo mejor.

William Kelly dice que: “enredarse en los negocios de la vida significa convertirse en su socio e implica una renuncia a separarse del mundo”.

Me enredo cuando me involucro en la política del mundo como medio para resolver los problemas del hombre. Eso sería como si emplease mi tiempo “arreglando sillas y mesas en el Titánic”.

Me enredo cuando pongo más énfasis en el servicio social que en el evangelio como un remedio para los males del mundo.

Me enredo cuando los negocios me dominan de tal manera que dedico mis mejores esfuerzos a hacer dinero. De esta manera, al ganar para vivir, pierdo mi vida.

Me enredo cuando el reino de Dios y su justicia ya no tienen el primer lugar en mi vida.

Me enredo cuando me absorben ciertas cosas que son demasiado pequeñas para un hijo de la eternidad, como las deficiencias minerales en el tomate y el berberecho, las costumbres de los antílopes de Wyoming durante el verano, el contenido micro-biótico de las camisetas de algodón, la reacción de los colorantes en las patatas fritas o los movimientos pos-

rotacionales del ojo de la paloma. Estos estudios pueden estar bien como un medio para ganar el sustento pero no son dignos de la pasión de toda una vida.

30 de MARZO

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Este es uno de aquellos versículos que más nos asombran, especialmente cuando el camino es áspero y difícil. Mientras el viento sopla suavemente, no es difícil decir: “Señor, creo”. Pero cuando las tormentas de la vida se levantan y azotan contra nosotros, decimos: “Ayuda a mi incredulidad”.

Y aún así sabemos que el versículo es verdad. Dios hace que todas las cosas ayuden a bien. Lo sabemos porque la Biblia lo declara. La fe se lo apropia, aún cuando no puede ver o entender.

Sabemos que es verdad por causa del carácter de Dios. Si Él es un Dios de amor, sabiduría y poder infinitos, entonces Él está planeando y trabajando para nuestro bien supremo.

Sabemos que es verdad porque ésta ha sido siempre la experiencia del pueblo de Dios. Se cuenta la historia del único sobreviviente de un naufragio que fue arrojado a una isla deshabitada. Hizo lo que pudo para construirse una choza, en la que puso todo lo que había salvado de la tragedia. Oró a Dios para que fuera libertado y cada día oteaba ansiosamente el horizonte para hacer señas a cualquier barco que pasara. Un día se horrorizó al encontrar que su choza ardía en llamas; todo lo que tenía se elevaba en humos. Pero aquello que parecía ser lo peor, en realidad fue lo mejor. “Vimos su señal de humo”, dijo el capitán del barco que vino en su rescate. Recordemos que si nuestras vidas están en las manos de Dios: “Todas las cosas ayudan a bien”.

Cierto es que hay veces cuando la fe vacila, la carga parece insoportable y la oscuridad impenetrable. En nuestra desesperación nos preguntamos: “¿Qué bien puede salir de todo esto?” Hay una respuesta: El bien que Dios está haciendo lo encontramos en el versículo que sigue (Ro. 8:29), “para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo”. Es como el cincel de un escultor con el que desprende trozos de mármol hasta que al fin aparece la imagen del hombre. Y es así que los golpes de la vida hacen astillas todo lo que es indigno en nosotros para que podamos ser

transformados a Su bendita semejanza. Así que si no puedes encontrar ningún otro bien en las crisis de la vida, recuerda éste: ser conformado a Su semejanza.

31 de MARZO

“No un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo” (1 Timoteo 3:6).

Al enumerar los requisitos de un anciano, el apóstol Pablo advierte contra el hecho de que un joven en la fe asuma este trabajo. Pastorear ovejas es un trabajo delicado que demanda sabiduría y juicio sano, que vienen solamente de la madurez espiritual y la experiencia piadosa. Sin embargo, ¡con cuánta frecuencia se viola este principio! Un joven empresario, político o profesional exitoso se integra a una iglesia local. Pensamos que si no le involucramos de inmediato, podría irse a otra parte, así que, sin pérdida de tiempo le colocamos en un lugar de liderazgo. Haríamos bien en guiarnos por la máxima de Pablo: “sean sometidos a prueba primero”.

Una violación aún más común de este principio espiritual se ve en el modo en que las estrellas que “se convierten” a la fe son anunciadas y lanzadas al firmamento evangélico. Tomemos como ejemplo a cierto héroe del fútbol que acaba de profesar creer en el Señor Jesús. Algún promotor religioso lo localiza y en seguida organiza una campaña de publicidad dando a conocer la noticia por todas partes, desde Dan a Beerseba. Tan pronto como se dice que una actriz de Hollywood o un cantante ha nacido de nuevo, su nombre aparece en los encabezados de los periódicos. La acosan preguntándole su opinión acerca de todos los temas, desde la pena de muerte hasta el sexo prematrimonial, como si la conversión la hubiera dotado instantáneamente de sabiduría en todos los temas. O bien puede tratarse de un ex-criminal que ha llegado a conocer al Señor. Nos llenamos de preocupación por él cuando vemos como estos agentes codiciosos lo explotan y lo utilizan como fuente de ganancia.

Dice el Dr. Paul Van Gorder: “Nunca he estado a favor de levantar a un pecador de sus rodillas y lucirlo orgulosamente ante la multitud. Se ha hecho un daño irreparable a la causa de Cristo al hacer que figuras connotadas del mundo del entretenimiento, los deportes y la política desfilen a través de la plataforma evangélica sin dejar pasar el tiempo necesario para que la semilla de la Palabra de Dios penetre y realmente eche raíz”.

El ego religioso de algunos llamados cristianos se estimula cuando un drogadicto o algún político es señalado como el más recién convertido

a la fe. Quizás sufren de inseguridad o inferioridad, y piensan que si alguna persona celebre cree, entonces esto da más razón al evangelio.

Pero estos supuestos héroes y heroínas explotados tan frecuentemente son blanco fácil para el Diablo. Desprevenidos de sus engaños sutiles, pecan y vuelven atrás, y así se desacredita enormemente el testimonio del Señor Jesús.

Damos gracias a Dios por todo aquel que es auténticamente salvo,

sea famoso o desconocido. Pero nos equivocamos si pensamos que podemos hacer que la causa de Cristo avance promoviendo al púlpito o a la cámara de televisión a los neófitos.

1 de ABRIL

“...y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:10).

Contrariamente a la opinión popular, no hay diversos grados de capacidad para llegar al cielo. O se es absolutamente apto o no se es. Esto va contra la noción muy extendida que la creación de Dios está dividida en dos. Por un lado, está la gente buena que vive una vida recta, y por otro están los malvados y los sinvergüenzas, y entre ambos están los que tienen diversos grados de aptitud para el cielo. Esto es un gran error. O somos aptos o no lo somos. No hay intermedio.

En realidad ninguno de nosotros es competente en sí mismo. Todos somos pecadores culpables que merecemos el castigo eterno. Todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios. Todos nos hemos descarrado y hemos decidido andar por nuestros propios caminos. Todos somos impuros y nuestras mejores obras son como trapos de inmundicia.

No solamente somos enteramente incompetentes para el cielo, sino que no podemos hacer nada por nosotros mismos que nos pueda hacer aptos. Nuestros mejores propósitos y esfuerzos más nobles no pueden quitarnos los pecados ni proveernos de la justicia que Dios demanda. Pero las buenas noticias del evangelio consisten en que el amor de Dios provee lo que demanda Su justicia, y lo otorga como un don gratuito. “Pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Solamente en Cristo se encuentra lo que nos puede llevar al cielo. Cuando un pecador nace de nuevo, recibe a Cristo. Dios ya no lo considera más como un pecador en la carne; lo ve en Cristo, y le acepta sobre esa base. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

De modo que todo se reduce a esto. O tenemos a Cristo o no lo tenemos. Si tenemos a Cristo, somos aptos para el cielo. La aptitud de Cristo viene a ser la nuestra. Somos tan dignos como Él, porque estamos en Él.

Por otra parte, si no tenemos a Cristo estamos perdidos. Estar sin Él es la deficiencia fatal. No hay persona, ni iglesia, ni rito ni obra que pueda suplir esta falta crucial.

Es del todo evidente que ningún creyente es más apto que otro para

el cielo. Todos los que creen tienen el mismo “derecho” de ir a la gloria, y ese derecho es Cristo. Ningún creyente tiene más de Cristo que otro. Por lo tanto, ninguno es más apto para el cielo que otro.

2 de ABRIL

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

Aunque es cierto, como vimos en la página anterior, que no hay grados de aptitud para llegar al cielo, también es cierto que sí habrá grados de recompensa en el cielo. El tribunal de Cristo será un lugar de examen y recompensa donde algunos recibirán un galardón más abundante que otros.

También habrá distintas capacidades para disfrutar de las glorias del cielo. Todos serán felices pero unos serán más felices que otros. La copa de cada uno estará llena pero algunos tendrán copas más grandes que otros.

Debemos desechar la idea de que todos seremos exactamente iguales cuando alcancemos el estado glorificado. La Biblia no enseña semejante uniformidad insulsa y despersonalizada. Al contrario, la Escritura afirma que las vidas que se caracterizaron por su fidelidad y consagración serán recompensadas con coronas y las que no, sufrirán pérdida.

Pongamos el ejemplo de dos jóvenes de la misma edad que se convierten al mismo tiempo. Uno de ellos vive los cuarenta años siguientes dando el primer lugar al reino de Dios y su justicia. El otro dedica los mejores años de su vida a hacer dinero. El primero habla fervientemente de las cosas del Señor, el segundo de la actividad del mercado. El primero tiene una capacidad mayor para disfrutar al Señor ahora, y tendrá esa misma capacidad en el cielo. El segundo, aunque igualmente apto para el cielo por medio de la Persona y obra de Cristo, es más pequeño espiritualmente, y tendrá esa capacidad reducida en el cielo.

Día tras día determinamos las recompensas que recibiremos y la medida en que disfrutaremos de nuestro hogar eterno. Lo determinamos por nuestro conocimiento de la Biblia y nuestra obediencia a ella, por nuestra vida de oración, por la comunión con el pueblo de Dios, por nuestro servicio consagrado al Señor y la administración fiel de todo lo que Dios nos ha

confiado. Tan pronto como nos demos cuenta de que con cada día que pasa construimos para la eternidad, tendremos más cuidado con las decisiones que tomamos y las prioridades que establecemos.

3 de ABRIL

“Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él”
(Proverbios 23:7).

A. P. Gibbs acostumbraba a decir: “No eres lo que piensas que eres, sino lo que **piensas**, eso eres”. Esto significa que la mente es el manantial de donde fluye la conducta. Controla la fuente y controlarás lo que fluye de ella.

Por lo tanto, lo fundamental es controlar los pensamientos. Por eso Salomón decía: “Por encima de todo, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). Aquí el corazón es sinónimo de la mente.

Santiago nos recuerda que el pecado tiene su origen en la mente (Stg. 1:13-15). Si pensamos mucho tiempo en una cosa, terminaremos haciéndola.

Siembra un pensamiento y cosecharás un acto.

Siembra un acto y cosecharás un hábito.

Siembra un hábito y cosecharás un carácter.

Siembra un carácter y cosecharás un destino.

El Señor Jesús enfatizó la importancia de los pensamientos, al equiparar el odio con el asesinato (Mt. 5:21-22) y la mirada codiciosa con el adulterio (Mt. 5:28). También enseñó que no es lo que el hombre come lo que le contamina, sino lo que piensa (Mr. 7:14-23).

Somos responsables de lo que pensamos ya que tenemos el poder de controlarlo. Podemos pensar en situaciones lascivas y provocativas o en lo que es puro y es como Cristo. Cada uno de nosotros es como un rey. El imperio que gobernamos es nuestra vida pensante. Ese imperio tiene un tremendo potencial para el bien y para el mal. Nosotros somos los que determinamos cuál de los dos será.

En lo que sigue ofrezco algunas sugerencias positivas que nos ayudarán en cuanto a lo que podemos hacer. Primero, pongamos este asunto a los pies del Señor en oración y digámonle: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10). Segundo, juzguemos todo cuanto pensamos considerando cómo aparece en la presencia de Cristo (2 Co. 10:5). Tercero, confesemos cada mal pensamiento de inmediato y desechémoslo (Pr. 28:13). Seguidamente, procuremos no tener nuestra mente vacía, en blanco. Llenémosla con pensamientos positivos y dignos (Fil. 4:8). Quinto, disciplinémonos acerca de lo que leemos, vemos y oímos. No se puede esperar

tener pensamientos puros si alimentamos a la mente con suciedad e inmundicias. Finalmente, mantengámonos ocupados para el Señor. Cuando nuestra mente está en una situación neutral, muchas fantasías despreciables buscarán entrar.

4 de ABRIL

“Por la fe entendemos...” (Hebreos 11:3).

“Por la fe entendemos...”. Estas palabras encarnan uno de los principios más básicos de la vida espiritual. Primero creemos en la Palabra de Dios y luego comprendemos. El mundo dice: “Ver para creer”, pero Dios dice: “Crear es ver”. El Señor Jesús le dijo a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40). Más adelante le dijo a Tomás: “...bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Jn. 20:29). Y el apóstol Juan escribió: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis... para que sepáis...” (1 Jn. 5:13). Primero cree y luego entenderás.

Billy Graham cuenta cómo este principio se hizo realidad en su vida: “En 1949 se me presentaron muchas dudas con respecto a la Biblia. Pensaba que veía contradicciones evidentes en las Escrituras. No podía reconciliar algunas cosas con el concepto limitado que tenía de Dios. Cuando me levantaba a predicar, estaba ausente aquella nota autoritativa tan característica de todos los grandes predicadores del pasado. Como cientos de otros estudiantes del seminario, libraba la batalla intelectual de mi vida. Las consecuencias podían afectar ciertamente mi futuro ministerio.

En agosto de ese año me invitaron a la conferencia Presbiteriana de Forest Home en las montañas a las afueras de Los Ángeles. Recuerdo que descendía por un sendero, andando pesadamente por el bosque, y casi luchando con Dios. Me batí en duelo con mis dudas, y mi alma parecía estar atrapada en medio de aquel fuego cruzado. Finalmente, desesperado, rendí mi voluntad al Dios viviente revelado en la Escritura. Me arrodillé ante la Biblia abierta y dije: Señor, hay muchas cosas en este libro que no entiendo. Pero Tú has dicho: ‘El justo por la fe vivirá’. Todo lo que he recibido de Ti lo tengo por la fe. Aquí y ahora, por la fe, acepto y recibo sin reservas toda la Biblia como Tu Palabra. Donde haya cosas que no pueda entender, me reservaré el juicio hasta que reciba más luz. Si esto te agrada, dame autoridad cuando proclame Tu Palabra y a través de esa autoridad convence a los hombres de pecado y vuelve los pecadores al Salvador.

Después de seis semanas comenzamos la cruzada de Los Angeles, que ahora ya es historia. Durante esa cruzada descubrí el secreto que

cambió mi ministerio. Ya no intentaba probar que la Biblia era verdad. Había resuelto con firmeza en mi mente que lo era, y esta fe fue transmitida a la audiencia”.

5 de ABRIL

“Antes, sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

En lo que respecta al perdón bíblico, hay un orden definido que debemos seguir, y si lo hiciésemos, evitaríamos muchos dolores de cabeza y de corazón.

Lo primero que debes hacer cuando alguien te causa un mal es perdonar en tu corazón a esa persona. Todavía no le dices que le has perdonado, pero al perdonarle en tu corazón, dejas el asunto entre el Señor y el ofensor. Esto impide que tus jugos gástricos se vuelvan ácido sulfúrico, y te veas afectado por otros males físicos y emocionales.

Entonces ve al hermano y repréndele (Lc. 17:3). En lugar de dejar correr la lengua contando cómo te juzgaron injustamente: “Ve y repréndele estando tú y él solos” (Mt. 18:15). Trata de guardar en privado el problema en la medida que sea posible.

Si el ofensor no lo reconoce, entonces ve una vez más con uno o dos testigos (Mt. 18:16). Esto proporciona un testimonio bíblico y adecuado en cuanto a la actitud del ofensor. Si no cede, entonces lleva el asunto a la asamblea, acompañado por los testigos. Si aún así se niega a escuchar el juicio de la iglesia, debe quedar fuera de la comunión de la iglesia (Mt. 18:17).

Pero si en algún momento durante este proceso, se arrepiente, entonces perdónale (Lc. 17:3). Aunque le perdonaste de antemano en tu corazón, es ahora cuando debes administrarle el perdón. Aquí es importante no restarle importancia al asunto. No le digas: “No te preocupes, todo está bien; en realidad no hiciste nada malo”. Más bien, lo que debes decir es: “Te perdono de muy buena gana. Ahora el asunto está zanjado. Oremos juntos”.

La vergüenza de tener que confesar y arrepentirse puede disuadirte de volver a causarte daño. Pero aun si repite su pecado y luego se arrepiente, debes perdonarle. Aun si lo hiciera siete veces en un día y se arrepintiese siete veces, debes perdonarle, pienses que sea sincero, o no (Lc. 17:4).

Nunca debemos olvidar que Dios nos ha perdonado millones de veces. Así, no debemos titubear cuando se trata de perdonar a alguien por

lo que, hablando figuradamente, tan sólo vale unos cuantos céntimos (Mt. 18:23-35).

6 de ABRIL

“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17).

Este versículo nos presenta una promesa maravillosa, que Dios esté dispuesto a dar a conocer Su voluntad a cualquiera que sinceramente quiera conocerla.

Cuando un pecador llega al fin de sí mismo y en medio de su angustia suplica: “Oh Dios, revélate a mí”, el Señor no se tarda en responderle. Esta es la clase de oración que siempre recibe una amplia respuesta.

En cierta ocasión, un hippy que vivía en una cueva en el Sudeste de los Estados Unidos estaba decidido a dar fin a su vida. Había buscado placer en el licor, las drogas, el sexo y el ocultismo. Pero después de probar todo esto se sentía terriblemente vacío y no podía encontrar la salida a su miseria. Acurrucado en el fondo de la cueva, clamó desde lo profundo de su alma: “Oh Dios, si es que hay Dios, revélate a mí, o terminaré con mi vida”.

No habían pasado ni diez minutos cuando un joven cristiano que “casualmente” pasaba por ahí, metió la cabeza en la boca de la cueva, vio al hippy ermitaño y le dijo: “¿Hola, le importa si le hablo acerca de Jesús?”

¡Ya sabrás lo que sucedió! El hippy escuchó las buenas nuevas de la salvación por medio de la fe en Jesucristo. El Señor le perdonó, le recibió y le dio una nueva vida. Después de orar con todo su corazón, Dios le escuchó y contestó. Nunca he oído de nadie que orando de esa manera se quedara sin oportunidad para conocer al Señor.

Por supuesto, la promesa es también para los cristianos. Si un hombre desea conocer sinceramente cuál es la voluntad de Dios para su vida, Dios se la mostrará. Si quiere saber a qué comunidad debe asistir, Dios se lo mostrará. No importa cuál sea la necesidad, Dios se compromete a satisfacerla si deseamos supremamente conocer Su voluntad. El obstáculo

más grande que se interpone entre nosotros y un verdadero conocimiento de la mente de Dios es nuestra falta de deseo desesperado.

7 de ABRIL

“Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto agradable a Dios” (Filipenses 4:18).

La carta de Pablo a los filipenses fue un reconocimiento a la ofrenda de amor que había recibido de los creyentes de Filipo. Probablemente se trataba de dinero. Lo sorprendente es la manera en la que el apóstol magnifica este obsequio. Lo describe como: “olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios”. En Efesios 5:2 utiliza una expresión similar para describir el gran don de Cristo ofrecido en el Calvario: “ofrenda y sacrificio de olor fragante”. Es impresionante pensar que una ofrenda dada por los hombres a un siervo del Señor se festeje con un lenguaje similar a aquel con el que se describe al Don Inefable.

J. H. Jowett comenta con gran elegancia al respecto: “¡Qué inmenso es, entonces, el significado de una bondad aparentemente local! Pensaban que ministraban tan sólo a un hombre pobre, y en realidad acudieron en ayuda del mismo Rey. Imaginaron que la fragancia estaría confinada a un estrecho e insignificante vecindario, y he aquí, el dulce aroma se esparció por todo el universo. Creían que trataban solamente con Pablo, y encontraron que ministraban al Salvador y Señor de Pablo”. Cuando comprendemos la verdadera naturaleza espiritual del ofrendar cristiano y su amplio alcance de influencia, dejamos de dar a regañadientes o por necesidad. Nos inmunizamos para siempre contra los trucos de aquellos profesionales que extorsionan las conciencias de muchos levantando fondos recurriendo a toda clase de zalamería, patetismo o comedia. Descubrimos que dar es una forma de servicio sacerdotal y no una imposición legalista. Damos porque amamos, y amamos dar.

La verdad admirable de que mi minúscula ofrenda al Gran Dios llena de fragancia el salón del trono del universo, debe llevarme a adorarle

humildemente y a ofrendar jubilosamente. La oportunidad de entregar mi ofrenda el domingo ya jamás será un deber aburrido o pesado, sino será un medio verdadero de dar directamente al Señor Jesús como si estuviera corporalmente presente.

8 de ABRIL

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4:12a).

Un estudiante cristiano universitario testificaba a otro que venía de un seminario liberal. Cuando en el transcurso de la conversación el creyente citó un versículo, el seminarista le dijo: “No creo en la Biblia”. Un poco más adelante el cristiano volvió a citar otro versículo, pero el seminarista, incómodo, replicó: “Ya te dije que no creo en la Biblia”. La tercera vez que el cristiano citó un versículo más, el seminarista se puso tan nervioso que explotó: “No me cites la Biblia. Te he dicho ya que no creo en ella”. Para entonces el creyente se sentía completamente derrotado y frustrado. Pensó que como ganador de almas era todo un fracaso.

Aconteció que el Dr. H. A. Ironside había sido invitado esa misma noche a su casa a cenar. Estaban a la mesa cuando el estudiante cristiano compartió su experiencia decepcionante con aquel seminarista. Entonces le preguntó al Dr. Ironside: “Cuando está tratando de testificarle a alguien y éste le dice: ‘No creo en la Biblia’, ¿qué hace?” El Dr. Ironside contestó con una sonrisa: “Simplemente cito más de ella”. Éste es un consejo excelente para cualquier posible ganador de almas. Cuando la gente dice que no cree en la Biblia, simplemente cítala más veces. La Palabra de Dios es viva y poderosa. Ejerce un poderoso efecto sobre quien la escucha aun cuando no la crea.

Imaginemos a dos hombres en duelo. Uno le dice al otro: “No creo que tu espada sea de acero verdadero”. ¿Qué sucede? ¿Acaso el otro entrega su espada y admite la derrota? ¿Le da un discurso científico sobre el contenido de carbón y la maleabilidad del metal? ¡Qué ridículo! La da una buena estocada a su oponente, y le deja sentir cuán real es su espada. Así sucede con la Biblia. Ella es la espada del Espíritu y hay que usarla, más que defenderla. Ya se defiende bien sola.

No niego que haya lugar para las pruebas de la inspiración de las Escrituras en la apologética. Estas pruebas son valiosas y útiles para confirmar la fe de aquellos que ya son salvos, pero sólo en muy pocos casos éstas ayudan a que la gente venga a la fe que salva. Por regla

general, la gente no se convence por razonamientos o argumentos humanos. Lo que los hombres necesitan es que se les confronte con la poderosa Palabra de Dios. Un solo texto bíblico vale más que miles de nuestros argumentos e ilustraciones.

Esto destaca la importancia de memorizar la Escritura. Si no la memorizamos, el Espíritu no podrá sacarla a la luz en el momento oportuno. Pero la idea central es que Dios no ha prometido honrar mis palabras sino las Suyas. Así que al tratar con los inconversos, debemos

usar generosamente la espada del Espíritu y observar cómo, por un milagro de la gracia, produce convicción y conversión.

9 de ABRIL

“Como cordero fue llevado al matadero...” (Isaías 53:7b).

Una vez vi cómo moría un cordero. Fue una escena terrible y conmovedora.

Al ser llevado al lugar de ejecución, parecía especialmente hermoso. A los niños les habría encantado abrazarlo. Los cachorros de cada especie son guapísimos —gatitos, perritos, pollitos, becerros y potros— pero un cordero es peculiarmente bello.

De pie ahí, era un cuadro de la inocencia. Su blanco vellón sin mancha daba la apariencia de pureza. Era suave y apacible, indefenso y desvalido. Sus ojos, especialmente expresivos, llenos de miedo, eran de una emoción conmovedora. Parecía no haber razón para que alguien tan hermoso y joven tuviera que morir.

Le ataron las patas y, tendido sobre un costado, respiraba pesadamente como si presintiera la cercanía de la muerte. Con un diestro movimiento, el carnicero pasó el cuchillo por la garganta y la sangre se derramó sobre el suelo. El pequeño cuerpo se convulsionaba con las angustias de la muerte; un poco después yacía inmóvil. El noble cordero había muerto.

Algunos de los espectadores ocultaron la vista de aquella escena desoladora; era demasiado triste para mirar. Otros lloraban. Nadie quería hablar.

Por la fe veo a otro Cordero muriendo: el Cordero de Dios. La escena es bendita y terrible.

Este Cordero es del todo codiciable, señalado entre diez mil, el más justo de los justos. Cuando es llevado al lugar de ejecución, está en la flor de la vida.

No sólo es inocente, es santo, inofensivo, separado de los pecadores y sin mancha. No parece haber razón para que alguien tan puro tenga que morir.

Pero sus verdugos le toman y fijan con clavos sus manos y pies a la Cruz. Allí sufre los densos tormentos y los horrores del infierno como Sustituto de los pecadores. A pesar de todo esto Sus ojos están llenos de amor y perdón.

Mas el tiempo de Su sufrimiento llega a su fin. Entrega el espíritu y Su cuerpo cuelga flácido de la Cruz. Un soldado atraviesa Su costado...

sangre y agua fluyen a borbotones. El Cordero de Dios ha muerto.

Mi corazón está rebosando. Lágrimas ardientes corren libremente. ¡Caigo de rodillas, le agradezco y alabo! ¡El murió por mí! Nunca cesaré de amarle.

10 de ABRIL

“Y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe” (1 Juan 2:27).

A primera vista este versículo plantea algunos problemas. Si no necesitamos que nadie nos enseñe, ¿por qué el Señor resucitado estableció maestros para edificar a los santos para la obra del ministerio? (Ef. 4:11-12).

Para poder entender lo que Juan está diciendo, será de gran ayuda conocer el trasfondo de su carta. Cuando la escribió, la iglesia estaba siendo acosada por falsos maestros conocidos como gnósticos. Estos herejes habían profesado alguna vez ser creyentes sinceros en el Señor Jesús y formaban parte de las asambleas locales. Pero con el paso del tiempo comenzaron a promover sus falsas ideas acerca de la humanidad y deidad de Cristo.

Decían tener un conocimiento superior, de aquí les vino el nombre de gnósticos, de la palabra griega **gnosis**: “conocer”. Probablemente, el mensaje que transmitían a los cristianos sonaba así: “Lo que tienes es bueno, pero nosotros tenemos una verdad extra. Podemos llevarte más allá de las simples enseñanzas e iniciarte en nuevos y más profundos misterios. Si deseas llegar a la madurez y la plena realización, necesitas de nuestra enseñanza”.

Pero Juan advierte a los cristianos que todo esto es un engaño. No necesitan a ninguno de estos impostores para que les enseñen. Tienen al Espíritu Santo. Tienen la Palabra de Verdad y tienen maestros ordenados por Dios. El Espíritu Santo les capacita para discernir entre la verdad y el error. La fe cristiana ha sido una vez dada a los santos (Jud. 3) y cualquier cosa que pretenda añadirse es fraudulenta. Los maestros cristianos son necesarios para explicar y aplicar las Escrituras, pero nunca deben ir más allá de lo que está escrito.

Juan sería el último en negar la necesidad de los maestros en la iglesia porque él mismo era un maestro **por excelencia**. Pero también era el primero en insistir en que el Espíritu Santo es la autoridad más alta, y que

guía a Su pueblo a toda la verdad a través de las páginas de la Santa Escritura. La veracidad de toda enseñanza debe ser probada por medio de la Biblia. Si alguna pretendida enseñanza es una añadidura y reclama igual autoridad, o no coincide con la Biblia, debe ser rechazada.

11 de ABRIL

“Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos” (Mateo 28:12-13).

Tan pronto como el Señor Jesús resucitó de entre los muertos, sus enemigos comenzaron a urdir una coartada tratando de dar una “explicación” al milagro. La mentira más grande que se les ocurrió en aquel momento consistió en alegar que los discípulos habían llegado por la noche y habían robado el cuerpo. (La teoría del desmayo, que sugiere que Jesús no había muerto en realidad sino que tan sólo se había desmayado, no apareció sino hasta siglos más tarde). Desafortunadamente, como sucede con todas las otras teorías, la teoría del robo suscita más preguntas que respuestas. Por ejemplo:

¿Por qué el sumo sacerdote y los ancianos no cuestionaron el informe original de los guardias referente a la tumba vacía? La aceptaron como verdadera y se apresuraron para idear una explicación en cuanto a **cómo** había sucedido.

¿Por qué estaban durmiendo los soldados cuando debían haber estado vigilando? La pena impuesta por los romanos para aquellos que dormían durante el servicio de guardia era la muerte. Sin embargo se les prometió inmunidad del castigo. ¿Por qué?

¿Cómo pudieron todos los soldados quedarse dormidos profundamente al mismo tiempo? Es inverosímil suponer que todos se habrían arriesgado a morir por un rato de sueño.

¿Cómo pudieron los discípulos rodar la piedra sin despertar a los guardias? La piedra era grande y no se podía mover sin hacer ruido. ¿Cómo pudieron mover la piedra? En una típica tumba al estilo herodiano, la piedra se rodaba hasta que caía en una abertura en el suelo. Resultaba más fácil sellar la tumba que abrirla. Además, la tumba había sido tan asegurada como le era posible a las autoridades romanas.

¿Es creíble que los discípulos, tan temerosos al grado que habían huido para salvar sus vidas, hubiesen tenido el valor de enfrentarse a los soldados romanos y robar el sepulcro? Ciertamente sabían que un atentado de esta clase se castigaría con una sentencia muy severa.

Si todos los soldados estaban dormidos, ¿cómo llegaron a saber que eran los discípulos los que habían robado el cuerpo? Si los discípulos robaron el cuerpo, ¿por qué se detuvieron para remover los lienzos y doblar el sudario? (Lc. 24:12; Jn. 20:6-7) ¿Por qué querían los discípulos robar el cuerpo?

No había razón. De hecho, cuando se enteraron de que el Señor había resucitado, se sorprendieron y hasta llegaron a dudar.

Finalmente, siendo los discípulos honorables como eran, ¿cómo hubieran salido y predicado la resurrección a gran riesgo personal si sabían

que era una mentira? Paul Little dijo: “Los hombres no mueren por lo que saben que es mentira”. Sinceramente creían que Jesús había resucitado.

¡El Señor **ha** resucitado! ¡Ha resucitado de verdad!

12 de ABRIL

“Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lucas 16:11).

Las riquezas injustas a las que se refiere nuestro texto son riquezas terrenales o tesoros materiales. Una de las ilusiones más comunes de la mente humana es la que supone que el hombre rico es aquel que tiene muchas posesiones materiales. Nos referimos a las casas y a la tierra llamándoles **bienes** raíces porque pensamos que son **bienes** verdaderos. Asimismo calificamos a las acciones y los bonos como valores o títulos porque pensamos que proveen seguridad.

Pero en Lucas 16:11 el Señor distingue entre las riquezas injustas y las riquezas verdaderas. Las cosas que los hombres creen que son riquezas no lo son en realidad.

Juan era un cristiano piadoso que servía como capataz en la finca de un hombre aristócrata. Una noche Juan tuvo un sueño en el que se le decía que el hombre más rico del valle moriría antes de la medianoche del día siguiente. Cuando llegó la mañana Juan vio a su patrón y le relató el sueño. Al principio el millonario fingió estar completamente despreocupado. Nunca se había sentido mejor que entonces. Además, no creía en los sueños.

Pero tan pronto como Juan salió, llamó a su chofer para que le llevara al consultorio del médico. Le pidió que le hiciera un reconocimiento general. Como era de esperarse, las pruebas revelaron que estaba en espléndida condición. Sin embargo, todavía estaba preocupado por el sueño de Juan, de modo que al dejar el consultorio, dijo, “A propósito, doctor, ¿podría usted venir a cenar a mi casa esta noche?” El doctor aceptó ir.

La cena transcurrió rutinariamente y hablaron sobre un buen número de temas. Algunas veces el médico intentó marcharse, pero el anfitrión insistía y le retenía por un poco más de tiempo

Finalmente, cuando las manecillas del reloj señalaron la medianoche, el rico descreído, grandemente aliviado, dio al médico las buenas noches.

Poco después, el timbre sonó. Cuando el caballero abrió la puerta, se encontró con la hija del viejo Juan, que vino llorando y le dijo: “Mamá me mandó a decirle que papá murió a medianoche...pensó que usted tendría que saberlo”.

La desconsolada muchacha se fue, y él cerró la puerta lentamente,

permaneciendo de nuevo sobre la alfombra. El clamor brotó de su corazón: “Oh Dios, qué necio he sido. Fue el bueno y piadoso Juan, rico en fe, en amor y en paz a quien ibas a llamar. Él era el hombre más rico del valle”.

13 de ABRIL

“Si pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Una de las mejores maneras de poner a prueba nuestra conducta cristiana es preguntarnos si ésta glorifica a Dios. Muy a menudo empleamos la pregunta equivocada: “¿Hay algo de malo en ello?” Lo que debemos preguntar es: “¿Glorifica mi conducta a Dios?”

Antes de involucrarnos en alguna actividad, debemos inclinar nuestra cabeza y pedir al Señor que por medio de ella Dios sea glorificado. Si Dios no va a ser honrado por ello, sería mejor no llevarlo a cabo.

Quizás otras religiones queden satisfechas con la ausencia de mal en la conducta. El cristianismo va más allá de lo simplemente negativo a lo claramente positivo. Keith L. Brooks decía: “Si quieres ser un cristiano bendecido, deja de buscar lo que pueda haber de malo en las cosas, y empieza a buscar lo bueno. Si deseas una vida feliz, echa tu suerte entre aquellos que buscan lo bueno y no lo malo que hay en las cosas”.

Las cosas son inofensivas en sí mismas pero pueden llegar a ser un peso muerto en la carrera cristiana. No hay ley que impida que un corredor olímpico lleve a cuestas 10 kilos de patatas en la carrera de los 1.500 metros lisos. Puede llevar las patatas, pero no podrá ganar la carrera. Así pasa con el cristiano. Las cosas pueden ser inofensivas y sin embargo convertirse en un obstáculo.

Cuando preguntamos: “¿Hay algo de malo en ello?” nuestra pregunta revela una duda oculta. Nunca preguntamos acerca de actividades que son legítimas en sí mismas, tal como la oración, el estudio de la Biblia, la adoración, el testimonio o nuestro trabajo diario.

Todo trabajo honorable puede hacerse para la gloria de Dios. Por esta razón algunas amas de casa tienen este lema sobre el fregadero de la cocina: “Aquí se llevan a cabo servicios divinos tres veces al día”.

Siempre que haya dudas, podemos seguir el consejo de la madre de Juan Wesley: “Si deseas determinar la legitimidad de un placer, sigue esta regla: Todo aquello que debilita tu razón, perjudica la sensibilidad de tu conciencia, oscurece tu sentido de Dios o arrebató el entusiasmo de las cosas espirituales; todo aquello que aumenta la autoridad de tu cuerpo

sobre tu mente, esa cosa es pecado”.

14 de ABRIL

“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (Mateo 20:26-27).

¿Qué es la verdadera grandeza?

En el reino de este mundo, el hombre grande es aquel que ostenta riqueza y poder. Tiene un séquito de ayudantes y de asistentes siempre listos para acatar sus órdenes. A dondequiera que va recibe favores y un trato de preferencia. Cuando la gente se refiere a él lo hace con respeto y temor casi reverencial. Nunca se rebaja a hacer algo doméstico ya que siempre hay otros que lo hacen por él.

Pero en el reino de nuestro Señor, las cosas son totalmente diferentes. Aquí la grandeza se mide por la cantidad en la que uno sirve, y no por la medida en que se nos sirve. El hombre grande es aquel que se inclina para servir a los demás. No espera algún trato especial o que se le agradezca lo que hace, y considera que ningún servicio es demasiado bajo. Cuando uno de los hombres de George Washington le vio ejecutando un servicio doméstico, se opuso, diciendo: “General, usted es un hombre demasiado grande para hacer esto”, a lo que Washington contestó: “Oh, no, soy justamente la talla adecuada”.

Comentando sobre Lucas 17:7-10, Roy Hession nos recuerda: “hay cinco marcas del siervo: (1) Debe estar dispuesto a llevar sobre sí una cosa tras otra, sin recibir a cambio alguna consideración. (2) Al hacerlo así, debe estar dispuesto a que no se le agradezca. (3) Habiendo hecho todo esto, no debe acusar a su amo con egoísmo. (4) Debe confesar que es un siervo inútil, y (5) Debe admitir que al hacer y soportar lo que debe con mansedumbre y humildad, no ha hecho ni una pizca más que lo que estaba obligado a hacer”.

Cuando nuestro Señor dejó las alturas de la gloria para venir a hacerse un hombre, “tomó forma de siervo” (Fil. 2:7) y estuvo entre nosotros como el que sirve (Lc. 22:27). Éstas son Sus palabras: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28). Se ciñó con una toalla, que era el delantal de un esclavo, y lavó los pies a Sus discípulos (Jn. 13:1-17).

“El siervo no es mayor que su señor” (Jn. 13:16). Si Él se humilló tanto para servirnos, ¿por qué pensamos que servir a los demás está por debajo de nuestra dignidad?

Fuiste, Señor, humilde y manso,
¿Y quién es este abyecto,
Débil, pecador relapso
Para erguir su cabeza en alto?

15 de ABRIL

“servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13).

Alguien ha dicho: “El yo piensa que es grande y busca que todos le sirvan. El amor sirve y es grande”.

Un popular cantante de himnos testificaba en una ocasión a un hombre que estaba sentado cerca de él en un restaurante y tuvo el gozo de llevarle a Cristo. En las semanas que siguieron, discipuló a su nuevo convertido. Más tarde, Federico, el nuevo creyente, fue atacado por un cáncer inoperable y llevado a un hospital donde, lamentablemente, el cuidado de los enfermos estaba por debajo de las normas. El cantante, que era toda una celebridad de la radio, visitaba fielmente a su “Timoteo”. Le cambiaba la cama, lo bañaba, lo alimentaba y hacía otras muchas cosas que eran responsabilidad del personal. La noche que Federico murió, este bien conocido cantante le sostenía en sus brazos y le recitaba al oído en voz baja algunos textos de la Escritura. “Servíos por amor los unos a los otros”.

Un instructor de un instituto bíblico encontraba a menudo la habitación de los hombres inundada después de las prisas de la mañana. Pacientemente limpiaba las instalaciones y agachado secaba el suelo. Su mejor enseñanza no quedó confinada al salón de clases. Los estudiantes fueron humillados e inspirados por el ejemplo de su respetable maestro que hacía la limpieza delante de ellos: “Servíos por amor los unos a los otros”.

En esa misma escuela, un miembro del equipo de baloncesto tenía el corazón de un verdadero siervo. Después de un partido, cuando todos los jugadores se apresuraban para ser los primeros en llegar a las duchas, él permanecía en el gimnasio y cuidaba que todo estuviera en orden para el día siguiente. Encontró en el egoísmo de los demás una excelente oportunidad para identificarse con el Señor como siervo de todo”. “Servíos por amor los unos a los otros”.

Una madre cristiana que vivía en una zona rural de Turquía fue llevada a Londres para donar un riñón a su hijo enfermo. Sabía que donar un riñón podría costarle la vida. Cuando el médico inglés le preguntó si estaba segura y dispuesta a darle el riñón a su hijo, contestó: “Estoy dispuesta a dar los dos riñones”. “Servíos por amor los unos a los otros”.

En un mundo dominado en su mayor parte por los intereses

personales, la senda del servicio sacrificado y desinteresado no está todavía abarrotada. Todo el día las oportunidades nos hacen señas para realizar nuevos actos de servicio.

16 de ABRIL

“...como moribundos, más he aquí que vivimos” (2 Corintios 6:9).

La Biblia está llena de paradojas, es decir, verdades que parecen contrarias a lo que normalmente suponemos o que parecen contradecirse unas a otras. G. K. Chesterton sostenía que una paradoja es: “una verdad haciendo el pino para atraer la atención”. A continuación presento unas cuantas paradojas que sin duda atraerán nuestra atención:

Cuando perdemos nuestra vida la salvamos; cuando la amamos, la perdemos (Mr. 8:35).

Somos fuertes cuando somos débiles (2 Co. 12:10), e impotentes en nuestra propia fuerza (Jn. 15:5).

Encontramos la libertad perfecta cuando somos esclavos de Cristo y la esclavitud cuando estamos libres de Su yugo (Ro. 6:17-20).

Encontramos más gozo al compartir lo que tenemos que en tener más. O, en las palabras de nuestro Señor: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35).

Aumentamos lo que tenemos al repartirlo, y acabamos en la miseria cuando lo retenemos (Pr. 11:24).

Tenemos una naturaleza nueva que no puede pecar (1 Jn. 3:9), sin embargo, todo lo que hacemos está manchado por el pecado (1 Jn. 1:8).

Conquistamos cuando nos rendimos (Gn. 32:24-28) y experimentamos la derrota cuando combatimos (1 P. 5:5c).

Somos humillados cuando nos exaltamos, pero cuando nos humillamos Dios nos exalta (Lc. 14:11).

Somos ensanchados en la angustia (Sal. 4:1) y reducidos en la prosperidad (Jer. 48:11).

Podemos poseer todas las cosas y sin embargo no tener nada; podemos ser pobres, y con todo hacer ricos a muchos (2 Co. 6:10).

Cuando somos sabios (en el concepto del hombre) entonces somos necios (a la vista de Dios), pero cuando somos necios por amor de Cristo, entonces llegamos a ser verdaderamente sabios (1 Co. 1:20-21).

Cuando andamos por fe somos libres de preocupaciones e inquietudes; pero cuando andamos por vista nos asaltan el temor de la pérdida por la polilla, el moho y los ladrones (Mt. 6:19).

El poeta ve la vida cristiana como una paradoja de principio a fin:

Qué extraña es la ruta que a algunos toca transitar,
Qué enredada la senda por la que han de caminar;
 La esperanza de su felicidad nace del temor,
 Y su vida, por la muerte la han de recibir.
Sus más honradas pretensiones se ven aplazadas,
 Y sus mejores resoluciones, contrariadas;
 No puede esperar ser completamente liberado
 Hasta que no se haya totalmente desahuciado.
Cuando todo esto ha ocurrido y su corazón es confirmado
 De la total remisión de su pecado;

Cuando su paz es procurada y su perdón está firmado,
A partir de ahí, su conflicto ha comenzado.

Seleccionado

17 de ABRIL

“...no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo” (Mateo 23:8-10).

El Señor Jesús advirtió a sus discípulos contra el uso de títulos ostentosos que alimentan al ego y ponen al yo en el lugar de la Trinidad.

Dios es nuestro Padre, Cristo es nuestro Señor y el Espíritu Santo es nuestro Maestro. No debemos apropiarnos esos títulos en la iglesia. En el mundo, por supuesto tenemos un padre terrenal, en el trabajo estamos bajo la autoridad de jefes o patrones, y en la escuela aprendemos bajo la tutela de maestros. Pero espiritualmente hablando, los miembros de la Deidad desempeñan esas posiciones, y como tales, sólo ellos deben ser honrados.

Dios es nuestro Padre en el sentido que es el Dador de la vida. Cristo es nuestro Señor porque le pertenecemos y estamos sujetos a Su dirección. El Espíritu Santo es nuestro Maestro porque es el autor e intérprete de la Escritura y toda nuestra enseñanza debe ser dirigida por Él.

Qué extraño, pues, que las iglesias conserven títulos honoríficos tal como si Cristo nunca hubiera prohibido su uso. Sacerdotes y ministros se hacen llamar todavía “padre” y se refieren algunas veces a ellos como Dómine, que significa Señor. Los clérigos utilizan regularmente el título “Reverendo”, que significa “temible”, y es una palabra que la Biblia emplea en exclusiva para Dios, (ver Sal. 111:9 “santo y temible es tu nombre”). El título “Doctor” viene del Latín *docere*, que significa enseñar. De modo que *doctor* significa *maestro*. Los rangos, merecidos u honoríficos, provienen de instituciones académicas que la mayoría de las veces son hospitales para apestados de infidelidad en vez de baluartes de la fe cristiana. Sin embargo, cuando un hombre es presentado en la asamblea como “Doctor”, lo que se quiere implicar es que sus palabras tienen peso y autoridad a causa de su grado académico. Esto, desde luego, es una frivolidad y está completamente injustificado. Un basurero cheposo, lleno del Espíritu Santo, puede hablar mejor y con más veracidad como un oráculo de Dios.

Hay lugar para los títulos en el mundo secular. El principio que se

aplica en esa esfera es: “pagad a todos lo que debéis...al que respeto, respeto; al que honra, honra” (Ro. 13:7). Pero el principio que se aplica en la asamblea está establecido por el Señor con las palabras: “todos vosotros sois hermanos” (Mt. 23:8).

18 de ABRIL

“Ahora vemos por espejo, oscuramente...” (1 Corintios 13:12).

Pocas veces es esto tan evidente como cuando venimos a la mesa del Señor para recordarle a Él y Su muerte por nosotros. “Vemos por espejo, oscuramente”.

Parece haber un velo espeso e impenetrable. Por un lado estamos nosotros con todas nuestras limitaciones. Por el otro está todo el gran drama de la redención: Belén, Getsemaní, Gábata, el Calvario, la Tumba Vacía, el Cristo exaltado a la diestra de Dios. Percibimos que en todo esto hay algo enormemente vasto, y tratamos de asimilarlo, pero en el intento nos sentimos más como terrones de lodo que como seres vivientes.

Tratamos de entender los sufrimientos del Salvador por nuestros pecados. Nos esforzamos por captar el horror de Su ser abandonado por Dios. Sabemos que soportó el tormento que nosotros debimos haber sufrido por toda la eternidad. Sin embargo, nos sentimos frustrados al darnos cuenta de que hay mucho más. ¡Estamos en la orilla de un mar inexplorado!

Pensamos en aquel amor que entregó lo mejor del Cielo por lo peor de la tierra. Nos conmovemos al recordar que Dios envió a Su Hijo unigénito a esta jungla de pecado para buscar y salvar lo que se había perdido. Estamos tratando con el amor de Dios, un amor que sobrepasa todo conocimiento, y sólo en parte conocemos.

Cantamos a la gracia del Salvador quien, aunque era rico, por nuestra causa se hizo pobre, para que por su pobreza pudiéramos ser enriquecidos. Esto es suficiente para dejar boquiabiertos a los ángeles. Nuestros ojos se esfuerzan tratando de atisbar las vastas dimensiones de esta gracia incomparable, pero es en vano. Estamos limitados por nuestra corta vista humana.

Sabemos que debiera conmovernos la contemplación de Su sacrificio en el Calvario, pero somos a menudo tan extrañamente impasibles... Si realmente entráramos al otro lado del velo, lloraríamos a lágrima batiente y tendríamos que confesar:

De mí mismo quedo sorprendido,
Al pensar en ti, Cordero amante, agonizante,

Al recorrer con la mirada este misterio
Que no pueda ser movido a amarte más, enternecido.

Debemos preguntarnos con las palabras del poeta:

¿Soy una piedra, y no un hombre, que puedo,
Oh Cristo, bajo tu cruz estar,
Y gota a gota contar,
Tu lento desangrar,
Y con todo no pueda yo llorar?

Como los dos discípulos en el camino a Emaús, nuestros ojos han

sido abiertos. Ansiamos con ardiente deseo aquel tiempo cuando el velo será quitado y podamos ver con mejor vista el tremendo significado del pan partido y el vino derramado.

19 de ABRIL

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Juan 5:13).

Estaremos eternamente agradecidos a Dios por este versículo porque nos enseña que la seguridad de la salvación nos llega en primer lugar por la Palabra de Dios y no por los sentimientos. La Biblia fue escrita, entre otras razones, para que aquellos que creen en el Nombre del Hijo de Dios puedan saber que tienen vida eterna.

Podemos estar agradecidos al saber que esta seguridad no depende de los sentimientos, ya que éstos fluctúan de un día a otro. “Dios no nos pide que digamos: ‘gracias Dios porque me siento muy bien’, sino que fijemos los ojos en Jesús y Su Palabra”. Una vez alguien preguntó a Martín Lutero: “¿**Sientes** que tus pecados han sido perdonados?”, y él contestó: “No, pero estoy tan seguro de esto como que hay un Dios en el cielo. Porque los sentimientos van y vienen y son engañosos. Mi garantía es la Palabra de Dios. Nada es más digno de creerse”. C. I. Scofield nos recuerda que: “la justificación tiene lugar en la mente de Dios y no en el sistema nervioso del creyente”. H. A. Ironside acostumbraba decir: “No sé si soy salvo porque me **siento** feliz, pero me **siento** feliz porque sé que soy salvo”. Sabía que era salvo por la Palabra de Dios.

Cuando vemos que el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, debemos recordar que el Espíritu nos da testimonio principalmente a través de las Escrituras (Ro. 8:16). Por ejemplo, en Juan 6:47 leemos: “El que cree en mí, tiene vida eterna”. Sabemos que hemos confiado en Cristo para nuestra salvación eterna; Él es nuestra única esperanza para el cielo. Por lo tanto, el Espíritu de Dios nos da testimonio, a través de este versículo, de que somos hijos de Dios.

Por supuesto que también hay otros medios que nos aseguran que poseemos la salvación: sabemos que somos salvos porque amamos a los hermanos, aborrecemos el pecado y practicamos la justicia, amamos la Palabra de Dios y tenemos el instinto de oración. Pero el más importante y fundamental de estos es la Palabra de Dios, el instrumento más confiable y preciso del universo. George Cutting decía en su tratado memorable

“Seguridad, Certeza y Gozo”: “Es la sangre la que nos salva; es la Palabra la que nos lo asegura”.

20 de ABRIL

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (Romanos 11:6).

Cuando uno se fundamenta bien en la doctrina de la gracia desde el comienzo de su vida cristiana, se libra de muchos problemas que podrían venir más tarde. Es fundamental entender que la salvación es un don gratuito de la gracia de Dios y que se da a aquellos que no sólo no la merecen sino que de hecho merecen lo contrario. No hay alguna obra suficientemente meritoria que alguien pueda hacer para ganar la vida eterna. Les es dada sólo a aquellos que dependen por completo de los méritos del Salvador.

Es muy importante que entendamos que la salvación es toda de gracia porque sólo de esta manera podemos llegar a tener plena certidumbre. Si la salvación dependiera de nosotros en el grado más insignificante o de nuestras obras miserables, entonces nunca tendríamos esa certeza. Nunca llegaríamos a saber si nuestras buenas obras han sido suficientes, o si en realidad han sido buenas. Pero cuando todo depende de la obra de Cristo, entonces no hay lugar para la duda punzante y persistente.

Asimismo es cierto acerca de nuestra seguridad eterna. Si ésta depende en alguna medida de nuestra capacidad para mantenernos firmes, entonces podemos ser salvos hoy y mañana estar perdidos, pero si nuestra seguridad depende de la capacidad del Salvador para guardarnos, podemos saber que estamos seguros eternamente.

Los que viven bajo la protección de la gracia no son juguetes indefensos del pecado. El pecado tiene dominio sobre los que están bajo la ley porque la ley les dice qué es lo que deben hacer pero no les da el poder para hacerlo. La gracia brinda a la persona una posición perfecta ante Dios, le enseña a caminar en la dignidad de su llamamiento por el Espíritu Santo que lo habita y además le recompensa por hacerlo.

Bajo la gracia, el servicio viene a ser un gozoso privilegio y no una servidumbre legalista (buscando mérito). El creyente es motivado por el amor y no por el temor. El recuerdo de los sufrimientos del Salvador mueve al pecador salvo a derramar su vida en servicio consagrado.

La gracia también enriquece la vida infundiendo acción de gracias, adoración, y alabanza. Nuestro corazón rebosa de adoración al conocer al Salvador, lo que ha hecho por nosotros y quiénes somos los pecadores por

naturaleza y en la práctica.

No hay nada como la gracia de Dios. Es la joya que corona Sus atributos. Estar bien fundado en la verdad de la gracia soberana de Dios transfigurará toda la vida.

21 de ABRIL

“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro” (Lucas 6:40).

En este pasaje, el Señor Jesús les recordaba a los Doce que cuando fueran a discipular a los demás no esperaran que sus discípulos progresaran en la vida espiritual más allá de donde ellos mismos habían llegado. En otras palabras, el alcance de nuestra influencia positiva sobre los demás está limitada por lo que nosotros mismos somos. Como O. L. Clark decía:

No puedes enseñar lo que no sabes;
No puedes guiar a donde no vas.

El Salvador continuó reforzando esta lección por medio de la historia de la paja y la viga. Un hombre camina por un campo sembrado cuando repentinamente una ráfaga de viento le clava en el ojo una minúscula pizca de paja. Se restriega el ojo, tira del párpado, y prueba todos los consejos bien intencionados que sus amigos le dan para sacar la mota del ojo. Entonces llego yo con un poste telefónico sobresaliendo de mi ojo y le digo: “Amigo, permíteme que te saque esa pajita del ojo”. El hombre me mira con el ojo que le queda bueno y me dice: “¿No crees que debieras sacarte primero el poste telefónico del ojo?”

¡Por supuesto! No puedo ayudar a alguien que está luchando con un pecado dominante si yo mismo estoy encadenado a ese pecado. No puedo apremiarle a que obedezca el más simple mandamiento de la Escritura si por mi parte no lo obedezco. Cualquier fracaso espiritual en mi vida sella mis labios en esa área en particular.

Cuando mi discípulo ya está bien preparado, es decir, cuando he terminado de entrenarle, no puedo esperar que esté un centímetro más arriba de mi propia talla espiritual. Puede crecer hasta mi estatura, pero no puedo guiarle más allá de ella.

Todo esto enfatiza una vez más que debemos estar atentos a nuestra propia vida. Nuestro ministerio debe ser un ministerio de carácter. Lo que está adentro es lo que cuenta. Podemos ser interesantes y astutos pero si hay puntos débiles en nuestra vida, áreas de negligencia y desobediencia,

entonces nuestro discipulado para con otros es el caso del ciego que guía a otro ciego.

22 de ABRIL

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9).

Este versículo, favorito de muchos, apunta a dos verdades básicas que son muy difíciles de aceptar por el hombre caído, la encarnación y la resurrección. No puede haber salvación sin una plena aceptación de estas doctrinas y todo lo que significan.

Primero, debemos confesar con nuestra boca que Jesús es el Señor, esto es, que Aquél que nació en el establo de Belén es ni más ni menos que Dios manifestado en carne. La deidad del Señor Jesús es la piedra angular donde se apoya todo el plan de la salvación.

Segundo, es vital que creamos en nuestro corazón que Dios lo levantó de los muertos, si bien esto significa más que el simple hecho de la resurrección. Esto incluye que el Señor Jesús murió en la cruz como nuestro Sustituto. Pagó la pena que nuestros pecados merecían. Soportó la ira de Dios que debimos haber sufrido eternamente y por último, lo levantó de la muerte al tercer día, como prueba de la entera satisfacción de Dios con el sacrificio de Cristo por nuestros pecados.

Cuando le recibimos como Señor y Salvador, la Biblia asegura que somos salvos. Pero alguien podría preguntar: “¿Por qué se ha de confesar antes de creer? ¿No creemos primero y luego confesamos?”

En el versículo 9 Pablo enfatiza la encarnación y la resurrección, y nos da el orden histórico en que ocurrieron, la encarnación primero y la resurrección treinta y tres años más tarde.

En el versículo siguiente se señala que creer va antes que confesar. “Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación”. Aquí el orden es el que tiene lugar cuando nacemos de nuevo. Primero, confiamos en el Salvador para ser justificados, y luego confesamos la salvación que hemos ya recibido.

Es tal la naturalidad, sencillez y candor con que nuestro versículo enseña esta asombrosa verdad que los niños cantan libremente:

Romanos diez, nueve
Es mi versículo preferido;
Confesando a Cristo como Señor,

Soy salvo por gracia divina;
Porque tres son las palabras de la promesa
Que en letras doradas brillan:
Romanos diez, nueve.

23 de ABRIL

“Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (Hebreos 13:13).

La primera lección que aprendemos de este versículo es que Cristo es el centro de reunión de Su pueblo. No nos congregamos en torno a una denominación, iglesia, edificio o algún gran predicador, sino sólo en Cristo: “a él se congregarán los pueblos” (Gn. 49:10). “Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio” (Sal. 50:5).

La segunda lección es que debemos salir a Él, fuera del campamento. Algunos han definido el campamento como “todo sistema religioso terrenal adaptado al hombre natural”. Se trata de la esfera religiosa en la que Cristo es deshonrado y degradado, la pagana monstruosidad que se disfraza hoy como cristianismo y que enmascara a todos los que: “tienen apariencia de piedad pero niegan la eficacia de ella”. Cristo está afuera, y debemos salir a Él.

También aprendemos que salir con Cristo fuera del campamento conlleva vituperio. A veces los cristianos sufren vituperio por causa de su obediencia al Señor en cuanto a la comunión de la iglesia. Más y más, las asociaciones eclesiales tienen cierta medida de prestigio y posición social. Pero cuanto más nos acerquemos al patrón del Nuevo Testamento, más tendremos que compartir en Su vituperio. ¿Estamos dispuestos a pagar ese precio?

El hombre de vestido teñido me llamó,
Conocí Su voz, mi Señor crucificado;
No pude resistir cuando a sí mismo se mostró,
Y obedecí, dejando todo a un lado.

Este mundo me expulsó una vez que hubo encontrado
Que en mi rebelde corazón estaba coronado
Aquél al que había rechazado, despreciado y asesinado,
A quien Dios con poder maravilloso había para reinar resucitado.

Y así, mi Señor y yo estamos fuera del campamento,
Pero más dulce que cualquier lazo terrenal es su presencia.

Que una vez conté más grande que su llamamiento;
Estoy fuera para el mundo, pero de mi Señor no siento ausencia.

Seleccionado

24 de ABRIL

“Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17).

En este versículo, el templo de Dios se refiere a la asamblea local. Pablo no alude a individuos cristianos sino al conjunto de creyentes cuando dice: “el cual sois vosotros”. Los santos en Corinto formaban un templo de Dios.

Como también el apóstol dice en 1 Corintios 6:19, que cada creyente individualmente es templo del Espíritu Santo: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” El Espíritu Santo de Dios habita en el cuerpo de cada hijo de Dios.

Pero en el texto de hoy tenemos bajo consideración la asamblea. Pablo afirma que si alguien la destruye, Dios a su vez le destruirá. “Con el significado de destruir se usa de dañar a la iglesia local apartándola de aquella posición de santidad de vida y de pureza de doctrina en la que debiera permanecer, 1 Co. 3:17, ‘destruyere’, y de la destrucción retributiva por parte de Dios del delincuente que es culpable de este pecado, ‘destruirá’” (W. E. Vine, Diccionario Expositivo, Vol. I).

Nuestro versículo advierte que es un asunto muy serio intentar hacer daño a una comunidad local. De hecho, es una forma de autodestrucción. Pongamos un ejemplo: un hombre no se sale con la suya en la asamblea. O tiene un enfrentamiento violento de personalidades con otro hermano. En lugar de resolver el problema como las Escrituras indican, él se va, visita y organiza a la gente para que se ponga de su lado y crea un partido en la iglesia. Este grupo mal formado no se humilla ni admite que ha obrado mal, y así las cosas van de mal en peor. Muy pronto la congregación padece de una abierta división.

O quizás se trata de una “hermana carnal” que dirige una campaña de murmuración y maledicencia contra alguien de la congregación. Su lengua difamatoria golpea a diestra y a siniestra hasta que la iglesia se llena de pleitos y amargura. No se detendrá hasta que la asamblea, en otro tiempo próspera, quede reducida a escombros. Una mujer insumisa y crítica es capaz de destruir a una iglesia si puede, y después formar otra “iglesia” a su gusto.

Personas como ésta están en gran peligro porque han dañado al cuerpo de Cristo, y no podrán salir impunes; pues el gran Dios del universo está decidido a destruir a los que destruyen Su asamblea. ¡Alerta, todos aquellos que tienden a crear facciones!

25 de ABRIL

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de Su conocimiento” (2 Corintios 2:14).

Para este pasaje Pablo usó la figura de un desfile triunfal en el que un general militar acaba de volver de una conquista en el extranjero. Él encabeza el desfile, saboreando la dulce satisfacción de la victoria. Detrás de él vienen sus tropas jubilosas, y tras ellas los prisioneros de guerra, ya señalados para el castigo, quizás la muerte. Por toda la ruta del desfile hay incensarios que llenan el aire de aromas y perfumes. Pero estas fragancias significan cosas diferentes para los que desfilan, dependiendo del bando en que se encuentran. Para aquellos que son leales al vencedor, es fragancia de victoria, más para los cautivos, es presagio de derrota y condenación.

La senda del siervo del Señor Jesús coincide con esta descripción en diferentes aspectos. El Señor va a la cabeza guiándole siempre en triunfo. Aunque no siempre parece haber victoria, el creyente está del lado de los vencedores y la causa de Dios jamás fracasa.

A dondequiera que va lleva consigo el aroma de Cristo. Pero este aroma tiene diferente significado a los que participan de él: Olor de vida eterna a los que se someten al Señor Jesús, y de muerte y destrucción a los que rechazan el evangelio.

Pero en ambos casos Dios es glorificado: en la salvación de los que se arrepienten, y en el rechazo de los que perecen. Cuando estos últimos estén ante Cristo, en el Juicio del Gran Trono Blanco, no podrán acusar a Dios por su situación desdichada, porque tuvieron la oportunidad de ser salvos pero la rechazaron.

Hay una tendencia muy generalizada de juzgar la efectividad del servicio cristiano por el número de personas que se salvan. Este pasaje nos sugiere que es igualmente válido juzgarlo por el número de personas que, después de oír el evangelio, lo rechazan y se hunden en el infierno.

Dios es glorificado en ambos casos. A Su presencia asciende el suave aroma de la gracia en los que se salvan y de la justicia en los que se pierden.

¡Qué tema tan solemne! No es de extrañar que el apóstol pregunte

como conclusión: “¿Para estas cosas, ¿quién es suficiente?”

26 de ABRIL

“No me lavarás los pies jamás” (Juan 13:8).

El Señor Jesús se ciñó una toalla y luego puso agua en un lebrillo, preparándose para lavar los pies a Sus discípulos. Cuando se acercó a Pedro, éste dijo enfáticamente: “No me lavarás los pies jamás”.

¿Por qué? ¿Por qué Pedro no quiso someterse a este bondadoso ministerio del Señor? Quizás se sintió indigno de que su Señor le sirviera. Pero posiblemente su actitud fue de orgullo e independencia. No quiso ponerse en la posición de recipiente; no quería depender de la ayuda de nadie.

Esta misma actitud es el principal impedimento de que mucha gente se salve. Quieren ganar la salvación por sus propios méritos, y se resisten a recibirla como un don gratuito de la gracia; sienten que esto les rebaja en su dignidad. No quieren sentirse en deuda con Dios. Pero: “Aquel que es demasiado orgulloso para endeudarse infinitamente jamás podrá ser cristiano” (James S. Stewart).

Aquí hay también una lección para los que ya son cristianos. Todos nos hemos encontrado alguna vez con creyentes que son dadores compulsivos. Siempre están haciendo algo por los demás. Sus vidas se derraman sirviendo a sus parientes y vecinos. Merecen ser alabados por su generosidad. ¡Pero hay una mosca en el perfume! Nunca quieren ser recipientes, ni permiten que nadie haga nada por ellos. Han aprendido a dar generosamente pero no han aprendido a recibir de gracia. Disfrutan la bendición de ministrar a los demás, pero les niegan la misma bendición a los demás.

El mismo Pablo se mostró como un recipiente agradecido de los dones de los filipenses. Al darles las gracias decía: “No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta” (Fil. 4:17). Pensaba más en la recompensa de ellos que en su propia necesidad.

“Se cuenta del sr. Westcott que, cerca del fin de sus días, decía que había cometido un gran error. Pues aunque siempre había estado dispuesto a trabajar por los demás hasta el límite de su capacidad, nunca permitió que otros lo hicieran para él, y como resultado había perdido algunos ingredientes de dulzura y realización. No se había permitido a sí mismo la disciplina de recibir muchas bondades que no podrían ser correspondidas” (J. O. Senderos).

Un poeta desconocido lo resumió bien al escribir:

Tengo por grande a quien, por causa del amor,
Puede dar con corazón ardiente y generoso;
Pero el que toma por causa de la dulzura del amor,
Le tengo por más generoso aún y no orgulloso.

27 de ABRIL

“y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor” (Hechos 11:23).

Hay una tendencia alarmante en algunos círculos cristianos a adular a los hombres por su erudición, aun cuando no sean leales a la Persona de Cristo.

Tenemos a un hombre, por ejemplo, que es un brillante escritor, maestro en el uso de las ilustraciones, un comentarista cuyos estudios de palabras en las lenguas originales son espléndidos. Pero niega el nacimiento virginal, explica racionalmente los milagros de nuestro Señor, rechaza la resurrección literal y corporal del Salvador y habla condescendentemente de Jesús como alguien que merece un lugar en la galería de los héroes del mundo. Para él, Jesús es uno más entre muchos ilustres personajes, lo que equivale a minimizar al Hijo de Dios con inciertas alabanzas. Este hombre simplemente no es fiel al Señor.

Es vergonzoso encontrar a cristianos que defienden a hombres como éste por su brillante erudición. Con hipocresía, encomian su destreza intelectual y pasan por alto la manera herética con que se refiere a Cristo. Les gusta citarlo como autoridad respetada y moverse en los mismos círculos académicos. Si son desafiados por confraternizar con aquel enemigo de la Cruz de Cristo, utilizan palabras ambiguas para restarle importancia a la gravedad de la ofensa. Es muy común oírles hablar mal de los cristianos fundamentalistas que creen en la Biblia por atreverse a enfrentarse a un erudito tan reconocido.

Es hora de que los cristianos se armen de santa indignación cuando su Salvador es traicionado en las aulas de la erudición. Éste no es tiempo para pactos. La verdad tocante a Su Persona y obra no es negociable. Debemos tomar nuestro lugar y darnos a conocer.

Los profetas no se andaban por las ramas cuando la verdad de Dios estaba en entredicho. Eran ferozmente leales al Señor y lanzaban invectivas contra aquellos que se atrevían a negarle o despreciarle.

Los apóstoles también reaccionaban ante cualquier intento de despojar al Señor de Su gloria. Escogieron ser leales a Cristo antes que adquirir reputación en el mundo teológico.

Los mártires escogieron morir antes que comprometer su lealtad al

Hijo de Dios. Les interesaba más la aprobación de Dios que la de los hombres.

Nuestra responsabilidad es ser fieles al Señor Jesús en todas las cosas y resistir a cualquiera que no quiera darle el lugar de preeminencia que merece.

28 de ABRIL

“Oíd, hijos, la enseñanza de un padre, y estad atentos, para que conozcáis cordura” (Proverbios 4:1).

En los primeros cuatro versículos de Proverbios 4, Salomón describe cómo el buen consejo puede y debe ser transmitido de una generación a otra. Nos dice cómo su padre lo había instruido, y luego se dirige a su hijo recomendándole encarecidamente que ponga toda su atención a la buena enseñanza y la sana instrucción.

Es del todo aconsejable que los jóvenes estén siempre dispuestos a aprender de sus padres tanto como puedan acerca de los asuntos prácticos de la vida. En la esfera espiritual todo joven cristiano debería tener también un consejero espiritual, alguien de toda su confianza con quien pueda hablar con franqueza y libertad de cualquier tema, y que comparta con él la riqueza de su experiencia. Cuánto mejor si es el mismo padre quien lleva a cabo este papel. Pero si no, debe buscar a una persona así.

Los creyentes maduros y consagrados han acumulado una vasta cantidad de conocimientos prácticos. Sin duda han experimentado derrotas, pero han sacado de ellas lecciones valiosas y han aprendido como evitarlas la siguiente vez. Los cristianos más mayores pueden ver aspectos de un problema que los jóvenes podrían pasar por alto; han aprendido a ser equilibrados y a evitar extremos irrazonables.

Un joven sabio, como lo fue Timoteo, cultivará la amistad y el amor de un Pablo, tratando de recurrir a su sabiduría y conocimiento. Se guardará de muchas humillaciones y de cometer muchos errores si consulta a quien ha pasado por experiencias similares a las suyas. En vez de tratar a los ancianos con desprecio, honrará a los que han sabido pelear la batalla y han mantenido un buen testimonio.

Por lo general, los santos de más edad no presionan a los jóvenes. Saben que ningún consejo es tan inoportuno como aquel que no es solicitado. Pero, cuando se les pregunta, siempre están dispuestos a compartir sus pensamientos penetrantes que serán de gran ayuda a lo largo del camino.

De modo que si un joven mantiene una dura lucha con la lascivia, o desea saber cómo encontrar la dirección de Dios, o quiere

saber cómo criar una familia en el Señor, si se pregunta si Dios lo está llamando al campo de misión, si necesita ayuda para manejar sus finanzas, o desea una vida de oración más efectiva, sería sabio buscar la ayuda de un guía espiritual que pueda llevarlo a la luz de la Escritura para que lo alumbre en su problema particular. Bajo las canas hay a menudo un cúmulo de sabiduría que puede ser aprovechada. ¿Por qué

aprender del modo más difícil cuando puedes beneficiarte de la visión y las experiencias de los demás?

29 de ABRIL

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

Fe es confianza inquebrantable en la Palabra de Dios, en Su fidelidad y veracidad. La fe es la convicción firme de que lo que Dios dice es verdad y lo que promete sucederá. Tiene que ver principalmente con el futuro y con lo invisible (“lo que se espera”).

Whittier decía que: “los pasos de la fe se posan en el aparente vacío, y no obstante encuentran roca debajo”. ¡Pero esto no es así! La fe no es un salto en la oscuridad. Exige la evidencia más segura, y la encuentra en la Palabra de Dios.

Algunas personas creen equivocadamente que pueden obtener cualquier cosa que deseen si creen con toda su fuerza que sucederá. Pero eso es credulidad, no fe. La fe necesita apoyarse en la revelación de Dios y aferrarse a Sus promesas. Si el Señor hace alguna promesa, entonces es tan segura como si ya hubiera sucedido. Si Él preside el futuro, ciertamente se cumplirá. En otras palabras, la fe trae el futuro al presente y hace visible lo invisible.

No hay riesgo en creer a Dios. Dios no puede mentir, no engaña a nadie ni puede ser engañado. Creer en Dios es lo más racional, sano y lógico que una persona puede hacer. ¿Qué hay más razonable que la criatura crea en el Creador?

La fe no está limitada por las posibilidades sino que invade el reino de lo imposible. Alguien ha dicho: “La fe comienza donde las posibilidades humanas terminan. Si algo es posible entonces Dios no tiene parte en la gloria. Si es imposible, no hay duda que puede hacerse”.

Fe, poderosa fe que la promesa ve
Y mira a Dios solamente;
De las imposibilidades ríe
Y clama: “Se hará ciertamente”.

Cierto es que hay dificultades y problemas en la vida de fe. Dios la prueba en el crisol de la adversidad y la aflicción para ver si es genuina (1 P. 1:7). A menudo tenemos que esperar largos años para ver el cumplimiento de Sus promesas, y algunas veces tenemos que esperar hasta alcanzar la otra orilla.

Pero “las dificultades son la comida con que la fe se alimenta” (George Müller).

“Sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). Cuando nos negamos a creer en Él, estamos insinuando que es un mentiroso (1 Jn. 5:10), y ¿cómo puede Dios agradarse de aquellos que le llaman mentiroso?

30 de ABRIL

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

¿Mandamientos? ¿En el Nuevo Testamento? Cuando el pueblo escucha la palabra **mandamientos**, piensa de inmediato en **legalismo**. Pero los dos términos no son sinónimos. Nadie habló más de mandamientos que el Señor Jesús, y sin embargo no hay nadie menos legalista que Él.

¿Qué es el legalismo? Aunque la palabra no se encuentra en el Nuevo Testamento, describe los esfuerzos incesantes de los hombres por ganar el favor de Dios. Básicamente significa el intento de obtener la justificación o la santificación guardando la ley. Éste es su verdadero significado.

Pero hoy en día la palabra se usa en un sentido más amplio para describir lo que se cree que son reglas rígidas y moralistas. Se califica de “legalista” cualquier intento por clasificar ciertas prácticas como tabú. De hecho, la palabra “legalismo” se emplea mal, como un mazo o palo para atacar prácticamente toda restricción del comportamiento cristiano, o en contra de cualquier enseñanza “negativa” o prohibición.

¿Qué debe hacer entonces un cristiano para evitar los peligros asociados con el “legalismo”?

En primer lugar, es verdad que un cristiano está libre de la ley, pero esto no significa que está sin ley. Está bajo la ley de Cristo y esto le obliga a vivir de acuerdo a la voluntad de Cristo y no conforme a sus deseos.

En segundo lugar, debemos recordar que en el Nuevo Testamento abundan los mandamientos, incluyendo un número considerable de prohibiciones. La diferencia está en que estos mandamientos no se nos dan como ley, con una penalidad añadida, sino como instrucciones en justicia para el pueblo de Dios.

Además, hay cosas que pueden ser legítimas para el cristiano, pero no provechosas. Pueden ser lícitas pero también esclavizan (1 Co. 6:12).

Es posible que un creyente tenga libertad para hacer algo y sin embargo, alguien puede tropezar si lo ve llevarlo a cabo. En ese caso debe abstenerse de hacerlo.

El hecho de que algunos tachen alguna prohibición de “legalista” no significa que sea mala. La gente utiliza también la palabra “puritano”

para denunciar ciertas normas de conducta, pero así demuestra su ignorancia, porque la conducta de los puritanos honraba a Cristo mucho más que la de muchos que los critican.

Cuando los llamados cristianos denuncian ciertas normas de conducta piadosa llamándolas “legalistas”, puede ser un signo de que se han vuelto permisivos y están deslizándose moralmente. Se imaginan ingenuamente que si arrojan lodo a la cara de los que llaman legalistas o puritanos, se verán mejor a los ojos de los demás.

Nuestra seguridad está en permanecer tan cerca de las enseñanzas de la Escritura como sea posible, no en intentar ver cuán cerca del precipicio podemos llegar sin caer.

1 de MAYO

“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:14).

Dios contesta la oración. La contesta exactamente como nosotros lo haríamos si tuviéramos sabiduría, amor y poder infinitos. Algunas veces nos da lo que queremos, otras veces nos da algo mejor, pero siempre lo que necesitamos. A veces contesta nuestras oraciones rápidamente; en otras ocasiones nos enseña a esperar con paciencia.

Dios contesta la oración; a veces cuando los corazones son débiles,

Dios otorga los dones que sus hijos buscan.

Pero la fe por el descanso profundo se ha de ejercitar

Y confiar en el silencio de Dios cuando decide no hablar;

Pero Aquél cuyo nombre es amor siempre enviará lo mejor.

Las estrellas se apagarán y las montañas no perdurarán,

Pero Dios es fiel y aquéllos que sus promesas buscan las alcanzarán.

La oración tiene condiciones. Frecuentemente lo que parece ser un cheque en blanco (“si algo pidieréis”) tiene cláusulas agregadas (“en mi nombre”). Las promesas relacionadas con la oración individual deben considerarse a la luz de otras Escrituras sobre el tema.

La oración encierra misterios. No siempre nos edifica tratar de averiguar los “cómos” y los “porqués”. Es mejor orar y ver cómo Dios actúa que tratar de resolver los misterios que rodean a la oración. Me gusta lo que el sr. Temple decía: “Cuando oro, suceden coincidencias; cuando no oro, no suceden”.

Cuando oramos a Dios en el nombre del Señor Jesús, es como si Él mismo presentara nuestras peticiones al Padre. Esto es lo que da sentido y poder a nuestras oraciones. Por eso cuando oramos es cuando más nos acercamos a la omnipotencia. Por supuesto, nunca seremos omnipotentes, ni aun en la eternidad, pero cuando oramos en el Nombre del Señor Jesús, nos asimos del poder infinito.

La oración más poderosa es aquella que nace de una fuerte necesidad interior. Cuanto más dependemos del Señor, más eficaz es

nuestra vida de oración.

Cuando oramos, suceden cosas que están más allá de las leyes del azar o la probabilidad. Nuestras vidas palpitan con poder sobrenatural porque el Espíritu Santo las potencia y cuando tocamos

otras vidas, ocurre algo para Dios.

Debemos ser como aquel santo que decía: “Puedo medir mi influencia por el número de personas que necesitan de mis oraciones y el número de los que oran por mí”.

2 de MAYO

“Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4:23).

Un problema que vuelve a plantearse entre los cristianos es cómo mantener el equilibrio adecuado entre la evangelización y el compromiso social. Hasta ahora ha sido muy común oír cómo se critica a los evangélicos por su excesiva preocupación por las almas de la gente y el poco interés que tienen por sus cuerpos. En otras palabras, no dedican el tiempo necesario para alimentar al hambriento, vestir al desnudo, sanar al enfermo y educar al analfabeto.

Decir algo en contra de cualquiera de estos ministerios sería como criticar la maternidad. Ciertamente el Señor Jesús se preocupó por las necesidades físicas del hombre, y enseñó a Sus discípulos a hacer lo mismo. Históricamente, los cristianos siempre han estado al frente en las causas compasivas.

Pero como sucede en tantas otras áreas de la vida, ésta es una cuestión de prioridades. ¿Qué es más importante, lo temporal o lo eterno? Si se juzga desde esta óptica, la predicación del evangelio es lo principal. Jesús dejó entrever esto cuando dijo: “Esta es la obra de Dios, que creáis...”. La doctrina debe preceder al compromiso social.

Algunos de los problemas sociales más urgentes del hombre son consecuencia de la falsa religión. Por ejemplo, hay muchos que mueren de hambre, pero que no se atreverían a matar a una vaca porque creen que puede ser la reencarnación de algún pariente. Cuando otras naciones envían enormes cantidades de trigo, las ratas comen más de él que las personas, porque nadie las mata. Estas personas están atadas por la religión falsa y Cristo es la respuesta para sus problemas.

Cuando intentan mantener un equilibrio entre evangelización y servicio social, siempre está presente el peligro de ocuparse tanto con el reparto de bocadillos en la plaza que el evangelio se deja de lado. La historia de las instituciones cristianas está llena de ejemplos semejantes donde el bien se ha convertido en enemigo de lo mejor.

Ciertas formas de participación social son cuestionables si no

totalmente descartables. Por ejemplo, los cristianos nunca deben participar en revoluciones para derrocar a un gobierno. Es cuestionable recurrir al proceso político para terminar con las injusticias sociales. Ni el Señor ni los apóstoles lo hicieron. Puede conseguirse mucho más predicando el evangelio que por medio de una legislación.

El cristiano que abandona todo para seguir a Cristo, que vende lo que tiene para darlo a los pobres, que abre su corazón y bolsillo siempre que ve un caso de genuina necesidad, nunca se sentirá culpable en lo que concierne a la indiferencia social.

3 de MAYO

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8).

Nadie puede pecar y gozar de impunidad. Los resultados del pecado no sólo son inevitables sino extremadamente amargos. El pecado puede parecer un gatito inofensivo pero salta repentinamente sobre su presa devorándola como león despiadado.

El supuesto encanto del pecado goza en nuestros días de una propaganda amplia y multicolor, si bien escasamente oímos el otro lado. Sus víctimas dejan tras sí tristes relatos de su caída y miseria posterior.

Así ocurrió con uno de los escritores más brillantes de Irlanda. Este hombre comenzó a aficionarse a un vicio malsano. Una cosa le llevó a la otra hasta que vino a enredarse en pleitos y por último terminó en la cárcel, donde escribió lo siguiente:

“Los dioses me han dado casi de todo. Tuve genio, un nombre distinguido, alta posición social, brillantez y atrevimiento intelectual: Hice del arte una filosofía y de la filosofía un arte: Turbé las mentes de los hombres y cambié el color de las cosas: No hubo nada que dijera o hiciera que no sorprendiera a los demás... Traté al arte como la realidad suprema, y a la vida como una mera ficción: Desperté la imaginación de la gente de mi época creando a mi alrededor mito y leyenda. Reduje todos los sistemas a una frase, y toda la existencia a un epigrama.

Junto con estas cosas, tuve otras que eran de otra naturaleza. Me dejé seducir por el hechizo de la insensatez y la comodidad sensual. Me divertía siendo un hombre elegante. Me hice rodear de las clases inferiores y las mentes más insignificantes. Vine a ser el derrochador de mi propio genio, y malgasté toda una eterna juventud que me obsequió con placeres singulares. Hastiado de vivir en lo más alto, deliberadamente descendí a las profundidades en busca de nuevas sensaciones. Lo que para mí era una paradoja en la esfera del pensamiento, se convirtió en perversidad en la esfera de la pasión. El deseo, al final, se convirtió en una enfermedad, una locura, o ambas. Crecí sin que me importara la vida de los demás. Olvidé que cada pequeña acción de cada día hacía o deshacía el carácter de la

persona, y que en consecuencia lo que se hacía en secreto algún día sería pregonado a los cuatro vientos... Terminé en una horrible desgracia”.

Lo que acabamos de leer se encuentra en un ensayo cuyo título es: **De Profundis**: desde las profundidades.

4 de MAYO

“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12).

Dos veces en el libro de Proverbios (14:12 y 16:25) se hace notar que el juicio del hombre en lo que respecta a cuál es el camino derecho no es digno de fiar. Lo que a él le parece derecho termina en desastre y muerte.

Durante la segunda Guerra Mundial la Marina presentó a su personal de vuelo una vívida ilustración de esto. La idea era dejarles bien grabado que cuando volaran a grandes altitudes, sin usar oxígeno no podrían confiar en sus sentidos. A un piloto le hicieron entrar a una cámara de descompresión. Dentro de ella había una mesa y sobre ella una hoja de papel con problemas matemáticos. Una vez dentro, se extrajo el oxígeno de la cámara para simular una gran altitud. Cuando el aire se hizo menos denso, se ordenó al piloto que resolviera los problemas, y también se le dijo que nadie lo había hecho bien hasta entonces.

El piloto pensó que los resolvería fácilmente y que podía burlar al sistema. Los problemas parecían sencillos, y tenía confianza en que recibiría una alta calificación. No había duda de ello.

Cuando terminó, la cámara fue alimentada de nuevo con oxígeno, salió de ella, y entregó su papel para que lo corrigieran. Se sorprendió mucho cuando vio que su habilidad para resolver problemas había sido seriamente afectada por la falta de oxígeno en el cerebro. La lección fue muy evidente: si volaba a grandes alturas sin oxígeno, no podría confiar en su propio juicio, y estaría al borde del desastre.

El juicio del hombre ha sido gravemente dañado por el pecado. Confía firmemente que el camino al cielo se logra cuando uno se esfuerza por hacer las cosas lo mejor que puede. Si se le dice que nadie puede salvarse por sus buenas obras, seguirá creyendo que será el primero en burlar el sistema. Está seguro de que Dios jamás lo despedirá de las puertas del cielo.

Pero se equivoca, y si persiste en su falta de “oxígeno espiritual”,

perecerá. Su seguridad está en confiar en la Palabra de Dios en vez de en su propio juicio. Si la obedece y se arrepiente de sus pecados recibirá a Jesucristo como su Señor y Salvador. La palabra de Dios es verdad, y aquellos que la creen pueden estar confiados en que están siguiendo la ruta correcta.

5 de MAYO

“Esaú... por una sola comida vendió su primogenitura” (Hebreos 12:16).

Ocurre con frecuencia que los hombres cambian los verdaderos valores de la vida por una gratificación momentánea de los apetitos físicos.

Esto es lo que hizo Esaú. Venía de regreso del campo, cansado y hambriento. En aquel momento Jacob cocinaba un guiso rojo. Cuando Esaú le pidió un plato de aquel delicioso potaje, Jacob le dijo: “Sí, pero a cambio véndeme hoy tu primogenitura”.

La primogenitura era un valioso privilegio que pertenecía al hijo mayor de una familia. Era valioso porque le daba el privilegio de llegar a ser el jefe indiscutible de la familia o tribu y el derecho a una doble porción de la herencia.

Pero en ese momento, Esaú consideró que su primogenitura no tenía valor. ¿En qué puede beneficiarle una primogenitura, pensó, a un hombre muerto de hambre como yo? Su hambre parecía tan agobiante que estuvo dispuesto a dar cualquier cosa para satisfacerla. Para calmar su apetito momentáneo estuvo dispuesto a entregar algo que era de valor imperecedero. ¡Y sin más realizó el terrible negocio!

Un drama similar vuelve a presentarse casi todos los días. Por ejemplo, he aquí un hombre que ha mantenido un buen testimonio durante muchos años. Tiene el amor de una buena familia y el respeto de sus compañeros cristianos. Cuando habla, sus palabras tienen autoridad espiritual, y su servicio tiene la bendición de Dios. Es un creyente modelo.

Pero entonces surge un momento de fiera pasión. Parece como si el fuego de la tentación sexual lo consumiera. De pronto nada parece más importante que la satisfacción de este impulso físico. Está decidido a sacrificarlo todo por esa unión ilícita así que se abandona al poder del deseo.

¡Y de esta forma da el salto descabellado! Por aquel momento fugaz de pasión, cambia el honor de Dios, su propio testimonio, la estima de su familia, el respeto de sus amigos y el poder de un auténtico carácter cristiano. Como Alexander Maclaren decía, “Se abandona a sus deseos dando la espalda a la justicia; desprecia los goces de la comunión divina; oscurece su alma; termina su prosperidad; cae sobre su cabeza una catarata

de calamidades por el resto de los años que le quedan y hace de su nombre y su religión un blanco para las burlas crueles de las generaciones sucesivas de mofadores”.

En las clásicas palabras de la Escritura, vende su primogenitura por un plato de lentejas.

6 de MAYO

“¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?” (1 Samuel 16:1).

Hay un tiempo en la vida cuando es necesario dejar de llorar y lamentarse por un pasado que no podemos cambiar y seguir trabajando para el presente.

Dios había rechazado a Saúl como rey. La decisión fue definitiva e irrevocable. Pero a Samuel le costó aceptarla porque estaba estrechamente asociado con Saúl y ahora lloraba al ver sus esperanzas defraudadas. Continuó lamentando una pérdida que ya no podía recuperarse, hasta que Dios le dijo: “Deja de llorar y lamentarte. Ve y unge al sucesor de Saúl. Mi programa no ha fallado. Me he reservado un mejor hombre que Saúl para que entre en la escena de la historia de Israel”.

Samuel no sólo aprendió la lección para sí mismo sino que la transmitió a David, quien sucedió a Saúl como rey. La historia muestra que David aprendido bien la lección. Mientras su bebé agonizaba, ayunó y lloró esperando que Dios sanara al niño. Pero cuando su hijo pequeño murió, David se bañó, cambió sus ropas, fue al Tabernáculo a adorar y después se sentó a comer. A aquellos que cuestionaron su realismo, les dijo: “Más ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí” (2 S. 12:23).

Esta es una enseñanza que debemos aplicar a nuestra vida cristiana y servicio. Puede llegar a suceder que nos sea quitado un ministerio y le sea dado a otro. Lloramos por la pérdida de un medio de servicio.

Puede romperse una amistad o sociedad, y como consecuencia tengamos que vivir con un doloroso vacío y una pesada monotonía. Puede llamar a nuestra puerta una cruel desilusión causada por alguien que nos era muy querido, y tengamos que lamentamos por la muerte de esa valiosa relación.

Puede ser que algún sueño acariciado de toda una vida se haga trizas o se frustre alguna ambición. Nos afligirá la muerte de aquella noble aspiración.

No hay nada malo en el llanto o en el lamento, pero el duelo no debe prolongarse al grado que anule nuestra capacidad para enfrentar los desafíos de esta hora. E. Stanley Jones decía que había que “recobrase en

una hora” de las aflicciones y los golpes de la vida. Quizás una hora no sea tiempo suficiente, pero no debemos estar desconsolados para siempre por las circunstancias que jamás podrán cambiar.

7 de MAYO

“Porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

La Biblia está repleta de muestras del cuidado maravilloso que Dios tiene por Su pueblo. Durante los cuarenta años que duró todo el caminar de Israel por el desierto, comieron el alimento del cielo (Éx. 16:4), tuvieron agua en abundancia (1 Co. 10:4) y fueron calzados con zapatos que nunca se desgastaron (Dt. 29:5).

Sucede lo mismo hoy en el viaje que todo cristiano emprende por el desierto de este mundo. Para demostrarnoslo, nuestro Señor nos recuerda cómo se preocupa mucho más de nosotros que de las aves, flores y animales. Por ejemplo, habla de gorriones: cada día los alimenta (Mt. 6:26), cada uno de ellos está presente a Su vista (Lc. 12:6) y sin Su consentimiento ninguno cae a tierra (Mt. 10:29). Como dijo H. A. Ironside: “Dios asiste al funeral de cada gorrion”. La moraleja de esta historia es que para Él valemos más que muchos pajarillos (Mt. 10:31).

Si viste a los lirios del campo más espléndidamente que a Salomón, cuánto más nos vestirá a nosotros (Mt. 6:30). Si provee para los bueyes, mucho más cuidará de nuestras necesidades (1 Co. 9:9).

Como nuestro Sumo Sacerdote, el Señor lleva nuestros nombres en Sus hombros: el sitio del poder (Éx. 28:9-12), y en su pecho: el lugar de los afectos (Éx. 28:15-21). Nuestros nombres están esculpidos en las palmas de Sus manos (Is. 49:16), un hecho que inevitablemente nos recuerda las heridas de los clavos que le sostuvieron en la cruz.

Conoce el número exacto de los cabellos de nuestra cabeza (Mt. 10:30). Conoce nuestros movimientos durante la noche y en Su libro lleva cuenta de todas nuestras lágrimas (Sal. 56:8).

El que nos toca, toca la niña de Su ojo (Zac. 2:8). Ningún arma hecha contra nosotros podrá prosperar (Is. 54:7).

Mientras que los paganos llevan a sus dioses sobre los hombros (Is. 46:7), nuestro Dios lleva a Su pueblo (Is. 46:4). Cuando vamos por las aguas, por los ríos o pasamos por el fuego, siempre está con nosotros (Is. 43:2) y en toda nuestra angustia, Él está angustiado (Is. 63:9).

Aquél que nos guarda no duerme ni se adormece (Sal. 121:3-4). Alguien ha llamado a este rasgo particular de Dios “el insomnio divino”.

El Buen Pastor que dio Su vida por nosotros no nos negará ningún bien (Jn. 10:11; Sal. 84:11; Ro. 8:32).

Cuida de nosotros desde el principio del año hasta el fin (Dt. 11:12), así nos llevará hasta la vejez (Is. 46:4). Nunca nos dejará ni nos abandonará (He. 13:5). **¡Dios en verdad nos cuida!**

8 de MAYO

“Te daré los tesoros de la oscuridad” (Isaías 45:3 BAS).

Cuando Dios hizo esta promesa a Ciro, hablaba de tesoros materiales, de tierras de oscuridad que a su tiempo conquistaría. Pese a esto, creo que podemos aplicar este texto en un sentido espiritual.

Hay tesoros que se descubren en las noches oscuras de la vida que nunca podremos encontrar en los días soleados de la monotonía.

Por ejemplo, Dios puede darnos cánticos en la noche más oscura (Job 35:10) que nunca podríamos entonar si las pruebas estuvieran ausentes de la vida. Ésta es la razón por la que el poeta escribió:

Y un trovador embelesado, de los hijos de la luz
Dirá de su música exquisita: “Por la noche la aprendí;”
Y el cántico ondulante que satura del Padre la mansión
Ensayá entre sollozos a la sombra de una oscura habitación.

Hay una oscuridad que J. Stuart Holden llama: “los misterios inexplicables de la vida: las calamidades, las catástrofes, las repentinas e inesperadas experiencias que llegan a la vida que a pesar de nuestras cuidados no podemos evitar. La vida se ensombrece a causa de ellas: penas, pérdidas, desilusiones, injusticia, malentendidos y calumnias”. Éstas son las cosas que oscurecen la vida.

Humanamente hablando, ninguno de nosotros escogería la oscuridad, y a pesar de esto, sus beneficios son incalculables. Leslie Weatherhead escribió: “Como todos los hombres, amo y prefiero las soleadas planicies de la experiencia, cuando abundan la salud, la felicidad y el éxito, pero he aprendido mucho más de Dios, de la vida y de mí mismo en la oscuridad del temor y del fracaso que lo que he aprendido a la luz del

sol. En verdad existe lo que podemos llamar ‘tesoros de la oscuridad’. La oscuridad, gracias a Dios, pasa, pero lo que uno aprende estando en ella, lo posee para siempre”.

9 de MAYO

“...una muchacha que es de la tierra de Israel” (2 Reyes 5:4).

Una persona no tiene que ser conocida por su nombre para que realice grandes hazañas para Dios. De hecho, la Biblia nos habla de algunos hombres y mujeres que han ganado fama inmortal, de cuyos nombres no sabemos nada.

Había tres hombres que arriesgaron sus vidas tomando agua del pozo de Belén para dar de beber a David (2 S. 23:13-17). David consideró esto como un acto de devoción tan notable que no bebió el agua sino que la derramó como una ofrenda sagrada. Pero no se dan a conocer sus nombres.

No sabemos cómo se llamaba aquella gran mujer de Sunem (2 R. 4:8-17), pero siempre será recordada por el aposento que construyó para el profeta Eliseo.

Había una muchacha judía desconocida, por cuyo consejo Naamán fue al profeta Eliseo para ser sanado de la lepra (2 R. 5:3-14). Dios conoce su nombre, y eso es todo que importa.

¿Quién fue la mujer que ungió la cabeza de Jesús? (Mt. 26:6-13). Mateo no revela su nombre, pero su fama se anuncia desde entonces en las palabras de nuestro Señor: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella” (v. 13).

La pobre viuda que echó sus últimas dos monedas en el arca del tesoro es otra de las “desconocidas de Dios” (Lc. 21:2). Esta mujer ilustra espléndidamente la verdad de lo maravilloso que es cuánto puedes llegar a hacer por Dios si no te importa quién se lleva el honor.

Seguidamente, está el muchacho que dio sus cinco panes y dos peces al Señor y los vio multiplicarse hasta que saciaron a cinco mil hombres más mujeres y niños (Jn. 6:9). No sabemos su nombre pero jamás será olvidado lo que hizo.

¡Una ilustración final! Pablo envió dos hermanos a Corinto junto con Tito para llevar una colecta a los santos pobres de Jerusalén. No menciona sus nombres pero los elogia como mensajeros de las iglesias y **gloria de Cristo** (2 Co. 8:23).

Gray, al contemplar las lápidas de personas desconocidas en un cementerio rural, escribió:

Muchas flores nacen que sin ser vistas se ruborizan,
Y en el aire del desierto su dulzura desperdician.

Con Dios, sin embargo, nada se desperdicia. Conoce bien los nombres de aquellos que le sirven en el anonimato, y les recompensará como sólo Él sabe hacerlo.

10 de MAYO

“...no ignoramos sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11).

Es importante conocer las maquinaciones de nuestro enemigo, el diablo. De otro modo, le será más fácil tomar ventaja sobre nosotros.

Es mentiroso, y lo ha sido desde el principio. De hecho, es el padre de la mentira (Jn. 8:44). Le mintió a Eva desvirtuando las palabras de Dios, y ha estado haciendo lo mismo desde entonces.

Además, es engañador (Ap. 20:10). Su táctica consiste en mezclar un poco de verdad con el error. Imita y falsifica lo que es de Dios. Se hace pasar como ángel de luz y envía a sus mensajeros como ministros de justicia (2 Co. 11:14-15). Engaña usando grandes señales y prodigios mentirosos (2 Ts. 2:9) y corrompe el entendimiento de la gente (2 Co. 11:3).

Satanás es un asesino destructor (Jn. 8:44; 10:10). Su meta y la meta de todos sus demonios es destruir. No hay excepción a esta afirmación. Como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (1 P. 5:8), persigue al pueblo de Dios (Ap. 2:10) y destruye a sus propios esclavos por medio de las drogas, el ocultismo, el alcohol, la inmoralidad y vicios por el estilo.

Es el acusador de los hermanos (Ap. 12:10). La palabra “diablo” (gr. *diábolos*) significa acusador o calumniador, y como su nombre lo indica, así es él. Todos aquellos que calumnian a los hermanos están haciendo la obra del diablo.

Siembra desaliento. Pablo advirtió a los corintios que de no perdonar al pecador arrepentido, Satanás obtendría una ventaja hundiéndolo en el desánimo extremo (2 Co. 2:7-11).

Así como Satanás, hablando a través de Pedro, buscó disuadir a Jesús para que no fuera a la Cruz (Mr. 8:31-33), así desanima a los cristianos para que se eviten la vergüenza y el sufrimiento de llevar la cruz.

Un truco favorito del maligno es “divide y vencerás”. Busca sembrar disensión y discordia entre los santos, sabiendo que “una casa dividida contra sí misma no puede permanecer”. Triste es decirlo pero su estrategia ha tenido mucho éxito.

Ciega las mentes de los incrédulos para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo y no sean salvos (2 Co. 4:4). Les ofusca con diversiones y pasatiempos, falsas religiones, dilaciones y orgullo. Les mantiene ocupados con sus propios sentimientos sin hacer caso de los hechos; les hace poner los ojos en ellos mismos y no en Cristo.

Por último, Satanás ataca expresamente a los creyentes después de conseguir grandes victorias espirituales o experimentar profundamente el poder de Dios. Es en tales circunstancias que el peligro del orgullo está

presente y es más grande. Busca un punto débil en nuestra armadura, y dispara exactamente ahí.

La mejor defensa contra el Diablo es vivir con el Señor en comunión continua, clara y despejada, cubiertos de las vestiduras protectoras de un carácter santo.

11 de MAYO

“Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él y su olor no se ha cambiado” (Jeremías 48:11).

Jeremías ilustra su dicho valiéndose del arte de hacer vinos para enseñarnos que una vida de comodidad no produce fortaleza de carácter.

Siempre que el vino se fermenta en toneles o tinajas, los posos o restos se van al fondo. Si el vino se deja tranquilo, se vuelve desagradable al gusto. El vinatero debe vaciar el vino de vasija en vasija para eliminar los restos y las impurezas. Sólo así el vino desarrolla fuerza, aroma, color y sabor.

Moab había vivido siempre en la tranquilidad. Jamás había sufrido las incomodidades de la cautividad. Se había aislado de los problemas, las penas y las privaciones. El resultado fue que su vida era monótona e insípida. Carecía de fragancia y sazón.

Lo que se dice del vino también se puede decir de nosotros. Necesitamos los obstáculos, la oposición, las dificultades y las molestias para deshacernos de las impurezas y desarrollar las virtudes de una vida llena de Cristo.

Nuestra tendencia natural es protegernos incesantemente de cualquier cosa que nos perturba.

Pero la voluntad de Dios para nosotros es que vivamos en medio de una crisis continua que nos lleve a depender de Él. Nuestro Señor siempre estará agitando el nido.

En la biografía de Hudson Taylor, la señora de Howard Taylor escribió: “Esta vida que estaba destinada a ser una bendición para todo el mundo debía pasar a través de un proceso muy variado (esto es, nunca se le permitió estancarse en sus impurezas), que incluyó mucho de ese vaciar y volver a vaciar ‘de vasija en vasija’, tan doloroso para nuestra naturaleza más baja, de la que estamos siendo refinados”.

Cuando nos percatamos de lo que el Divino Vinatero está buscando

realizar en nuestra vida, dejamos nuestra rebelión y aprendemos a someternos y a depender de Él. Entonces podemos decir:

Deja a su soberano dominio, escoger y disponer;
Así te asombrarás de Su camino, qué sabia, qué fuerte es Su mano.
Muy lejos de tu pensamiento, su consejo aparecerá,
Cuando veas la obra que forja, tu temor se disipará.

12 de MAYO

“Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1:21).

En la iglesia de Corinto algunos trataban de que el evangelio fuera intelectualmente respetable. Su preocupación con la sabiduría de este mundo les hizo sensibles a aquellos aspectos del mensaje cristiano que resultaban ofensivos a los oídos de los filósofos.

No tenían la intención de abandonar la fe, sino de redefinirla para que fuera más sabrosa o aceptable a los eruditos.

Pablo se enfureció por su intento de vincular la sabiduría del mundo con la de Dios. Sabía muy bien que lograr reconocimiento intelectual resultaría en una pérdida de poder espiritual.

¡Enfrentémoslo! Hay algo en el mensaje cristiano que es escandaloso a los judíos y una locura a los gentiles. Y no sólo eso, los cristianos en su mayoría no son lo que el mundo llamaría sabios, poderosos o nobles. Tarde o temprano tenemos que darnos cuenta de que en lugar de pertenecer a la inteligencia, somos necios, débiles, viles y menospreciados, porque es así como el mundo nos considera.

Pero lo maravilloso es que Dios utiliza este mensaje, que parece ser una locura, para salvar a los que creen. Dios se vale precisamente de personas como nosotros para realizar Sus propósitos. Al escoger instrumentos tan poco prometedores, evita toda la pompa y pretensión del mundo, elimina cualquier posibilidad de jactancia, y hace que Él solamente sea alabado.

Esto no quiere decir que no hay lugar para la erudición. Por supuesto que lo hay. Pero a menos que la erudición se combine con una profunda espiritualidad, ésta nos embotará y llegará a ser un verdadero peligro. Cuando la erudición juzga a la Palabra de Dios, alegando, por ejemplo, que algunos escritores utilizaron fuentes más confiables que otras, esto representa un abandono de la verdad de Dios. Cuando buscamos el reconocimiento de eruditos como éstos, nos hacemos vulnerables a todas

sus herejías.

Pablo no llegó a los corintios con excelencia de palabras o de sabiduría. Determinó no saber nada entre ellos sino a Jesucristo y a éste crucificado. Sabía que el poder estaba en la presentación simple y franca del evangelio, y no en ocuparse con problemas espinosos e intrincados, teorías complejas e infructuosas que a nadie benefician, ni en rendir pleitesía al intelectualismo.

13 de MAYO

“Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mateo 18:6).

Sería difícil imaginar un método más eficaz e infalible de ahogarse que éste. La piedra de molino de la que se habla aquí no era aquella pequeña pieza que se usaba a mano, sino aquella enorme mole que era movida con un asno. Tener una piedra de molino de ese tamaño prendida alrededor del cuello significaría ahogarse veloz e irremediablemente.

Nos sobresaltamos ante la vehemencia de las palabras del Salvador. Parece retumbar con vigor inusitado contra el pecado de escandalizar a alguno de Sus pequeños. ¿Qué es lo que le provoca a una ira tan grande?

¡Ilustrémoslo! Tomemos a un ministro del evangelio que tiene una cola constante de gente que se acerca a él para recibir consejo. Entre ellas se encuentra una persona joven esclavizada por algún pecado sexual con una enorme necesidad de ayuda. Él (o ella) ve al ministro como alguien en quien se puede confiar y que le ayudará a encontrar el camino de la liberación. Pero en vez de esto, el ministro, inflamado de pasión, le hace proposiciones indecorosas, y pronto lleva a su aconsejado de vuelta a la inmoralidad. El (o la) joven es destrozado por esta traición a su confianza. Al desilusionarse por completo del mundo religioso posiblemente ha quedado inválido espiritualmente para el resto de su vida.

Bien puede ser que el ofensor sea un profesor que trabaja incansablemente para arrebatarse a sus alumnos cualquier pizca de fe que pudieran mostrar. Al sembrar dudas, agrede a la Persona de nuestro Señor y socava la autoridad de las Escrituras.

Puede tratarse de un cristiano cuya conducta hace tropezar a un joven creyente. Rebasando la línea fina entre libertad y libertinaje se involucra en alguna actividad cuestionable. El joven cristiano interpreta su proceder como una conducta cristiana aceptable y deja la senda de la vida

consagrada para hundirse en una vida de corrupción y mundanalidad.

Las palabras solemnes del Salvador deben ponernos sobre aviso. Es un asunto muy grave contribuir a la perversión ética, moral o espiritual de un menor que le pertenece. Sería mejor ahogarse en agua literal que ahogarse en un mar de culpa, desgracia y remordimiento al hacer que uno de Sus pequeños caiga en el pecado.

14 de MAYO

“Ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen...” (Efesios 5:4).

El humor en exceso debe evitarse, porque resulta inevitablemente en una fuga de poder espiritual.

El predicador trata con asuntos muy solemnes: la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad. Puede pronunciar un sermón extraordinario, y sin embargo, si está salpicado de frases humorísticas indebidas, la gente sólo tenderá a recordar lo gracioso y se olvidará de lo demás.

Con mucha frecuencia el poder de un mensaje puede disiparse por la conversación despreocupada a continuación. Un solemne llamado evangélico va acompañado del augusto silencio de la eternidad que invade una reunión. Sin embargo, cuando el culto ha terminado y la gente se levanta para salir, es común escuchar el zumbido del parloteo social. La gente habla de los resultados del fútbol o de los negocios del día. No es de extrañar que el Espíritu Santo se entristezca y nada suceda en ellos para con Dios.

Los ancianos que siempre están bromeando tienen poco impacto espiritual efectivo sobre los jóvenes que los observan como modelos. Creen que su sentido del humor les congracia con ellos sin percatarse que todo lo que provocan es una aguda sensación de desilusión y decepción.

Una forma de liviandad que es especialmente dañina consiste en hacer juegos de palabras utilizando pasajes de la Escritura con lo que se puede hacer reír por un momento, pero no cambiar una vida. Cada vez que hacemos esto mermamos su sentido de autoridad en nuestra propia vida y en la de los demás.

Esto no significa que un creyente debe ser sombrío y taciturno sin mostrar el menor rastro de chispa humorística. Más bien quiere decir que debe controlar su humor de tal manera que no invalide su mensaje.

Kierkegaard contaba del payaso de un circo que estaba situado en las afueras de cierto pueblo. La gran carpa se incendió y el payaso fue corriendo al centro del pueblo gritando que el circo estaba ardiendo en llamas. La gente se reía cuando escuchaba sus gritos estruendosos. El payaso les había hecho reír tanto en los espectáculos que ya había perdido credibilidad.

Charles Simeon guardaba un cuadro de Henry Martyn en su despacho, y cuando Simeon entraba a la habitación, parecía que Martyn le seguía con la mirada y le decía: “Sé ardiente, sé ardiente; no pierdas el tiempo, no pierdas el tiempo”. Y Simeon le replicaba: “Sí, seré ardiente; seré ardiente; no perderé el tiempo, porque las almas perecen, y Jesús debe ser glorificado”.

15 de MAYO

“Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor” (1 Corintios 10:10).

Los israelitas no cesaron de quejarse durante su travesía por el desierto; eran quejosos crónicos. Se quejaban por el suministro de agua; se quejaban por la comida y se quejaban del liderazgo que Dios les proveyó. Cuando Dios les dio maná del cielo, pronto se cansaron de él y deseaban los puerros, las cebollas y los ajos de Egipto. Aunque no había supermercado o zapaterías en el desierto, Dios les abasteció de una inagotable cantidad de comestibles por cuarenta años, y de zapatos que nunca se desgastaban. En vez de estar agradecidos por esta provisión milagrosa, los israelitas se quejaron sin tregua ni descanso.

Los tiempos no han cambiado. Los hombres de hoy en día se quejan por el clima: es demasiado caliente o frío, muy húmedo o muy seco. Se quejan por la comida, por la salsa apelmazada o la tostada quemada. Se quejan de su trabajo y el salario, por la falta de empleos aunque tengan uno. Critican al gobierno y sus impuestos, pero al mismo tiempo demandan beneficios y servicios cada vez mayores. Se sienten desdichados al lado de otras personas, por su automóvil o el servicio en el restaurante. Se quejan de dolores y achaques insignificantes. Quisieran ser más altos, más delgados y atractivos. No importa con cuanta bondad Dios los haya tratado con el paso de los años, de todos modos dicen: “¿Qué ha hecho Dios por mí recientemente?”

Debe ser una desgracia para Dios tener gente como nosotros en Sus manos. Ha sido tan bueno con nosotros, abasteciéndonos no solamente de lo necesario para la vida, sino hasta de lujos que Su propio Hijo no disfrutó cuando estuvo en esta tierra. Tenemos buena comida, agua pura, casas confortables y ropa en abundancia. Poseemos la vista, el oído, el apetito, la memoria y tantas otras misericordias que damos por descontado. Nos ha protegido, guiado y sostenido. Sobre todo, nos ha dado vida eterna por medio de la fe en el Señor Jesucristo. Y ¿Qué agradecimiento recibe a cambio de todo esto? Nada más que una reiterada retahíla de quejas.

Tenía un amigo en Chicago hace años que daba una buena respuesta cuando alguien le preguntó: “¿Cómo estás?”, replicaba: “Sería un pecado quejarme”. A menudo pienso en esto cuando me siento tentado a murmurar. Quejarse es un pecado. El antídoto contra las quejas es la acción de gracias. Cuando recordamos todo lo que el Señor ha hecho por nosotros, nos damos cuenta de que no tenemos razones para quejarnos.

16 de MAYO

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

El Nuevo Testamento presenta al mundo como un reino que se opone a Dios. Satanás es su gobernante, y los incrédulos son sus súbditos. Este reino atrae a los hombres recurriendo a los deseos de los ojos, los deseos de la carne y la vanagloria de la vida. Ésta es una sociedad en la que los hombres tratan de alcanzar la felicidad sin Dios y el nombre de Cristo les incomoda. El Dr. Gleason L. Archer Jr. dice que el mundo es: “un sistema organizado de rebelión, búsqueda de sí mismo y enemistad hacia Dios que caracteriza a la raza humana en oposición a Dios”.

El mundo tiene sus propias diversiones, política, arte, música, religión, modelos de pensamiento y estilos de vida. Obliga a todos a que se conformen a él y aborrece a aquellos que se le resisten. Esto explica el odio que respira contra el Señor Jesús.

Cristo murió para librarnos del mundo. Ahora el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Amar al mundo en cualquiera de sus formas representa una traición al Señor; el apóstol Juan dice que los que aman al mundo son enemigos de Dios.

Los creyentes no son del mundo, sino enviados a él para testificar contra él, denunciar sus obras y su mal, y para predicar cómo ser salvos de él por medio de la fe en el Señor Jesucristo.

Los cristianos son llamados a caminar separados del mundo. Puede que en el pasado algunos hayan limitado o definido demasiado estrechamente lo que es el mundo: el baile, los teatros, fumar, beber, jugar a las cartas y apostar. Pero incluye mucho más: la mayoría de lo que sale en la televisión es mundano, y apela sin cesar a los deseos de los ojos y la carne. El orgullo en todas sus formas y disfraces, trátase de los títulos, los grados académicos, el salario, las herencias o la búsqueda de la fama. Es mundano vivir en medio de lujos, sean casas palaciegas, comidas exquisitas, vestidos ostentosos para llamar la atención, joyería o automóviles de marcas de prestigio. Como también lo es una vida rodeada

de comodidades y placer, que gastan su tiempo viajando a ningún lugar en cruceros, derroches de dinero en compras impulsivas, los deportes y el recreo. Nuestras ambiciones y las de nuestros hijos pueden ser mundanas, aun cuando parezcamos espirituales y piadosos. Finalmente, el sexo fuera del matrimonio es una forma de mundanalidad.

Cuanto más consagrados estemos al Salvador y más dedicados a Su servicio, menor será el tiempo que dispondremos para los placeres y las diversiones de este mundo. C. Stacey Woods decía: “La medida de nuestra devoción a Cristo es la medida de nuestra separación del mundo”.

Sólo extranjeros somos y ni una casa aquí deseamos
Sobre esta tierra que sólo una tumba te dio;
Tu cruz los lazos que nos ataban rompió,
Sólo por ti, tesoro nuestro, suspiramos.

J. G. Deck

17 de MAYO

“...por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Filipenses 1:18).

Hay un defecto muy extendido entre los hombres: no reconocen ningún bien más allá de su propio círculo privado. Se imaginan que tienen el monopolio de la excelencia y que nadie más puede ser o hacer algo comparable. Nos recuerdan el gracioso eslogan de una pegatina adherida al parabarro de un automóvil: “Yo estoy bien. Tú estás así así”. Aunque a alguno no le guste, tiene que admitirlo.

Presumen que su iglesia es la única verdadera, y su servicio al Señor es el único realmente válido. Sus puntos de vista sobre cualquier tema son los únicos autorizados. Ellos son la gente y la sabiduría morirá con ellos.

Pablo no pertenecía a ese grupo. Reconocía que otros también predicaban el evangelio. Ciertamente, algunos lo hacían por rivalidad, para afligirlo. No obstante, les reconocía el mérito de proclamar el evangelio, y se regocijaba de que Cristo fuera anunciado.

En su comentario a las epístolas pastorales, Donald Guthrie escribe: “verdaderamente hace falta gracia para que los pensadores independientes reconozcan que la verdad puede fluir por otros canales que no sean los suyos”.

Una característica distintiva de las sectas es que sus líderes dicen tener la última palabra en todos los asuntos de la fe y la moral. Demandan obediencia incondicional a sus pronunciamientos y buscan alejar a sus seguidores de todo aquel que no está de acuerdo con ellos.

En la introducción a la Versión Autorizada de la Biblia en inglés rara vez leída, los traductores escriben acerca de aquellos: “Hermanos

engreídos, que van por sus propios caminos, y no se aficianan sino a lo que ellos mismos entienden, y se elabora en sus propios yunques”. La lección para nosotros es que debemos ser de amplio corazón para reconocer el bien dondequiera lo encontremos, y conceder que ningún creyente o comunidad cristiana puede permitirse reclamar que son los únicos que están bien o que tienen el monopolio de la verdad.

18 de MAYO

“...y habló precipitadamente con sus labios” (Salmo 106:33).

Cuando el pueblo de Israel se quejó por la falta de agua en Cades, Dios le dijo a Moisés que bastaba con que le hablara a la roca para que de ella el agua fluyera como manantiales. Pero el pueblo tenía hartos a Moisés a tal grado que les dijo: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?” Entonces Moisés golpeó a la roca dos veces con su vara. Por sus palabras airadas y acción desobediente no santificó a Dios ante el pueblo y el resultado fue que perdió el privilegio de introducir a los hijos de Israel a la tierra prometida (Nm. 20:1-13).

Es fácil que un hombre de celo ardiente sea destemplado contra otros creyentes. Está autodisciplinado, pero los demás todavía necesitan que se les lleve en brazos; está bien instruido, mas los demás aún son ignorantes.

Pero lo que debemos aprender es que aun así estos pertenecen al pueblo amado de Dios, y que el Señor no tolerará que se les denigre o insulte. Una cosa es predicar la Palabra de Dios con tal poder que la gente quede convencida de pecado y vuelva en sí, y otra totalmente distinta es regañarles severamente como una expresión de irritación personal. Esto priva al hombre de las recompensas más grandes de Dios.

Cuando se enumera a los hombres ilustres de David en 2 Samuel 23, hay un nombre que brilla por su ausencia. Es el nombre de Joab, el jefe del ejército de David. ¿Por qué falta su nombre? Se ha sugerido que la razón es que Joab utilizó la espada contra algunos de los amigos de David. Si esto es así, el incidente es toda una advertencia para nosotros cuando nos sentimos tentados a emplear nuestra lengua como espada contra el pueblo de Dios.

Cuando Santiago y Juan, los hijos del trueno, querían hacer bajar

fuego del cielo sobre los samaritanos, Jesús les dijo: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois” (Lc. 9:55). Qué oportuna viene a ser la reprensión cuando hablamos precipitadamente con nuestros labios contra aquellos que son Suyos no sólo por creación (como fueron los samaritanos), sino también por medio de la redención.

19 de MAYO

“...el juicio de Dios... es según verdad” (Romanos 2:2).

Dios es el único en todo el universo que está perfectamente calificado para juzgar. Podemos estar muy agradecidos de que no haya puesto en nuestras manos la responsabilidad del juicio final. Pensemos en algunas de las desventajas con las que trabaja un juez terrenal: No puede ser completamente objetivo. La apariencia o importancia del demandado pueden influenciarlo. Los sobornos u otras consideraciones más sutiles podrían afectar su juicio. No siempre puede saber si un testigo miente, oculta la verdad o la oscurece. El juez puede ser sincero pero impreciso.

El juez no puede saber en todo tiempo los motivos de aquellos a quienes trata, y en muchos casos legales es importante establecer los motivos.

Aun el polígrafo o detector de mentiras puede ser engañado. A veces los criminales endurecidos pueden controlar sus reacciones fisiológicas frente a la culpa.

Pero Dios es el Juez perfecto. Tiene un conocimiento absoluto de todos los actos, pensamientos y motivos. Puede juzgar los secretos del corazón. Él conoce toda la verdad y nada se le puede ocultar. Cuando juzga no hace acepción de personas y trata a cada uno con imparcialidad. Conoce la capacidad mental con la que cada uno está dotado; por ejemplo, sabe que una persona mentalmente impedida no puede ser tan responsable de sus acciones como los demás. Tiene conocimiento de la fortaleza moral de cada uno de Sus súbditos; algunos pueden resistir la tentación más fácilmente que otros. Sabe que cada uno goza de privilegios y oportunidades distintos, así como el grado en el que una persona peca contra la luz. Detecta sin dificultad pecados de comisión y de omisión, los pecados secretos y el escándalo público.

Por lo tanto, no nos quepa duda de que los paganos que nunca

oyeron el evangelio serán tratados con toda justicia. Los que han sido maltratados sin causa no quedarán sin venganza y aquellos tiranos perversos que han escapado en esta vida no quedarán impunes.

El Juez de toda la tierra es un Juez perfecto, y Su justicia será de acuerdo a la verdad y por lo tanto absolutamente perfecta.

20 de MAYO

“Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera el vino nuevo romperá los odres, y se derramará y los odres se perderán. Mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan”
(Lucas 5:37-38).

Los odres a los que aquí se refiere eran recipientes para vino hechos de cueros de animales. Cuando los odres son nuevos, son flexibles y elásticos. Pero cuando se hacen viejos, se vuelven rígidos. Si se coloca vino nuevo en cueros viejos, la acción fermentadora del vino genera tanta presión que el odre viejo no resiste y estalla.

Aquí en Lucas 5, el Señor Jesús se vale de esto para ilustrar el enfrentamiento entre el Judaísmo y el Cristianismo. Lo que nos dice es que: “las formas anticuadas, las ordenanzas, las tradiciones y los rituales del judaísmo eran demasiado rígidos para retener el gozo, la exuberancia y la energía de la nueva dispensación”.

Este capítulo contiene ilustraciones dramáticas. En los versículos 18-21, vemos a cuatro hombres haciendo pedazos el techo de una casa para poner frente a Jesús a un paralítico que quería ser sanado. Sus métodos innovadores y no convencionales ilustran el vino nuevo. En el versículo 21, los escribas y fariseos comenzaron a criticar a Jesús; todos estos religiosos son los odres viejos. Una vez más, en los versículos 27-29 tenemos la entusiasta respuesta de Leví al llamado de Cristo, y el banquete que hizo para que sus amigos le conocieran; éste es el vino nuevo. En el versículo 30, los escribas y fariseos se quejan una vez más. Éstos son los odres viejos.

Vemos esto a través de toda la vida. La gente se acomoda a los modos tradicionales de hacer las cosas y encuentra muy difícil ajustarse al cambio. El ama de casa tiene su manera de lavar los platos y en ocasiones se irrita cuando alguien busca algo a tientas y a ciegas en su fregadero. El esposo tiene sus propias ideas acerca de cómo debe conducirse un automóvil, y casi pierde el sentido cuando la esposa o los hijos conducen.

Pero la gran lección para todos nosotros está en el ámbito

espiritual. Debemos ser lo suficientemente flexibles para permitir el gozo, la efervescencia y el entusiasmo de la fe cristiana, aun si ésta se manifiesta en formas no convencionales. Ni deseamos, ni necesitamos la pesadez y el frío formalismo de los fariseos que se sentaban a la orilla del camino a criticar mientras Dios seguía trabajando.

21 de MAYO

“...si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

Un día ciertos griegos vinieron a Felipe con esta noble petición: “¡Señor, quisiéramos ver a Jesús!” Mas ¿para qué querían verle? ¿Quizás querían llevarle a Atenas y darle a conocer como el nuevo filósofo de actualidad? O ¿tal vez querían salvarlo de la crucifixión y la muerte que ahora parecía inevitable?

Jesús contestó a su petición con una de las grandes leyes de la cosecha: para que un grano sea productivo debe caer a tierra y morir. Si no pasara por la muerte, quedaría solo. Disfrutaría de las glorias del cielo para Sí mismo; no habría pecadores salvos que las compartieran. Pero si moría, abriría un camino de salvación por el que muchos disfrutarían de la vida eterna. Era imperativo que se ofreciera como sacrificio en vez de darse a una vida llena de comodidades.

T. G. Ragland dijo una vez: “De todos los planes para el éxito seguro, el más cierto es el de Cristo: volverse un grano de trigo que cae en la tierra y muere. Si nos negamos a ser granos de trigo... si el sacrificio nunca figura en nuestros pensamientos, ni arriesgamos la reputación, las propiedades y la salud, si cuando somos llamados no renunciamos a los lazos familiares por amor de Cristo, entonces nos quedaremos solos. Pero si deseamos llevar mucho fruto, debemos seguir a nuestro Bendito Señor convirtiéndonos en grano de trigo, y muriendo, entonces llevaremos mucho fruto”.

Hace algunos años leí acerca de un grupo de misioneros en el África que habían trabajado incansablemente por años sin ver algún fruto perdurable para Dios. En su desesperación, finalmente anunciaron una reunión en la que se pondrían delante de Dios en oración y ayuno. En la discusión que siguió, uno de los misioneros dijo: “Creo que no veremos la bendición hasta que el grano de trigo caiga a tierra y muera”. Un poco más adelante, ese mismo misionero enfermó y murió. Entonces la cosecha comenzó: llegó la bendición que había predicho.

Samuel Zwemer escribió:

Sólo cuando perdemos ganamos,
Sólo por la cruz hay salvación;
Para que el grano de trigo se multiplique
Debemos caer en tierra y morir.

Dondequiera que los campos se maduran,

Ondeando sus gavillas de oro,
es porque algún grano de trigo ha fallecido,
Alguien que fue crucificado,
que ha luchado, llorado y orado,
Y ha combatido las legiones de Satán impávido.

22 de MAYO

“Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Isaías 2:22).

Cuando damos a un hombre o a una mujer el lugar que sólo Dios debe ocupar, seremos amargamente decepcionados. Pronto aprenderemos que los mejores hombres son nada más que hombres. Aunque tengan muchas cualidades, sin embargo tienen aún pies de hierro y barro. Esto pudiera parecer cinismo, pero no lo es. Es realismo.

Cuando los ejércitos invasores amenazaban a Jerusalén, el pueblo de Judá buscó a Egipto para su liberación. Isaías los denunció por darles esa confianza inmerecida y les advirtió: “He aquí que confías en este báculo de caña frágil, en Egipto, en el cual, si alguien se apoyare, se le entrará por la mano, y la atravesará. Tal es Faraón rey de Egipto para con todos los que en él confían” (Is. 36:6). Más tarde, Jeremías declaró algo semejante en circunstancias parecidas: “Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová” (Jer. 17:5).

El salmista mostró un gran conocimiento del tema cuando escribió: “Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre. Mejor es confiar en Jehová que confiar en príncipes” (Sal. 118:8-9). Y de nuevo: “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” (Sal. 146:3-4).

Por supuesto, debemos reconocer que hay un sentido en el que debemos confiar en los demás. ¿Qué sería de un matrimonio, por ejemplo, sin una medida de confianza y respeto? En el terreno de los negocios, el uso de cheques como moneda se basa en un sistema de confianza mutua. Confiamos en los médicos para diagnosticar y prescribir adecuadamente. Confiamos en las etiquetas que vienen en las latas y paquetes de comida que compramos en el supermercado. Sería casi imposible vivir en cualquier sociedad sin confiar en nuestro prójimo en alguna medida.

El peligro está cuando confiamos en que el hombre puede hacer lo que sólo Dios puede hacer, despojando a Dios de Su trono y sentando en Su lugar a un simple mortal. Quienquiera que desplaza a Dios de nuestro afecto, intenta tomar Su lugar en nuestra confianza, y se adueña de cualquiera de Sus prerrogativas sobre nosotros, aquél sin duda nos decepcionará amargamente. Nos daremos cuenta demasiado tarde de que el hombre no es digno de nuestra confianza.

23 de MAYO

“Para que todos sean uno; como tú oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:21).

En Su oración como Sumo Sacerdote, nuestro Señor pidió dos veces que Su pueblo fuera uno (vv. 21-23). Esta oración por la unidad ha sido aprovechada como apoyo bíblico por el movimiento ecuménico: una gran unión organizada de todas las iglesias cristianas profesantes. Desafortunadamente, para lograr esta unidad ecuménica ha sido necesario abandonar o reinterpretar las doctrinas cristianas fundamentales. Como Malcolm Muggeridge escribió: “Una de las más grandes ironías de nuestro tiempo es que el ecumenismo haya triunfado sin que haya en él nada que sea realmente ecuménico; es muy probable que los diversos cuerpos religiosos encuentren fácil reunirse ahí porque al creer poco, difieren poco”.

¿Es por esta clase de unidad que el Señor Jesús oró en Juan 17? Creemos que no. Él dijo que la unidad que tenía en mente resultaría en que el mundo creyese que Dios les había enviado. Es muy cuestionable que cualquier federación hecha por hombres sea capaz de producir este resultado.

El Señor definió esta unidad en estos términos: “como tú, oh Padre en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros”. También dijo: “yo en ellos, y tu en mí, para que sean perfectos en unidad”. ¿Qué clase de unidad poseen el Padre y el Hijo que nosotros podemos compartir también? No se refería a Su deidad ya que ésta no la podremos compartir. Me permito sugerir que el Señor Jesús se refería a una unidad basada en una semejanza moral común. Oraba para que los creyentes pudieran ser uno, no en organización, sino exhibiendo a la vista del mundo el carácter de Dios y de Cristo. Esto significa vidas de justicia, santidad, gracia, amor, pureza, paciencia, dominio propio, humildad, gozo y generosidad. Ronald Sider sugiere en su libro **Cristianos Ricos en una Era de Hambre** que la unidad por la que Cristo oró se manifestó cuando los primeros cristianos compartían libremente entre sí todo lo que necesitaban. Tenían un verdadero espíritu de **koionía** o comunidad. “La oración de Jesús en la que

pedía que la unidad de Sus seguidores fuera tan sorprendente que convenciera al mundo de que el Padre lo había enviado fue contestada: ¡al menos una vez! Esto sucedió en la iglesia de Jerusalén. La incomparable calidad de vida como comunidad le dio poder a la predicación apostólica” (ver Hch: 2:45-47; 4:32-35).

Si en nuestros días resurgiera una unidad con estas características, impresionaríamos al mundo profundamente. Si los cristianos presentaran un testimonio unido en el que irradiara la vida del Señor Jesús, los inconversos serían convencidos de su pecaminosidad y tendrían sed del agua de vida. La tragedia que hoy presenciamos es que muchos cristianos difícilmente se distinguen de sus vecinos mundanos. Bajo tales circunstancias, hay poco aliciente para que los inconversos se conviertan.

24 de MAYO

“Las riquezas de vanidad disminuirán” (Proverbios 13:11).

“¡Usted puede ganar 1.000.000 de pesetas!” Con esta frase y otras similares nos bombardean constantemente tentándonos a participar en alguna clase de apuesta. Seducen a las amas de casa que van de compras al supermercado para que entren a los sorteos más recientes. Se estimula continuamente al hombre de la calle para que envíe su nombre (junto con una suscripción para una revista) y participe en la próxima lotería millonaria. La lotería y juegos como el bingo están a la orden del día con la llamativa promesa de que esta vez seremos los ganadores. También hay otras formas de apuestas más singulares: ruleta, carreras de caballos, de perros, quinielas, etc.

¿Qué tiene que decir la Biblia acerca de todo esto? Nada bueno.

Dice: “las riquezas de vanidad disminuirán; pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta” (Pr. 13:11).

Dice: “Se apresura a ser rico el avaro, y no sabe que le ha de venir pobreza” (Pr. 28:22).

Dice: “Como la perdiz que cubre lo que no puso, es el que injustamente amontona riquezas; en la mitad de sus días las dejará, y en su postrimería será insensato” (Jer. 17:11).

Aunque los Diez Mandamientos no dicen explícitamente: “No apostarás”, sí declaran: “No codiciarás” (Éx. 20:17), y ¿qué es apostar sino una forma de codicia?

La práctica de apostar no debe tener espacio entre creyentes ni gozar de buena reputación, especialmente cuando recordamos cómo los soldados romanos echaron suertes para apropiarse de la túnica sin costura del Salvador en la escena de Su crucifixión.

Consideremos también la pobreza y angustia que traen a sus familias los jugadores crónicos, los crímenes que se cometen para recuperar pérdidas, y las malas compañías asociadas con ello, y veremos que las apuestas no tienen lugar en la vida del cristiano.

Después de recordarle a Timoteo que el creyente debe contentarse con sustento y abrigo, Pablo advirtió que: “los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hundan a los hombres en destrucción y perdición” (1 Ti. 6:9).

25 de MAYO

“...ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano” (Mateo 18:15b).

Alguien dijo o hizo algo que te ofendió o molestó de alguna manera. La Biblia dice que vayas y le reprendas, pero no quieres hacerlo; es muy difícil.

De modo que comienzas a darle vueltas al asunto. Empiezas a repasar lo que te ha hecho y como en tu opinión él tiene toda la culpa. Cuando debes estar trabajando, pasas lista a cada uno de los detalles, y tus jugos gástricos se vuelven sulfurosos. En lugar de dormir, revives el molesto incidente, y la presión sube en la caldera. La Biblia dice que vayas y le reprendas, pero te sientes incapaz de hacerlo.

Piensas una y otra vez cuál sería la mejor manera de hacerle llegar anónimamente el mensaje. Esperas que le suceda algo que le haga avergonzarse por lo que ha hecho. Pero esto no sucede. Sabes lo que debes hacer, pero sientes temor del trauma de una confrontación cara a cara.

De modo que ahora la situación te daña a ti mucho más que a él. Al ver tu apariencia sombría la gente sabe que algo te molesta. Cuando habla contigo, tu mente vaga en otro mundo. Tu trabajo se ve afectado porque estás preocupado. Por estar tan distraído tu eficiencia también ha disminuido. Y a pesar de esto, la Biblia aún te dice: “ve y repréndele estando tú y él solos”. Haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad, te has abstenido de hablarle a nadie más acerca de esto, pero sientes que la presión se ha vuelto insoportable. Al final haces lo que no debes: cedes y le cuentas a un amigo, solamente para orar, por supuesto. En lugar de darte la esperada comprensión, te dice: “¿Por qué no vas y hablas con el que te ha ofendido?”

¡Ya está! Decides que el momento ha llegado. Después de ensayar lo que vas a decir, obedeces la Palabra y le reprendes. El que te ofendió lo

toma sorprendentemente bien, se apena por lo que ha sucedido, y te pide perdón. La entrevista termina con oración.

Marchándote, sientes que se te ha quitado de encima una tremenda carga. Tu estómago cesa de agitarse y tu metabolismo vuelve a la normalidad. Te aborreces por no haber obedecido las Escrituras con presteza.

26 de MAYO

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22).

Las instrucciones divinas dadas al rey Saúl fueron bastante claras: Hierne a los amalecitas, destruye todas sus posesiones, todas, y no tomes botín. Pero Saúl perdonó al rey Agag y apartó lo más escogido de las ovejas, bueyes, vacas y corderos.

Cuando Samuel se encontró con Saúl a la mañana siguiente en Gilgal, Saúl confiadamente le anunció que había hecho exactamente como el Señor le había mandado. Pero en ese mismo momento se dejó oír un coro de balidos y mugidos que entonaban su canción. ¡Qué embarazoso!

Samuel quiso saber por qué las ovejas balaban si Saúl las había matado a todas. El rey entonces trató de disculpar su desobediencia acusando al pueblo y excusándoles sobre bases religiosas. Saúl le dijo: “El pueblo tomó del botín ovejas y vacas... para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal” (v. 21).

Fue entonces cuando oyó al profeta de Dios tronar con estas palabras condenatorias: “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación” (vv. 22-23).

La obediencia es más importante que los rituales, los sacrificios y las ofrendas. Escuché una vez acerca de una familia que trató toda la vida a su madre con frío desprecio y desobediencia. Pero cuando murió vistieron su cadáver con un vestido original de “Cristian Dior”. ¡Un intento despreciable e inútil de reparar los muchos años de rebelión y descortesía!

Con frecuencia escuchamos cómo la gente defiende una posición no escrituraria pensando que así pueden llegar a tener una influencia mayor. Pero Dios no se deja engañar por tales racionalizaciones artificiosas. Desea nuestra obediencia, nuestra esfera de influencia es asunto Suyo. La verdad es que cuando somos desobedientes, nuestra

influencia es negativa. Sólo cuando caminamos en comunión con el Señor podemos ejercer una buena influencia sobre los demás.

William Gurnall dijo: “Sacrificio sin obediencia es sacrilegio”. Y viene a ser aún peor cuando encubrimos nuestra desobediencia con alguna piadosa excusa religiosa. Los ojos de Dios no están vendados.

27 de MAYO

“¿Cuál es mayor, el oro o el templo que santifica al oro?” (Mateo 23:17).

Los escribas y fariseos de los días de Jesús enseñaban que si un hombre juraba por el Templo, no estaba obligado necesariamente a hacer lo que había prometido. Pero si juraba por el oro del Templo, estaba obligado por ese juramento. Hicieron la misma distinción falsa entre jurar por el altar y jurar por el sacrificio que estaba sobre él. El primer juramento podía romperse; el último era obligatorio.

El Señor les dijo que su sentido de los valores estaba torcido por completo. El Templo era el que daba al oro su valor particular, así como el altar distinguía al sacrificio de un modo especial.

El Templo era la morada de Dios sobre la tierra. El uso más digno que podía darse al oro era utilizarlo en esa morada; era su relación con la Casa de Dios lo que lo diferenciaba de un modo único. Así sucedía con el altar y el sacrificio que estaba sobre él. El altar era parte integral del servicio divino. Ningún animal podría ser honrado tanto como cuando era sacrificado sobre el altar. Si los animales pudieran tener ambiciones, todos habrían aspirado a ese destino.

Un turista compró por poco dinero un collar de ámbar en una tienda de segunda mano en París. Al llegar a New York tuvo que pagar por él una fuerte suma de dinero por impuestos; esto atrajo su atención. Fue a un joyero para que lo valuara y le ofrecieron \$25.000 por él. Un segundo joyero le propuso \$35.000. Cuando preguntó por qué era tan valioso, el joyero lo puso bajo una lupa. El turista leyó: “De Napoleón Bonaparte a Josefina”. Era el nombre de Napoleón que hacía que el collar fuera tan valioso.

La aplicación es evidente. En nosotros mismos no hay valor y no podemos hacer nada. Es nuestra asociación con el Señor y Su servicio lo que nos aparta de una manera especial. Como decía Spurgeon: “Tu conexión con el Calvario es la cosa más maravillosa que de ti puede decirse”.

Quizás tienes una mente excepcionalmente brillante. Esto es

algo por lo que debes estar agradecido. Pero recuerda esto: solamente cuando la mente se usa para el Señor Jesucristo alcanza su destino más alto. Cristo es quien santifica tu intelecto.

A lo mejor posees talentos por los que el mundo está dispuesto a pagar un alto precio, puedes suponer que la iglesia es insignificante

para ellos. No obstante, es la iglesia la que santifica tus talentos, y no tus talentos los que santifican a la iglesia.

Quizás tienes mucho dinero acumulado en el banco. Puedes hacer lo que quieras con él: amontonarlo, gastarlo en tu propio beneficio o utilizarlo para el Reino. El uso más grande que puedes darle a tu dinero es utilizarlo para que la causa de Cristo avance. Ten por cierto que es el Reino de Dios el que santifica tu dinero, y no viceversa.
28 de MAYO

“Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

La Biblia enseña que llegamos a ser como aquello que adoramos. Esta idea importante se encuentra en el texto de hoy. Vamos por partes, y haciendo un análisis:

Nosotros todos: Esto es, todos los verdaderos creyentes;

a cara descubierta: el pecado extiende un velo entre el Señor y nuestro rostro. Pero éste se desvanece cuando confesamos y abandonamos el pecado;

mirando como en un espejo: el espejo es la Palabra de Dios, en el cual miramos;

la gloria del Señor: es decir, Su excelencia moral. En la Biblia contemplamos la perfección de Su carácter, la belleza de Sus obras y caminos;

somos transformados en la misma imagen: llegamos a ser como Él. Somos transformados por medio de la contemplación de Él. Cuanto más nos ocupamos con Él, más venimos a ser como Él.

Este cambio es:

de gloria en gloria: de un grado de gloria a otro. El cambio no ocurre de una vez para siempre. Es un proceso que continua a medida que le miramos. La transformación de nuestro carácter es efectuada así.

como por el Espíritu del Señor: el Espíritu Santo produce la semejanza de Cristo en todos aquellos que contemplan por la fe al Salvador tal como se revela en la Biblia.

En *Los Cuentos de Nathaniel Hawthorne*, había una montaña con una gran roca que parecía ser una cara, llamada “Cara de Piedra”. Según la leyenda, algún día vendría al valle un gran bienhechor, y sería reconocido por su cara, que sería la de la famosa roca: Cara de Piedra. Todos miraban para ver quién sería. Pero al final no fue ninguno de los personajes grandes de la zona: el Sr. Recogeóro, el General “Sangre y Truenos”, el Viejo

Pedroso Phiz ni el poeta, sino el humilde Ernesto, un muchacho del pueblo que había pasado mucho tiempo contemplando en tranquila meditación la Gran Cara de Piedra, porque quería reconocer a esa gran persona cuando llegara. Fue Ernesto quien llegó a parecerse a la Cara de Piedra.

Escuché una vez acerca de un hombre que iba todos los días a un templo Budista y se sentaba en posición “lotus” contemplando la enorme estatua verde. Se decía que después de años de meditación, llegó a parecerse en verdad al Buda. Si esto es cierto, no lo se, pero sí se que el ocuparse reverentemente en el Hijo de Dios produce un parecido moral a Él.

El camino que conduce a la santidad sigue la ruta de la

contemplación del Señor Jesús. No se puede pensar en Cristo y el pecado al mismo tiempo. En los momentos que pasamos meditando reverentemente en la maravilla de Su persona nos alejamos por completo del pecado. Nuestra meta entonces debe ser dedicar cada vez más tiempo a Su contemplación.

29 de MAYO

“No lo digo porque tenga escasez...” (Filipenses 4:11).

Es muy revelador el hecho que Pablo nunca dio a conocer sus necesidades financieras. Su vida era una vida de fe. Creía que Dios le había llamado a Su servicio, y estaba totalmente convencido de que el Señor cubre los gastos de aquello que manda hacer.

¿Deben los cristianos de hoy hacer públicas sus necesidades o pedir dinero? He aquí algunas consideraciones: no hay justificación bíblica para esta práctica. Los apóstoles daban a conocer las necesidades de los demás, pero nunca pidieron dinero para ellos mismos.

Parece más consistente con la vida de fe el depender sólo de Dios. Él siempre proveerá los fondos necesarios para cualquier cosa que desea que hagamos. Cuando vemos que Él provee la cantidad exacta en el momento preciso, sin que nosotros hayamos dicho nada a nadie, nuestra fe es grandemente fortalecida. Y Él es glorificado en gran manera cuando la provisión es indudablemente milagrosa. De otro modo, Él no recibe la alabanza cuando somos nosotros los que manipulamos las finanzas con técnicas sutiles para aumentar fondos. Recurriendo a solicitudes y anuncios de las necesidades de la obra, como muchos hacen, podemos realizar obras “para Dios” que no son de ningún modo Su voluntad. O podemos perpetuar una obra después de que el Espíritu ya la ha abandonado. Pero cuando dependemos de Su provisión sobrenatural, podemos continuar solamente cuando Él provee.

Pedir dinero con la presión con que hoy se practica introduce en la obra cristiana una nueva y extraña manera de medir el éxito. Aquel que es más astuto en las relaciones públicas es el que consigue más dinero. La sabiduría humana dice: “El que no llora no mama”, pero esto no es de fe. Ha llegado a ocurrir que algunas obras que en verdad son dignas salen perjudicadas porque las campañas publicitarias de ciertas organizaciones paraeclesiales desvían las ofrendas hacia ellos. Con mucha frecuencia todo esto produce celos y desunión.

C. H. Mackintosh nos ofrece el panorama sombrío que resulta cuando hacemos públicas las necesidades personales. “Dar a conocer nuestras necesidades a los hombres, directa o indirectamente, representa un abandono de

la vida de fe, y una verdadera deshonra a Dios; realmente es traicionarle. Es como decir que Dios me ha fallado y que no queda otro recurso que buscar ayuda en mi prójimo. Significa abandonar la fuente viviente y volverse a una cisterna rota. Es colocar a otro entre mi alma y Dios, perdiéndome así una rica bendición, y a Dios la gloria que le es debida”.

De modo similar, Corrie Ten Boom escribió en *Vagabunda por el Señor*: “Preferiría ser un niño que se confía a su Padre rico, que un pordiosero en la puerta de un hombre mundano”.

30 de MAYO

“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27).

Hay un profundo misterio asociado a la Persona del Señor Jesucristo. Parte del misterio es la combinación de la deidad absoluta y la plena humanidad en una sola Persona. Esto hace que surja la pregunta de cómo alguien que posee los atributos de Dios puede tener al mismo tiempo las limitaciones de Hombre finito. No hay hombre que pueda comprender la Persona de Cristo. Solamente Dios el Padre la conoce.

Muchas de las herejías más graves que han sacudido a la iglesia han girado en torno a este tema. Los hombres, descuidando su propia fragilidad, han querido comprender lo que es demasiado profundo para ellos. Algunos han puesto demasiado énfasis en la deidad de nuestro Señor a expensas de Su humanidad. Otros acentúan de tal manera Su humanidad que opacan Su deidad.

William Kelly escribió una vez: “El punto en el que se filtra el error es en cuanto al Hijo de Dios viniendo a ser hombre; pues es la complejidad de la Persona del Señor Jesús que expone a las personas al fallo fatal. Existen los que, sin duda, se atreven a negar Su gloria divina. Pero hay un modo mucho más sutil de rebajar al Señor Jesús; cuando, a pesar de confesar Su divinidad, se permite que Su humanidad absorba Su gloria, neutralizando así la confesión de Su Persona. De este modo, uno se desconcierta, y permite que aquello que le asocia con nosotros minimice la obra falsificando lo que Él tiene en comunión con Dios mismo. No hay sino una sola salvaguarda: no debemos aventurarnos a curiosear y discutir sobre un tema tan profundo. No tratemos, en nuestro humano desatino, de internarnos en un terreno tan sagrado, sin recordar que solamente podemos acercarnos con la actitud humilde de adoradores expectantes. Toda vez que esto se olvida, hallaremos invariablemente que Dios no está presente. El Señor permite a todo aquel que, confiando en su propia capacidad, se aventura a hablar de la persona del Señor Jesús, que se haga manifiesta su locura. Es solamente por el Espíritu Santo que se puede llegar a conocer lo que el Padre ha revelado acerca de su Unigénito Hijo”.

Un venerable siervo del Señor aconsejó una vez a sus estudiantes que

se apegaran al lenguaje de la Escritura cuando discutieran la naturaleza dual de nuestro Señor. Cuando entremezclamos nuestras propias ideas y especulaciones el error penetra sigilosamente. Nadie conoce al Hijo. Solamente el Padre lo conoce.

El alto misterio de su fama, la inteligencia de la criatura excede.

El Padre solamente, afirmación gloriosa, al Hijo puede comprender.

Josiah Conder

31 de MAYO

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

El hombre natural es aquel que nunca ha nacido de nuevo. No tiene al Espíritu de Dios. No le interesan las verdades espirituales; porque suenan como disparates. Pero ¡eso no es todo! **No puede** entender las verdades espirituales porque éstas pueden entenderse solamente con la iluminación del Espíritu Santo.

Hay que enfatizar esto. No se trata únicamente de que el inconverso no quiera entender las cosas de Dios. **No puede** entenderlas; está impedido por una incapacidad innata.

Esto me ayuda a evaluar adecuadamente a los científicos, los filósofos y otros profesionales del mundo. Cuando hablan de asuntos mundanos, les respeto como expertos. Pero cuando se atreven a meterse en asuntos espirituales, los considero incompetentes para hablar con autoridad.

No me sorprende mucho cuando profesores universitarios y hasta clérigos liberales aparecen en los titulares de los diarios sembrando dudas o negando abiertamente la Biblia. Ya estoy preparado para eso y no les hago caso. Los no regenerados a menudo van más allá de sus dominios cuando hablan de las cosas del Espíritu de Dios.

F.W. Boreham asemejaba a los grandes personajes de la ciencia y la filosofía con pasajeros de segunda clase que viajan en un transatlántico, separados de los pasajeros de primera clase. “Los científicos y filósofos, como tales, son por así decir ‘pasajeros de segunda clase’ y deben permanecer al otro lado de la barrera. **En lo que toca a la fe cristiana, no son autoridades...** el hecho es que tenemos una fe que no puede ser sacudida por el desdén de los pasajeros de segunda clase, y que no depende de ellos ni busca su apoyo, confirmación o patrocinio”.

Pero de vez en cuando aparece un científico o filósofo que es santo. En ese caso, Boreham dice: “Siempre descubro un ‘billete de primera clase’

asomándose en su bolsillo, y cuando me paseo por la cubierta en su deliciosa compañía, ya no le miro más como científico, como tampoco vería a Bunyan como hojalatero. Somos pasajeros y acompañantes, de primera clase”.

Decía Robert G. Lee: “Aun cuando los hombres sean críticos, eruditos y científicos y sepan todo acerca de rocas, moléculas y gases, son sin embargo enteramente incompetentes para constituirse en jueces del cristianismo y de la Biblia”.

1 de JUNIO

“Mas Jehová estaba con José, y fue varón próspero” (Génesis 39:2).

He oído que una de las primeras versiones de la Biblia Inglesa traducía así este versículo: “Y el Señor estaba con José, y era un joven con suerte”. Quizás la expresión: “con suerte” en aquellos tiempos tenía un significado diferente. Pero nos alegramos de que los traductores posteriores hayan sacado a José del reino de la suerte.

Para el hijo de Dios la suerte no existe. Su vida está controlada, guardada y planeada por un amoroso Padre Celestial. Nada le sucede por casualidad.

Siendo esto así, es impropio que un cristiano le desee “buena suerte” a otro; tampoco debe decir: “estoy de suerte”. Todas estas expresiones niegan la verdad de la providencia divina.

El mundo de los incrédulos asocia algunas cosas con la buena suerte: la pata de un conejo, el hueso del deseo, un trébol de cuatro hojas, la herradura de un caballo (¡siempre con los extremos apuntando hacia arriba para que la suerte no se escape!). La gente cruza los dedos y toca madera, como si estas acciones afectaran de manera favorable los eventos o apartaran la mala fortuna.

Estas mismas personas asocian también otras cosas con la mala suerte: un gato negro, el martes 13, pasar debajo de una escalera, el número 13 en la puerta de una habitación o sobre el piso de un edificio. Es triste pensar en todos los que viven bajo la esclavitud de estas supersticiones, una servidumbre innecesaria e infructuosa.

En Isaías 65:11 Dios amenazó con castigar a aquellos de Judá que adoraban a los dioses de la suerte y la fortuna:

Pero vosotros los que dejáis a Jehová,
Que olvidáis mi santo monte,
Que ponéis mesa para la Fortuna,
Y suministráis libaciones para el Destino.

No sabemos con seguridad el pecado particular que esto apunta, pero parece ser que la gente traía ofrendas a los ídolos asociados con la suerte y el azar. Dios lo aborrecía y hasta ahora lo aborrece.

Qué confianza nos da saber que no somos los juguetes impotentes del destino, del azar ciego o del giro caprichoso de imaginarios dados cósmicos. Todo en nuestra vida está planeado, lleno de significado y propósito. Para nosotros todo lo que sucede depende de nuestro Padre, no del destino; de Cristo, no de la casualidad; del amor, no de la suerte.

2 de JUNIO

“Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 Reyes 19:4b).

No es raro que la gente de Dios sufra depresiones nerviosas tal como le ocurrió a Elías. Moisés y Jonás también desearon morir (Éx. 32:32; Jon. 4:3). El Señor nunca prometió eximir a los creyentes de esta clase de problema. La presencia molesta de esta aflicción en nuestra vida no indica necesariamente falta de fe o de espiritualidad. Cualquiera de nosotros podríamos padecerla.

Cuando esto viene, es algo así. Sientes que Dios te ha abandonado, aun cuando sabes bien que nunca deja a los Suyos. Vas a la Palabra de Dios buscando consuelo, y te topas con uno de aquellos pasajes que hablan del pecado imperdonable o de la condición sin esperanza del apóstata. Experimentas la frustración de tener que soportar esta aflicción sin que exista cirugía que la quite ni medicinas que la curen. Tus amigos sugieren que te “animes” pero no te dicen cómo. Oras y anhelas encontrar algún remedio de efecto inmediato, pero todo es en vano. Mientras que la postración nerviosa viene en kilos, se va en gramos. Todo lo que puedes hacer es pensar en ti mismo y en tu miseria. En tu desánimo, deseas que Dios intervenga y te dé la muerte.

Una depresión como ésta puede tener causas diferentes. Puede tratarse de un problema físico como la anemia, por ejemplo, que hace que la mente nos juegue una mala pasada. Puede ser una causa espiritual: algún pecado sin confesar o sin perdonar. Es posible que sea un problema emocional: la infidelidad de la esposa, el exceso de trabajo o el agotamiento nervioso que provoca la tensión mental extrema. Quizás es provocada por un medicamento al que reaccionamos desfavorablemente.

¿Qué puede hacerse? Primero, ve a Dios en oración, pidiéndole que realice en tu vida Sus propósitos maravillosos. Confiesa y abandona todo

pecado conocido. Perdona a cualquiera que te haya agraviado. Luego, hazte un chequeo médico general para saber si el origen de la depresión es alguna enfermedad física. Toma medidas drásticas para eliminar las causas del trabajo excesivo, las penas, la ansiedad y cualquier otra cosa que pudiera estar acosándote. El descanso regular, la comida sana y el ejercicio físico al aire libre siempre constituyen una buena terapia.

De ahí en adelante, debes aprender a ir al paso, atreviéndote a decir “no” a todo reclamo que pudieran llevarte una vez más al borde del desastre.

3 de JUNIO

“Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16).

En una sociedad como la nuestra, y con una naturaleza corrupta como la que poseemos, nos enfrentamos constantemente con problemas éticos que prueban la sinceridad de nuestro compromiso con los principios cristianos.

El estudiante, por ejemplo, está tentado a hacer trampa en sus exámenes. Si todos los diplomas ganados deshonestamente fueran devueltos, las escuelas y universidades apenas podrían contenerlos.

El contribuyente siempre está tentado a minimizar sus ingresos, exagerar sus gastos y ocultar alguna información pertinente.

La mordida es el nombre del juego en los negocios, la política y la ley. El soborno pervierte la justicia. Los sobornos (llamados “regalos”) van de mano en mano para conseguir favores. Las “comisiones” mantienen funcionando los negocios. Los arreglos financieros apaciguan a los inspectores locales que a menudo hacen demandas extremas y a veces ridículas.

Casi cada profesión está bajo diversas presiones que incitan a la deshonestidad. El médico cristiano es llamado para que firme declaraciones del seguro que son patentemente falsas. El abogado debe decidir si defenderá a un criminal que sabe que es culpable, o manejar un caso de divorcio donde ambas partes son cristianos. El vendedor de automóviles usados lucha en su interior si debe o no ajustar el odómetro para mostrar un kilometraje más bajo. El obrero enfrenta la decisión, al unirse a un sindicato, si se comprometerá a la violencia en el caso de una huelga. ¿Debe una azafata cristiana servir licor, o tiene otra opción de empleo? ¿Debe un atleta cristiano competir en domingo, que es el día del Señor? ¿Debe un dependiente cristiano vender cigarrillos que se sabe que

producen cáncer?

¿Qué es peor para un arquitecto cristiano, diseñar un club nocturno o el edificio de una iglesia modernista liberal? ¿Debe una organización cristiana aceptar ofrendas de una cervecería o de un cristiano que está viviendo en pecado? ¿Debe un procurador aceptar cestas de navidad de sus clientes?

La mejor regla para decidir está en nuestro texto: “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios, y ante los hombres”.

4 de JUNIO

“Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable” (Salmo 145:3).

El pensar en Dios es indudablemente el mayor pensamiento que puede ocupar la mente humana. Los grandes pensamientos acerca de Dios ennoblecen toda la vida. Los pensamientos pequeños acerca de Dios destruyen al que los entretiene.

Dios es muy grande. Después de una admirable descripción del poder y majestad de Dios, Job dijo: “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). ¡Vemos solamente los bordes y escuchamos solamente un susurro!

El salmista nos recuerda que una mirada de Dios produce un terremoto y Su toque hace que los volcanes erupcionen (Sal. 104:32). El Señor se humilla para mirar las cosas en el cielo (Sal. 113:6). Es tan grande que llama a las estrellas por sus nombres (Sal. 147:4).

Cuando Isaías nos dice que Sus faldas llenaron el Templo (6:1), ¿podemos imaginar cuán grande debió ser aquella manifestación de su gloria? Un poco más adelante describe a Dios midiendo los océanos con el hueco de Su mano y a los cielos con Su palmo (40:12). Para Él las naciones son como una gota de agua o como menudo polvo en las balanzas (40:15). Todos los bosques del Líbano con sus animales no serían suficientes para ofrecer a Dios un sacrificio apropiado (40:16).

El profeta Nahum dice: “Jehová marcha en la tempestad y el torbellino, y las nubes son el polvo de sus pies” (Nah. 1:3).

En medio de otra descripción impresionante, Habacuc dice: “Y el resplandor fue como la luz; Rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondido su poder” (Hab. 3:4). Todo esto nos descubre que el lenguaje humano se derrumba ante cualquier intento por describir la grandeza de Dios.

En los días que siguen, Dios mediante, al contemplar algunos de

los atributos de Dios, deberíamos ser llevados a:

Maravillarnos, porque Él es maravilloso.

Adorar, por lo que Él es y ha hecho por nosotros.

Confiar, porque Él es digno de toda nuestra confianza.

Servir, porque uno de los privilegios más grandes que hay es servir a este Señor.

Imitar, porque Su voluntad es que seamos más y más como Él.

(Sin embargo, hay algunos atributos de Dios, tales como la ira, que no debemos imitar, y otros, como Su infinitud, que no podemos compartir).

5 de JUNIO

“Dios... sabe todas las cosas” (1 Juan 3:20).

La omnisciencia de Dios significa que tiene un conocimiento perfecto de todas las cosas. Nunca le fue necesario aprender y jamás lo hará.

Uno de los grandes pasajes sobre el tema es el Salmo 139:1-6, donde David escribió: “Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; Alto es, no lo puedo comprender”.

Del Salmo 147:4 aprendemos que Dios cuenta el número de las estrellas y las llama por nombre. La maravilla de esto se acrecienta cuando Sir James Geans nos informa que: “el número total de las estrellas en el universo es probablemente algo parecido al número total de granos de arena que hay en todas las playas del mundo”.

Nuestro Señor les recordó a sus discípulos que ni un gorrión cae a tierra sin el consentimiento de nuestro Padre. Y en el mismo pasaje se señala que los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mt. 10:29-30).

Es evidente que: “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4:13). Esto hace que nos unamos con Pablo para exclamar: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

La omnisciencia de Dios está llena de significado práctico para cada uno de nosotros. Nos advierte: Dios ve todo lo que hacemos, no podemos hacer nada a Sus espaldas.

En la omnisciencia de Dios hay consuelo. Conoce todas nuestras

aflicciones, como dijo Job: “Mas él conoce mi camino” (Job 23:10). Cuenta nuestras huidas y pone nuestras lágrimas en su redoma (Sal. 56:8).

En la omnisciencia de Dios hay ánimo. Nos conoce por completo, y a pesar de eso nos salvó. Percibe los sentimientos que no podemos expresar cuando oramos y adoramos.

En la omnisciencia de Dios hay asombro. Aunque Dios es omnisciente, puede olvidar los pecados que ha perdonado. Como decía David Seamands: “No sé cómo la omnisciencia divina puede olvidar, pero lo hace”.

6 de JUNIO

“¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” (Jeremías 23:24b).

Cuando hablamos de la omnipresencia de Dios, queremos dar a entender que está presente en todas partes al mismo tiempo. Un puritano llamado John Arrow Smith contaba de un filósofo pagano que una vez preguntó: “¿Dónde está Dios?” a lo que el cristiano contestó: “Deja que te pregunte primero: ‘¿Dónde no está?’”

Un ateo escribió en una pared: “Dios no está”. Fue un niño y, quitando la palabra del medio, hizo que se leyese: “Dios está”.

Estamos en deuda con David por un pasaje admirable que escribió sobre la omnipresencia de Dios: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sal. 139:7-10).

Cuando hablamos de la omnipresencia, hemos de tener cuidado de no confundirlo con el panteísmo. En resumen, el panteísmo enseña que todo es Dios. En alguna de sus formas los hombres adoran a los árboles, los ríos o las fuerzas de la naturaleza. El verdadero Dios controla el universo y lo llena, pero está separado de él y es más grande.

¿Qué influencia práctica tiene la verdad de la omnipresencia de Dios en la vida de Su pueblo?

En esto hay algo que nos recuerda con solemnidad que Dios es

inevitable: no podemos escondernos de Él.

Hay un indecible consuelo al saber que Dios está siempre con los Suyos. Jamás nos desampara. Nunca estamos solos.

¡Pero también hay un desafío! Ya que Él siempre está con nosotros, debemos caminar en santidad y separarnos del mundo.

Prometió Su presencia de una manera especial cuando dos o tres se reunieran en Su Nombre: ¡Él está en medio! Esto debe inspirar una profunda reverencia y solemnidad en las reuniones de los santos.

7 de JUNIO

“¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”
(Apocalipsis 19:6).

La omnipotencia de Dios significa que puede hacer cualquier cosa que no se contraponga con Sus otros atributos. Escuchemos el testimonio de la Escritura: “Yo soy el Dios Todopoderoso” (Gn. 17:1). “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn. 18:14). “Yo conozco que todo lo puedes, y que ningún propósito tuyo puede ser estorbado” (Job 42:2 Biblia de las Américas). “Ni hay nada que sea difícil para ti” (Jer. 32:17). “Mas para Dios todo es posible” (Mt. 19:26). “Porque nada hay imposible para Dios” (Lc. 1:37).

Pero debemos comprender que Dios no puede hacer nada que se oponga a Su propio carácter. Por ejemplo, es imposible que Dios mienta (He. 6:18). No puede negarse a Sí mismo (2 Ti. 2:13). No puede pecar porque es absolutamente santo. No puede fallar porque es absolutamente confiable.

Podemos ver la omnipotencia de Dios en Su creación y en la forma que sustenta al universo, en Su providencia, en la salvación de los pecadores y en el juicio de aquel que no se arrepiente. La manifestación más grande de Su poder en el Antiguo Testamento está en el Éxodo y en el Nuevo Testamento, en la resurrección de Cristo.

Si Dios es omnipotente, ningún hombre puede contender contra Él y salir triunfante. “No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo contra Jehová” (Pr. 21:30).

Si Dios es omnipotente, entonces el creyente está en el lado de los ganadores. Una sola persona con Dios son mayoría. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31).

Si Dios es omnipotente, la oración nos introduce al mundo de lo imposible. Como dice la canción, podemos reírnos de las imposibilidades y exclamar: “Se hará”.

Si Dios es omnipotente, entonces tenemos el inefable consuelo de que:

Cualquier problema el Salvador puede resolver,
Los enredos de la vida Él puede deshacer.
No hay nada demasiado difícil para Él.
No hay nada que Jesús no pueda hacer.

“Cuando mi debilidad se apoya en Su fuerza, todo parece ligero”.

8 de JUNIO

“Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre” (Romanos 16:27).

La sabiduría de Dios es como un hilo que corre a través de toda la Biblia. Así lo atestigua la Escritura: “Con Dios está la sabiduría y el poder; suyo es el consejo y la inteligencia... con Él está el poder y la sabiduría; suyo es el que yerra, y el que hace errar” (Job 12:13, 16). “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios” (Sal. 104:24). “Jehová con sabiduría fundó la tierra; Afirmó los cielos con inteligencia” (Pr. 3:19). “Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría” (Dn. 2:20). “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Co. 1:21). “Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría... ” (1 Co. 1:30).

La sabiduría de Dios se refiere a Su perfecta visión, inerrante discernimiento y decisiones infalibles. Alguien la ha definido como la habilidad para producir los mejores resultados con los mejores medios. Es más que mero conocimiento; es la capacidad de usar ese conocimiento adecuadamente.

Todas las obras de Dios proclaman Su sabiduría. El maravilloso diseño del cuerpo humano, por ejemplo, es un elocuente tributo a ella.

Y vemos la sabiduría en el plan de salvación. El evangelio nos dice cómo ha sido pagada la pena del pecado, la justicia de Dios vindicada, Su misericordia dispensada justamente, y el creyente en Cristo está mucho mejor que lo que pudiera estar si Adán no hubiese caído.

Ahora que somos salvos, la sabiduría de Dios reconforta nuestras almas con tiernas palabras de consuelo. Nuestro Dios es tan sabio que nunca comete errores. Aunque haya cosas en la vida que en ocasiones no

podemos entender, sabemos que Él no se puede equivocar.

Podemos confiarnos plenamente a Su dirección. Dios conoce el final desde el principio, y sabe de senderos de bendición que nosotros ignoramos por completo. Su camino es perfecto.

Finalmente, nuestro Señor desea que crezcamos en sabiduría. Debemos ser sabios para el bien (Ro. 16:19). Hemos de andar con prudencia y cordura, como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos (Ef. 5:15-16). Debemos ser astutos como serpientes, y sencillos como palomas (Mt. 10:16).

9 de JUNIO

“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (Apocalipsis 4:8).

Cuando hablamos de la santidad de Dios, queremos decir que en lo que respecta a Sus pensamientos, hechos, motivos y en todo otro aspecto, Él es perfecto espiritual y moralmente. Está absolutamente libre de pecado y mancha.

Las Escrituras dan abundante testimonio de la santidad de Dios. Aquí hay algunos ejemplos: “Porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lv. 19:2). “No hay santo como Jehová” (1 S. 2:2). “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío?... muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab. 1:12,13). “Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie” (Stg. 1:13). “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn. 1:5b). “Sólo tú eres santo” (Ap. 15:4).

Ni las estrellas son limpias delante de sus ojos (Job 25:5).

El sacerdocio y el sistema sacrificial del Antiguo Testamento enseñaban, entre otras cosas, la santidad de Dios. También mostraban que el pecado había creado una distancia entre Dios y el hombre, que algo debía interponerse para llenar el vacío, y que la única manera de acercarse al Dios santo era sobre la base de la sangre de una víctima ofrecida en sacrificio.

La santidad de Dios también fue demostrada de manera única en la Cruz. Cuando Él miró y vio a Su Hijo llevando nuestros pecados, Dios abandonó a Su Amado durante aquellas tres horas terribles de tinieblas.

La aplicación de todo esto es evidente. La voluntad de Dios es que seamos santos: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3). “Sino como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15).

Pensar en la santidad de Dios produce un profundo sentido de reverencia y temor, como sucedió con Moisés a quien se le dijo: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éx. 3:5).

T. Binney se maravilló ante la santidad requerida para estar en la

presencia de Dios:

¡Eterna luz! ¡Eterna luz!
Qué pura el alma debe ser
Cuando, expuesta a tu mirada escrutadora,
No se turba, mas con calma deleitosa
Puede verte a Ti y vivir.

Nuestros corazones rebosan de adoración cuando consideramos que por la fe en el Señor Jesús nos fue imputada esa pureza necesaria.

10 de JUNIO

“Porque yo Jehová no cambio” (Malaquías 3:6).

La inmutabilidad es el atributo de Dios que lo describe como invariable, es decir, que no cambia en lo que respecta a Su ser esencial, Sus atributos y los principios por los que opera.

El salmista contrasta el destino cambiante de los cielos y la tierra con la inmutabilidad de Dios: “...los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo” (Sal. 102:26-27). Santiago describe al Señor como: “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación” (Stg. 1:17).

Hay otras Escrituras que nos recuerdan que Dios no se arrepiente. “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta” (Nm. 23:19). “La Gloria de Israel no mentará, ni se arrepentirá” (1 S. 15:29).

Pero, ¿cómo debemos entender entonces aquellos versículos que afirman que Dios se arrepiente? “Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón” (Gn. 6:6). “Pero Jehová se arrepintió de haber puesto a Saúl por rey sobre Israel” (1 S. 15:35b). Ver también Éxodo 32:14 y Jonás 3:10.

No hay contradicción. Dios siempre actúa sobre estos dos principios: recompensa la obediencia y castiga la desobediencia. Cuando un hombre cambia de la obediencia a la desobediencia, Dios sigue siendo fiel a Su carácter cambiando del primer principio al segundo. A nuestros ojos parece como si Dios se arrepintiera, y así parece describirlo lo que podríamos llamar el lenguaje de la apariencia humana, pero no denota remordimiento o mutabilidad.

Dios es siempre el mismo. De hecho, ese es uno de sus nombres. “Tú mismo, que no cambias, tú eres Dios de todos los reinos de la tierra” (Is. 37:16 traducido de la versión Darby). Ese nombre también se encuentra en Salmo 102:27.

La inmutabilidad de Dios ha sido un consuelo para Sus santos en todas las épocas, y es tema de muchos de sus cantos. La celebramos en las líneas

inmortales de Henry F. Lyte:

Cambio y decadencia alrededor percibo,
Tú que nunca cambias, ¡quédate conmigo!

Es también una cualidad que debemos imitar. Debemos ser estables, constantes y firmes. Si somos vacilantes, veleidosos e inconstantes, representamos mal a nuestro Padre frente al mundo.

“Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58).

11 de JUNIO

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

El amor es esa cualidad de Dios que le hace prodigar ilimitadamente Su afecto a los demás. Este amor se manifiesta dando buenas dádivas y dones perfectos a los que ama.

He aquí algunos versículos de los miles que hablan de ese amor: “Con amor eterno te he amado; por tanto te prolongué mi misericordia (Jer. 31:3). “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó...” (Ef. 2:4). Y, por supuesto, el más conocido de todos: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Cuando Juan dice que “Dios es amor” (1 Jn. 4:8), es importante ver que él no está definiendo a Dios, sino insistiendo en que el amor es uno de los elementos claves de la naturaleza divina. No adoramos al amor, sino al Dios de amor.

Su amor no tuvo principio y tampoco tendrá fin. Es ilimitado en sus dimensiones, absolutamente puro y sin mancha de egoísmo o cualquier otro pecado. Es sacrificado y nunca repara en el coste. Busca solamente el bienestar de los demás, y no espera nada a cambio. Tiende su mano al agradable y al repugnante, al enemigo y al amigo. Este amor no se da como premio a las virtudes de aquellos que lo reciben; viene solamente de la bondad del Dador.

Las implicaciones prácticas de esta sublime verdad son evidentes: “Sed, pues, imitadores de Dios” dijo Pablo: “como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por

nosotros” (Ef. 5:1-2a). Nuestro amor debe ascender al Señor, fluir a nuestros hermanos, y extenderse al mundo perdido.

La contemplación de Su amor debe inspirar también la adoración más profunda. Cuando caemos a Sus pies, debemos decir repetidamente:

¿Cómo puedes amarme como me amas
Y ser el Dios que eres?
Oscuridad es a mi razón
Pero sol a mi corazón.

12 de JUNIO

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo...” (1 Pedro 5:10).

La gracia de Dios es Su favor y aceptación de aquellos que no lo merecen; quienes de hecho, merecen todo lo contrario, pero que confían en Jesucristo como Señor y Salvador.

Estos son los cuatro textos más conocidos que hablan de la gracia: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17). “Siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24). “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9). “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Algunos exaltan la gracia de Dios como la principal de todas Sus virtudes. Samuel Davis, por ejemplo, escribió:

¡Gran Dios de los prodigios! Todos tus caminos muestran tus atributos
divinos;
Pero las glorias refulgentes de tu gracia sobre tus otras maravillas brillan:
¿Qué Dios hay como tú que el pecado perdona?
O ¿quién como tú que gracia tan rica otorga?

Mas, ¿quién puede decir que uno de los atributos de Dios sea mayor que otro? El Antiguo y el Nuevo Testamento revelan que Dios ha sido siempre un Dios de gracia, pero con la venida de Cristo este aspecto de Su carácter se manifestó de una manera nueva y fascinante.

Cuando llegamos a entender algo de la gracia de Dios, inevitablemente nos convertimos para siempre en adoradores. Nos

preguntamos: “¿Por qué me escogió a mí? ¿Por qué el Señor Jesús derramó Su sangre y puso Su vida por alguien tan indigno como yo? ¿Por qué Dios no sólo me salvó del infierno, sino que ahora me bendice con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, y me destina a pasar junto a Él la eternidad en el cielo?” ¡Es por esto que cantamos de esta gracia sublime que salvó a semejantes miserables!

Es la voluntad de Dios que Su gracia se reproduzca en nuestra vida y fluya hacia los demás tratándoles con bondad en todas las cosas. Nuestra palabra debe ser siempre con gracia, sazonada con sal (Col. 4:6). Debemos hacernos pobres para enriquecer espiritualmente a los demás (2 Co. 8:9), favorecer y aceptar a los indignos y desagradables.

13 de JUNIO

“Dios... es rico en misericordia” (Efesios 2:4).

La misericordia es aquella compasión y bondad que Dios manifiesta a los que son culpables y débiles o están en angustia y necesidad. Las Escrituras hacen hincapié en que Dios es rico en misericordia (Ef. 2:4), y grande en misericordia (Sal. 86:5). Su misericordia es abundante (1 P. 1:3); grande es hasta los cielos (Sal. 57:10). “Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen” (Sal. 103:11). De Dios se dice que es “Padre de misericordias” (2 Co. 1:3) y que es “muy misericordioso y compasivo” (Stg. 5:11). Es imparcial cuando otorga Su misericordia: “hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). Los hombres no se salvan por obras de justicia (Tit. 3:5) sino por Su soberana misericordia (Éx. 33:19; Ro. 9:15). Su misericordia permanece para siempre sobre los que le temen (Sal. 136:1; Lc. 1:50), pero al impenitente la misericordia le alcanza solamente en esta vida.

Hay una diferencia entre gracia y misericordia. Gracia significa que Dios me colma de bendiciones que no merezco. La misericordia significa que no me castiga como merezco.

Cada doctrina de la Escritura trae consigo obligaciones. Las misericordias de Dios requieren, en primer lugar, que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios (Ro. 12:1). Esto es lo más razonable, racional, sano y sensible que podemos hacer.

También es verdad que Dios quiere que seamos misericordiosos los unos con los otros. Ha prometido una recompensa especial para el misericordioso: “alcanzarán misericordia” (Mt. 5:7). El Señor quiere

misericordia y no sacrificio (Mt. 9:13), es decir, los grandes actos de sacrificio son inaceptables si están separados de la piedad personal.

El buen samaritano es aquel que muestra misericordia a su prójimo. Esta misericordia se deja ver cuando alimentamos al hambriento, vestimos al pobre, atendemos al enfermo, visitamos a las viudas y a los huérfanos, y lloramos con los que lloran.

Somos misericordiosos cuando rehusamos vengarnos de alguien que nos ha hecho mal, o acogemos compasivamente a aquellos que han fracasado.

Recordando lo que somos, debemos orar pidiendo misericordia

por nosotros mismos (He. 4:16) y por los demás (Gá. 6:16; 1 Ti. 1:2).

Por último, las misericordias de Dios deben afinar nuestros corazones para cantar Sus alabanzas.

Cuando todas tus maravillas ¡Oh mi Dios!
Mi alma resucitada contempla,
Transportado por la visión
Me lleno de amor, asombro y admiración.

Joseph Addison.

14 de JUNIO

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18).

La ira de Dios es indignación encendida y castigo retributivo en este tiempo y para la eternidad contra aquellos pecadores que no se arrepienten. A. W. Pink ha señalado correctamente que la ira como tal, es una perfección divina como lo son Su fidelidad, poder y misericordia. No es necesario disculparla.

Considerando la ira de Dios, hay algunos hechos que debemos tener en mente.

No hay conflicto entre la ira y el amor de Dios. El verdadero amor castiga el pecado, la rebelión y la desobediencia.

Cuando los hombres rechazan este amor, ¿qué otra cosa queda sino Su ira? Hay solamente dos lugares eternos, el cielo y el infierno. Si los hombres rehúsan ir al cielo, no queda más alternativa que el infierno.

Dios no creó el infierno para los hombres, sino para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41). El Señor no desea la muerte del impío (Ez. 33:11), pero para el que rechaza a Cristo no queda alternativa.

La Biblia dice que el juicio es una “extraña operación” de Dios (Is. 28:21). Esto nos sugiere que el Señor prefiere mostrar misericordia (Stg. 2:13b).

En la ira de Dios no hay rencor o animosidad; es una ira justa sin arrebatos ni mancha de pecado.

Ya que Dios solamente puede airarse con justicia absoluta, se nos exhorta a que dejemos la ira en Sus manos y no tratemos de imitarla. Por

esta razón Pablo escribe a los romanos: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). El cristiano es exhortado a mostrar ira justa, pero debe ser justa. No debe convertirse en ira pecaminosa. Y solamente debe ejercitarse cuando está en juego el honor de Dios, nunca en defensa o justificación propia (Ef. 4:26).

Si realmente creemos en la ira de Dios, compartamos el evangelio con aquellos que están todavía en el camino espacioso que lleva a la perdición. Y cuando predicamos sobre la ira de Dios, hagámoslo con solemnidad, y aun con lágrimas de compasión.

15 de JUNIO

“Nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lamentaciones 3:22-23).

Dios es fiel y verdadero. Nunca puede mentir ni engañar. No puede cambiar Su Palabra. Es absolutamente digno de confianza. Ninguna de Sus promesas puede fallar.

“Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19). “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es el Dios verdadero, Dios fiel” (Dt. 7:9). “De generación en generación es tu fidelidad” (Sal. 119:90).

La fidelidad de Dios se evidencia en el llamado que nos hizo para tener comunión con Su Hijo Jesucristo (1 Co. 1:9). Lo vemos cuando permite que la tentación avance más allá de lo que podemos soportar (1 Co. 10:13). La palpamos por la manera con que nos afianza y guarda del mal (2 Ts. 3:3). Aun cuando haya algunos que no creen, Él permanece fiel: no puede negarse a sí mismo (2 Ti. 2:13).

El Señor Jesús es la verdad encarnada (Jn. 4:6). La Palabra de Dios es la verdad santificante (Juan 17:17). “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Ro. 3:4).

El conocimiento de que Dios es fiel y verdadero inunda nuestras almas de confianza. Estamos más que convencidos de que Su Palabra no puede fallar y que hará como ha prometido (He. 10:23). Por ejemplo, sabemos que estamos eternamente seguros, porque ha dicho que ninguna de Sus ovejas perecerá jamás (Jn. 10:28). Estamos persuadidos de que nada nos faltará, porque ha prometido suplir todas nuestras necesidades (Fil. 4:19).

Dios desea que los Suyos sean fieles y verdaderos. Quiere que seamos leales a nuestra palabra. Quiere que seamos dignos de confianza, cumpliendo con nuestras responsabilidades. De entre toda la gente, los

cristianos deben ser fieles a sus votos matrimoniales. También en los compromisos de la asamblea, en el trabajo y en el hogar.

De qué manera debemos alabar y agradecer al Señor por su fidelidad. Él es el que no puede fallar.

No puede fallar, porque es Dios
No puede fallar, su Palabra dio.
No puede fallar, El te ayudará.
No puede fallar, El te contestará.

C. E. Mason, Jr.

16 de JUNIO

“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho”
(Salmo 115:3).

Dios es soberano, es decir, es el Gobernante supremo del universo, y en calidad de eso puede hacer lo que le agrada. Pero habiendo dicho esto, nos apresuramos a añadir que Dios se agrada siempre de lo que es justo. Sus caminos son perfectos.

Isaías cita al Señor: “Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:10). Cuando le fue restaurada la razón a Nabucodonosor, dijo: “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:35). El apóstol Pablo insiste en que el hombre no tiene derecho a cuestionar las acciones de Dios: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?” (Ro. 9:20). Y en otro lugar habla de Dios como Aquel que “hace todas las cosas según el designio de Su voluntad” (Ef. 1:11).

Spurgeon decía: “Proclamamos a un Dios **entronizado**, y Su derecho a hacer como desea con lo que es Suyo, a disponer de Sus criaturas como considera que está bien, sin consultarlas sobre el asunto”.

Para decirlo de manera muy sencilla, la doctrina de la soberanía de Dios es una doctrina que reconoce que Dios es Dios.

Es una verdad que me llena de asombro y reverencia. No puedo comprender todas sus ramificaciones, pero eso no me impide que lo alabe y lo adore.

Es una verdad que me mueve a someterme a Él. Dios es el Alfarero

y yo soy el barro. Por haberme creado y redimido tiene derechos sobre mí, y bajo ninguna circunstancia puedo replicarle o cuestionar Sus decisiones.

Por otra parte, es una verdad que llena de consuelo. Ya que Dios es el Gobernante supremo, podemos estar seguros de que está llevando adelante Sus propósitos, y que alcanzarán la meta deseada.

Su propósito eterno es como un tapiz de hechura maravillosa. Los hilos oscuros son tan necesarios para el tapiz como lo son los de plata y oro.

17 de JUNIO

“¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” (Job 11:7).

Dios posee también otros atributos que hay que mencionar, aunque sea con brevedad. La contemplación de estas perfecciones divinas eleva el alma al cielo, la transporta de lo insignificante a lo sublime.

Dios es justo, es decir, es recto, imparcial e íntegro en todos Sus tratos. “Dios justo y Salvador” (Is. 45:21).

Dios es incomprensible (Job 11:7-8), demasiado grande para que la mente humana lo comprenda. Como decía Stephen Charnock: “Es visible que Dios es, e invisible lo que es”. Y Richard Baxter comenta: “Puedes conocer a Dios, pero no comprenderlo”.

Dios es eterno, no tiene principio ni fin (Sal. 90:1-4). La duración de Su vida es la eternidad.

Dios es bueno (Nahum 1:7). Él es: “bueno... para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Sal. 145:9).

Dios es infinito (1 R. 8:27). No tiene límites o fronteras. “Su grandeza está más allá de cálculo, medida o imaginación humana”.

Dios es autoexistente (Éx. 3:14). No recibe la existencia de alguna fuente externa. Él es la Fuente de Su propia vida así como la de toda otra vida.

Dios es autosuficiente, es decir, dentro de la Trinidad hay todo lo que pudiera “necesitar”.

Dios es trascendente. Está muy por encima del universo y el tiempo, y separado de toda la creación material.

Por último, examinemos Su presciencia. Los cristianos están divididos en cuanto a si la presciencia de Dios determina quién será salvo,

o si se trata solamente del conocimiento previo que Él tiene de quién confiará en el Salvador. A juzgar por Romanos 8:29, creo que Dios seleccionó soberanamente a ciertos individuos y decretó que todos aquellos que de esta manera previó fueran finalmente glorificados.

Así concluimos nuestra reflexión acerca de los atributos de Dios. Pero éste es un tema que, por otra parte, no tiene fin. Dios es tan grande, tan majestuoso y asombroso que solamente vemos borrosamente como a través de un espejo. Ya que Dios es infinito, nuestras mentes finitas nunca podrán llegar a conocerle plenamente. Por toda la eternidad hablaremos extensamente de las maravillas de Su persona y no obstante, tendremos que decir: “Ni aun se nos ha dicho la mitad”.

18 de JUNIO

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

Cuando Santiago escribió estas palabras, no quería decir que si un creyente hacía estas cosas, cumplía así con todo lo que se requería de él. Más bien decía que visitar a los huérfanos y a las viudas y guardarse puro no eran sino dos ejemplos extraordinarios de la religión ideal.

Podríamos suponer que lo que el apóstol tenía en mente era la predicación expositiva, la obra misionera o la evangelización personal. ¡Pero no es así! La idea predominante del pasaje es visitar a los necesitados.

El apóstol Pablo les recordó a los ancianos de Éfeso cómo acostumbraba a hacer visitas “por las casas” (Hch 20:20). J. N. Darby consideraba que visitar: “es la parte más importante de la obra”. Escribió: “El reloj da las horas y los transeúntes escuchan las campanadas, pero las obras interiores son las que mantienen el funcionamiento del reloj; y hacen que las manillas se muevan correctamente. Creo que el visitar debiera ser tu obra esencial, y lo demás tomado como se presente. Temo al testimonio público, y más aún, si no hay obra privada” (de una carta a G. V. Wigram, 2 agosto, 1839).

Una viuda ya entrada en años que vivía sola, llegó a una etapa crítica de su vida que la obligaba a depender de la ayuda de los vecinos y amigos. Con mucho tiempo de sobra, tenía un diario en el que anotaba todo lo que le sucedía durante el día, especialmente los contactos con el mundo exterior. Un día los vecinos se dieron cuenta de que por varios días no habían visto señales de vida alrededor de su casa. Llamaron a la policía para que entrara a la casa, y encontraron que ya llevaba varios días muerta. Tres

días antes de su muerte, las únicas palabras que aparecían en su diario eran: “No vino nadie”, “No vino nadie”, “No vino nadie”.

En lo atareado de nuestra vida cotidiana, es muy fácil olvidar al solitario y al necesitado, al débil y al enfermizo. Damos prioridad a otros asuntos, y a aquellas formas del servicio que son más públicas y llamativas. Pero si deseamos que nuestra religión sea pura y sin mácula, no debemos descuidar a los huérfanos ni a las viudas. Tampoco debemos olvidar a los ancianos, los inválidos y los reclusos. El Señor se interesa especialmente en aquellos que necesitan ayuda, y hay una recompensa especial para los que se disponen a suplir esta necesidad.

19 de JUNIO

“...y como tus días serán tus fuerzas” (Deuteronomio 33:25).

Dios promete dar fuerza a Su pueblo en todo tiempo y en proporción a sus necesidades. No promete darla antes que éstas se presenten, pero cuando llegue la crisis, la gracia estará ahí para hacerle frente.

Quizás seas llamado a pasar por un tiempo de enfermedad y sufrimiento. Si supieras con anticipación cuán grande será la prueba es posible que dijeras: “Sé que no la podré soportar”. Pero, para tu asombro y el de los demás, el apoyo divino viene siempre con la prueba.

Vivimos con el temor del día en que nuestro Señor llame a sus seres queridos. Creemos que nuestro pequeño mundo se desmoronará y que no podremos hacerle frente a la situación. Pero no debemos pensar así. Sabemos que la presencia y el poder del Señor se harán presentes de una manera que nunca antes hemos experimentado.

Muchos de nosotros hemos estado al borde de la muerte en accidentes y situaciones de extremo peligro. En vez de encontrarnos llenos de pánico en esos momentos, hemos comprobado cómo Dios ha llenado de paz nuestras almas. Sabemos que es el Señor que viene a ayudarnos.

Cuando leemos las historias de aquellos que dieron sus vidas con heroísmo por amor de Cristo, comprendemos de una manera nueva que Dios da “gracia de mártir para los días del martirio”. El valor ardiente de los mártires estuvo más allá de la intrepidez humana. Su audaz testimonio vino de arriba.

Preocuparse de antemano por las necesidades sólo produce úlceras. La verdad es que Dios no concede gracia y fortaleza hasta que éstas se necesitan. Como D. W. Whittle dijo:

Nada tengo que ver con el mañana,

de su afán el Señor me guardará;
No puedo tomar prestadas su fuerza y gracia,
¿por qué prestadas sus preocupaciones pediré?

Las memorables líneas de Annie Johnson Flint son siempre

oportunas.

“Su gracia es mayor si las cargas aumentan,
Su fuerza es mayor si la prueba es más cruel.
Si es grande la lucha, mayor es Su gracia,
Si más son las penas, mayor es Su paz.
Si nuestros recursos se han agotado,
Si fuerzas nos faltan para terminar,
Si al punto ya estamos de desanimarnos,
El tiempo ha llegado en que Dios obrará”.

20 de JUNIO

“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas” (Proverbios 31:10).

¿Qué es lo que un esposo cristiano desea de su esposa? Lo siguiente es una lista de sugerencias. Confío, en que el que lea entienda que es imposible que todo lo que en ella se enumera esté presente en una mujer.

En primer lugar, debe ser una mujer piadosa, que no sólo ha nacido de nuevo sino que tiene un sentir espiritual. Pone a Cristo en el primer lugar de su vida. Es una mujer de oración y es activa en el servicio del Señor. Es una mujer de carácter e integridad cristianas a quien su marido respeta, y que a su vez respeta a su marido.

Toma el lugar de sujeción que Dios le ha dado y ayuda activamente a su esposo para que tome su lugar como cabeza del hogar... Es fiel a sus votos matrimoniales... Es esposa amorosa y madre cuidadosa de sus hijos... Es pulcra y atractiva; no va a los extremos en el vestido; sabe ser femenina sin ser remilgada.

Como esposa ideal es una buena ama de casa. Acepta que el hogar es su lugar de ministerio, ella misma lo mantiene limpio y ordenado. Administra los asuntos de su hogar con eficiencia. Sirve comidas sabrosas regularmente, abre las puertas de su casa a los demás. Se orienta a su marido, no viceversa, y comparte las mismas metas e intereses que él.

Cuando surgen diferencias, está dispuesta a resolverlas hablando con franqueza sus problemas en vez de guardarlos en secreto, poner mala cara o irritarse. Si algo ha hecho mal, se disculpa y reconoce sus errores.

No es murmuradora ni se entremete en los asuntos ajenos. Tiene un espíritu afable y apacible y no es contenciosa o crítica.

Esta esposa coopera para vivir dentro de los límites económicos del

marido. No vive obsesionada por el deseo de poseer cosas lujosas, y no se afana en ser más que los demás. Si es necesario, está decidida a aceptar la adversidad.

Se entrega alegremente a su esposo para disfrutar juntos del deber conyugal sin mostrarse pasiva, insensible o indiferente.

Es digna de toda confianza. Además es optimista, siempre está animada y de buen humor y no se le va el sueño tratando de escalar altas posiciones en la sociedad.

Cuando los esposos encuentren éstas y otras cualidades en sus esposas deben estar agradecidos. Ellas, a su vez, pueden emplear estas sugerencias como ayuda para ascender más alto.

21 de JUNIO

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

¿Qué es lo que una esposa cristiana desea hallar en su marido? Su prioridad debe ser en cuanto a la vida espiritual, y no la apariencia física.

Es un hombre de Dios que busca primero el reino de Dios y su justicia. Su objetivo es servir al Señor y mostrarse activo en la asamblea local. En su hogar cultiva y mantiene un altar familiar. Es ejemplo de los creyentes, y sabe tomar su lugar como cabeza del hogar sin convertirse en un tirano.

Ama a su esposa, y lo demuestra en el liderazgo de su pareja. Por lo tanto gana su sujeción, sin tener que exigirla. Siempre la respeta y en toda ocasión la trata con cortesía y consideración. Es fiel, comprensivo, paciente, amable, solícito, considerado y alegre.

El esposo ideal es buen proveedor, diligente en los negocios, si bien el dinero no es lo más importante en su vida. No es avaro ni codicioso.

Ama a sus hijos, les educa en la disciplina y corrección del Señor, pasa tiempo y planea actividades con ellos, siempre les da buen ejemplo y atiende a cada uno en particular.

Es amante de la hospitalidad. Su casa está abierta a los siervos del Señor, a todos los cristianos y a los inconversos.

Mantiene una buena comunicación con su esposa y familia. Entiende y acepta sus limitaciones y puede reírse amablemente cuando cometen errores. Comparte con ellos lo social e intelectual. Cuando comete un fallo, es presto para admitir su error y disculparse. Está abierto a las sugerencias de la familia. Es deseable que él sepa llevar la familia cuando su mujer esté enferma.

Otras características que lo hacen atractivo son su pulcritud y arreglo personal. Además, es desinteresado, honesto, gentil, confiable, leal, generoso y agradecido. Tiene un buen sentido del humor y no es quejumbroso ni gruñón.

Son pocos los hombres que encarnan todas estas virtudes y sería poco realista esperar que todas estén presentes. Sin embargo, una esposa debería estar agradecida por las cualidades que encuentra en él y ayudarle amorosamente a desarrollar las que todavía no tiene.

22 de JUNIO

“Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21).

A veces parece que los cristianos son especialmente propensos a aceptar modas pasajeras y vientos de doctrina. John Blanchard contaba acerca de dos conductores de autobús que cambiaban impresiones. Cuando uno de ellos mencionó que en una ocasión su autobús se llenó de cristianos, el otro le dijo: “¿Cómo sabías que eran cristianos? ¿En qué creían?” a lo que el primero contestó: “¡Cualquier cosa que les decía!”

Puede ser una moda alimenticia. Se denuncian ciertos alimentos como venenosos y a otros les achacan propiedades casi mágicas. Siempre aparece por ahí alguna medicina de moda que, por estar hecha de alguna raíz misteriosa, augura resultados espectaculares.

Los cristianos son especialmente cándidos cuando se les pide dinero. Responden fácilmente a la publicidad que involucra a huérfanos o desastres, sin investigar la integridad de la agencia que la patrocina. Los impostores florecen entre los creyentes. No importa cuán ridícula sea su historia lacrimógena, son capaces de amasar buenas fortunas.

Quizás el problema consiste en que no podemos distinguir entre fe y credulidad. La fe descansa en la cosa más segura del universo que es la Palabra de Dios. La credulidad acepta las cosas como un hecho, sin evidencia, y algunas veces frente a la evidencia de lo contrario.

Dios no quiere que los creyentes renuncien a su capacidad de discernimiento o facultad crítica. La Biblia está llena de exhortaciones de este tipo:

“Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Ts. 5:21).

“...si entresacares lo precioso de lo vil” (Jer. 15:19).

“Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento” (Fil. 1:9).

“Amados, no creáis a todo espíritu sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo” (1 Jn. 4:1).

El peligro es especialmente grande en lo que toca a modas doctrinales y novedades. Pero en muchas otras áreas es posible que confundan o estafen a los cristianos con trucos y extravagancias que engañadores y estafadores inventan con sagacidad inagotable.

23 de JUNIO

“...los que durmieron en él” (1 Tesalonicenses 4:14).

¿Cómo hemos de reaccionar cuando uno de nuestros seres queridos muere en el Señor? Algunos cristianos se derrumban emocionalmente. Otros, aunque afligidos, son capaces de sostenerse heroicamente. Todo depende de cuán profundamente estemos arraigados en Dios y hasta qué punto nos hayamos apropiado de las grandes verdades de nuestra fe.

En primer lugar, debemos ver la muerte desde el punto de vista del Salvador. Es una respuesta a lo que Él oro en Juan 17:24, “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria...” Cuando nuestros seres queridos van a estar con Él, Él ve el fruto de Su aflicción y queda satisfecho (Is. 53:11). “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos” (Sal. 116:15).

En segundo lugar, debemos tomar en consideración qué significa la muerte para aquel que la experimenta. Se le permite ver al Rey en Su hermosura. Es librado para siempre del pecado, la enfermedad, el sufrimiento y las penas. Es arrebatado de la aflicción (Is. 57:1). “Nada se compara con la partida de un santo de Dios ...llegar a la casa del Padre, dejar atrás aquellos viejos terrones de lodo, ser libertado de la esclavitud de lo material, recibido por la innumerable compañía de ángeles”. Ryle escribió: “En el mismo momento en que los creyentes mueren, entran al paraíso. Han peleado la batalla, su contienda ha terminado. Por fin tocan el otro lado de ese valle tenebroso por el que un día hemos de caminar. Desembarcan en la otra orilla de ese oscuro río por el que algún día tenemos que cruzar. Han

bebido esa última copa amarga que el pecado ha mezclado y preparado para el hombre. Han llegado a aquel lugar donde la pena y el gemido ya no existen más. ¡Ciertamente no debemos desear que regresen otra vez! Es por nosotros mismos y no por ellos que tenemos que llorar”. La fe se apropia esta verdad y se fortalece como árbol plantado junto a corrientes de aguas.

Para nosotros, la muerte de un ser querido va acompañada de tristeza. Pero no debemos entristecernos como los demás que no tienen esperanza (1 Ts. 4:13). Sabemos que nuestros seres queridos están con Cristo, lo que es muchísimo mejor. Sabemos que la separación es tan sólo por un poco de tiempo. Después nos reuniremos en las laderas de

la tierra de Emanuel, y nos volveremos a ver en mejores circunstancias que en las que nos conocimos aquí abajo. Esperamos con ansia la venida del Señor cuando los muertos en Cristo resucitarán primero, luego nosotros los que vivamos, los que hallamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Ts. 4:16,17). Esta esperanza hace la diferencia.

El consuelo de Dios no es demasiado pequeño (Job 15:11). Nuestra tristeza está mezclada con gozo, y nuestro sentido de pérdida está más que compensado con la promesa de una bendición eterna.

24 de JUNIO

“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios” (Marcos 10:14).

La muerte de los niños ha representado siempre una prueba especialmente severa para la fe del pueblo de Dios, y es importante tener sólidas amarras para mantenernos en tal ocasión.

Una creencia entre algunos cristianos es que los niños que mueren antes de alcanzar “la edad de responsabilidad” son salvos por medio de la sangre de Jesús. He aquí algunas de sus razones: el niño no tiene capacidad para aceptar o rechazar al Salvador, de manera que Dios le cuenta a su favor todo el valor de la obra de Cristo en la Cruz. Es salvo por la muerte y resurrección del Señor Jesús, aun cuando no pudo entender plenamente el valor salvífico de esa obra.

En lo que respecta a esta “edad de la responsabilidad”, nadie sabe cuando se alcanza, porque Dios no habla de ella. Sería diferente en cada caso ya que un niño puede madurar más pronto que otro.

Aun cuando la Escritura no afirma específicamente que los niños que mueren antes de la edad de la responsabilidad van al cielo, hay dos argumentos bíblicos que apoyan esta idea. El primero es el versículo de este día: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios” (Mr. 10:14). Prestemos atención a lo que dice de los niños: “...de los tales es el reino de Dios”. No afirma que tienen que llegar a ser adultos para que puedan entrar al reino de Dios, sino que ellos mismos son una ilustración de los que están en el reino de Dios. Éste es un argumento fuerte a favor de la salvación de los niños pequeños.

Otro argumento es el siguiente. Cuando Jesús se refiere a los adultos afirma que: “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se

había perdido” (Lc. 19:10). Pero cuando habla de los niños, no hace mención de “buscar,” sino que dice: “El Hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido” (Mt. 18:11). La idea es que los niños no se apartan como sucede con los adultos, y que cuando llega la muerte, el Salvador los reúne soberanamente en Su rebaño. El argumento razona así: aunque nunca llegaron a conocer la obra de Cristo, y Dios lo sabe, les imputa el valor salvador de ésta.

En todo caso, no debemos cuestionar la providencia de Dios cuando se lleva a nuestros niños. Jim Elliot escribió: “No debo pensar que sea impropio que Dios se lleve en la juventud a aquellos que yo habría retenido en la tierra hasta que fueran más grandes. Dios está poblando la eternidad, y no debo limitarlo a los ancianos y ancianas”.

25 de JUNIO

“¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!” (2 Samuel 18:33).

Ignoramos si Absalón era salvo o no, pero los gemidos de su padre reflejan el dolor que muchos creyentes experimentan cuando muere algún pariente inconverso, por quien quizás oraron por muchos años. ¿Hay algún bálsamo en Galaad para tal ocasión? ¿Qué postura adopta la Escritura?

En primer lugar, no siempre podemos estar seguros si la persona en realidad murió sin Cristo. Hemos escuchado el testimonio de un hombre que fue arrojado por un caballo y que confió en Cristo: “entre el suelo y el estribo, misericordia buscó y misericordia encontró”. Otro hombre se cayó de la pasarela de un barco y antes de que su cuerpo tocara el agua, se convirtió. Si hubieran muerto en aquellos contratiempos, nadie hubiera sabido que murieron en la fe.

Creemos que es posible que una persona se salve estando en coma. Los médicos nos dicen que una persona en estado de coma a menudo puede escuchar y entender lo que se dice en la habitación, aunque no pueda hablar. Si se puede oír y entender, ¿qué impide que alguien reciba a Jesucristo por un acto concreto de fe?

Pero supongamos lo peor: que la persona muere sin ser salva. En ese caso, ¿cuál debe ser nuestra actitud? Debemos ponernos del lado de Dios contra nuestra propia carne y sangre. Si alguien muere en sus pecados no es la culpa o el error de Dios; porque a un coste excepcional, Dios ha provisto un medio por el que la gente puede ser salva de sus pecados. La salvación es don gratuito, totalmente aparte de cualquier idea de deuda o

mérito. Si los hombres rechazan el don de la vida eterna, ¿qué más puede hacer Dios? Ciertamente no podrá poblar el cielo con los que no desean estar ahí; entonces dejaría de ser el cielo.

Si algunos de nuestros seres queridos entran en la eternidad sin esperanza, todo lo que podemos hacer es compartir el dolor y la congoja del Hijo de Dios, quien, llorando sobre Jerusalén, decía: “Cuántas veces quise... mas no quisiste”.

Sabemos que el Juez de toda la tierra hará lo que es justo (Gn. 18:25). Afirmamos su perfecta justicia cuando castiga a los que se pierden así como cuando salva a los pecadores que se arrepienten.

26 de JUNIO

“El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él... Jesús... tuvo compasión de ellos” (Marcos 6:31-34).

Por regla general nos enfadamos cada vez que nos interrumpen. Me avergüenzo al recordar todas las veces que me he impacientado con la demanda inesperada de alguien que me impedía llevar a cabo alguna tarea en que me ocupaba. Quizás estaba escribiendo, y las palabras fluían con facilidad. De repente sonaba el teléfono o alguien estaba a la puerta con necesidad de consejo. Era una intrusión inoportuna.

El Señor Jesús nunca se disgustó por las interrupciones. Las aceptaba como parte del plan de Su Padre para ese día. Esto daba un tremendo aplomo y serenidad a Su vida.

En realidad, la frecuencia con la que se nos interrumpe indica el grado de nuestra utilidad. Un escritor del Digest Anglicano dijo: “Cuando te exasperes con las interrupciones, trata de recordar que su misma frecuencia muestra lo valioso de tu vida. Solamente a aquellos que son fuertes y pueden ayudar se les carga con las necesidades de los demás. Las interrupciones que nos enfadan son credenciales que manifiestan la importancia de nuestro servicio. La condenación más grande en la que podemos incurrir, y es un peligro contra el que debemos guardarnos, es llegar a ser demasiado independientes, tan inútiles, que nadie jamás nos interrumpa, hasta que finalmente se nos deja solos por completo”.

Todos nos sonreímos nerviosamente cuando leemos del incidente

ocurrido a una ocupada ama de casa. Cierta día en que su agenda se desbordaba de actividades, vio que su esposo llegaba a casa más temprano de lo acostumbrado. “¿Qué estás haciendo aquí?” le preguntó con enfado apenas disimulado. “vivo aquí”, contestó el marido con una sonrisa dolida. Ella escribió más tarde: “Desde aquel día me he sentido con la obligación de dejar a un lado mi trabajo cada vez que mi esposo llega a casa. Le doy una amorosa bienvenida y le hago saber que él es realmente lo más importante”.

Cada mañana debemos encomendar el día al Señor, pidiéndole que arregle cada detalle. Si alguien nos interrumpe, es porque Él ha enviado a esa persona. Debemos averiguar cuál es la razón y ministrarla. Esa podría ser la actividad más importante del día, aun si viene disfrazada de interrupción.

27 de JUNIO

“Pero se salvará engendrando hijos...” (1 Timoteo 2:15).

A juzgar por las limitaciones que Pablo impone al ministerio de la mujer en la iglesia, podría parecer que la ha reducido a un cero a la izquierda. Por ejemplo, no le permite enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio (v. 12). Algunos podrían con esto llegar a la conclusión que la fe cristiana relega a la mujer a un lugar inferior.

Pero el versículo 15 aclara cualquier malentendido semejante. “Pero se salvará engendrando hijos...”. Claramente esto no se refiere a la salvación del alma, sino más bien a su posición como mujer, o su posición en la iglesia. A la mujer se le concede el enorme privilegio de educar a sus hijos e hijas para Dios.

William Ross Wallace decía: “La mano que mece la cuna es la mano que gobierna al mundo”. Detrás de cada gran líder hay una gran madre.

Es dudoso que Susana Wesley alguna vez ministrara desde un púlpito, pero su ministerio en el hogar ha tenido un alcance mundial a través de sus hijos Juan y Carlos.

En el mundo está de moda que las mujeres abandonen el hogar para conseguir sus propias carreras y empleos en el mundo profesional o de los negocios. Educadas en el mundo, les parece que el trabajo del hogar es monótono y criar una familia es un quehacer innecesario.

En un almuerzo de mujeres cristianas, la conversación se encaminó al tema de las carreras. Cada una se extasiaba departiendo acerca de su posición y salario. ¡En aquel lugar dominaba un espíritu de rivalidad! Finalmente alguien se dirigió a una mujer que tenía tres vigorosos hijos y le

preguntó: “¿Y cuál es tu carrera, Carlota?” Y ella contestó humildemente: “Crío hombres para Dios”.

La hija del Faraón le dijo a la madre de Moisés: “Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré” (Éx. 2:9). Quizás nos llevaremos una gran sorpresa cuando estemos ante el Tribunal de Cristo y nos enteremos de los altos salarios que el Señor paga a aquellas mujeres que se consagran para criar niños y niñas para Él y para la eternidad.

Sí, “se salvará engendrando hijos...” El lugar de una mujer en la iglesia no es el del ministerio público, pero quizás el ministerio consagrado de criar hijos es de mucha mayor importancia a los ojos de Dios.

28 de JUNIO

“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:16).

Si este fuera el único versículo en las Escrituras que abordan el tema, podríamos concluir justificadamente que la salvación se consigue por la fe más el bautismo. Sin embargo, hay 150 versículos más en el Nuevo Testamento que condicionan la salvación a la fe sólo. Por lo cual concluimos que uno o dos versículos como el de este día, no pueden contradecir a los otros 150.

Aunque el bautismo no es esencial para la salvación, es indispensable como expresión de obediencia. La voluntad de Dios es que todos los que han confiado en Su Hijo como Señor y Salvador, se identifiquen públicamente con Él en las aguas del bautismo de los creyentes.

El Nuevo Testamento no contempla tal anomalía como la de un creyente sin bautizar. Esto supone que cuando una persona es salva, se bautizará. En el libro de los Hechos, los discípulos practicaban lo que podríamos llamar el “bautismo instantáneo”. No esperaban tener un buen grupo, ni un servicio formal ni el comfortable escenario de un local de iglesia, sino que, sobre la base de su profesión de fe, la persona era bautizada sin demora.

La secuencia entre creer y ser bautizado es tan estrecha que la Biblia habla de ambos simultáneamente: “El que crea y sea bautizado...”

En nuestro afán por evitar la enseñanza no bíblica de la regeneración bautismal, permitimos con frecuencia que el péndulo vaya demasiado lejos en la dirección opuesta. La gente se queda con la idea

equivocada de que en realidad no importa si se bautizan o no. Pero sí importa.

Oímos a veces a alguien que afirma con mucha verbosidad: “para ir al cielo no necesito estar bautizado”. Generalmente contesto: “Sí, es verdad, usted puede ir al cielo sin ser bautizado, pero se quedará sin bautismo por toda la eternidad”. No habrá oportunidad para el bautismo allá en el cielo. Acudir al bautismo es uno de los actos en los que podemos obedecer al Señor ahora o nunca.

Todos los que han confiado en Jesucristo como Señor y Salvador no deben posponer el tiempo de su bautismo. De este modo se identifican con Él en Su muerte y resurrección y se comprometen públicamente a caminar con Él en novedad de vida.

29 de JUNIO

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Aquí tenemos un concepto que ha revolucionado y transformado a muchas vidas.

La duplicación del “de cierto” o “en verdad” al comienzo de la frase nos pone sobre aviso para esperar algo de gran importancia y no seremos defraudados.

“Os digo”. El “Yo” implícito es el Señor Jesús; lo sabemos por el versículo 19. Lo que también hemos de saber es que cuando Jesucristo dice algo, es verdad absoluta e invariable. No puede mentir, engañar ni ser engañado. Nada es más seguro y confiable que lo que Él dice.

¿A quiénes habla? “Os digo”. El Eterno Hijo de Dios nos habla a ti y a mí. Nunca alguien tan ilustre nos ha dirigido la palabra. ¡Es imperativo escucharle!

“El que oye mi palabra”. “El” significa “cualquiera”. Tiene la misma fuerza del “quienquiera que”. Oír Su Palabra no sólo significa escucharla con los oídos, sino oír y creer, oír y recibir, oír y obedecer.

“...y cree al que me envió”. Sabemos que fue Dios el Padre quien le envió, pero la pregunta importante es: “¿Para qué lo envió?” Debo creer que el Padre envió a su Hijo para que muriera como mi Sustituto y recibiera el castigo que merecía. Derramó Su sangre para la remisión de mis pecados.

Y ahora viene la triple promesa. Primera: “tiene vida eterna”. Tan pronto como una persona cree, posee la vida eterna. Así de sencillo.

Segunda: “no vendrá a condenación”. Esto significa que nunca será enviado al infierno a consecuencia de sus pecados, porque Cristo ha pagado la deuda, y Dios no demandará el pago dos veces. Tercera: “ha pasado de muerte a vida”. Pasa de una condición en la que está muerto espiritualmente en lo que respecta a su relación con Dios, y donde nace de nuevo a una nueva vida que nunca terminará.

Si has oído verdaderamente Su Palabra y has creído en el Padre que le envió, entonces el Señor Jesucristo te asegura que eres salvo.

¡Con razón se llaman “Buenas Nuevas”!

30 de JUNIO

“Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec” (Éxodo 17:11).

Israel combatía contra las fuerzas de Amalec. En la cumbre de un collado Moisés observaba el campo de batalla. La posición de la mano de Moisés significaba la diferencia entre la victoria y la derrota. Cuando levantaba la mano, hacía retroceder a Amalec; cuando la bajaba, Israel retrocedía.

La mano levantada de Moisés describe al Señor Jesús como nuestro Intercesor, “por nosotros Sus manos levantó en compasión y amor”. Por Su poderosa intercesión somos salvos hasta lo sumo. Pero hasta aquí el tipo encuentra cumplimiento, porque Su mano nunca baja. No necesita de ayuda exterior porque nunca se fatiga. Vive siempre para interceder por nosotros.

Hay otra manera en la que podemos aplicar este incidente, esto es, a nosotros, como guerreros de oración. La mano levantada describe nuestra intercesión fiel a favor de aquellos creyentes que están entregados a la guerra espiritual en los campos de misión del mundo. Cuando descuidamos el ministerio de la oración, el enemigo prevalece.

Un misionero y su grupo tuvieron que pasar una noche en una área infestada de bandoleros. Se encomendaron al cuidado del Señor, durmieron y a la mañana siguiente partieron. Meses más tarde, cuando el jefe de los bandidos fue herido y llevado a un hospital de la misión, reconoció al misionero. “Intentamos robarte esa noche en el campo abierto”, dijo, “pero tuvimos temor de tus veintisiete soldados”.

Más tarde, cuando el misionero relató todo esto en una carta a su iglesia, uno de los miembros dijo: “Tuvimos una reunión de oración esa

misma noche y había veintisiete de nosotros”.

Cuando Dios nos mira allí,
En el lugar secreto de la oración clamando,
Entonces amaina la marea de la batalla,
La flama de la conquista arde,

Y el estandarte de la verdad ondea,
¡Los enemigos se escabullen y Satán se acobarda!
¡Entonces el lamento vacilante de temor
Se convierte en resonante aclamación!
Llévanos, Señor, oh, llévanos allí,
Donde aprendamos el poder de la oración.

Podemos ver algo más en este incidente. El Señor juró que tendría guerra con Amalec de generación en generación. Amalec es un tipo de la carne. El cristiano debe librar una batalla incesante contra la carne, y la oración es una de sus armas principales. Una vida constante de oración a menudo hace la diferencia entre la victoria y la derrota.

1 de JULIO

“...conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

Es muy normal y comprensible que nosotros como cristianos nos preguntemos si identificaremos a nuestros seres queridos en el cielo. Mientras que no hay ninguna Escritura que trate específicamente el tema, hay algunos argumentos que nos llevan a una conclusión positiva.

En primer lugar, los discípulos reconocieron a Jesús en Su cuerpo glorificado resucitado. Su apariencia física era igual. No había duda que se trataba de “este mismo Jesús”. Esto sugiere que también tendremos nuestras propias características distintivas en el cielo, aunque de manera glorificada. Nada se indica aquí que nos veremos todos iguales. Cuando se dice en 1 Juan 3:2 que seremos como el Señor Jesús, significa que seremos moralmente como Él. Es decir, libres para siempre del pecado y sus consecuencias. Pero ciertamente no nos pareceremos a Él al grado de que nos lleguen a confundir con Él. ¡Jamás!

Segundo, no hay razón para creer que conoceremos menos en el cielo que lo que conocemos aquí. Aquí nos reconocemos unos a otros; ¿por qué debería ser extraño que allá nos reconociéramos unos a otros? Si conoceremos entonces como somos conocidos ahora, eso debe ser decisivo.

Pablo esperaba conocer a los tesalonicenses en el cielo. Decía que ellos eran su esperanza, gozo y corona de que se gloriaría (1 Ts. 2:19).

Hay indicaciones en la Biblia que a la gente le es dada y le será dada la capacidad de reconocer a aquellos que nunca han visto antes. Pedro, Santiago y Juan reconocieron a Moisés y a Elías en el Monte de la Transfiguración (Mt. 17:4).

El hombre rico en el Hades reconoció a Abraham (Lc. 16:24). Jesús dijo a los judíos que verían a Abraham, Isaac, Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios (Lc. 13:28). Se nos manda que hagamos amigos por medio de las riquezas injustas, para que nos reciban en las moradas eternas (lo que asume que nos reconocerán como sus benefactores, Lc. 16:9).

¡Pero hay que añadir una palabra de advertencia! Mientras que parece claro que identificaremos a nuestros seres amados en el cielo, no los conoceremos en las mismas relaciones que existían en la tierra. Por ejemplo, la relación esposo-esposa ya no estará más vigente. Este parece ser el claro significado de las palabras del Salvador en Mateo 22:30, "...en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento".

2 de JULIO

"Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (Lucas 10:41-42).

María estaba sentada tranquilamente a los pies de Jesús, escuchando Su Palabra. Marta estaba agitada y nerviosa en su servicio, resentida porque María no le echara una mano para ayudarla. El Señor Jesús no corrigió a Marta por su servicio sino por el espíritu en que lo hacía. Aquí se sugiere que las prioridades de Marta estaban equivocadas; no debió haber puesto el servicio por encima de la adoración.

Muchos de nosotros somos como Marta. Somos más bien realizadores y ejecutores, que preferimos hacer a quedarnos sentados. Nos sentimos orgullosos de ser organizados, eficientes y capaces para realizar las cosas. Estamos tan preocupados por nuestro trabajo que nuestras lecturas bíblicas por la mañana se interrumpen a menudo al recordar las sesenta cosas que tenemos que hacer. Nuestras oraciones tienden a ser ajetreadas porque nuestra mente vaga desde Dan a Beerseba, haciendo planes para todo el día. Nos resentimos con facilidad cuando otros no cogen un trapo y ayudan. Sentimos que todos deben hacer lo que estamos haciendo nosotros.

También están aquellos que son como María. Son amantes, en el buen sentido. Sus vidas rebosan afecto por los demás. Para ellos la gente es más importante que las ollas y las sartenes. Una Persona en particular es el Objeto de su afecto. No son perezosos, aunque así nos lo podría parecer a nosotros, los "Martas". Sencillamente tienen diferentes prioridades.

Apreciamos a una persona que es cálida y amorosa más que a otro que es gélidamente capaz y eficiente. Nuestros corazones se sienten atraídos por un niño que nos colma de abrazos y besos más que por un niño

que está tan ocupado con sus juguetes que no nos presta atención.

Alguien ha dicho bien que Dios está más interesado en nuestra adoración que en nuestro servicio; el Novio celestial está cortejando a una novia, no contratando a una sirva.

Cristo nunca pide tal trabajo fatigoso
Que no de tiempo para sentarse a Sus pies
La paciente actitud de expectativa
La ve como un servicio más completo y fiel.

María escogió la buena parte, la cual no le será quitada. ¡Ojalá todos hagamos lo mismo!

3 de JULIO

“No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Hebreos 13:2).

La hospitalidad no es tan sólo una obligación sagrada: “no os olvidéis de la hospitalidad”; lleva consigo la promesa de sorpresas gloriosas: “por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”.

Para Abraham, todo comenzó como otro día habitual. Repentinamente, tres hombres aparecieron ante él cuando estaba sentado a la puerta de su tienda. El patriarca reaccionó de la manera típica del medio oriente: les lavó los pies, dispuso un fresco lugar de descanso para ellos bajo un árbol, salió al rebaño a por un ternero, le pidió a Sara que preparara algunos panes y en seguida les sirvió una comida suntuosa.

¿Quiénes eran estos hombres? Dos de ellos eran ángeles; el tercero era **el ángel de Jehová**. Creemos que **el ángel de Jehová** era el Señor Jesús apareciendo como Hombre (ver Gn. 18:13 donde el ángel es llamado “Jehová”).

De esta manera Abraham hospedó no solamente ángeles, sino que albergó al Señor mismo en una de Sus muchas apariciones pre-encarnadas. Y ¡podemos tener el mismo privilegio, aunque nos parezca sorprendente!

Cuántas familias cristianas pueden testificar de las bendiciones recibidas por hospedar en sus casas a hombres y mujeres piadosos. Los hijos de la casa que los han visto pasar a lo largo de sus vidas han sido grandemente impresionados por Dios. El celo por el Señor ha sido reavivado, los corazones entristecidos han sido confortados y los problemas han sido resueltos. ¡Cuánto debemos a estos “ángeles” cuya sola presencia es una bendición en el hogar!

Pero es también nuestro privilegio incomparable tener al Señor Jesús como huésped. Siempre que recibimos a alguien de Su pueblo en Su Nombre, es como si le recibiésemos a Él (Mt. 10:40). Si realmente creemos esto, gastaremos y nos dejaremos gastar en el maravilloso ministerio de la hospitalidad como nunca antes. Nos hospedaremos “los unos a los otros sin murmuraciones” (1 P. 4:9), y trataremos a cada invitado como trataríamos a Cristo mismo. Nuestros hogares serán como el de María y Marta en Betania, donde a Jesús le gustaba estar.

4 de JULIO

“¿No volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti?” (Salmo 85:6).

Un estado de decaimiento es a menudo como un cáncer; no sabemos que lo tenemos. Podemos irnos haciendo gradualmente tan fríos espiritualmente que no nos damos cuenta cuán carnales hemos llegado a ser en realidad. Algunas veces se necesita una tragedia, una crisis o la voz de algún profeta de Dios para despertarnos de nuestra necesidad desesperada. Sólo entonces podemos reclamar la promesa de Dios: “Derramaré aguas sobre el sequedal y ríos sobre la tierra árida” (Is. 44:3).

Necesito un avivamiento cuando he perdido mi ánimo entusiasta por la Palabra de Dios, cuando mi vida de oración ha caído en una insulsa rutina (o ha caído por completo), cuando he dejado mi primer amor. Necesito un toque avivador de Dios cuando tengo más interés en lo que vierten en la tele que en la reunión de la asamblea local, cuando llego a tiempo al trabajo pero tarde a las reuniones, cuando no falto en mi trabajo pero mi asistencia es espasmódica en la asamblea. Necesito ser avivado cuando estoy dispuesto a hacer por el dinero lo que no haga por el Salvador, cuando gasto más dinero para satisfacerme que en la obra del Señor.

Necesitamos avivamiento cuando guardamos rencores, resentimientos y amargos sentimientos. Cuando somos culpables de chismorrear y maldecir y recibimos palabras chismosas como si fuesen caramelos. Cuando no estamos dispuestos a confesar nuestros errores o a perdonar a otros cuando nos confiesan sus faltas. Necesitamos ser avivados cuando peleamos como perros y gatos en casa, y luego

aparecemos en la asamblea con una “cara de reunión” como si fuéramos dulzura y luz. Necesitamos ser avivados cuando nos hemos conformado al mundo en nuestro hablar, nuestro caminar y todo nuestro estilo de vida. ¡Qué grande es nuestra necesidad cuando somos culpables de los pecados de Sodoma, soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad! (Ez. 16:49).

Tan pronto como nos damos cuenta de nuestra frialdad y esterilidad, podemos reclamar la promesa de 2 Crónicas 7:14, “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y

buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”.

¡La confesión es el camino que lleva al avivamiento!

Oh Espíritu Santo, el avivamiento viene de Ti;

Envía un avivamiento, comienza la obra en mí.

Tu palabra declara que suplirás la necesidad.

Tus bendiciones ahora, imploro con humildad.

J. Edwin Orr

5 de JULIO

“No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías”
(1 Tesalonicenses 5:19-20).

Cuando pensamos en apagar, generalmente lo relacionamos con fuego. Apagamos el fuego cuando arrojamos agua sobre él. De este modo lo extinguimos por completo o reducimos grandemente su alcance y eficacia.

El fuego se emplea en las Escrituras como un tipo del Espíritu Santo. Él es ferviente, abrasador y entusiasta. Cuando las personas están bajo el control del Espíritu, son resplandecientes, ardientes y desbordantes. Apagamos el Espíritu cuando suprimimos Su manifestación en las reuniones del pueblo de Dios.

Pablo dice: “No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías”. La manera en la que vincula apagar al Espíritu con el desprecio a las profecías nos lleva a creer que apagar tiene que ver ante todo con las reuniones de la iglesia local.

Apagamos al Espíritu cuando hacemos que un hombre se avergüence de su testimonio por Cristo, sea en la oración, la adoración o el ministerio de la Palabra. Una cosa es la crítica constructiva, pero cuando criticamos a un hombre por palabras o detalles quisquillosos, le desanimamos o hacemos que tropiece en su ministerio público.

También apagamos al Espíritu cuando tenemos servicios tan organizados que le oprimen como una camisa de fuerza. Si se disponen las cosas en dependencia del Espíritu Santo, nadie puede objetar. Pero si los arreglos se hacen sobre la base del ingenio humano dejan al Espíritu Santo como un mero espectador en lugar de ser el director.

Dios ha dado muchos dones a la iglesia. Concede dones diferentes para tiempos diferentes. Quizás un hermano tiene una palabra de exhortación

para la congregación. Si todo ministerio público se centra en los mismos hombres, entonces el Espíritu no tiene libertad para suscitar el mensaje necesario para el tiempo apropiado. Este es otro modo de apagar al Espíritu.

Por último, apagamos al Espíritu cuando rechazamos Su impulso en nuestras vidas. Quizás somos movidos poderosamente a ministrar sobre cierto tema pero nos abstenemos por temor al hombre. Nos sentimos impulsados a guiar la oración pública pero permanecemos sentados por timidez. Pensamos en un himno que sería especialmente apropiado pero carecemos del valor para anunciarlo.

El resultado que se produce es que el fuego del Espíritu se apaga, nuestras reuniones pierden su espontaneidad y poder y el cuerpo local se empobrece.

6 de JULIO

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30).

Así como es posible apagar al Espíritu en las reuniones de la iglesia, es posible contristarlo en nuestra vida privada.

Hay cierta ternura en la palabra “contristar”. Solamente podemos entristecer a alguien que nos ama. Los mocosos del vecindario no nos contristan, pero nuestros propios hijos traviesos sí.

El Espíritu Santo nos ha dado un lugar especial de cariño e intimidad. Él nos ama y nos ha sellado para el día de la redención. Podemos entristecerlo.

Pero ¿qué es lo que lo entristece? Cualquier forma de pecado trae dolor a Su corazón. No es por accidente que Pablo aquí le llama Espíritu **Santo**. Cualquier cosa que es **profana** le agobia con tristeza.

La exhortación “no contristéis” viene en medio de una serie de pecados contra los cuales estamos advertidos. La lista no intenta ser exhaustiva sino solamente sugestiva.

Mentir entristece al Espíritu (v. 25): mentiras “piadosas”, mentiras negras, mentirijillas, exageraciones, medias verdades y verdades matizadas. Dios no puede mentir y no le puede dar ese privilegio a Su pueblo.

La ira que se desborda en pecado contrista al Espíritu (v. 26). La única vez que la ira se justifica es cuando es por la causa de Dios. Todas las otras formas de ira dan lugar al diablo (v. 27).

Robar entristece al Espíritu Santo (v. 28), sea del monedero de la madre o el tiempo de nuestro empleado, herramientas o artículos de oficina.

Las palabras corrompidas contristan al Espíritu Santo (v. 29). Esto recorre toda una gama que va desde bromas sucias e incitantes hasta charlas

frívolas. Nuestra conversación debe ser edificante, apropiada y sazónada con sal.

La amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia completan la lista del capítulo 4.

Uno de los ministerios favoritos del Espíritu Santo es mantenernos ocupados con el Señor Jesucristo. Pero cuando pecamos, tiene que apartarse de este ministerio para restaurarnos a la correcta comunión con el Señor.

Pero aún entonces nunca se entristece para siempre. Nunca nos deja. Estamos sellados por Él para el día de la redención. Sin embargo, esto no debe usarse para excusar nuestros descuidos sino que debe ser uno de los motivos más grandes para la santidad.

7 de JULIO

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Consideradas en sí mismas, las aflicciones del tiempo presente pueden ser espantosas. Reflexiono en los horribles sufrimientos de los mártires cristianos. Pienso en lo que algunos del pueblo de Dios han tenido que soportar en los campos de concentración. ¿Qué diremos acerca de los horribles sufrimientos asociados con la guerra? ¿Los crueles desmembramientos y parálisis relacionados con los accidentes? ¿El dolor indecible de los cuerpos humanos atormentados por el cáncer u otras enfermedades?

Y sin embargo, el sufrimiento físico tan sólo es parte de la historia. En ocasiones parece que el dolor corporal es más fácil de sobrellevar que la tortura mental. ¿No es lo que Salomón tenía en mente cuando escribió: “El ánimo del hombre soportará su enfermedad; más ¿quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14)? Están las aflicciones que vienen con la infidelidad en la relación matrimonial, con la muerte de un ser amado o con la desilusión que viene tras un sueño hecho pedazos. Nos acongojamos al ser abandonados, y al ser traicionados por un amigo cercano. A menudo nos asombramos ante la capacidad de la constitución humana para soportar los golpes, las agonías y los dolores aplastantes de la vida.

Vistas por ellas mismas, estas aflicciones son abrumadoras. Pero cuando se ven junto a la gloria venidera, sólo son pinchazos de alfiler. Pablo dice de éstas que no son: “comparables con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros”. Si los sufrimientos son tan grandes, ¡cuánto más grande debe ser la gloria!

En otro pasaje, el apóstol Pablo se entrega a un delicioso estallido de

imágenes espirituales cuando dice que: “esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17). Visto a gran escala, las aflicciones son peso pluma mientras que la gloria tiene un peso infinito. Si las juzgamos por el calendario, las aflicciones son momentáneas mientras que la gloria es eterna.

Cuando veamos al Salvador al final de la jornada, los sufrimientos de este tiempo presente se desvanecerán convirtiéndose en una insignificancia.

Cuando veamos a Jesús, todo habrá valido la pena.
Aun la prueba más grande, aquel día se verá pequeña.
Una mirada de su rostro amado, toda pena borrará,
Con tal de ver a Cristo, con valor el paso apretaré.

Esther K. Rusthoi

8 de JULIO

“...me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé” (Cantares 1:6b).

Los hermanos de la doncella sulamita la habían enviado a trabajar en la viña. Se mantenía tan ocupada atendiendo de las vides que descuidó su propia viña, esto es, su apariencia personal. Su piel se había vuelto seca y morena, y sin duda su cabello estaba desarreglado.

Siempre existe el peligro de descuidar nuestra propia viña por estar demasiado ocupados con la de otros. Se corre el riesgo, por ejemplo, de llegar a estar tan absorto con la evangelización del mundo que nuestra propia familia se pierde. Si Dios nos da hijos, éstos son nuestro campo de misión número uno. Cuando estemos delante del Señor, uno de los más grandes gozos será poder decir: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (He. 2:13). Todas las alabanzas que brotan de las audiencias agradecidas no compensarán la pérdida de nuestros propios hijos e hijas.

Según las Escrituras, la responsabilidad comienza en casa. Después que Jesús hubo arrojado a los demonios fuera de Legión, le encargó: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti” (Mr. 5:19). A menudo parece que el lugar más difícil para evangelizar es nuestro propio patio, pero es ahí donde debemos empezar.

Una vez más, cuando el Señor envió a Sus discípulos, dijo: “...en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8). ¡Comienza en “Jerusalén” (tu casa es “base de operaciones”)!

Andrés estaba determinado a no descuidar su propia viña. Leemos

acerca de él que: “halló primero a su hermano Simón, y le dijo: hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)” (Jn. 1:41).

No cabe duda de que hay casos donde un creyente se muestra fiel tratando de ganar a sus seres queridos para el Señor Jesús y sin embargo, persisten en la incredulidad. No podemos garantizar la salvación eterna de nuestros parientes y amigos. Pero debemos guardarnos de la posibilidad de estar tan preocupados ministrando a los demás que abandonamos a nuestro propio círculo familiar. Nuestra propia viña, en tales casos, debe tener prioridad.

9 de JULIO

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”
(Romanos 10:13).

Nadie puede realmente invocar el Nombre del Señor y no ser salvo. Esta invocación sincera y desesperada nunca queda sin respuesta. Cuando llegamos al final de nuestros propios recursos y abandonamos toda esperanza de salvarnos, cuando no tenemos a donde recurrir sino hacia arriba y en ese momento dirigimos al Señor un desolado llamamiento, escuchará y responderá.

Un joven Sikh llamado Sadhu Sundar Singh, determinó que si no encontraba paz, se quitaría la vida. Oró de esta manera: “Oh Dios, si hay un Dios, revélate a mí esta noche”. (Había estado en un colegio con maestras cristianas). Si no recibía una respuesta en siete horas le pondría fin a su vida en los rieles del siguiente tren que iba a Lahore.

En las primeras horas de la mañana, tuvo un sueño en el que Jesús entraba a su habitación y le decía en Indostaní: “Estabas orando para conocer el camino correcto. ¿Por qué no lo tomas? Yo soy el camino”.

Corrió a la habitación de su padre y le dijo: “Soy cristiano. No puedo servir a nadie más sino a Jesús. Hasta el día que muera, mi vida es Suya”.

Nunca he sabido de alguien que invocara el nombre del Señor con

toda sinceridad de corazón que no fuera oído. Por supuesto, existen aquellos que oran al Señor cuando están en apuros, que prometen vivir para Él si los libera y lo olvidan una vez que la presión desaparece. Pero Dios conoce sus corazones; sabe que fueron solamente astutos oportunistas y que jamás hicieron un genuino compromiso de corazón con Él.

Persiste el hecho que Dios siempre contesta de alguna manera a aquel que lo busca desesperadamente. En países donde la Biblia no está disponible fácilmente, puede usar sueños. En otra parte puede hacerlo mediante una porción de las Escrituras, a través del testimonio personal, sirviéndose de literatura cristiana o con la ayuda de la coincidencia milagrosa de las circunstancias. De este modo, en un sentido muy real, es verdad que “aquel que busca a Dios ya lo ha encontrado”. ¡Eso es seguro!

10 de JULIO

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis”
(Juan 13:17).

Aquellos que enseñan y predicán la fe cristiana deben practicar lo que predicán. Están obligados a presentarse ante el mundo como un ejemplo viviente de la verdad. La voluntad de Dios es que la Palabra se encarne en las vidas de los Suyos.

El mundo se impresiona más por la acción que por las palabras. ¿No era esto lo que Edgar Guest escribió una vez: “Preferiría antes ver un sermón que escucharlo”? Es bien conocido el dicho sarcástico que dice: “¡Lo que **eres** habla tan fuerte que no puedo oír lo que dices!”

Se decía de un predicador que cuando estaba en el púlpito la gente deseaba que nunca lo dejara; pero cuando estaba fuera del púlpito, la gente deseaba que nunca subiera a él.

H. A. Ironside decía, “Nada sella más los labios que la vida”. De modo similar, Henry Drummond escribió: “El hombre es el mensaje”. Carlyle añadió su testimonio: “La vida santa es el mejor argumento que aboga por Dios en una era de hechos... Las palabras tienen peso cuando tienen a un hombre detrás de ellas”. E. Stanley Jones decía: “La palabra tiene que encarnarse en nosotros antes de que pueda ser poder a través de nosotros”. “Si predico lo correcto pero no lo vivo, estoy diciendo una mentira acerca de Dios”, decía Oswald Chambers.

Por supuesto que sabemos que el Señor Jesucristo es el Único que

encarna perfectamente lo que enseña. No hay contradicción entre Su vida y Su mensaje. Cuando los judíos le preguntaron: “¿Tú quién eres? Jesús les dijo: lo que desde el principio os he dicho” (Jn. 8:25). Su conducta correspondía a Sus declaraciones. Nuestro proceder debe ser así cada vez más.

Dos hermanos eran doctores, uno era predicador y el otro médico. Un día una mujer atormentada fue a ver al predicador, pero no estaba segura de cuál de los doctores vivía allí. Cuando el predicador abrió la puerta, ella preguntó: “¿Es usted el doctor que predica o el que practica?” La pregunta le impresionó haciéndole ver la necesidad de ser un ejemplo vivo de lo que enseñaba.

11 de JULIO

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto” (Filipenses 3:12).

En el estudio de ayer vimos que nuestra conducta debe encajar con nuestro credo. Pero para equilibrar el tema debemos añadir dos postdatas.

Primero, debemos reconocer que jamás podremos vivir plena y completamente la verdad de Dios mientras estemos en este mundo. Después de haber hecho lo mejor que podamos, todavía tenemos que decir que somos siervos inútiles. Pero no debemos emplear este hecho para excusar nuestro fracaso o nuestra mediocridad: nuestra obligación es tratar de acortar continuamente el trecho entre nuestros dichos y nuestras vidas.

La segunda consideración es ésta. El mensaje es siempre mayor que el mensajero, no importa quién sea él. Andrew Murray decía: “Nosotros que somos los siervos del Señor, más pronto o más tarde tendremos que predicar palabras que nosotros mismos somos incapaces de cumplir”. Treinta y cinco años después de que escribiera el libro *Permaneced en Cristo*, escribió: “Me gustaría que entendieras que un ministro o un autor cristiano a menudo puede ser guiado a decir más de lo que ha experimentado. Yo no había experimentado (cuando escribí *Permaneced en Cristo*) todo lo que escribí. Aún no puedo decir que lo he experimentado todo”.

La verdad de Dios es suprema y sublime. Con respecto a su carácter sobrenatural Guy King escribió: “Hace a uno temer que alguno la manche con sólo tocarla”. Pero ¿debemos negarnos a anunciarla simplemente porque no alcanzamos sus cimas más altas? Por el contrario, la

proclamaremos, aun si al hacerlo nos condenamos a nosotros mismos. Aunque fracasemos en experimentarla, haremos que sea la aspiración de nuestros corazones.

Una vez más debemos enfatizar que estas consideraciones nunca han de emplearse para disculpar una conducta que es indigna del Salvador. Deben, además, quitarnos la posibilidad de condenar injustificadamente a un verdadero hombre de Dios sólo porque su mensaje algunas veces vuela a alturas que él mismo no ha alcanzado. No deben privarnos de retener todo el consejo de Dios, aun si no lo hemos experimentado plenamente. Dios conoce nuestros corazones. Sabe si somos practicantes hipócritas o apasionados aspirantes.

12 de JULIO

“No es vuestra la guerra, sino de Dios” (2 Crónicas 20:15).

Si un hombre es un soldado de la Cruz, puede esperar ser atacado tarde o temprano. Cuanto más valientemente declare la verdad de Dios y más certeramente ejemplifique la verdad en su propia vida, mucho más se verá sujeto al ataque. Un viejo puritano decía: “El que está cerca de su Capitán es blanco seguro de los arqueros”.

Será acusado de agravios que no cometió. Será atacado violentamente con chismes, calumnia y murmuración. Será condenado al ostracismo y ridiculizado. Este trato vendrá del mundo a veces, pero es triste decir que muchas veces viene de otros que se llaman creyentes.

En tales ocasiones, es importante recordar que la batalla no es nuestra sino de Dios. Y debemos apropiarnos de la promesa de Éxodo 14:14, “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”. Esto significa que no tenemos que defendernos a nosotros mismos o devolver el ataque. El Señor nos vindicará en el tiempo oportuno.

F. B. Meyer escribió: “¡Cuánto se pierde con una palabra! Estad quietos; permaneced en calma; al que te hiera en una mejilla, vuélvele también la otra. Nunca devolvamos el insulto. No importa tu reputación o carácter, ellos están en Sus manos, y tú los echarás a perder si intentas retenerlos”.

José sobresale como ejemplo de uno que no trató de vindicarse a sí mismo cuando fue acusado falsamente. Encomendó su causa a Dios, y Dios limpió su nombre y le promovió a un lugar de gran honor.

Un siervo de Cristo ya entrado en años testificaba que había sido

difamado muchas veces a través de los años. Pero oraba con las palabras de Agustín: “Señor, líbrame del deseo de vindicarme siempre a mí mismo”. Decía que el Señor jamás había fallado en justificarle y de exhibir a sus acusadores.

El Señor Jesús, por supuesto, es el Ejemplo supremo: “...quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 P. 2:23).

Este es el mensaje para hoy. No tenemos que defendernos a nosotros mismos cuando somos acusados falsamente. La batalla es del Señor. Él peleará por nosotros. Debemos estar tranquilos.

13 de JULIO

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1).

Vivimos en una época cuando las sectas se multiplican con asombrosa rapidez. En realidad no hay nuevas sectas; son solamente variaciones de grupos heréticos que surgieron en los días del Nuevo Testamento. Es su variedad la que es nueva, no sus dogmas básicos.

Cuando Juan dice que debemos probar los espíritus, quiere darnos a entender que debemos probar a todos los maestros por medio de la Palabra de Dios, para que podamos detectar a aquellos que son falsos. Hay tres áreas fundamentales donde las sectas quedan al descubierto como falsificaciones. Ninguna secta puede pasar estas tres pruebas.

La mayoría de las sectas son fatalmente defectuosas en su enseñanza referente a la Biblia. No la aceptan como la inerrante Palabra de Dios, la revelación final de Dios al hombre. Igualan su autoridad con los escritos de sus propios líderes. Reclaman tener nuevas revelaciones del Señor y se jactan de esta “verdad nueva”. Publican su propia traducción de las Escrituras que tuerce y pervierte la verdad. Aceptan la voz de la tradición a la par con la Biblia. Manejan la Palabra de Dios fraudulentamente.

La mayoría de las sectas son heréticas en sus enseñanzas acerca de nuestro Señor. Niegan que es Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad. Admiten que es el Hijo de Dios, pero con esto dan a entender algo menos que igualdad con Dios el Padre. A menudo niegan que Jesús es el Cristo, enseñando que el Cristo es una influencia divina que vino sobre el

hombre Jesús. Con frecuencia niegan la verdadera humanidad impecable del Salvador.

Una tercera área en la que las sectas se condenan es en lo que enseñan tocante al camino de salvación. Niegan que la salvación es por gracia por medio de la fe en el Señor Jesucristo solamente. Cada una de ellas enseña otro evangelio, es decir, salvación por las buenas obras o buena conducta.

Cuando los propagadores de estas sectas llegan a nuestra puerta, ¿cuál debe ser nuestra respuesta? Juan no nos deja en duda: “no lo recibáis en casa, ni le saludéis. Porque el que le saluda, participa en sus malas obras” (2 Juan 10:11 traducido de la Biblia parafraseada por Phillips).

14 de JULIO

“Antes bien, renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

En la página anterior, notamos tres áreas en las que las sectas quedan al descubierto como equivocadas en lo que respecta a la fe cristiana que ha sido una vez dada a los santos. Hay otras características de las sectas de las cuales no sólo debemos ser conscientes, sino que también las debemos evitar cuidadosamente en nuestras propias asambleas cristianas.

Por ejemplo, sus líderes construyen lo que podríamos llamar culto a la personalidad, presentándose a sí mismos como unos mesías o prodigios. Los hombres con carisma ejercen a menudo un control severo y autocrático sobre el pueblo, demandando sumisión y amenazando con medidas extremas de castigo si no obedecen.

Con frecuencia afirman ser poseedores exclusivos de la verdad, haciendo declaraciones arrogantes acerca de sus distintivos doctrinales y critican a todos los otros grupos que no están de acuerdo. Algunos dicen combinar lo mejor de otras doctrinas para así tener la última palabra. Presumen que nadie puede ser plenamente feliz a menos que sea iniciado en sus misterios.

Tratan de aislar a sus miembros de todos los demás maestros, de todo aquel que profesa ser creyente y de libros escritos por otros que no sean los de sus propios líderes.

A menudo prescriben un estilo de vida legalista que viene a convertirse en un sistema de esclavitud. Igualan la santidad a ciertos rituales y observancias que los hombres pueden hacer por su propia fuerza y no por la vida divina.

Explotan a la gente financieramente por medio de un sistema de astutas manipulaciones psicológicas. Los jefes viven en el esplendor y el lujo, mientras que sus seguidores son reducidos a la pobreza.

Muchas de las sectas son asaltantes de ovejas, que conducen ataques contra otras instituciones religiosas en vez de alcanzar a los que todavía están fuera de la iglesia.

Ponen énfasis incorrecto sobre una o más doctrinas, descuidando por completo áreas vitales de la revelación divina. Tratan a aquellos que enseñan la verdad como enemigos. Por esto Pablo les preguntó a los gálatas legalistas: “¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?” (Gá. 4:16).

Es lamentable que algunas de estas actitudes o acciones se introduzcan en asambleas sanas, pero mientras estemos en el cuerpo, tenemos que guardarnos contra ellas celosamente.

15 de JULIO

“Id pues, y aprended lo que significa: misericordia quiero y no sacrificio” (Mateo 9:13).

Dios está mucho más interesado en cómo tratamos a los demás que en el número de ceremonias religiosas en las que participamos. Prefiere misericordia que sacrificio. Coloca la moralidad práctica por encima de los rituales. Podría parecer extraño leer que Dios no desea sacrificio, porque fue Él quien instituyó en primer lugar el sistema sacrificial. Pero no hay contradicción. Mientras que es verdad que ordenó a la gente que trajera sacrificios y ofrendas, nunca tuvo la intención de que éstos tomaran el lugar de la justicia y la bondad. “Hacer justicia y juicio es a Jehová más agradable que sacrificio” (Pr. 21:3).

Los profetas del Antiguo Testamento se enardecían contra la gente que observaba los rituales adecuados y pese a eso estafaban y oprimían a su prójimo. Isaías les advirtió que Dios estaba hastiado de sus holocaustos y de sus días de fiesta religiosos mientras que oprimían al huérfano y a la viuda (Is. 1:10-17). También les dijo que el ayuno que Dios deseaba era que trataran con justicia a sus empleados, dieran de comer al hambriento y vistieran al pobre (Is. 58:6-7). A menos que sus vidas fueran rectas, poco importaba que ofrecieran en sacrificio la cabeza de un perro o la sangre de un cerdo (Is. 66:3).

Amós exhortó al pueblo a que dejara sus observancias religiosas porque Dios aborrecía esos rituales entretanto que la justicia y la misericordia no fluyeran como poderoso torrente (Am. 5:21-24). Miqueas les aconsejó que lo que Dios deseaba más que un ritual era la realidad, la realidad de la justicia, misericordia y humildad (Mi. 6:6-8).

En los días de nuestro Señor, los fariseos se hicieron merecedores de la burla por pretender ser religiosos haciendo oraciones públicas muy largas

mientras que devoraban las casas de las viudas (Mt. 23:14). Eran muy cuidadosos para darle al Señor una décima parte de la menta de sus jardines, pero todas estas prácticas jamás podrían tomar el lugar de la justicia y la fe (Mt. 23:23). Es inútil que traigamos nuestras ofrendas al Señor si nuestro hermano tiene una queja válida contra nosotros (Mt. 5:24); el don es aceptable solamente después de que el error ha sido rectificado. Asistir regularmente a la iglesia nunca servirá para encubrir los negocios deshonestos llevados a cabo durante la semana. De nada sirve regalar a nuestra madre una caja de bombones el Día de la Madre si la tratamos con desprecio durante el año, u obsequiar una camisa a nuestro padre el Día del Padre si no le mostramos el amor y el respeto que merece el resto del tiempo.

A Dios no lo engañamos con rituales o con la apariencia. Él ve el corazón y nuestra conducta día tras día.

16 de JULIO

“Salva, oh Jehová, porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres” (Salmo 12:1).

Los fieles son una especie en peligro de extinción; están extinguiéndose rápidamente de la raza humana. Si David lamentaba su desaparición en aquellos días, a menudo nos preguntamos como se sentiría si viviera hoy.

Cuando hablamos de una persona fiel, nos referimos a aquella que es digna de confianza y segura. Si hace una promesa, la cumple. Si tiene una responsabilidad, la cumple, si tiene que ser leal, lo es inquebrantablemente.

El hombre infiel hace una cita y a la postre, o no la cumple o llega inexcusablemente tarde. Se compromete a enseñar en la clase de la escuela dominical y no previene quién le remplace cuando no puede estar presente. Nunca se puede depender de él. Su palabra no significa nada. No es de extrañar que Salomón dijera: “Como diente roto y pie descoyuntado es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia” (Pr. 25:19).

Dios está buscando hombres y mujeres fieles. Desea administradores que sean fieles cuidando Sus intereses (1 Co. 4:2). Aspira a tener maestros que sean fieles transmitiendo las grandes verdades de la fe cristiana (2 Ti. 2:2). Anhela creyentes que sean fieles al Señor Jesús, compartiendo Su vituperio y llevando la cruz. Quiere gente que sea inflexiblemente fiel a Su Palabra inspirada, inerrante e infalible. Se complace en los cristianos que son fieles a la asamblea local, en vez de vagar de iglesia en iglesia como vagabundos religiosos. Dios ve con buenos ojos a los santos que son fieles a otros creyentes y fieles también a los que

no son salvos.

Como en todas las otras virtudes, el Señor Jesús es nuestro ejemplo supremo. Él es el Testigo **fiel** y verdadero (Ap. 3:14), un Sumo Sacerdote misericordioso y **fiel** en lo que a Dios se refiere (He. 2:17), **fiel** y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad (1 Jn. 1:9). Sus palabras son verdaderas, Sus promesas son infalibles y Sus caminos son totalmente seguros.

Aunque los hombres no valoren suficientemente la lealtad, Dios sí. El Señor Jesús alababa la fidelidad de sus discípulos con las palabras: “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi padre me lo asignó a mí” (Lc. 22:28-29). Y la recompensa máxima a la fidelidad será escuchar Su alabanza: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” (Mt. 25:21).

17 de JULIO

“Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré” (Génesis 12:3).

Cuando Dios llamó a Abraham para que fuera la cabeza de Su pueblo escogido, prometió bendecir a los amigos de esa nación y maldecir a sus enemigos. En los siglos que siguieron el pueblo judío ha sufrido indecible hostilidad y discriminación, pero Dios no ha suprimido la maldición contra el antisemitismo.

Amán tramó la destrucción del pueblo judío en Persia. Embaucó al rey para que firmara un decreto irrevocable. Por un momento todo pareció moverse a su favor, pero pronto comenzaron a surgir escollos. El archiconspirador se precipitó de fracaso en fracaso hasta que finalmente fue colgado de la horca que había construido para Mardoqueo el judío.

Adolfo Hitler no aprendió de la historia y fue condenado a repetirla. Inauguró un atroz programa para barrer a los judíos en campos de concentración, cámaras de gas, hornos crematorios y ejecuciones masivas. Parecía que nada podía detenerle. Pero entonces la marea cambió y murió ignominiosamente con su amante en un bunker de Berlín.

El antisemitismo alcanzará su más horrendo clímax durante la Gran Tribulación. Los judíos serán entregados para ser afligidos y asesinados; las naciones gentiles les aborrecerán. Grandes multitudes serán masacradas. Pero se interrumpirá con la venida personal del Señor Jesucristo. Aquellos que persiguieron a Su pueblo serán destruidos y los que ofrecieron su amistad a los hermanos judíos de Cristo entrarán en el

Reino.

Ningún creyente verdadero debe permitir jamás que su alma se contamine con rastro alguno de antisemitismo. Su Señor, su Salvador, su mejor y verdadero Amigo fue y es un judío. Dios comisionó al pueblo judío para que escribiera y preservara las Escrituras. Aunque Dios ha puesto a un lado temporalmente a la nación judía por rechazar al Mesías, todavía ama a Israel por causa de los Padres. Nadie que odia a los judíos puede esperar la bendición de Dios en su vida y servicio.

“Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman” (Sal. 122:6). Todos los que aman al pueblo judío prosperarán.

18 de JULIO

“Y Mical hija de Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte” (2 Samuel 6:23).

David estaba extasiado cuando trajo el arca a Jerusalén para ser colocada en la tienda que él había preparado especialmente. Al percatarse de que éste era uno de los logros más grandes y uno de los momentos más gloriosos de su carrera, el rey danzó delante del Señor con toda su fuerza. Su esposa Mical, se burló de él por lo que pensó que era una conducta vergonzosa. Como resultado de su actitud crítica, no tuvo hijos hasta el fin de sus días.

Aprendemos de esto que un espíritu crítico produce esterilidad. Naturalmente, cuando decimos eso, no estamos hablando de crítica constructiva. Si la crítica es verdadera, debemos recibirla y beneficiarnos de ella. Hay pocos amigos en la vida que nos aman lo suficiente como para darnos críticas útiles.

Pero la crítica destructiva puede ser devastadora. Puede hacer pedazos la obra de Dios en la vida de alguien y deshacer en unos cuantos minutos el progreso de muchos años.

En el incidente que involucró a David, el arca representa a Cristo. El arca ocupando su lugar en Jerusalén representa a Cristo entronizado en el corazón humano. Cuando eso ocurre, el creyente, lleno del Espíritu no puede sino expresar su exuberancia y entusiasmo. Esto provoca a menudo la hostilidad de los inconversos y algunas veces hasta la burla de otros cristianos. Pero ese espíritu crítico inevitablemente conduce a la esterilidad.

Puede llevar a la esterilidad no solamente la vida individual, sino también la asamblea local. Tomemos como ejemplo a una congregación donde los jóvenes están sujetos constantemente a un torrente de críticas. Se les critica por el modo en que se visten, el corte del pelo, sus oraciones públicas y su forma de cantar. En vez de tomar tiempo para discipularles pacientemente, los ancianos esperan que maduren al instante. Muy pronto los jóvenes, si no tienen convicciones fuertes, se alejarán en busca de una iglesia más compatible, más agradable, y la asamblea poco a poco se va despoblando.

Que la historia de Mical sirva de ejemplo de que la censura no solamente lastima a sus víctimas sino se venga de aquel que la practica. Esa venganza es esterilidad espiritual.

19 de JULIO

“...como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17b).

Aquí tenemos una de aquellas verdades del Nuevo Testamento que nos conmocionan por su audacia absoluta. No nos atreveríamos a pronunciar estas palabras si no las viéramos en la Biblia. Pero son gloriosamente ciertas y podemos deleitarnos y regocijarnos en ellas.

¿En qué sentido somos como Cristo en este mundo? Nuestras mentes casi automáticamente piensan primero en las maneras en que **no** somos como Él. No tenemos parte con Él en los atributos de la deidad como la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia. Estamos llenos de pecado y fracaso mientras que Él es absolutamente perfecto. No amamos como Él ama, ni perdonamos como Él perdona.

¿Cómo, entonces, somos como Él? El versículo nos aclara: “En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo”. El amor de Dios ha actuado de tal manera en nuestra vida que no nos aterrorizaremos cuando estemos delante del Tribunal de Cristo. Nuestra confianza se basa en lo que tenemos en común con el Salvador, el juicio ha quedado atrás. Somos como Él en lo que toca al juicio. Llevó el juicio de nuestros pecados en la Cruz del Calvario y terminó con el asunto del pecado de una vez y para siempre. Porque soportó el castigo de nuestros pecados nunca tendremos que sufrirlo. Podemos cantar con confianza:

La muerte y el juicio han quedado atrás,
la gracia y la gloria se extienden adelante,
todas las olas pasaron sobre Jesús,

allí agotaron su máximo poder.

Así como el juicio pasó para siempre de Él, así ha pasado también para nosotros, y podemos decir:

No hay ya condenación, ni hay infierno para mí,
El tormento y el fuego mis ojos jamás verán.
Para mí ya no hay sentencia, la muerte no tiene aguijón,
Porque el Señor me ama y me protege bajo Su ala.

Somos como Él, no sólo con respecto al juicio sino también con lo que concierne a la aceptación ante Dios. Estamos frente a Dios con el mismo favor con que está el Señor Jesús, porque estamos en Él.

Cerca, muy cerca de Dios,
No puedo más cerca estar,
Porque en la Persona de Su Hijo,
Estoy tan cerca como Él.

Por último, somos como Cristo porque Dios el Padre nos ama como le ama también a Él. En Su oración Sumo Sacerdotal el Señor Jesús dijo: “tú... los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn. 17:23b). Así, no es

exagerado decir:

Amado, tan amado por Dios,
No pude más querido ser.
El amor con el que ama a Su Hijo,
Tal es Su amor por mí.

De modo que es maravillosamente cierto que como Cristo es, así somos nosotros en este mundo.

20 de JULIO

“El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo” (Proverbios 18:24).

Aun cuando todas las versiones modernas traducen este versículo de modo diferente, las versión más viejas y fieles conservan escrupulosamente la valiosa verdad que la amistad debe cultivarse. Florece cuando la atendemos y muere cuando la descuidamos.

Un editorial en la revista Decisión decía: “Las amistades no surgen simplemente; hay que cultivarlas, es decir, trabajarlas. No se basan en tomar sino en dar. No son sólo para los buenos tiempos sino también para los malos. No ocultamos nuestras necesidades a un verdadero amigo. Tampoco nos apegamos a un amigo sólo para recibir su ayuda”.

Vale la pena conservar a un buen amigo. Está a tu lado cuando te acusan falsamente. Te elogia por todo lo que es digno de alabanza y es franco para señalar áreas que necesitan mejora. Se mantiene en contacto a través de los años, compartiendo tus tristezas y alegrías.

Mantenerse en contacto es importante. Por ejemplo, por medio de cartas, tarjetas postales, llamadas telefónicas y visitas. Pero la amistad es una calle de dos sentidos. Si dejo de escribir o de contestar cartas, estaré diciendo que no considero la amistad tan valiosa como para que siga. Estoy demasiado ocupado, no deseo que me molesten o detesto escribir cartas. Pocas amistades pueden sobrevivir el abandono continuado.

Nuestra renuncia a comunicarnos es a menudo una forma de egoísmo. Pensamos en nosotros mismos, en el tiempo, el esfuerzo y el coste implicados. La verdadera amistad piensa en los demás, cómo

podemos animar, consolar, alegrar y ayudar; cómo podemos ministrar alimento espiritual.

¡Cuánto debemos a los amigos que se nos acercan con una palabra del Espíritu cuando ésta más se necesita! Hubo un tiempo en mi vida cuando me sentía muy desanimado por una profunda decepción en el servicio cristiano. Un amigo que no sabía de mi desilusión me

escribió una animada carta en la que citaba Isaías 49:4, “Pero yo dije: por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios”. Era justamente la palabra que necesitaba para levantarme y ponerme a trabajar de nuevo.

Charles Kingsley escribió: “¿Podemos olvidar a un amigo, / podemos olvidar un rostro, / que nos alegró hasta el fin, / que nos animó en nuestra carrera? / ¡Con las almas divinas, qué profunda es nuestra deuda! / Aunque pudiéramos, no las olvidaríamos”.

La mayoría de nosotros tenemos solamente unos cuantos amigos cercanos en la vida. Siendo esto así, con toda firmeza debemos mantener esas amistades fuertes y saludables.

21 de JULIO

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Es posible vivir una larga, muy larga vida como creyente y nunca aprender a echar nuestra ansiedad sobre el Señor. Podemos memorizar el versículo y aún predicarlo a los demás, y no obstante jamás llevarlo a la práctica en nuestras vidas. Sabemos teológicamente que Dios cuida de nosotros, que está interesado en nuestros asuntos y que es capaz de tener cuidado de las ansiedades más grandes que podríamos imaginar. Con todo, insistimos en dar vueltas en nuestras camas por la noche, inquietos, lamentándonos e imaginando lo peor.

No tiene porqué ser de ese modo. Tengo un amigo que enfrenta más problemas y dolores de cabeza que lo que la mayoría de nosotros hemos conocido. Si tuviera que llevarlos por sí mismo, sería un caso perdido. ¿Qué es lo que hace? Los lleva al Señor y los deja allí, se levanta de sus rodillas, se mete en la cama, canta unos cuántos versos de un himno y en poco tiempo está profundamente dormido.

Bill Bright le dijo una vez a LeRoy Eims: “LeRoy, he encontrado un gran consuelo en 1 Pedro 5:7. He llegado a la conclusión en mi propia vida que, o llevo mis cargas o las lleva Jesús. No podemos llevarlas ambos y he decidido echarlas sobre Él”.

Eims decidió probar. Escribió: “Fui a mi habitación y comencé a orar. Hice lo que Bill me había dicho con todas mis fuerzas. Durante meses había llevado un pesado nudo en mi estómago. Pude sentir en realidad que esto se iba. Experimenté la liberación de Dios. No, el problema no se fue, y no se ha ido hasta este día. Pero la carga se ha ido. Ya no paso más noches

en blanco. Ni sufro para dormir. Puedo enfrentar honestamente las cargas con un espíritu gozoso y agradecimiento de corazón”.

La mayoría de nosotros podemos identificarnos con aquel que escribió: “Es la voluntad de Dios que eche / a diario mi ansiedad sobre Él. / También pide que no deje / de confiar en Él. / Pero ¡Oh qué neciamente actúo / cuando tomado de improviso, / abandono mi confianza / Y todas mis preocupaciones llevo.

Y en todo tiempo el Salvador nos dice:

No llores ni un solo afán,
Uno es mucho para ti.
La obra es mía, sólo mía.
Tu obra es: descansa en Mí.

22 de JULIO

“He aquí, Señor... Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (Lucas 19:8).

Tan pronto como Zaqueo hubo abierto su corazón al Señor Jesús, un instinto divino le dijo que debía restituir lo del pasado. Partiendo del texto, puede dar la impresión de que habrá alguna duda en cuanto a si él había estafado a alguien o no; pero es razonable creer que el “si” significa “ya que”, en el caso de este recaudador de impuestos. Había conseguido dinero deshonestamente, lo sabía, y estaba determinado a hacer algo al respecto.

La restitución es una doctrina bíblica y una buena práctica bíblica. Cuando nos convertimos, debemos restaurar al dueño legítimo las cosas que injustamente tomamos de él. La salvación no excusa a una persona de rectificar los errores del pasado. Si se robó dinero antes de la salvación, un verdadero sentido de la gracia de Dios requiere que este dinero se devuelva. Aun las deudas legítimas contraídas durante los días en que no estábamos convertidos no se cancelan por el nuevo nacimiento.

Años atrás, cuando cientos de personas fueron salvas en Belfast bajo la predicación de W. P. Nicholson, las fábricas locales tuvieron que construir enormes naves para guardar las herramientas robadas que devolvieron los nuevos convertidos.

Sería necesario construir depósitos inmensos en este país para albergar el botín tomado solamente de las Fuerzas Armadas. Sin decir nada de la fuga constante de herramientas, provisiones y mercancía que sale ilegalmente de fábricas, naves, oficinas y tiendas.

Es ideal que, cuando un creyente restituya algo, lo haga en el Nombre del Señor Jesús. Por ejemplo: “Hurté estas herramientas cuando

trabajaba para usted hace años, pero fui salvo recientemente y mi vida ha sido transformada por el Señor Jesucristo. Él ha puesto en mi corazón devolver las herramientas y pedirle perdón”. De esta manera, la gloria la recibe el Salvador, pues es Él a quien le pertenece.

Se presentan circunstancias donde, en lo que concierne al testimonio cristiano, hay que pagar intereses del dinero que fue robado. La ofrenda por el delito en el Antiguo Testamento ya estipulaba esto. Era necesario pagar los daños más un quinto.

Cierto es que hay situaciones donde, en virtud de que ha transcurrido el tiempo o porque las condiciones cambiaron, ya no es posible restituir. El Señor lo sabe. Si el pecado se confiesa, Él acepta el deseo sincero como un hecho cierto, pero solamente en aquellos casos donde la restitución es imposible.

23 de JULIO

“...sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos” (Hechos 5:15).

El pueblo reconocía que el ministerio de Pedro era un ministerio de poder. A donde quiera que iba, los enfermos eran sanados. ¡No es de extrañar que la multitud deseara cobijarse bajo su sombra! El apóstol ejercía una tremenda influencia.

Cada uno de nosotros proyecta una sombra. Inevitablemente influenciamos las vidas de aquellos con quienes estamos en contacto. Herman Melville escribió: “No podemos vivir solamente para nosotros mismos. Nuestras vidas están relacionadas por miles de hilos invisibles y a través de estas fibras compasivas, nuestras acciones van como causas y regresan como efectos”.

Estás escribiendo un evangelio, / un capítulo cada día, / por los hechos que tú haces, / por las palabras que dices. / Los hombres leen lo que escribes, / Si es desleal o sincero. / ¡Dí! Según tú, ¿Qué es el evangelio?

Cuando se le preguntó a un hombre cuál de los evangelios era su favorito, contestó, “El evangelio según mi madre”. Y Juan Wesley dijo una vez: “He aprendido más del cristianismo por medio de mi madre que por todos los teólogos de Inglaterra”.

Es aleccionador darse cuenta de que alguien observa a cada uno de nosotros y piensa: “Esto es lo que un cristiano debe ser”. Puede ser un hijo o hija, un amigo o vecino, un maestro o estudiante. Tú eres su héroe, su modelo, su ideal. Te observa más de cerca de lo que piensas. Tu vida de negocios, tu vida de iglesia, tu vida de familia, tu vida de oración, todos éstos fijan el modelo que

será alguna vez imitado. Deseará que tu sombra lo cubra.

Generalmente pensamos que las sombras son nada. Pero la sombra espiritual que proyectamos es algo real. Así que debemos hacernos esta pregunta: ¿Cuándo en el último gran recuento / aquellos que he conocido deben partir? / ¿Este toque mío fugaz y diminuto / habrá añadido gozo o pesar? / ¿Aquel que revisa su inventario / de nombre, tiempo y lugar / dirá: “Aquí una influencia bendita vino”? / O “¿He aquí el rastro del maligno?” (Strickland Gillilan).

Robert G. Lee escribió: “No puedes evitar que lo que eres, dices o haces, deje de afectar a los demás, así como tampoco puedes impedir que tu cuerpo proyecte una sombra cuando está expuesto al sol. Lo que eres por dentro se deja ver por fuera sin ninguna ambigüedad. Ejerces una influencia que el simple lenguaje y la fuerte persuasión son incapaces de expresar”.
24 de JULIO

“Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente”
(Romanos 14:5).

La palabra “igual” debería suprimirse en este versículo; fue añadida por los traductores. Debería leerse: “otro juzga cada día”, esto es, ve cada día como sagrado.

Para los judíos que vivían bajo la ley, el sábado o séptimo día era especialmente sagrado. La ley prohibía trabajar en ese día y restringía también los viajes. Se requerían ofrendas adicionales.

A los cristianos que viven bajo la gracia no se les manda guardar el día de reposo. Para ellos todos los días son sagrados, aun cuando creen que hay un principio en la Palabra de un día de descanso por cada siete. No se les puede condenar por no guardar el sábado (Col. 2:16).

El primer día de la semana, esto es, el día del Señor, se destaca en el Nuevo Testamento por varias razones. Ese día el Señor Jesús resucitó (Jn. 20:1). Después de Su resurrección se encontró dos domingos sucesivos con sus discípulos (Jn. 20:19, 26). El Espíritu Santo fue dado en Pentecostés el primer día; Pentecostés sobrevino siete domingos después de la Fiesta de las Primicias (Lv. 23:15-16; Hch. 2:1), que simboliza la resurrección de Cristo (1 Co. 15:20, 23). Los discípulos se reunían para partir el pan el primer día de la semana (Hch. 20:7). Pablo dio instrucciones a los corintios para reunir una ofrenda especial el primer día de la semana (1 Co. 16:1,2). Sin embargo, este no es un día de obligación especial como el sábado, sino un día de privilegio especial. Ya que el domingo se nos descarga de la obligación de nuestro trabajo normal, podemos dedicarlo a

la adoración y al servicio de nuestro Señor de una manera que no podemos dedicarlo los otros días.

En tanto que estamos en libertad para entender que todos los días son igualmente sagrados, no tenemos libertad de hacer nada en domingo que pudiera hacer tropezar a otros. Si trabajar en la casa, reparar el automóvil o jugar a fútbol haría tropezar a un hermano, entonces debemos renunciar a lo que podríamos considerar un derecho legítimo. Como dijo Pablo: “Ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al

hermano” (Ro. 14:13).

Los judíos bajo la ley tenían un día de descanso al final de una semana de trabajo. Los cristianos bajo la gracia comienzan su semana con un día de descanso, porque Cristo ha terminado la obra de la redención.

C. I. Scofield señalaba que el verdadero carácter del Día del Señor se ilustra por el modo en que nuestro Señor lo utilizaba: “Confortó a María en su llanto; caminó siete millas con dos discípulos perplejos, dándoles una lectura bíblica por el camino; envió mensajes a otros discípulos; tuvo una entrevista privada con el Pedro reincidente; e impartió el Espíritu Santo a los que estaban en el aposento alto”.

25 de JULIO

“Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril” (Génesis 29:31).

Hay una ley de compensación en la vida. De acuerdo con ésta, a aquellos que son deficientes en un aspecto se les conceden algunos beneficios para compensar en otro. La ley no permite que nadie lo tenga todo. Lo que falta a una persona en belleza, se compensa en sabiduría práctica. Un hombre que no sobresale como atleta puede tener una mejor disposición que si lo fuera. Los poetas no siempre son prácticos y los artistas no siempre manejan bien sus finanzas.

Cuando Dios vio que Jacob amaba a Raquel más que a Lea, hizo que Lea fuera más fértil. Años más tarde la ley de la compensación obró del mismo modo con Ana y Penina. Elcana amaba a Ana más que a Penina, pero Penina tuvo hijos y Ana no (1 S. 1:1-6).

Aunque Fanny Crosby no tuvo el don de la vista, tuvo el don del canto en grado superlativo. Sus himnos son uno de los legados más grandes que posee la iglesia. Alexander Crudens sufría de severas depresiones pero tuvo la fuerza para producir la concordancia que lleva su nombre.

Tenemos el caso de un humilde cristiano que no puede predicar; carece del don de hablar en público. Pero es un genio de la mecánica y puede mantener el coche del predicador en buenas condiciones. El predicador está desahuciado en el campo de la mecánica. Cuando algo va mal con su automóvil, todo lo que puede hacer es levantar el capó, bajar la cabeza y orar.

Si alguien objeta que la ley de la compensación no funciona perfectamente en esta vida, estamos de acuerdo. Hay desigualdades e

injusticias. ¡Pero esta vida no lo es todo! El último capítulo no ha sido escrito todavía. Cuando Dios descorra la cortina y nos permita ver el mundo más allá, nos daremos cuenta de que los marcadores han sido igualados y que se han vuelto las tornas. Escuchamos a Abraham, por ejemplo, decirle al hombre rico: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc. 16:25).

Mientras tanto, es bueno que tengamos un concepto equilibrado de la vida. En vez de concentrarnos en nuestras deficiencias, debemos recordar que Dios nos ha dado algunas cualidades y habilidades que otros que parecen ser más favorecidos no tienen. Esto evitará que nos sintamos, ineptos y envidiosos.

26 de JULIO

“Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mateo 10:35-36).

Nuestro Señor no está hablando aquí acerca del propósito expreso de Su venida sino más bien de su resultado inevitable. Está diciendo que cada vez que alguien le siga, experimentará amarga oposición de sus parientes y amigos. En ese sentido, no vino a traer paz sino espada (v. 34).

La historia ha cumplido la profecía. Dondequiera que las personas se vuelven al Salvador viviente y amante, se han encontrado con imperios y hostilidad. Han sido ridiculizados, desheredados, echados de su casa, despedidos de sus trabajos, y en muchos casos, hasta asesinados.

La oposición es completamente irracional. Tenemos el ejemplo de un padre cuyo hijo era adicto al pegamento. Cuando éste le dio la espalda a las drogas y decidió servir a Cristo activamente ¿Piensas que esto agradó a su padre? ¡Pues no! Se puso furioso. El padre admitía francamente que prefería que su hijo anduviera en el camino en el que estaba antes.

Otros son librados del alcoholismo, del crimen, de la perversión sexual y del ocultismo. Ingenuamente piensan que sus parientes no sólo estarán encantados sino que querrán hacerse cristianos. Pero esto no sucede así. La venida del Señor Jesús trae división en la familia.

Abandonar la religión de los padres para seguir a Cristo inflama las pasiones más profundas. Por ejemplo, un miembro de una familia judía no practicante, se hace cristiano y esto provoca violentos arrebatos emocionales. Al ofensor se le llama renegado, traidor y hasta se le llega a asociar con Hitler como enemigo de los judíos. Las protestas y súplicas

cristianas caen en oídos sordos.

En muchos países musulmanes, convertirse a Cristo se castiga con la muerte. La sentencia no la ejecuta el gobierno sino la familia inmediata. La esposa, por ejemplo, puede poner cristal molido en la comida del marido.

Y, a pesar de esto, por medio de la confesión clara de los nuevos convertidos y a través de una paciencia como la de Cristo frente al odio y la persecución, otros vienen a darse cuenta del vacío de sus propias vidas y religión y se vuelven al Señor Jesucristo con arrepentimiento y fe. Así crece el pueblo del Señor a través de oposición, y prospera en medio de persecución.

27 de JULIO

“Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien, y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra” (Ezequiel 33:32).

Una de las ironías de proclamar la Palabra del Señor es que la gente a menudo se fascina con el predicador pero no con el mensaje que demanda acción de su parte.

Esto sucede con la predicación pública. La gente admira al predicador. Recuerda sus chistes e ilustraciones. Están pendientes de cómo pronuncia las palabras. Como cierta mujer que decía: “casi lloraba cada vez que mi ministro decía la bendita palabra ‘Mesopotamia’”. Pero están paralizados en lo que concierne a la obediencia e inmunizados contra la acción. La agradable voz del predicador los anestesia.

Éste es un síndrome muy conocido por los que tienen un ministerio de aconsejar. Hay algunas personas que obtienen una satisfacción secreta cuando son aconsejados. Les gusta ser el centro de atención por una breve hora. Disfrutan tanto el compañerismo y la atención del consejero que llegan a ser “pacientes” crónicos.

Se supone que han venido para ser aconsejados. Pero en realidad no quieren consejo; ya han decidido, y saben lo que van a hacer. Si la recomendación del consejero coincide con su propio deseo, entonces se sienten fortalecidos. Si no, rechazarán el consejo y continuarán en su camino obstinado.

El rey Herodes pertenecía a esta clase de diletantes. Él disfrutaba escuchando a Juan el Bautista (Mr. 6:20), pero era un entusiasta superficial. No tenía la intención de permitir que el mensaje cambiara su vida.

Erwin Lutzer escribe: “He descubierto que el problema más frustrante

al ayudar a aquellos que vienen para ser aconsejados es simplemente que la mayoría no quiere cambiar. Por supuesto, están preparados para hacer ajustes menores, particularmente si su conducta les está ocasionando problemas. Pero la mayoría de ellos se siente a gusto con sus pecados mientras éstos no se les escapen de la mano. Y a menudo prefieren que la actividad de Dios en sus vidas se reduzca al mínimo”.

Algunos consejeros han desarrollado alguna estratagema para reducir el vacío entre el oír y el hacer. Dan al aconsejado una tarea especial, algo que debe hacer antes de que se presente a la otra sesión. Esto tiende a eliminar a aquellos que no se esfuerzan. Evita que ambos pierdan el tiempo.

Es algo muy serio llegar al punto en la vida donde podemos escuchar la Palabra de Dios sin ser motivados por ella. Debemos orar por continua sensibilidad a la voz del Señor y con buena disposición para hacer lo que diga.
28 de JULIO

“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:7).

El pecador tembloroso teme que Dios no lo reciba. El que peca y se arrepiente de lo mismo una y otra vez duda que Dios pueda perdonarle más. Pero nuestro versículo nos recuerda que a los que se vuelven al Señor se les da la bienvenida con pródiga misericordia y abundante perdón.

Esto se ilustra con una historia que sale a la superficie periódicamente a través de los años, una historia en la que los detalles cambian pero el mensaje perdura. Es acerca de un hijo rebelde que dejó su casa, se fue a New York, vivió en pecado y vergüenza y finalmente fue arrojado en la cárcel. Después de cuatro años de estar ahí fue puesto en libertad condicional y quiso volver a su casa. Pero estaba torturado con el temor de que su padre no lo recibiera. No podría enfrentar la desilusión de ser rechazado.

Por último, escribió a su padre sin remitente. Le decía que estaría en el tren el viernes siguiente. Si la familia todavía lo quería, debía atar un pañuelo blanco en la encina del patio del frente. Si no veía el pañuelo cuando el tren pasara, seguiría sin bajar del tren.

Ya en el tren, hosco y retraído, temía lo peor. Sucedió que venía un cristiano sentado detrás suyo. Después de varios intentos infructuosos, el cristiano finalmente logró que abriera su corazón y le contara su historia. Estaban ahora a cincuenta millas del hogar. El pródigo que regresaba fluctuaba entre el temor y la esperanza. Cuarenta millas. Pensaba en la

desgracia que había traído a sus padres y cómo había roto sus corazones. Treinta millas. Los años desperdiciados pasaban por su mente. Veinte millas. Diez millas. Cinco millas.

Finalmente la casa estaba a la vista. Se sentó sorprendido. La encina estaba cubierta con tiras blancas de tela revoloteando locamente en la brisa. Se levantó, bajó su equipaje y se preparó para descender en la estación.

El árbol se asemeja a la Cruz. Con los brazos abiertos y adornado con innumerables promesas de perdón, llama al pecador arrepentido para que vuelva al hogar. ¡Qué bienvenida a la casa del Padre! ¡Qué ilimitado perdón cuando el pródigo vuelve!

29 de JULIO

“¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por eso” (2 Crónicas 19:2).

El rey Josafat se había aliado con el perverso rey Acab para hacer la guerra a los sirios. Esta alianza impía casi le costó la vida. Los sirios confundieron a Josafat por Acab y estaban a punto de matarle cuando se dieron cuenta de su error. Aunque Josafat escapó de la muerte, no escapó de la hiriente reprensión del profeta Jehú. Dios se aira cuando Su pueblo ama a aquellos que le aborrecen y coopera con el impío.

¿Dónde podría suceder una cosa así en nuestros días? Acontece cuando los cristianos evangélicos profesantes se mezclan con liberales declarados en grandes cruzadas religiosas. Estos liberales niegan las grandes doctrinas fundamentales de la fe cristiana. Buscan minar la autoridad de las Escrituras con sus dudas y negaciones. Aunque se hacen pasar por cristianos, en realidad son enemigos de la Cruz de Cristo. Su dios es el vientre y su gloria está en su vergüenza. Sólo piensan en lo terrenal (Fil. 3:18-19). La causa de Cristo no se beneficia por su patrocinio, solamente sufre.

A medida que el movimiento ecuménico cobra fuerza, los cristianos que creen en la Biblia enfrentarán una presión cada vez más grande y deberán cerrar filas contra todo elemento impío en la cristiandad. Si lo hacen, serán ridiculizados y denunciados y sus libertades se verán restringidas. Pero la fidelidad a Cristo requiere que caminen por una senda de separación.

Uno de los golpes más severos se deja sentir cuando los mismos

cristianos desdeñan a sus hermanos que rehúsan trabajar con los impíos. Es muy común oír a algunos líderes cristianos hablar con aprecio de los modernistas en tanto que atacan a los fundamentalistas. Adulan la erudición de los liberales, citan sus libros con aprobación y muestran una amorosa tolerancia a sus herejías. Para sus hermanos fundamentalistas, en cambio, sólo tienen adjetivos despreciativos porque buscan mantener líneas bien definidas de demarcación entre el justo y el impío.

Solicitar el favor de los enemigos de Dios o buscar su ayuda es una política de traición. Si queremos ser leales a Cristo es preciso que estemos al lado de sus seguidores y seamos inflexibles contra el enemigo.

30 de JULIO

“...porque conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que queda con el bagaje; les tocará parte igual” (1 Samuel 30:24).

Cuando David recobró la ciudad de Siclag de mano de los amalecitas, algunos de sus hombres no quisieron compartir el botín con los doscientos que habían quedado atrás en el torrente de Besor. David dispuso que aquellos que cuidaban las provisiones debían compartir igualmente con los que fueron a la batalla.

Por cada soldado que entra en combate, hay varios que trabajan atrás de las líneas. En la Segunda Guerra Mundial solamente el 30% de las tropas del Ejército de los Estados Unidos estaban alistadas en unidades de combate. Los demás eran personal de apoyo que servían en unidades como la de ingeniería, intendentes militares, artillería, comunicaciones, transporte y gobierno militar.

Esta situación ofrece un paralelo con la obra del Señor. Aunque todos los cristianos son soldados, no todos están en el frente de batalla. No todos son predicadores, evangelistas, maestros o pastores. No todos son misioneros sirviendo en los frentes de batalla del mundo.

Dios tiene también personal de apoyo en Su armada. Están los fieles guerreros de la oración que agonizan cada día hasta que la marea de la batalla cede. También están los administradores devotos que viven vidas de sacrificio para disponer de más dinero para la causa del Señor. Hay aquellos que proveen comida y alojamiento a los que están cara a cara en conflicto con el enemigo. Entre ellos se cuentan los que mecanografiaban manuscritos que un día llevarán el mensaje a tierras distantes. También

están los que editan, traducen e imprimen literatura cristiana. Pensemos en las mujeres que ministran con excelencia sus hogares, criando hijos e hijas para el servicio del Rey. Por cada uno en el grueso de la batalla, hay otros que sirven activamente como personal de apoyo.

Cuando se repartan las recompensas, los que dieron toda su ayuda compartirán en partes iguales con aquellos que fueron aclamados como héroes de guerra. Todos los que sirvieron sosegadamente detrás de las líneas recibirán los mismos honores que las celebridades evangélicas.

Dios es capaz de ajustar cuentas a todos. Puede medir con precisión la importancia de la contribución de cada uno. Habrá abundancia de sorpresas. Aquellos que no llamaban la atención y pensábamos que no eran importantes, veremos que ocupaban posiciones cruciales. Sin ellos, habríamos sido impotentes.

31 de JULIO

“Jesús dijo: de cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna” (Marcos 10:29-30).

La más grande de todas las inversiones es la de la propia vida por la causa de Jesucristo. Las consideraciones más importantes en cualquier inversión son la seguridad del capital y el porcentaje de ganancia. Visto desde este ángulo, ninguna inversión se puede comparar con la vida que se vive para Dios. El capital está absolutamente seguro porque Él es poderoso para guardar nuestro depósito para aquel día (2 Ti. 1:12). En lo que toca a las ganancias, éstas sobrecogen la mente por su inmensidad. En el pasaje de este día, el Señor Jesús promete reembolsar cien veces más. Esto equivale a una tasa de interés del 10.000 %, algo inaudito en el mundo. ¡Y eso no es todo!

A los que han abandonado las comodidades de un hogar para servir al Señor Jesucristo se les promete el calor y las comodidades de muchos hogares, donde se les mostrará la bondad de Dios por causa de Jesús.

A aquellos que renuncian a los deleites del matrimonio y a una familia o que rompen otros tiernos lazos terrenales por causa del evangelio, se les promete una familia mundial, muchos de los cuales en verdad vienen a ser más cercanos que los parientes de sangre.

A quienes abandonan tierras se les prometen tierras. Dejan atrás el privilegio de poseer unas cuantas hectáreas de propiedad, obtendrán el privilegio inmensamente más grande de reclamar países y aun continentes en el precioso Nombre de Jesús.

Se les prometen también persecuciones. De entrada, ésta parece ser una nota agria en medio de una armoniosa sinfonía. Pero Jesús incluye las persecuciones como una ganancia positiva sobre nuestra inversión. Compartir el vituperio de Cristo es un tesoro más grande que todas las riquezas de Egipto (He. 11:26).

Estos son los dividendos en esta vida. Luego el Señor añade: "...y en el siglo venidero, la vida eterna". Esto nos hace esperar la vida eterna en su plenitud. Aunque la vida eterna en sí es un don recibido por la fe, habrá diferentes capacidades para disfrutarla. Aquellos que lo han dejado todo para seguir a Jesús tendrán un grado mayor de recompensa en la Ciudad Cuadrangular.

Cuando consideramos las ganancias trascendentes de una vida invertida para Dios, es extraño que la mayoría de la gente no participe. Los inversores pueden ser muy astutos cuando se trata de acciones y bonos, pero extrañamente torpes cuando se trata de la mejor inversión de todas.

1 de AGOSTO

"Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene" (Proverbios 25:11).

La combinación de manzanas doradas engastadas en plata es gratamente apropiada. Las dos van bien. Sucede lo mismo con una palabra de oro hablada en el momento adecuado. "El hombre se alegra con la respuesta de su boca; y la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!" (Pr. 15:23).

Una misionera veterana agonizaba de cáncer en un hospital, todavía consciente pero demasiado débil para hablar. Un piadoso anciano se aproxima a la cabecera de su cama precisamente cuando las horas de visita de la tarde están terminando. Inclinandose sobre su cama cita Cantares 8:5, "¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?" Ella abre sus ojos y sonrío. Éste es su último contacto con este mundo sollozante y sufriente. Antes de romper el alba, dejaba este desierto, apoyada en su Amado. ¡Esa era exactamente la palabra adecuada!

Una familia está paralizada de dolor por la pérdida de un ser querido. Los amigos se agolpan alrededor con mensajes de condolencia, pero nada parece mitigar la congoja. Entonces llega una carta del Dr. H. A. Ironside citando el Salmo 30:5, "Por la noche nos visita el llanto, pero en la mañana viene la alegría". Esta resultó ser la palabra adecuada del Señor que rompió la cadena del dolor.

Mientras un grupo de jóvenes cristianos van en un largo viaje, uno de ellos comienza a compartir algunas dudas tocante a las Escrituras que ha estado escuchando de uno de los cursos universitarios. Después de escuchar por un tiempo, uno de los pasajeros más tranquilos e ignorados

sobrecoge al grupo citando de memoria Proverbios 19:27, “Cesa, hijo mio, de oír las enseñanzas que te hacen divagar de las razones de sabiduría”. ¡Era una manzana de oro engastada en plata!

Me viene a la memoria aquella conocida historia de cómo Ingersoll, estando frente a una grande audiencia, desafió a Dios para que lo hiriera de muerte en cinco minutos, si es que había un Dios. Pasaron los cinco minutos cargados de suspenso. El hecho de que Ingersoll estuviera vivo todavía suponía ser una demostración de que Dios no existe. Súbitamente un cristiano sin nada en particular se puso de pie en la sala y preguntó: “señor Ingersoll, ¿piensa usted que puede agotar la misericordia de Dios en cinco minutos?” Esa palabra dio en el blanco.

La palabra adecuada, hablada en el momento adecuado, es verdaderamente un don de Dios. Bien podríamos envidiar ese don de tal manera que el Espíritu de Dios pueda usarnos para hablar la palabra apropiada de consuelo, estímulo, advertencia o reprensión.

2 de AGOSTO

“...tuvieron temor al entrar en la nube” (Lucas 9:34).

Pedro, Santiago y Juan estaban en el monte con Jesús. Percibiendo que éste era un momento significativo en la historia y deseando preservar algo de aquella gloria, Pedro propuso erigir tres tiendas: una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías. Esto habría puesto al Señor al mismo nivel que los otros dos santos del Antiguo Testamento. Dios frustró el proyecto envolviéndoles en una nube, y Lucas nos cuenta que “tuvieron temor al entrar en la nube”.

No debieron haber temido. Era una nube de gloria y no de juicio. Se trataba de un fenómeno temporal y no de un acto permanente de la vida. Dios estaba en la nube, aun cuando no era visible.

A menudo las nubes vienen a nuestras vidas y, como los apóstoles, tememos al entrar en ellas. Cuando Dios nos llama a una nueva esfera de servicio, por ejemplo, se presenta el temor de lo desconocido. Imaginamos lo peor en un camino de peligros, incomodidades y situaciones desagradables. En realidad estamos solamente temiendo una bendición. Cuando la nube se alza, encontramos que la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta.

Tememos al entrar en la nube de la enfermedad. Nuestras mentes se desbocan alarmadas. Interpretamos cada palabra y movimiento facial del médico como un presagio de muerte. Diagnosticamos cada síntoma como apuntando a una enfermedad terminal. Pero cuando la enfermedad pasa, nos encontramos diciendo con el salmista: “Bueno me es haber sido

humillado” (Sal. 119:71). Dios estaba en la nube y no lo supimos.

Tememos al entrar en la nube del dolor. Nos preguntamos ¿qué bien puede venir de estas lágrimas, angustia y duelo? Todo nuestro mundo parece derrumbarse en ruinas a nuestro alrededor. Pero hay instrucción para nosotros en la nube. Aprendemos a consolar a los demás con el consuelo con que Dios nos consuela. Llegamos a entender las lágrimas del Hijo de Dios de una manera que nunca hubiéramos podido conocer antes.

No hemos de temer al entrar en las nubes de la vida. Son instructivas, temporales y no son destructivas. Pueden esconder el rostro del Señor pero no Su amor y poder. De modo que podemos tomar a pecho las palabras de William Cowper.

Medrosos santos, recobrad confianza y valor;
Las nubes que tanto teméis, traerán bendición.

3 de AGOSTO

“Ni se complace en la agilidad del hombre” (Salmo 147:10).

¡Qué expresión más interesante! ¡El Dios grande y trascendente no se complace en la agilidad del hombre!

Podemos pensar en esto en relación el mundo del atletismo. La estrella de la pista, ágil y veloz, que cruza la línea final con las manos extendidas hacia arriba en triunfo. El jugador de baloncesto, atravesando la pista para meter la canasta de victoria. El héroe del fútbol, fuerte y muscular, que avanza irresistiblemente y mete el gol.

La multitud se desboca, salta, grita y aplaude (o alternativamente abuchea y silba). Son fanáticos que se involucran emocionalmente en cada jugada del partido. Podríamos decir que se complacen, ¡y tanto!, en la agilidad del hombre, es decir, en su habilidad para realizar el juego.

Nuestro versículo no intenta prohibir el interés en los deportes. La Biblia habla del valor del ejercicio corporal. Pero el desinterés de Dios en la agilidad de un hombre debe recordarnos que debemos mantener nuestras prioridades en orden.

Es fácil que un joven creyente esté tan absorto con algún deporte que éste se convierta desgraciadamente en la pasión de su vida. Sus mejores esfuerzos están encauzados para lograr la excelencia en el mundo. Se disciplina en el uso del tiempo, los alimentos y el sueño. Practica incansablemente perfeccionando su habilidad en toda jugada concebible. Mantiene un régimen planeado de ejercicio para conservarse en excelente condición física. Piensa y habla acerca de este deporte como si fuera su vida. Quizás en realidad lo es.

En ocasiones, un joven cristiano como éste puede ascender como la espuma cuando de repente se da cuenta de que Dios no se complace en la agilidad del hombre. Si desea caminar en comunión con Dios, necesita adoptar la perspectiva de Dios.

Entonces, ¿en qué se complace Dios? El versículo 11 del Salmo 147 nos dice: “Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia”. En otras palabras, Dios está más interesado en lo espiritual que en lo físico. El apóstol Pablo se refiere a este mismo sistema de valores cuando dice que “el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Ti. 4:8).

Cuando hayan pasado cien años y las aclamaciones dejen de resonar, cuando el estadio esté vacío y el marcador olvidado, lo que realmente contará es la vida que buscó primeramente el reino de Dios y Su justicia.

4 de AGOSTO

“Porque Jehová es justo, y ama la justicia” (Salmo 11:7).

El Señor mismo es justo y le gusta ver a Su pueblo actuando de una manera justa. Se agrada cuando los creyentes instintivamente toman decisiones que son consistentes con la ley divina o moral.

Pero esto no es siempre fácil en un mundo como el nuestro. Somos tentados constantemente a comprometer las áreas de la ética y la moral. Algunas de las tentaciones son descaradas; otras son más bien insidiosas. Se necesita discernimiento y carácter para caminar en línea recta.

No sería posible catalogar todas las áreas problemáticas, pero quizás una lista selectiva nos dará una base para poder tomar decisiones en el futuro.

Sobornos y “comisiones” son formas de injusticia. Así también lo son los regalos y dádivas que se dan para comprar a agentes para predisponerlos en su juicio... No está bien girar cheques sin fondos, es decir, sin fondos suficientes en la cuenta con la esperanza de depositar suficiente dinero mientras están en tránsito... En muchos países es ilegal enviar por correo algún paquete de mercancía con cartas dentro sin pagar el franqueo correspondiente... Una forma de engaño es decir a una persona que llama por teléfono, que no está el jefe cuando, de hecho, está sentado en la oficina de al lado. Cualquier abuso del tiempo de la empresa o de la cuenta de gastos utilizándola para desembolsos personales que no tienen que ver con el negocio... Sin dejar de mencionar la práctica muy extendida de falsificar cifras de ingresos o abultar contribuciones y gastos para

reducir el impuesto sobre la renta... Los reclamos fraudulentos de las agencias de seguros han alcanzado proporciones epidémicas... Están mal los retrasos y el trabajo realizado por debajo de las normas de calidad... Y quizás uno de los abusos más frecuentes es el uso no autorizado del tiempo que se toma un empleado para tramitar negocios personales.

No es correcto defender a parientes o amigos cuando evidentemente no tienen la razón. Eso es afecto equivocado y lealtad falsa. Servimos a la causa de la justicia cuando estamos a favor de la verdad contra el pecado, sin importarnos quién sea la persona culpable.

De manera similar, es erróneo tomar partido con una persona excomulgada basados en la noción sentimental de que alguien tiene que hacerse amigo del ofensor. Esto solamente crea división en la iglesia y

endurece al ofensor en su maldad.

Finalmente, no es correcto que nadie cargue con la culpa de algo que no ha hecho. Hay algunas almas amantes de la paz que están dispuestas a llevar la responsabilidad cuando el culpable rehusa venir al frente y confesar. La paz no puede ganarse sacrificando la verdad.

¡Animo, hermano! No desatines,
Aunque tu senda sea como la noche oscura;
Hay una estrella que guía a los humildes:
“Haz el bien y en Dios espera”.

Norman MacLeod

5 de AGOSTO

“Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:20).

El cuadro nos es familiar. Una reunión de la dirección de la iglesia está en marcha y debe tomarse una decisión. No se trata de alguna doctrina importante de la fe sino quizás acerca de reformas del local o de distribuir algunos fondos. Se produce un desacuerdo, se inflama la ira, se caldean los ánimos y los gritos irrumpen. Unos pocos individuos, decididos, los vocales de la mesa directiva, finalmente prevalecen. La reunión llega a su fin y se van con la ilusión de que han hecho avanzar la obra de Dios. La verdad es que hicieron avanzar cualquier cosa menos la obra de Dios y Su voluntad. La ira del hombre no obra la justicia de Dios.

Se cuenta la historia de que Emerson salió precipitadamente de una reunión de comité donde había habido muchos argumentos y lucha mental. Estaba furioso y parecía oír que las estrellas le decían: “¿Por qué vas tan enojado, hombrecito” A lo que Leslie Weatherhead comenta: “Qué maravillosamente las silenciosas estrellas en su majestad y remota belleza acallan nuestros espíritus, como si estuvieran diciendo realmente: “Dios es lo suficientemente grande para cuidarte”, y “Nada de lo que te preocupa es tan importante como parece”.

Sabemos que, efectivamente, hay lugar para la ira justa. Esto ocurre cuando el honor de Dios está en juego. Pero Santiago no está pensando en eso cuando habla de la ira del hombre. Se refiere al hombre o a la mujer que insiste en salirse con la suya, y que cuando es obstaculizado,

explota en ira. Se refiere a la orgullosa persona que considera que su juicio es infalible, y por lo tanto se muestra intolerante o inconforme.

Para los de este mundo, el temperamento explosivo es señal de fuerza, símbolo de liderazgo y un medio de demandar respeto. Creen que la mansedumbre es debilidad.

Pero el cristiano sabe mucho más. Entiende que cuando pierde la cabeza también pierde respeto. Toda explosión de ira es un fracaso. Es la obra de la carne y no el fruto del Espíritu.

Cristo nos ha enseñado un camino mejor: El camino del dominio propio, de dar lugar a la ira de Dios, de mostrar mansedumbre a todos los hombres. El camino de soportar pacientemente el agravio, de volver la otra mejilla. El cristiano sabe que con cada manifestación de ira, oculta la obra de Dios, hace borrosa la diferencia visible entre él y los inconversos y que sella sus labios en lo que respecta al testimonio.

6 de AGOSTO

“¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor” (Lamentaciones 1:12).

Algunas veces cuando estoy sentado en la Cena del Señor, me pregunto: “¿Qué me sucede? ¿Cómo puedo sentarme aquí y contemplar la pasión del Salvador sin deshacerme en lágrimas?”

Un poeta desconocido afrontó las mismas preguntas; escribió:

¿Soy una piedra, y no un hombre, que puedo estar,
Oh Cristo, bajo Tu cruz, y gota a gota contar,
La pérdida lenta de Tu sangre, y sin embargo no llorar?
No así el sol y la luna, que bajo el cielo de la noche
Sus rostros quieren esconder, mientras la tierra se convulsiona
Y se queja, sólo yo impasible e imperturbable puedo ver.
Gran Dios, así no deseo ser, ni la ira que Él llevó conocer,
¡Oh Señor, oro a ti, vuélvete y mírame una vez más,
y hiere esta roca, mi corazón.

Otro escribió en un espíritu similar:

Oh, me sorprende al contemplarte,
A ti, Cordero amante, agonizante,
Que al escrutar este misterio,

No pueda ser movido más a amarte”.

Admiro a aquellas almas sensibles que se conmueven tanto con los sufrimientos del Redentor agonizante que rompen a llorar. Me acuerdo de mi peluquero cristiano, Ralph Ruocco. Con frecuencia cuando me atendía, me hablaba de la agonía que padeció el Salvador. Entonces, con lágrimas que caían sobre el peinador me decía: “No sé por qué quiso morir por mí. Soy tan miserable y sin embargo, Él llevó el castigo de mis pecados en Su cuerpo sobre la Cruz”.

Pienso en la mujer pecadora que lavó los pies del Salvador con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los besó, y los ungió con perfume (Lc. 7:38). Aunque vivía al otro lado de la Cruz, fue más perceptiva y sensible emocionalmente que yo con todo mi conocimiento superior y privilegio.

¿Por qué soy como un bloque de hielo? ¿Es que he crecido en una cultura donde se considera que llorar es impropio del hombre? Si es así, desearía no haber conocido esa cultura. No es una desgracia llorar a la sombra del Calvario; la desgracia está en no hacerlo.

Con las palabras de Jeremías, de hoy en adelante debo orar: “¡Oh,

si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que llore día y noche!” (Jer. 9:1); es decir, llorar por los sufrimientos y muerte que mis pecados trajeron al Salvador sin pecado. Deseo hacer más las palabras inmortales de Isaac Watts:

Podría esconder mi avergonzada faz,
Viendo Su querida cruz aparecer;
Derretir mi corazón en gratitud
Y en lágrimas mis ojos deshacer.

Señor, ¡líbrame de la maldición de un cristianismo de ojos secos!

7 de AGOSTO

“...se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado” (Isaías 61:3).

En este exaltado pasaje, el Mesías está describiendo algunos de los intercambios maravillosos que Él da a aquellos que le reciben. Da gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto y alegría en lugar de espíritu angustiado.

Nosotros le traemos las cenizas de una vida consumida en el placer, las cenizas de un cuerpo arruinado por el licor o las drogas. Le traemos las cenizas de los años desperdiciados en el desierto o las cenizas de esperanzas frustradas y sueños destrozados. Y ¿qué es lo que obtenemos? Nos da gloria, la belleza de una deslumbrante diadema nupcial. ¡Qué intercambio! “El pobre esclavo cansado del pecado es honrado viniendo a ser la novia del Dios santo” (J. H. Jowett). María Magdalena, controlada por siete demonios no sólo es liberada sino que llega a ser hija del Rey. Los corintios vinieron a Él en toda su degradación y fueron lavados, santificados y justificados.

Nosotros le traemos lágrimas de luto, lágrimas provocadas por el pecado, la derrota y el fracaso. Lágrimas causadas por la tragedia y la pérdida. Lágrimas de matrimonios hechos trizas e hijos rebeldes. ¿Puede hacer algo con estas lágrimas saladas y abrasadoras? Sí, puede enjuagarlas y darnos óleo de gozo en su lugar. Nos da el gozo del perdón, el gozo de la aceptación, el gozo de Su familia, el gozo de encontrar la razón de nuestra existencia. En resumen, nos da “el gozo del banquete de bodas a cambio de

la aflicción de pies cansados”.

Finalmente, quita de nosotros el espíritu angustiado. Todos nosotros sabemos cómo es este espíritu: una carga pesada de culpa, remordimiento, vergüenza y humillación. El espíritu de soledad, de rechazo, de traición. El espíritu del temor y la ansiedad. Él nos lo quita y nos da manto de alegría. Pone cántico nuevo en nuestra boca, un himno de alabanza a nuestro Dios (Sal. 40:3). Llena al quejoso con acciones de gracias y al blasfemo con adoración.

Algo hermoso y bueno ocurrió,
Toda mi confusión Él comprendió.
Quebranto y dolor le ofrecí yo,
Él en algo hermoso me cambió.

Gaither

8 de AGOSTO

“...prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande” (Lucas 6:35).

Estos mandamientos de nuestro Señor se refieren a nuestra conducta hacia todos los hombres conversos o inconversos, pero vamos a considerar particularmente los tratos financieros entre individuos cristianos. Es tristemente cierto que algunos de los conflictos más serios entre creyentes surgen por asuntos monetarios. Esto no debe ser así, pero desafortunadamente el viejo adagio todavía vale: cuando el dinero entra por la puerta, el amor sale por la ventana.

Una solución simple podría ser prohibir todo trato financiero entre los santos, pero no podemos hacer esto, porque la Biblia dice: “A cualquiera que te pida, dale” y “...prestad, no esperando de ello nada” (Lc. 6:30, 35). De modo que debemos adoptar varias directrices que nos permitan obedecer a la Palabra y evitar disputas y amistades rotas.

Debemos dar en cualquier caso de necesidad genuina. El don debe ser incondicional. Si damos a otro, éste no debe sentirse obligado de ninguna forma a votar por nosotros en una reunión de la iglesia o a defendernos cuando estamos equivocados. No debemos tratar de “comprar” a la gente con nuestras bondades.

El mandamiento de dar tiene sus excepciones. No debemos dar a nadie para financiar apuestas, bebidas o cigarrillos. No debemos dar para facilitar algún plan necio de hacerse rico que provea para la codicia del hombre.

Cuando prestamos para una causa digna, debemos hacerlo con la actitud de que no nos importa si el dinero será devuelto. La falta de pago no deberá afectar nuestra amistad y no debemos cobrar intereses por el préstamo. Si un judío, viviendo bajo la ley no podía cobrar intereses a otro compañero judío (Lv. 25:35-37), cuánto menos debe un cristiano, viviendo bajo la gracia, cobrar intereses a un compañero creyente.

Si surge un caso donde no estamos muy seguros de que la necesidad es genuina, generalmente es mejor buscar el suplir la necesidad. Si vamos a equivocarnos, es mejor hacerlo del lado de la gracia.

Al dar a los demás, debemos afrontar el hecho de que los recipientes de la caridad a menudo sienten resentimiento hacia el donante. Este es un precio que debemos estar dispuestos a pagar. Cuando a Disraeli se le recordó una vez que cierto hombre lo odiaba, dijo: “No se porqué. No he hecho nada por él últimamente”.

9 de AGOSTO

“Y dejándolo todo, se levantó y le siguió” (Lucas 5:28).

Imaginemos a Leví sentado en una mesa a un lado del camino cobrando impuestos a todo el que pasaba. Si era un típico cobrador de impuestos, no hay duda que se embolsaba considerables sumas de dinero en lugar de entregarlas al odiado gobierno romano.

Ese día en particular Jesús pasó y le dijo: “Sígueme”. Un tremendo despertamiento espiritual tuvo lugar en la vida de Leví. Vio sus pecados expuestos. Se dio cuenta del vacío de su vida. Escuchó la promesa de cosas mejores. Su respuesta fue inmediata. “Dejándolo todo, se levantó y le siguió”. Al hacer esto se anticipó a los significativos renglones de Amy Carmichael: “Oí su llamado: “¡Ven, sígueme! / Eso fue todo. / Mi oro terreno se desvaneció, / y mi alma fue en pos de Él, / Me levanté y le seguí; / Eso fue todo. / ¿Quién no le seguiría / Al oírle llamar?”

Pero Leví, o Mateo, como es mejor conocido, poco imaginó que desde aquel día en que respondió al llamado de Cristo las grandes cosas seguirían a su obediencia.

En primer lugar, experimentó la incalculable bendición de la salvación. De ahí en adelante las sandalias de Mateo se gastaron debajo de los dedos y no debajo del talón, ya que en lugar de sentarse en una mesa de impuestos, caminaba en pos del Señor. A partir de entonces, tenía más gozo —aun cuando estaba triste— que antes cuando estaba alegre. Podía decir en las palabras de George Wade Robinson: “Algo vive en cada color, que los ojos sin Cristo no pueden ver”.

Más tarde, Mateo llegó a ser uno de los doce apóstoles. Vivió con el Señor Jesús, escuchó Sus incomparables enseñanzas, fue testigo de Su resurrección, salió con el mensaje glorioso, y finalmente puso su vida por el Salvador.

A Mateo le fue dado el indecible privilegio de escribir el primer Evangelio. Decimos que lo dejó todo, pero el Señor le permitió quedarse con su pluma. Esa pluma fue empleada para describir al Señor Jesús como el verdadero Rey de los judíos.

Sí, Mateo lo dejó todo, pero al hacerlo ganó todo y encontró la verdadera razón de la existencia.

Hay un sentido en el que el llamado de Cristo viene a cada hombre, mujer, niño y niña. Podemos responder o rechazar. Si respondemos, Él nos bendice más allá de lo que podemos soñar. Si rechazamos, Él encuentra a otros que le siguen. Pero jamás podremos encontrar a un Cristo mejor que seguir.

10 de AGOSTO

“La multitud... decía que había sido un trueno” (Juan 12:29).

Dios acababa de hablar desde el cielo en tonos claros y articulados. Algunos decían que había sido un trueno y dieron una explicación natural a lo que era divino y milagroso.

Ésta es una actitud que podemos tomar hoy en día hacia los milagros. Podemos intentar encontrar una explicación convincente como si no se tratara más que de ocurrencias naturales.

O podemos decir tajantemente que la edad de los milagros ha pasado, relegándolos convenientemente a una casilla dispensacional.

Una tercera actitud es ir al otro extremo y afirmar el estar experimentando milagros que, de hecho, no son sino el producto de una vívida imaginación.

El enfoque correcto es reconocer que Dios puede hacer milagros, y de hecho lo hace, en nuestros días. Como Señor Soberano puede hacer lo que le agrada. No hay razón bíblica por la que haya abandonado los milagros como un medio de revelarse.

Cada vez que alguien nace de nuevo ocurre un milagro. Ésta es una poderosa demostración de poder divino, librando a esa persona del reino de las tinieblas y trasladándola al reino de Su Amado Hijo.

Hay milagros de sanidad, cuando la ciencia médica ha llegado al final de sus recursos y toda esperanza humana se ha desvanecido. Entonces, en respuesta a la oración creyente, en algunas ocasiones Dios decide tocar el cuerpo y restaurar la salud de la persona.

Hay milagros de provisión, cuando la billetera está vacía, y milagros de dirección, cuando estamos en una encrucijada y no sabemos por qué camino ir.

Hay milagros de preservación cuando, por ejemplo, alguien sale ileso sin un solo rasguño de una masa enredada de acero de lo que antes era un automóvil.

Sí, Dios todavía hace milagros, pero no necesariamente los mismos. Nunca ha querido repetir las diez plagas que envió a Egipto. Aunque Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos, esto no quiere decir que Sus métodos sean siempre los mismos. El hecho de que resucitase a los muertos cuando estaba sobre la tierra no significa que los resucite hoy.

¡Una palabra final! No todos los milagros son divinos. El maligno y sus agentes pueden ejecutar milagros. En un día futuro, la segunda bestia de Apocalipsis 13 engañará a los habitantes de la tierra con los milagros que llevará a cabo. Aún hoy debemos probar todos los pretendidos milagros por la Palabra de Dios y por la senda en que éstos guían a la gente.

11 de AGOSTO

“Porque si estamos locos, es para Dios” (2 Corintios 5:13).

Dios tiene algunos soldados irregulares en Su ejército, y a veces son éstos los que obtienen las más grandes victorias. En su celo por el Señor parecen excéntricos. Emplean métodos originales en lugar de apearse a los tradicionales. Siempre están diciendo y haciendo lo inesperado. Pueden dar patadas al diccionario de cualquier idioma, y violar toda regla conocida de predicación y enseñanza, sin embargo obtienen grandes ganancias para el reino de Dios. Con frecuencia son dramáticos y hasta electrizantes. La gente se escandaliza de ellos, pero nunca los olvida.

Estos irregulares son una fuente constante de desconcierto para los que aman las formalidades y los convencionalismos y que se estremecen con la sola idea de violar las normas culturales. Otros cristianos tratan de cambiarlos para hacerlos más normales, para extinguir el fuego. Pero afortunadamente para la Iglesia, sus esfuerzos son generalmente en vano.

Nos es difícil creer que nuestro Señor parecía extraño a Sus contemporáneos. “Era tan celoso en su obra que a menudo no tenía tiempo siquiera para comer, y su madre y sus hermanos querían llevarlo a casa porque pensaban que “no estaba en sus cabales”. Decían: “está fuera de sí”. Pero el cuerdo era Jesús y no sus hermanos” (W. Mackintosh Mackay).

Es evidente que la gente acusaba al apóstol Pablo de ser raro. Su respuesta a esta acusación era: “Porque si estamos locos, es para Dios” (2 Co. 5:13).

Hemos oído de uno de los irregulares de Dios que llevaba puesto un

cartelón escrito por el frente y por atrás. En el frente decía: “Estoy loco por causa de Cristo”. Y detrás se leía: “¿De qué locos eres tú?”

El problema con la mayoría de nosotros es que somos demasiado normales para crear alguna agitación en la sociedad a favor de Dios. Como alguien ha dicho: “Somos parecidos al promedio de la gente, como Pedro, que estaba afuera del tribunal donde Cristo era juzgado, tan sólo “calentándose”.

Roland Hill, el gran predicador londinense era un excéntrico. Así también lo fueron C. T. Studd, Billy Bray y W. P. Nicholson, el gran evangelista irlandés. ¿Nos hubiese gustado que fueran algo diferentes? No, cuando consideramos cómo Dios los usó, sólo deseamos ser más como ellos. “Es mil veces mejor ser una rareza eficaz que una mediocridad ineficaz. En algunas ocasiones el primer amor puede ser extraño pero, gracias a Dios, es eficaz; y algunos de nosotros lo hemos perdido” (Fred Mitchell).

12 de AGOSTO

“Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo, sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca, y está condenado por su propio juicio” (Tito 3:10, 11).

Cuando pensamos en un hereje, normalmente pensamos en alguien que sostiene y propaga conceptos opuestos a las grandes verdades fundamentales de la fe. Vienen a la memoria hombres como Arrio, Montano, Marción y Pelagio que vivieron en los siglos II y III d. C.

No me propongo rechazar esa definición de hereje sino ampliarla. En el Nuevo Testamento, un hereje incluye también a cualquiera que promueve obstinadamente una enseñanza no bíblica, aun de importancia secundaria, que causa división en la iglesia. Puede apegarse a las verdades fundamentales y sin embargo fomentar alguna otra enseñanza que causa contienda porque difiere de la creencia bíblica ya aceptada por la congregación de la que forma parte.

Muchas traducciones modernas ponen: “hombre faccioso” en lugar de “hereje”. Una persona facciosa es aquella que está obstinadamente determinada a montarse en su caballo de batalla doctrinal a pesar de que esto crea división en la iglesia. Su conversación retorna inevitablemente a su tema favorito, así como la cabra tira al monte. No importa dónde abra la Biblia, siempre cree encontrar apoyo en ella para sus ideas. No puede ministrar públicamente la Palabra sin introducir su tema. Su partitura sólo tiene una nota, su instrumento musical sólo tiene una cuerda y toca esa nota solamente en esa cuerda.

Su conducta es enteramente perversa. Descarta por completo las mil y una enseñanzas de la Biblia que edifican a los santos en la fe, y se especializa en una o dos doctrinas desviadas que sirven solamente para crear un cisma. Puede ser que machaque algún aspecto particular de la profecía o que enfatice mucho algún don del Espíritu, o que esté obsesionado con los llamados cinco puntos del calvinismo.

Cuando los líderes de la iglesia le advierten que no continúe con su terca cruzada, se muestra impenitente. Insiste en que no sería fiel al Señor si no enseñara estas cosas. No permanecerá callado. Tiene una respuesta

“super-espiritual” para cada argumento que se emplea contra él. El hecho de que está creando contienda y división en la iglesia no le disuade en absoluto. Se muestra indiferente ante el decreto divino: “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él” (1 Co. 3:17).

La Escritura dice que esta persona se ha pervertido, y peca, habiéndose condenado a sí mismo. Se ha pervertido en el sentido que está “deformado moralmente” (versión parafraseada por Phillips), se ha “desviado” (NEB) y es un “descarriado” (La Biblia Latinoamericana). Peca, porque la Biblia condena semejante conducta. Él lo sabe, a pesar de sus piadosas protestas. Después de dos advertencias la iglesia debe rechazarle, esperando que por medio de este ostracismo abandone aquello que perturba la paz y sana doctrina de la congregación.

13 de AGOSTO

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

Cuando Jesús pronunció estas palabras, se estaba refiriendo a una reunión de la iglesia convocada para tratar con un miembro pecador que rehúsa arrepentirse. Otros esfuerzos para con el ofensor han fallado y ahora es llevado ante la asamblea. Si aún rehúsa arrepentirse, debe ser excomulgado: puesto fuera de comunión. El Señor Jesús promete Su presencia en tal reunión convocada para tratar con un asunto de disciplina de la iglesia.

Pero el versículo ciertamente tiene una aplicación más amplia. Se cumple dondequiera y cada vez que dos o tres se reúnen en Su Nombre. Reunirse en Su Nombre significa juntarse como asamblea **crisiana**; congregarse con y por Su autoridad, actuando de Su parte; reunirse en torno a Él como cabeza y centro de atracción; congregarse de acuerdo con la práctica de los cristianos primitivos en doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones (Hch. 2:42). Quiere decir congregarse con Cristo como el centro, congregarse en Él (Gn. 49:10; Sal. 50:5).

Dondequiera que los creyentes se reúnen de este modo a la Persona del Señor Jesús, Él promete estar presente. Mas alguien podría preguntar: “¿No está Él presente en todas partes? Siendo Él Omnipresente, ¿no está en todos los lugares a una y al mismo tiempo?” La respuesta es, por supuesto que sí. Pero promete estar presente **de una manera especial**

cuando los santos se congregan en Su Nombre.

“...allí estoy yo en medio de ellos”. Esa es, por sí misma, la razón más fuerte por la que debemos ser fieles asistiendo a todas las reuniones de la asamblea local. El Señor Jesús está ahí de una manera especial. Muchas veces podemos no estar conscientes de Su prometida presencia. En otras ocasiones aceptamos el hecho por la fe, basados en Su promesa. Pero hay otras veces cuando se nos manifiesta a Sí mismo de una manera singular. Son momentos en los que los cielos parecen inclinarse hasta tocar tierra y todos los corazones se inclinan y someten a la influencia de la Palabra. Momentos cuando la gloria del Señor llena de tal manera el lugar, que un profundo sentido de temor reverencial sobrecoge a la gente y las lágrimas

corren libremente. Momentos en los que nuestros corazones arden dentro de nosotros.

Nunca sabemos cuando ocurrirán estas sagradas visitas. Llegan inesperadamente y sin anuncio y si no estamos presentes las perdemos. Sufrimos una pérdida parecida a la de Tomás, que no estaba presente cuando el Señor Jesús resucitado y glorificado apareció a los discípulos la tarde de Su resurrección (Jn. 20:24). Éste fue un momento de gloria que jamás pudo recuperar.

Si realmente creemos que Cristo está presente cuando Su pueblo se reúne en Su Nombre, estaremos mucho más motivados y determinados a asistir que si el rey o el presidente estuviera ahí. Nada aparte de la muerte o una enfermedad grave impedirá nuestra presencia.

14 de AGOSTO

“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:17).

No hay nada más hermoso en la creación espiritual de Dios que un creyente que demuestra un genuino espíritu de quebrantamiento. Aun Dios mismo encuentra irresistible a tal persona; puede resistir al soberbio y orgulloso (Stg. 4:6), pero no al quebrantado y humilde.

En nuestra condición natural, ninguno de nosotros está quebrantado. Somos como un potro salvaje, rebelde, obstinado e impetuoso. Resistimos al freno, las bridas y la silla de la voluntad de Dios. Rehusamos ser enjaezados, deseando ir por nuestro propio camino. Mientras permanecemos sin quebrantarnos, no somos aptos para el servicio.

La conversión es como el comienzo del proceso del quebrantamiento. El pecador penitente puede decir: “El corazón más orgulloso que jamás latió, / Ha sido sojuzgado en mí; / La voluntad más salvaje que alguna vez surgió / Para burlarse de tu causa o auxiliar a tus enemigos / ¡Es sofocado, mi Dios, por Ti!” En la conversión tomamos sobre nosotros el yugo de Cristo.

Pero es posible ser creyente y no obstante comportarse a veces de manera muy parecida a la de un potro indomado que desea vagar por la distancia a su agrado. Debemos aprender a pasarle las riendas de la vida al Señor Jesús en la práctica de la vida cotidiana. Hemos de someternos a Sus tratos en nuestra vida sin dar coces, saltar o relinchar. Tenemos que decir:

Su camino es mejor
Cesemos de planear inútilmente,
Y dejemos el gobierno de nuestra vida a Él.

Necesitamos practicar el quebrantamiento, no sólo hacia Dios sino también hacia nuestro prójimo. Esto significa que no seremos orgullosos, agresivos, o arrogantes. No nos sentiremos impulsados a defendernos cuando se nos acusa injustamente, o por causa de nuestros derechos. Ni devolveremos el golpe cuando nos insulten, ridiculicen, injurien o difamen. Una persona quebrantada se disculpa con prontitud cuando ha dicho o hecho algo equivocado, sin largas explicaciones para justificarse. No guarda rencores ni lleva la cuenta de los errores de los demás, sino que les

considera como mejores que a sí mismo. Cuando se topa con retrasos, interrupciones, averías o accidentes, cambios de horario y decepciones, no responde con pánico, histeria o espavientos. Manifiesta aplomo y ecuanimidad en las crisis de la vida.

Si un matrimonio está verdaderamente quebrantado, nunca necesitará recurrir al divorcio. Los padres e hijos quebrantados nunca experimentan la “brecha generacional”. Los vecinos quebrantados nunca necesitan erigir cercas. Las iglesias con personas que han aprendido el camino del quebrantamiento experimentan un avivamiento continuo.

Cuando venimos a la Cena del Señor y escuchamos las palabras del Salvador: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido”, la única respuesta adecuada es: “Ésta es mi vida, Señor Jesús quebrantada para Ti”.

15 de AGOSTO

“Mirad y guardaos de toda avaricia” (Lucas 12:15).

La avaricia es el deseo excesivo por la riqueza o las posesiones. Es una manía que atenaza a la gente, causándoles desear más y más. Es una fiebre que les lleva a anhelar cosas que en realidad no necesitan.

Vemos la avaricia en el hombre de negocios que nunca está satisfecho, que dice que se detendrá cuando haya acumulado una cierta cantidad, pero cuando ese tiempo llega, está ávido de más.

La vemos en el ama de casa cuya vida es una interminable parranda de compras. Amontona toneladas de cosas diversas hasta que su desván, garaje y despensa se hinchan con el botín.

La notamos en la tradición de los regalos de navidad y cumpleaños. Jóvenes y viejos igualmente juzgan el éxito de la ocasión por la cantidad de artículos que son capaces de acumular.

La palpamos en la disposición de una herencia. Cuando alguien muere, sus parientes y amigos derraman unas lágrimas fingidas, para luego descender como lobos a dividir la presa, a menudo comenzando una guerra civil en el proceso.

La avaricia es idolatría (Ef. 5:5; Col. 3:5). La avaricia coloca la propia voluntad en el lugar de la voluntad de Dios. Expresa insatisfacción con lo que Dios ha dado y está determinada a conseguir más, sin importar cuál pueda ser el coste.

La avaricia es una mentira, que crea la impresión de que la felicidad se encuentra en la posesión de cosas materiales. Se cuenta la historia de un hombre que podía tener todo lo que quería con simplemente desearlo.

Quería una mansión, sirvientes, un Mercedes, un yate y ¡presto! estaban allí instantáneamente. Al principio esto era estimulante, pero una vez que comenzó a quedarse sin nuevas ideas, se volvió insatisfecho. Finalmente dijo: “Deseo salir de aquí. Deseo crear algo, sufrir algo. Preferiría estar en el infierno que aquí”. El sirviente contestó: “¿Dónde crees que estás?”

La avaricia tienta a la gente al riesgo, a la estafa y a pecar para conseguir lo que se desea.

La avaricia hace incompetente a un hombre para el liderazgo en la iglesia (1 Ti. 3:3). Ronald Sider pregunta: “¿No sería más bíblico aplicar la disciplina eclesial a aquellos cuya codicia voraz les ha llevado al “éxito financiero” en vez de elegirles como parte del consejo de ancianos?”

Cuando la codicia lleva a los desfalcos, la extorsión u otros escándalos públicos, exige la excomunión (1 Co. 5:11). Y si la avaricia no es confesada y abandonada, lleva a la exclusión del Reino de Dios (1 Co. 6:10).

16 de AGOSTO

“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto”
(1 Timoteo 6:8).

Pocos cristianos toman estas palabras seriamente, sin embargo, éstas son tan verdaderamente Palabra de Dios como Juan 3:16. Nos dicen que debemos estar satisfechos teniendo sustento y abrigo. La palabra “abrigo” incluye un techo sobre nuestras cabezas así como las ropas que vestimos. En otras palabras, debemos estar contentos con lo mínimo esencial y poner todo lo demás que está por encima de eso para la obra del Señor.

El hombre que tiene contentamiento tiene algo que el dinero no puede comprar. E. Stanley Jones decía: “Todas las cosas pertenecen al hombre que no desea nada. Al no tener nada, posee todas las cosas en la vida, incluyendo la vida misma... Es rico en la escasez de su indigencia y no en la abundancia de sus posesiones”.

Hace años cuando Rudyard Kipling habló a una clase de graduados en la Universidad McGill, advirtió a los estudiantes para que no le dieran mucho valor a la riqueza material. Dijo: “Algún día se encontrarán con un hombre a quien no le importa ninguna de estas cosas, y entonces se darán cuenta de cuán pobres son ustedes”.

“El cristiano más feliz sobre la tierra es el que tiene pocas necesidades. Si un hombre tiene a Cristo en su corazón, el cielo ante sus ojos y solamente las bendiciones temporales estrictamente necesarias para

llevarle sin problema por la vida, entonces el dolor y la tristeza tienen poco que hacer; este hombre tiene poco que perder” (William C. Burns).

Este espíritu de contentamiento parece haber caracterizado a muchos de los gigantes de Dios. David Livingstone decía: “He determinado a no considerar mío nada de lo que poseo excepto en relación al Reino de Dios”. Watchman Nee escribió: “No deseo nada para mí mismo; deseo todo para el Señor”. Y Hudson Taylor decía que disfrutaba: “el lujo de tener pocas cosas por las que preocuparse”.

Para algunos, la idea de contentamiento significa falta de empuje y ambición. Describen a la persona satisfecha como un zángano o un aprovechado. Pero ése no es el contentamiento cristiano. Éste tiene abundancia de empuje y ambición, pero está dirigido hacia lo espiritual, no a lo material. En vez de vivir de gorra, el cristiano trabaja para poder dar a aquellos que están en necesidad. En las palabras de Jim Elliot, la persona satisfecha es aquella que: “ha aflojado la tensión de la mano agarrada”.

17 de AGOSTO

“...yo honraré a los que me honran...” (1 Samuel 2:30).

Una de las muchas maneras en las que podemos honrar al Señor es permaneciendo fieles a los principios divinos y rehusando firmemente comprometerlos.

Durante su juventud Adam Clarke trabajaba para un comerciante de sedas. Un día su jefe le mostró cómo debía estirar la seda cuando la midiera a un cliente. Adam le dijo: “Señor, su seda se podrá pero mi conciencia no”. Años más tarde Dios honró a este honesto empleado capacitándole para escribir el comentario bíblico que lleva su nombre.

Eric Liddell estaba entrenado para correr en la competición de los 100 metros en los Juegos Olímpicos. Pero cuando se enteró de que las eliminatorias para este evento estaban programadas para un domingo, dijo al entrenador que no correría. Sintió que al deshonorar el Día del Señor, deshonoraba al Señor mismo. Una gran tormenta de críticas irrumpió. Fue acusado de ser un aguafiestas, de dejar mal a su país y de ser un fanático religioso. Pero no retrocedió en su decisión.

Cuando se enteró de que las eliminatorias para los 200 metros estaban programadas para un día entre semana, pidió permiso a su entrenador para correr, aún cuando ésta no era su distancia. Ganó la primera eliminatoria, la segunda y luego las semifinales. El día de la final mientras caminaba hacia el lugar de partida, alguien puso un pequeño pedazo de papel en su mano. Le echó un vistazo y vio las palabras: “...yo honraré a los

que me honran”. Ese día no sólo ganó la carrera sino que estableció un nuevo récord mundial.

El Señor le dio el honor aún más grande de servirle como uno de Sus embajadores en el lejano oriente. Durante la Segunda Guerra Mundial fue hecho prisionero por los japoneses y murió en un campo de concentración, ganando así la corona del martirio.

Adam Clarke y Eric Liddell, siguieron en la ilustre línea de hombres como José, que honró a Dios con su carácter auténtico y fue honrado por Dios haciendo de él el salvador de su pueblo en un tiempo de hambre. Hombres como Moisés, cuya lealtad a su Dios fue honrada permitiéndole guiar a la nación de Israel fuera de la esclavitud de Egipto. Hombres como Daniel, cuyo rechazo a comprometerse le llevó a un lugar de distinción en el Reino Persa. Y el mayor de todos: el Señor Jesús, que honró a Su Padre como nadie más lo ha hecho, y le fue dado el Nombre que es sobre todo nombre.

18 de AGOSTO

“No se alabe tanto el que se ciñe las armas, como el que las desciene” (1 Reyes 20:11).

Aunque estas palabras fueron dichas por un rey impío, Acab, son palabras de verdad. En algunas ocasiones hasta los perversos dicen la verdad.

El rey de Siria había hecho demandas insultantes y degradantes a Acab, amenazando con el desastre militar si no obedecía. Pero en la batalla que siguió, los sirios fueron forzados a la retirada y su rey tuvo que huir por su vida. Su huida no igualó a su jactancia.

El texto de hoy habría sido también un buen consejo para Goliat. Cuando vio que David se aproximaba le dijo: “Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo” (1 S. 17:44). Pero David lo derribó fácilmente con una simple piedra lanzada con su honda. El gigante se había jactado antes de tiempo.

Cuando somos cristianos jóvenes es fácil que sobreestimemos nuestra propia habilidad. Actuamos como si pudiéramos conquistar con una sola mano al mundo, la carne y al diablo. Incluso hasta nos atrevemos a reprochar a los cristianos de más edad por su fracaso en evangelizar al mundo. ¡Les mostraremos cómo hacerlo! Pero nuestra jactancia es prematura. La batalla apenas ha empezado y actuamos como si ya hubiese terminado.

En una reunión informal de creyentes una tarde, el reflector iluminaba a un brillante predicador joven que estaba ahí presente. ¡Éste

halló cierta satisfacción al ser el centro de interés! En el grupo estaba también un maestro de escuela dominical que había ejercido una profunda influencia en su vida. Alguien dijo a este maestro: “Debes estar muy orgulloso de tu antiguo alumno”. Su respuesta fue: “Sí, **si él continúa bien hasta el fin**”. En esa ocasión, el joven predicador pensó que ésa era una nota muy amarga para una tarde tan agradable. Pero más tarde, con la perspectiva de los años, se dio cuenta de que su viejo maestro tenía razón. Lo que cuenta no es cómo te vistes la armadura, sino cómo terminas la batalla.

En realidad la batalla no termina en esta vida. No terminará hasta que estemos delante de nuestro gran Capitán en el cielo. Entonces oiremos cómo evaluó nuestro servicio, la única calificación que cuenta en realidad, y sea cuál sea Su apreciación, no tendremos ninguna base para sobre la cual jactarnos. Diremos humildemente: “Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer hicimos” (Lc. 17:10).

19 de AGOSTO

“No injuriarás a los jueces, ni maldecirás al príncipe de tu pueblo”
(Éxodo 22:28).

Cuando Dios le dio la Ley a Moisés, incluyó una prohibición específica en contra de hablar reprochando o faltando al respeto de aquellos que ocupan posiciones de autoridad. La razón es clara: estos gobernantes y líderes son representantes de Dios. “No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Ro. 13:1). El gobernante es: “servidor de Dios para tu bien” (Ro. 13:4). Aun cuando este gobernante no conozca al Señor personalmente, sin embargo es el hombre del Señor oficialmente.

El vínculo entre Dios y los gobernantes humanos es tan cercano que la Escritura se refiere algunas veces a ellos como dioses. Por esta razón, leemos en otra versión: “No injuriarás a los dioses”, lo que puede significar autoridades gubernamentales. Y en el Salmo 82:1, 6 el Señor se refiere a los jueces como dioses, no significando que sean deidades sino que simplemente son agentes de Dios.

A pesar de los ataques asesinos del rey Saúl contra David, este último no permitió a sus hombres que hicieran daño al rey en forma alguna, porque era el ungido del Señor (1 S. 24:6).

Cuando el apóstol Pablo sin darse cuenta reprochó al sumo sacerdote, presuroso se arrepintió y disculpó, diciendo: “No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: no maldecirás a un príncipe de tu pueblo” (Hch. 23:5).

El respeto por las autoridades tiene vigencia también en el reino espiritual. Esto explica porqué el arcángel Miguel no se atrevió a proferir juicio de maldición contra Satanás, sino que sencillamente le dijo: “El Señor te reprenda” (Jud. 9).

Una de las marcas de los apóstatas de los últimos días es que desprecian el señorío, y no temen decir mal de las potestades superiores (2 P. 2:10).

La lección para nosotros es evidente. Debemos respetar a nuestros gobernantes como siervos oficiales de Dios aunque no estemos de acuerdo con su política o no aprobemos su carácter personal. Bajo ninguna circunstancia debemos decir jamás lo que dijo un cristiano al calor de una campaña política: “El presidente es vil y sinvergüenza”.

Además debemos orar así: “por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Ti. 2:2).

20 de AGOSTO

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque, ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (Hebreos 12:7).

Las palabras “disciplina” y “disciplinaban” se repiten siete veces en los primeros 11 versículos de Hebreos 12. Como consecuencia es fácil que el lector ocasional se lleve una mala impresión. Podría imaginarse a Dios como un Padre enojado que está siempre azotando a sus hijos. Este error surge al pensar que la disciplina se refiere al castigo solamente.

Es un gran alivio saber que “disciplinar” en el Nuevo Testamento tiene un significado mucho más amplio que ése. En realidad significa educar a niños, e incluye toda la actividad de los padres que está implicada en la crianza de un hijo. Kittel la define como: “la educación y manejo del niño que está creciendo hacia la madurez y que necesita dirección, enseñanza, instrucción y una cierta medida de compulsión en la forma de disciplina o hasta de castigo”.

Los cristianos para quienes fue escrito el libro de Hebreos estaban padeciendo persecución. El escritor se refiere a ella como parte de la disciplina del Señor. ¿Significa esto que Dios había enviado la persecución? ¡Ciertamente no! Fue ideada por los enemigos del evangelio. ¿Estaba Dios castigando a los cristianos por sus pecados? No, la persecución probablemente fue provocada porque testificaban fielmente de Él. ¿En qué sentido podríamos decir entonces que la persecución era la disciplina del Señor? En el sentido de que Dios permitió que ocurriera y

luego la utilizó como parte de Su programa educativo en las vidas de Su pueblo. En otras palabras, usó la persecución para refinar, madurar y conformar a Sus hijos a la imagen de Su Hijo.

Ni que decir tiene que este tipo de disciplina no resulta agradable al presente. El cincel trata duramente con el mármol. El horno somete al oro a un intenso calor. Pero todo esto vale la pena cuando el rostro del hombre aparece en el mármol y cuando el oro es purificado de la escoria.

Es contraproducente despreciar la disciplina del Señor o desmayar bajo ella. La única actitud adecuada es recordar que Dios está empleándola como un instrumento de entrenamiento, procurando conseguir el máximo beneficio de ella. Esto es lo que el escritor da a entender cuando dice que: “da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (He. 12:11b).

21 de AGOSTO

“...prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1 Corintios 14:19).

El tema aquí, desde luego, es el uso de las lenguas sin interpretación en las reuniones de la iglesia. Pablo se opone a esta práctica. Insiste en que lo que se dice debe ser inteligible, de lo contrario nadie es edificado.

Pero el versículo puede aplicarse en un sentido más amplio. Cuando hablamos, debemos hacerlo en voz alta para que todos escuchen, de otro modo podríamos también estar hablando en una lengua desconocida. En casi todos los públicos hay personas que no oyen bien. Cuando la voz del que habla es suave los oyentes sufren al perder el hilo de las ideas. Ya que el amor piensa en los demás y no en sí mismo, es preciso hablar con suficiente volumen para que todos puedan escuchar.

El amor emplea también palabras suficientemente sencillas para que una persona normal le entienda. Tenemos un gran mensaje, el mensaje más grande e importante del mundo, y es vital que la gente lo oiga y entienda. Si usamos una jerga complicada, oscura y técnica, echamos abajo nuestro propósito.

Un predicador fue al Oriente a ministrar la Palabra, haciendo uso de un intérprete. La primera frase de su mensaje fue: “Todo pensamiento puede dividirse en dos categorías, concreto y abstracto”. Observando a la audiencia de abuelitas desdentadas y niños inquietos, el intérprete la tradujo así: “He venido desde muy lejos para hablarles acerca del Señor Jesús”. A partir de ahí el mensaje estuvo firmemente en las manos de los ángeles.

En un artículo reciente de una revista cristiana, me encontré con expresiones tales como: “datum normativo de una categoría transhistórica”;

“obra que no es ecléctica sino que tiene relevancia existencial”; “un continuum vertical de conciencia”; “lenguaje canónico de afirmación”; “causalidad clásica en los límites extremos de la medida”. ¡Cuánto esfuerzo conlleva poder abrirse paso a través de esta jerga religiosa burocrática! ¡Líbranos de todos aquellos que tienen un modo pesado de no decir nada en frases infinitas!

Dicen que los programas de radio y televisión se transmiten en términos que puede entender la gente con un tercer grado de educación. Esto debe ser una clave para los cristianos que desean alcanzar al mundo con el mensaje de la redención. Debemos “hacer que el mensaje sea claro y simple: CRISTO RECIBE A LOS HOMBRES PECADORES”. Es mejor hablar cinco palabras y ser entendido que diez mil palabras en un lenguaje que nadie puede entender.

22 de AGOSTO

“No me toques, porque aún no he subido a mi Padre” (Juan 20:17).

Uno de los himnos favoritos de algunos niños dice: “Pienso cuando leo esa dulce vieja historia, / Cuando Jesús entre los hombres estaba / Cómo a los pequeños como corderos llamaba, / Me gustaría haber estado con Él entonces”. Probablemente la mayoría de nosotros ha compartido ese deseo sentimental en un momento u otro. Pensamos en qué bonito hubiera sido disfrutar de la compañía personal del Hijo de Dios durante Su ministerio terrenal.

Pero hemos de darnos cuenta que es mejor conocerle hoy, como se nos da a conocer por el Espíritu a través de la Palabra. En vez de estar en desventaja, en realidad somos más privilegiados que los discípulos. Veámoslo de este modo: Mateo vio a Jesús a través de los ojos de Mateo, Marcos a través de los ojos de Marcos, Lucas a través de los ojos de Lucas y Juan a través de los ojos de Juan. Pero nosotros le vemos a través de los ojos de los cuatro evangelistas. Tenemos una revelación más plena del Señor Jesús en todo el Nuevo Testamento que la que tenía cualquiera de los discípulos cuando estaban sobre la tierra.

Hay un sentido adicional, en el que disfrutamos de un mayor privilegio que los contemporáneos de Jesús: Cuando se encontraba mezclado entre la multitud en Nazaret o Capernaúm, estaba necesariamente más cerca de algunos que de otros. En el aposento alto, Juan se recostaba cerca de Su pecho, mientras que los otros discípulos estaban reclinados a

diversas distancias. Pero todo esto ha cambiado ahora. El Salvador está igualmente cerca de todos los creyentes. No está solamente con nosotros; está en nosotros.

Cuando María se encontró con el Señor resucitado, deseó abrazarle del mismo modo que le había conocido previamente. Ella no quería perder Su presencia física y corporal. Pero Jesús le dijo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre...” (Jn. 20:17). En efecto, lo que estaba diciendo era: “María, no te aferres a mí en un sentido físico y terrenal. Cuando ascienda a mi Padre, el Espíritu Santo será enviado a la tierra. A través de Su ministerio me conocerás de una manera más plena, clara e íntima de lo que me conociste antes”.

La conclusión es ésta: En vez de desear haber estado con Jesús cuando estaba sobre la tierra, debemos darnos cuenta, con regocijo, que es mejor estar con Él ahora.

23 de AGOSTO

“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jeremías 2:13).

Es un mal negocio cambiar una fuente por cisternas y especialmente por cisternas rotas. Una fuente es un manantial de agua fresca, pura y refrescante que sale a borbotones de la tierra. Una cisterna es un depósito artificial para almacenar agua. El agua así contenida puede estancarse y viciarse. Cuando la cisterna se rompe, el agua se fuga y la contaminación se filtra.

El Señor es una Fuente de aguas vivas. Su pueblo puede encontrar satisfacción perdurable en Él. El mundo es una cisterna; una cisterna rota. Ofrece la esperanza de placer y felicidad, pero aquellos que buscan satisfacción en él son defraudados inevitablemente.

María fue educada en una familia cristiana donde la Palabra de Dios se leía y memorizaba. Pero se rebeló contra el estilo de vida de sus padres y abandonó el hogar, determinada a darse la gran vida. El baile vino a ser la pasión de su vida. Tratando de reprimir todo recuerdo de su trasfondo cristiano, su vida discurría entre un baile y otro.

Una noche, mientras se deslizaba por la pista de baile, fue detenida por un versículo de la Escritura que había aprendido cuando era niña: “Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”. A la

mitad del baile fue convencida de su pecado. Reconociendo el vacío de su vida, se volvió al Señor y se convirtió. Se excusó por no seguir bailando, dejó el salón y nunca volvió.

Desde aquel momento podía identificarse con el poeta que escribió: “Señor, he probado las cisternas rotas, / Pero en ellas ¡las aguas escasearon! / Cuando fui a beber huyeron, / Y de mis quejas se burlaron. / Nadie, sino sólo Cristo satisface, / No hay otro nombre para mí; / Amor, vida y gozo perdurable, / Señor Jesús, encuentro en Ti”.

María experimentó la verdad de las palabras del Salvador: “Cualquiera que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:13,14).

24 de AGOSTO

“Así ha dicho Jehová: Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo” (Jeremías 31:16).

Esteban había sido criado en el campo de misión. A temprana edad profesó fe en Cristo y había sido el medio para guiar a algunos al Señor. Cuando fue a los Estados Unidos para estudiar en la universidad, mantenía un buen testimonio. Pero luego comenzó a ir a la deriva, la frialdad hizo su aparición y comenzó a enredarse en diversos pecados. Pronto comenzó a aficionarse a las religiones orientales.

Cuando sus padres le visitaron, quedaron angustiados. Suplicaron, razonaron y rogaron, pero él era inflexible. Finalmente fueron al lugar donde vivía con otros tres. Lo que vieron allí les aplastó por completo. Fueron a casa y lloraron amargamente.

Al ir a la cama trataron de dormir, pero fue inútil. Finalmente a las cuatro de la madrugada decidieron levantarse y tener un tiempo devocional. Les tocaba leer aquel día Jeremías 31, pero el esposo dijo: “¡Jeremías no!” pensando que el llamado “profeta llorón” no les confortaría. Pero el Señor prevaleció y abrieron en Jeremías 31. Cuando llegaron al versículo 16,

leyeron: “Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo”.

Miles de padres cristianos hoy en día tienen el corazón destrozado, afligiéndose por sus hijos e hijas rebeldes. Cuando oran, los cielos parecen de hierro. Comienzan a preguntarse si Dios alguna vez restaurará al caído.

Deben recordar que ningún caso es demasiado difícil para el Señor. Han de continuar en oración, velando con acción de gracias. Deben suplicar por las promesas de la Palabra de Dios.

Cuando la madre a la que nos referíamos se preguntaba si había sido justificada al reclamar en oración lo dicho por Jeremías 31:16, leyó en Isaías 49:25, “Tu pleito yo lo defenderé, y yo salvaré a tus hijos”.

25 de AGOSTO

“Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Corintios 1:9).

Pablo se vio muy cerca de la muerte en la provincia de Asia. No podemos saber con precisión que fue lo que ocurrió allí, pero fue tan serio que si le hubiéramos preguntado: “¿Crees que saldrás con vida?” Nos hubiese dicho: “Voy a morir”.

La mayoría de personas usadas por Dios han tenido una experiencia similar en un momento u otro de sus vidas. Las biografías de los grandes hombres de Dios dan cuenta de liberaciones maravillosas de la enfermedad, accidentes o de ataques personales.

En ocasiones Dios usa esta clase de experiencia para atraer la atención de un hombre. Quizás cabalga en la cresta de la ola en lo que respecta a prosperidad material y todo parece ir viento en popa. Repentinamente es postrado en cama por una enfermedad. El cirujano quita metros de intestinos cancerosos. Esto le hace reevaluar su vida y pensar una vez más en sus prioridades. Al darse cuenta de cuán breve e incierta es la vida, determina dar al Señor lo que queda de ella. Dios le levanta y le da muchos años adicionales de servicio fructífero.

Fue diferente en el caso de Pablo. Había rendido su vida al Señor para servirle. Pero existía la peligrosa posibilidad de que tratara de servir en su propia fuerza y por su propio ingenio. De modo que el Señor lo llevó al

borde de la tumba para que no pudiera confiar en sí mismo, sino en el Dios de la resurrección. Hubo muchas veces en su tumultuosa carrera que debió enfrentar problemas más allá de toda solución humana. Habiendo probado ya el poder absoluto del Dios de lo imposible, no se intimidaría.

Estos encuentros cercanos con la muerte son bendiciones con disfraz. Nos muestran cuán frágiles somos. Nos recuerdan la locura de los valores de este mundo. Nos enseñan que la vida es una breve historia que puede terminar muy inesperadamente. Cuando nos enfrentamos con la muerte nos damos cuenta de que debemos hacer las obras de Aquél que nos envió mientras es de día, porque la noche viene cuando nadie puede trabajar. En un sentido todos tenemos sentencia de muerte en nosotros mismos, lo cual es saludable recordar, para poner en primer lugar los intereses de Cristo y depender de Su poder y sabiduría.

26 de AGOSTO

“Y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros” (Salmo 90:17).

Al margen de la Biblia de las Américas se lee “...da permanencia a la obra de nuestras manos”. ¡Esta es una idea digna de considerarse y una súplica digna de oración! Nuestra ambición debe ser dedicar nuestra vida a hacer lo que perdura.

Esto encuentra eco en el Nuevo Testamento cuando el Señor Jesús dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, **y vuestro fruto permanezca**” (Jn. 15:16).

F. W. Boreham decía que cada uno de nosotros debemos proveernos de alguna tarea honorable que podamos realizar mientras nuestro cuerpo yazca en la tumba. Bien debemos llevar esta idea más allá de la tumba y decir que cada uno de nosotros debe construir para la eternidad.

Mucho de la actividad moderna es de importancia pasajera y de fugaz valor. El otro día escuché de un hombre que había dedicado su vida al análisis químico de cincuenta químicos volátiles en la piel de una pera Bartlett. Aun los cristianos pueden caer en la trampa de construir castillos en la arena, de perseguir burbujas y de hacerse expertos en trivialidades. Alguien ha dicho que podemos ser culpables de gastar nuestras vidas enderezando cuadros en una casa que arde.

Hay muchos tipos de obra que son de importancia eterna, y en las que debemos concentrarnos. Primero está el desarrollo del carácter cristiano. Nuestro carácter es una de las pocas cosas que llevaremos al cielo. Necesita cultivarse ahora.

Las almas ganadas para Cristo son de importancia duradera. Serán adoradores del Cordero de Dios para siempre.

Aquellos que enseñan la Palabra de verdad, que discipulan a jóvenes creyentes, que alimentan a las ovejas de Cristo están haciendo una inversión en vidas que perdurarán indefinidamente.

A los padres que educan a sus hijos e hijas para el servicio del Reino se les asegura que su obra permanecerá.

Los fieles administradores que invierten su dinero para Cristo y Su causa están ocupados en un ministerio que no puede fracasar.

Aquellos que se consagran a sí mismos a la obra de la oración verán algún día cómo cada oración fue contestada en el tiempo y en el modo de Dios.

Cualquiera que sirve al pueblo de Dios está comprometido en una obra para la eternidad. El siervo más humilde de Cristo tiene una visión superior que los hombres más sabios del mundo. La obra de él perdurará mientras que la de ellos subirá en el hongo de una explosión atómica.

27 de AGOSTO

“Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? ...el que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia”
(Salmo 15:1, 4).

En el Salmo 15, David describe a la persona que reúne los requisitos para ser un compañero del Dios Grande. Uno de los aspectos del carácter de este hombre es que sostiene su palabra, aun a costa de sí mismo. Si hace una promesa o un compromiso, permanece leal y fiel.

Tenemos, por ejemplo, a un cristiano que está vendiendo su casa. Viene un comprador y acuerda pagar el precio convenido. El vendedor cierra el trato. Antes de firmar los papeles, alguien le ofrece \$5.000 más por la casa. Legalmente, quizás, el vendedor puede rechazar la primera oferta y ganar así \$5.000 más en la transacción. Pero moralmente está obligado a permanecer fiel a la palabra dada. Su testimonio como cristiano fiable está en juego.

Tenemos aquí a otro creyente que tiene infectada una muela del juicio. Su dentista lo envía a un cirujano que trata el diente con un antibiótico, luego le da una cita para la extracción. Después de dar testimonio del Señor al cirujano, el cristiano deja la consulta. De camino a casa encuentra a un amigo que le dice quién le puede extraer la muela a mitad de precio. Sin duda puede pagar al cirujano por la obra ya hecha y luego ir al otro dentista. ¿Pero debe hacerlo?

Sue acaba de aceptar una invitación de una pareja de ancianos para

ir a cenar. De repente suena el teléfono y la invitan a una cena a la orilla de la playa con un grupo de jóvenes de su edad. Ahora siente que está entre la espada y la pared. No quiere decepcionar a la pareja de ancianos, sin embargo desea desesperadamente estar con los jóvenes.

La decisión es a menudo más difícil cuando están en juego grandes cantidades de dinero. Pero ninguna suma de dinero debe inducirnos a romper una promesa, cancelar un compromiso, desacreditar nuestro testimonio cristiano y deshonorar el Nombre del Señor. No importa cuál sea el coste, debemos demostrar la falsedad del comentario sarcástico de Voltaire: “cuando se trata de dinero, todos los hombres son de la misma religión”.

El hombre de Dios “siempre cumple lo que promete, cueste lo que cueste” (TEV); y “guarda una promesa aun si esto le arruina” (LB).

28 de AGOSTO

“Sabed que vuestro pecado os alcanzará” (Números 32:23).

Dios ha establecido ciertos principios inalterables en nuestro mundo y ningún hombre puede escapar de estos principios. Uno de ellos es que no se puede pecar sin ser castigado.

Algunos de nosotros aprendimos esto en nuestra infancia cuando hurtábamos mermelada u otras golosinas que dejaban una marca reveladora que la madre descubría fácilmente. Pero esta verdad se aplica a toda la vida y está atestiguada en el diario de cada mañana.

El poema “El Sueño de Eugenio Aram” es una notable ilustración de este asunto. Pensando que podía cometer un “crimen perfecto”, Aram asesinó a un hombre y arrojó su cuerpo al río: “unas aguas perezosas, negras como la tinta cuya profundidad era inmensa”. A la mañana siguiente descendió a la orilla del río donde había cometido el crimen.

Y buscó el maldito negro estanque, con un ojo receloso y delirante;
Y vio en su lecho al fallecido, porque el pérfido río se había secado.

Trató de cubrir el cuerpo con una enorme pila de hojas, pero esa noche sopló un gran viento por toda la zona, dejando el cadáver claramente al descubierto.

Entonces caí con rostro a tierra, y primero comencé a llorar,
Porque sabía que mi secreto, el mundo no quería guardar,

Ni en la tierra ni en el mar, a diez mil brazas de profundidad.

Finalmente sepultó a su víctima en una remota cueva, pero años más tarde el esqueleto fue descubierto; fue procesado por el crimen y ejecutado. Su pecado le había alcanzado.

Pero hay otro modo en el que el pecado nos alcanza. E. Stanley Jones nos recuerda que “el pecado se expresa en el deterioro interno, en el infierno interior de no ser capaz de respetarse a sí mismo, al empujarte a vivir clandestinamente en ciegos laberintos”.

Aun si el pecado de un hombre pudiera permanecer de alguna manera sin ser visto en esta vida, es seguro que lo atraparé en la que sigue. A menos que el pecado haya sido limpiado por la sangre de Jesús, será expuesto a la luz en el Día del Juicio. Trátese de acciones, pensamientos, motivos o intentos, el pecado le será imputado así como el castigo ya anunciado. Esa pena, sin duda, es la muerte eterna.

29 de AGOSTO

“Cristo es el todo” (Colosenses 3:11).

Los cristianos tenemos la tendencia de gastar mucho tiempo buscando nuevas experiencias espirituales que nos garanticen, de alguna manera, una victoria permanente o la libertad de los altibajos del diario vivir. Nos apresuramos a asistir a convenciones, conferencias, seminarios y talleres en busca de una elusiva fórmula mágica que suavice las asperezas de la vida. Folletos satinados nos aseguran que el Dr. Don Fulano de Tal compartirá un nuevo secreto que nos hará avanzar en el Espíritu. O bien algún vecino celoso insiste en arrastrarnos al Auditorio Municipal para oír hablar de un atajo recientemente descubierto que nos llevará a la vida abundante.

Los señuelos son legión. Un predicador ofrece el camino verdadero a la realización. Otro anuncia el secreto triple de la victoria. Hoy asistimos a un seminario para aprender las claves de la vida más profunda. A la semana siguiente hay una convención sobre los cinco pasos fáciles a la santidad. Avanzamos en tropel para un llamado al altar que nos hará experimentar la plenitud del Espíritu. O nos obsesionamos con la sanidad del cuerpo como si ésta fuera la cosa más importante en la vida. En un minuto nos hacemos mar adentro en la llamada psicología cristiana, en el siguiente en la sanidad de los recuerdos. Damos la vuelta por mar y tierra buscando una nueva cima espiritual.

No cabe duda de que muchos de estos predicadores son sinceros y que hay valor en algunas de las cosas que dicen. Pese a todo, tenemos que volver a la esencia de la vida para encontrar que no hay atajos a la santidad,

que los problemas están todavía allí y que debemos vivir día a día dependiendo del Señor.

Tarde o temprano debemos aprender que es mejor estar ocupados con el Señor Jesús que con las experiencias. No hay desilusión en Él. Todo lo que necesitamos está en Él. Él es el Todosuficiente.

A. B. Simpson de la Alianza Cristiana pasó la primera parte de su vida en la búsqueda de experiencias, pero en ellas no encontró satisfacción. Después escribió el hermoso himno titulado “Él Mismo”:

Una vez fue la bendición, ahora es el Señor;
Una vez fue el sentimiento, ahora Su Palabra es;
Una vez Sus dones anhelé, ahora es mío el Dador;
Una vez la sanidad busqué, ahora solamente Él es.
Todo en todos, Jesús, cantaré;
Todo en Jesús y Jesús es todo.

30 de AGOSTO

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina” (1 Timoteo 4:16).

Una de las muchas características notables de la Palabra de Dios es que nunca aísla la doctrina del deber. Tomemos como ejemplo Filipenses 2:1-13, que es uno de los pasajes clásicos del Nuevo Testamento sobre la doctrina de Cristo. Aprendemos de Su igualdad con Dios el Padre, de cómo se despojó, Su encarnación, Su carácter de siervo, Su muerte y subsecuente glorificación. Pero esto se presenta, no como un tratado doctrinal, sino como una apelación a los filipenses y a nosotros para tener la mente de Cristo. Si vivimos para los demás como Él, esto eliminará contiendas y vanagloria. Si tomamos el lugar más bajo como Él, Dios nos exaltará a su debido tiempo. El pasaje es intensamente práctico.

A menudo pienso en esto cuando leo libros de teología sistemática. En éstos los autores buscan reunir todo lo que la Biblia enseña sobre las doctrinas de la fe, sea que se trate de Dios, de Cristo, el Espíritu Santo, los ángeles, el hombre, el pecado, la redención, etc., aunque todo esto tiene su valor, es muy frío cuando está aislado de la piedad en la vida cotidiana. Una persona puede ser experta intelectualmente en las grandes doctrinas y sin embargo, tristemente deficiente en cuanto a su carácter cristiano. Si estudiamos la Biblia tal como Dios nos la ha dado, nunca nos encontraremos en una dicotomía entre doctrina y práctica. Ambas están siempre hermosamente equilibradas y entreteljadas.

Quizás el tema doctrinal que más se ha separado de nuestra

responsabilidad personal es la profecía. Muy a menudo ésta ha sido presentada de tal manera para llamar la atención. Las especulaciones sensacionales tocante a la identidad del Anticristo atraen a multitudes pero no desarrollan la santidad. La profecía jamás fue dada para agradar a oídos con comezón, sino más bien para formar el carácter cristiano. George Peters hace una lista de sesenta y cinco maneras en las que se calcula que la Segunda Venida afecta a nuestra doctrina, obligación y carácter; y no dudo que hay muchas más.

La lección para nosotros es que nunca debemos separar la teología de la piedad práctica. En nuestro propio estudio personal y cuando enseñamos la Palabra a los demás, debemos enfatizar la exhortación de Pablo a Timoteo: “Ten cuidado de **ti mismo** y de la **doctrina**...”

31 de AGOSTO

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:7-8).

Es excelente que un creyente renuncie a las grandes cosas de la vida por causa del Señor. Tenemos, por ejemplo, a un hombre cuyos talentos le han traído fama y riqueza y sin embargo, por obediencia al llamamiento divino, las pone a los pies del Salvador. O una mujer cuya voz le ha abierto las puertas de las grandes salas de concierto del mundo, pero ahora siente que debe vivir para otro mundo, así que rinde su carrera artística para seguir a Cristo. Después de todo, ¿qué es la reputación, la fortuna o las distinciones en el mundo cuando se comparan con la ganancia incomparable de ganar a Cristo?

Ian MacPherson pregunta: “¿Existe escena más profundamente conmovedora que la de un hombre colmado de dones, poniéndolos humildemente en adoración a los pies del Redentor? Después de todo, ese es el lugar donde se supone que deben estar. En las palabras de un viejo y sabio teólogo galés: “el hebreo, el griego y el latín están muy bien en su lugar; pero su lugar no es donde Pilato los puso, sobre la cabeza de Jesús, sino más bien a Sus pies”.

El apóstol Pablo renunció a la riqueza, la cultura y la posición eclesiástica y las estimó como pérdida por Cristo. Jowett comenta que

“cuando el apóstol Pablo consideraba sus posesiones y aristocracia como grandes ganancias, no había visto aún al Señor; pero cuando “la gloria del Señor” resplandeció ante sus ojos asombrados, todo lo demás se desvaneció en sombras y aun se eclipsó. No era tan sólo que las ganancias anteriores se abarataron con la refulgencia del Señor y las pudo ver como deleznable en sus manos; sino que dejó de pensar en ellas por completo. Se esfumaron enteramente de la mente donde en otro tiempo habían sido apreciadas como depósitos supremos y sagrados”.

Es extraño, entonces, que cuando un hombre abandona todo para seguir a Cristo, algunos piensen que se ha vuelto loco. Algunos se escandalizan y quedan atónitos. Algunos lloran y ofrecen otras rutas alternativas. Otros argumentan sobre la base de la lógica y el sentido común. Unos pocos lo aprueban y se conmueven hasta lo más profundo. Pero cuando una persona camina por la fe, es capaz de valorar adecuadamente las opiniones de los demás.

C. T. Studd abandonó una fortuna privada y excelentes perspectivas en casa para dedicar su vida al servicio misionero. John Nelson Darby dio la espalda a una brillante carrera y llegó a ser un ungido evangelista, maestro y profeta de Dios. Los cinco mártires del Ecuador renunciaron a las comodidades y materialismo de los Estados Unidos para que la tribu Auca conociese a Cristo.

La gente lo llama un gran sacrificio, pero no es sacrificio. Cuando alguien trató de elogiar a Hudson Taylor por los sacrificios que había hecho por Cristo, le dijo: “Hombre, nunca he hecho un sacrificio en mi vida”. Y Darby manifestó en una ocasión: “No es ningún sacrificio renunciar basura”.

1 de SEPTIEMBRE

“Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia” (Levítico 25:10).

Cada cincuenta años en el calendario de Israel se conocía como el año del jubileo. Se suponía que la tierra debía estar en barbecho. Las propiedades se devolvían a sus dueños originales y los esclavos eran puestos en libertad. Era un tiempo gozoso de libertad, gracia, redención y descanso.

Cuando alguien compraba una propiedad, debía tener en cuenta la proximidad del año del jubileo. Por ejemplo, la tierra sería más valiosa si al tiempo de la compra faltaban cuarenta y cinco años para el año del jubileo. Pero si estaba solamente a un año de distancia, difícilmente era digna de comprarse. El comprador sólo podría tener una cosecha.

Hay un sentido en el que la venida del Señor será el año del jubileo para los creyentes de hoy. Entrarán en el descanso eterno en la casa del Padre. Serán libres de los grilletes de la mortalidad y recibirán cuerpos glorificados. Todas las cosas materiales que les han sido confiadas como administradores serán devueltas a su dueño original.

Debemos tener esto en cuenta al valorar nuestras posesiones materiales. Podemos tener millones en propiedades, inversiones y depósitos bancarios. Pero si el Señor viniera hoy, ya no tendrían ningún valor para nosotros. Cuanto más cerca estamos de Su venida, menos valor real tienen. Esto significa que debemos invertirlos hoy para el adelanto de

la causa de Cristo y el alivio de la necesidad humana.

Así como el año del jubileo era anunciado con el toque de una trompeta, así el regreso del Señor será anunciado con el sonido de la “última trompeta”. “Todo esto nos enseña una excelente lección. Si nuestros corazones valoran la esperanza inalterable del retorno del Señor, debemos aligerarnos de todas las cosas terrenales. Es moralmente imposible que podamos estar en la actitud de esperar al Hijo del cielo y no estemos despegados de este mundo presente... Aquel que vive en la expectación diaria de la aparición de Cristo debe desligarse de lo que será juzgado y disuelto cuando venga... Quiera Dios que nuestros corazones sean impresionados y nuestra conducta influenciada en todas las cosas por esta verdad tan preciosa y santificante” (C. H. Mackintosh).

2 de SEPTIEMBRE

“Señor, te seguiré adondequiera que vayas” (Lucas 9:57).

Algunas veces pienso que hablamos y cantamos con demasiada ligereza acerca del señorío de Cristo, del compromiso total y de la rendición absoluta. Repetimos como loros frases cortas e ingeniosas como: “Si Él no es el Señor absoluto, entonces no es Señor en absoluto”. Cantamos: “Todo a Cristo yo me rindo, lo que tengo, lo que soy”. Actuamos como si el compromiso total implicara poco más que asistir a la iglesia cada domingo.

No es que no seamos sinceros; sino que no nos damos cuenta de todo lo que implica. Si reconociéramos el señorío de Cristo, estaríamos dispuestos a seguirle en la pobreza, el rechazo, el sufrimiento y aun la muerte.

“Algunos desmayan ante la vista de la sangre. Un día un joven entusiasta vino a Jesús con los propósitos más excelentes en su corazón. “Señor”, dijo, “Te seguiré adondequiera que vayas”. No podría haber nada más excelente. Pero Jesús no se emocionó. Sabía que aquel joven no entendía todo lo que implicaba su promesa. Así que le dijo que Él mismo no era sino un hombre sin hogar y que como las zorras, tendría que dormir a la intemperie en la montaña. Le mostró la cruz con un poco de carmesí sobre ella y frente a esto, aquel que estaba tan ansioso cayó en una palidez mortal. Suspiraba por sus bienes; el precio era más alto de lo que estaba dispuesto a pagar. Esto ocurre con mucha frecuencia. Algunos de ustedes no están en la batalla, no porque el llamado de Cristo no sea atractivo, sino porque están

temerosos de una pequeña sangría. Por lo tanto dicen gimoteando: ‘a no ser por estas infames pistolas, yo habría sido soldado’” (Chappell).

Si Jesús no se emocionó cuando el joven de Lucas 9 se ofreció a ir con Él todo el tiempo, estoy seguro de que sí se emocionó cuando Jim Elliot escribió en su diario: “Si salvara la sangre de mi vida, negándome a derramarla como un sacrificio, oponiéndome al ejemplo de mi Señor, entonces he de sentir el pedernal del rostro de Dios puesto contra mi objetivo. Padre, toma mi vida, ¡sí!, mi sangre, si así lo deseas, y consúmela con Tu fuego arrollador. No la salvaría, pues no me corresponde a mí salvar. Tómala, Señor, tómala toda. Derrama mi vida como una oblación por el mundo. La sangre tan sólo tiene valor cuando fluye sobre Tus altares”.

Cuando leemos palabras como éstas, y recordamos que Jim derramó su sangre como mártir en Ecuador, algunos de nosotros nos damos cuenta de qué poco sabemos de rendición **absoluta**.

3 de SEPTIEMBRE

“Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo” (Romanos 5:15).

En Romanos 5:12-21, Pablo contrasta las dos cabezas federales de la raza humana, Adán y Cristo. Adán fue la cabeza de la primera creación; Cristo es la cabeza de la nueva creación. La primera fue natural; la segunda es espiritual. Tres veces emplea Pablo las palabras “mucho más”, para enfatizar que las bendiciones que fluyen de la obra de Cristo, sobreabundan muy por encima de las pérdidas contraídas por el pecado de Adán. Está diciendo que “en Cristo, los hijos de Adán ostentan más bendiciones que las que su padre perdió”. Los creyentes están mejor en Cristo que lo que pudieron haber estado si Adán no hubiera caído.

Supongamos, por un momento, que Adán no hubiera pecado, que en vez de comer del fruto prohibido, él y su esposa hubieran decidido obedecer a Dios. ¿Cuál habría sido el resultado en sus vidas? Hasta donde sabemos, hubieran continuado viviendo indefinidamente en el Edén. Su recompensa habría sido una larga vida sobre la tierra. Y esto se habría cumplido ciertamente en su descendencia.

Mientras continuaran sin pecar, hubieran podido vivir indefinidamente en el Edén; no habrían muerto.

Pero en ese estado de inocencia, no tendrían expectativa de llegar alguna vez al cielo. No habría promesa de ser habitados y sellados por el Espíritu

Santo. Nunca habrían llegado a ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo. Jamás habrían tenido la esperanza de ser conformados a la imagen del Hijo de Dios. Y siempre habrían tenido ante sí la terrible posibilidad de pecar y perder las bendiciones terrenales que disfrutaban en el Edén.

Pensemos, al contrario, en la posición infinitamente superior que Cristo ha obtenido para nosotros con Su obra expiatoria. Somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. Somos aceptos en el Amado, completos en Cristo, redimidos, reconciliados, perdonados, justificados, santificados, glorificados y hechos miembros del cuerpo de Cristo. Somos habitados y sellados por el Espíritu que es las arras de nuestra herencia. Estamos seguros eternamente en Cristo. Somos hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo Jesús. Estamos tan cerca de Dios y somos tan queridos por Él como lo es Su amado Hijo. Y hay mucho, mucho más. Pero esto es suficiente para mostrar que los creyentes están mejor hoy en el Señor Jesucristo que lo que pudieran haber estado en un inocente Adán.

4 de SEPTIEMBRE

“¿Y he de pagar lo que no robé?” (Salmo 69:4).

El que habla en el Salmo 69 es el Señor Jesús. En el versículo 4 nos dice que en Su gloriosa obra de redención, restituyó a Dios por las pérdidas que habían sido causadas por el pecado del hombre. No hay duda que se describe a sí mismo como la verdadera ofrenda por los delitos.

Cuando un judío robaba a otro judío, la ley de la ofrenda por el delito requería que pagase la cantidad que había robado y añadiera un quinto de ese valor.

Dios ha sido robado por el pecado del hombre. Se le ha robado servicio, adoración, obediencia y gloria. Se le ha robado servicio porque el hombre se volvió para servirse a sí mismo, al pecado y a Satanás. Se le ha robado adoración porque el hombre se inclinó ante las imágenes talladas. Se le ha robado obediencia porque el hombre rechazó la autoridad de Dios. Se le ha robado gloria porque el hombre no ha querido darle el honor que le es debido.

El Señor Jesús vino a pagar lo que no robó.

Su más divino atavío a un lado arrojó,
Y con ropaje de barro Su Deidad cubrió,
Y así Su maravilloso amor mostró,
Pagando lo que nunca robó.

No sólo pagó lo que fue robado por el pecado del hombre sino que añadió más. Pues Dios ha recibido más gloria a través de la obra terminada

de Cristo que lo que perdió por medio del pecado de Adán. “Perdió criaturas por el pecado, ganó hijos por la gracia”. No nos equivocamos ni un ápice si decimos que Dios ha recibido más gloria por medio de la obra del Salvador que la que pudo recibir en una eternidad por miles de “Adanes” no caídos.

Quizás tenemos aquí una respuesta a la pregunta: “¿Por qué Dios permitió que entrara el pecado?” Sabemos que Dios pudo haber hecho a los hombres sin el poder de la libre elección moral. Pero escogió hacerlos con la facultad de amarle y adorarle por su propia voluntad. Eso significa que pueden tener la habilidad de desobedecerle, rechazarle, y volverle la espalda. El hombre ha escogido desobedecerle, introduciendo así el gran holocausto del pecado. Pero Dios no fue derrotado por el pecado de Sus criaturas. En Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión, el Señor Jesús triunfó sobre el pecado, el infierno y Satanás. Por medio de Su obra, Dios ha recibido una gloria aún más grande; y el hombre redimido ha recibido más abundantes bendiciones que si el pecado nunca hubiera entrado a este mundo nuestro.

5 de SEPTIEMBRE

“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:10-12).

En el mundo estaba. Fue una gracia increíble que el Señor de la vida y de la gloria hubiera venido a vivir en este minúsculo planeta. No sería de interés periodístico que de alguien se dijera: “Estaba en el mundo”. Eso es algo sobre lo que el hombre no tiene control. Pero para Él, fue una elección deliberada, un acto de compasión maravillosa.

Y el mundo por Él fue hecho. ¡La maravilla aumenta! Aquel que estaba en el mundo es el que hizo al mundo. El que llena el universo se redujo a sí mismo al cuerpo de un bebé, un joven, un hombre, y en ese cuerpo habitó toda la plenitud de la Deidad.

Pero el mundo no le conoció. Este fue un caso de ignorancia inexcusable. Las criaturas debieron reconocer a su Creador. Los pecadores debieron haber sido sacudidos por Su ausencia de pecado. Debieron conocer por Sus palabras y Sus obras que en Él había más que un simple hombre.

A lo suyo vino. Todo lo que estaba en el mundo le pertenecía. Como Creador, tenía derechos innegables a todo lo creado y pese a eso no traspasó la propiedad de nadie.

Y los suyos no le recibieron. He aquí la ofensa máxima. El pueblo judío le rechazó. Jesús tenía todas las credenciales del Mesías, pero no quisieron que los gobernara.

Mas a todos los que le recibieron. Esta es una invitación ilimitada. Ha sido extendida a judíos y gentiles igualmente. La única condición es que deben recibirle.

A los que creen en su nombre. Los términos no pueden ser más sencillos. La autoridad para llegar a ser hijos de Dios se concede a todos aquellos que, por un acto definido de fe, reciben a Jesucristo como Señor y Salvador.

Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. ¡Qué favor tan inmerecido, que los pecadores rebeldes vengan a ser hijos de Dios a través de un milagro de amor y gracia!

Aquí tenemos noticias buenas y noticias malas. Primero las malas: “el mundo no le conoció” y “los suyos no le recibieron”. Luego las buenas: “mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Si no le has recibido todavía, ¿por qué no creer hoy en Su Nombre?

6 de SEPTIEMBRE

“Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (Génesis 2:15).

Contrariamente al parecer de algunos, el trabajo no es una maldición; sino una bendición. Antes de que el pecado entrara al mundo, Dios designó a Adán para que cuidara del Jardín de Edén. Fue después que el hombre hubo pecado que Dios maldijo la tierra, pero no al trabajo en sí. Decretó que, al tratar de ganar el sustento de la tierra, el hombre encontraría penas, sudor y frustración (Gn. 3:17-19).

Un anciano respetable decía: “¡Bendito trabajo! Si llevas la maldición de Dios, ¿Cuánta debe ser Su bendición?” Pero el trabajo no lleva Su maldición. Es parte de nuestro ser esencial, de nuestra necesidad de creatividad y de ser útiles. Cuando sucumbimos a la holgazanería es mayor el peligro de pecar. Y a menudo es al retirarnos de la vida activa que comenzamos a derrumbarnos.

No debemos olvidar que Dios mandó a Su pueblo que trabajara (“seis días trabajarás” Éx. 20:9). Los hombres tienden a pasar por alto eso y a enfatizar la otra parte que les manda descansar el séptimo día.

El Nuevo Testamento etiqueta al perezoso como “desordenado” o “indisciplinado” y decreta que si un hombre no quiere trabajar, que tampoco coma (2 Ts. 3:6-10).

El Señor Jesús es el Ejemplo supremo como Trabajador laborioso. “¡Qué días de duro trabajo fueron los Suyos! ¡Qué noches de oración laboriosa! Tres años de ministerio le envejecieron. “Ni aún tienes cincuenta

años”, le decían, haciendo un cálculo aproximado de su edad. ¿Cincuenta? ¡Solamente tenía treinta! Esto no es ningún secreto” (Ian MacPherson).

Algunas personas le tienen alergia al trabajo porque le notan alguna característica desagradable. Deberían darse cuenta de que ningún trabajo es completamente ideal. Toda ocupación tiene siempre algún inconveniente. Pero el cristiano puede hacerlo para la gloria de Dios: “No para salir del paso, sino triunfalmente”.

El creyente trabaja, no sólo para suplir sus propias necesidades, sino para ayudar a otros que están en necesidad (Ef. 4:28). Esto añade un motivo nuevo y desinteresado al trabajo.

Aun en la eternidad trabajaremos, ya que la Palabra dice: “sus siervos le servirán” (Ap. 22:3).

Mientras tanto, debemos seguir el consejo de Spurgeon: “Mátense trabajando y luego avívense a través de la oración”.

7 de SEPTIEMBRE

“Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17-18).

¿Qué debe hacer un cristiano cuando se encuentra en una iglesia que se ha tornado cada vez más liberal y modernista? Esa iglesia fue fundada por hombres que creían que la Biblia es inerrante, y en todas las demás doctrinas fundamentales de la fe. Tenía una gloriosa historia de fervor evangélico y de esfuerzo misionero. Muchos de sus ancianos eran eruditos bien conocidos y fieles predicadores de la Palabra. Pero los seminarios e institutos bíblicos los han sustituido por una nueva especie y ahora los pastores que salen de ellos predicán un evangelio social. Todavía emplean fraseología bíblica, pero dan a entender algo completamente diferente con ella. Socaban las doctrinas más importantes de la Biblia, ofrecen explicaciones naturales para los milagros y hacen mofa de la moralidad bíblica. Salen al frente defendiendo la política radical y las causas subversivas. Hablan despectivamente de los fundamentalistas.

¿Qué debe hacer un cristiano? Quizás su familia ha estado relacionada con esa iglesia durante generaciones. Él mismo ha contribuido generosamente a través de los años. Sus amigos más íntimos están allí. Se pregunta qué les sucederá a los jóvenes de su iglesia, si él se va. ¿No debe permanecer en la iglesia y ser una voz de Dios mientras esto sea posible?

Sus argumentos le parecen plausibles. Sin embargo, su alma justa se aflige al ver que la gente acude a las reuniones de la iglesia en busca de pan semana tras semana, y no consigue sino piedras. Aprecia todo lo que le liga aún allí y se apena al oír que a su Salvador lo condenan con confusas alabanzas.

No hay duda acerca de lo que debe hacer. Debe dejar esa iglesia. Es el claro mandamiento de la Palabra de Dios. Si se deshace de ese yugo desigual, Dios se encargará de todas las consecuencias. Dios asumirá la responsabilidad por aquellos jóvenes y proveerá nuevas amistades. De hecho, Dios mismo promete serle un Padre con una intimidad que es conocida solamente por aquellos que son obedientes indiscutiblemente. “La bienaventuranza de la verdadera separación es nada menos que la gloriosa compañía del gran Dios”.

8 de SEPTIEMBRE

“Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes” (Eclesiastés 5:4).

Todos nosotros hemos oído del hombre que cuando se encuentra en un aprieto hace una promesa a Dios. Promete que si Dios lo libra, confiará en Él, lo amará y lo servirá para siempre. Pero cuando escapa de la crisis, olvida la promesa y sigue viviendo igual que antes.

¿Qué lugar ocupan las promesas en la vida de un cristiano y qué principios se dan en la Palabra sobre el tema?

En primer lugar, no es necesario hacer promesas. No se nos manda hacerlas, pero generalmente se hacen de manera voluntaria en señal de gratitud por Sus favores. La Biblia nos instruye al respecto en Deuteronomio 23:22, “Mas cuando te abstengas de prometer, no habrá en ti pecado”.

Segundo, debemos ser cuidadosos de no hacer promesas precipitadas, esto es, promesas que no seremos capaces de cumplir o de las que más tarde podríamos lamentarnos. Salomón nos advierte: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto sean pocas tus palabras” (Ec. 5:2).

Pero si hacemos una promesa, debemos ser cuidadosos en cumplirla. “Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Nm. 30:2). “Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y sería pecado en ti” (Dt.

23:21). Es mejor no prometer que prometer y no cumplir. “Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas” (Ec. 5:5).

Puede haber casos excepcionales donde sería mejor no cumplir una promesa que continuar en ella. Antes de su conversión un hombre puede haber hecho votos en una falsa religión o en una hermandad secreta. Si cumplir aquellos votos fuera contrario a la Palabra de Dios, entonces debe obedecer a las Escrituras aún a costa de romper los votos. Si estos votos consistieron simplemente en no divulgar ciertos secretos, entonces debería permanecer en silencio tocante a ellos por el resto de su vida, aún después de haberse separado de la orden.

Quizás las promesas que se rompen más hoy en día son los votos matrimoniales. Las solemnes promesas hechas en la presencia de Dios se tienen en poco. Pero el mandato de Dios sigue vigente: “Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová” (Dt. 23:21).

9 de SEPTIEMBRE

“El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos” (Proverbios 13:22).

Quando leemos este versículo, no debemos llegar a la conclusión de que se trata de una herencia financiera. Es mucho más probable que el Espíritu de Dios se refiera a una herencia espiritual. Una persona pudo haber sido educada por padres que eran pobres pero piadosos; esta persona estará eternamente agradecida por la memoria de un padre y una madre que diariamente leían la Biblia, oraban juntos en familia y le criaron en el temor y amonestación del Señor, aunque no le hayan dejado dinero o bienes raíces al morir. La herencia espiritual es la mejor.

Realmente un hijo o hija podrían arruinarse espiritualmente si heredaran una gran cantidad de dinero. La riqueza que llega de repente es intoxicante y pocos son capaces de administrarla con sabiduría. Son pocos los que heredan fortunas y siguen bien para el Señor.

Otra consideración es que las familias a menudo se rompen por celos y contiendas cuando se reparte una herencia. Es verdad lo que dice el refrán: “donde hay testamento, hay muchos parientes”. Los miembros de familias que han vivido en paz durante muchos años repentinamente se vuelven enemigos por unas cuantas joyas, porcelana o muebles.

Con mucha frecuencia los padres cristianos dejan su riqueza a hijos inconversos, a parientes que están en religiones falsas o a hijos ingratos, cuando ese dinero podría haberse usado mejor para la difusión del evangelio.

Algunas veces esta cuestión de dejar dinero a los hijos es una forma

velada de egoísmo. Los padres en realidad desean retenerlo para ellos mismos mientras puedan. Saben que la muerte un día lo arrancará de su mano, de modo que siguen la tradición de darlo en herencia a sus hijos.

Nadie a legado todavía un testamento que no pueda romperse o disminuirse a causa de impuestos, cuotas y honorarios. Un padre no puede estar seguro de que sus deseos se cumplirán después que haya partido de este mundo.

Por lo tanto la mejor política es dar generosamente a la obra del Señor mientras estamos todavía vivos. Como dice el dicho: “Da tu donativo mientras vivas porque después no sabes a dónde irá”.

Y la mejor manera de hacer un testamento es decir: “Estando en mis facultades mentales pongo mi dinero a trabajar ya para Dios en esta vida. Dejo a mis hijos la herencia de un trasfondo cristiano, un hogar donde Cristo fue honrado y la Palabra de Dios fue reverenciada. Les encomiendo a Dios y a la Palabra de Su gracia, que es capaz de edificarles y darles una herencia entre los santificados”.

10 de SEPTIEMBRE

“Orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

En ocasiones el mejor comentario a un versículo es una ilustración.

El capitán Mitsuo Fuchida fue el piloto japonés que dirigió el ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Al finalizar la incursión envió un mensaje que decía: “Tora, Tora, Tora,” indicando con esto el éxito completo de su misión. Pero la Segunda Guerra Mundial no había aún terminado. A medida que el conflicto bramaba, la marea de la batalla cambió hasta que finalmente los Estados Unidos salieron victoriosos.

Durante la guerra, los japoneses ejecutaron a una pareja de ancianos misioneros en las Filipinas. Cuando su hija en los Estados Unidos supo la noticia, decidió visitar a los prisioneros de guerra japoneses y compartir con ellos las buenas nuevas del evangelio.

Cuando le preguntaban por qué era tan amable con ellos, contestaba: “A causa de la oración que hicieron mis padres antes de ser asesinados”. Eso era todo lo que decía.

Después de la guerra Mitsuo Fuchida estaba tan amargado que decidió acusar a los Estados Unidos ante un tribunal internacional por atrocidades de guerra. En un intento por reunir la evidencia, entrevistó a los prisioneros de guerra japoneses. Cuando rindió el informe acerca de aquellos que estaban detenidos en los Estados Unidos, se desilusionó al oír no de las atrocidades, sino de las bondades mostradas por una dama cristiana cuyos padres habían sido asesinados en las Filipinas. Los prisioneros contaron cómo les había dado

un libro llamado Nuevo Testamento y mencionaron que los padres de ella habían orado de manera desconocida antes de ser ejecutados. Esto no era precisamente lo que Fuchida quería oír pero tomó nota mentalmente de ello.

Después de escuchar la historia numerosas veces fue y compró un Nuevo Testamento. Leyó el Evangelio de Mateo y se sintió intrigado. Después leyó todo el Evangelio de Marcos y su interés creció. Cuando llegó a Lucas 23:34, la luz inundó su alma. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Instantáneamente entendió lo que habían orado los ancianos misioneros antes de ser asesinados.

“Ya no pensó en la mujer americana o en los prisioneros de guerra japoneses, sino en sí mismo, un fiero enemigo de Cristo, a quien Dios quería perdonar en respuesta a la oración del Salvador crucificado. En ese mismo momento buscó y encontró perdón y vida eterna por la fe en Cristo”.

El proyecto para el tribunal internacional fue desechado. Mitsuo Fuchida pasó el resto de su vida proclamando las inescrutables riquezas de Cristo en muchos países.

11 de SEPTIEMBRE

“Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios... cuando todo lo que tuvieres se aumente” (Deuteronomio 8:11, 13 BAS).

Como regla general, el pueblo de Dios no puede florecer en medio de la prosperidad material. Progresan mucho más en la adversidad. En su cántico de despedida, Moisés predijo que la prosperidad de Israel lo arruinaría espiritualmente: “Pero engordó Jesurún, y tiró coces (engordaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios que lo hizo, y menospreció la Roca de su salvación” (Dt. 32:15).

La profecía se cumplió en los días de Jeremías, cuando el Señor se quejaba de que: “...los sacié, y adulteraron, y en casa de rameras se juntaron en compañías” (Jer. 5:7).

De nuevo leemos en Oseas 13:6: “En sus pastos se saciaron, y repletos se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí”.

Después de volver del exilio, los levitas confesaron que Israel no había respondido adecuadamente a todo lo que el Señor había hecho por ellos: “...comieron, se saciaron, y se deleitaron en tu gran bondad. Pero te provocaron a ira, y se rebelaron contra ti, y echaron tu ley tras sus espaldas, y mataron a tus profetas que protestaban contra ellos para convertirlos a ti, e hicieron grandes abominaciones” (Neh. 9:25b-26).

Somos propensos a considerar la prosperidad material como una evidencia innegable de la aprobación del Señor por lo que somos y hacemos. Cuando las ganancias en nuestros negocios se elevan, decimos:

“El Señor en realidad está bendiciéndome”. Probablemente sería más exacto que consideráramos estas ganancias como una prueba. El Señor espera ver lo que haremos con ellas. ¿Las gastaremos para nuestro propio beneficio, o actuaremos como fieles administradores, empleándolas para enviar las buenas nuevas hasta las partes más remotas de la tierra? ¿Las acumularemos en un esfuerzo por amasar una fortuna, o las invertiremos para Cristo y Su causa?

F. B. Meyer dijo: “Si se discutiera en cuanto a cuáles son las pruebas más severas para el carácter, si la luz del sol o la tormenta, el éxito o la dificultad, los observadores más agudos de la naturaleza humana nos dirían probablemente que nada muestra más claramente el material de que estamos hechos como la prosperidad, porque ésta es la más severa de todas las pruebas”.

José hubiera estado de acuerdo. Él dijo: “Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción” (Gn. 41:52). Se benefició más de la adversidad que de la prosperidad, aunque se condujo favorablemente bajo ambas circunstancias.

12 de SEPTIEMBRE

“Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día” (Lucas 2:44).

Cuando Jesús tenía doce años, sus padres fueron de Nazaret a Jerusalén para celebrar la Fiesta de la Pascua. Indudablemente viajaron con una enorme multitud de peregrinos. Era inevitable que los niños de la misma edad se hicieran amigos durante las festividades. Por lo tanto, en el viaje de regreso a Nazaret, José y María asumieron que Jesús iba con los otros jóvenes en algún lugar de la caravana. Pero Él no estaba. Se había quedado en Jerusalén. Viajaron todo un día antes de percatarse de Su ausencia. Entonces volvieron a Jerusalén donde lo encontraron después de tres días.

Aquí hay una lección para todos nosotros. Es posible que supongamos que Jesús está en nuestra compañía cuando no lo está. Podemos pensar que estamos caminando en comunión con Él cuando en realidad el pecado se ha interpuesto entre nuestra alma y el Salvador. La decadencia espiritual es muy sutil. No somos conscientes de nuestra frialdad. Pensamos que somos los mismos que antes.

Pero otras personas sí que se dan cuenta. Con sólo escucharnos, pueden decirnos que hemos dejado nuestro primer amor y que los intereses mundanales han tomado preferencia sobre lo espiritual. Pueden detectar que nos hemos estado alimentando con los puerros, las cebollas y los ajos de Egipto. Perciben que nos hemos vuelto criticones cuando antes éramos amorosos y amables. Advierten que usamos mucho del lenguaje de la calle

en vez del lenguaje de Sion. Y, lo noten o no, hemos perdido nuestro cántico. Somos infelices y miserables y hacemos miserables a los demás también. Nada parece ir bien. El dinero se nos escurre de los bolsillos. Si tratamos de dar testimonio del Salvador, tenemos poco impacto en los demás. No ven mucha diferencia entre ellos y nosotros.

Generalmente se necesita de una crisis especial que nos revele que Jesús no está en nuestra compañía. Puede ser que escuchemos la voz de Dios hablándonos por medio de una predicación con poder espiritual, o puede que un amigo ponga su brazo alrededor nuestro y nos confronte con nuestra baja condición espiritual. Puede ser una enfermedad, la muerte de un ser querido o alguna tragedia que nos sacuda y nos haga volver en sí.

Cuando eso sucede, tenemos que hacer lo que hicieron José y María: volver al lugar donde le vimos por última vez. Debemos regresar al lugar donde algún pecado rompió nuestra comunión con Él. Al confesar y abandonar nuestro pecado, encontramos perdón y comenzamos a andar con Jesús en nuestra compañía de nuevo.

13 de SEPTIEMBRE

“...al descender del monte, Moisés no sabía que la piel de su rostro resplandecía, por haber hablado con Dios” (Éxodo 34:29 BAS).

Cuando Moisés descendió del Monte Sinaí con las dos tablas que contenían los Diez Mandamientos, llevaba consigo dos características notables. En primer lugar, su rostro resplandecía. Había estado en la presencia del Señor, quien se le había revelado en una nube de gloria brillante y resplandeciente, conocida como la Shekinah. El resplandor en el rostro de Moisés era una incandescencia que no provenía de sí mismo. Después de hablar con Dios, el dador de la ley llevaba consigo algo del esplendor y refulgencia de la gloria. Fue una experiencia que le transfiguró.

La segunda característica notable fue que Moisés no sabía que su cara resplandecía. Estaba totalmente inconsciente del singular cosmético que llevaba por haber estado en comunión con el Señor. F. B. Meyer comenta que ésa era la gloria cumbre de aquella transfiguración: el hecho de que Moisés era ignorante de ella.

Hay un sentido en el que la experiencia de Moisés puede ser nuestra. Se nota cuando pasamos tiempo en la presencia del Señor. Puede notarse en nuestros rostros, porque hay un vínculo estrecho entre lo espiritual y lo físico. Pero no deseo insistir en lo físico, ya que los miembros de algunas sectas estudian cómo presentar su rostros benignos como parte de su imagen. El punto importante es que la comunión con Dios transfigura moral y espiritualmente a una persona. Esto es lo que en 2 Corintios 3:18 Pablo enseña: “nosotros todos

mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria a la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Pero la cumbre gloriosa de esa transfiguración es que nosotros mismos no somos conscientes de ella. Otros se dan cuenta. Saben que hemos estado con Jesús. Pero el cambio está oculto a nuestros ojos.

¿Cómo es que somos felizmente inconscientes de que la piel de nuestro rostro resplandece? La razón es ésta: Cuanto más cerca estamos del Señor, más conscientes somos de nuestra pecaminosidad, indignidad y miseria. En la gloria de Su presencia, somos llevados a aborrecernos a nosotros mismos y a un profundo arrepentimiento.

Si fuéramos conscientes de nuestro propio resplandor, nos llenaríamos de orgullo y ese resplandor instantáneamente sería sustituido con repugnancia, porque el orgullo es repugnante. Por eso, resulta ser una bendita circunstancia que aquellos que han estado en el monte con el Señor y llevan la luminosidad que emana de Su gloria, no se den cuenta que la piel de sus rostros resplandece.

14 de SEPTIEMBRE

“Entonces Saúl le juró por Jehová, diciendo: Vive Jehová, que ningún mal te vendrá por esto” (1 Samuel 28:10).

En los primeros años de su reinado, Saúl había decretado que todos los adivinos y espiritistas debían ser cortados de la tierra. Pero más tarde las cosas fueron de mal en peor en su vida personal y pública. Después de la muerte de Samuel, los filisteos se concentraron contra el ejército de Saúl en Gilboa. Cuando ya no recibió palabra del Señor, consultó a una adivina de Endor quien le recordó con temor que él había ordenado matar a todos los adivinos de la tierra. Fue entonces que Saúl la tranquilizó diciéndole: “Vive Jehová, que ningún mal te vendrá por esto” (1 S. 28:10).

La lección es clara: la gente tiende a obedecer al Señor solamente cuando le conviene. Cuando ya no le viene bien siempre inventa historias para hacer lo que quiere.

¿He dicho “la gente”? Quizás debía decir “nosotros”. Todos nosotros tendemos a evadir las Escrituras, torcerlas o encontrar interpretaciones “convincientes” cuando no queremos obedecer. Por ejemplo, hay enseñanzas claras tocante al papel de la mujer en la iglesia. Pero éstas parecen entrar en conflicto con el movimiento feminista actual. ¿Y qué hacemos? Decimos que esos mandamientos estaban basados en la cultura de aquellos días y no se aplican a nosotros hoy. Naturalmente, una vez que admitimos ese principio, podemos deshacernos de casi todo el contenido de la Biblia.

Algunas veces nos encontramos con algunas declaraciones firmes del

Señor Jesús respecto a los términos del disciplinado. Si sentimos que demandan demasiado de nosotros, que vamos a tener que cambiar algo en nuestras vidas que nos va a costar, decimos: “Jesús no quería decir que debemos **hacerlo**, sino solamente que deberíamos **estar dispuestos** a hacerlo”. Nos engañamos pensando que estamos dispuestos, cuando no tenemos ninguna intención de hacerlo.

Podemos ser muy firmes demandando que los ofensores sean disciplinados de acuerdo a las austeras demandas de la Palabra, pero cuando el ofensor resulta ser nuestro pariente o amigo, insistimos en que las demandas se aflojen o se pasen por alto por completo.

Otra trampa en la que caemos es la de clasificar los mandamientos de la Escritura como “importantes” o “no importantes”. Aquellos en la categoría de “no importantes” pueden dejarse de lado, o al menos eso es lo que nos decimos a nosotros mismos.

Lo que realmente estamos haciendo con todos estos falsos razonamientos, es luchar con las Escrituras para nuestra propia destrucción. Dios desea que obedezcamos a Su Palabra, si nos viene bien o no. Ése es el camino a la bendición.

15 de SEPTIEMBRE

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Algunas veces las palabras del vocabulario cristiano tienen un significado diferente al que tienen en el uso normal. “Esperanza” es una de estas palabras.

En lo que se refiere al mundo, la esperanza a menudo significa aguardar con ansia algo que no se ve pero sin certeza alguna de que se cumpla. Un hombre en medio de un grave problema financiero puede decir: “Espero que todo salga bien”, pero no tiene seguridad de que ocurra así. Su esperanza no pasa de ser una ilusión. La esperanza cristiana también aguarda con ansia algo invisible, como en Romanos 8:24 Pablo nos recuerda: “La esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?” Toda esperanza trata con la esfera del futuro.

Pero lo que hace que la esperanza cristiana sea diferente es que está basada en la promesa de la Palabra de Dios y por lo tanto es absolutamente cierta. “La cual tenemos como segura y firme ancla del alma” (He. 6:19). La esperanza es “fe que descansa en la Palabra de Dios y vive en la seguridad presente de lo que Dios ha prometido o predicho” (Woodring). “Notemos

que utilizo la palabra **esperanza** para dar a entender ‘certeza’. La esperanza en la Escritura se refiere a los eventos futuros que sucederán pase lo que pase. La esperanza no es una ilusión engañosa para mantener a flote nuestros ánimos y evitar que avancemos ciegamente a un destino inevitable. Es la base de toda la vida cristiana. Representa la realidad esencial” (John White).

Ya que la esperanza del creyente está basada en la promesa de Dios, nunca nos avergonzará o desilusionará (Ro. 5:5). “La esperanza sin las promesas de Dios es vacía y es inútil y a menudo hasta presuntuosa. Pero cuando se basa en las promesas de Dios, descansa sobre Su carácter y no puede llevar a la desilusión” (Woodring).

Se dice de la esperanza cristiana que es una “buena esperanza”. “Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2 Ts. 2:16).

También se le llama “esperanza bienaventurada”, refiriéndose particularmente a la venida de Cristo: “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13).

El apóstol Pedro la llama “esperanza viva”. “Según su grande misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3).

La esperanza del cristiano le capacita para soportar las esperas aparentemente interminables, la tribulación, la persecución y hasta el martirio. No debemos olvidar que estas experiencias son solamente alfilerazos comparadas con la gloria venidera.

16 de SEPTIEMBRE

“Corrige a tu hijo mientras hay esperanza; pero no desee tu alma causarle la muerte” (Proverbios 19:18 BAS).

Vivimos en una sociedad tolerante. Especialmente en el área de la educación de los hijos, la gente escucha el consejo de los psicólogos y sociólogos en vez de oír las enseñanzas de la Palabra de Dios. Muchos adultos que fueron criados por padres que se atrevieron a disciplinarles deciden que sus hijos vivan y se expresen libremente. ¿Cuáles son los resultados?

Tales hijos crecen con un profundo sentido de inseguridad y más tarde se convierten en inadaptados sociales. Encuentran difícil enfrentarse con los problemas y las dificultades de la vida, y buscan alivio en las drogas y el alcohol. Unos pocos años de disciplina les hubiera hecho mucho más fácil el resto de su vida.

No es de extrañarse que sean indisciplinados. Su apariencia personal, sus habitaciones y hábitos personales dejan al descubierto su descuido y modo de pensar desordenado.

Se sienten satisfechos con la mediocridad o con menos. Carecen de impulso e iniciativa para moverse con desempeño y disciplina en el trabajo, la música, el arte, los negocios y otras áreas de la vida.

Estos hijos luego se alejarán de sus padres, los cuales suponían que al no castigarles, ganaban su amor eterno. Mas bien lo que han conseguido

ha sido el odio y desprecio de sus hijos.

La rebelión contra la autoridad de los padres se extiende a otras áreas de la vida, la escuela, el empleo y el gobierno. Si los padres hubieran quebrantado sus voluntades al comienzo de su vida, los hijos habrían podido someterse más fácilmente en las áreas normales de la vida.

La rebelión se extiende a las normas morales expuesta en las Escrituras. Los jóvenes rebeldes se ríen de los mandamientos que hablan de la pureza y se abandonan a una vida temeraria y sin restricciones. Manifiestan una aversión profunda por todo lo bueno, y amor por lo anormal, obscuro y aborrecible.

Finalmente, los padres que fracasan en quebrantar la voluntad de un hijo por medio de la disciplina, dificultan la salvación de ese hijo. La conversión implica el quebrantamiento de la voluntad en su rebelión contra el gobierno de Dios. Susana Wesley, la madre de Juan y Carlos Wesley, decía: “El padre que estudia cómo quebrantar la voluntad de su hijo colabora junto con Dios en la renovación y salvación de una alma. Los padres indulgentes realizan la obra del Diablo, hacen que la religión sea impráctica, la salvación inalcanzable y que todo lo que está en él se eche a perder, su cuerpo y alma, para siempre”.

17 de SEPTIEMBRE

“Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (Apocalipsis 13:16-17).

¡La marca de la bestia! Durante el periodo de la Tribulación surgirá un gobernante poderoso y perverso, ordenando que todos reciban una marca en la frente o en la mano derecha. Aquellos que se nieguen sufrirán la ira de la bestia. Los que se sometan sufrirán la ira de Dios. Aquellos que se opongan reinarán con Cristo en Su gloria milenial. Los que se sometan serán atormentados con fuego y azufre en la presencia de los santos ángeles y en la presencia del Cordero.

Cuando leemos esto, podemos sentirnos muy al margen, sabiendo que pertenece al futuro y creyendo que la iglesia mientras tanto será arrebatada al cielo. Sin embargo, hay un sentido en el que la marca de la bestia está ahora con nosotros. Hay veces en la vida en las que somos forzados a escoger entre la lealtad a Dios o inclinarnos a un sistema que se opone a Dios.

Hay ocasiones cuando, para conseguir un empleo, por ejemplo, se nos pide aceptar condiciones que son claramente contrarias a los preceptos divinos. Es fácil justificarnos entonces: Si no trabajamos, no podemos

comprar alimentos, y si no comemos no podemos sobrevivir, y tenemos que vivir ¿no es así? Bajo esta falsa excusa aceptamos las demandas y, de hecho, nos ponemos la marca de la bestia.

Todo lo que amenaza nuestras provisiones de comida o la continuación de nuestra existencia nos llena de pánico y somos tentados a sacrificar casi cualquier cosa para alejar esa amenaza. Los mismos argumentos que los hombres emplearán justificándose para adorar la imagen de la bestia en el periodo de la Tribulación, son los que se nos presentan hoy cuando tenemos que escoger entre la verdad de Dios y nuestras propias vidas.

La idea de que debemos vivir es falsa. Lo que debemos hacer es obedecer a Dios y no amar nuestra vida, sino menospreciarla hasta la muerte.

F. W. Grant escribió: “En la moneda por la que vendemos la verdad aparece siempre, imperceptible, la imagen del Anticristo”. De modo que la pregunta no es “¿Me negaría a llevar la marca de la bestia si estuviera viviendo en la Tribulación?”, sino más bien: “¿Me niego a vender la verdad ahora?”

18 de SEPTIEMBRE

“¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?” (Lucas 17:17).

El Señor Jesús sanó a diez leprosos pero sólo volvió uno a darle las gracias, y ése era un samaritano menospreciado.

Una de las experiencias más valiosas que podemos tener en la vida es la de encontrar ingratitud, porque entonces podemos tener parte, aunque sea en un grado minúsculo, en las aflicciones de Dios. Cuando damos generosamente y no se nos reconoce, podemos valorar más profundamente a Aquél que dio a Su Amado Hijo por un mundo ingrato. Cuando derramamos nuestra propia vida en un servicio incansable por los demás, nos unimos a Aquél que tomó el lugar de esclavo por una raza de ingratos.

La ingratitud es uno de los rasgos más desagradables del hombre caído. Pablo nos recuerda que cuando el mundo pagano conoció a Dios, no le glorificaron como a Dios, **ni le dieron gracias** (Ro. 1:21). Un misionero en Brasil se encontró con dos tribus que no tenían palabras para decir: “Gracias”. Si un hombre era bondadoso con ellos, le decían: “Eso es lo que quería” o “Eso me será útil”. Otro misionero que trabajaba en el norte de África, encontró que aquellos a quienes ministraba nunca expresaban gratitud porque le estaban dando

la oportunidad de ganar méritos con Dios. Era el misionero quien debía estar agradecido, pensaban, porque estaba obteniendo favores a través de la bondad que les mostraba.

La ingratitud impregna toda nuestra sociedad. Un programa de radio llamado “Centro de Trabajo del Aire” consiguió encontrar trabajos para 2.500 personas. El presentador informó más tarde que solamente diez de ellos se tomaron la molestia de agradecerlo.

Una dedicada maestra de escuela había dado su vida enseñando a cincuenta grupos de estudiantes. Cuando tenía ochenta años, recibió

una carta de uno de sus antiguos alumnos en la que le decía cuánto apreciaba su ayuda. Había enseñado cincuenta años y ésta era la única carta de aprecio que había recibido.

Decimos que es bueno experimentar la ingratitud porque ésta nos proporciona un pálido reflejo de lo que el Señor experimenta continuamente. Otra razón de porqué ésta es una experiencia valiosa es que nos enseña la importancia de ser agradecidos. Con mucha frecuencia nuestras peticiones a Dios pesan más que nuestras acciones de gracias. Damos muy por sentado Sus bendiciones, y demasiado a menudo fallamos en expresar nuestro aprecio unos a otros por la hospitalidad, instrucción, transporte, provisión e innumerables actos de bondad. En realidad esperamos estos favores casi como si los mereciéramos.

El estudio de los diez leprosos debe ser un constante recuerdo para nosotros, que mientras muchos tienen grandes razones para dar gracias, muy pocos tienen el corazón para reconocerlas. ¿Estaremos entre los pocos?

19 de SEPTIEMBRE

“ Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Romanos 5:6).

Cristo no vino a llamar a los justos ni murió por los buenos. No fue a la Cruz por las personas decentes, respetables y refinadas. Él murió por los impíos.

Desde el punto de vista de Dios, toda la humanidad es impía. Todos nacimos en pecado y fuimos formados en iniquidad. Como la oveja perdida, nos hemos descarriado y hemos tomado nuestro propio camino. Ante los ojos inmaculados de Dios, somos depravados, impuros y rebeldes. Nuestros mejores esfuerzos para hacer lo que es justo no son sino trapos de inmundicia.

El problema está en que la mayoría de la gente no quiere admitir que es impía. Al compararse con los criminales de la sociedad se imaginan que son aptas para el cielo. Son como la señora rica de la alta sociedad que se enorgullecía de su trato social y sus caridades públicas. En una ocasión, cuando un vecino creyente testificaba a una señora así, ella le decía que no tenía necesidad de ser salva porque sus buenas obras eran suficientes. Le recordó que era miembro de la iglesia y que venía de un antiguo linaje de “cristianos”. El cristiano tomó un pedazo de papel, escribió sobre él con

letras mayúsculas la palabra IMPÍA, se lo devolvió y le dijo: “¿Le molestaría que lo prendiera a su blusa?” Cuando vio la palabra IMPÍA, se erizó y le dijo: “Desde luego que me molesta”. “Nadie va a decirme que soy impía”. Entonces el cristiano le explicó que al negarse a admitir su condición pecaminosa y perdida, se privaba a sí misma de cualquier beneficio de la obra salvadora de Cristo. Si no confesaba que era impía, entonces Cristo no había muerto por ella. Si no estaba perdida, entonces ¿cómo podía ser salva? Si estaba sana, no necesitaba del Gran Médico.

Hubo una vez una fiesta muy especial en un enorme auditorio

cívico, la cual era para niños ciegos y lisiados. Los jovencitos llegaron en sillas de ruedas, muletas y conducidos de la mano. Mientras la fiesta transcurría, un policía encontró a un niño llorando en la entrada del edificio.

“¿Por qué lloras?” le preguntó compasivamente.

“Porque no me dejan entrar”.

“¿Por qué no te dejan entrar?”

El pequeñín respondió: “porque la fiesta no tiene que ver conmigo”.

Es lo mismo que sucede con la fiesta del Evangelio. Si no tiene nada que ver contigo, no puedes entrar. Para poder tener acceso tienes que demostrar que eres pecador. Tienes que reconocer que eres impío. Jesucristo vino a morir por los impíos. Como decía Robert Munger: “La Iglesia es la única comunidad del mundo donde el único requisito para ser miembro es la indignidad del candidato”.

20 de SEPTIEMBRE

“No altivos, sino asociándoos con los humildes” (Romanos 12:16).

La tendencia natural de muchos es a codearse con la flor y nata de la sociedad. En cada corazón está el deseo de asociarse con aquellos que son influyentes, ricos y aristócratas. El consejo de Pablo en Romanos 12:16 en realidad a nadie le agrada: “No altivos, sino asociándoos con los humildes”. Las castas no existen en la iglesia. Los cristianos deben vivir por encima de las distinciones sociales.

Fred Elliot contaba una vez una historia que lo ilustra muy bien: Una mañana estaba reunido con su familia, en el tiempo devocional después del desayuno, cuando escuchó un ruido estrepitoso en el patio. Se dio cuenta de que el basurero había llegado. Dejó la Biblia abierta sobre la mesa, se acercó a la ventana, la abrió y saludó animadamente al basurero, luego regresó a la mesa para continuar con el devocional. Para él era tan sagrado saludar al basurero como leer la Biblia.

Hay otro siervo del Señor que también aplicó este texto muy literalmente. Jack Wyrzten dirigía un campamento bíblico cada verano en Schroon Lake, N. Y. En una de las conferencias para adultos, un invitado se hizo notar por un grave defecto físico. No podía controlar los músculos de la boca y por eso no era capaz de tragar todo lo que se llevaba a la boca. Gran parte del bocado se le salía de la boca y caía sobre los periódicos con los que se cubría el

pecho y las piernas. La escena no era agradable para quien le acompañaba a comer y consecuentemente, este hombre por lo general se sentaba solo a la mesa.

Debido a las presiones del trabajo, Jack Wyrzten llegaba tarde a menudo al comedor. Siempre que cruzaba por la puerta, la gente lo saludaba animadamente haciéndole señas para que se sentara a sus mesas. Pero Jack nunca lo hacía. Siempre iba a la mesa donde este invitado estaba comiendo solo. Se asociaba en amor con aquel humilde hombre.

“Una vez a un general cristiano se le vio dirigiendo la palabra a una pobre anciana. Sus amigos le dijeron en señal de protesta: ‘Debes considerar tu rango’. El general contestó: ‘¿Qué hubiera sucedido si mi Señor hubiera considerado Su rango?’ (del calendario “Choice Gleanings”).

En su poema, “For A’ That and A’ That”, Robert Burns nos recuerda que a pesar de una posición humilde en la vida, a fin de cuentas uno es un hombre y no puede negarlo. Dice que el hombre de pensamiento independiente puede reírse del teatro que representan los soberbios que visten de seda.

Cuando pensamos en cómo nuestro Salvador se humilló para asociarse con nosotros en nuestra condición humilde, es absurdo que no hagamos lo mismo con los demás.

21 de SEPTIEMBRE

“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:8).

“...a todos los que aman su venida”. Por muchos años pensé que esta expresión se refería a aquellos creyentes que tenían sentimientos piadosos y amables acerca de la venida del Señor. Serían recompensados con una corona de justicia porque sus corazones ardían cuando pensaban en el Rapto.

Pero no hay duda de que el versículo significa más que esto. Amar Su venida significa vivir a la luz de Su pronto regreso, comportarse como si Él viniera hoy.

Amar Su venida significa vivir en pureza moral. Pues como Juan nos recuerda: “todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3).

Significa no enredarse en las cosas de esta vida. Debemos poner nuestro afecto y atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col. 3:2).

Significa servir al pueblo de Dios, dándoles “el alimento a su tiempo” (Mt. 24:45). El Señor pronuncia una bendición especial a favor de

aquellos que estén ocupados en esto cuando Él venga.

Resumiendo, significa que no haremos lo que no quisiéramos estar haciendo cuando Él venga. No iremos a ninguna parte donde nos avergonzaría Su venida. No diremos nada que sea ofensivo en Su presencia.

Si supieras que Cristo ha de venir dentro de una semana, ¿cómo pasarías los días restantes? ¿Significa que renunciarías a tu trabajo, irías a una montaña y pasarías todo el día leyendo la Biblia y orando? ¿Quiere decir que te dedicarías “a tiempo completo” a la obra cristiana, predicando y enseñando día y noche?

No es esto, porque si realmente estamos caminando con el Señor y vivimos en el centro de Su voluntad, esto significaría seguir viviendo como hasta ahora lo hemos hecho. En cambio, si estamos viviendo para nosotros mismos, entonces es preciso hacer algunos cambios revolucionarios.

No basta con tener pensamientos afables acerca de la venida del Salvador. La corona de justicia está reservada para aquellos que la aman lo suficiente para permitir que la verdad moldée sus vidas. No es suficiente sostener la verdad acerca de Su venida; la verdad debe sostenernos.

22 de SEPTIEMBRE

“...dirá el Amén” (1 Corintios 14:16).

Amén es una palabra extremadamente vital con la que expresamos aprobación de corazón por lo que se dice. Muchas congregaciones podrían utilizarla más a menudo en sus reuniones.

La palabra se encuentra 68 veces en la Biblia. Resulta evidente, por 1 Corintios 14:15-16, que se empleaba en las reuniones de la iglesia primitiva. Así que podemos estar seguros de que el uso del Amén es eminentemente escritural.

Y no sólo eso, sino que es un imperativo. La naturaleza sublime de las verdades con las que tratamos requiere de una expresión inteligente de reconocimiento entusiasta. Parecería una ingratitud escuchar tales verdades y nunca manifestarlo audiblemente.

Para aquel que predica es siempre un estímulo que su audiencia diga “Amén” en aquellos puntos del mensaje que tocan áreas sensibles para la congregación. Esto indica que la gente está siguiendo el mensaje y que comparte su exuberancia espiritual y emocional.

Es bueno que uno diga el Amén. Le mantiene involucrado como oyente atento y le guarda de volverse apático cuando debe maravillarse.

También es bueno para los que vienen de fuera de la iglesia, ven

que los cristianos son entusiastas, que disfrutan de su fe y que realmente creen en lo que creen. El uso del Amén expresa vida y fervor. Su ausencia habla de monotonía y muerte.

El Amén es una de las tres palabras de la Biblia que son prácticamente universales. En la mayoría de los idiomas estas palabras son las mismas, por lo que puedes ir prácticamente a cualquier parte y decir “¡Maranata! ¡Aleluya! ¡Amén!” y la gente entenderá que dices “¡El Señor viene! ¡Alabado sea el Señor! ¡Así sea!”

Por supuesto, la palabra “Amén” debe usarse con discernimiento. No sería apropiado emplearla para expresar entusiasmo ante la desgracia, la tragedia o la tristeza.

Es una vergüenza que algunas agrupaciones cristianas ya no usen el Amén porque se ha abusado de ella en reuniones dadas al emocionalismo extremo. Como todas las cosas buenas, las podemos usar bien o podemos pasarnos. Pero de todos modos, no debemos privarnos de esta práctica bíblica sólo porque algunos la usan sin entendimiento. ¿Amén?

23 de SEPTIEMBRE

“En su consejo no entre mi alma” (Génesis 49:6).

Estas palabras forman parte de la bendición que Jacob pronunció a sus hijos. Cuando recordó la crueldad con la que Simeón y Leví trataron a los hombres de Siquem, dijo: “En su consejo no entre mi alma”.

Me gustaría tomar estas palabras y darles una aplicación más amplia. Hay secretos vinculados al pecado que es mejor no conocer.

La tentación pone una cara bonita y sugiere que nunca podremos ser felices a menos que nos iniciemos en sus misterios. Nos brinda sensaciones estremecedoras, gratificación física, fuertes emociones y el encanto de lo desconocido.

Muchos, especialmente los que han vivido protegidos y no han sido expuestos a estas cosas, sienten una atracción por ellas. Sienten que se han perdido los placeres verdaderos y se consideran en desventaja. Creen que a menos que prueben del mundo nunca podrán estar satisfechos.

El problema es que el pecado nunca viene solo. Hay riesgos incluidos y consecuencias permanentes. Cuando experimentamos cualquier pecado por primera vez, desatamos un diluvio de dolor y remordimiento.

Ceder a la tentación debilita nuestra resistencia al pecado. Una vez que hayamos cometido un pecado, siempre será más fácil hacerlo la próxima vez. Pronto nos hacemos expertos en el pecado y hasta nos esclavizamos a él, atados

con las cadenas del hábito.

En el momento en que nos rendimos ante la tentación, nuestros ojos se abren a un sentimiento de culpa que no habíamos conocido antes. Al regocijo de descifrar el código secreto del pecado le sigue un terrible sentido de desnudez moral. Es verdad que el pecado puede confesarse y ser perdonado, pero a través de toda la vida está presente el desconcierto de encontrarse a aquellos con quienes nos unimos en la transgresión. La punzante memoria cuando inevitablemente volvemos a visitar los lugares de nuestra locura. Se presentan ocasiones indeseadas en las que el sórdido episodio reaparece en los momentos más sagrados; entonces nuestros cuerpos palpitan y nuestros labios apenas dejan escapar un gemido.

Aunque es maravilloso experimentar el perdón de Dios por estos pecados, es mucho mejor no entrar en sus secretos. Lo que se presenta ante nosotros como un secreto atractivo se convierte en una pesadilla. El placer pronto se transforma en horror y un momento de pasión resulta en toda una vida de pesares.

En la hora de la prueba nuestra respuesta debe ser: “En su consejo no entre mi alma”.

24 de SEPTIEMBRE

“He experimentado que Jehová me ha bendecido por tu causa”
(Génesis 30:27).

Labán había experimentado que el Señor le había bendecido por causa de Jacob. Resultó ser una buena lección. La experiencia es un gran maestro.

Me impresiona el modo en que muchas veces la experiencia nos ayuda a entender versículos de la Biblia. Podemos estar familiarizados intelectualmente con los versículos, pero cuando pasamos a través de alguna nueva experiencia, éstos cobran vida. Parecen sobresalir en luces de neón. Obtenemos una nueva apreciación de ellos.

La esposa de Martín Lutero decía que nunca habría conocido lo que significaban ciertos versículos de los Salmos si Dios no la hubiera hecho pasar por algunas aflicciones.

Cuando Daniel Smith y su esposa eran misioneros en China, una banda de ladrones hicieron un gran orificio a un lado de su casa una noche. Mientras los Smith dormían, los ladrones limpiaron cajones y armarios. Si los misioneros no hubieran dormido tan profundamente, podrían haber sido asesinados. Más tarde, cuando describían el incidente, el señor Smith dijo: “Nunca había entendido Habacuc 3:17-18 hasta aquella mañana. “Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto

del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación”. Esto significa que no puedes entrar plenamente en el gozo que brota de la calamidad de la que habla Habacuc hasta que experimentas la clase de pérdida que él describe.

Cuando Corrie Ten Boom estaba en un campo de concentración, tuvo que comparecer ante el juez. “El juez... todavía tenía trabajo que hacer y llegó un día cuando me mostró algunos papeles que no solamente representaban mi sentencia de muerte sino también la de familiares y amigos.

“¿Puede explicar estos papeles?” preguntó. “No, no puedo”, admití. ¡Repentinamente tomó todos los papeles y los arrojó a la estufa! Cuando vi que las llamas destruían aquellos papeles acusativos supe que había sido guardada por el poder divino y entendí como nunca antes Colosenses 2:14: “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz”.

La nueva comprensión que obtenemos de las Sagradas Escrituras por medio de las experiencias de la vida hace que esas experiencias verdaderamente valgan la pena.

25 de SEPTIEMBRE

“¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por decir la verdad?”
(Gálatas 4:16).

La experiencia de Pablo con los cristianos de Galacia nos recuerda que a menudo nuestros amigos se vuelven enemigos cuando les decimos la verdad. El apóstol había llevado a estas personas al Señor y les había nutrido en la fe. Pero más tarde, cuando los falsos maestros se infiltraron en las asambleas cristianas, Pablo tuvo que advertir a los creyentes que estaban abandonando a Cristo por la ley. Eso hizo que se volvieran hostiles hacia su padre en la fe.

Sucedió lo mismo en los días del Antiguo Testamento. Elías fue siempre honesto y franco en sus mensajes al rey Acab. Sin embargo, un día cuando Acab se encontró con él, le dijo: “¿Eres tú el que turbas a Israel?” (1 R. 18:17). “¿Turbar a Israel?” ¡Elías fue uno de los mejores amigos que tuvo jamás Israel! Pero se lo agradecieron acusándolo de perturbador.

Micaías fue otro profeta intrépido. Cuando Josafat preguntó si había algún profeta del Señor a quien pudiera consultar, el rey de Israel dijo: “Aún hay un varón por el cual podríamos consultar a Jehová, Micaías hijo de Imla; más yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal”. El rey no quería oír la verdad y aborreció a aquel que la

pregonaba.

En el Nuevo Testamento encontramos a Juan el Bautista diciéndole a Herodes: “La ley te prohíbe tener a la esposa de tu hermano” (Mr. 6:18 NVI). Ésa era la verdad, pero tal representación valiente de la verdad llevó pronto a Juan a la muerte.

Nuestro Señor despertó el odio de los judíos incrédulos. ¿Qué causó este odio? Se debió a que les decía la verdad: “Pero ahora procurarás matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad” (Jn. 8:40).

Thomas Jefferson escribió: “Si querías escapar de la malicia, debieras haberte confinado a la línea adormecida del deber cotidiano. En toda cuestión hay dos lados, y si tomas uno de ellos con decisión y lo pones en práctica con efecto, aquellos que tomen el otro lado, por supuesto, serán hostiles en la medida que sientan ese efecto”.

Con mucha frecuencia la verdad duele. En vez de inclinarse ante ella, los hombres suelen maldecir al que la pronuncia. El verdadero siervo del Señor ha calculado el coste. Debe hablar la verdad o morir. Sabe que las heridas del amigo son fieles, pero los besos del enemigo son engañosos (Pr. 27:6).

26 de SEPTIEMBRE

“Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal” (Romanos 11:4).

Dios nunca se queda sin testigos. En los días más oscuros, siempre hay una voz que resuena de Su parte de manera clara y entendible. A menudo en las circunstancias más insólitas, hace surgir inesperadamente a alguien que confiese Su Nombre valerosamente.

En los días que precedieron al diluvio la tierra estaba aprisionada por la violencia y la inmoralidad. Pero Noé estaba ahí tomando una actitud valiente a favor del Señor.

A Elías le parecía que todo Israel se había sumido en la idolatría, pero Dios tenía siete mil hombres que no se habían inclinado ante Baal.

En medio de la muerte espiritual y la decadencia moral, Juan Hus, Martín Lutero y Juan Knox entraron a la escena de la historia para defender la causa del Altísimo.

En tiempos más recientes, Dios fue honrado cuando se descubrió el telégrafo. El primer mensaje que se transmitió fue “¡Vean lo que Dios ha hecho!”

Cuando el Apolo 8 volvía a la tierra después del primer vuelo alrededor de la luna en la navidad de 1968, tres astronautas se turnaron

leyendo Génesis 1:1-10 y después concluyeron: “Y desde la tripulación del Apolo 8 terminamos con ...Dios les bendiga a todos en la buena tierra”.

A pesar de las protestas enfurecidas de los incrédulos, el Servicio Postal de los Estados Unidos emitió un sello conmemorando al Apolo 8 con palabras de Génesis 1:1: “En el principio...”

Los billetes de dólares que circulan en los Estados Unidos llevan el lema: “En Dios confiamos”.

La abreviación d. C. del calendario nos recuerda que éste es el año de nuestro Señor: “después de Cristo” (después de Su venida).

¿Es una coincidencia que en los cielos estelares figure una virgen, un niño, una serpiente y una cruz, todos ellos participantes

importantes en el drama de la redención? ¿Es un mensaje gráfico en las constelaciones?

Aun los ateos algunas veces reconocen al Señor. Un gobernante ateo decía en una conferencia en Australia en 1979: “Dios no nos perdonará si fracasamos”.

Hay un cierto imperativo moral en el universo de que nuestro Dios sea públicamente reconocido. Cuando los discípulos alababan al Señor Jesús como el Rey que había venido en el Nombre del Señor, los fariseos exigieron que Cristo los reprendiera. Pero Él les dijo: “Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían” (Lc. 19:40).

No tenemos porqué temer que el nombre de Dios vaya a dejarse de honrar y celebrar. En el mismo momento en que los hombres lo declaren muerto, levantará a algunos testigos para confundir a Sus enemigos y consolar a Sus amigos.

27 de SEPTIEMBRE

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

Probablemente cualquiera que lea este versículo se sorprenderá al saber que los cobardes y los incrédulos están en la misma lista que el resto de los que consideramos viles e infames pecadores, y que tendrán parte en el mismo castigo por toda la eternidad.

Es probable que se sorprendan también al notar que los cobardes ocupan el **primer** lugar de la lista. Esto debe impactar tremendamente a cualquiera que excusa su timidez como un asunto insignificante. Quizás tienen miedo de aceptar al Señor Jesús por lo que sus amigos pudieran decir, o porque son de una disposición naturalmente reservada. Dios no excusa esto como cosa de poca importancia; lo ve como una cobardía culpable.

También debe sorprenderles a los que ocupan el segundo lugar: los incrédulos. Oímos a personas que dicen: “No puedo creer” o “Me gustaría poder creer”. Pero éstas son declaraciones hipócritas. No hay nada en el Salvador que haga imposible que los hombres crean en Él. El problema no está en el intelecto del hombre sino en su voluntad. Los incrédulos **no**

quieren creer en Él. El Señor dijo a los judíos incrédulos de Su tiempo: "...y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Jn. 5:40).

No cabe duda que muchos de los cobardes e incrédulos se consideran decentes, cultos y morales. No quieren tener nada que ver con los asesinos, los inmorales o los que practican la magia. Pero la ironía está en que pasarán toda la eternidad con ellos, porque nunca vinieron a Cristo para ser salvos.

Su destino es "el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda". Esto es, por supuesto, la tragedia suprema. La gente puede discutir acerca de la existencia del infierno y del castigo eterno, pero la Biblia es muy explícita. El infierno existe al final de la vida sin Cristo.

Lo que hace que este asunto sea especialmente triste es que ni los cobardes ni los incrédulos o cualquiera de los otros que están en la lista de nuestro versículo tienen que ir al lago de fuego. Es completamente innecesario. Si sólo se arrepintieran de sus cobardías, dudas y otros pecados y se volvieran al Señor Jesús con una fe sencilla, serían perdonados, limpiados y hechos aptos para el cielo.

28 de SEPTIEMBRE

"No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal"
(Romanos 12:21).

Si este versículo no hubiera sido escrito bajo la inspiración de Dios, diría: "No permitas que la gente camine sobre ti. Devuélvelos una dosis de su misma medicina". El mundo piensa en términos de represalia y venganza.

Pero en la escuela de Cristo aprendemos la lección opuesta. No debemos ser vencidos por el mal sino emplear el bien para vencer al mal.

Una historia atribuida a Francisco de Asís ilustra el tema. Cuando era niño jugaba en el vecindario de su casa y descubrió que había eco cuando gritaba. Era su primera experiencia con el eco, de modo que comenzó a experimentar. Gritó: "Te odio" y el mensaje volvió: "Te odio". Subiendo el volumen, volvió a gritar: "Te odio" y las palabras volvieron una vez más con mayor intensidad: "Te odio". La tercera vez gritó con toda su fuerza: "Te odio" y las palabras repercutieron con gran vehemencia: "Te odio". Después, el silencio. Corrió a su casa llorando convulsivamente. Su madre había escuchado los fuertes gritos en el patio pero sin embargo le preguntó: "¿Qué te pasa, querido?" Contestó: "Hay un niño ahí afuera que me odia". Su madre pensó por un momento y luego dijo: "Te diré qué hacer. Ve afuera y di al niño que lo amas".

De modo que el jovencito salió y gritó: "Te amo". Con precisión las

palabras volvieron claras y suaves: “Te amo”. Gritó una vez más con mayor énfasis: “Te amo” y de nuevo escuchó la respuesta: “Te amo”. Por tercera vez gritó con profunda sinceridad: “Te amo” y las palabras volvieron a él tiernamente: “Te amo”.

Mientras escribo esto, hay personas por todo el mundo que se gritan: “Te odio”. Y todavía se preguntan porqué las tensiones aumentan. Las naciones expresan su odio hacia otras naciones. Los grupos religiosos están trabados en combate. Las razas rivalizan entre sí. Los vecinos riñen tras las cercas de sus patios y los hogares se destrozan con luchas y amargas. Estas personas, carentes del fruto de Espíritu, están dejando que les venza el mal, porque el odio engendra odio. Si tan sólo cambiaran su estrategia devolviendo amor por odio, vencerían el mal con el bien y descubrirían que el amor engendra amor.

“Debemos ser en extremo cuidadosos
De la semilla que nuestra mano sembrará;
El amor del amor germinará,
El odio del odio crecerá”.

29 de SEPTIEMBRE

“La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9).

A todos nos es familiar el celoso “ganador de almas” que va de un lado a otro, “pescando” a personas, guiándolas por medio de una fórmula de salvación, e insistiéndoles de tal modo que éstas hacen una pequeña oración y profesión de fe, con tal de quitarse al pesado de encima. Éste añade otro convertido a su lista y alza la vista buscando más cabezas que contar. ¿Así se evangeliza?

Debemos admitir que no. Eso más bien es acoso religioso y proceder ilícito, y como cualquiera otra cosa hecha según las fuerzas de la carne, hace más mal que bien.

John Stott tenía razón al escribir: “Cristo tiene las llaves. Es Él quien abre las puertas. Entonces, no forcemos bruscamente las puertas que aún están cerradas. Hemos de esperar que Él nos las abra. La causa de Cristo es continuamente perjudicada a causa del testimonio brusco o irrespetuoso. Sin duda, tenemos que hacer lo posible para ganar a nuestros amigos, familiares y compañeros de trabajo para Cristo. Pero a veces corremos demasiado y nos adelantamos a Dios. ¡Paciencia! Ora con fervor y ama mucho, y permanece en continua expectación para aprovechar toda oportunidad que se te presente para testificar”.

Aunque podamos no estar de acuerdo con mucha de la doctrina de

Dietrich Bonhoeffer, haremos bien en tomar en serio estas palabras suyas: “La palabra de salvación tiene sus límites. No hay poder ni derecho para forzársela a otros... Todo intento de imponer el Evangelio por la fuerza, de perseguir a la gente y proselitizarla, de usar nuestros propios recursos para apañar la salvación de otras personas, es tanto inútil como peligroso... Tan sólo obtendremos la rabia ciega de corazones duros y entenebrecidos, y todo será inútil y dañino. Nuestra facilidad traficando la palabra de gracia barata aburre y disgusta al mundo de tal modo que, al final, se vuelve contra aquellos que intentan forzar algo no deseado”.

La verdadera conversión es una obra del Espíritu Santo. No es de “voluntad de varón”, en el sentido de que el hombre no la puede producir por su propio esfuerzo, por muy buena intención que tenga. Cuando se le presiona a alguien para que profese a Cristo sin tener el pleno consentimiento de su voluntad, la persona se desilusiona e insensibiliza, convirtiéndose en muchos casos en enemigo de la Cruz de Cristo.

Cuando el Espíritu Santo nos usa para la salvación de otra persona, participamos de una de las mayores experiencias de la vida. Pero resulta en algo estrafalario y grotesco cuando intentamos hacerlo en nuestras propias fuerzas.

30 de SEPTIEMBRE

“Éste (Andrés) halló primero a su hermano Simón... y le trajo a Jesús” (Juan 1:41-42).

El método normal de evangelizar para los cristianos es dar testimonio de Cristo dentro del contexto de sus vidas diarias. Esto no quiere decir que Dios no use el presentar el Evangelio a personas totalmente desconocidas. ¡Claro que lo hace! Pero, es mucho más convincente cuando un creyente testifica a personas que le conocen y que pueden ver lo que Cristo ha hecho en su vida. Es precisamente lo que hizo Andrés.

Walter Henrichsen contaba de un joven que era muy aprensivo en cuanto a testificar a sus colegas en la universidad. Henrichsen le preguntó: “Joe, ¿a cuántos estudiantes en la universidad conoces personalmente? Me refiero a aquellos que cuando te ven conocen tu nombre”. Después de estar ahí un par de meses solamente conocía a dos o tres hombres.

“Le dije: ‘Joe, en las siguientes cuatro semanas quiero que conozcas a tantos estudiantes en el campus como puedas. Pongamos como meta cincuenta estudiantes. No tendrás que testificarles. Ni siquiera tendrás que decirles que eres cristiano. Todo lo que tienes que hacer es simplemente conocerles. Detente en sus habitaciones y charla con ellos. Juega a ping-pong con ellos, id juntos a alguna competición atlética y come con ellos. Haz lo que quieras, pero conoce a cincuenta hombres, de modo que de un mes a esta fecha, cuando vuelva, puedas

presentarme a cada uno de ellos por su nombre”.

Cuando Henrichsen volvió a ver al joven un mes más tarde, éste había guiado a Cristo a seis hombres. “Ni siquiera hablamos de si había llegado a conocer a cincuenta hombres. No hizo falta. Había descubierto por sí mismo que, al hacer amistad con los “publicanos y pecadores”, el Señor de manera natural le daba oportunidades para testificar”.

Con relación a este método de evangelización dentro del contexto de nuestras vidas cotidianas, debemos hacer dos observaciones. Primero, que la vida del que testifica es importante. Se nota una gran diferencia si camina en intimidad con el Señor. Puede tener facilidad para hablar y expresarse muy bien, presentando un mensaje memorizado, pero si su vida no es santa, su mensaje queda anulado.

La segunda observación es que este método no pone el énfasis en los resultados instantáneos. Jesús ligaba el proceso de la salvación al crecimiento del grano; no puedes recoger la cosecha el mismo día en que plantas la semilla. Es verdad que algunos se salvan la primera vez que escuchan el evangelio, pero esto no es lo normal, y éstos representan una pequeña fracción del total. Generalmente hablando, la conversión va precedida por un periodo en el que se escucha el mensaje, se convence de pecado y hasta se resiste la voz del Espíritu Santo.

1 de OCTUBRE

“...¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Santiago 4:14).

El Espíritu Santo, por medio de las Escrituras, recuerda con insistencia al hombre mortal la brevedad de la vida. Empleando repetidamente las comparaciones, el Espíritu del Señor graba en nosotros el pensamiento de que nuestros días son limitados y pasan rápidamente.

Por ejemplo, compara la vida a una lanzadera de tejedor (Job 7:6), precipitada de un lado a otro del telar, moviéndose tan aprisa que los ojos casi no pueden seguirla.

Job habla de la vida como un soplo (Job 7:7) que nunca vuelve. El salmista hace eco del mismo sentimiento cuando habla del “soplo que va y no vuelve” (Sal. 78:39).

Bildad le recuerda innecesariamente a Job que: “nuestros días sobre la tierra son como sombra” (Job 8:9), una descripción que se repite en el Salmo 102:11 “Mis días son como sombra que se va”. Una sombra es efímera, dura un tiempo muy corto.

Job compara su vida a una hoja de árbol (Job 13:25), frágil y marchita, como rastrojo seco, llevada por los vientos. Isaías recurre a la piedad del Señor recordándole que: “caímos todos nosotros como la hoja”

(Is. 64:6).

David describe sus días como de término corto: “He aquí, tú has hecho mis días muy breves [lit., como palmos]...” (Sal. 39:5 BAS). Si viéramos la vida como un camino, ésta tan sólo mediría diez centímetros de largo.

Moisés, el hombre de Dios, pinta la vida como un sueño (Sal. 90:5), en el que el tiempo pasa sin ser conscientes de él.

En el mismo lugar, Moisés habla de los hombres y de sus vidas como hierba: “Los arrebatas como con torrente de aguas; son como sueño,

como la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca” (Sal. 90:5-6). Siglos más tarde David empleó la misma figura para describir nuestra vida tan transitoria: “El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más” (Sal. 103:15-16). Como Spurgeon decía, la hierba es: “sembrada, crecida, soplada, cortada, desaparecida”. ¡Así es la vida, en pocas palabras!

Por último, Santiago añade su testimonio diciendo que la vida es efímera como la neblina (Stg. 4:14). Aparece por un poco de tiempo y luego de desvanece.

Esta acumulación de símiles tiene una doble intención. Primero, debe motivar al inconverso a considerar la brevedad del tiempo y la importancia de estar preparado para encontrarse con Dios. Segundo, debe hacer que los creyentes cuenten de tal modo sus días que traigan sabiduría a su corazón (Sal. 90:12). Esto resultará en vidas de devoción y dedicación a Cristo, vidas invertidas para la eternidad.

2 de OCTUBRE

“No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos” (Deuteronomio 18:10-11).

Dios advirtió a Su pueblo Israel contra cualquier afición al mundo de lo oculto. Todas las actividades que forman la lista en los versículos de hoy están relacionadas con el demonismo y deben evitarse. La advertencia es tan aplicable para los creyentes de hoy como lo fue para los del Antiguo Testamento.

Adivinar incluye el uso de la bola de cristal, la clarividencia, la lectura de la mano, de hojas de té, la frenología y cosas similares para predecir el futuro.

Un agorero es un astrólogo, es decir, el que observa la posición de las estrellas y planetas para predecir su influencia en los asuntos humanos. El horóscopo diario que aparece en los periódicos y las revistas es astrología, ya que usa los signos del zodiaco.

Un sortílego es aquel que influencia a los demás por medio de hechizos y conjuros. Así también un hechicero es aquella persona que adquiere y ejerce poder sobrenatural a través del contacto con los demonios. Estos contactos son esencialmente malos y dañinos.

Un encantador es uno que maldice o echa encantos sobre los demás y que tiene el poder demoníaco para hacer que sucedan (no tienen efecto sobre los creyentes).

Los adivinos son médiums que pueden hacer contacto con el mundo de los malos espíritus. Estos espíritus a menudo se hacen pasar por parientes muertos de aquellos que los consultan.

Un mago es la persona que emplea las artes mágicas en el reino del espiritismo. En ocasiones “mago” es la forma masculina de la palabra “bruja”.

El que consulta a los muertos es el que afirma conjurar a los espíritus de los muertos para revelar el futuro o influenciar en eventos.

Los cristianos deben evitar a todos éstos y también aquellas manifestaciones modernas del espiritismo tales como el yoga, la meditación transcendental, el Hare Krishna, sesiones de espiritismo, magia negra o blanca, hipnotismo, adivinación por medio del agua, sanidad espiritista, numerología y oraciones a los muertos. También es necesario saber que todos estos elementos forman el repertorio de los espiritistas: drogas que expanden la mente, el tablero de Ouija, juegos de cartas, el Tarot, dados, pendientes y medallones, amuletos, dominós, varas y huesos (cuando se usan con propósitos místicos).

3 de OCTUBRE

“Sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios” (Marcos 1:34).

Algunos cristianos piensan que la posesión demoníaca es un fenómeno que existió cuando nuestro Señor estaba en la tierra pero que ya no está presente en nuestros días. Esta es una idea errónea que debe corregirse. Los periódicos de casi todos los días contienen relatos de crímenes sin causa que indican claramente que han sido inspirados por el demonio. La posesión demoníaca presenta ciertos síntomas que nos ayudan a identificarla y a distinguirla de las enfermedades mentales.

En primer lugar, un demonio conduce a su víctima a la violencia y a la destrucción. El propósito del demonio es siempre destruir.

Una persona que está poseída por el demonio manifiesta dos o más personalidades, la suya propia y la del demonio(s). Puede hablar con voces diferentes e identificarse con diferentes nombres.

Esta persona es capaz de hazañas sobrenaturales de fuerza o puede poseer poderes de conocimiento sobrenaturales.

Aunque el poseído pueda hablar a veces condescendentemente del Señor Jesús, su conducta normal será blasfemar o reaccionar violentamente ante cualquier mención del Señor, de la oración, de la sangre de Cristo o de la Palabra

de Dios.

Su conducta es extremadamente rara, errática e inquieta. Los demás no pueden entenderle, controlarle, ni rehabilitarle. Puede tener tendencias suicidas y vivir en la esclavitud del temor y la superstición.

La posesión demoniaca está estrechamente asociada frecuentemente con el uso de drogas alucinógenas. Estas drogas introducen a la persona en el reino trascendental y abren su ser a la entrada de demonios. La palabra traducida “brujería” o “hechicería” en varias versiones de la Biblia, viene de la palabra griega “farmakia” que significa drogas.

La persona poseída por el demonio es sádica y muestra una crueldad física o mental excepcional y algunas veces mutila o desmiembra los cuerpos de sus víctimas. Otros que son poseídos por el demonio pueden ser morbosos, frecuentando cementerios, coleccionan cráneos u otra clase de huesos, y obsesionados con la muerte y con historias espantosas. Al parecer, el sol y la luna, especialmente la luna nueva, ejercen una profunda influencia en el mundo del demonismo. Quizás de aquí la promesa tranquilizadora de la Palabra a los creyentes: “El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche” (Sal. 121:6).

Los demonios pueden exorcizarse por medio de la oración y la autoridad del Nombre del Señor Jesús. Pero la liberación permanente para la persona se encuentra solamente cuando ésta nace de nuevo por medio de la fe en el Salvador.
4 de OCTUBRE

“Aparta mis ojos, que no vean la vanidad” (Salmo 119:37).

Las palabras de esta breve oración son especialmente apropiadas cuando se aplican a la televisión. La mayoría de los programas de televisión son vanidad. Describen un mundo que no existe y una vida que está muy lejos de la realidad.

La televisión es un ladrón de tiempo precioso. Los que la ven derrochan horas que nunca podrán recuperar. De manera general, la televisión ha causado una disminución en la lectura de la Biblia, apagando así la voz de Dios y enfriando la temperatura espiritual de los televidentes sin que éstos se den cuenta.

Son bien conocidos los efectos dañinos de la televisión en los niños. Sus conceptos morales se corrompen porque ensalza la violencia, se deforma el sexo y se publica la pornografía. La educación de los niños padece, ya que no queda tiempo libre ni ganas para leer o escribir. Sus valores se determinan por lo que ven en la pantalla y todo su pensamiento se moldea con propaganda anticristiana.

El humor que se transmite es obsceno y buena parte de los guiones está llena de insinuaciones repugnantes.

La publicidad no solamente es estúpida sino moralmente destructiva también. Al parecer, no se puede vender nada sin un desfile de rameras de Hollywood exponiendo vastas porciones de su anatomía, usando el movimiento

del cuerpo para incitar sexualmente.

En muchas familias la televisión ha causado un colapso de comunicación. Los miembros están hechizados por los programas hasta el punto que han perdido la habilidad de mantener conversaciones constructivas el uno con el otro.

En el área de la música, las letras de las canciones son con frecuencia altamente censurables. Glorifican la lujuria y tratan al adulterio y la homosexualidad como estilos de vida legítimos y hacen de los hombres violentos sus héroes.

Tratando de refutar lo que decimos algunos afirman que hay en la televisión programas cristianos saludables. La respuesta es que éstos son tan sólo la cubierta de caramelo de una píldora venenosa. El hecho simple es que el efecto total de la televisión destruye la vitalidad espiritual.

Un cristiano había encargado una televisión para que se la llevaran a su casa. Cuando la camioneta se detuvo frente a su casa, vio el anuncio publicitario en un costado del vehículo: “La televisión trae al mundo a su casa”. Con eso ya no fue necesario nada más. Desde la puerta de su casa mandó devolver el aparato a la tienda, diciendo: “no quiero al mundo en mi casa”.

Nadie que está pegado a la televisión hará jamás historia para Dios. Ésta es una de las causas principales de la decadencia espiritual de nuestros días.

5 de OCTUBRE

“Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie” (Josué 1:3).

Dios dio al pueblo de Israel la tierra de Canaán. Era suya por promesa divina, pero todavía faltaba que se apropiasen de ella. La regla para poseerla era: “Yo os he entregado todo lugar que pise la planta de vuestro pie”.

Dios nos ha dado muchas promesas grandes y preciosas. La Biblia está llena de ellas. Pero debemos apropiarnos de ellas por la fe. Solamente entonces son realmente nuestras.

Tomemos, por ejemplo, las promesas relacionadas con la salvación. El Señor promete repetidamente que dará la vida eterna a los que se arrepienten de sus pecados y reciben a Jesucristo como Señor y Salvador. Sin embargo, la promesa no es nuestra hasta que la reclamamos confiando en el Salvador de los pecadores.

¡Vayamos un paso más allá! Una persona puede creer verdaderamente en el Señor Jesucristo y no obstante no disfrutar de la

seguridad de la salvación. Puede llegar a pensar que es presuntuoso decir que es salvo y así condenarse a vivir en duda y oscuridad. La Palabra promete que aquellos que creen en el Nombre del Hijo de Dios tienen vida eterna (1 Jn. 5:13), pero ésta debe apropiarse por la fe para poder disfrutarla.

A Dios le gusta que confiemos en Él. Le agrada cuando le tomamos la Palabra. Se siente honrado cuando pedimos las promesas más increíbles y contamos con ellas como algo hecho.

Un día cuando Napoleón pasaba revista a sus tropas, de repente su caballo se desbocó tan violentamente que el Emperador estuvo en peligro de caer al suelo. Un soldado raso corrió hacia adelante, cogió las riendas y

tranquilizó al caballo.

Plenamente consciente de que su ayudante era un humilde soldado raso, Napoleón le dijo: “¡Muchas gracias, Capitán!” Tomándole la palabra, el soldado raso replicó, “¿De qué regimiento, señor?”

Más tarde, cuando el soldado raso contaba el incidente a sus amigos, se burlaban de su confianza al pensar que ya era capitán. ¡Pero era verdad! El Emperador se lo había dicho así y él había reclamado el ascenso ahí mismo.

En cierto modo la situación del creyente es similar. Puede ser un capitán o permanecer como soldado raso. Puede disfrutar las riquezas que son suyas en Cristo Jesús o vivir en pobreza espiritual y material. “Podemos tener tanto de Dios como queramos. Cristo pone la llave de la cámara del tesoro en nuestra mano y nos ofrece coger todo aquello que queramos. Si un hombre es admitido en la cámara de un banco donde se guardan montones de lingotes de oro y se le dice que se sirva y sale con una peseta, ¿quién tiene la culpa de que siga siendo pobre? ¿De quién es la falta si el pueblo cristiano tiene porciones tan insuficientes de las riquezas gratuitas de Dios?” (McLaren).

6 de OCTUBRE

“...todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo, oh doncellas de Jerusalén” (Cantares 5:16).

El amor devoto, leal y resuelto de la doncella sulamita por su amado describe la clase de amor que debemos tener por el Amante Eterno de nuestras almas. Notemos los siguientes detalles.

Primero, amaba todo lo que era de él. Exalta la belleza de su complexión, cabeza, cabellos, ojos, mejillas, labios, manos, cuerpo, piernas, aspecto y boca (5:10-16). Nosotros, por supuesto, no pensamos en las características físicas del Señor Jesús, pero sí que debiéramos hacerlo con Sus excelencias morales.

Ella pensaba en él día y noche. Ya fuese trabajando en la viña o recogiendo por la noche en su alcoba, aun mientras soñaba, él ocupaba su mente y llenaba su visión. Es bueno que nuestro amor por el Señor Jesús sea tan grande que llene nuestro corazón desde la mañana hasta al anochecer.

La sulamita tenía solamente ojos para él. Otros podrían tratar de cortejarla y ganarla con palabras de encendida admiración, mas ella tomaba la

alabanza y la aplicaba a su amado. De esta manera, cuando la voz del mundo busca atraernos debemos decir: “Oh, mundo en vano extiende / Tu pompa, encanto y gloria. / He oído una historia más dulce, / He hallado genuína ganancia. / Cristo un lugar me ha preparado/ Donde está mi hogar amado. / Allí a Jesús contemplaré / Y con Dios por siempre moraré”.

Podía hablar de él de buena gana. Su boca hablaba de la abundancia de su corazón. Sus labios eran pluma de escribiente muy ligero. Idealmente, tendríamos que hablar acerca de nuestro Señor con más facilidad y elocuencia que de cualquier otro tema. Desafortunadamente no siempre es así.

La doncella sentía su propia indignidad muy vivamente. Se disculpaba por su apariencia descuidada, por su mediocridad y su insensibilidad hacia él. Cuando pensamos en nuestra pecaminosidad, nuestra predisposición a vagar y nuestra desobediencia, tenemos aún mayor razón para maravillarnos de que Cristo continúe interesado en nosotros.

Su gran deleite era estar con él. Ardientemente anhelaba el tiempo cuando él vendría a pedirla como esposa. Con cuánto mayor deseo debemos esperar la venida del Novio Celestial, para que podamos estar con Él por toda la eternidad.

Mientras tanto, su corazón parecía ser un cautivo indefenso, y confesaba que estaba enferma de amor. Sentía que no podía contenerse más. ¡Aspiremos a tener los corazones cautivados por el Señor Jesús, y que sean llenos hasta rebosar de amor por Él!

7 de OCTUBRE

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado”
(Filipenses 3:13).

El apóstol Pablo no pensaba que ya había llegado y tampoco nosotros debemos pensarlo. Todos necesitamos cambiar. Liu Shao-chi decía: “Los hombres deben considerarse como seres en necesidad de cambiar y capaces de ello. No deben verse a sí mismos como inmutables, perfectos, santos y más allá de cualquier reforma... De otro modo no podrán progresar”.

El problema está en que la mayoría de nosotros nos resistimos a cambiar. Estamos desesperadamente ansiosos de ver cambios, pero en los demás. Sus rasgos curiosos de personalidad nos molestan, y deseamos reformarlos. Pero pasamos por alto inconscientemente nuestras propias idiosincrasias o estamos satisfechos con perpetuarlas. Deseamos quitar la paja del ojo de los demás mientras que admiramos la viga que llevamos en el nuestro. Sus fallos y fracasos nos parecen detestables mientras que miramos complacientes a los nuestros.

El problema está en nuestra propia voluntad. Podemos cambiar si en verdad lo deseamos. Si nos enfrentamos al hecho de que hay en nuestro carácter

algunos rasgos indeseables, habremos dado el primer paso para convertirnos en personas mejores.

Pero ¿cómo podemos saber qué cambios son necesarios? Una manera de saberlo consiste en dejar que la Palabra de Dios obre como un espejo. Al ir leyéndola y estudiándola, vemos lo que debemos ser y cuánto nos falta para llegar a la meta. Cuando la Biblia condena algo de lo que somos culpables, debemos enfrentar el hecho valientemente y determinar hacer algo acerca de ello.

Otro modo de llegar a saber cuánto nos falta para alcanzar la estatura de Cristo es escuchar cuidadosamente a nuestros parientes y amigos. Algunas veces sus sugerencias nos llegan como en bandeja de plata; en otras ocasiones, como un mazazo. Tanto si las observaciones están veladas como si son francas y abiertas, debemos recibir el mensaje y aceptarlo con agradecimiento.

De hecho, es una excelente práctica cultivar las críticas amables de los amigos. Por ejemplo, podríamos decirles: “Espero que te sientas libre y me hagas saber cualquier rasgo indeseable en mi personalidad o cualquier defecto mío que irrita a los demás”. Y eso es lo que hará un verdadero amigo. Es triste pensar en todas aquellas personas que van por la vida haciéndose insoportables a la iglesia, a su matrimonio y familia, y a la sociedad, sólo porque nadie estuvo dispuesto a venir a cuentas con ellos o no estuvieron dispuestos a cambiar.

Si nos tomamos la molestia y el tiempo de indagar acerca de las áreas donde rozamos e irritamos a los de nuestro alrededor, y tomamos las medidas necesarias para eliminar estas áreas, seremos personas con las que será agradable vivir.

8 de OCTUBRE

“Hermanos, no murmuréis los unos de los otros” (Santiago 4:11).

Aquí se nos presenta una práctica, condenada en toda la Escritura, la práctica de chismear, murmurar, criticar a los demás y hablar con palabras corrompidas. Todo esto y cualquier otro mal uso de la boca que se asemeja a ello está condenado.

Chismear significa revelar información o rumores acerca de otra persona con la idea de desprestigiarle. En otras palabras, la información que se da y la forma de darla es ruin y cruel. Por regla general esto va acompañado de secreto o confidencialidad; la persona que propaga el chisme no desea que revelen su nombre.

Dos mujeres de Brooklyn hablaban en cierta ocasión. Una de ellas decía: “Eloísa me dijo que tú le dijiste lo que dije de ella, y yo te dije que no se lo dijeras”. La otra replicó: “Qué indiscreta, le dije a Eloísa que no te dijera lo que le dije”. A

lo que la primera respondió: “Bueno, le dije a Eloísa que no te diría lo que me dijo, así que no le digas que te lo dije”.

Son muy pocas las personas en el mundo que nunca dicen algo negativo de otra persona. Conozco a algunas de ellas y las admiro más allá de toda descripción. Uno me dijo en cierta ocasión que si no podía decir algo bueno de alguien, no decía nada. Otro señalaba que trataba siempre de ver algo en otros creyentes que le recordara al Señor Jesús. Una tercera persona comenzó a decirme algo negativo de un tercero, entonces se interrumpió a sí mismo a la mitad de la frase y dijo: “No, no sería edificante”. (Me he estado muriendo de curiosidad desde entonces).

Pablo había oído que había contiendas entre los corintios. Al confrontarlos con el hecho, el apóstol decía que le había sido informado por la familia de Cloé (1 Co. 1:11). Ciertamente la familia de Cloé no estaba chismeando. Estaban dando parte de la información pertinente para que el problema pudiera resolverse.

El apóstol escribió también algunas palabras fuertes contra Himeneo, Alejandro y Fileto (1 Ti. 1:20; 2 Ti. 2:17), porque estaban perjudicando la causa de Cristo. También puso en sobreaviso a Timoteo acerca de Figelo, Hermógenes y Demas (2 Ti. 1:15; 4:10), hombres que al parecer se volvieron atrás después de poner su mano en el arado. Pero aquí no había chisme. Era información importante para aquellos creyentes que estaban unidos en la lucha.

Había un conocido predicador quien, cuando alguien se le acercaba con un bocado jugoso de chisme, sacaba un cuaderno negro y le pedía al chismoso que lo escribiera y lo firmara para hacer llegar la información a la persona involucrada. Se dice que abrió el cuaderno cientos de veces, pero que nadie jamás hizo un apunte.

9 de OCTUBRE

“Que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad” (Deuteronomio 10:13).

Notemos las últimas cuatro palabras del versículo de hoy: “Para que tengas prosperidad”. Todos los mandamientos del Señor son para nuestro bien, pero muchos no se dan cuenta de esto. Consideran a Dios como un Juez severo que impone reglas y mandamientos que quitan la alegría de la vida. ¡Pero, no es así! Él quiere nuestro bienestar y placer, y diseña todas Sus leyes con ese fin.

Tomemos, por ejemplo, algunos de los Diez Mandamientos. ¿Por qué dice Dios que no debemos tener otros dioses? Porque Él sabe que los hombres se convierten como los objetos a los que adoran, y los falsos dioses conducen a la depravación.

¿Por qué dice Dios que no nos hagamos imágenes talladas? Porque la idolatría está vinculada estrechamente al demonismo. “Lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican” (1 Co. 10:20), y el propósito de los demonios es siempre destruir.

¿Por qué aparta Dios un día de entre siete para descansar? Porque Él creó al hombre y conoce que por su constitución requiere descansar de la labor. Algunos países que han tratado de hacer cumplir la semana de trabajo de siete días encontraron que la productividad se vino abajo y tuvieron que abandonar el experimento.

¿Por qué manda Dios que los hijos obedezcan a sus padres? Porque esto ahorra al niño una vida de temeridad y desorden y aun de la muerte prematura.

¿Por qué prohíbe Dios el adulterio? Porque sabe que destruye al hogar y la familia así como la felicidad de aquellos implicados.

¿Por qué prohíbe Dios el asesinato? Porque conduce a la culpa y al remordimiento, a la cárcel y en algunas ocasiones a la pena capital.

¿Por qué condena Dios la codicia? Porque el pecado comienza en la mente. Si le damos rienda suelta allí, a la larga cometeremos aquel acto. A menos que controlemos la fuente, no podremos controlar la corriente que emana de ella.

Y así sucede con los otros pecados, tomar el Nombre de Dios en vano, robar, dar falso testimonio, etc. No podemos quedar sin castigo. Infligen una pérdida a nuestro espíritu, alma y cuerpo. Todo pecado provoca reacciones secundarias que despojan al pecador de la paz, el gozo y el bienestar. Cosechamos lo que sembramos; el pecado se vuelve en contra nuestro.

Hace años alguien escribió un libro titulado “Las Leyes Bondadosas de Dios”. Son realmente bondadosas porque han sido planeadas para nuestro bien.
10 de OCTUBRE

“Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, y maledicencia, y toda malicia” (Efesios 4:31).

La vida está llena de situaciones provocativas que tientan a una persona a perder la compostura. Quizás puedas identificarte con alguna de las siguientes escenas. Al camarero se le cae el café caliente encima tuyo, o te hace esperar interminablemente por la comida. Llegas a la casa con la compra más reciente sólo para encontrar que el producto está defectuoso. Cuando intentas de que el vendedor te reembolse el dinero, se vuelve insolente. Quizás te han dado información equivocada que hace que pierdas el avión. Acabas de estrenar coche nuevo cuando un conductor descuidado te lo abolla. Una tienda promete llevarte un aparato en una fecha determinada; llega el día pero el aparato no llega, y

rompen repetidamente las promesas de entrega. El cajero en el supermercado te cobra excesivamente y después es antipático cuando le pides alguna explicación. Tu vecina pelea contigo por algún conflicto insignificante entre sus hijos y los tuyos, y el suyo tiene la culpa. Otro vecino te saca de quicio con música de estéreo a todo volumen, o con fiestas y alborotos. Un compañero de oficina te hace constantemente comentarios molestos probablemente a causa de tu testimonio cristiano. El ordenador comete un error en tu extracto de cuenta y después, a pesar de tus repetidas protestas por teléfono, el error reaparece mes tras mes. Practicando tu deporte favorito el árbitro se dirige a ti utilizando palabras ofensivas. El problema puede presentarse en la sala de tu casa, la familia no se pone de acuerdo acerca de los programas de la televisión.

No hay modo de evitar algunas de estas situaciones irritantes. Pero para el creyente lo importante es cómo reacciona frente a ellas. El modo natural es perder la paciencia en seguida, y regañar al ofensor con unas cuantas palabras escogidas. Pero cuando un cristiano pierde de pronto la paciencia, pierde también su buen testimonio. Ahí le vemos, lívido de ira, con los ojos como acero cortante y los labios temblorosos. No hay modo de que pueda hablar una palabra para el Señor Jesús. Se está comportando como cualquier hombre del mundo. En este momento ha dejado de ser como una Biblia abierta para convertirse en una calumnia a los demás.

La tragedia consiste en que la persona que le ha tratado mal probablemente no lo ha hecho a propósito. Muchas veces no son personas que acosan o persiguen al creyente, sino simplemente pecadores equivocados que andan perdidos y necesitan el evangelio. Quizás su proceder airado se debe a alguna crisis en su vida personal. Quizás si se le hubiera mostrado tan sólo amor y consideración, podría haberse ganado para el Salvador.

Las explosiones de ira han hecho mucho para anular el testimonio de los creyentes y deshonorar el nombre del Señor. Un cristiano encolerizado es un pobre promotor de la fe.

11 de OCTUBRE

“Si corriste con los de a pie, y te cansaron, ¿cómo contendrás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán?” (Jeremías 12:5).

Éste es un excelente versículo que nos desafía cuando somos tentados a rendirnos rápida y fácilmente. Si no podemos hacer frente a las dificultades menores, ¿cómo esperamos afrontar las mayores? Si nos doblamos bajo los golpes insignificantes de la vida, ¿cómo aguantaremos bajo los golpes más fuertes?

Oímos de los cristianos que se malhumoran y ponen mala cara

porque alguien les ofende. Otros dejan de trabajar y presentan la dimisión porque alguien les ha criticado. Y otros tuercen la nariz porque les han rechazado una buena idea.

Algunos, con un pequeño malestar físico ya aúllan como un oso herido. Y uno se pregunta qué harían con una enfermedad mortal. Si un hombre de negocios no puede hacerle frente a los problemas cotidianos, es poco probable que pueda hacerle frente a los que son en verdad grandes.

Todos necesitamos una cierta cantidad de disposición resistente. Esto no quiere decir que debamos ser ásperos o insensibles. La idea es que no nos ahogemos en un vaso de agua. Necesitamos la fuerza moral que nos da aguante en las vicisitudes de la vida, y nos haga capaces de levantarnos y seguir adelante.

Quizás hoy te enfrentes a una crisis. Al momento te parece muy severa y te sientes tentado a renunciar, pero dentro de un año ésta ya no parecerá tan importante. Es el momento de decir con el salmista: “Contigo desbarataré ejércitos, y con mi Dios asaltaré muros” (Sal. 18:29).

El escritor anónimo de la epístola a los Hebreos hace una interesante observación a los que está desafiando para que resistan: “Porque aún no habéis resistido hasta la sangre” (He. 12:4). En otras palabras, aún no has pagado el precio más alto, el martirio. Si los creyentes se angustian por un plato roto o un gato que se extravió, o un desengaño amoroso, ¿qué harían si tuvieran que enfrentarse con el martirio?

La mayoría de nosotros habríamos renunciado hace tiempo si cedieramos a nuestros sentimientos. Pero no es posible renunciar en la batalla cristiana. Levántate del suelo, sacúdete el polvo y métete en el conflicto mismo. La victoria en las escaramuzas pequeñas nos ayudará a ganar batallas mayores.

12 de OCTUBRE

“He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas; andad a la luz de vuestro fuego, y de las teas que encendisteis. De mi mano os vendrá esto; en dolor seréis sepultados” (Isaías 50:11).

Hay una manera correcta e incorrecta de hacer las cosas y esto es especialmente cierto en lo que se refiere a obtener dirección. El texto de hoy describe el modo equivocado. Presenta a un hombre que prepara una hoguera y utiliza el fuego y las teas para iluminar su camino.

Notemos que no se menciona una palabra acerca de consultar al

Señor. Nada aquí sugiere que el hombre haya recurrido a la oración. Confía absolutamente en que conoce la mejor manera de hacer las cosas. En su arrogante independencia se apoya en su propio entendimiento. O, como dijo el incrédulo Henley, es el amo de su destino y el capitán de su propia alma.

¡Pero observemos las consecuencias! “De mi mano os vendrá esto; en dolor seréis sepultados”. El hombre que sigue su propia dirección se encamina hacia los problemas. Cualquiera testarudo vivirá para lamentarlo. Aprenderá por la experiencia que el camino de Dios es el mejor.

El versículo anterior (v. 10) nos presenta el modo correcto de obtener esta dirección divina: “¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye a la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios”. Notemos tres cosas acerca de este hombre. En primer lugar teme al Señor, en el sentido que no quiere desagradarle o caminar independientemente de Él. Segundo, obedece la voz del Siervo de Dios, el Señor Jesús. Tercero, está dispuesto a admitir que camina en la oscuridad y que no tiene luz. Reconoce que no sabe qué camino tomar.

¿Qué debe hacer tal persona? Debe confiar en el nombre del Señor y apoyarse en su Dios. En otras palabras, debe reconocer su propia ignorancia, pedir al Señor que lo guíe y fiarse por completo de la dirección divina.

Nuestro Dios es un Dios de infinita sabiduría y amor. Sabe qué es lo mejor para nosotros y planea solamente lo que es para nuestro bien.

Él nos conoce, nos ama y nos cuida.
Nada esta verdad podrá oscurecer.
Él hace lo mejor por aquellos
Que le dejan escoger.

13 de OCTUBRE

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?” (Mateo 7:9).

La pregunta espera una respuesta negativa. Normalmente un padre no le daría a su hijo una piedra en lugar de pan. Ciertamente el Padre Celestial nunca lo haría.

Pero la triste realidad es que algunas veces esto es exactamente lo que hacemos. La gente viene a nosotros con una profunda necesidad espiritual y quizás somos insensibles a lo que realmente les atormenta, o los desanimamos con alguna panacea superficial en vez de darles a conocer al

Señor Jesús.

E. Stanley Jones lo ilustra con una historia tomada de su propia vida (solamente un gran hombre es capaz de contar una historia que muestra su fracaso personal). “Como los miembros del Congreso en la India en su posición recién adquirida ocasionalmente actuaban en su propio beneficio en vez de en el bien del país, la situación generada se volvió una carga demasiado pesada para Jawaharlal Nehru. Decía que estaba pensando en renunciar como Primer Ministro y marcharse para reponerse espiritualmente. Lo vi en aquella ocasión, y al final de la entrevista le ofrecí un frasco de pastillas hechas de hierbas de cereal, que contenían todas las vitaminas conocidas. Tomó el frasco agradecido pero añadió: “Mi problema no es físico”, dando a entender que era espiritual. En vez de ofrecerle la gracia, le ofrecí hierbas. Pedía pan y le di una piedra... Sabía que tenía la respuesta pero no supe cómo decirla. Temía ofender al gran hombre. Debí recordar un lema escrito en un muro del Sat Tal Ashram: “No hay sitio en el que Jesucristo esté fuera del lugar” pero no lo hice. Recuerdo cómo prevalecieron mis vacilaciones.

“Le ofrecí pastillas de hierbas cuando realmente necesitaba la gracia, la gracia y el poder que le sanarían el corazón. Entonces pudo haber dicho: ‘Estoy sanado hasta el corazón. Que el mundo avance con sus problemas imposibles. Estoy preparado’”.

Me temo que la experiencia del Dr. Jones nos es muy conocida. Encontramos a personas que tienen profundas necesidades espirituales. Dejan escapar alguna palabra que abre la puerta para que les ministremos a Cristo. Pero no la aprovechamos; sugerimos una aspirina como remedio para un problema espiritual o cambiamos el tema por algo de valor trivial.

Oremos: Señor, ayúdame a aprovechar cada oportunidad para testificar de Ti, para entrar en cada puerta abierta. Ayúdame a vencer mis vacilaciones, a dar pan y gracia cuando se necesitan.

14 de OCTUBRE

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32).

Muchos son los que citan una y otra vez este versículo, olvidando que forma parte de una promesa condicional. El versículo anterior dice: “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: **Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos**”. Y entonces viene la promesa: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. En otras palabras, **el poder liberador de la verdad depende de que permanezcamos en Su palabra.**

No basta con conocer la verdad en un sentido intelectual. Debemos

obedecerla y practicarla. Cuando vivimos según los preceptos de la Biblia, somos librados de innumerables males.

Tan pronto como obedecemos la llamada del Evangelio, somos librados de la culpa y la condenación e introducidos en la libertad de los hijos de Dios. Quedamos libres del pecado como nuestro amo; ya no estamos bajo su dominio.

Somos liberados de la ley. No que quedemos sin ley, sino que ahora hemos sido hechos siervos de Cristo. De ahí en adelante es el amor del Salvador y no el temor al castigo lo que nos motiva a la santidad.

Disfrutamos libertad del temor porque el perfecto amor echa fuera el temor. Ahora Dios es nuestro amante Padre celestial y no un Juez severo.

Somos libres de la esclavitud de Satanás. Ya no nos conduce más a su capricho.

Somos libres de la inmoralidad sexual, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.

Somos libres de la falsa enseñanza. La Palabra de Dios es verdad y el Espíritu Santo lleva a Su pueblo a toda la verdad y les enseña a discernir entre verdad y error. Todos aquellos que permanecen en Su palabra son libertados de la superstición y del dominio de los malos espíritus. ¡Qué emancipación es ésta, verse libre del poder de las fuerzas demoniacas!

Somos librados del temor a la muerte, porque lo que antes era el rey del terror, ahora introduce el alma en la presencia del Señor. Morir es ganancia.

Somos librados de hábitos esclavizantes, del amor al dinero, de la desesperanza y la desesperación. De aquí en adelante el lenguaje de nuestro corazón debe ser:

Humilde a tus pies, Señor Jesús; ése es mi lugar;

Allí aprendí dulces lecciones, la verdad que me liberta.

Libre de mí mismo, la verdad que de los hombres me rescata;

Las cadenas de la mente que una vez me ataban jamás otra vez me ceñirán.
15 de OCTUBRE

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37).

Ésta ha sido denominada la oportunidad perdida. Significa que el pueblo que se ve favorecido con una visita maravillosa, una oportunidad gloriosa, pero la deja pasar sin más.

Esto es lo que le sucedió a Jerusalén. El Hijo de Dios encarnado caminó por sus calles polvorientas. Sus edificios teñidos de ocre vieron pasar

con desprecio al Creador y Sustentador del universo. El pueblo escuchó Sus inigualables palabras y le vió hacer milagros que ningún otro hombre había hecho jamás. Pero no le apreciaron ni le recibieron.

Las cosas les hubieran ido mucho mejor si hubieran obrado de otro modo. Las condiciones hubiesen sido como las que se describen en el Salmo 81:13-16, “¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo, si en mis caminos hubiera andado Israel! En un momento habría yo derribado a sus enemigos, y vuelto mi mano contra sus adversarios. Los que aborrecen a Jehová se le habrían sometido, y el tiempo de ellos sería para siempre. Les sustentaría Dios con lo mejor del trigo, y con miel de la peña les saciaría”.

Isaías describe también lo que pudo haber sido. “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar. Fuera como la arena tu descendencia, y los renuevos de tus entrañas como los granos de arena; nunca su nombre sería cortado, ni raído de mi presencia” (Is. 48:18-19).

Bret Harte escribió: “De todas las palabras habladas o escritas, las más tristes son: “Pudo haber sido”.

Pensemos en aquellos que han rechazado la llamada del Evangelio. Jesús de Nazaret pasó entre ellos mas no le hicieron caso. Ahora viven vidas vacías y se enfrentan a una eternidad de perdición. Pensemos también en aquellos creyentes que oyeron el llamado de Cristo para alguna esfera específica de servicio, pero no respondieron. No tienen idea de las bendiciones presentes y de las eternas recompensas que se han perdido.

Es cierto que en algunas ocasiones la oportunidad sólo llama a la puerta una vez. Aunque está cargada de tesoros escogidos, al momento puede parecernos que entra en conflicto con planes personales o implicar un sacrificio personal. Realmente representa lo mejor de Dios para nosotros, pero dejamos ir la oportunidad por nuestras propias razones. Rehusamos Su mejor, aceptando algo menos, y Él no deja de decir: “Yo quise y tú no quisiste”.

16 de OCTUBRE

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18).

En momentos puntuales de la historia, Dios ha irrumpido en juicio sobre los hombres para mostrar cuán grande es Su disgusto por ciertos pecados que han cometido. Obviamente, no fulmina a los hombres cada vez que cometen estos pecados. Si fuera así, la población del mundo habría sido drásticamente reducida. Pero ocasionalmente les ha castigado severamente para advertir a los hombres que la impiedad y la injusticia no pueden quedar sin castigo. Si Dios no trata con estos pecados ahora, con toda certeza lo hará en la eternidad.

Cuando Dios vio que la tierra se corrompía y llenaba de violencia, envió un diluvio por el que destruyó al mundo (Gn. 6:13). Solamente ocho personas escaparon con vida.

Más tarde, las ciudades de Sodoma y Gomorra se convirtieron en centros de homosexualidad (Gn. 19:1-13). Sodoma también era culpable de soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad (Ez. 16:49). Dios reveló Su ira desde el cielo haciendo llover fuego y azufre sobre estas ciudades, destinándolas a la extinción perpetua.

“Nadab y Abiú murieron delante de Jehová cuando ofrecieron fuego extraño” (Nm. 3:4). Debían utilizar el fuego del altar (Lv. 16:12), pero decidieron acercarse a Dios de otra manera. Al castigarlos con la muerte instantánea, el Señor advirtió a las futuras generaciones contra cualquier intento de aproximarse a Él de una manera distinta a la que había establecido.

Nabucodonosor rey de Babilonia no reconoció al Altísimo que gobierna en los asuntos de los hombres. En cambio, reclamó todo el honor por la gloria de Babilonia. Dios le castigó con la locura. El rey fue echado de entre los hombres y comía hierba como los bueyes, su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, su pelo creció como plumas de águila y sus uñas como las de las aves (Dn. 4:33).

Ananías y Safira pretendieron hacer un enorme sacrificio vendiendo su propiedad para el Señor, pero retuvieron secretamente una parte para ellos mismos (Hch. 5:1-11). Ambos murieron repentinamente como advertencia contra la insinceridad en la adoración y el servicio. Poco después Herodes aceptó la alabanza de sus súbditos en vez de darle la gloria a Dios. Expiró comido de gusanos (Hch. 12:22-23).

Los hombres pecadores no deben presumir ante el silencio aparente y la ausencia de actividad de Dios. El hecho de que Él no siempre castigue el pecado de inmediato no significa que no lo castigará al final. Él, en casos aislados a través de los años, ha dado Su veredicto y revelado las penalidades que le siguen.

17 de OCTUBRE

“Compra la verdad, y no la vendas” (Proverbios 23:23).

Para obtener la verdad de Dios hay que pagar un precio y debemos estar dispuestos a pagarlo, cueste lo que cueste. Una vez que hemos obtenido la verdad no debemos renunciar a ella.

El versículo no debe tomarse tan literalmente al grado que podamos comprar Biblias o literatura cristiana pero no venderlas. Comprar la verdad en nuestro texto significa hacer grandes sacrificios para conseguir el conocimiento de los principios divinos. Puede significar hostilidad por

parte de nuestra familia, la pérdida del empleo, romper con lazos religiosos, pérdidas financieras y hasta maltrato físico.

Vender la verdad significa comprometerla o abandonarla por completo. Nunca debemos hacer eso.

En su libro **La Iglesia en el Hogar**, Arnot escribió: “Es una ley de la naturaleza humana que lo que viene fácil, fácil se va. Lo que ganamos con duro trabajo podemos retenerlo firmemente, trátase de nuestra fortuna o de la fe. Aquellos hombres que han obtenido grandes riquezas sin problemas o sin duro trabajo, con frecuencia las derrochan y mueren en la pobreza. Muy rara vez el hombre que hace una fortuna por medio de enormes esfuerzos, la despilfarrá. Asimismo dadme el cristiano que ha luchado para llegar a su cristianismo. Si ha alcanzado ese lugar de riqueza por medio de fuego y agua, no abandonará fácilmente su herencia”.

Santos de todos los tiempos han vuelto la espalda a la familia, la fama y la fortuna para entrar por la puerta angosta y caminar por el camino estrecho. Como el apóstol Pablo, han estimado todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús el Señor. Como Rahab, han renunciado a los ídolos del paganismo y reconocido a Jehová como el único Dios verdadero, aun si esto se interpretara como una traición a su propio pueblo. Como Daniel, se han negado a vender la verdad, aunque esto significaba ser echado a un foso lleno de leones hambrientos.

Vivimos en una época donde el espíritu de los mártires escasea considerablemente. Los hombres están más dispuestos a comprometer su fe que a sufrir por ella. La voz del profeta está ausente. La fe es flácida. Las convicciones relacionadas con la verdad se condenan como dogmatismo. Para lograr un espectáculo de unidad, los hombres han estado dispuestos a sacrificar las doctrinas fundamentales. Venden la verdad y no la compran.

Pero Dios siempre tendrá aquellas almas escogidas que aprecian tanto el tesoro escondido de la verdad que están dispuestas a vender todo lo que tienen para comprarla y habiéndola comprado, no la venden a ningún precio.

18 de OCTUBRE

“Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido” (Salmo 119:99-100).

Cuando leemos por primera vez estos versículos suenan como las palabras de un fanfarrón inmaduro o las de un egoísta bien desarrollado. Nos sorprendemos al encontrar estas palabras jactanciosas en la Biblia. Más bien parecen ser sub-cristianas.

Sin embargo, al estudiar los versículos más detenidamente,

encontramos una pista que elimina esta dificultad. El salmista ofrece una razón que explica su conocimiento superior: "...porque tus testimonios son mi meditación". En otras palabras, afirma que tiene más entendimiento que todos sus maestros que no conocen las Escrituras. Entiende más que los viejos, cuyo conocimiento es solamente secular. No se contrasta a sí mismo con otros creyentes, sino tan sólo con los hombres de este mundo. ¡No hay duda de que está en lo cierto! El creyente más humilde puede ver más sobre sus rodillas que el incrédulo más culto de puntillas. Consideremos algunas ilustraciones:

Un gobernante asegura al pueblo que habrá paz en el mundo si se toman una serie de acciones. En una aldea, un campesino cristiano escucha el discurso por la radio. Sabe que jamás habrá paz hasta que el Príncipe de Paz establezca Su Reino sobre la tierra. No será hasta entonces que los hombres cambien sus espadas en arados y dejen de adiestrarse para la guerra. Aquel hortelano tiene más entendimiento que el diplomático.

Nos encontramos con un renombrado científico que enseña que el universo, tal y como lo conocemos, vino a la existencia sin ninguna agencia divina. Sentado en el aula está un recién convertido a Cristo. Por medio de la fe este estudiante entiende que el universo fue enteramente organizado por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía (He. 11:3). El estudiante tiene un discernimiento que el científico no posee.

Una vez más, pensemos en el psicólogo que busca explicar la conducta humana a través de teorías de hombres que no aceptan el hecho del pecado innato. El creyente que conoce la Palabra de Dios sabe que todo hombre hereda una naturaleza perversa y corrupta, y que en caso de que esto no se reconozca, sólo llevará a soluciones inútiles para los problemas del hombre.

El salmista no se estaba complaciendo en una frívola vanagloria al decir que tenía más entendimiento que todos sus maestros. Los que caminan por la fe tienen una mayor visión que los que caminan por la vista. Los que meditan en los testimonios de Dios discernen verdades que están escondidas de los sabios y prudentes.

19 de OCTUBRE

“¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová” (Salmo 116:12-13).

En lo que respecta a la salvación de nuestras almas, nada hay que podamos hacer para ganarla o merecerla. Dios no está en deuda con nosotros así como tampoco podemos reembolsarle nada, porque la salvación es un don de pura gracia.

La respuesta adecuada a la oferta gratuita de Dios de la vida eterna

es, en primer lugar, tomar la copa de la salvación, esto es, aceptarla por fe, entonces debemos invocar el nombre del Señor, es decir, agradecerle y alabarle por Su don inefable.

Aún después de haber sido salvos no hay nada que podamos hacer para recompensar al Señor por todos Sus beneficios para con nosotros. “Aun dándole todo mi ser, queda pequeña la ofrenda”. Sin embargo, hay una respuesta apropiada que podemos dar, y es lo más razonable que podemos hacer. “Amor tan asombroso y divino, demanda mi alma, mi vida, mi todo”.

Si el Señor Jesús dio Su cuerpo por nosotros, lo mínimo que podemos hacer es dar nuestros cuerpos por Él.

Pilkington de Uganda decía: “Si Él es Rey, tiene derecho a todo”. C. T. Studd escribió: “Cuando me di cuenta de que Jesucristo había muerto por mí, no me pareció difícil entregárselo todo a Él”.

Borden de Yale oró: “Señor Jesús mi voluntad ya no cuenta en mi vida y te pongo en el trono de mi corazón”.

Betty Scott Stam decía en oración: “Me doy a mí misma, mi vida, mi todo, enteramente a Ti, para ser Tuya para siempre”..

Charles Haddon Spurgeon decía: “Aquel día cuando me rendí al Señor, le entregué mi cuerpo, mi alma, mi espíritu; le di todo lo que tenía, y todo lo que tendré en el tiempo presente y por la eternidad. Le entregué todos mis talentos, mis poderes, mis facultades, mis ojos, mis oídos, mis miembros, mis emociones, mi juicio, toda mi virilidad, y todo lo que de ésta pudiese venir”.

Finalmente, Isaac Watts nos recuerda que: “gotas de pena no podrán pagar la gran deuda de amor que debo yo”, añadiendo después: “Te entrego mi ser, amado Señor, pues es lo único que puedo hacer”.

La pasión del Señor Jesús, Sus manos y pies ensangrentados, Sus heridas y Sus lágrimas demandan una respuesta apropiada: el sacrificio de nuestras vidas para Él.

20 de OCTUBRE

“David deseó entonces, y dijo: ¡Quién me diera de beber de las aguas del pozo de Belén, que está a la puerta!” (1 Crónicas 11:17).

Belén era la ciudad natal de David. Conocía bien todas sus calles y callejones, el mercado y la comunidad. Pero ahora los filisteos tenían una guarnición en Belén y David estaba escondido en la cueva de Adulam. Cuando tres de sus hombres oyeron que David suspiraba por un trago de agua del pozo de Belén, se abrieron paso en las líneas enemigas y le trajeron el agua. Estaba tan conmovido por su acto valiente de amor y devoción que

no pudo beber el agua, sino que la derramó como una libación para el Señor.

Podemos pensar que David en este texto es como una descripción del Señor Jesús. Así como Belén era la ciudad de David, del mismo modo: “de Jehová es la tierra y su plenitud”. David debía estar sentado en el trono pero estaba en una cueva. De manera similar, nuestro Señor debiera ser entronizado por el mundo y en lugar de eso es rechazado y se le desconoce. Podemos comparar el deseo de David por agua con la sed del Salvador por las almas de los hombres del mundo. Anhela refrescarse viendo a sus criaturas salvas del pecado, de sí mismas y del mundo. Los tres valientes de David describen a aquellos intrépidos soldados de Cristo que dejan a un lado las consideraciones de bienestar, conveniencia y seguridad personal, para cumplir el deseo de su Comandante en jefe. Llevan las buenas nuevas a todo el mundo, para luego ofrecer sus convertidos al Señor como un sacrificio de amor y devoción. La reacción emotiva de David sugiere la respuesta del Salvador cuando ve a Sus ovejas reuniéndose alrededor de Él de toda tribu y nación. Ve el fruto de la aflicción de Su alma y queda satisfecho (Is. 53:11).

En el caso de David, no tuvo que ordenar, persuadir o engatusar a sus hombres. Basta que se le escapara un pequeño suspiro de deseo; lo recibieron como una orden de su comandante.

¿Qué haremos, cuando sabemos cuál es el deseo del corazón de Cristo por aquellos que compró con Su sangre preciosa? ¿Necesitamos presiones o súplicas misioneras y “llamadas de altar”? ¿No es suficiente oírle decir: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” ¿Se dirá de nosotros que no estamos dispuestos a hacer por nuestro Comandante lo que los hombres de David hicieron por el suyo? Le diremos: “Tu más pequeño deseo es para mí una orden”.

21 de OCTUBRE

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14).

Cuando miramos al mundo religioso actual, vemos numerosas religiones, denominaciones y sectas. Y sin embargo, hay sólo dos religiones, como nos sugiere el texto de hoy. Por una parte, hay una puerta ancha y un camino espacioso, muy transitado, que lleva a la

perdición. Por otra parte está la puerta angosta y el camino estrecho, escasamente transitado, que lleva a la vida. Todas las religiones pueden clasificarse bajo una u otra. La característica que distingue a las dos es ésta: una religión dice lo que el hombre debe hacer para ganar o merecer la salvación; la otra muestra lo que Dios ha hecho para proveer salvación al hombre.

La fe cristiana auténtica, es única en el sentido que llama a los hombres a que reciban la vida eterna como un regalo por medio de la fe. Las otras religiones le dicen al hombre que debe ganar su salvación por las obras o el carácter. El evangelio nos muestra cómo Cristo llevó a

cabo la obra necesaria para nuestra redención. Los demás sistemas le indican al hombre qué debe hacer para redimirse a sí mismo. La diferencia está entre HACER y HECHO.

La idea popular es que las personas buenas van al cielo y las malas al infierno. Pero la Biblia enseña que no hay personas buenas y que los únicos que van al cielo son los pecadores salvados por la gracia de Dios. El evangelio de Jesucristo elimina la jactancia; le dice al hombre que no hay obras meritorias que pueda hacer para ganar el favor de Dios, porque está muerto en delitos y pecados. Todas las demás religiones inflan el orgullo del hombre implicando que puede y debe hacer algo para salvarse a sí mismo o para ayudar en su salvación, que debe “aportar su granito de arena”.

Todas las falsas religiones son: “camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Pr. 14:12). A la mente no regenerada la salvación por la fe en el Señor Jesús le parece “demasiado fácil”, pero éste es el camino que lleva a la vida. En las falsas religiones Cristo es nada, o casi un mero accesorio entre otras muchas cosas, mientras que en la verdadera fe cristiana Cristo es todo.

En otras religiones no puede haber seguridad verdadera de salvación porque una persona nunca sabe si ha hecho suficientes buenas obras o las correctas. El creyente en Cristo puede saber que es salvo porque esto no depende de **sus** obras sino más bien de la obra de **Cristo** hecha a su favor.

Solamente hay dos religiones: una de la ley, la otra de la gracia. Una de las obras, la otra de la fe. Una de hacer, la otra de creer. Una de intentar, la otra de confiar. La primera lleva a la condenación y la muerte, la segunda a la justificación y la vida.

22 de OCTUBRE

“Y Josué hijo de Nun fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él; y los hijos de Israel le obedecieron, e hicieron como Jehová mandó a Moisés” (Deuteronomio 34:9).

Una importante lección que resulta de este versículo es que Moisés, sabiendo que su propio ministerio estaba llegando a su fin, designó a Josué como su sucesor, poniendo así un buen ejemplo a los que están en lugares de liderazgo espiritual. Algunos pueden pensar que esto es demasiado elemental como para

enfatarlo, pero el hecho es que es frecuente este gran fracaso: no preparan sucesores ni pasan el testigo a nadie. Parece haber una resistencia innata a la idea de que somos reemplazables.

Éste es un problema que enfrentan los ancianos y obreros en las iglesias locales. Es triste que los que enseñan bien o saben hacer obra pionera, a menudo mueren sin haber discipulado a nadie. Dejan “herederos” pero no discípulos. Por ejemplo, un anciano ha servido fielmente durante muchos años, pero se acerca el día cuando ya no podrá pastorear más el rebaño. No obstante, le es difícil enseñar a un hombre más joven para que ocupe su lugar. Quizás ve a los jóvenes como una amenaza para su posición o contrasta su inexperiencia con su propia madurez y concluye que no son idóneos. Es fácil que olvide que una vez fue inexperto llegado a la madurez siendo enseñado para hacer obra de sobreveedor.

Éste puede ser también el problema en el campo misionero. El misionero que establece una iglesia sabe que debe entrenar a algunos del lugar para que asuman la responsabilidad del liderazgo espiritual. Pero piensa que no pueden hacerlo tan bien como él, que cometen muchos errores y la congregación disminuirá si él deja a otros predicar. Y, de todos modos, no saben dirigir bien. La respuesta a todos estos argumentos es que debe verse a sí mismo como un ser prescindible, no como la clave para la obra. Debe discipular a hermanos y delegarles autoridad mientras que busca trabajo en otra área del ministerio en otro lugar. Siempre hay campos sin cultivar en otras partes. No tiene porqué estar desocupado.

Cuando Moisés nombró a Josué como sucesor, la transición fue muy suave. No hubo falta de liderazgo. La causa de Dios no sufrió trauma. Así es como debe ser.

Todos los siervos de Dios deben regocijarse cuando ven a los más jóvenes levantarse para ocupar lugares de liderazgo. Deberían considerar como un gran privilegio compartir su conocimiento y experiencia con estos discípulos, y pasarles el testigo antes de verse forzados a hacerlo. Debe existir la actitud desinteresada que mostró Moisés en otra ocasión cuando dijo: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta” (Nm. 11:29).

23 de OCTUBRE

“ No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:13b-14).

Cuando el Señor Jesús dijo que el Espíritu Santo no hablaría por Su propia cuenta, no dio a entender que el Espíritu nunca haría alguna referencia a Sí mismo. Más bien, la idea es que el Espíritu no hablaría por su propia autoridad o independientemente de Dios el Padre. Esto se confirma con las palabras que

siguen: "...sino que hablará todo lo que oyere".

Pero habiendo dicho esto, debemos añadir que normalmente el Espíritu Santo no habla acerca de Sí mismo. Uno de Sus ministerios característicos es glorificar a Cristo. El Señor dijo: "Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber".

Esto significa que cuando oímos algún ministerio que exalta al Señor Jesucristo, podemos estar seguros de que es inspirado por el Espíritu. Por otra parte, cuando escuchamos mensajes que glorifican al orador en vez de al Señor, podemos tener la seguridad de que el Espíritu está entristecido. No puede al mismo tiempo testificar de la grandeza del Señor Jesús y de la grandeza del predicador.

"La enseñanza más espiritual siempre estará caracterizada por una plena y constante presentación de Cristo como el tema principal de tal enseñanza. El Espíritu se ocupa con el glorioso tema de Jesús. Se deleita hablando de Él. Se complace exponiendo Sus atractivos y excelencias. Por eso, cuando un hombre esté ministrando por el poder del Espíritu de Dios, siempre encontraremos que en su ministerio hay más de Cristo que de cualquier otra cosa. Habrá poco espacio en tal ministerio para la lógica humana y el razonamiento... El único objetivo del Espíritu... es siempre mostrar a Cristo" (C. H. Mackintosh).

A este respecto, el mundo evangélico debe reconsiderar su práctica de presentar a los conferenciantes y predicadores mediante extravagantes listas de sus logros académicos y honores teológicos. Es irreal alabar a un hombre hasta los cielos y enseguida esperar que predique en el poder del Espíritu Santo.

Una gran prueba del ministerio escrito es si realmente glorifica al Señor Jesús. Recuerdo haber leído un libro sobre la Persona y obra del Espíritu Santo. Primero me pareció extraño que el autor empleara más tiempo hablando de las excelencias morales de Cristo que del Espíritu Santo. Enseguida observé que éste presentaba una verdadera descripción de la Persona y obra del Espíritu.

Jim Elliot escribió en su diario: "Si los hombres fueran llenos con el Espíritu, no escribirían libros sobre ese tema, sino sobre la Persona a quien el Espíritu ha venido a revelar. Ocuparse de Cristo es el objeto de Dios, no la plenitud del Espíritu".

24 de OCTUBRE

"Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego" (Apocalipsis 20:15).

El tema del infierno genera una enorme resistencia en el corazón humano. Esta resistencia se expresa muy a menudo en la pregunta: "¿Cómo puede un Dios de amor haber creado un infierno eterno?"

Si Pablo contestara esta pregunta probablemente diría: "¿Quién eres

tú para que alterques con Dios?” o “Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso”. Lo cual quiere decir: la criatura en realidad no tiene derecho para cuestionar al Creador. Si Dios ha creado un infierno eterno, tiene razones válidas de sobra para haberlo hecho así. No tenemos derecho a dudar de Su amor o Su justicia. Aun así, se nos ha dado suficiente información en la Escritura para vindicar a Dios en este asunto.

En primer lugar, sabemos que Dios no hizo el infierno para el hombre, sino para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41).

También sabemos que no es el deseo de Dios que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 P. 3:9). Cuando una persona va al infierno, causa una gran pena al corazón del Señor.

Es el pecado del hombre lo que causa el problema. La santidad, justicia y rectitud de Dios demandan que el pecado sea castigado. El decreto divino es: “El alma que pecare, ésa morirá” (Ez. 18:4). Dios no es arbitrario. Es la única actitud que un Ser Santo puede adoptar hacia el pecado.

Dios pudo haber dejado así este asunto. El hombre pecó, por lo tanto, que muera.

Pero el amor de Dios intervino. Para que el hombre no pereciera eternamente, fue al extremo para proveer un camino de salvación. Envio a su Hijo único a morir como Sustituto en lugar del hombre pecador, pagando el castigo a su favor. Fue una gracia maravillosa de parte del Salvador el llevar los pecados del hombre en Su cuerpo sobre la Cruz.

Ahora Dios ofrece vida eterna como un don gratuito a todos los que se arrepienten de sus pecados y creen en el Señor Jesucristo. No salvará a los hombres contra su voluntad; deben escoger el camino de la vida.

Dios ha hecho todo lo necesario y mucho más de lo que podría esperarse. Si los hombres rehusan Su libre oferta de misericordia, no hay alternativa. El infierno es la elección deliberada de aquellos que se niegan a ir al cielo.

Acusar a Dios de haber creado un infierno eterno es completamente injusto. Pasa por alto el hecho de que Él despojó al cielo de lo Mejor que había en él para que lo peor de la tierra jamás conociera las agonías del lago de fuego.
25 de OCTUBRE

“Y amigo hay más unido que un hermano” (Proverbios 18:24b).

La amistad de Jesús es un tema que evoca una cálida respuesta en los corazones de Su pueblo en todo lugar. Cuando estaba en la tierra, fue ridiculizado como “amigo de publicanos y de pecadores” (Mt. 11:19), pero los cristianos han tomado la burla y la han convertido en un título honorífico.

Antes de ir a la cruz nuestro Señor llamó “amigos” a Sus discípulos:

“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Jn. 15:14-15).

Éste es el tema de algunos de nuestros himnos más amados; por ejemplo: “Oh qué amigo nos es Cristo”, “No hay un amigo como el humilde Jesús”, y “He encontrado un amigo, oh, qué amigo”.

¿Por qué la amistad de Jesús toca una fibra tan sensible? Creo que la razón principal está en que muchas personas se sienten solas. Aunque están rodeados de otras personas, no están rodeados de amigos. Pueden estar también aislados considerablemente de los demás. Éste es reiteradamente el caso con los ancianos que han sobrevivido a sus contemporáneos.

La soledad es cruel. Es dañina para la salud física, mental y emocional. Corroe el estado de ánimo, pone los nervios de punta y hace sentirse cansado de la vida. Con mucha frecuencia empuja a la gente a la desesperación y les induce a pecar o les lleva a cometer locuras. Para estas personas la amistad de Jesús llega con las propiedades sanadoras del bálsamo de Galaad.

Otra razón por la que se aprecia tanto Su amistad es porque ésta nunca falla. Los amigos humanos a menudo nos deprimen o desaparecen de nuestra vida, pero este Amigo ha demostrado ser inquebrantable y verdadero. “Los amigos terrenales fallan y nos dejan / Un día nos apaciguan, al siguiente nos afligen / Pero amigos como Éste, nunca nos defraudan / ¡Oh, cómo ama Jesús!”

El Señor Jesús es el Amigo más unido que un hermano. Es el Amigo que ama en todo tiempo (Pr. 17:17).

El hecho de que el Señor Jesús no está corporalmente presente con nosotros, no restringe la realidad de Su amistad. Él nos habla por medio de la Palabra y nosotros le hablamos en la oración. Es de esta manera que se hace real a nosotros como el Amigo que necesitamos. Es así que contesta la oración:

“Señor Jesús, sé para mí la más viva y brillante realidad;
Aún más presente a la vista de la fe que cualquier cosa terrenal;
Aún más querida y más cercana que el más estrecho lazo de amistad”.

26 de OCTUBRE

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11).

Pedro recuerda a sus lectores que son extranjeros y peregrinos, una advertencia que nunca fue tan necesaria como hoy. Los peregrinos son

personas que viajan de un país a otro. El país por el que pasan no es el suyo propio; son extranjeros en medio de él. Su tierra natal es el país a donde van.

El sello del peregrino es una tienda. Por eso, cuando leemos que Abraham habitó en tiendas con Isaac y Jacob, debemos entender que consideraba a Canaán como una tierra extraña (aun cuando le había sido prometida). Vivió en una morada temporal porque: “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10). El peregrino no es un colonizador, sino un hombre que va de camino.

Porque su viaje es largo, no debe llevar mucho. No se sobrecarga con muchas posesiones materiales. No puede darse el lujo de llevar equipaje innecesario. Debe deshacerse de cualquier cosa que impida su movilidad.

Otra característica del peregrino es que es diferente de la gente que le rodea en donde vive. No se conforma a su estilo de vida, sus hábitos ni a su cultura. En el caso del peregrino cristiano, éste tiene en cuenta la amonestación de Pedro de abstenerse de los “deseos carnales que batallan contra el alma”. No permite que su carácter sea moldeado por el medio ambiente. Está en el mundo pero no pertenece a él. Cruza por un país extraño sin adoptar sus costumbres y valores.

Si el peregrino pasa por un territorio hostil, es cuidadoso de no fraternizar con el enemigo. Eso constituiría una deslealtad a su Señor. Sería un traidor a la causa.

El peregrino cristiano está atravesando territorio enemigo. Todo lo que este mundo le dio a nuestro Señor fue una cruz y una tumba. Ofrecer amistad a un mundo así es traicionar al Señor Jesús. La cruz de Cristo ha roto los lazos que nos unían al mundo. No codiciamos la alabanza del mundo ni tememos su censura o condenación.

El peregrino se sostiene en su viaje al saber que la marcha de cada día le acerca más a su hogar. Sabe que una vez llegue a su destino, rápidamente olvidará todas las penas y peligros que padeció por el camino.

27 de OCTUBRE

“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Al leer un versículo como éste es de mayor importancia saber qué significa, y qué no significa. De otro modo nos encontraríamos adoptando posiciones grotescas que fuerzan al resto de la Escritura y a los hechos de la vida.

La clave del versículo se encuentra en las palabras “en Cristo Jesús”. Éstas describen nuestra posición, es decir, lo que somos a los ojos de Dios. No se refieren a la práctica de cada día, esto es, a lo que somos en nosotros mismos o en la sociedad en la que vivimos.

Lo que este versículo dice, es que en lo que se refiere a la posición ante Dios, no hay judío ni griego. Tanto el creyente judío como el creyente gentil están en Cristo Jesús, y por consiguiente ambos están ante Dios en una posición de favor absoluto. Ninguno de los dos tiene alguna ventaja sobre el otro. Esto no significa que se han abolido las diferencias físicas o las distinciones de personalidad.

En Cristo Jesús no hay esclavo ni libre. El esclavo encuentra la misma aceptación que el libre por medio de la Persona y obra de Cristo, sin embargo, en la vida diaria persisten las distinciones sociales. No hay varón ni mujer en Cristo Jesús. Una mujer creyente está completa en Cristo: ha sido aceptada en el Amado, justificada gratuitamente, al igual que el varón creyente, y tiene la misma libertad de acceso a la presencia de Dios.

Pero el versículo no se refiere a la vida cotidiana. Permanece la distinción sexual: varón y hembra. Los papeles resultantes permanecen: padre y madre. Continúan la posición de autoridad asignada divinamente y la sujeción a esa autoridad: al hombre le es dado el lugar de dirección y a la mujer el de sujeción a la autoridad del hombre. El Nuevo Testamento establece en la iglesia una diferencia en los ministerios del hombre y la mujer (1 Ti. 2:8, 12; 1 Co. 14:34-35). Aquellos que argumentan que en la iglesia no debe haber ni varón ni mujer, se ven forzados a torcer estas Escrituras, achacando al apóstol Pablo motivos indignos o aun cuestionando la inspiración de sus palabras en estos pasajes.

Lo que debemos entender es que mientras las diferencias raciales, sociales y sexuales son abolidas en lo que se refiere a la posición ante Dios, no son abolidas en la vida diaria. Debemos entender también que estas diferencias no tienen nada que ver con algún concepto de inferioridad. El gentil, el esclavo y la mujer no son inferiores al judío, al libre o al varón. En muchas maneras pueden ser superiores. En vez de intentar modificar el orden de Dios en la creación y en la providencia, debemos aceptarlo y regocijarnos en ello.

28 de OCTUBRE

“Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza” (Proverbios 11:24).

El Espíritu Santo nos revela aquí un delicioso secreto. Es opuesto a todo lo que esperaríamos, pero invariablemente cierto. El secreto es éste: Cuanto más das, más tienes; cuanto más atesoras, menos tienes. La generosidad hace que tus

bienes se multipliquen. La tacañería engendra pobreza. “Lo que di, tengo; lo que gasté, tuve; lo que guardé, perdí”.

Esto no significa que cosechas la misma cantidad que siembras, ni que el mayordomo fiel vendrá a ser rico materialmente. Puede sembrar pesetas y cosechar algo mejor: almas. Puede sembrar bondad y recoger amigos, sembrar compasión y cosechar amor.

Significa que una persona generosa cosecha recompensas que otros no pueden. Al abrir su correo y descubrir que la ofrenda que envió suplió una necesidad crítica en el momento oportuno y en la cantidad exacta. Se regocija al ver que el libro que le compró a un joven creyente fue utilizado por Dios para cambiar toda la dirección de su vida. Se entiende que una bondad que mostró en el Nombre de Jesús fue un eslabón en la cadena de la salvación de esa persona. Es sobremanera feliz. Su gozo no conoce límites. Nunca cambiaría su lugar con aquellos que parecen tener más que él.

El otro lado de la verdad es que atesorar conduce a la pobreza. No hay placer en el dinero guardado en el banco. Puede engañarnos con un falso sentido de seguridad, pero no puede proveer un disfrute verdadero y perdurable. Cualquier precario interés que el dinero puede ganar es como calderilla comparado con la emoción de ver el dinero usado para la gloria de Cristo y la bendición que éste trae a nuestro prójimo. El hombre que retiene más de lo que es necesario puede tener una enorme cuenta bancaria, pero, sólo una pequeña cuenta de gozo en esta vida y una todavía más pequeña en el banco del cielo.

El versículo de hoy tiene no solamente el propósito de mostrar un principio divino, sino también de lanzar un desafío divino. El Señor nos está diciendo: “Pruébalo por ti mismo. Pon a mi disposición tus panes y tus peces. Yo sé que los traías para almorzar, pero si los pones en mis manos, habrá en abundancia para el tuyo y para el de otros miles. Te sentirías incómodo almorzando mientras que los de tu alrededor están sentados solamente viéndote comer. Pero piensa en la satisfacción de saber que utilicé tu almuerzo para alimentar a una multitud”.

Perdemos lo que en nosotros gastamos, Mas como tesoro sin fin tenemos,
Todo lo que a Ti, Señor, prestamos, Quien todo lo diste.

Charles Wordsworth

29 de OCTUBRE

“Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17).

En círculos médicos sería inconcebible tener la medicina para el

cáncer y no compartirla con los enfermos cancerosos que hay en todo el mundo. Retener la medicina sería mostrar una cruel e inhumana falta de compasión.

El apóstol Juan pinta un cuadro paralelo en el ámbito espiritual. Supongamos que hay un hombre, un creyente profesante que ha acumulado una buena cantidad de riqueza y vive en lujo y comodidad. Todo a su alrededor es un mundo de enorme necesidad física y espiritual. Hay millones por todo el mundo que nunca han oído el evangelio y viven en oscuridad, superstición y desesperación. Muchos de ellos sufren los estragos del hambre, la guerra y el desastre natural. Pero este hombre se olvida de toda esta necesidad. Es capaz de borrar de su mente los gemidos de una humanidad que sufre y solloza. Podría ayudar si quisiera, pero prefiere guardarse su dinero.

En este punto Juan deja caer la bomba. Pregunta: “¿Cómo mora el amor de Dios en él?” La pregunta implica, ciertamente, que el amor de Dios no mora en él. Y si el amor de Dios no mora en él, existe una razón válida para dudar que se trate de un verdadero creyente.

Esto es muy grave. La iglesia en nuestros días exalta al rico, le coloca en el consejo de ancianos y le pone como ejemplo a los visitantes. El sentimiento carnal prevalece: “Es bonito ver cristianos ricos”. Pero Juan pregunta: “Si es un cristiano verdadero, ¿cómo puede aferrarse a esa riqueza desmedida cuando tantos carecen de pan?”

Me parece que este versículo nos obliga a tomar una de dos opciones de acción. Por una parte podemos rechazar el sencillo sentido de las palabras de Juan, ahogar la voz de la conciencia y condenar al hombre que se atreve a predicar este mensaje. O bien podemos recibir la Palabra con mansedumbre, emplear nuestra riqueza para hacer frente a la necesidad del hermano y tener una conciencia limpia de ofensa para con Dios y el hombre. El creyente que está satisfecho con un estilo modesto de vida y, destinando todo lo que está más allá de esto a la obra del Señor, puede vivir en paz con Dios y con su hermano necesitado.

30 de OCTUBRE

“No tengo yo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).

El apóstol Juan no ignoraba el gozo que experimenta el ganador de almas. Guiar a un pecador al Señor Jesús trae consigo una tremenda alegría espiritual. Pero para Juan, un gozo mayor, de hecho, el gozo más grande, era ver a sus hijos en la fe avanzando con firmeza en el Señor.

El Dr. M. R. DeHaan escribió: “Hubo un tiempo en mi ministerio en el que decía con frecuencia: ‘El gozo más grande de un cristiano es llevar un alma a Cristo’. Con el paso de los años, cambié de parecer... Muchos de los que me regocijé cuando hicieron sus profesiones de fe, pronto cayeron junto al camino y nuestro gozo se convirtió en pena y dolor. Pero regresar a un lugar después de algunos años y encontrar convertidos que crecen en la gracia y caminan en la verdad, éste es el mayor gozo”.

Cuando se le preguntó a Leroy Eims qué cosa causaba más gozo en la vida, dijo: “Cuando la persona que has guiado a Cristo crece y se desarrolla hasta convertirse en un discípulo dedicado, fructífero y maduro que más tarde guía a otros a Cristo y les ayuda a su vez”.

No nos sorprende que esto sea lo que ocasiona el gozo más grande. Lo espiritual tiene su paralelo con lo natural. Hay un gran gozo cuando un bebé nace, pero siempre está la pregunta persistente: “¿Cómo llegará a ser?” ¡Cuánto se agradan los padres cuando el niño crece, madura y llega a ser un hombre de carácter y obras excelentes! Leemos en Proverbios 23:15-16, “Hijo mío, si tu corazón fuere sabio, también a mí se me alegrará el corazón; mis entrañas también se alegrarán cuando tus labios hablaben cosas rectas”.

Una lección práctica que surge de todo esto es que no debemos estar satisfechos con métodos superficiales de evangelización y discipulado, que dan resultados rápidos en una campaña pero cuyo fruto no permanece. Si deseamos hijos espirituales que caminen en la verdad, debemos estar preparados para darles nuestra vida, un costoso proceso que implica oración, instrucción, estímulo, consejo y corrección.

31 de OCTUBRE

“El hijo sabio alegra al padre, pero el hijo necio es tristeza de su madre” (Proverbios 10:1).

¿Qué es lo que determina que un hijo sea sabio o necio? ¿Cuáles son los factores que determinan si llegará a ser un Juan o un Judas?

La educación de los padres es sin duda alguna una importante consideración. Esto incluye enseñar minuciosamente los conocimientos básicos de las Sagradas Escrituras. No podemos valorar demasiado la influencia santificadora de la Palabra.

Esto incluye un hogar fortalecido por la oración. La madre de un destacado predicador evangélico atribuía su preservación del mal moral y doctrinal al hecho de que ella “desgastó sus rodillas orando por él”.

Denota el uso de una disciplina firme y consistente, para que el hijo aprenda a obedecer y someterse a la autoridad. Escuchamos airadas protestas en nuestros días contra la disciplina estricta, pero más vidas han naufragado por la tolerancia que por el uso de la vara (Pr. 13:24; 23:13,14).

Esto significa darle al niño la seguridad de saber que es amado. La disciplina debe administrarse como un acto de amor, y no del malhumor ni para desahogarse.

Significa que los padres deben ser un ejemplo vivo de lo que profesan, no sólo en las reuniones, sino en la vida cotidiana en el hogar. La hipocresía en la religión ha demostrado ser una piedra de tropiezo para muchos hijos de creyentes.

Pero también la voluntad del niño está implicada. Cuando deja el hogar es libre para tomar sus propias decisiones. Con frecuencia hijos criados en la misma casa bajo las mismas condiciones llegan a ser diferentes.

Hay que afrontar dos hechos de la vida. Uno es que muchos quieren paladear al mundo por sí mismos. El otro es que la mayoría prefiere aprender a base de golpes, a través de la vergüenza y la desgracia, en vez de hacerlo por medio del consejo sabio.

Los padres sabios no fuerzan ni manipulan a sus hijos para que hagan una profesión de fe. Si los hijos quieren rendirse al Señor hay que ayudarlos, pero si son presionados, ocurrirá que volverán atrás al pasar el tiempo, y será más difícil ganarlos para Cristo. Si los padres cristianos han hecho todo lo posible para criar a un hijo en la disciplina y amonestación del Señor, y más tarde éste naufraga, ¿qué diremos entonces? Deberán recordar que el último capítulo no se ha escrito todavía, y que no hay caso demasiado difícil para el Señor. Orando continuamente y manteniendo abiertos los canales de comunicación muchos han vivido para ver a su hijo o hija pródigos regresar. En otros casos, las oraciones de los padres han sido contestadas después de que ellos han partido con el Señor.

1 de NOVIEMBRE

“Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno” (Eclesiastés 11:6).

Nuestra ignorancia en cuanto a cómo y cuándo Dios utilizará

nuestro servicio debe instarnos a ser incansables aprovechando todas las oportunidades. El Señor obra a menudo cuando menos lo esperamos y en un número infinito de maneras originales.

Un soldado cristiano, haciendo la mili en una base aérea naval, estaba cerca de la esquina de un edificio testificando a un amigo. Un tercer soldado, que no estaba a la vista a la vuelta de la esquina, que escuchó el evangelio, fue convencido de sus pecados y se convirtió de verdad. El compañero a quien se dirigió el mensaje directamente no respondió.

Un predicador que estaba comprobando la acústica de un nuevo auditorio, hizo resonar las palabras de Juan 1:29, “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Al parecer nadie estaba escuchando. Una vez más pronunció las palabras eternas de Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. El piso principal estaba vacío, pero un obrero en la primera planta fue impactado por el mensaje y acudió al Cordero de Dios buscando perdón y una nueva vida.

Un maestro bíblico estadounidense le hablaba a un joven turista del mismo país, en una estación de trenes en París (Eran ambos de la misma ciudad en los EE.UU.). El joven se irritó cuando fue confrontado y dijo: “¿Piensas que vas a salvarme en una estación de trenes en París?” El maestro bíblico replicó: “No, no puedo salvarte. Pero nada ocurre por casualidad en la vida. No fue por accidente que nos encontramos aquí. Creo que Dios te está hablando y que es mejor que lo escuches”. En los días que siguieron, un cristiano llevó al joven viajero a Viena mientras le testificaba por el camino. Vuelto a los Estados Unidos, ese mismo creyente invitó al joven a un rancho en Colorado. El último día de su estancia en el rancho, se encontraba solo en la piscina. Muy pronto otro invitado se acercó y le habló tranquilamente acerca del Señor y tuvo el gran gozo de guiarle al Salvador. Años más tarde, el maestro bíblico estadounidense fue presentado a un ardiente joven discípulo al final de una reunión. El nombre le era vagamente conocido. Entonces recordó. Se trataba de aquel turista a quien había hablado en una estación de trenes en París.

La moraleja, sin duda, es que debemos ser diligentes para Cristo por la mañana y por la tarde, a tiempo y fuera de tiempo. Nunca sabemos qué golpe romperá el granito o qué palabra será aquella que dé la vida.

2 de NOVIEMBRE

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58).

No es raro que una persona se desanime en el servicio del Señor e

intente dejarlo. Supongo que la mayoría de nosotros hemos enfrentado esa tentación una u otra vez. Por consiguiente, con la lectura de hoy me gustaría hablar de cuatro pasajes que han sido un tremendo estímulo para mí y que me han guardado de abandonar el servicio. El primero es Isaías 49:4, “Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios”. Hay momentos, afortunadamente pocos, cuando los años de servicio

para el Señor parecen evaporarse en nada. Todo nuestro trabajo parece haber sido un esfuerzo desperdiciado. Por lo que se ve se trata de otro caso de pérdida de una labor hecha en amor. ¡Pero no es así! Nuestro versículo nos asegura que la justicia de Dios nos recompensará regiamente. Nada de lo que se hace para Él jamás es en vano.

El segundo pasaje es Isaías 55:10-11, “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”. Aquellos que están entregados a distribuir la Palabra viva de Dios tienen el éxito asegurado. Los resultados están garantizados. Su Palabra es irresistible. Así como los ejércitos del mundo son impotentes para impedir que caiga la lluvia y la nieve, del mismo modo todas las huestes de demonios y hombres son incapaces de impedir que la Palabra avance y revolucione vidas humanas. Estamos del lado de los ganadores.

Hay un extraordinario estímulo en Mateo 10:40, “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió”. ¿Has sido desairado alguna vez a causa de tu testimonio cristiano? ¿Se han apartado de ti? ¿Se han burlado de ti? ¿Te han insultado o alguien te ha cerrado la puerta en las narices? Bien, no lo tomes como algo personal. Al rechazarte, en realidad la gente está rechazando al Salvador. La manera en que la gente te trata es el modo en el que tratan al Señor. ¡Qué maravilloso es estar vinculado tan estrechamente con el Hijo de Dios!

El último versículo es 1 Corintios 15:58 (ya citado antes). Pablo ha estado exponiendo la verdad de la resurrección. Si esta vida fuera todo cuanto hay, entonces nuestra labor sería en vano. Sin embargo, más allá de la tumba está la gloria eterna. Todo lo que se hace en el Nombre del Señor será recompensado entonces. Ningún servicio de amor habrá sido infructuoso o inútil.

El servicio cristiano es el más glorioso de todos los llamados. Nunca habrá una razón válida para abandonarlo. Los estímulos y el ánimo que ofrece la Palabra de Dios son suficientes para guardarnos de volvernos atrás.

3 de NOVIEMBRE

“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19).

Aun en los días de los apóstoles, había mucha confusión en el mundo

religioso. Por ejemplo, había dos hombres enseñando la extraña doctrina de que la resurrección de los creyentes ya se había efectuado. Para nosotros esta idea es una locura. Pero resultaba ser tan grave como para hundir la fe de algunos. La pregunta surge naturalmente: “¿Eran estos dos hombres cristianos genuinos?”

Con frecuencia afrontamos la misma pregunta hoy. Hay un comentarista prominente que niega el Nacimiento Virginal. Un profesor de seminario enseña que la Biblia contiene errores. Un misionero predica el evangelio con mucho fervor, pero después enseña que se puede perder la salvación. Un estudiante universitario dice haber sido salvado por gracia por medio de la fe, y sin embargo se aferra a guardar el sábado como algo esencial para la salvación. Un hombre de negocios habla de una experiencia de conversión, sin embargo permanece en una iglesia que venera ídolos, que enseña la salvación por medio de los sacramentos y pretende que su líder es infalible en materia de fe y moral. ¿Son éstos, cristianos verdaderos?

Hablando con franqueza, hay casos donde nos es difícil saber con precisión si una persona es realmente un verdadero creyente o no. Entre lo verdadero y lo falso, lo blanco y lo negro, a veces nos aparecen las medias tintas. No podemos estar seguros en esta área. Solamente Dios lo sabe.

Lo que es seguro en un mundo de incertidumbre es el fundamento de Dios. Todo lo que Él construye es firme y sólido. Su fundamento lleva un sello y sobre éste hay dos inscripciones. Una presenta el lado divino y la otra el humano. La primera es declarativa y la segunda imperativa.

El lado divino consiste en que el Señor conoce a los que son Suyos. Conoce a aquellos que le pertenecen genuinamente aunque sus hechos no sean siempre como debieran ser. Por otra parte, es consciente de todo fingimiento e hipocresía de los que tienen una apariencia externa pero no una realidad interna. Tal vez nosotros no podemos distinguir a la oveja de la cabra, pero Él puede y lo hace.

El lado humano es que todo aquel que invoca el Nombre de Cristo debe apartarse de iniquidad. Así es como una persona puede demostrar la realidad de su profesión. Cualquiera que continúa en el pecado pierde credibilidad en lo que respecta a su pretensión de ser cristiano.

Éste es, entonces, nuestro recurso cuando encontramos difícil distinguir entre el trigo y la cizaña. El Señor conoce a los que son Suyos. Todos los que dicen serlo deben demostrarlo a los demás por medio de la separación del pecado.

4 de NOVIEMBRE

“En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:10).

Hace años casi cada hogar tenía en la sala un gran álbum familiar cubierto de piel y realzado en oro. Una correa de piel con un broche se extendía desde la orilla derecha de la pasta de atrás por encima del lado derecho de la cubierta donde el broche se aseguraba. Las páginas eran de cartón rígido brillante, adornadas con motivos florales y filos dorados. A cada lado de la página había secciones recortadas donde se insertaban las fotografías. Cuando los visitantes echaban un vistazo al álbum a menudo hacían una observación, como: “Jorge se parece a su abuelo” o “Magda sin duda tiene el aire de la familia”.

La primera epístola de Juan me recuerda a ese viejo álbum familiar porque describe a aquellos que son miembros de la familia de Dios y que tienen el parecido familiar. Sin embargo, aquí hablamos de parecido espiritual y moral en vez de físico.

Los cristianos verdaderos manifiestan por lo menos ocho características que les dan ese “parecido” espiritual. La primera es que todos ellos dicen lo mismo acerca de Jesús. Confiesan que Él es el Cristo, es decir, el Mesías o Ungido (1 Jn. 4:2; 5:1). Para ellos Jesús y Cristo son una y la misma Persona.

Todo verdadero cristiano ama a Dios (5:2). Aun cuando ese amor pueda ser débil y vacilante, no hay un momento en el que un creyente no pueda mirar el rostro de Dios y decir: “Tú sabes que te amo”. Todos los creyentes aman a los hermanos (2:10; 3:10, 14; 4:7, 12). Este es el sello de todos los que han pasado de muerte a vida. Porque aman a Dios, aman a los que son nacidos de Dios.

Aquellos que aman a Dios guardan especialmente Sus mandamientos (3:24). Su obediencia está motivada no por temor al castigo sino por amor a Él, quien dio todo por ellos.

Los cristianos no practican el pecado (3:6, 9; 5:18). Ciertamente, cometen actos de pecado, pero el pecado no es el poder dominante en sus vidas. No son sin pecado pero pecan menos. Los miembros de la familia de Dios practican la justicia (2:29; 3:7). No es sólo que no pecan habitualmente, eso podría ser negativo y pasivo. Alcanzan a los demás con acciones de justicia: eso es positivo y activo.

La séptima característica de los miembros de la familia de Dios es que no aman al mundo ni lo que está en el mundo (2:15). Se dan cuenta de que el mundo es un sistema que el hombre ha construido en oposición a Dios y que ser amigo del mundo es constituirse en enemigo de Dios.

Finalmente los cristianos vencen al mundo por medio de la fe (5:4). Más allá del engaño de las cosas pasajeras, ven las cosas eternas. Viven para las cosas que no se ven.

5 de NOVIEMBRE

“Manteniendo la fe y buena conciencia” (1 Timoteo 1:19).

La conciencia es un mecanismo de control que Dios ha dado al hombre para aprobar la conducta recta y protestar contra la equivocada. Cuando Adán y Eva pecaron, sus conciencias les condenaron y supieron que estaban desnudos.

Como las demás partes de la naturaleza humana, la conciencia fue afectada con la entrada del pecado, de modo que no siempre es plenamente confiable. La vieja máxima: “Deja que tu conciencia sea tu guía”, no es una regla inalterable, ni mucho menos. Sin embargo, aun en los más depravados, la conciencia todavía destella sus señales rojo y verde.

En el momento de la conversión la conciencia de una persona es purificada de obras muertas por la sangre de Cristo (He. 9:14). Esto significa que ya no depende de sus propias obras para conseguir una posición favorable ante Dios. Su corazón está purificado de mala conciencia (He. 10:22), porque sabe que la cuestión del pecado ha sido resuelta de una vez por todas por la obra de Cristo. La conciencia no le condena nunca más en lo que respecta a la culpa y condenación del pecado.

De ahí en adelante el creyente desea conservar una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres (Hch. 24:16). Anhela tener una buena conciencia (1 Ti. 1:5, 19; He. 13:18; 1 P. 3:16) y una limpia conciencia (1 Ti. 3:9).

La conciencia del creyente necesita ser educada por el Espíritu de Dios a través de la Palabra de Dios. De este modo, desarrolla una sensibilidad creciente hacia áreas cuestionables de la conducta cristiana.

Los creyentes que son excesivamente escrupulosos sobre asuntos que no son ni buenos ni malos en sí mismos, tienen una conciencia débil. Pecan si hacen algo que sus conciencias les reprochan (Ro. 14:23) y contaminan su conciencia (1 Co. 8:7).

La conciencia se parece a una goma elástica. Cuanto más se estira, más elasticidad pierde. La conciencia también se puede ahogar. Un hombre puede justificar tanto su mala conducta, hasta el punto de que la conciencia dice lo que él quiere que diga.

Los incrédulos pueden tener una conciencia cauterizada (1 Ti. 4:2), como si estuviera quemada por un hierro al rojo vivo. Por el rechazo continuo de la voz de la conciencia, finalmente llegan al punto donde ya no les duele pecar (Ef. 4:19).

Dios hace responsable al hombre por lo que hace con su conciencia. No se puede abusar con impunidad de ninguna facultad dada por Dios.

6 de NOVIEMBRE

“Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion

cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán” (Isaías 51:11).

En este escenario, la profecía de Isaías esperaba el retorno gozoso del pueblo escogido de Dios de su cautividad en Babilonia, la cual duró setenta años.

También puede referirse a la todavía futura restauración de Israel cuando el Mesías los reúna de todas partes del mundo en la tierra que les prometió. Aquél también será un tiempo de gran júbilo.

Pero en un sentido más amplio, podemos aplicar el versículo al raptó de la Iglesia. Despertada por la voz de mando del Señor, voz de arcángel y trompeta de Dios, los cuerpos de los redimidos de todas las épocas se levantarán de la tumba. Los creyentes vivos entonces, transformados en un abrir y cerrar de ojos se unirán a la multitud al ascender para encontrar al Señor en el aire. Es entonces cuando comienza el gran cortejo a la casa del Padre.

Es muy probable que toda la ruta esté flanqueada por huestes angelicales. Al frente de la procesión irá el Redentor mismo, resplandeciendo con Su gloriosa victoria sobre la muerte y la tumba. Enseguida seguirán las multitudes redimidas, de cada tribu, lengua, pueblo y nación. Diez mil veces diez mil y miles de veces, cantarán con toda perfección musical: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

Cada uno de la multitud es un trofeo de la maravillosa gracia de Dios. Cada uno fue redimido del pecado y la vergüenza, y hecho una nueva criatura en Cristo Jesús. Algunos pasaron por profundos sufrimientos a causa de su fe, otros pusieron su vida por el Salvador. Mas ahora todas las cicatrices y mutilaciones no existen ya, y los santos tienen cuerpos inmortales glorificados.

Abraham y Moisés están allí, así como David y Salomón. Ahí están los amados Pedro, Santiago, Juan y Pablo así como Martín Lutero, Juan Wesley, Juan Knox y Juan Calvino. Pero ahora éstos no son más dignos de atención que los escondidos de Dios, desconocidos en la tierra pero bien conocidos en el cielo.

Ahora los santos marchan al palacio del rey. Las penas y el gemido se han ido para siempre y hay gozo perpetuo sobre sus cabezas. La fe se ha convertido en vista y la esperanza recibe su largamente esperada consumación. Los amados se saludan uno a otro con fervientes abrazos. Prevalece una desbordante alegría. Cada uno se asombra de la gracia maravillosa que les ha llevado desde las profundidades del pecado hasta estas alturas de gloria.

7 de NOVIEMBRE

“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el

Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de tí” (Marcos 5:19).

En el momento cuando nos convertimos, pensamos que es tan simple y maravilloso que cuando se lo contemos a todos nuestros parientes, desearán entregarse al Salvador. En vez de esto, en algunos casos encontramos que están resentidos, celosos y hostiles. Actúan como si hubieran sido traicionados. Encontrándonos en esta atmósfera, a menudo

respondemos de tal manera que somos un estorbo para que crean en Cristo. Algunas veces les devolvemos el golpe para luego volvernos distantes, melancólicos e introvertidos. Los criticamos por su estilo de vida no cristiano, olvidando que no tienen el poder divino necesario para hacer frente a las normas cristianas. Es fácil bajo tales circunstancias dar la impresión de que nos consideramos superiores a ellos. Ya que es probable que nos acusen de una actitud de “soy más santo que tú”, debemos evitar cuidadosamente darles algún motivo para que piensen así.

Otro error que a menudo cometemos es hacerles tragar por la fuerza el evangelio. En nuestro amor por ellos y celo por sus almas, empleamos un modo ofensivo de evangelización que provoca su alejamiento de nosotros.

Una cosa lleva a la otra. No mostramos sumisión amorosa a nuestros padres porque no entendemos que nuestra fe cristiana no nos libera de la obligación de obedecerles. Después nos ausentamos con más frecuencia del hogar pasando el tiempo en los cultos de la iglesia y con otros cristianos. Esto a su vez aumenta su resentimiento contra la iglesia y los cristianos. Cuando Jesús sanó al poseído por los demonios, le dijo que volviera a su hogar y contara a sus amigos cuán grandes cosas había hecho el Señor por él. Lo primero que debemos hacer es dar un testimonio sencillo, humilde y amoroso de nuestra conversión.

Esto debe ir acompañado por el testimonio de una vida cambiada. Nuestra luz debe brillar delante de ellos para que puedan ver nuestras obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo (Mt. 5:16).

Eso nos llevará a mostrar a nuestros padres una nueva sumisión, amor, respeto y honra, tomando en cuenta sus consejos a menos que éstos contradigan la Escritura. Debemos ser más aplicados en el hogar de lo que fuimos antes, limpiando nuestra habitación, fregando platos, sacando la basura, y todo sin que nos lo pidan.

Esto significará aceptar las críticas con paciencia sin tomar represalias. Quedarán agradablemente sorprendidos por nuestro espíritu quebrantado, especialmente si no lo han visto antes. Con pequeñas muestras de bondad podemos romper la oposición: cartas de agradecimiento, llamadas telefónicas y regalos. En vez de aislarnos de nuestros padres, debemos pasar tiempo con ellos en un esfuerzo por fortalecer las relaciones. Entonces se sentirán más inclinados a aceptar una invitación para asistir a una reunión de la iglesia con nosotros, y quizás con tiempo a comprometerse con el Señor Jesucristo.

8 de NOVIEMBRE

“Cada uno en el estado en que fue llamado en él se quede”(1 Corintios

7:20).

Cuando una persona se convierte puede pensar que tiene que romper con todo lo que estaba asociado con su vida anterior. Para corregir esta idea, el apóstol Pablo instituye la regla general que establece que una persona debe permanecer en el estado en que fue llamada al tiempo de su conversión. Consideremos esta regla y veamos lo que significa y lo que no significa.

En su contexto inmediato, el versículo se aplica a una relación matrimonial especial. Se da el caso donde uno de los cónyuges es salvo pero el otro no. ¿Qué debe hacer el creyente? ¿Debe divorciarse de su esposa? No, dice Pablo, debe permanecer en esa relación matrimonial con la esperanza de que su compañera se convierta por medio de su testimonio.

En general, la regla de Pablo, señala que la conversión no requiere la interrupción violenta o el derrumbe contundente de las relaciones y asociaciones sostenidas antes de la salvación que no están prohibidas expresamente por la Escritura. Por ejemplo, un judío no necesita recurrir a la cirugía para borrar la marca física de su trasfondo judío. Tampoco un creyente gentil debe someterse a algún cambio físico, como la circuncisión, para distinguirse de los paganos. Las características o marcas físicas realmente no importan. Lo que Dios desea ver es que obedecemos Sus mandamientos.

Un hombre que es esclavo en el momento de su nuevo nacimiento, no debe rebelarse de su servidumbre atrayendo sobre sí problemas y castigo. Puede ser un buen esclavo y un buen cristiano al mismo tiempo. La posición social y las distinciones de clase no cuentan para Dios. Sin embargo, si un esclavo puede obtener su libertad por medios legítimos, debe hacerlo.

Hasta aquí lo que significa la norma de Pablo. Es evidente que hay excepciones importantes en la regla. Por ejemplo, no significa que un hombre en una ocupación impía debe continuar en ella. Si un hombre, trabaja en un bar de copas o dirige una casa de prostitución o un casino, sabrá por instinto espiritual que tiene que cambiar. Otra excepción a la regla general tiene que ver con las relaciones religiosas. Un creyente no debe continuar en un sistema donde se niega las verdades de la fe cristiana. Debe separarse de cualquiera iglesia que deshonre al Salvador. Esto también se aplicaría a la membresía en un club social donde el Nombre de Cristo se proscriba o es indeseable. El que es leal al Hijo de Dios renuncia a lugares como éste.

Resumiendo, la norma es que el creyente debe permanecer en el estado en que fue llamado a menos que este estado sea pecaminoso y deshonre al Señor. No tiene que romper con relaciones establecidas anteriormente a menos que estén claramente prohibidas por la Palabra de Dios.

9 de NOVIEMBRE

“¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14).

Santiago no dice que el hombre del versículo de hoy tenga fe. El hombre mismo dice que la tiene, pero si realmente tuviera la fe que salva, tendría obras también. Su fe es un asunto de palabras nada más y esa clase de fe no puede salvar a nadie. Las palabras sin obras están muertas.

La salvación no se obtiene por las obras. Tampoco se consigue por la fe más obras. Más bien, es por la clase de fe que resulta en buenas obras.

¿Por qué, entonces, Santiago dice en el versículo 24 que un hombre es justificado por las obras? ¿No hay una clara contradicción con la enseñanza de Pablo, de que somos justificados por la fe? En realidad no hay contradicción. Ambas posiciones son ciertas. El hecho es que hay seis aspectos diferentes de la justificación en el Nuevo Testamento:

Somos justificados por Dios (Ro. 8:33), es Él quien nos considera como justos.

Somos justificados por gracia (Ro. 3:24), Dios nos da la justificación como un don gratuito e inmerecido.

Somos justificados por la fe (Ro. 5:1), recibimos este don por creer en el Señor Jesucristo.

Somos justificados por la sangre (Ro. 5:9), la sangre preciosa de Cristo es el precio que se pagó por nuestra justificación.

Somos justificados por poder (Ro. 4:25), el poder que resucitó a nuestro Señor Jesucristo de los muertos es el que hace posible nuestra justificación.

Somos justificados por las obras (Stg. 2:24), las buenas obras son la evidencia externa para todos de que hemos sido verdaderamente justificados.

No es suficiente testificar que tuvimos una vez una experiencia de conversión. Debemos demostrarla por las buenas obras que inevitablemente siguen al nuevo nacimiento.

La fe es invisible. Es una transacción invisible que ocurre entre el alma y Dios. La gente no puede ver nuestra fe, pero pueden ver las buenas obras que son el fruto de la fe salvadora. Mientras no vean las buenas obras tienen razón en dudar de nuestra fe.

La buena obra de Abraham fue su disposición a matar a su hijo como una ofrenda a Dios (Stg. 2:21). La buena obra de Rahab fue traicionar a su país (Stg. 2:25). La razón por la que fueron “buenas” obras es porque demostraron fe en Jehová. De otro modo habrían sido malas obras, es decir, asesinato y traición.

El cuerpo separado del espíritu está muerto. En esto consiste la muerte, la separación del espíritu del cuerpo. Asimismo la fe sin obras está muerta. No tiene vida, es impotente e inoperante.

Un cuerpo vivo demuestra que un espíritu invisible mora dentro de él. Así las buenas obras son la señal segura de que hay fe salvadora, invisible como es, habitando dentro de la persona.

“Manteniendo el brillo espiritual” (Romanos 12:11 parafraseado por Moffatt).

Una de las leyes que opera en el reino físico es que las cosas tienden a perder ímpetu, relajarse o apagarse. Ésta no es una afirmación científica acerca de la ley, pero nos da la idea general.

Se nos ha dicho, por ejemplo, que el sol arde a una violenta velocidad y que aunque puede continuar así por largo tiempo, su tiempo de vida está declinando.

Los cuerpos se envejecen, mueren y vuelven al polvo. Un péndulo puesto en movimiento por la mano va cada vez más despacio hasta que se detiene. Damos cuerda a un reloj y pronto necesita que se la volvamos a dar. El agua caliente se enfría a temperatura ambiente. Los metales pierden su lustre y se oscurecen. Los colores se destiñen. Nada dura indefinidamente y no existe el movimiento perpetuo. El cambio y la decadencia afectan a todo.

El mundo mismo envejece. Hablando de los cielos y la tierra, la Escritura dice: “Ellos perecerán, más tú (el Hijo de Dios) permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán” (He. 1:11,12).

Desafortunadamente parece haber un principio similar en el reino espiritual. Se cumple en los individuos, iglesias, movimientos e instituciones.

Aun si una persona comienza la vida cristiana brillantemente, siempre está el peligro de que el celo se apague, que el poder amaine y que la visión decaiga. Nos volvemos cansados, indulgentes y fríos.

Podemos afirmar lo mismo de las iglesias. Muchas han comenzado como resultado de un gran movimiento del Espíritu Santo. El fuego continúa ardiendo brillantemente por años, pero luego empieza la decadencia. La iglesia deja su primer amor (Ap. 2:4). La “luna de miel” termina. El fervor evangelístico da lugar a los servicios rutinarios en el bache de la tradición. Se sacrifica la pureza doctrinal por una unidad indigna. Al final sólo queda un edificio vacío, mudo testigo de la gloria que ha partido.

Los movimientos y las instituciones están sujetas a la desintegración. Pueden tener un inmenso alcance evangelístico, pero después se entregan tanto a la obra social que descuidan el Evangelio en su mayor parte. Se da el caso de aquellos que comienzan con el entusiasmo y la espontaneidad del Espíritu, para luego caer en la formalidad y el ritual frío. Necesitamos protegernos de la decadencia espiritual, y experimentar lo que alguien llama un avivamiento continuo. Necesitamos “mantener el brillo espiritual”.

“Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio”
(Proverbios 18:13).

Una paráfrasis de la Biblia presenta así este versículo: “¡Qué vergüenza, sí, que necio! ¡Decidir antes de conocer los hechos!” Esto destaca una importante lección. No se puede hacer una decisión inteligente hasta no tener conocimiento de todos los hechos. Desafortunadamente

muchos cristianos no esperan hasta conocer ambos lados de un asunto. Se forman un juicio prematuro sobre la base de la historia de una de las partes y a menudo ese juicio está totalmente equivocado.

En 1979 Gary Brooks (nombre ficticio) era uno de los diáconos de una iglesia evangélica. Era extremadamente popular. Tenía una personalidad cálida y extrovertida. Cada vez que entraba en una sala llena de gente, parecía iluminarla. Se distinguía por la forma en que servía a los miembros de la iglesia cada vez que necesitaban ayuda. Era siempre atento con los de edad avanzada de la congregación. Su esposa y sus dos hijos también tomaban parte en los asuntos de la iglesia. Los Brooks eran vistos como una familia modelo.

Por lo tanto, fue como si hubiese estallado una bomba, cuando se supo que los ancianos habían disciplinado a Gary destituyéndolo de su trabajo como diácono y pidiéndole que se abstuviera de participar de la Cena del Señor. Sus amigos se reunieron para salir en su defensa y acudieron a otros miembros de la iglesia para oponerse a la decisión de los ancianos. Los ancianos estaban en desventaja, no queriendo hacer público el anuncio de todo lo que sabían. De modo que tuvieron que resignarse a escuchar cómo exaltaban las virtudes de Gary, sabiendo que había otro lado de la historia. Sufrieron improperios y duro trato en el proceso.

¿Qué era lo que sabían los ancianos? Sabían que el matrimonio de Gary estaba a punto de arruinarse porque éste había estado manteniendo relaciones amorosas con su secretaria. Sabían que había malversado fondos de la iglesia para financiar su costoso estilo de vida. Sabían que se dedicaba a prácticas de negocios inmorales y que su testimonio en el mundo de los negocios era negativo. También sabían que les había mentido cuando le confrontaron con la evidencia de su mal proceder.

En vez de someterse a la disciplina de los ancianos, Gary organizó a sus amigos en abierto desafío, aun con el riesgo de dividir a la iglesia. Casualmente unos cuantos de sus seguidores hablaron con uno de los ancianos y llegaron a saber algunos de los tristes hechos. Se sintieron tan avergonzados que cambiaron radicalmente de postura. Los demás continuaron peleando a su favor.

De todo esto surgen tres lecciones para nosotros. Primero, no trates de formar un juicio antes de conocer todos los hechos. Segundo, si no puedes conocer todos los hechos, detén tu juicio. Por último, no permitas que los vínculos de amistad te presionen para defender una injusticia.

“Justo parece el primero que aboga por su causa; pero viene su adversario, y le descubre” (Proverbios 18:17).

La primera parte de este versículo señala una debilidad que nos es común a todos; invariablemente presentamos la evidencia de manera que nosotros quedemos lo mejor posible. Es una tendencia muy natural. Por ejemplo, ocultamos aquello que podría dañarnos y nos concentramos en lo que nos favorece. Nos comparamos con aquellos cuyas debilidades son más obvias. Culpamos de nuestras acciones a los demás y a las acciones que son patentemente erróneas les atribuimos motivos piadosos. Torcemos y distorsionamos los hechos hasta que pierden todo parecido a la realidad. Utilizamos palabras coloreadas de emoción para pintar un cuadro más favorable.

Adán culpó a Eva: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Gn. 3:12). Eva culpó al Diablo: “La serpiente me engañó, y comí” (Gn. 3:13).

Saúl defendió su desobediencia al perdonar las ovejas y los bueyes de los amalecitas adjudicándole un motivo piadoso: “El pueblo tomó del botín... para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios” (1 S. 15:21). Sin duda también sugirió que alguien tenía la culpa, el pueblo y él.

David mintió a Ahimelec para conseguir armas, diciendo: “La orden del rey era apremiante” (1 S. 21:8). En realidad David no estaba en los negocios del rey; estaba huyendo del rey Saúl.

La mujer samaritana ocultó la verdad: “No tengo marido” (Jn. 4:17). En realidad había tenido cinco, y vivía con un hombre con quien no se había casado.

¡Y así sucesivamente! A causa de nuestra naturaleza caída que heredamos de Adán, es difícil ser completamente objetivos al presentar nuestra versión de un asunto. Nuestra tendencia es mostrar nuestro mejor lado a los demás. Somos condescendientes con nuestros propios pecados mientras que los condenaríamos vigorosamente si otro se atreviera a cometerlos.

“Justo parece el primero que aboga por su causa; pero viene su adversario, y le descubre”, es decir, cuando su adversario tiene la oportunidad de testificar, presenta con más precisión los hechos. Expone todos los sutiles intentos de encubrimiento y vindicación propia, contando la historia sin distorsión.

A fin de cuentas Dios nos conoce profundamente; y trae a la luz las cosas escondidas de las tinieblas y revela los pensamientos e intenciones del corazón. Él es luz y no hay ningunas tinieblas en Él. Si queremos andar con Él en franca y sincera comunión, debemos ser honestos y honrados en todo nuestro testimonio, aun si esto resulta en nuestro propio daño.

13 de NOVIEMBRE

“No tenéis lo que deseáis porque no pedís” (Santiago 4:2).

Un versículo como éste suscita una pregunta interesante. Si no tenemos porque no pedimos, ¿qué cosas tan grandes nos estamos perdiendo simplemente porque no oramos por ellas?

Una pregunta semejante surge de Santiago 5:16, “La oración eficaz del justo puede mucho”. Si este justo no ora, ¿no es una consecuencia que sea poco su rendimiento?

El problema de la mayoría de nosotros es que no oramos lo suficiente, o que cuando oramos pedimos poco. Hacemos lo que C. T. Studd llamaba: “Mordisquear en lo posible en lugar de apropiarnos lo imposible”. Nuestras oraciones son tímidas y poco imaginativas cuando podrían ser atrevidas y audaces. Debemos honrar a Dios pidiendo grandes cosas. En las palabras de John Newton:

Te estás acercando a un Rey, tráele grandes peticiones;
Su gracia y poder son tales, que nadie llega a pedir demasiado.

Cuando le hacemos así, no sólo honramos a Dios, sino que también nos enriquecemos espiritualmente. Él desea abrirnos los tesoros del cielo, pero el versículo de hoy sugiere que solamente lo hace en respuesta a la oración.

Me parece que este pasaje responde a una pregunta que escuchamos frecuentemente: ¿la oración en realidad mueve a Dios a hacer aquello que no haría de lo contrario, o solamente nos hace coincidir con lo que haría de cualquier modo? La respuesta parece clara: Dios hace cosas en respuesta a la oración que no haría de otra manera.

Podemos dar rienda suelta a nuestra imaginación en dos sentidos. Primero, podemos pensar en los tremendos logros que se han conseguido como resultado directo de oraciones. Tomando las palabras de Hebreos 11:33-34, recordamos a aquellos que: “conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros”.

Pero también debemos pensar en lo que podríamos haber realizado para Cristo si tan sólo lo hubiéramos pedido. Pensemos en las muchas, preciosas e inmensas promesas de la Palabra que hemos dejado de pedir. Hemos sido débiles cuando pudimos haber sido fuertes. Hemos tocado pocas vidas para Dios cuando pudimos haber tocado miles o aún millones. Hemos pedido unos cuantos metros cuando pudimos haber pedido continentes. Hemos sido pobres espirituales cuando pudimos haber sido plutócratas. No tenemos porque no pedimos.

14 de NOVIEMBRE

“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (Mateo 20:26-27).

Hay dos clases de grandeza en el Nuevo Testamento y nos será de ayuda distinguir las. Hay una grandeza vinculada con la posición que cada uno tiene y otra asociada con el carácter personal.

Al hablar de Juan el Bautista, Jesús dijo que no había profeta más grande que él (Lc. 7:28). El Salvador hablaba aquí de la grandeza de la posición de Juan. Ningún otro profeta tuvo el privilegio de ser el precursor del Mesías. Esto no quiere decir que Juan tuviera mejor carácter que cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento, sino solamente que tuvo el privilegio incomparable de dar a conocer al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Jesús dijo a los discípulos en Juan 14:28, “El Padre mayor es que yo”. ¿Dio a entender que su Padre era más grande personalmente? No, porque todos los miembros de la Deidad son iguales. Lo que quería decir era que el Padre estaba entronizado en la gloria celestial mientras que Él era despreciado y rechazado por los hombres en la tierra. Los discípulos debieron haberse regocijado al saber que Jesús regresaba al Padre porque de este modo tendría la misma posición gloriosa del Padre.

Todos los creyentes disfrutaban de una gran posición a causa de su identificación con el Señor Jesús. Son hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo Jesús.

Pero el Nuevo Testamento habla también de la grandeza personal. Por ejemplo, en Mateo 20:26-27, el Señor dijo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo”. La grandeza a la que aquí se refiere es del carácter personal, demostrada por una vida de servicio a los demás.

A la mayoría de los hombres de este mundo sólo les interesa la grandeza en lo que respecta a su posición. El Señor Jesús se refería a esto cuando dijo: “Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores” (Lc. 22:25). Pero en lo que respecta a su carácter personal, pueden estar totalmente desprovistos de grandeza. Pueden ser adúlteros, desfalcadores o alcohólicos.

El cristiano se da cuenta de que la grandeza posicional sin grandeza de carácter no aprovecha para nada. Lo que cuenta es lo que la persona lleva por dentro. El fruto del Espíritu es más importante que un lugar de honor en la escala corporativa. Es mejor figurar entre los santos que entre las estrellas.

15 de NOVIEMBRE

“...pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante” (Filipenses 3:13b).

Cuando leemos estas palabras, solemos pensar que Pablo estaba hablando de sus pecados pasados. Sabía que éstos habían sido perdonados, que Dios los había echado a Sus espaldas y que jamás los volvería a recordar. Por esta razón Pablo estaba determinado a olvidarlos también y a proseguir a la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

Consideró que ésta es una aplicación válida del versículo. Pero en este pasaje Pablo no está pensando en sus pecado. Más bien habla de las cosas de las que podría jactarse: su linaje, su antigua religión, su celo y justicia legal. Estas cosas ahora ya no significaban nada para él. Estaba determinado a olvidarlas.

Esto me recuerda a John Sung, el devoto evangelista chino que fue a los Estados Unidos para prepararse. Cuando volvía a China, escribe Leslie Lyall: “llegó el día cuando el barco se acercaba al fin de su viaje. John Sung bajó a su camarote y sacó de su equipaje sus diplomas y medallas, y las arrojó al mar, excepto su diploma de doctor que retuvo para satisfacer a su padre. Éste último fue enmarcado y está colgado en su antigua casa. El predicador W. B. Cole lo vio allí en 1938. Cuando el Dr. Sung notó que Cole lo miraba, le comentó: “Cosas como ésta son inútiles. No significan nada para mí”.

“¡Debe haber grandes renunciaciones si queremos que haya grandes carreras cristianas!” Las palabras del Dr. Denney podrían haber sido escritas con el Dr. Sung en mente. Éste es probablemente el secreto más grande de la carrera de John Sung: llegó un día en el que renunció a todo lo que este mundo aprecia tanto”.

“No permitas, Señor, que de nada me ufane
Sino en la Cruz de Cristo mi Dios;
Las cosas que me cautivan vanas son,
Que las tenga por basura para que así te gane”.

Los honores del hombre son cosas transitorias y vacías. Se estiman por un momento y luego se llenan de polvo con el paso de los años. La Cruz es toda nuestra gloria. Hagamos de ella nuestra ambición para agradar a Aquél que murió y resucitó por nosotros. Todo lo que importa es escuchar Su: “¡Bien hecho!” y ser aprobado por Dios. Debemos renunciar a todo lo

demás para ganar este galardón.
16 de NOVIEMBRE

“...los indoctos e inconstantes tuercen... las otras Escrituras para su propia perdición” (2 Pedro 3:16b).

El Dr. P. J. Van Gorder acostumbraba hablar de un letrero, colocado afuera de una carpintería, que decía: “Se hacen toda clase de torceduras y vueltas”. Los carpinteros no son los únicos que sirven para esto; muchos que profesan ser cristianos también tuercen y dan vueltas a las Escrituras cuando les conviene. Algunos, como dice nuestro versículo, tuercen las Escrituras para su propia perdición.

Todos somos expertos para justificar, es decir, excusar nuestra desobediencia pecaminosa ofreciendo elogiosas explicaciones o atribuyendo motivos dignos a nuestro proceder. Intentamos torcer las Escrituras para que se acomoden a nuestra conducta. Damos razones plausibles aunque falsas que den cuenta de nuestras actitudes. Aquí hay algunos ejemplos.

Un cristiano y hombre de negocios sabe que está mal recurrir a los tribunales contra otro creyente (1 Co. 6:1-8). Más tarde, cuando se le pide cuentas por esta acción, dice: “Sí, pero lo que él estaba haciendo estaba mal, y el Señor no quiere que se quede sin castigo”.

Mari tiene la intención de casarse con Carlos aún cuando sabe que él no es creyente. Cuando un amigo cristiano le recuerda que esto está prohibido en 2 Corintios 6:14, ella dice: “Sí, pero el Señor me dijo que me casara con él para que así pueda guiarle a Cristo”.

Sergio y Carmen profesan ser cristianos, sin embargo viven juntos sin estar casados. Cuando un amigo de Sergio le señaló que esto era fornicación y que ningún fornicario heredará el reino de Dios (1 Co. 6:9,10), se picó y replicó: “Eso es lo que tú dices. Estamos profundamente enamorados el uno del otro y a los ojos de Dios estamos casados”. Una familia cristiana vive en lujo y esplendor, a pesar de la amonestación de Pablo de que debemos vivir con sencillez, contentos con tener sustento y abrigo (1 Ti. 6:8). Justifican su estilo de vida con esta respuesta ingeniosa: “Nada hay demasiado bueno para el pueblo de Dios”.

Otro hombre de negocios codicioso, trabaja día y noche para amasar ávidamente toda la riqueza que puede. Su filosofía es: “No hay nada de malo con el dinero. Es el amor al dinero la raíz de todo mal”. Nunca se le ocurre pensar que él podría ser culpable de amar al dinero.

Los hombres intentan interpretar sus pecados mejor que lo que las Escrituras les permiten, y cuando están resueltos a desobedecer la Palabra

y esquivarla como puedan, una excusa es tan buena (o mala) como la otra.
17 de NOVIEMBRE

“Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agrada de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos” (Malaquías 1:8).

Los requisitos de Dios en cuanto a los animales para el sacrificio no dejaban lugar a dudas; debían ser sin mancha o tacha. Él esperaba que Su pueblo le ofreciera los animales más escogidos de sus rebaños. Dios quiere lo mejor.

Pero, ¿qué estaban haciendo los israelitas? Ofrecían animales ciegos, cojos y enfermos. Los animales escogidos tenían un alto precio en el mercado o se apartaban para la crianza. Y así el pueblo estaba ofreciendo lo peor, diciendo: “Oh, Dios comprende, y cualquier cosa es bastante buena para Él”.

Antes de mirar con desprecio a los israelitas debemos sopesar si los cristianos del siglo XX estamos también deshonrando a Dios no dándole lo mejor.

Gastamos la vida amasando una fortuna, tratando de hacernos un nombre, viviendo en una casa elegante en un barrio residencial, disfrutando las mejores cosas, dejándole a Dios, como una miserable propina, las colillas de una vida consumida en las cosas del mundo. Nuestros mejores talentos van a los negocios y a las carreras que tanto queremos, dándole al Señor lo que sobra de nuestras tardes o fines de semana.

Criamos a nuestros hijos para el mundo, animándoles a que tengan las mejores carreras, ganen mucho dinero, se casen bien, compren una casa elegante con todas las comodidades modernas, y por supuesto, que vayan a las reuniones de la iglesia los domingos, cuando puedan. Nunca les presentamos la obra del Señor Jesús como un camino digno de la inversión de sus vidas y tesoros. El campo misionero y la obra pionera en nuestro país está bien para los hijos de los extranjeros, pero no para los nuestros.

Gastamos nuestro dinero en coches caros, artículos de recreo, yates y equipo deportivo de alta calidad, para luego arrojar una miserable moneda para la obra del Señor. Vestimos ropas elegantes y caras, y después nos sentimos satisfechos cuando donamos nuestros desechos al ropero municipal.

Lo que estamos diciendo con los hechos es, en efecto, que cualquier cosa es suficientemente buena para el Señor, pero que deseamos lo mejor para nosotros mismos. Y el Señor nos dice: “Preséntalo al rey o presidente. ¿Acaso se agrada de ti, o le serás acepto?” Sería un insulto para el rey o el presidente. Bien, así es con el Señor. ¿Por qué le tratamos de un modo en el que no osaríamos tratar al rey o al presidente?

Dios desea y merece lo mejor. Resolvamos con toda sinceridad darle lo

mejor.

18 de NOVIEMBRE

“Sed pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”
(Mateo 10:16).

Un elemento importante de la sabiduría práctica es el tacto. El cristiano debe aprender a ser discreto. Esto significa que debe desarrollar una delicada sensibilidad en lo que respecta a qué hacer y decir para evitar ofender y cimentar buenas relaciones. La persona discreta se pone en el lugar del otro y se pregunta: “¿Cómo me gustaría que me lo dijeran o hicieran a mí?” Busca ser diplomático, considerado, bondadoso y perspicaz.

Desafortunadamente la fe cristiana ha tenido en sus filas un número considerable de personas faltas de tacto. Un ejemplo clásico es un peluquero cristiano que trabajaba en un pequeño pueblo del oeste. Un día entró en la peluquería un desafortunado cliente, y pidió que le afeitase. El peluquero lo sentó, le ató al cuello el peinador, e inclinó la silla hacia atrás. En el techo el cliente vio escritas las palabras: “¿Dónde pasarás la eternidad?” El peluquero le enjabonó generosamente la cara; entonces, mientras afilaba la navaja, comenzó su testimonio evangelístico con la pregunta: “¿Está usted preparado para encontrarse con Dios?” El cliente salió disparado de la silla, con el peinador, espuma y todo, y nunca se volvió a oír de él desde entonces.

Una vez, un celoso estudiante salió una noche para evangelizar. Caminando por una calle oscura vio en las sombras a una joven caminando delante de él. Al tratar de alcanzarla, ella comenzó a correr. Ansioso, corrió tras ella. Cuando ella dobló el paso, él hizo lo mismo. Finalmente ella corrió hacia el portal de una casa, aterrorizada, y buscando nerviosamente las llaves en su bolso. Cuando vio que él corría hacia el porche, quedó tan paralizada de terror que no pudo ni gritar. Él entonces, sonriendo, le entregó un folleto y se fue feliz por haber alcanzado a otro pecador con el evangelio.

Se necesita mucho tacto cuando se visita a un enfermo. En nada le ayuda que digamos: “¡Qué pálida estás!” o contarle historias y anécdotas negativas como: “Conozco a una persona que tenía esta enfermedad y murió”. Esto es muy típico, y todos se disculpan diciendo que sólo querían ayudar, pero, ¿quién quiere esa clase de compañía o consuelo?

Hemos de ser discretos cuando visitamos a los afligidos. No debemos ser como el texano que le dijo a la viuda de un político asesinado: “¡Y pensar que tuvo que pasar en Texas!”

Dios bendiga a aquellos santos escogidos que siempre saben cómo decir la palabra apropiada y bondadosa. Y que Dios nos enseñe al resto a cómo ser diplomáticos y discretos en vez de gente que va tropezando y

pisando a los demás por su falta de tacto.
19 de NOVIEMBRE

“Yo conozco... tu tribulación y tu pobreza” (Apocalipsis 2:9).

Siete veces en las cartas a las iglesias de Asia, el Señor Jesús dice: “Yo conozco”, y por lo general estas palabras se usan en un sentido favorable. “Yo conozco tus obras... tu trabajo... tu paciencia... tu tribulación... tu pobreza... tu amor... y fe”. En las palabras “Yo conozco”, hay un tremendo consuelo, compasión y estímulo para el pueblo de Dios.

Lehman Strauss señala que cuando Jesús dijo: “Yo conozco,” “no usó la palabra griega *ginoske*, que frecuentemente significa conocer en el sentido de darse cuenta a través de un progreso gradual en el conocimiento. En cambio, usó la palabra *oída* que sugiere plenitud de conocimiento: saber perfectamente, no tan sólo por la observación sino por la experiencia. Aunque los santos que sufren son desconocidos para el mundo y odiados por él, son conocidos por el Señor y amados por Él. Cristo conoce la persecución y pobreza de los Suyos; conoce cómo les considera el mundo. Muchos santos cansados y probados han sido fortalecidos y estimulados por esas palabras: “Yo conozco”. Éstas, pronunciadas por nuestro Salvador, tocan nuestros problemas con la sonrisa de Dios y hacen que este sufrimiento del mundo, no sea comparable con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros (Ro. 8:18)”.

Son palabras de compasión. Nuestro Gran Sumo Sacerdote conoce lo que estamos pasando, porque Él también ha padecido lo mismo. Él es el Varón de dolores, experimentado en quebranto. Él mismo fue tentado mediante el sufrimiento.

También son palabras de participación. Siendo la Cabeza del cuerpo, comparte las aflicciones y persecuciones de Sus miembros. “El Varón de dolores tiene parte en cada punzada que desgarrar el corazón”. No solamente conoce nuestros problemas intelectualmente; los conoce como un asunto de experiencia presente. Los siente.

Son palabras de ayuda prometida. Como nuestro Paracleto, va a nuestro lado llevando nuestras cargas y enjugando nuestras lágrimas. Venda nuestras llagas y hace retroceder a nuestros enemigos.

Finalmente, son palabras de recompensas seguras. Conoce todo lo que hacemos y sufrimos a causa de nuestra identificación con Él. Lleva un registro cuidadoso de cada acto de amor, obediencia y paciencia. Un día no muy lejano nos recompensará abundantemente.

Si estás pasando por un valle de penas o sufrimiento, escucha al Salvador que te dice: “Yo conozco”. No estás solo. Él está contigo en el

valle y te llevará a salvo hasta llegar a tu ansiado destino.
20 de NOVIEMBRE

“Tened cuidado, que nadie estropee vuestra fe con intelectualismo o locuras grandilocuentes. ¡Éstas están fundadas en las ideas que tienen los hombres acerca de la naturaleza del mundo y no toman en cuenta a Cristo!” (Colosenses 2:8 parafraseado por Phillips).

La palabra griega que Phillips traduce como “intelectualismo” es la misma de la que proviene la palabra “filosofía”. Básicamente significa amor por la sabiduría, pero más tarde adquirió otro significado, es decir, la búsqueda de la realidad y el propósito de la vida.

La mayoría de los filósofos se expresan en un lenguaje complicado y grandilocuente. Sus palabras, incomprensibles para una persona normal; apelan a aquellos que les gusta emplear su poder intelectual para revestir las especulaciones humanas con palabras difíciles de entender.

Francamente, las filosofías humanas no sirven de mucho. Phillips se refiere a ellas como “intelectualismo y locuras grandilocuentes”. Están basadas en las ideas que tienen los hombres acerca de la naturaleza de las cosas, y ellos no hacen caso de Cristo. Se cita al famoso filósofo Bertrand Russell, que decía al final de su vida: “La filosofía ha demostrado ser un fracaso para mí”.

Al cristiano sabio no se le puede engañar con las locuras grandilocuentes del seudo intelectualismo de este mundo. Se niega a inclinarse ante al altar de la sabiduría humana. Por el contrario, sabe bien que todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento se encuentran en Cristo. Así que, pone a prueba todas las filosofías humanas por medio de la Palabra de Dios y como resultado, las rechaza porque ve que se oponen a las Escrituras.

No cambia de parecer cuando los filósofos salen en primera plana con algún nuevo ataque contra la fe cristiana. Es suficientemente maduro para juzgar y percatarse de que no puede esperar nada mejor de ellos.

No se siente inferior por no poder conversar con los filósofos utilizando palabras de muchas sílabas o seguirles en sus razonamientos complicados. Se siente desconfiado ante la incapacidad de ellos para dar a conocer su mensaje con sencillez y se regocija de que el evangelio puede entenderlo el hombre común, por ignorante que éste sea.

Detecta en los filósofos la trampa de la serpiente: “...seréis como dioses” (Gn. 3:5). El hombre es tentado a exaltar su mente y sus poderes intelectuales por encima de la mente de Dios. Pero el cristiano sabio

rechaza la mentira del diablo. Derriba argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios (2 Co. 10:5).

21 de NOVIEMBRE

“ Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre ” (Filipenses 2:10-11).

¡Qué escena será aquella! ¡Toda rodilla en el universo doblándose ante el Nombre sagrado de Jesús! ¡Toda lengua confesando que Él es Señor! Dios lo ha decretado y ciertamente así sucederá.

Esto no es salvación universal. Pablo no sugiere aquí que todos los seres creados acogerán al final a Cristo como su Señor vivo y amante. Al contrario, está diciendo que aquellos que se niegan a hacer la gran confesión en esta vida serán obligados a hacerla en la venidera. Todos los seres creados reconocerán la verdad acerca de Jesucristo. Habrá una sumisión universal.

En uno de sus mensajes, *Jesús es el Señor*, John Stott decía: “Durante la coronación de Su Majestad la Reina en la Abadía de Westminster, uno de los momentos más conmovedores fue cuando la corona estaba a punto de ser colocada sobre su cabeza y el Arzobispo de Canterbury, el ciudadano principal del país, exclamó cuatro veces hacia cada uno de los puntos cardinales en la Abadía, norte, sur, este y oeste: ‘Señores, les presento a la que es sin lugar a dudas, Reina de estos dominios. ¿Están dispuestos a rendirle homenaje?’ Y no fue sino hasta que una gran exclamación afirmativa tronó cuatro veces en el interior de la Abadía de Westminster que la corona fue colocada sobre su cabeza”.

Seguidamente John Stott añadió: “Hoy les digo, señoras y caballeros: ‘Les presento a Jesucristo como el que es sin lugar a dudas, Rey y Señor. ¿Están dispuestos a rendirle homenaje?’”

Esta pregunta insistente resuena a través de los siglos. Muchos exclaman fuerte y afirmativamente: “Jesucristo es nuestro Señor”. Mas otros reaccionan desafiantes: “No queremos que éste reine sobre nosotros”. Un día los puños apretados serán forzados a aflojarse y las rodillas, erguidas hasta ahora, se doblarán ante Aquél cuyo Nombre es sobre todo nombre. La tragedia es que entonces será demasiado tarde. El día de la gracia de Dios habrá terminado. La oportunidad de confiar en el Salvador de los pecadores habrá pasado. Aquél cuyo señorío ha sido desdeñado será

entonces el Juez, sentado sobre un gran trono blanco.

Si Él no es todavía tu Señor, confíésale como tal. ¡Disponte ya a rendirle homenaje!

22 de NOVIEMBRE

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor...”
(1 Corintios 13:1).

Después de que una joven soprano había hecho su debut en la ópera, un crítico escribió que su brillante actuación hubiera sido aún mayor si ella hubiese amado. Él detectó la ausencia de amor. ¿Cómo? Aparentemente su canto era técnicamente perfecto pero carecía de calor.

Nosotros también podemos ir por la vida haciendo todas las cosas de manera correcta. Podemos ser honestos, honrados, justos, generosos, trabajadores y humildes. Sin embargo, todas estas virtudes no pueden compensar la falta de amor.

Muchos de nosotros hemos pasado momentos difíciles sabiendo cómo dar y recibir amor. Leía recientemente de una celebridad: “que podía hacerlo todo excepto expresar lo que sentía por las personas que amaba”.

En su libro, *People in Prayer (Un Pueblo en Oración)*, John White escribió: “Por muchos años me asustaba ser amado. No me molestaba dar amor (o lo que pensaba que era amor), pero me incomodaba si alguien, hombre mujer o niño, me mostraba mucho afecto. En nuestra familia nunca habíamos aprendido cómo recibir y apreciar el amor. No éramos muy buenos para demostrarlo o recibirlo. No quiero decir que no nos amásemos o que no encontrásemos maneras de mostrarlo. Pero éramos muy británicos. Cuando tenía diecinueve años y dejé el hogar para ir a la guerra, mi padre hizo algo totalmente inesperado. Puso sus manos sobre mi hombro y me besó. Yo estaba pasmado. No sabía qué decir o qué hacer. Para mí fue muy embarazoso mientras que para mi padre debió haber sido muy triste”.

Un día White soñó que vio a Cristo frente a él, llevando en Sus manos las cicatrices de los clavos extendidas hacia él. Al principio se sentía impotente para recibir el amor de Cristo. Después oró: “Oh Señor, quiero tomar tus manos, pero no puedo”.

“En la quietud que siguió se apoderó de mí un sentimiento muy real de que el muro defensivo que había construido a mi alrededor gradualmente se derrumbaría y experimentaría lo que era dejar que el amor de Cristo me envolviera y me llenara”.

Si hemos construido murallas defensivas alrededor nuestro, obstaculizando el fluir del amor de o hacia nosotros, debemos permitir que

el Señor las eche abajo y nos libre de los temores que nos hacen ser cristianos fríos.

23 de NOVIEMBRE

“...el camino de los transgresores es duro” (Proverbios 13:15b).

Si necesitáramos de alguna prueba de que el camino de los transgresores es duro, nos bastará con escoger un periódico al azar y encontraríamos multitud de ilustraciones. Recientemente lo hice como un mero experimento y he aquí los resultados:

Un nazi, criminal de guerra que había escapado de ser identificado y capturado por treinta y cinco años se había suicidado en América del Sur. El temor de ir a juicio y de ser ejecutado le hacía la vida insoportable.

Un hombre de 74 años fue secuestrado a mano armada por tres hombres que demandaban a su hijo \$90.000 de rescate. Actualmente el hijo es un reputado narcotraficante que huye de la policía y de los agentes federales.

Un miembro de la Casa de Representantes de los EE.UU. fue destituido de su cargo por aceptar soborno a cambio de una promesa para conceder un favor político. Parece que su expulsión del Congreso será definitivo.

Los afganos rebeldes continúan en guerra contra las tropas invasoras rusas. El artículo del periódico no menciona el hecho de que el gobierno de Afganistán había arrasado con la única iglesia cristiana del país. ¿Podría ser la invasión rusa una retribución divina?

Un capitán de la policía informó falsamente que le habían robado el automóvil, para así poder cobrar el seguro. Había sido considerado como un oficial sobresaliente y era probable que ascendiera un día a ser jefe de policías. Ahora ha sido expulsado y aguarda una investigación criminal.

A veces nosotros, como el salmista, somos tentados a sentir envidia del impío. Parece que el mundo los protege y todo les sale bien. Pero olvidamos que recogen una inevitable cosecha de culpa, vergüenza y temor por ser descubiertos. A menudo son víctimas de chantaje y extorsión. Temen por sus propias vidas y las de sus familias. Tienen que mantener sistemas de protección caros y sofisticados. Se enfrentan a la posibilidad del arresto, pleitos costosos y multas o prisión. La vida se vuelve una pesadilla en vez del sueño que esperaban.

Un hombre que había aprendido bien la lección le dijo a Sam Jones, un predicador, con profunda convicción: “Conozco un versículo de la Escritura y sé que es verdad: ‘...el camino de los transgresores es duro’”. Había comprobado que las consecuencias del pecado son inevitables y

extremadamente desagradables.
24 de NOVIEMBRE

“Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar” (Mateo 26:74).

Un día un predicador caminaba solitario en su jardín, meditando en las actividades de la semana que acababa de pasar, cuando vino a su memoria un incidente muy embarazoso. De repente dejó salir una retahíla de impropiedades bastante mordaces, por decir lo menos. Uno de su congregación, que caminaba al otro lado de la alta pared del jardín, escuchaba boquiabierto el lenguaje nada ministerial.

Se trataba de un caso de blasfemia privada, un caso desgarrador en la vida de muchos sinceros hijos de Dios. Cientos gimen bajo la opresión de este horrible hábito. Aún percatándose de cuánto deshonoran al Señor y corrompen su propia vida, todos sus esfuerzos por romper el hábito son infructuosos.

Las palabras indebidas surgen generalmente cuando la persona está sola (o piensa que lo está) y cuando está bajo tensión nerviosa. Algunas veces éstas son la expresión audible de ira reprimida. En otras ocasiones son desahogos de nuestros sentimientos de frustración. En el caso del predicador, quizás fuera su reacción natural por la vergüenza de encontrarse en un aprieto.

Aún peor que la agonía de la blasfemia privada es el temor de que algún día las palabras se nos lleguen a escapar en público, o cuando estemos dormidos o bajo el efecto de la anestesia en el hospital.

Este viejo hábito volvió a Pedro aquella noche cuando el Salvador fue juzgado. Cuando se le señaló como compañero de Jesús de Galilea, lo negó con maldiciones y juramentos (Mt. 26:74). Nunca lo habría hecho estando relajado, pero ahora estaba en peligro y extremadamente cohibido, y las palabras fluyeron con la misma facilidad que en los días anteriores a su conversión.

A pesar de nuestras mejores intenciones y nuestras más sinceras resoluciones, las palabras se nos escapan antes de tener la oportunidad de pensar. Nos cogen completamente desprevenidos.

¿Debemos desesperar de llegar a conquistar este Goliat en nuestras vidas? No, tenemos la promesa de victoria sobre ésta y toda otra tentación (1 Co. 10:13). Primero, debemos confesar y abandonar el pecado cada vez que caemos. Luego debemos clamar a Dios para que ponga guarda a nuestros labios (Sal. 141:3). Debemos pedir el poder necesario para responder a las circunstancias desfavorables de la vida con aplomo y tranquilidad. En ocasiones, el hecho de confesar la falta a algún otro creyente ayuda a romper el poderoso hábito. Por último, debemos recordar siempre que aunque los demás puedan no escucharnos en la tierra, nuestro Padre nos escucha desde el cielo. El recuerdo de

cuánto le ofende debe servirnos como una poderosa fuerza de disuasión.

25 de NOVIEMBRE

“...y *sed agradecidos*” (Colosenses 3:15).

Un corazón agradecido da aliciente a la vida. Al terminar una cena, uno de los hijos dijo: “Mamá, la cena estaba buenísima”. Ese comentario añadió un toque cálido a aquel feliz hogar.

Con mucha frecuencia dejamos de expresar nuestro agradecimiento. El Señor Jesús sanó a diez leprosos, pero sólo uno regresó a darle las gracias, y era samaritano (Lc. 17:17). Sacamos dos lecciones. La gratitud es escasa en el mundo de los hombres caídos y cuando hace su aparición, viene de donde menos la esperamos.

Es fácil sentirse entristecidos cuando mostramos alguna bondad a los demás y no tienen siquiera la cortesía de decirnos “Gracias”. Por la misma razón debemos comprender cómo se sienten los demás cuando no les expresamos gratitud por los favores recibidos.

Aun un examen superficial de la Biblia nos deja ver que está saturada de exhortaciones y ejemplos de acciones de gracias a Dios. Hay muchas cosas por las que debemos estar agradecidos para con Él; probablemente no podríamos enumerarlas todas. Nuestras vidas deben ser salmos de acción de gracias a Él. “Miles de preciosos dones / Diariamente te agradezco / Y mi alegre corazón / Los prueba con gozo henchido”.

Debemos cultivar el hábito de expresar agradecimiento también los unos a los otros. Un caluroso apretón de manos, una llamada telefónica o una carta, ¡cómo levantan nuestro ánimo! Un doctor ya entrado en años, recibió de uno de sus pacientes una nota de agradecimiento junto con el pago de una factura. El médico guardó aquella nota entre sus más apreciadas posesiones; era la primera que recibía.

Debemos ser pronto para expresar gratitud por los obsequios, la hospitalidad y el transporte gratis, por el préstamo de herramientas u otras cosas, por ayuda que se nos brinda para nuestros proyectos de trabajo, por cada forma de bondad y de servicio que se nos muestra.

El problema es que con mucha frecuencia damos estas cosas por sentado o somos demasiado indisciplinados para sentarnos a escribir una carta. Nos escudamos diciendo: “en nuestra cultura no se escriben notas dando las gracias”. Pero si así es el caso, siendo cristianos debemos romper con la mala costumbre de nuestra cultura, y desarrollar el hábito de dar las gracias, siendo conscientes de todo lo que tenemos por lo que debemos estar agradecidos, y entrenarnos para reconocer estas cosas sin dilación. La prontitud de este

reconocimiento multiplica las gracias.
26 de NOVIEMBRE

“Sin profecía el pueblo se desenfrena; mas el que guarda la ley es bienaventurado” (Proverbios 29:18).

Leemos en la primera parte del versículo de hoy: “Sin profecía el pueblo se desenfrena”, y por regla entendemos que se refiere a que debemos tener metas por las cuales trabajar. Tiene que haber un programa definido en mente con una descripción clara de los resultados deseados y los pasos que conducen a ellos.

Pero en nuestro texto la palabra “profecía” significa “una revelación de Dios”. Y la palabra “desenfrenar” significa “abandonar las restricciones”. La idea es que donde la Palabra de Dios no se conoce y se respeta, la gente se desboca.

El contraste se encuentra en la segunda mitad del versículo: “mas el que guarda la ley es bienaventurado”. En otras palabras, el camino de la bendición se encuentra cuando se obedece la voluntad de Dios tal y como se encuentra en la Palabra.

Pensemos en la primera parte del versículo. Cuando la gente abandona el conocimiento de Dios, su conducta se vuelve incontrolable. Supongamos, por ejemplo, que una nación se aleja de Dios y explica que todo lo que existe se basa en un proceso evolutivo. Eso significa que el hombre es el resultado de un proceso meramente natural y no la creación de un Ser sobrenatural. Si esto fuera así, entonces nos quedaríamos sin base para las normas éticas. Todo nuestro comportamiento sería el resultado inevitable de causas naturales. Como lo señalan Lunn y Lean en **La Nueva Moralidad**: “Si la primera célula viviente evolucionó por un proceso puramente natural en la superficie de un planeta sin vida, si la mente del hombre es el producto de las fuerzas naturales y materiales como lo es un volcán, resulta tan irracional condenar a los políticos de Sudáfrica por el apartheid como condenar a un volcán por arrojar su lava”.

Si se rechaza la Palabra de Dios, entonces no hay leyes absolutas del bien y el mal. Las verdades éticas dependen de los individuos o los grupos que las erigen. La gente viene a ser el juez de su propia conducta. Su filosofía es “si te hace sentir bien, hazlo”. El hecho de que “todos lo hacen” es toda la justificación que necesitan.

De este modo el pueblo se desenfrena. Se abandona a la fornicación, al adulterio y la homosexualidad. El crimen y la violencia se incrementan en proporciones alarmantes. La corrupción invade el mundo de los negocios y del gobierno. Mentir y engañar vienen a ser formas aceptadas de conducta. El tejido de la sociedad se deshilvana.

“...mas el que guarda la ley es bienaventurado”. Aun cuando el resto del mundo se desmanda, el creyente puede encontrar la buena vida cuando cree y

obedece la Palabra de Dios. Éste es el único camino que seguir.
27 de NOVIEMBRE

“Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).

A medida que nos acercamos al fin de esta era, es predecible que muchos abandonarán la esperanza del regreso inesperado de Cristo. Pero la verdad sigue en pie, aunque los hombres no la crean.

El hecho es que el Señor Jesús puede venir en cualquier momento. No sabemos el día o la hora del regreso del Novio a por Su novia; esto significa que podría venir hoy. No hay profecía que tenga que cumplirse antes de escuchar la voz de mando del Señor, la voz del arcángel y la trompeta de Dios. Ciertamente, la iglesia espera experimentar tribulación en toda su duración sobre la tierra, pero los horrores del **periodo de la Tribulación** no son parte de su destino. Si la iglesia debiera pasar por la Tribulación, eso significaría que el Señor no podría venir por lo menos en siete años, porque ciertamente ahora no estamos en la Tribulación y cuando ésta venga, durará siete años. Hay un gran número de textos en la Escritura que nos enseñan que debemos estar listos en todo tiempo para la aparición del Salvador. Consideremos los siguientes:

“...está más cerca que cuando creímos” (Ro. 13:11).

“La noche está avanzada, y se acerca el día” (Ro. 13:12).

“El Señor está cerca” (Fil. 4:5).

“...aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (He. 10:37).

“...la venida del Señor se acerca” (Stg. 5:8).

“...el juez está delante de la puerta” (Stg. 5:9).

“Mas el fin de todas las cosas se acerca” (1 P. 4:7).

Parece que estos versículos fueron escritos para que cale en la mente que la venida del Señor es inminente y que se trata de un evento por el que debemos estar velando y esperando. Debemos estar ocupados sirviéndole fielmente como buenos administradores.

R. A. Torrey dijo una vez: “El inminente retorno de nuestro Señor es el gran argumento bíblico para llevar una vida activa de servicio, pura, desinteresada, consagrada y no mundana. Con mucha frecuencia en nuestra predicación apremiamos a la gente a vivir santamente y a trabajar con diligencia porque la muerte llega de improviso, pero éste no es el argumento de la Biblia. El argumento bíblico es siempre: “Cristo viene; estad preparados para cuando Él venga”.

Nuestra responsabilidad es clara. Nuestros lomos deben estar ceñidos, nuestras lámparas encendidas y debemos ser semejantes a hombres que aguardan a su Señor cuando regrese (ver Lc. 12:35-36). No sucumbamos ante aquellos que enseñan que no tenemos derecho a esperar que regrese en cualquier momento. Por

el contrario, creamos en Su retorno inminente, enseñémoslo entusiastamente y dejemos que esta verdad brille en nuestras vidas.

28 de NOVIEMBRE

“...por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10).

Una de las agonías de la vida que nos infligimos a nosotros mismos es tratar de ser alguien que nadie tuvo la intención de que fuéramos. Cada uno es una creación única de Dios. Como alguien a dicho: “Cuando Él nos hizo, en seguida rompió el molde”. Nunca deseó que nosotros tratáramos de cambiarla.

Maxwell Maltz escribió: “Tú como personalidad no estás en competencia con ninguna otra persona, por la sencilla razón de que no hay otra como tú en toda la faz de la tierra. Eres un individuo. Eres único. No eres como ninguna otra persona y jamás podrás ser ninguna otra persona. No se supone que debas ser como ninguna otra persona y no “se supone” que nadie deba ser como tú”.

“Dios no creó a una persona modelo y la etiquetó diciendo: así deben ser todos. Hizo a cada ser humano individual y único así como hizo cada copo de nieve individual y único.

Cada uno de nosotros es el producto de la sabiduría y amor de Dios. Al hacernos como somos, sabía exactamente lo que hacía. Nuestra apariencia, inteligencia y talentos representan lo mejor de Él para nosotros. Cualquiera que tuviera conocimiento y amor infinitos habría hecho lo mismo.

Ahora bien, desear ser diferentes a como somos es un insulto a Dios. Sugiere que Él ha cometido un error o que nos ha negado algo que habría sido para nuestro bien.

Desear ser distinto es inútil. Dios nos ha hecho y nos ha dado todo lo que tenemos con un objetivo. No hay duda de que podemos imitar las virtudes de otras personas, pues Dios así nos manda, que seamos imitadores, pero aquí estamos hablando de lo que somos físicamente y en talentos como creación de Dios.

Si estamos insatisfechos con el proyecto de Dios para nuestra vida, nos paralizaremos con sentimientos de inferioridad. Pero ésta no es una cuestión de inferioridad. No somos inferiores, únicamente individuales y únicos.

Todo intento de ser lo que no somos está condenado al fracaso. Es tan inconcebible como si un dedo de nuestra mano tratara de hacer la labor del corazón. Ése no fue el designio de Dios y simplemente no funcionará.

La actitud adecuada está en decir con Pablo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Co. 15:10). Debemos regocijarnos porque somos un diseño especial de Dios y determinar utilizar lo que somos y tenemos al máximo para

Su gloria. Hay muchas cosas que no podremos hacer, pero hay otras que podemos hacer y que otros no.

29 de NOVIEMBRE

“No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30).

Dos veces en Juan 5 el Señor Jesús dice que no puede hacer nada por Sí mismo. En el versículo 19, afirma: “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo...” Y una vez más en el versículo 30, declara: “No puedo yo hacer nada por mí mismo...” Nos sentimos decepcionados cuando leemos por primera vez estos versículos. Parecen decir que Jesús estaba limitado en Su poder, igual que nosotros. Pero si Él es Dios, como Él decía ser, debe ser Omnipotente. ¿Cómo entonces decía que no podía hacer nada por Sí mismo? Ciertamente, los enemigos del Evangelio han empleado estos versículos para mostrar que Jesús era un hombre solamente con todas las limitaciones de la humanidad.

¡Pero veámoslo más de cerca! Nuestro Señor no hablaba de Su poder físico. Insistía que estaba tan dedicado a la voluntad de Su Padre que no podía hacer nada por Su propia iniciativa. Era tan moralmente perfecto que no podía actuar por Su cuenta. No deseaba nada aparte de la voluntad de Dios.

Tú y yo no debemos decir que no podemos hacer nada por nosotros mismos. Con mucha frecuencia actuamos independientemente del Señor y tomamos decisiones sin consultarle. Cedemos a la tentación sabiendo que estamos pecando. Escogemos nuestra propia voluntad por encima de la Suya. El Señor Jesús no podía hacer ninguna de estas cosas.

Por lo tanto, en vez de sugerir que Jesucristo era débil y finito, estos versículos demuestran exactamente lo contrario, que era divinamente perfecto. Esto queda claro leyendo los versículos enteros en lugar de detenernos a la mitad. Lo que Jesús dijo en el versículo 19 era que: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”. Es decir: el Hijo no podía actuar independientemente del Padre, pero puede hacer todo lo que el Padre hace. Ésta es una afirmación de igualdad con Dios.

Una vez más en el versículo 30, el Señor Jesús dice: “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”. Esto significa que Él tomó decisiones solamente sobre la base de las instrucciones que había recibido de Su Padre, y que Su sumisión completa a la voluntad de Dios aseguraba que estas decisiones eran correctas.

J. S. Baxter señala que en este pasaje Cristo afirma siete veces Su igualdad con Dios. Igual en trabajo (v. 19); igual en conocimiento (v. 20); igual en poder para resucitar (vv. 21, 28, 29); igual en juicio (vv. 22, 27); igual en honra

(v. 23); igual en capacidad para regenerar (vv. 24-25); igual en autosuficiencia (v. 26). Nuestro Salvador no es una criatura frágil y débil con poder limitado sino el Dios Omnipotente manifestado en carne.

30 de NOVIEMBRE

“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo... Porque cada uno llevará su propia carga” (Gálatas. 6:2, 5).

Una lectura superficial de estos dos versículos podría convencer fácilmente a una persona de que presentan una flagrante contradicción. El primero dice que unos debemos llevar las cargas de los otros, el segundo que cada uno debe llevar su propia carga.

La palabra traducida como “cargas” en el versículo 2 significa cualquier cosa que agobia espiritual, física y emocionalmente a una persona. En su contexto inmediato se refiere al peso de la culpa y el desaliento que llega a la vida de un hombre que ha sido sorprendido en una falta (v. 1). Ayudamos a tal hermano cuando echamos sobre su cuello un brazo amoroso y le reconquistamos a una vida de comunión con Dios y con Su pueblo. Pero las cargas también incluyen las penas, problemas, aflicciones y frustraciones de la vida que a todos nos llegan. Llevamos las cargas de los otros cuando consolamos, animamos, compartimos nuestras cosas materiales y damos consejo constructivo. Esto quiere decir que nos involucramos en los problemas de los demás, a pesar del alto coste personal que esto pueda representarnos. Cuando hacemos esto, cumplimos la ley de Cristo, que es amarnos los unos a los otros. Demostramos nuestro amor de una manera práctica gastando en los demás y siendo gastados por ellos.

En cambio, en el versículo 5 se utiliza una palabra diferente para “carga”. Aquí, ésta significa cualquier cosa que tiene que llevarse, sin que indique nada en cuanto a si la carga es ligera o pesada. Lo que Pablo dice aquí es que cada uno tendría que llevar su propia carga de responsabilidad en el Tribunal de Cristo. Entonces, no será cuestión de cómo nos comparamos con los demás. Seremos juzgados sobre la base de nuestros propios hechos y las recompensas serán distribuidas de acuerdo a esto.

La conexión entre los dos versículos parece ser ésta. Una persona que restaura al que ha sido sorprendido en una falta puede caer en la trampa de sentirse superior. Llevar las cargas del hermano caído puede hacerle creer que posee un nivel de espiritualidad más alto y así puede compararse favorablemente con el santo que peca. Pablo le recuerda que cuando esté ante el Señor, tendrá que dar cuenta de sí mismo, de su propia obra y carácter y no de la otra persona. Tendrá que llevar su propia carga de responsabilidad.

De modo que los dos versículos no se contradicen entre sí. Más bien se complementan en armonía estrecha.

1 de DICIEMBRE

“Si oyes que se dice... tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia; y si pareciere verdad, cosa cierta...” (Deuteronomio 13:12,14).

Si circulaba el rumor de que la gente de una ciudad en Israel había abandonado a Dios para irse tras los ídolos, debía haber una investigación precisa antes de tomar alguna medida punitiva.

No debemos ser menos cuidadosos cuando oímos un rumor o un chisme, sino que debemos aplicar estas seis pruebas: ¿Se trata de habladerías? ¿He inquirido? ¿He buscado? ¿He preguntado con diligencia? ¿Es verdad? ¿Es cierto?

De hecho, sería una buena idea si empleáramos la misma minuciosidad y cuidado antes de transmitir como noticias los rumores y los comentarios soltados en círculos religiosos de cuando en cuando. ¡Permítame dar algunas ilustraciones!

Hace algún tiempo circulaba la historia de que las piedras para edificar un templo en Jerusalén estaban almacenadas en un embarcadero de Nueva York, listas para ser enviadas a Israel cuando llegara el tiempo adecuado. Se informaba que las piedras eran de piedra caliza de Indiana. Los cristianos hicieron circular esta noticia con entusiasmo, mas fueron desacreditados cuando se supo que el informe no era verídico.

En otra ocasión, se divulgó la historia de que algunos científicos habían alimentado a una computadora con multitud de datos respecto al calendario de la historia humana, y que los resultados confirmaban el relato Escritural del día largo de Josué. Ansiosos por publicar cualquier noticia que corrobore a la Biblia, los creyentes difundieron ávidamente esta historia en revistas y por la palabra hablada. Más tarde la burbuja se reventó. La historia demostró no tener fundamento.

Más recientemente se utilizó un dato matemático computarizado para sugerir que el Anticristo era cierta figura pública que no gozaba de popularidad. Es así como se obtuvo el dato: se asignó un valor numérico a cada letra del nombre de esta personalidad. Después, siguiendo una serie de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones llegaron al número 666. Desde luego esto no prueba nada en absoluto. Pueden emplearse cálculos matemáticos y llegar al 666 utilizando el nombre de cualquiera.

Tengo un tratado que afirma que Charles Darwin, en los últimos días de su vida, renegó de la evolución y volvió a su fe en la Biblia. Pudiera ser cierto, y me gustaría creer que es verdad. Quizás algún día lo sepa. Pero mientras tanto, no tengo manera de documentar la historia y no me atrevo a difundirla hasta que la tenga.

Nos veremos libres de muchos apuros y de desacreditar la fe cristiana si aplicamos las seis pruebas de los versículos de este día: ¿Se

trata de habladurías? ¿He inquirido? ¿He buscado? ¿He preguntado con diligencia? ¿Es verdad? ¿Es cierto?

2 de DICIEMBRE

“...y hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”
(Efesios 5:19).

Cantar en este versículo va ligado al hecho de estar llenos del Espíritu, como si el canto fuera uno de los resultados seguros de estar llenos. Probablemente se deba a esto que casi todos los grandes avivamientos de la historia hayan ido acompañados por el canto. El avivamiento galés era un ejemplo notable.

Nadie tiene tanto porqué cantar como los cristianos, y nadie tiene una herencia tan rica en salmos, himnos y cantos espirituales. Nuestros himnos expresan con lenguaje majestuoso lo que tan a menudo sentimos pero no podemos expresar. Algunos himnos manifiestan ideas que pueden estar más allá de nuestra propia experiencia, himnos de compromiso completo tales como: “Todo a Cristo yo me rindo”. En casos como éste podemos cantarlos como la aspiración de nuestros corazones.

Cuando cantamos espiritualmente, lo que cuenta no es el ritmo, la melodía o la armonía. Lo importante es que el mensaje salga del corazón y ascienda hasta Dios en el poder del Espíritu Santo. Mary Bowley expresó bien esta verdad en las siguientes líneas:

Señor, sabemos que no importará
Cuán dulce pueda ser la canción;
Si el Espíritu enseña al corazón
De él melodía para Ti saldrá.

El Espíritu de Dios puede usar el canto así como utiliza la predicación de la Palabra. La madre de Grattan Guinness escuchó a un granjero que cantaba mientras cultivaba su campo y decidió no suicidarse ahogándose en el río. El Dr. Guinness decía más tarde: “Todo lo que soy para Dios, lo debo a un humilde campesino cristiano que cantaba alabanzas al Señor mientras hacía su tarea”.

Aquellos que se ocupan en el ministerio de la música cristiana tienen que guardarse de dos peligros. Uno, es el peligro que el yo crezca. Como sucede con otras formas del ministerio público, es fácil embarcarse en un gigante viaje del ego. Siempre está latente la tentación de tratar de impresionar a la gente con el propio talento en vez de cantar para la gloria de Dios y la bendición de Su pueblo.

El otro peligro es el de entretener en vez de edificar. Es del todo posible cantar las letras con gran habilidad musical y sin embargo no hacer llegar el mensaje a los corazones de los oyentes. También es posible entusiasmar emocionalmente a la gente con cantos que son insustanciales, frívolos y totalmente indignos del Señor al que amamos.

Las diversas culturas tienen diferentes gustos musicales, pero en

todas las culturas los cantos deben ser doctrinalmente sanos, uniformemente reverentes y espiritualmente edificantes.

3 de DICIEMBRE

“Aquel... predica la fe que en otro tiempo asolaba” (Gálatas 1:23).

Después que se convirtió Saulo de Tarso, las iglesias de Judea oyeron que este archi-perseguidor de la fe cristiana se había vuelto un ardiente predicador y defensor de la fe. Éste resultó ser un cambio notable. En tiempos más recientes, ha habido incidentes espectaculares donde los hombres han cambiado radicalmente de modo similar al de Pablo.

Lord Littleton y Gilbert West decidieron en común derribar la fe de aquellos que defendían la Biblia. Littleton refutaría los datos de la conversión de Saulo, mientras que West probaría de manera contundente que la resurrección de Cristo era tan sólo un mito. “Ambos reconocieron que no sabían mucho de la historia bíblica, pero decidieron: “Vamos a ser honestos, debemos al menos estudiar la evidencia. A menudo conversaban durante su trabajo sobre los temas que traían entre manos. En una de estas conversaciones Littleton le abrió el corazón a su amigo y confesó que comenzaba a sentir que había algo en los relatos”. El otro replicó que había sido sacudido por los resultados de su estudio. Finalmente, terminaron de escribir los libros, se reunieron los dos autores y hallaron que cada uno de ellos, en lugar de escribir en contra, habían producido libros a favor de los temas que se habían propuesto ridiculizar. Estuvieron de acuerdo en que después de investigar toda la evidencia como expertos legales, no podían honestamente sino aceptar que el registro bíblico establecía como ciertos ambos temas” (Frederick P. Wood). El libro de Lord Littleton llevó por título **La Conversión de San Pablo** y el de West **La Resurrección de Jesucristo**.

El incrédulo Robert C. Ingersoll desafió a Lew Wallace, un agnóstico a escribir un libro que mostrara la falsedad del registro con respecto a Jesucristo. Wallace empleó años investigando el tema, con gran pesar de su esposa, que era creyente. Comenzó a escribir, y cuando había terminado casi cuatro capítulos, se dio cuenta de que los registros referidos a Jesucristo eran ciertos. Cayó sobre sus rodillas en arrepentimiento y confió en Cristo como Señor y Salvador. Más tarde escribió el libro **Ben Hur**, donde presenta a Cristo como el divino Hijo de Dios.

Frank Morison deseaba escribir una historia con relación a Cristo, pero ya que no creía en los milagros, decidió limitarse a los siete días que conducían a la crucifixión. Sin embargo, a medida que estudiaba los registros bíblicos, extendió el tema hasta la resurrección. Convencido ahora de que Cristo había resucitado verdaderamente, le recibió como su Salvador y escribió el libro **¿Quién Movi6 la Piedra?** cuyo primer capítulo se titula **El Libro que se Neg6**

a Dejarse Escribir.

La Biblia es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos. Ella misma es su mejor confirmación. Los que la atacan y ridiculizan deben afrontar la posibilidad de que algún día crean en ella y vengan a ser sus defensores más devotos.

4 de DICIEMBRE

“Lo he llenado del Espíritu de Dios... en todo arte” (Éxodo 31:3).

El texto de hoy se refiere a Bezaleel, quien fue equipado por el Espíritu Santo para supervisar la construcción del Tabernáculo. Era diestro para trabajar el oro, la plata y el bronce, para cortar y engastar piedras y tallar la madera. El Espíritu de Dios hizo de él un hábil artesano para realizar este tipo de trabajo.

El calendario devocional “Choice Gleanings” cita a E. Trapp, diciendo: “Generalmente pasamos por alto esta fase del ministerio del Espíritu. Sea en el campo o en la fábrica, la oficina o el hogar, el creyente puede pedir la asistencia del Espíritu en las labores diarias. Un hombre que conozco ha hecho un altar de su banco de trabajo. Una Marta entre nosotros ha convertido la mesa de su cocina en una mesa de comunión. Otro transformó en un púlpito el escritorio de su oficina desde el que habla y escribe, haciendo que los asuntos más comunes sean negocios del Rey”.

En Nazaret, Israel, hay un hospital cristiano que ministra principalmente a los árabes. En los terrenos del hospital hay una capilla. Cuando un predicador se levanta a hablar, se pone detrás de un púlpito normal, pero éste se sitúa al lado de otro púlpito del pulido banco de trabajo de carpintero que tiene un tornillo en uno de los extremos. Éste es un ineludible recordatorio de que nuestro Señor trabajó como carpintero en Nazaret y que un banco de taller era Su púlpito.

Un médico en la región central de los Estados Unidos buscaba atender las almas de los hombres así como sus cuerpos. Algunas veces, después de hablar con una persona en la clínica y de haberle examinado cuidadosamente, sospechaba que el problema era espiritual más que físico. Esa noche iba a casa del paciente y llamaba a la puerta. De entrada, el paciente se asustaba al ver al médico. Pero el médico amablemente se apresuraba a decir algo como: “No vengo a verle como médico sino a visitarle como amigo. Hay algo que me gustaría hablar con usted. ¿Le molestaría si entro?” Por supuesto la persona no se molestaba, de modo que el doctor comenzaba a hablarle de su necesidad espiritual y entonces le explicaba cómo el Señor Jesús era la respuesta a esa necesidad. Muchos de los pacientes encomendaron sus vidas al Señor y le sirvieron. Muchos

estarán eternamente agradecidos por el ministerio de aquel médico amado que cuidaba de sus almas así como de sus cuerpos.

El Señor tiene muchos púlpitos poco convencionales en el mundo actualmente. Como decía Trapp, muchos han aprendido a transformar los asuntos comunes de la vida en negocios del Rey.

5 de DICIEMBRE

“Porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él” (Isaías 59:19b).

Hay tiempos de crisis desesperadas en la vida, cuando Satanás lanza su artillería más potente contra el pueblo del Señor. El cielo se oscurece, la tierra tiembla y no parece quedar ni un rayo de esperanza. Pero Dios ha prometido enviar refuerzos a Su pueblo cuando la situación es extrema. El Espíritu del Señor levanta bandera contra el Diablo justo a tiempo.

Esclavizados por el tirano egipcio, la perspectiva del pueblo de Israel era poco prometedora. Estaban encogidos bajo los azotes del capataz. Pero Dios no era indiferente a sus gemidos. Levantó a Moisés para confrontar al Faraón y finalmente guiar a Su pueblo a la libertad.

En los días de los Jueces, invasores extranjeros mantuvieron en servidumbre a las tribus de Israel. A pesar de esto, en el momento más oscuro el Señor levantó libertadores militares para hacer retroceder al enemigo e introducir al pueblo en un periodo de tranquilidad.

Cuando Senaquerib guió al ejército asirio contra Jerusalén, la cautividad de Judá parecía inevitable. Humanamente hablando, no había manera de detener la fuerza irresistible del invasor. Sin embargo, el ángel del Señor pasó por el campo de los asirios por la noche e hirió a 185.000 hombres.

Cuando Ester era Reina de Persia, el enemigo vino como río promulgando un decreto inalterable que decía que los judíos en todo el reino debían ser ejecutados. ¿Frustraron a Dios los medas y los persas por medio de este decreto? De ningún modo, Él arregló las cosas de tal manera que se promulgó otro decreto, permitiendo a los judíos defenderse en aquel día sombrío. Los judíos, ciertamente, salieron arrolladoramente victoriosos.

Cuando Savonarola vio la pobreza, opresión e injusticia en Florencia, vino a ser una bandera en las manos del Espíritu para traer una reforma.

Cuando Martín Lutero comenzó a tronar contra la venta de indulgencias y otros pecados de la iglesia, fue como si una luz surgiera en medio de una era de tinieblas.

La Reina María causaba estragos a la verdadera fe cristiana en Inglaterra y Escocia. Pero Dios levantó a un hombre llamado John Knox en aquel tiempo de necesidad y desesperación. “Y con el rostro a tierra, Knox

suplicó a Dios durante toda la noche para que vengara a Sus escogidos y le diera Escocia o le quitara la vida. El Señor le dio Escocia y quitó a la Reina del trono”.

Puede ser que ahora estés afrontando una de las crisis más graves de tu vida. Nunca temas. El Espíritu del Señor enviará refuerzos oportunos y te guiará a un lugar espacioso. ¡Solamente confía en Él!

6 de DICIEMBRE

“Cuando Efraín hablaba, hubo temor; fue exaltado en Israel; mas pecó en Baal, y murió” (Oseas 13:1).

Hay una tremenda energía y autoridad en las palabras del justo. Cuando habla, tiene impacto en las vidas de los demás. Sus palabras tienen peso. Los hombres le ven como uno que merece respeto y obediencia.

Mas si este mismo hombre cae en pecado, pierde toda esa influencia positiva sobre los demás. El tono autoritario con el que hablaba se disipa. La gente ya no va a él en busca de consejo. Si intenta darlo, le miran con desilusión y le dicen: “Médico, sánate a ti mismo” o “Saca primero la viga de tu propio ojo y entonces verás claro para sacar la paja del mío”. Sus labios están sellados.

Esto enfatiza la importancia de mantener un testimonio consistente hasta el fin. Es importante empezar bien, pero no basta con esto. Si bajamos la guardia en el tramo final, la gloria del principio se oscurecerá en las sombras del deshonor.

“Cuando Efraín hablaba hubo temor”. Williams comenta: “Cuando Efraín caminaba con Dios, como en los días de Josué, hablaba con autoridad y el pueblo temía. Fue así como aseguró su posición de dignidad y poder. Pero se volvió a la idolatría y murió espiritualmente... El cristiano tiene poder moral y dignidad siempre y cuando su corazón sea gobernado por completo por Cristo y esté libre de idolatría”.

Gedeón es otro caso en cuestión. El Señor estaba con este hombre valiente y poderoso. Con un ejército de 300 hombres derrotó a 135.000 fuertes madianitas. Cuando los hombres de Israel quisieron hacerle rey, sabiamente se negó porque sabía que Jehová era el Rey legítimo.

Mas habiendo ganado importantes victorias y resistido grandes tentaciones, cayó en lo que podríamos considerar como un asunto de poca importancia. Pidió a sus soldados que le dieran los pendientes de oro que habían tomado como botín de los ismaelitas. Con éstos hizo un efod, el cual se convirtió en un ídolo para el pueblo de Israel y un lazo para él y su familia.

Ciertamente sabemos que cuando fallamos podemos ir a Dios confesando el pecado y encontrar perdón. Sabemos que puede restaurar los años que la langosta comió, es decir, puede capacitarnos para compensar el

tiempo perdido. Pero nadie puede negar que es mejor evitar una caída que recobrarlos de ella; es mejor no hacer pedazos nuestro testimonio, que intentar pegar de nuevo las piezas rotas. El padre de Andrés Bonar acostumbraba decirle: “¡Andrés, ora para que ambos podamos resistir hasta el fin!” ¡Así que oremos para que podamos terminar nuestra carrera con gozo!

7 de DICIEMBRE

“El mayor de ellos es el amor” (1 Corintios 13:13).

El amor es el poder conquistador en un mundo de odio, contiendas y egoísmo. Puede hacer lo que ninguna otra virtud puede lograr; en ese sentido es la reina de las gracias. El amor devuelve los improperios con bondades y ora pidiendo misericordia por sus verdugos. Actúa desinteresadamente cuando todos los de su alrededor vociferan por sus derechos. Da hasta que no puede dar más.

Un hindú guiaba a su elefante por la calle, aguijoneándole continuamente para que aumentara la velocidad. Repentinamente la aguijada de metal resbaló de su mano y cayó con fuerte estruendo sobre el suelo. El elefante, dando media vuelta, levantó la aguijada con su trompa y la devolvió a su amo. El amor es así.

En una de las fábulas de Esopo, había una contienda entre el sol y el viento acerca de quién podría hacer que un hombre se quitara el abrigo. El viento sopló furiosamente, pero cuanto más soplaba, el hombre más se apretaba el abrigo. Entonces el sol echó sus rayos sobre aquel hombre, y éste se quitó el abrigo. Lo hizo cambiar de parecer por medio del calor. El amor es así.

Sir Walter Scott arrojó una vez una piedra a un perro callejero, con tal fuerza y precisión que le rompió una pata. Mientras Scott miraba con remordimiento, el perro cojeó hasta él y lamió la mano que había arrojado la piedra. El amor es así.

Stanton lanzaba amargas invectivas contra Lincoln llamándole “patán vulgar y zorro” y “el gorila original”. Decía que había que estar loco para ir a África a buscar un gorila, cuando había uno en Springfield. Lincoln volvió la otra mejilla. De hecho, más tarde designó a Stanton como Ministro de Guerra, insistiendo en que era el hombre más calificado para el trabajo. Cuando Lincoln fue asesinado, Stanton permaneció al lado del cuerpo sin vida, llorando abiertamente y diciendo: “Aquí yace el gobernante más grande que el mundo haya visto jamás”. Lincoln le había conquistado volviendo la otra mejilla. El amor es así.

E. Stanley Jones escribió: “Al volver la otra mejilla desarmas a tu enemigo. Te golpea en la mejilla y tú, con tu audacia moral, al volverle la otra mejilla, le golpeas en el corazón. La enemistad se disuelve y tu enemigo deja de ser. Te deshaces de tu enemigo al deshacerte de su enemistad... El mundo está a

los pies del Hombre que tenía poder para devolver el golpe, pero que tuvo poder para no devolverlo. Eso es poder, el máximo poder”.

Algunas veces puede parecer que se consigue más hablando con palabras ásperas, devolviendo ojo por ojo y defendiendo los propios derechos. Estos métodos tienen cierta cantidad de poder. Pero el balance del poder está del lado del amor porque, en lugar de profundizar la hostilidad, el amor transforma a los enemigos en amigos.

8 de DICIEMBRE

“Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Eclesiastés 8:11).

Mientras escribo esto, hay una gran ola de indignación pública por la alta tasa de crímenes en nuestro país. La gente exige ley y orden. Parece que nuestras leyes y tribunales favorecen al criminal, mientras que las víctimas del crimen reciben escasa o ninguna reparación. Son interminables los casos que pasan por las cortes y con mucha frecuencia abogados criminales ganan sus casos por medio de escapatorias absurdas en el contexto de la ley.

Contribuyendo al desorden general están las declaraciones pontificiales de los sociólogos liberales, psiquiatras y otros supuestos “expertos”. Insisten en que la pena capital es irrazonable e inhumana. Declaran que el temor al castigo no sirve para disuadir a los criminales y sugieren que la solución está en rehabilitarlos y no en castigarlos.

Pero están equivocados. Cuanto más confiado está un hombre de que no será castigado, más fácilmente recurrirá al crimen. O si ve que la sentencia es leve se sentirá alentado una vez más a correr el riesgo de ser pillado. O si piensa que el juicio va a prolongarse indefinidamente, se envalentona y a pesar de lo que digan, la sentencia de muerte sí que actúa como una fuerza de disuasión.

Al analizar el creciente índice de criminalidad, una conocida revista de noticias decía que “una de las razones es la carencia de un fuerte disuasivo del sonado sistema judicial americano. Todas las autoridades están de acuerdo en que para que la amenaza de castigo sea creíble, debe ser segura y rápida. Desafortunadamente, el sobrecargado sistema judicial de los Estados Unidos no es seguro ni rápido”.

“Un experto en criminología declaró recientemente que por cada hombre virtuoso por amor a la virtud, 10.000 son buenos porque temen al castigo. Isaac Ehrlich de la Universidad de Chicago dio estadísticas que mostraban que la noticia acerca de la ejecución de un asesino impide que se cometan 17 asesinatos”. La reforma y la rehabilitación no son la respuesta. Han fallado consistentemente tratando de cambiar a los hombres. Sabemos que solamente el nuevo nacimiento por medio del Espíritu de Dios puede transformar en santo a un pecador. Pero lamentablemente son pocas las autoridades, relativamente hablando, que aceptarían esto para ellos mismos o para sus prisioneros.

Siendo este el caso, lo mejor que pueden hacer es tomar muy seriamente el versículo de hoy. “Por cuanto no se ejecuta luego sentencia

sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal”. No será sino hasta que el castigo se imponga con rapidez e imparcialidad que veremos un descenso en las estadísticas del crimen. La solución está ahí, en la Biblia, si los hombres solamente la aceptaran.

9 de DICIEMBRE

“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

Ninguna mente creada podrá comprender jamás la magnitud de la victoria que el Señor Jesús obtuvo en la Cruz del Calvario. Venció al mundo (Jn. 16:33). Juzgó a Satanás, el príncipe de este mundo (Jn. 16:11). Triunfó sobre principados y potestades (Col. 2:15) y también conquistó a la muerte que ahora es sorbida en victoria (1 Co. 15:54-55, 57).

Su victoria es nuestra. Como la victoria de David sobre Goliat trajo liberación a todo Israel, así el triunfo glorioso de Cristo se comunica a todos los que le pertenecen. Por lo tanto, podemos cantar con Horacio Bonar:

¡Es nuestra la victoria!
Por nosotros con poder el Poderoso surgió;
Por nosotros la batalla peleó, y el triunfo ganó;
Es nuestra la victoria.

Somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó porque “ni muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:37-39).

Guy King contaba de un muchacho que estaba en la estación de ferrocarril cuando se detuvo el tren que traía de vuelta al equipo local de fútbol después de un partido importante. El muchacho se acercó corriendo a la primera persona que bajó del tren y le preguntó casi sin aliento: “¿Quién ganó?” Entonces echó a correr por la plataforma de la estación, gritando extasiado: “¡Ganamos, ganamos!” Mientras el sr. King miraba, pensó para sí mismo: “¿En realidad, qué hizo **él** para ganar la victoria? ¿Qué tuvo **él** que ver con el partido en el campo de fútbol?” La respuesta, naturalmente es “Nada en absoluto”. Pero por pertenecer a la misma ciudad, se identificaba con el equipo de la ciudad y reclamaba la victoria como suya.

Oí una vez de un francés que pasó de derrota a victoria por cambiar

de ciudadanía. Esto ocurrió cuando Wellington, llamado el Duque de Hierro, ganó su ilustre victoria sobre Napoleón en Waterloo. Al comienzo el francés estaba ligado a la derrota, pero el día que se convirtió en ciudadano británico, pudo reclamar la victoria de Wellington como suya.

Por nacimiento todos somos súbditos del reino de Satanás y por lo tanto estamos del lado de los perdedores. Pero en el momento en que escogemos a Cristo como Señor y Salvador, pasamos de la derrota a la victoria.
10 de DICIEMBRE

“...le expusieron más exactamente el camino de Dios” (Hechos 18:26b).

Cuando exponemos el camino de la salvación a los demás, es de tremenda importancia hacer que el mensaje sea claro y sencillo, evitando cualquier cosa que pueda confundirlos. De hecho, ya están bastante confundidos porque Satanás ha cegado el entendimiento de los incrédulos (2 Co. 4:4).

He aquí un ejemplo de cómo podemos hablar de modo que confunde a los inconversos y para ellos resulta ser como tapón de oídos: Nos topamos con un joven desconocido y comenzamos a testificarle. Nada más empezar, nos interrumpe diciendo: “ No creo en la religión. La he probado y no me ayudó en absoluto”. A lo cual contestamos: “Yo tampoco creo en la religión y no predico ninguna”.

¡Un momento! ¿Puedes imaginar la confusión que esto causa? Aquí estamos, hablándole de asuntos que son obviamente religiosos y no obstante eso, le decimos que no creemos en la religión. ¡Le dejamos alucinado!

Naturalmente, sé qué es lo que queremos decir: No le estamos pidiendo que se haga miembro de una iglesia o denominación sino que entre en una relación con el Señor Jesús. No estamos promoviendo un credo sino a una Persona. No estamos abogando por una reforma sino por una regeneración, no tratamos de poner un traje nuevo al hombre sino un nuevo hombre en el traje.

Pero cuando el joven piensa en religión, piensa en todo aquello relacionado con la adoración y el servicio a Dios. La palabra “religión”, para la mayoría, significa un sistema de creencias y un estilo de vida peculiar conectado con la relación del hombre hacia la Deidad. De modo que cuando le decimos que no creemos en la religión, inmediatamente se queda con la impresión de que somos paganos o ateos. Antes que tengamos la oportunidad de explicar lo que queremos decir, ya nos ha etiquetado como irreligiosos.

En realidad no es verdad decir que no creemos en la religión. Creemos en las doctrinas fundamentales de la fe cristiana. Creemos que aquellos que profesan fe en Cristo deben mostrarlo en sus vidas. Creemos que la religión pura y sin mácula es: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo (Stg. 1:27).

Lo que no creemos es que la religión sea el salvador. Solamente el Cristo viviente puede salvar. No creemos en las versiones aguadas del cristianismo que circulan en nuestros días. No creemos en ningún sistema que estimula a la gente a pensar que pueden llegar al cielo por sus propias obras o méritos. Pero debemos ser capaces de explicar esto a la gente sin dejarlos pasmados con bombas tales como: “yo tampoco creo en la religión”. No juguemos con las palabras cuando las almas están en juego.

11 de DICIEMBRE

“Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos” (Deuteronomio 11:18).

El versículo de este día está incompleto sin los tres versículos que le siguen, y por eso los citamos aquí: “Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas; para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra”.

Estos textos destacan el importante lugar que la Palabra de Dios debe tener en las vidas de Su pueblo. Cuando se cumplen estas condiciones, los creyentes experimentarán los días de los cielos sobre la tierra.

Primero debemos memorizar la Palabra, o como dice el texto, ponerla en nuestro corazón y alma. El hombre que aprende de memoria grandes porciones de las Escrituras enriquece su propia vida y aumenta su potencial para bendecir a los demás, si es consecuente con lo que memoriza.

La Palabra debe estar ligada a nuestras manos y frentes. Esto no significa que debemos usar filacterias, como algunos suponen, sino más bien que nuestras acciones (manos) y deseos (ojos) deben estar bajo el Señorío de Cristo.

La Palabra de Dios debe ser el tema central de conversación en el hogar. Además, cada hogar debe tener un altar familiar, cuando las Escrituras se leen diariamente y la familia ora unida; nadie puede medir la influencia santificante de la Biblia en un hogar así.

Esta misma Palabra debe ocuparnos cuando vamos por el camino, cuando nos acostamos y al levantarnos. En otras palabras, las Escrituras deben llegar a ser una parte tan importante de nuestras vidas que moldeen nuestra conversación dondequiera que estemos y cualquier cosa que hagamos. Debemos hablar en el lenguaje de la Biblia.

¿Tenemos que escribir estos versículos en los postes de nuestra casa y en nuestras puertas? ¡Buena idea! Muchos hogares cristianos tienen escrito en las

puertas de entrada Josué 24:15: “Pero yo y mi casa serviremos al Señor”. Hay muchísimas casas que tienen textos de la Escritura colgando de las paredes en el interior.

Cuando damos a las Santas Escrituras el lugar apropiado en nuestra vida, no solamente nos ahorramos horas desperdiciadas de charla trivial, sino que nos ocupamos con los temas que realmente importan, los que son de consecuencia eterna, y mantenemos una atmósfera cristiana en nuestros hogares.

12 de DICIEMBRE

“No tentarás al Señor tu Dios” (Mateo 4:7).

¿Qué significa tentar al Señor? ¿Es algo de lo que podemos ser culpables?

Los hijos de Israel tentaron al Señor al quejarse de la falta de agua en el desierto (Éx. 17:7). Cuando dijeron: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?” dudaron no sólo de Su presencia divina sino también de Su cuidado providencial para con ellos.

Satanás tentó al Señor cuando lo desafió a que saltara desde el pináculo del Templo (Lc. 4:9-12). Jesús habría tentado a Dios el Padre si hubiera actuado así, porque habría ejecutado un truco publicitario, algo que estaba fuera de la voluntad del Padre.

Los fariseos tentaron al Señor cuando le preguntaron si era lícito dar tributo al César (Mt. 22:15-18). Pensaron que fuese cual fuese Su respuesta, tomaría partido por los romanos o por aquellos judíos que eran violentamente antiromanos.

Safira tentó al Espíritu del Señor al pretender dar la ganancia completa de la venta de una propiedad al Señor, cuando en realidad retuvo una parte para ella (Hch. 5:9).

Pedro dijo al concilio de Jerusalén que sería tentar a Dios el poner a los creyentes gentiles bajo la ley, un yugo que el pueblo judío mismo no había podido llevar (Hch. 15:10).

Tentar a Dios es: “ver cuán lejos se puede ir sin ser juzgados, abusar o presumir de Su misericordia, ver si cumplirá Su Palabra o se extenderá hasta los límites del juicio (comp. Dt. 6:16; Mt. 4:7)” (Toussaint).

Tentamos a Dios cuando murmuramos o nos quejamos, porque al hacerlo estamos dudando de Su presencia, poder o bondad. Estamos diciendo que no conoce nuestras circunstancias, que no le importan o que no es capaz de libramos.

Tentamos a Dios cuando nos exponemos innecesariamente al peligro y esperamos que nos rescate. A menudo leemos de creyentes equivocados que manipulan serpientes venenosas y mueren como resultado. Su argumento

consiste en decir que Dios ha prometido seguridad en Marcos 16:18, “Tomarán serpientes en sus manos”. Pero esto fue planeado para justificar cada vez que ejecutamos un milagro sólo cuando sea necesario para llevar a cabo Su voluntad en y por medio de nosotros.

Tentamos a Dios cuando le mentimos, al profesar una mayor dedicación, sacrificio y compromiso del que realmente deseamos dar. Así como los fariseos tentaron a Cristo con su hipocresía, así lo tentamos con la nuestra.

Finalmente tentamos a Dios cada vez que nos salimos de la esfera de Su voluntad para nosotros y actuamos obstinadamente. Es inaudito que una criatura

deseo o se atreva tentar a su Creador o que un pecador insulte a su Salvador.
13 de DICIEMBRE

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová y para los que piensan en su nombre” (Malaquías 3:16).

Es posible estar tan atareados que nuestras almas lleguen a ser estériles. La mucha actividad hace que nos ocupemos demasiado con nuestro trabajo y muy poco con nuestro Dios. Aquellos predicadores que no pasan mucho tiempo en meditación y comunión solos con el Señor muy pronto empiezan a dar mensajes de segunda mano, copiados de otros, que tienen poco o ningún poder espiritual. Todos debemos orar: “Señor, líbrame de la esterilidad de una vida ocupada”. Muchos creyentes tienen miedo a la soledad, tienen que estar con otros, hablando, trabajando, o viajando. No se toman el tiempo para estar en tranquila contemplación. Las presiones de la vida moderna nos impulsan a ser hiperactivos o personas que rinden más de lo esperado. Cogemos velocidad y nos cuesta detenernos. La vida parece ser un continuo empujar, empujar, empujar, seguir, seguir, seguir. El resultado es que no desarrollamos raíces espirituales profundas. Todavía repetimos las mismas frases hechas que compartimos con la gente veinte años atrás. ¡Ningún progreso en veinte años!

Y no obstante, están aquellos que se disciplinan a sí mismos para escapar de esta carrera de ratas, que rehusan invitaciones y dejan de lado actividades secundarias para pasar un tiempo a solas con el Señor. Resueltamente hacen tiempo para orar y meditar. Tienen un escondite donde pueden dejar de escuchar el ruido del mundo para estar a solas con el Señor Jesús.

Estas personas tienen un caminar distinto, de poder interior, en el que andan con el Señor. “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto” (Sal. 25:14). Dios les revela secretos de los que nosotros, en nuestras vidas delirantes, no sabemos nada. Hay una comunicación de inteligencia divina en lo que respecta a la dirección en la vida cotidiana, en relación a los eventos que suceden en el mundo espiritual, y en relación con el futuro. Aquellos que habitan en el santuario a menudo tienen visiones de Dios que no conocen en absoluto los que viven en los suburbios. Fue aquél que se recostaba en el seno del Salvador a quien le fue dada la revelación de Jesucristo.

Frecuentemente pienso en estas palabras de Cecilio: “Yo digo en

todas partes y a todos, que debes mantener una relación con Dios o tu alma morirá. Debes caminar con Dios o Satanás caminará contigo. Debes crecer en la gracia o la perderás; y no puedes hacer esto sino dándole a este propósito una porción conveniente de tu tiempo y empleando diligentemente los medios pertinentes. No me explico cómo es que algunos cristianos pasan tan poco tiempo de recogimiento y aislamiento. Encuentro en el espíritu de esta edad un fuerte principio de asimilación. Arrastra violentamente mi mente a su remolino y me hunde entre las heces y suciedad de la naturaleza carnal... Estoy obligado a retirarme regularmente y decir a mi corazón: ‘¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás ahora?’”.

14 de DICIEMBRE

“...para gloria mía los he creado, los formé y los hice” (Isaías 43:7).

Una de las grandes tragedias de nuestra existencia es ver cómo tantos hombres y mujeres desperdician sus vidas. El hombre, después de todo, fue hecho a la imagen y semejanza de Dios. Fue destinado a un trono y no a un taburete. Fue creado para ser representante de Dios y no un esclavo del pecado. En respuesta a la pregunta: “¿Cuál es el fin principal del hombre?” El Catecismo Menor nos recuerda que: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios, y disfrutar de él por siempre”. Si no comprendemos esto, no entendemos nada.

J. H. Jowett llora al darse cuenta de que el proceder de mucha gente a través de los años “no es tanto el tránsito de un hombre sino el paso de una ameba”. Se lamenta al ver a los hombres que se malgastan hasta llegar a ser tan sólo “oficiales de segunda clase en empresas transitorias”. Nota con tristeza el epitafio de uno que “nació hombre y murió comerciante”.

F. W. H. Meyers ve tranquilamente a la distancia a la humanidad y escribe:

Veo al rebaño, tan solo como almas,
Atados los que debieran vencer,
Esclavos los que reyes debieran ser,
Escuchando su única esperanza con una hueca admiración,
Tristemente satisfechos de las cosas con una demostración.

Cuando Watchman Nee era joven, se conmovía al ver “los dones creativos humanos despilfarrados por un patrón avaricioso... en uno de los talleres donde se pintaba con laca en una calle de la vieja ciudad, trabajaba un artesano anónimo que ya había empleado seis años trabajando en tres paneles de madera de un biombo de cuatro paneles, tallando en la madera natural relieves de flores blancas contra la superficie negra laqueada. Por esto, el propietario del taller le pagaba ocho centavos por día sin importar: “si llovía, hacia sol, era día de fiesta o estallara una revolución”, más arroz y legumbres, y una tabla para dormir. Una vez hubo adquirido destreza para hacer este trabajo, pudo hacer solamente dos de estos biombos porque sus ojos y nervios le fallaban, y fue echado con los mendigos”.

La tragedia de la vida en el día de hoy es que los hombres no aprecian su alto llamamiento. Van por la vida aferrándose a lo subordinado. Se arrastran en lugar de volar. Como alguien ha dicho, escarban en el

montón de basura, sin advertir al ángel que por encima de ellos les ofrece una corona. Pasan su tiempo ganando para vivir en lugar de ganar una vida.

Actualmente muchos están preocupados por el daño que se causa a los recursos naturales, pero jamás piensan en la pérdida aún mayor de recursos humanos. Grupos numerosos hacen campañas para salvar a las especies de pájaros, animales y peces que están en peligro de extinción, pero no se conmueven al ver cómo la gente despilfarras su vida. Una vida humana vale mucho más que el mundo entero. Desperdiciar esa vida es una tragedia indecible. Una mujer dijo: “Tengo setenta años y no he hecho nada con mi vida” ¿Hay algo más trágico que esto?

15 de DICIEMBRE

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (Salmo 126:5-6).

En el Salmo 126 los hijos de Israel rememoran el tiempo de su regreso a la tierra después de su cautividad en Babilonia. Era como si estuvieran en un mundo de sueño, lleno de risas y cantos. Aun sus vecinos paganos comentaban las grandes cosas que el Señor había hecho por Su pueblo.

Ahora que estaban de regreso en su propia tierra, debían comenzar a sembrar el campo. Pero esto les planteaba un problema pues habían traído con ellos solamente una cantidad limitada de granos. Podían usarlos como comida, después de todo, no había cosechas en el campo que recoger o bien podían usarlos como semilla, sembrándola, con la esperanza de una cosecha abundante en los días futuros. Si decidían usar la mayor parte del grano como semilla, significaba que tendrían que vivir frugalmente y con sacrificio hasta el tiempo de la cosecha. Decidieron esta última alternativa.

Mientras el sembrador caminaba por sus campos, hundía sus manos en la semilla y la esparcía en la tierra de surcos abiertos, derramaba lágrimas ante la idea de las privaciones que él y su familia tendrían que padecer hasta el tiempo de la cosecha.

Pero más tarde, cuando los campos rebosaran con grano dorado, sus lágrimas se tornarían en gozo a medida que llevaba al granero las gavillas maduras. Todos los sacrificios de su familia habrían sido ricamente recompensados.

Podemos pensar en esto en relación a la manera en que administramos las cosas materiales. El Señor nos ha confiado a cada uno una cantidad limitada de dinero. Podemos gastarla en nuestro propio beneficio y comprando todo aquello que nuestros corazones desean, o podemos vivir sacrificadamente invirtiendo en la obra del Señor, en la obra pionera en nuestro país, el campo

misionero, literatura cristiana, los ministerios de nuestra iglesia local, y en muchas otras formas de actividad evangelística. En ese caso esto significaría escoger un nivel de vida modesto, de modo que todo lo demás que no es esencial para la vida diaria es para la obra del Señor. Significa vivir con un presupuesto restringido para que las almas no perezcan por la falta del evangelio.

Pero cualquiera de estos sacrificios no serán dignos de mención cuando llegue el tiempo de la cosecha, cuando veamos a hombres y mujeres en el cielo como resultado de nuestra vida sacrificada. Una persona salva del infierno se convierte en un adorador del Cordero de Dios por toda la eternidad, y esto merece cualquier sacrificio que podamos hacer ahora.

16 de DICIEMBRE

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios ...sana todas tus dolencias” (Salmo 103:2-3b).

Uno de los nombres compuestos de Dios en el Antiguo Testamento es Jehová-Rafa, que significa “Yo soy Jehová tu sanador” (Éx. 15:26b). Nos sana de toda clase de enfermedades y finalmente nos librá para siempre de toda enfermedad.

Algunas veces nos sana por medio de los tremendos poderes de recuperación con los que ha dotado a nuestros cuerpos. Ésta es la razón por la que los doctores dicen con frecuencia: “Casi todo va mejor por la mañana”. A veces nos sana por medio de la medicina y la cirugía. Dubois, el famoso médico francés, decía: “El cirujano venda la herida; Dios la sana”. Otras veces nos sana milagrosamente. Lo sabemos porque así lo afirman los Evangelios y por la experiencia personal.

Sin embargo, no es siempre la voluntad de Dios que sanemos. Si así fuera, algunos jamás envejecerían ni morirían. Pero tarde o temprano todos moriremos, hasta que el Señor venga. Dios no quitó la aflicción física de Pablo pero le dio gracia para soportarla (2 Co. 12:7-10).

En un sentido general, todas las enfermedades son resultado del pecado. En otras palabras, si nunca se hubiera cometido ningún pecado, no habría ninguna enfermedad. En ocasiones la enfermedad es resultado directo del pecado en la vida de una persona. Por ejemplo, el alcoholismo en ocasiones provoca enfermedades en el hígado, fumar a veces produce cáncer, la inmoralidad sexual a menudo causa enfermedades venéreas y la preocupación hace que salgan úlceras. Pero no todas las enfermedades son resultado directo del pecado. Satanás le provocó a Job serias enfermedades (Job 2:7) y no obstante, Job era el hombre más justo de la tierra (Job 1:8; 2:3). Hizo que una mujer desconocida fuera afligida con encorvamiento de

la columna vertebral por muchos años (Lc. 13:11-17), e hizo surgir un agujijón en la carne de Pablo (2 Co. 12:7). En Juan 9:2-3, el pecado pudo no haber sido la causa de que aquel hombre naciera ciego. Epafrdito estaba gravemente enfermo pero no a causa del pecado, sino a causa de su servicio incansable para el Señor (Fil. 2:30). Gayo estaba espiritualmente sano pero físicamente indispuerto (3 Juan 2).

Por último, el hecho de no ser sanado no indica necesariamente falta de fe. Solamente cuando Dios nos ha dado una promesa específica de que nos sanará, puede la fe reclamar esa sanidad. De otra manera, debemos encomendarnos a nuestro Señor vivo y amante y orar que se haga Su voluntad.

17 de DICIEMBRE

“Sin leña se apaga el fuego...” (Proverbios 26:20).

Dos hombres riñen. Uno lanza una ráfaga iracunda de palabras y el otro le contesta con una réplica cortante. Uno ataca acaloradamente y el otro contraataca con idéntica vehemencia. Ninguno desea detenerse para que su silencio no se interprete como debilidad o derrota. Y así el fuego aumenta en intensidad y una oleada de odio va de aquí para allá.

Pero cambiemos el cuadro. Un hombre dirige una descarga verbal a su oponente, pero no recibe fuego a cambio. El primero trata de agravar, irritar, calumniar y avergonzar, pero el otro se niega a unirse a la refriega. Al final el antagonista advierte que está perdiendo el tiempo, así que se escabulle refunfuñando y maldiciendo. El fuego se extinguió porque el acusado rehusó añadirle combustible.

El Dr. H. A. Ironside a menudo se encontraba al final de una reunión con personas que deseaban discutir con él por algo que había dicho. Casi siempre se trataba de espulgar liendres y no de discutir alguna doctrina fundamental. El Dr. Ironside escuchaba pacientemente, luego, cuando el contencioso se detenía para tomar aliento, decía: “Bien, hermano, cuando lleguemos al cielo, uno de nosotros estará equivocado y quizás ése seré yo”. Esa respuesta invariablemente liberaba al hermano para atender a otro.

¿Cómo tomamos **nosotros** las críticas? ¿Nos defendemos, devolvemos ojo por ojo, dejamos salir todos los pensamientos críticos que hemos abrigado acerca de la otra persona? O más bien decimos con calma: “Hermano, me alegro de que no me conozcas mejor, porque si así fuera, tendrías más por lo que criticarme”. Respuestas como ésta han apagado muchos fuegos.

Supongo que la mayoría de nosotros hemos recibido en alguna ocasión una carta bastante explosiva. La reacción natural en esta

circunstancia es hundir nuestra pluma en ácido y enviar una picante respuesta. Esto alimenta el fuego y muy pronto cartas venenosas corren de aquí para allá. Cuánto mejor es escribir una simple réplica: “Querido hermano, si deseas pelear con alguien, por favor, pelea con el diablo”.

La vida es demasiado breve para gastarla en autodefensa, riñendo o discutiendo acaloradamente. Estas cosas nos desvían de lo que es de primera importancia, reducen nuestro tono espiritual y perjudican nuestro testimonio. Otros pueden llevar la antorcha con la que deliberadamente comenzarán un fuego, pero nosotros debemos controlar el combustible.

Cuando nos negamos a añadir combustible al fuego, éste se apaga.
18 de DICIEMBRE

“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5:20).

Dios pronuncia un ¡ay! sobre aquellos que invierten los valores morales, haciendo al pecado respetable y sugiriendo que la pureza es menos que deseable. Herbert Vander Lugt citaba tres ilustraciones contemporáneas de cómo los hombres intentan forzar las distinciones morales. “Primero, leí un artículo que trataba ligeramente los pésimos resultados de la pornografía, pero que deploraba la “actitud puritana de los religiosos”. Segundo, me topé con el relato en un periódico que hablaba de un grupo de padres preocupados que intentaban quitar de su puesto a una maestra soltera embarazada. El escritor la describía como una bella persona, mientras que se refería a las madres y a los padres como villanos. Tercero, observé cómo un invitado a un programa de televisión defendía el rock duro, la borrachera y el uso de drogas en relación a un concierto en el que varios jóvenes resultaron muertos. Acusaba de nuestros problemas sociales a aquellos individuos que no gustaban de este tipo de reuniones”.

Deseo sugerir dos razones que explican porqué estamos siendo testigos de una ola creciente de cambios morales. En primer lugar, la gente ha abandonado los absolutos morales que se encuentran en la Biblia. Ahora la moralidad es asunto de la propia interpretación. En segundo lugar, cuanto más rienda suelta se da al pecado, más obligados se sienten a justificar el pecado como una conducta legítima, defendiéndose de esta manera.

Algunos que encuentran difícil justificar el pecado recurren en cambio a argumentos *ad hominem*, esto es, atacan el carácter del oponente en vez de contestar a sus argumentos. De este modo, en las ilustraciones antes citadas, los libertarios atacaban la “actitud puritana de los religiosos”, presentaban a los padres como villanos y culpaban de los problemas sociales a la gente que hablaba claro contra la borrachera, las drogas y un concierto de rock en el que varios jóvenes resultaron muertos.

Además de aquellos que invierten las distinciones morales, existen también los que se complacen en enturbiarlas. Desafortunadamente un gran número de éstos son líderes religiosos. En vez de sacar a la luz de lleno el lado bíblico y llamar a los pecados por

sus nombres, andan con mucho sigilo por las ramas, dando a entender que, después de todo, no son tan malos. Según ellos, la borrachera es una enfermedad. La perversión es un estilo de vida alternativo. El sexo fuera del matrimonio es admisible si éste es aceptable culturalmente. Los abortos, la desnudez pública y la prostitución son derechos personales que no deben restringirse.

Semejante pensamiento confuso deja al descubierto una grave ausencia de inteligencia moral. Estos argumentos perversos son mentiras del diablo que al final hunden a los hombres en la perdición.

19 de DICIEMBRE

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”
(Lucas 21:33).

La Palabra de Dios no sólo es eterna; su cumplimiento es absolutamente seguro. En Mateo 5:18, el Señor Jesús dijo que ni una jota ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Una jota es una letra del alfabeto hebreo que se parece a una coma o a un apóstrofe. Una tilde es un rasgo pequeño de una letra hebrea; podemos compararla con el trazo inferior de la letra mayúscula E que la distingue de la F. En otras palabras, Jesús nos dice que la Palabra de Dios se cumplirá hasta en los detalles más insignificantes.

Juliano el Apóstata, un emperador romano que vivió en el 331-336 d.C. decidió refutar la Biblia y desacreditar al cristianismo. El pasaje particular que escogió fue Lucas 21:24, “Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; **y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan**”. Comenzó por animar a los judíos a que reconstruyeran el templo. Según el historiador Gibbon en su obra: **El Ocaso y Caída del Imperio Romano**, se pusieron a trabajar ansiosamente, empleando en su extravagancia hasta palas de plata y llevando la basura en velos de púrpura. Pero mientras trabajaban, fueron interrumpidos por un terremoto y por bolas de fuego que salían de la tierra. Tuvieron que abandonar el proyecto.

Casi 600 años antes de Cristo, Ezequiel profetizó que la Puerta Oriental de Jerusalén sería cerrada y que permanecería así hasta que “el príncipe” viniera (Ez. 44:3). Muchos estudiantes de la Biblia entienden que “el príncipe” es el Mesías. La puerta, posteriormente llamada la Puerta Dorada, fue cerrada por el Sultán Sulemán en el 1543 d.C. En el plan que tenía el Kaiser Guillermo para capturar Jerusalén, esperaba entrar por esta puerta, pero su esperanza se vio frustrada. La puerta permanece cerrada.

Voltaire se jactaba de que la Biblia sería un libro muerto en un término de 100 años. Cuando pasaron los cien años, Voltaire ya había muerto y su casa se convirtió en la sede central de la Sociedad Genovesa de la Biblia. Ingersoll hizo un alarde similar. Decía que la Biblia estaría en el depósito de cadáveres en un lapso de quince años. Mas fue él, y no la Biblia, quien fue a dar al depósito. La Biblia sobrevive a todos sus críticos.

Podríamos pensar que los hombres al fin despertarán al hecho de que la Biblia es la Palabra eterna de Dios y que nunca pasará. Pero, como dijo Jonathan Swift: “No hay nadie tan ciego como aquel que no quiere

ver”.

20 de DICIEMBRE

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”
(Filipenses 4:11).

A menudo se nos dice que lo que no importa son las circunstancias de la vida, sino cómo reaccionamos a ellas. Es cierto. En vez de estar tratando siempre de cambiar nuestras circunstancias, debemos pensar más en cambiarnos a nosotros mismos.

Hay diferentes modos en los que la gente responde a los acontecimientos adversos. El primero es **estoicamente**. Esto significa que son completamente impasibles, apretando los dientes sin mostrar ninguna emoción. Su política es: “cooperar con lo inevitable”.

Otros responden **históricamente**. Se derrumban emocionalmente con grandes clamores, lágrimas y demostraciones físicas espectaculares. Algunos reaccionan **derrotistamente**. Se rinden en un despreciable desaliento. En casos extremos esto puede terminar en suicidio.

El cristiano normal responde **sumisamente**. El creyente razona: “Esto no sucedió por accidente. Dios controla todo lo que llega a mi vida. No ha cometido un solo error. Ha permitido que esto suceda para glorificarse a Sí mismo, bendecir a los demás y hacerme bien. No puedo ver el pleno desarrollo de Su programa, sin embargo, confiaré en Él. De modo que me inclino ante Su voluntad y oro pidiendo que se glorifique a Sí mismo y me enseñe lo que desea que aprenda”.

Hay otro modo en el que algunos santos escogidos reaccionan, es decir, **triunfalmente**. No me atrevo a contarme entre este número, aunque aspiro a formar parte de su compañía. Estos son los que usan la adversidad como un trampolín para la victoria. Transforman lo amargo en dulce y las cenizas en belleza. No dejan que las circunstancias les gobiernen, más bien hacen que las circunstancias les sirvan. En este sentido, son “más que vencedores”. He aquí unas cuantas ilustraciones.

Había una cristiana cuya vida parecía estar llena de decepciones y frustración. No obstante su biógrafo escribió: “Hizo de las negativas de Dios magníficos ramos de flores”.

Ciertos creyentes en un país oriental habían sido atacados con piedras por una multitud encolerizada. Cuando estos mismos creyentes regresaron, construyeron una capilla con las piedras que les habían sido arrojadas.

Después de comprar una casa, un hombre encontró una inmensa

piedra en medio de su jardín. Decidió hacer un jardín adornado de piedras.

E. Stanley Jones decía: “Usa tus negativas y conviértelas en puertas”, como alguien dijo: “Cuando la vida te da limones, haz limonada”.

Me gusta especialmente la historia del hombre a quien su doctor le dijo que perdería un ojo y tendría que usar un ojo de cristal. Su respuesta inmediata fue: “Asegúrese de ponerme uno que pueda guiñar”. A esto le llamo yo vivir por encima de las circunstancias.

21 de DICIEMBRE

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

La iglesia ocupa un lugar de suma importancia en la mente de Cristo, y debe ser extremadamente importante en nuestra estima también.

Sentimos su importancia por el espacio prominente que se le da en el Nuevo Testamento. También reclamó un lugar significativo en el ministerio de los apóstoles. Por ejemplo, Pablo hablaba de su doble ministerio: predicar el evangelio y dar a conocer la verdad de la iglesia (Ef. 3:8-9). Los apóstoles hablaban de la iglesia con un entusiasmo que extrañamente se ha perdido en nuestros días. Dondequiera que iban establecían iglesias, mientras que la tendencia en nuestros días es la de comenzar organizaciones cristianas.

La verdad de la iglesia formaba la piedra final de la revelación bíblica (Col. 1:25-26). Ésta fue la última doctrina importante que se reveló. La iglesia es una enseñanza objetiva para los seres angelicales (Ef. 3:10). Aprenden por medio de ella lecciones extraordinarias acerca de la multiforme sabiduría de Dios.

La iglesia es la entidad sobre la tierra que Dios ha escogido para propagar y defender la fe (1 Ti. 3:15). Se refiere a ella como columna y baluarte de la verdad. Aunque podemos agradecer a todas aquellas organizaciones paraeclesiales que se han dedicado a diseminar el evangelio e instruir a los creyentes, la verdad es que ellas cometen el error de tomar el lugar de la iglesia local en las vidas de sus miembros. Dios prometió que las puertas del Hades no prevalecerían contra la iglesia (Mt. 16:18), pero no dio esta promesa a las organizaciones cristianas.

Pablo se refiere a la iglesia como la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef. 1:20-23). En gracia maravillosa, la Cabeza no se considera completa a sí misma sin Sus miembros.

La iglesia no es solamente el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:12,13); es también Su novia (Ef. 5:25-27, 31, 32). Como cuerpo, es el vehículo a través del que escoge representarse a Sí mismo al mundo en esta época. La

novia es el objeto especial de Su afecto, y la está preparando para que comparta Su reino y gloria.

Por todo lo dicho, estamos obligados a concluir que la asamblea más débil y pequeña de creyentes significa más para Cristo que el imperio más grande de este mundo. Él habla de la iglesia con términos de tierno cariño y dignidad única. También concluimos que un anciano en una asamblea local significa más para Dios que un presidente o un rey. No hallamos muchas instrucciones en el Nuevo Testamento acerca de cómo debe ser un buen gobernante, pero se dedica espacio considerable a la obra de un anciano.

Si alguna vez llegamos a ver a la iglesia como el Señor la ve, esto revolucionará nuestra vida y ministerio.

22 de DICIEMBRE

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:26-27).

Éste es uno de los versículos en el Nuevo Testamento que inquieta en extremo a muchos cristianos ardientes y esmerados. Argumentan de esta manera: estoy luchando con una tentación a pecar. Sé que es malo y que no debo hacerlo, y sin embargo sigo adelante y lo hago. Desobedezco deliberadamente. Me parece que estoy pecando voluntariamente. Por lo tanto, este versículo suena como que he perdido mi salvación.

El problema surge porque toman el versículo fuera de su contexto y hacen que diga algo que jamás tuvo el propósito de decir. El contexto tiene que ver con el pecado de la apostasía: el pecado de aquel que profesa ser creyente durante algún tiempo, pero que más tarde repudia la fe cristiana y se identifica con algún sistema que se opone a Cristo. El apóstata es descrito en el versículo 29: es alguien que ha pisoteado al Hijo de Dios, ha tenido por inmunda la sangre del pacto en la que fue santificado y ha hecho afrenta al Espíritu de gracia. Muestra por su amargo proceder al volverse contra Cristo, que nunca ha nacido de nuevo.

Supongamos que un hombre escucha el Evangelio y desarrolla cálidos sentimientos hacia la fe cristiana. Deja su religión ancestral y adopta el título de cristiano sin ser genuinamente convertido. Pero comienza la persecución y cambia de opinión con respecto a ser identificado como cristiano. Finalmente decide volver a su religión de antes. Pero no es tan fácil. Supongamos que antes de admitirle los líderes deciden que el renegado se retracte. Para esto, montan una pequeña ceremonia por la que éste debe pasar. Toman la sangre de un cerdo y la esparcen por el suelo. Luego le dicen: “Esa sangre representa la sangre de

Cristo. Si quieres volver a la religión de tus padres, debes pisarla”. Y así lo hace. En efecto, está pisoteando al Hijo de Dios y teniendo por inmunda Su sangre como una cosa profana. Ese hombre es un apóstata. Ha cometido el pecado voluntario.

Un verdadero creyente no puede cometer este pecado voluntario. Puede cometer otros actos de pecado aun sabiendo que está mal. Puede violar deliberadamente su conciencia. Esto es grave a los ojos de Dios, y no debemos decir nada que lo excuse. Pero todavía puede encontrar perdón si confiesa y abandona su pecado. No así con el apóstata. Para él el veredicto es que ya no queda más sacrificio por los pecados (v. 26b) y es imposible renovarle para arrepentimiento (He. 6:6).

23 de DICIEMBRE

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6).

Ayer consideramos un pasaje que es angustioso para algunos cristianos sinceros. Hoy veremos tres versículos en la primera epístola de Juan que también perturban a creyentes que son muy conscientes de su pecaminosidad. Tenemos el versículo citado al comienzo de esta página. Poco después viene 1 Juan 3:9 que dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. Y 1 Juan 5:18 dice: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca”. Así tal cual, estos versículos podrían hacer a cualquiera de nosotros dudar de si somos creyentes verdaderos.

Sin embargo, otros versículos en esta misma carta reconocen que el creyente peca, por ejemplo 1:8-10; 2:1b.

El problema en gran parte es de traducción. En la lengua original del Nuevo Testamento hay una diferencia entre cometer actos ocasionales de pecado y practicar el pecado como norma de vida. El cristiano sin duda comete actos de pecado, pero el pecado no caracteriza su vida. Ha sido libertado del pecado como amo.

La Nueva Versión Internacional los traduce así: “Todo el que permanece en él, no practica el pecado. Todo el que practica el pecado, no lo ha visto ni lo ha conocido” (3:6). “Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede practicar el pecado, porque ha nacido de Dios” (3:9). “Sabemos que el que ha nacido de Dios no está en pecado; Jesucristo, que nació de Dios, lo protege, y el maligno no llega a tocarlo” (5:18).

Si un cristiano dice que no peca, es porque tiene un concepto imperfecto de lo que es el pecado. Aparentemente no se da cuenta de que cualquier cosa que

no cumple con la regla perfecta de Dios es pecado. La realidad es que cada día pecamos en pensamiento, palabra y obra.

Pero Juan hace una distinción entre lo que es excepcional y lo que es habitual. Para el santo genuino el pecado es algo extraño, y la justicia es habitual en su casa.

Cuando vemos esto, no hay necesidad de torturarnos con estos versículos que nos hacen dudar de nuestra salvación. La sencilla realidad es ésta: la voluntad de Dios es que no pequemos, y no nos da permiso para pecar. Desafortunadamente pecamos. Pero el pecado ya no es la potencia dominante en nuestras vidas. Ya no practicamos el pecado como lo hacíamos antes de ser salvos, y si pecamos, encontramos perdón al confesar y abandonar nuestro pecado.

24 de DICIEMBRE

“El hombre rico piensa que su riqueza es una defensa invulnerable, una alta muralla de seguridad. ¡Qué soñador!” (Proverbios 18:11 traducido de la paráfrasis The Living Bible).

El rico necio del Evangelio según Lucas tenía tantas riquezas que no sabía qué hacer con ellas. Así que decidió derribar sus graneros y silos y construir otros más grandes. Pensó que así se sentiría satisfecho sin saber que moriría tan pronto como su proyecto estuviera terminado. Su riqueza no le salvó de la muerte y de la tumba.

Sider dice: “El rico necio es el retrato clásico de la persona codiciosa. Tiene una ávida compulsión por adquirir más y más posesiones, aun cuando no las necesita. Su éxito fenomenal amontonando más y más propiedades lo lleva a la conclusión blasfema de que las posesiones materiales pueden satisfacer todas sus necesidades. Desde la perspectiva divina, sin embargo, esta actitud es una locura completa. Es un loco de atar”.

Hay una leyenda acerca de un hombre que quería hacerse rico en la bolsa de valores. Cuando alguien le dijo que podría tener todo lo que quisiera, dijo que le gustaría ver el periódico del año siguiente. Su idea era hacer una fortuna comprando las acciones que estuvieran a la alta durante el año siguiente. Cuando obtuvo el periódico, se recreaba pensando en lo rico que se iba a hacer. Pero entonces echó un vistazo a las esquelas, y vio que su nombre estaba allí.

El salmista menosprecia a aquellos ricos cuyo “íntimo pensamiento es que sus casas serán eternas, y sus moradas por todas las generaciones; y a sus tierras han dado sus nombres” (Sal. 49:11 BAS). Mas cuando mueren dejan sus riquezas a otros. “Mas el hombre, en su vanagloria, no permanecerá; es como las bestias que perecen” (Sal. 49:12

BAS).

Hay un proverbio muy cierto que dice que el dinero es el pasaporte universal a todo lugar menos al cielo, y el proveedor universal de todo menos de la felicidad.

Ninguna persona rica ha tenido jamás el signo de dinero grabado en la lápida de su tumba, aun cuando el dinero haya sido la obsesión de su vida. Si utilizara el símbolo de lo que era supremo para él, este sería el \$. Pero en la muerte escoge un símbolo religioso, como una cruz. Éste es un gesto final de hipocresía. El justo lo ve y dice: “He aquí el hombre que no puso a Dios por su fortaleza, sino que confió en la multitud de sus riquezas, y se mantuvo en su maldad” (Sal. 52:7). Y Dios escribe su epitafio: “Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Lc. 12:21).

25 de DICIEMBRE

“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16).

El misterio es grande, no porque sea enigmático sino porque es asombroso. El misterio es la verdad extraordinaria que Dios fue manifestado en carne.

Significa, por ejemplo, que el Eterno nació en un mundo donde hay tiempo, y vivió en una esfera de calendarios y relojes.

Aquel que es Omnipresente y capaz de estar en todos los lugares al mismo tiempo, se confinó a Sí mismo a un sólo lugar: Belén, Nazaret, Capernaúm o Jerusalén.

Es maravilloso pensar que el Dios Grande, que llena el cielo y la tierra se comprimiera en un cuerpo humano. Cuando los hombres lo miraban podían decir con precisión: “En Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad”.

El misterio nos recuerda que el Creador visitó este insignificante planeta llamado Tierra. Siendo tan sólo una partícula de polvo cósmico, en comparación con el resto del universo, no obstante, pasó por alto el resto para llegar aquí. ¡Del palacio del cielo a un establo, a un pesebre!

El Omnipotente se convirtió en un indefenso Bebé. No es exagerado decir que Aquel a quién María sostenía en sus brazos también sostenía a María, porque Él es el Sustentador así como el Hacedor.

El Omnisciente es la fuente de toda sabiduría y conocimiento y a pesar de esto, leemos acerca de Él que, siendo Niño, crecía en sabiduría y conocimiento. Es casi increíble pensar que el Dueño de todo llegaba como alguien inoportuno a sus propias posesiones. No hubo lugar para Él en el mesón. El mundo no le conoció, los Suyos no le recibieron.

El Amo llegó al mundo como un Siervo. El Señor de la gloria veló

Su gloria en un cuerpo de carne. El Señor de la vida vino al mundo a morir. El Santo se internó en una jungla de pecado. Aquel que es infinitamente alto llegó a ser íntimamente cercano. El Objeto de la delicia del Padre y de la adoración angélica se encontró hambriento, sediento y cansado, junto al pozo de Jacob, durmió en una barca en Galilea y vagó “como un extranjero sin hogar en el mundo que Sus manos habían hecho”. Vino del lujo a la pobreza, sin tener siquiera un lugar donde reclinar Su cabeza. Trabajó como carpintero. Jamás durmió en un colchón. Nunca tuvo agua corriente caliente y fría u otras comodidades que nosotros damos por sentado.

¡Y todo fue por ti y por mí! ¡Oh ven, adorémosle!

26 de DICIEMBRE

“Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las personas, y toma para ti los bienes” (Génesis 14:21).

Los ejércitos invasores habían llegado a Sodoma y capturado a Lot, su familia y grandes cantidades de botín. Tan pronto como Abram lo oyó, armó a sus siervos y persiguió a los invasores, hasta que finalmente los alcanzó cerca de Damasco y rescató a los cautivos y sus pertenencias. El rey de Sodoma salió para encontrar a Abram cuando volvía y le dijo: “Dame las personas, y toma para ti los bienes”. Abram contestó que no tomaría ni una correa de calzado para que el rey no dijera que había enriquecido a Abram.

En un sentido el rey de Sodoma representa a Satanás, que intenta hacer que los creyentes se ocupen con las cosas materiales y descuiden a la gente que les rodea. Abram resistió la tentación, pero muchos desde aquel tiempo no han tenido tanto éxito. Han dado prioridad a la acumulación de posesiones y han prestado poca atención a los vecinos y amigos que están afrontando la eternidad sin Dios, sin Cristo y sin esperanza.

Las personas son importantes; las cosas no. Un joven cristiano entró en la sala de su casa, donde su madre estaba cosiendo, y le dijo: “Mamá, estoy contento de que Dios me haya dado un amor más grande por las personas que por las cosas”. Esa madre en particular también estaba contenta.

Parece incongruente llorar cuando alguien rompe tu taza de té de porcelana china, y sin embargo jamás derramar una lágrima por los millones que perecen. Es interesante tener una memoria fenomenal para los jugadores de fútbol y no obstante, quejarnos porque no logramos recordar los nombres de otras personas. Se hecha de ver mi sentido distorsionado de los valores cuando me molesto más por el daño causado a mi automóvil que por la persona lastimada en el otro automóvil. Es fácil tomar a mal las interrupciones cuando estamos trabajando en algún proyecto doméstico aun cuando la interrupción pueda ser más importante que el proyecto.

A menudo estamos más interesados en el oro y la plata que en los hombres y las mujeres. A. T. Pierson decía: “Hay enterrado en los hogares cristianos oro, plata y adornos inútiles suficientes para construir una flota de 50.000 barcos, llenarlos de Biblias y atestarlos de misioneros: construir una iglesia en cada aldea desamparada y proveer a cada alma viviente con el evangelio por un buen número de años”.

Otro hombre de Dios con un ministerio profético, J. A. Stewart, escribió: “Hemos usado nuestra riqueza para vivir en lujos que no necesitamos. Nos aficionamos al caviar, mientras millones en otras partes de nuestro mundo mueren de inanición por el pecado. Hemos vendido nuestra primogenitura espiritual por un plato de lentejas”.

Repetidamente me pregunto cuándo los cristianos abandonaremos la lucha furiosa por las posesiones materiales y nos concentraremos en el bienestar espiritual de los demás. Un alma viviente vale más que toda la riqueza del mundo. Las cosas no importan; las personas sí.

27 de DICIEMBRE

“Mi cuerpo que por vosotros es partido” (1 Corintios 11:24).

Amy Carmichael apunta en su lista cuatro cosas quebradas que figuran en la Biblia y los resultados conseguidos por ellas: Cántaros quebrados (Jue. 7:18,19), y la luz brilló. Un vaso de alabastro quebrado (Mr. 14:3), y el perfume se esparció. Pan partido (Mt. 14:19), y la multitud fue alimentada. Un Cuerpo partido (1 Co. 11:24), y el mundo fue redimido.

Es nuestro privilegio añadir un quinto a la lista: una voluntad quebrantada, y el resultado es una vida inundada de paz y realización.

Muchos que han acudido a la Cruz para salvación nunca han ido allí buscando el quebrantamiento de su voluntad. Pueden tener una disposición gentil y apacible, nunca haber hablado más alto que un susurro, tener una apariencia externa de espiritualidad y sin embargo, tener una voluntad de acero que les impide alcanzar en la vida lo mejor de Dios.

Algunas veces sucede con jóvenes que están enamorados y consideran la posibilidad del matrimonio. Los padres y amigos con juicio sabio y maduro que les conocen, pueden ver que nunca funcionará. Pero, la pareja testaruda rechaza cualquier consejo que no quiere oír. Las mismas voluntades intratables que les guían al altar matrimonial, les llevan poco más tarde ante el tribunal del divorcio.

Lo hemos visto con cristianos que están determinados a entrar en cierto negocio cuando claramente no tienen la experiencia ni el conocimiento necesario para conducirlo. Contra el consejo de asociados conocedores, malgastan su propio dinero y a menudo el dinero prestado de amorosos amigos. Sucede lo inevitable. El negocio fracasa y entran los acreedores para llevárselo todo.

No es extraño ver los efectos dañinos de una voluntad no quebrantada

en el servicio cristiano. Lleva a un hombre y su familia al campo de misión sólo para repatriarlo en un año con gran coste para la iglesia que lo envió. Agota los fondos de los cristianos crédulos que financian un proyecto que fue idea del hombre, no de Dios, un proyecto que resulta ser contraproducente. Es una persona que se niega a trabajar cooperativamente con los demás generando contienda e infelicidad. Va a su aire.

Todos necesitamos ser quebrantados, tomar toda nuestra obstinación, toda nuestra terquedad y llevarlas al pie de la Cruz. Esa voluntad de acero debe ser puesta sobre el altar del sacrificio. Todos hemos de decir con Amy Carmichael:

Tú fuiste quebrantado, Señor, por mí,
Sea yo quebrantado, Señor, por amor a ti.

28 de DICIEMBRE

“Como el que toma un perro por las orejas, así es el que pasa y se entremete en contienda que no es suya” (Proverbios 26:17 BAS).

Debemos darnos cuenta, antes de nada, que el perro que se menciona en este versículo no es el amigable y majísimo setter irlandés, que probablemente no se molestaría en absoluto si lo tomaras por las orejas. El versículo se refiere al perro callejero, salvaje y gruñón con los colmillos al desnudo. Sería poco probable que pudieras acercarte lo suficiente para tomarle por las orejas. Pero si pudieras, te enfrentarías a un desesperado dilema; te daría miedo seguir sujetándolo, y te daría miedo soltarlo.

Bien, esta es una ilustración gráfica de la persona que se involucra en una pelea que no le incumbe. Pronto incurre en la ira de ambos adversarios. Ambos sienten que el entremetido está interfiriendo para llevarse las palmas de la victoria, de modo que olvidan sus propias diferencias y se unen peleando contra él.

Sonreímos cuando pensamos en el hombre irlandés que se acercó a dos hombres trabados en una pelea a puñetazos y les preguntó: “¿Es ésta una pelea privada o puede alguien más entrar en ella?” Sin embargo todos, de un modo u otro, somos entrometidos y hay algo que nos tienta a interferir en riñas o peleas que no nos conciernen. Los oficiales de la policía deben ser extremadamente cuidadosos cuando son llamados a una escena donde pelean un esposo y su esposa. Si esto es así, ¡cuánto más cuidadoso debe ser el ciudadano normal de no entrometerse en las luchas domésticas de los demás!

Quizás una de las mejores ilustraciones del proverbio de este día sean los problemas en la iglesia. Por regla general comienza entre dos personas. Luego otros toman partido. Lo que comenzó como una chispa pronto se convierte en un conflicto mayor. Aquellos que no tienen nada que ver con el problema insisten en

añadir sus pronunciamientos “sabios”, como si fueran el oráculo de Delfos. La ira se inflama, las amistades se destrozan y los corazones se rompen. A medida que la batalla aumenta en intensidad la congregación oye noticias de infartos, apoplejías, úlceras y otros problemas físicos. Lo que comenzó como una raíz de amargura se disemina hasta que muchos son contaminados.

La advertencia de no entrometerse en contiendas que pertenecen a otros podría dar la impresión de entrar en conflicto con las palabras del Salvador: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5:9). Pero no hay contradicción. Hay lugar para los pacificadores cuando las partes contendientes están dispuestas a que su disputa sea arbitrada, pero no para los que se entremeten y se auto-denominan “mediadores”. De otro modo, aquel que interfiere solamente consigue entrar en una situación de la cual no podrá escapar fácilmente y sin dolor.

29 de DICIEMBRE

“Por ti, oh David, y contigo, oh hijo de Isaí. Paz, paz contigo, y paz con tus ayudadores, pues también tu Dios te ayuda” (1 Crónicas 12:18).

Todos los creyentes debemos apropiarnos de esta noble expresión de lealtad a David como una expresión de nuestra devoción al Señor Jesucristo. En lo que respecta al Rey de reyes, no hay lugar para la lealtad poco entusiasta o fidelidad dividida. Él debe poseer por completo nuestros corazones.

Siempre me he sentido impresionado con la historia de un soldado francés que fue seriamente herido en una de las guerras Napoleónicas. Los médicos decidieron que era necesario operarle para salvar su vida. Fue antes del descubrimiento de la anestesia. Mientras el cirujano exploraba el pecho del soldado, el paciente le decía: “Doctor, profundice un poco más y encontrará al Emperador”. En un sentido, el Emperador estaba entronado en su corazón.

En Gran Bretaña, cuando Isabel fue coronada como reina era todavía muy joven, y su abuela la reina María, le escribió una carta de lealtad y la firmó así: “Tu amante abuela y súbdita devota”. De este modo expresaba su lealtad a la Corona y a aquella que la llevaba.

Pero ¿qué de nosotros? ¿Cómo se aplica todo esto a nuestro caso? Matthew Henry nos recuerda que “De estas expresiones de Amasai podemos aprender cómo manifestar al Señor Jesús nuestro afecto y lealtad: suyos debemos ser sin reserva o revocación; a su lado es preciso estar, siempre al frente para aparecer y actuar. De sus intereses debemos ser admiradores de todo corazón; Hosanna, prosperidad a su evangelio y reino; porque su Dios le ayudó y le ayudará hasta que someta todo gobierno, principado y potestad”.

En las palabras de Spurgeon nuestras vidas deben decir: **“Por ti, oh Jesús.** No contamos nada de lo que poseemos como nuestro; mas todo lo dedicamos a Tu real uso. **Y contigo, oh Hijo de Dios.** Porque, si pertenecemos a Cristo, sin duda estamos del lado de Cristo, sea el ámbito que sea, religión, moral o política. **Paz, paz contigo.** Nuestros corazones te saludan e invocan paz sobre Ti. **Y paz con tus ayudadores.** Deseamos todo bien para todos los hombres buenos. Oramos por la paz de los pacíficos. **Pues también tu Dios te ayuda.** Todos los poderes del Dios de la naturaleza trabajan para ayudar al Señor de la gracia. Cristo resucitado, miramos hacia arriba mientras los cielos te reciben, y adoramos. Cristo ascendido, caemos a Tus adorables pies y te decimos: ‘Tuyos somos, oh Hijo de David, Príncipe y Salvador’. Cristo que descienes, esperamos y velamos por Tu venida. ¡Ven pronto a los Tuyos! Amén y amén”.

30 de DICIEMBRE

“Dijo David: ¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?” (2 Samuel 9:1).

Mefi-boset era nieto del rey Saúl, el que había tratado repetidamente de quitarle la vida a David. Por lo tanto descendía de una familia rebelde, la cual se esperaba que fuese exterminada una vez que David subiera al trono. Además de eso, Mefi-boset era un lisiado indefenso, que había caído de los brazos de su nodriza cuando era pequeño. El hecho de que vivía en casa de otro en Lodebar, que significa “no [hay] pastos,” sugiere que era pobre. Lodebar estaba en el lado oriental del Jordán y por lo tanto “muy lejos” de Jerusalén, la morada de Dios. No había mérito en Mefi-boset en lo que respecta a conseguir el favor de David.

A pesar de todo eso, David inquirió tocante a él, le envió mensajeros, mandó traerle al palacio real, le aseguró que no tenía nada que temer, lo enriqueció con todas las tierras de Saúl, le proveyó un séquito de servidores para que le atendieran y le honró dándole un lugar permanente en la mesa del rey como uno de los hijos del rey.

¿Por qué mostró David tal misericordia, gracia y compasión hacia uno que era tan indigno? La respuesta es “por amor a Jonatán”. David había hecho un pacto con Jonatán, el padre de Mefi-boset, que precisaba que nunca cesaría de mostrar bondad a la familia de Jonatán. Éste era un pacto de gracia incondicional (1 S. 20:14-17).

Mefi-boset se dio cuenta de esto, porque cuando fue introducido por primera vez en la presencia del rey se postró y dijo que “un perro muerto” como él no merecía tales bondades.

		30:24	Jul. 30
ÉXODO			
12:2	Ene. 1	2 SAMUEL	
17:11	Jun. 30	6:23	Jul. 18
22:28	Ago. 19	9:1	Dic. 30
31:3	Dic. 4	13:15	Mar. 28
34:29	Sept. 13	18:33	Jun. 25
		24:24	Mar. 23
LEVÍTICO			
25:10	Sept. 1	1 REYES	
		8:18	Mar. 22
NÚMEROS		19:4b	Jun. 2
23:21	Ene. 22	20:11	Ago. 18
32:23	Ago. 28		
		2 REYES	
DEUTERONOMIO		4:13	Feb. 21
8:11, 13	Sept. 11	5:4	May. 9
9:3	Feb. 28		
10:13	Oct. 9	1 CRÓNICAS	
11:18	Dic. 11	11:17	Oct. 20
13:12, 14	Dic. 1	12:18	Dic. 29
18:10-11	Oct. 2		
33:25	Jun. 19	2 CRÓNICAS	
34:9	Oct. 11	19:2	Jul. 29
		20:15	Jul. 12
		JOB	
JOSUÉ		11:7	Jun. 17
1:3	Oct. 5	42:2	Feb. 5
		SALMOS	
JUECES		4:1	Feb. 17
5:23	Mar. 19	11:7	Ago. 4
7:2	Ene. 5	12:1	Jul. 16
		15:1, 4	Ago. 27
1 SAMUEL		32:9	Mar. 17
2:30	Ago. 17	51:17	Ago. 14
15:22	May. 26	69:4	Sept. 4
16:1	May. 6	73:15	Feb. 4
16:14	Ene. 21	76:10	Mar. 21
28:10	Sept. 14	85:6	Jul. 4
		90:17	Ago. 26

2:9	Sept. 29	28:12-13	Abr. 11
3:1	Ene. 16		

ZACARÍAS

4:6	Ene. 4		
-----	--------	--	--

MALAQUÍAS

1:8	Nov. 17		
3:6	Jun. 10		
3:16	Dic. 13		

MARCOS

1:34	Oct. 3		
4:24	Mar. 13		
5:19	Nov. 7		
6:31-34	Jun. 26		
10:14	Jun. 24		
10:29-30	Jul. 31		
16:16	Jun. 28		

MATEO

4:7	Dic. 12		
4:23	May. 2		
5:25	Mar. 11		
5:44	Sept. 10		
7:1	Ene. 31		
7:9	Oct. 13		
7:13-14	Oct. 21		
9:13	Jul. 15		
9:29	Feb. 25		
10:8	Ene. 30		
10:16	Nov. 18		

(MATEO)

10:35-36	Jul. 26		
11:26	Ene. 29		
11:27	May. 30		
12:30	Feb. 8		
18:6	May. 13		
18:15b	May. 25		
18:16	Ene. 11		
18:20	Ago. 13		
20:26-27	Abr. 14		
20:26-27	Nov. 14		
23:8-10	Abr. 17		
23:17	May. 27		
23:37	Oct. 15		
25:40	Mar. 12		
26:74	Nov. 24		

LUCAS

2:44	Sept. 12		
5:28	Ago. 9		
5:37-38	May. 20		
6:35	Ago. 8		
6:40	Abr. 21		
8:18	Mar. 14		
9:24	Mar. 15		
9:34	Ago. 2		
9:49-50	Feb. 9		
9:57	Sept. 2		
10:41-42	Jul. 2		
12:15	Ago. 15		
15:21	Mar. 20		

(LUCAS)

16:11	Abr. 12		
17:17	Sept. 18		
19:8	Jul. 22		
19:26	Mar. 16		
21:33	Dic. 19		

JUAN

1:10-12	Sept. 5		
1:41-42	Sept. 30		
3:8	Mar. 27		
4:21	Feb. 12		
5:24	Jun. 29		
5:30	Nov. 29		
5:44	Feb. 26		
7:17	Abr. 6		

7:24	Ene. 3	12:21	Sept. 28
8:32	Oct. 14	13:8	Feb. 13
11:9	Mar. 1	14:5	Jul. 24
12:24	May. 21	16:27	Jun. 8
12:29	Ago. 10		
13:8	Abr. 26	1 CORINTIOS	
13:17	Jul. 10	1:21	May. 12
14:14	May. 1	1:27	Feb. 27
14:15	Abr. 30	2:14	May. 31
16:13b-14	Oct. 23	3:17	Abr. 24
17:21	May. 23	3:21-23	Ene. 14
18:36	Ene. 18	4:7	Ene. 12
20:17	Ago. 22	7:20	Nov. 8
21:22	Mar. 26	10:10	May. 15
		10:31	Abr. 13
HECHOS		11:24	Dic. 27
4:29	Feb. 14	13:1	Nov. 22
5:15	Jul. 23	13:12	Abr. 18
10:36	Feb. 29	13:12	Jul. 1
11:23	Abr. 27	13:13	Dic. 7
18:26b	Dic. 10	14:16	Sept. 22
24:16	Jun. 3	14:19	Ago. 21
		15:10	Nov. 28
		15:57	Dic. 9
		15:58	Nov. 2
ROMANOS		2 CORINTIOS	
1:18	Jun. 14	1:9	Ago. 25
1:18	Oct. 16	2:11	May. 10
2:2	May. 19	2:14	Abr. 25
5:5	Sept. 15	3:18	May. 28
5:6	Sept. 19	4:2	Jul. 14
5:15	Sept. 3	4:4	Feb. 1
7:18	Ene. 6	4:6	Feb. 2
8:18	Jul. 7	5:7	Ene. 7
8:28	Mar. 30	5:10	Abr. 2
10:9	Abr. 22	5:13	Ago. 11
10:13	Jul. 9	6:9	Abr. 16
11:4	Sept. 26	6:17-18	Sept. 7
11:6	Abr. 20		
12:11	Nov. 10	GÁLATAS	
12:16	Sept. 20	1:23	Dic. 3

2:20	Feb. 7	3:13b	Nov. 15
3:28	Oct. 27	4:6	Ene. 24
4:16	Sept. 25	4:11	May. 29
5:13	Ene. 15	4:11	Dic. 20
5:13	Abr. 15	4:13	Ene. 13
5:16	Feb. 10	4:18	Abr. 7
5:22	Mar. 2		
5:22	Mar. 3	COLOSENSES	
5:22	Mar. 4	2:8	Nov. 20
5:22	Mar. 5	2:10	Abr. 1
5:22	Mar. 6	3:11	Ago. 29
5:22	Mar. 7	3:15	Nov. 25
5:22	Mar. 8		
5:23	Mar. 9	1 TESALONICENSES	
5:23	Mar. 10	4:14	Jun. 23
6:2, 5	Nov. 30	5:19-20	Jul. 5
6:8	May. 3	5:21	Jun. 22

EFESIOS

2:4	Jun. 13
4:7	Mar. 24
4:12	Feb. 22
4:30	Jul. 6
4:31	Oct. 10
4:32	Abr. 5
(EFESIOS)	
5:4	May. 14
5:16	Ene. 27
5:19	Dic. 2
5:25	Jun. 21
5:25	Dic. 21
6:7	Ene. 17

FILIPENSES

1:18	May. 17
2:3b	Ene. 2
2:4	Mar. 18
2:10-11	Nov. 21
3:7,8	Ago. 31
3:12	Jul. 11
3:13	Oct. 7

1 TIMOTEO

1:19	Nov. 5
2:15	Jun. 27
3:6	Mar. 31
3:16	Dic. 25
4:16	Ago. 30
5:4	Ene. 9
(1 TIMOTEO)	
6:8	Ago. 16

2 TIMOTEO

2:4	Mar. 29
2:19	Nov. 3
4:8	Sept. 21

TITO

3:10-11 Ago. 12

HEBREOS

4:12a Abr. 8
4:12 Feb. 11
10:17 Ene. 20
10:26-27 Dic. 22
11:1 Abr. 29
11:3 Abr. 4
12:1 Ene. 10
12:7 Ago. 20
12:16 May. 5
13:2 Jul. 3
13:13 Abr. 23

SANTIAGO

1:20 Ago. 5
1:22 Feb. 6
1:27 Jun. 18
2:14 Nov. 9
4:2 Nov. 13
4:11 Oct. 8
4:14 Oct. 1

1 PEDRO

2:11 Oct. 26
5:7 May. 7
5:7 Jul. 21
5:10 Jun. 12

2 PEDRO

3:16b Nov. 16

1 JUAN

1:9 Ene. 19
2:15 May. 16
2:27 Abr. 10

3:6	Dic. 23
3:10	Nov. 4
3:17	Oct. 29
3:20	Jun. 5
4:1	Jul. 13
4:8	Ene. 25
4:10	Jun. 11
4:11	Ene. 26
4:17b	Jul. 19
5:13	Abr. 19

3 JUAN

4	Oct. 30
---	---------

APOCALIPSIS

2:9	Nov. 19
3:20	Dic. 31
4:8	Jun. 9
8:3	Feb. 3
13:16-17	Sept. 17
19:6	Jun. 7
20:15	Oct. 24
21:8	Sept. 27
22:20	Nov. 27

Reconocimientos:

Lectura para:

18 de Febrero Poema: “Dios Escribe Con Letras Muy Grandes” por John Oxenham, usado con permiso de Desmond Dunkerley.

21 de Julio Citado por LeRoy Eims de “Sé el Líder que Debes Ser” usado con permiso de la editorial Victor Books.

7 de Agosto Poema “Algo Hermoso” letra por Gloria Gaither y música por William J. Gaither, copyright 1971 por William J. Gaither. Todos los derechos reservados. Impresa con permiso de Benson Company, Inc. Nashville.

2 de Septiembre Citado por Jim Elliot, de “El Diario de Jim Elliot” editado por Elisabeth Elliot. Copyright 1978 por Elisabeth Elliot. Publicado por Fleming H. Revell Company. Usado con permiso.

PARA LA CONTRAPORTADA

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”(Sal. 119:105). Con esta declaración tan sencilla el salmista expresa una verdad que ha sido olvidada en muchos lugares en nuestra generación: que la Palabra de Dios no debe quedar encadenada a un púlpito, expuesta en un museo, o leída ceremonialmente los domingos como costumbre piadosa. Su mensaje es tan necesario y útil como la luz, ¿y cuál es la casa que funciona sin luz? Ella es parte de nuestra vida cotidiana. Así debe ser la Palabra de Dios, porque Dios nos la dio para guiar nuestros pasos y para enseñarnos cómo ser y vivir. Nuestro querido y estimado hermano MacDonald nos ha dado un texto bíblico para cada día del año, con una reflexión que expone y alumbrada de forma sencilla (Sal. 119:130), y que nos estimula e invita a vivir a la luz de la Palabra. Para él, la Biblia es un libro práctico, y es para todos, como el maná, o como el pan de cada día; no para un grupo de eruditos o eminencias, sino para la gente común. Todos comemos pan, y todos necesitamos la Palabra de Dios. Puedo afirmar, después de los años que pasé a su lado, aprendiendo de él, que el hermano MacDonald no sabría vivir sin la Biblia, y estoy seguro que el lector notará esto en este libro de reflexiones diarias. Para mí, estas lecturas invocan recuerdos de la forma en que él piensa y comenta acerca de la Biblia sobre la marcha y en medio del ritmo de eventos cotidianos. Quizás de ahí el valor de este libro, que no fue escrito con el propósito de producir nada especial, sino simplemente es lo que rebosa de la vida de uno que camina con el Señor, y nos invita a hacer lo mismo.

Carlos Tomás Knott, Huesca, septiembre de 1998